

Villette

Por

Charlotte Brontë

LIBRO PRIMERO

Capítulo I

Bretton

Mi madrina vivía en una hermosa casa en el antiguo y cuidado pueblo de Bretton. La familia de su marido residía allí desde hacía generaciones y llevaba, de hecho, el nombre de su lugar natal: los Bretton de Bretton; desconozco si por coincidencia o porque algún remoto antepasado había sido un personaje lo bastante destacado para legar el apellido a su comunidad.

Cuando era pequeña, iba a Bretton un par de veces al año, y disfrutaba mucho con aquellas visitas. La casa y sus moradores me agradaban especialmente. Las habitaciones amplias y tranquilas, los muebles bien conservados, los grandes ventanales, el balcón que daba a una vieja calle, muy bonita, donde siempre parecía ser domingo o día festivo, tan apacible era su atmósfera, tan limpio su pavimento; todas esas cosas me encantaban.

Una niña en una casa llena de adultos suele ser objeto de mimos y atenciones, y yo los recibía, de una manera reposada, de la señora Bretton, que se había quedado viuda antes de que yo la conociera y tenía un hijo; su marido, médico, había muerto cuando era todavía una mujer joven y hermosa.

No era joven, tal como yo la recuerdo, pero seguía siendo hermosa, alta, bien proporcionada y, aunque muy morena para ser inglesa, sus mejillas estaban siempre frescas y lozanas y sus bellos y alegres ojos negros reflejaban una gran vivacidad. A la gente le parecía una lástima que no hubiera transmitido aquella tez a su hijo, que tenía los ojos azules —aunque muy penetrantes, incluso en la niñez— y un color de pelo que los amigos no se atrevían a definir, excepto cuando le daba el sol y se volvía dorado. Había heredado, sin embargo, las facciones de su madre; así como sus bonitos dientes, su estatura (o la promesa de tal, pues aún no había terminado de crecer) y, lo que era mejor, su salud inquebrantable y esa fortaleza de ánimo que resulta más valiosa para quien la posee que una fortuna.

Era otoño y me encontraba en Bretton; mi madrina había ido en persona a buscarme a casa de los parientes donde en aquella época tenía fijada mi residencia. Creo que ella veía con claridad los acontecimientos que se avecinaban, cuya sombra apenas adivinaba yo; pero una leve sospecha bastaba para sumirme en la tristeza, por lo que me alegré de cambiar de escenario y de compañía.

El tiempo siempre discurría plácidamente al lado de mi madrina; no de un

modo agitado, sino despacio, como el curso de un río caudaloso que atraviesa una llanura. Mis visitas semejaban el descanso de Christian y Hopeful junto a un alegre arroyo con «árboles frondosos en sus orillas y praderas que embellecían los lirios durante todo el año».

No tenían el encanto de la variedad, ni la emoción de los grandes acontecimientos; pero a mí me gustaba tanto la paz, y deseaba tan poco los estímulos que, cuando llegaron, me parecieron casi molestos y deseé que hubieran seguido lejos.

Cierto día llegó una carta cuyo contenido causó evidente sorpresa, además de inquietud, a la señora Bretton. Al principio creí que era de mis familiares y me estremecí, esperando no sé qué terrible noticia; sin embargo, nadie me dijo nada y la nube pareció disiparse.

Al día siguiente, a mi regreso de un largo paseo, encontré un cambio inesperado en mi dormitorio. Además de mi cama francesa en su oscuro hueco, divisé en un rincón un pequeño lecho con sábanas blancas; y, además de mi cómoda de caoba, un diminuto arcón de palisandro. Me quedé inmóvil, mirándolos.

«¿Qué significará todo esto?», pensé.

La respuesta era obvia. Iba a venir otra invitada: la señora Bretton esperaba nuevas visitas.

Cuando bajé a comer, me lo explicaron. Me dijeron que pronto tendría a una niña pequeña como compañera: la hija de un amigo y pariente lejano del difunto doctor Bretton. Y también que aquella pequeña acababa de perder a su madre, aunque la señora Bretton se apresuró a añadir que no era una desgracia tan grande como en un principio podía parecer. La señora Home (Home era el apellido, según dijeron) había sido una mujer muy hermosa, pero atolondrada y negligente, que había descuidado a su hija, decepcionando y entristeciendo a su marido. El matrimonio había sido tan infeliz que finalmente se habían separado, pero por consentimiento mutuo, sin mediar proceso legal alguno. Poco después, la dama se había acalorado demasiado durante un baile, se había resfriado, había cogido unas fiebres y había muerto tras una brevísima enfermedad. El marido, un hombre de naturaleza muy sensible, había sufrido una terrible conmoción al recibir súbitamente la noticia y parecía estar convencido de que una severidad excesiva por su parte —la falta de paciencia e indulgencia— había contribuido a precipitar el final de su esposa. Aquella idea le había obsesionado de tal modo que su ánimo se había visto gravemente afectado; los médicos insistían en que debía viajar para restablecerse y, mientras tanto, la señora Bretton se había ofrecido a ocuparse de la niña.

—Y espero —añadió mi madrina para concluir— que la pequeña no se

parezca a su madre: la joven más necia y frívola con la que hombre sensato tuvo jamás la debilidad de casarse. Porque —prosiguió— el señor Home es un hombre sensato a su manera, aunque carezca de sentido práctico: es muy aficionado a la ciencia y se pasa media vida en el laboratorio haciendo experimentos, cosa que su voluble esposa no podía comprender ni soportar; y lo cierto es que a mí tampoco me habría gustado —confesó mi madrina.

En respuesta a una pregunta mía, me explicó, además, que su difunto marido solía decir que el señor Home había heredado la vena científica de un tío materno, un sabio francés; pues por sus venas corría, al parecer, sangre francesa y escocesa, y tenía varios parientes vivos en Francia, entre los que más de uno escribía «de» antes del apellido y se hacía llamar noble.

Aquella misma noche, a las nueve, se envió un criado a recibir la diligencia en la que debía llegar nuestra pequeña visitante. La señora Bretton y yo la esperamos solas en el salón, ya que John Graham Bretton estaba pasando unos días en casa de un compañero de colegio que vivía en el campo. Mi madrina leía el periódico de la tarde mientras aguardaba; yo cosía. Era una noche muy húmeda; la lluvia azotaba los cristales de las ventanas y el viento soplaba con furia.

—¡Pobre pequeña! —exclamaba la señora Bretton de vez en cuando—. ¡Menudo tiempo para viajar! ¡Ojalá estuviera aquí ya sana y salva!

Poco antes de las diez, la campanilla anunció el regreso de Warren. En cuanto se abrió la puerta, bajé corriendo al vestíbulo; había un baúl y unas cuantas sombrereras junto a una joven que parecía una niñera, y al pie de la escalinata estaba Warren con un bulto en los brazos, envuelto en un chal.

—¿Es la niña? —pregunté.

—Sí, señorita.

Hubiera querido abrir el chal para verle la cara, pero la pequeña volvió rápidamente su rostro hacia el hombro de Warren.

—Déjeme en el suelo, por favor —dijo una vocecita cuando Warren abrió la puerta del salón—, y quíteme este chal —añadió, al tiempo que extraía el alfiler con su mano diminuta y, con cierta prisa exigente, se quitaba la tosca envoltura. La criatura que apareció entonces intentó hábilmente doblar el chal, pero era demasiado grande y pesado para que semejantes manos y brazos pudieran sostenerlo o manejarlo—. Déselo a Harriet, por favor —ordenó entonces—, y ella lo guardará —dicho esto, se dio la vuelta y clavó la vista en la señora Bretton.

—Ven aquí, pequeña —dijo mi madrina—. Ven y déjame ver si tienes frío y estás mojada; ven y deja que te caliente junto al fuego.

La niña se acercó de inmediato. Despojada de su envoltura, parecía diminuta, pero tenía una figura perfectamente formada, ligera, esbelta y muy erguida. Sentada sobre el amplio regazo de mi madrina, recordaba a una muñeca; el cuello, delicado como la cera, y la cabeza de rizos sedosos aumentaban el parecido, pensé.

La señora Bretton le dirigió palabras de cariño mientras le frotaba las manos, los brazos y los pies; al principio fue observada con una mirada melancólica, pero pronto recibió a cambio una sonrisa. La señora Bretton no era, por lo general, una mujer dada a las caricias; incluso con su queridísimo hijo, raras veces demostraba sus sentimientos, sino más bien lo contrario, pero cuando aquella pequeña desconocida le sonrió, mi madrina le dio un beso y le preguntó:

—¿Cómo se llama mi pequeñina?

—Missy.

—¿Y además de Missy?

—Papá la llama Polly.

—¿Estará contenta Polly de vivir conmigo?

—No para siempre, sólo hasta que papá vuelva. Papá se ha ido —señaló, moviendo la cabeza de un modo muy expresivo.

—Él regresará con Polly, o enviará a buscarla.

—¿De veras, señora? ¿Está segura?

—Claro.

—Pero Harriet no cree que lo haga; al menos en mucho tiempo. Está enfermo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Apartó las manos de las de la señora Bretton e intentó abandonar su regazo; ella trató de impedirselo en un principio, pero la niña dijo:

—Por favor, quisiera bajar. Puedo sentarme en un escabel.

Se le permitió deslizarse de las rodillas al suelo, y, cogiendo un escabel, lo llevó a un rincón sumido en sombras, donde se sentó. La señora Bretton era una mujer de carácter, en los asuntos graves incluso autoritaria, pero a menudo se mostraba pasiva ante las cuestiones sin importancia; dejó que la niña obrara a su antojo.

—Será mejor que no le prestes demasiada atención —me dijo.

Pero yo desatendí su consejo: vi que Polly apoyaba el pequeño codo en la

pequeña rodilla, y la cabeza en la mano; observé que sacaba un diminuto pañuelo del bolsillo de muñeca de su falda de muñeca, y luego la oí llorar. Otros niños que están tristes o sufren algún dolor lloran a lágrima viva, sin contención ni vergüenza; pero sólo leves y ocasionales hipidos delataban el llanto de aquella criatura. La señora Bretton no los oyó, lo que fue preferible. Al cabo de un rato, una voz surgió del rincón para pedir:

—¿Podrían tocar la campanilla para llamar Harriet?

La toqué yo; la niñera no tardó en acudir.

—Harriet, es hora de acostarme —dijo su pequeña señora—. Debes preguntar dónde está mi cama.

Harriet le indicó que ya lo había hecho.

—Pregunta si dormirás conmigo, Harriet.

—No, Missy. Compartiré la habitación con esta señorita —contestó la niñera, refiriéndose a mí.

Missy no se levantó, pero vi que me buscaba con los ojos. Después de unos minutos de escrutinio silencioso, abandonó su rincón.

—Le deseo buenas noches —dijo a la señora Bretton, pero pasó muda junto a mí.

—Buenas noches, Polly —exclamé yo.

—No es necesario decirnos buenas noches, ya que dormimos en la misma habitación —fue la respuesta con la que desapareció del salón. Oímos que Harriet le proponía llevarla en brazos—. No es necesario —repuso de nuevo—. No es necesario, no es necesario —y oímos cómo sus pequeños pasos subían con esfuerzo por la escalera.

Al irme a la cama una hora más tarde, la encontré aún despierta. Había colocado las almohadas para que sostuvieran su menudo cuerpo sentado; las manos, una dentro de la otra, reposaban tranquilamente sobre la sábana, con una anticuada parsimonia nada propia de una niña. Me abstuve de hablarle durante un rato pero, justo antes de apagar la luz, le aconsejé que se tumbara.

—Dentro de poco —replicó.

—Pero vas a enfriarte, Missy.

La niña cogió una prenda diminuta de la silla que había al lado de su camita y se cubrió los hombros con ella. Dejé que hiciera lo que quisiera. Escuchando un rato en la oscuridad, me di cuenta de que todavía lloraba, conteniéndose, en silencio y con cautela.

Al despertarme con la luz del día, oí correr un hilillo de agua. ¡Y allí

estaba!, subida a un taburete junto al lavamanos, inclinando el aguamanil con gran esfuerzo (no podía levantarlo) para verter su contenido en la jofaina. Fue curioso observarla mientras se lavaba y vestía, tan pequeña, diligente y callada. Era ostensible que no estaba acostumbrada a arreglarse sola; y afrontó con una perseverancia digna de encomio las dificultades que entrañaban botones, cintas, corchetes y ojales. Dobló el camisón, alisó cuidadosamente las sábanas de su camita y, ocultándose tras la cortina blanca, se quedó muy quieta. Me incorporé a medias y asomé la cabeza para ver qué hacía. De rodillas, con la frente entre las manos, comprendí que estaba rezando.

Su niñera llamó a la puerta. La pequeña se puso en pie.

—Ya estoy vestida, Harriet —dijo—. Me he vestido sola, pero no lo he hecho muy bien. ¡Ayúdame!

—¿Por qué se ha vestido sola, Missy?

—¡Calla! Habla bajito, Harriet, no vayas a despertar a la niña —se refería a mí, ahora tumbada y con los ojos cerrados—. Me he vestido sola porque así aprendo, para cuando tú te vayas.

—¿Acaso quiere que me vaya?

—Cuando te enfadas, he querido muchas veces que te fueras, pero ahora no. Colócame bien el lazo del vestido; y alísame el pelo, por favor.

—El lazo está perfecto. ¡Qué quisquillosa!

—Hay que atarlo otra vez. Por favor, átaló.

—Está bien. Cuando me vaya, tendrá que pedirle a la señorita que la ayude a vestirse.

—De ningún modo.

—¿Por qué? Es una jovencita muy simpática. Espero que se comporte correctamente con ella, missy, y no se dé aires.

—No dejaré que me vista.

—¡No sea ridícula!

—Estás peinándome mal, Harriet: la raya quedará torcida.

—Pues sí que es difícil de contentar, ¿está bien así?

—Perfectamente. ¿Dónde debo ir ahora que estoy vestida?

—La llevaré a la salita del desayuno.

—Entonces vamos.

Se dirigieron a la puerta. La niña se detuvo.

—¡Oh, Harriet, ojalá estuviera en casa de papá! No conozco a esta gente.

—Sea buena, missy.

—Soy buena, pero me duele aquí —se puso la mano sobre el corazón y repitió lloriqueando—: ¡Papá!, ¡papá!

Abrí los ojos y me incorporé, dispuesta a poner fin a aquella escena mientras aún podía intervenir.

—Dé los buenos días a la señorita —ordenó Harriet.

La niña dijo: «Buenos días», y luego salió de la habitación detrás de su niñera. Harriet se fue temporalmente aquel mismo día; iba a alojarse con unos amigos que vivían en los alrededores.

Cuando bajé, encontré a Paulina (la niña se hacía llamar Polly, pero su nombre completo era Paulina Mary) sentada a la mesa del desayuno al lado de la señora Bretton; tenía delante un tazón de leche y una rebanada de pan le llenaba la mano, que reposaba inmóvil sobre el mantel: no comía.

—No sé cómo vamos a contentar a esta criatura —me dijo la señora Bretton—. No come nada y parece no haber dormido.

Expresé mi confianza en los efectos del tiempo y de la amabilidad.

—Sólo se adaptará cuando le cobre afecto a alguien de la casa —respondió mi madrina.

Capítulo II

Paulina

Transcurrieron varios días y no parecía que la niña fuera a cobrarle afecto a nadie de la casa. No es que fuera rebelde u obstinada; no era desobediente en absoluto, pero difícilmente podía existir una persona menos dispuesta a buscar consuelo, o al menos a serenarse. Estaba triste y cabizbaja: ningún adulto habría representado mejor su alicaído papel; ningún rostro surcado de arrugas, suspirando por Europa en las antípodas, habría expresado jamás la nostalgia con más claridad que aquel semblante infantil. Parecía cada vez más vieja y etérea. Yo, Lucy Snowe, me declaro inocente de esa maldición, una imaginación encendida y desbordante, pero siempre que abría una puerta y la encontraba sola en un rincón, con la cabeza apoyada en su mano diminuta, tenía la sensación de que aquel cuarto no estaba habitado sino embrujado por algún fantasma.

Y cuando en las noches de luna me despertaba y contemplaba su figura, destacando en medio de la oscuridad con su camisón blanco, arrodillada y erguida en la cama, rezando como una ferviente católica o metodista —al igual que una fanática precoz o una santa prematura—, ni siquiera sé qué pensamientos acudían a mi cabeza, pero corrían el riesgo de ser tan poco racionales y sensatos como los de la niña.

Raras veces lograba oír sus oraciones, pues las pronunciaba en voz muy baja. De hecho, a veces ni siquiera las decía en susurros, sino que eran plegarias mudas. Las escasas frases que llegaban a mis oídos tenían siempre el mismo estribillo: «¡Papá, mi querido papá!». Me di cuenta de que la suya era una naturaleza de ideas fijas, que delataba esa tendencia monomaniaca que siempre he considerado la mayor desgracia que puede abatirse sobre hombre o mujer.

Sólo cabe conjeturar cómo habría acabado semejante estado de ánimo de haber continuado así; mas éste sufrió un cambio repentino.

Una tarde, la señora Bretton consiguió que abandonara su rincón, la subió al asiento de la ventana y, a modo de distracción, le pidió que observara a los transeúntes y contara cuántas damas pasaban por la calle en un momento determinado. Allí seguía Paulina, toda lánguida, sin mirar apenas y sin contar, cuando yo, que tenía los ojos puestos en ella, percibí en su iris y en su pupila una sorprendente transformación. Las naturalezas impulsivas, peligrosas —sensibles las llaman—, ofrecen a menudo un curioso espectáculo a quienes un temperamento más frío impide participar en sus tortuosos caprichos. La mirada fija y apagada vaciló, y luego ardió en llamaradas; la pequeña frente nublada se despejó; las facciones diminutas y abatidas se iluminaron; la tristeza de su rostro se esfumó y en su lugar apareció una repentina alegría, una intensa expectación.

—¡Ahí está! —exclamó.

Salió de la habitación como un pájaro o una flecha, o cualquier cosa igualmente veloz. No sé cómo consiguió abrir la puerta de la calle; es probable que estuviera entornada, o Warren al lado y obedeciera su petición, sin duda imperiosa. Mirando tranquilamente desde la ventana, la vi, con su vestido negro y su diminuto delantal bordado (odiaba los que tenían peto), corriendo veloz por la calle. Estaba a punto de darme la vuelta y anunciar con calma a la señora Bretton que la niña había salido como una exhalación y había que ir inmediatamente tras ella, cuando vi que alguien la cogía en brazos, apartándola al mismo tiempo de mi fría observación y de la mirada sorprendida de los transeúntes. Un caballero había hecho esta buena obra y, tras cubrirla con su capa, se disponía a devolverla a la casa de donde la había visto salir.

Deduje que la dejaría en manos de algún criado y se marcharía, pero el caballero entró en la casa y, tras entretenerse un momento en el vestíbulo, subió la escalera.

Por cómo fue recibido se vio en seguida que no era un desconocido para mi madrina. Ella lo reconoció y le saludó; y, sin embargo, pareció agitada, perpleja, como si aquella llegada la cogiera desprevenida. Su mirada y sus maneras fueron incluso de reconvención; respondiendo a ellas, más que a sus palabras, el caballero dijo:

—No he podido evitarlo, señora Bretton. No podía irme sin ver qué tal estaba con mis propios ojos.

—Pero va usted a alterarla.

—Espero que no. Y ¿cómo está la pequeña Polly de papá?

Dirigió esta pregunta a la niña, al tiempo que se sentaba y la dejaba suavemente en el suelo.

—¿Y cómo está el papá de Polly? —respondió ella, apoyándose en sus rodillas para mirarle a la cara.

No fue una escena ruidosa ni pródiga en palabras, lo cual agradecí; pero sí una escena de sentimientos demasiado intensos, tanto más opresiva porque la copa no hizo espuma ni se desbordó. Siempre que se producen expansiones violentas e irrefrenables, cierto desdén o sentido del ridículo viene a aliviar al fatigado espectador; aunque siempre me ha parecido de lo más irritante esa clase de sensibilidad que se dobliga por voluntad propia, como un esclavo gigante dominado por el sentido común.

El señor Home era un hombre de facciones severas, incluso duras, debería decir tal vez: el ceño fruncido y los pómulos, marcados y prominentes. Tenía un rostro típicamente escocés, pero, en su agitado semblante, sus ojos reflejaban una profunda emoción. Su acento del norte armonizaba con su fisonomía. Era un hombre de aspecto a la vez orgulloso y hogareño.

El señor Home puso la mano sobre la cabeza que la niña levantaba hacia él.

—Dale un beso a Polly —dijo ella.

Él la complació. Yo deseaba que la niña rompiera a llorar histéricamente para sentirme cómoda y aliviada. Aunque resulte asombroso, apenas hizo el menor ruido: parecía tener lo que quería, todo lo que quería, y hallarse extasiada. Ni la expresión ni los rasgos de la criatura se parecían a los de su padre, y, sin embargo, era de su sangre: el espíritu del padre había llenado el de la niña, como una jarra llena la copa.

Era indiscutible que el señor Home tenía un dominio de sí mismo muy masculino, fueran cuales fueran sus sentimientos íntimos con respecto a ciertos asuntos.

—Polly —exclamó, mirando a la niña—, baja al vestíbulo; verás el abrigo de papá sobre una silla. Mete la mano en el bolsillo y encontrarás un pañuelo. Tráemelo.

Ella obedeció; salió del cuarto y desempeñó su cometido con habilidad y diligencia. Su padre estaba hablando con la señora Bretton cuando volvió, y Paulina esperó con el pañuelo en la mano. En cierto modo era todo un espectáculo contemplar su figura diminuta, pulcra y atildada, de pie, delante de su padre. Al ver que él seguía hablando, sin ser consciente de su regreso, le cogió una mano, abrió sus dóciles dedos, colocó el pañuelo entre ellos y los cerró uno a uno. Aunque aparentemente él seguía sin verla ni percibir su presencia, no tardó en colocarla sobre sus rodillas. Paulina se acurrucó contra él y, aunque ni se miraron ni se hablaron durante la hora siguiente, supongo que ambos estaban felices.

Durante el té, los movimientos y el comportamiento de la pequeña atrajeron todas las miradas, como de costumbre. Primero, dio instrucciones a Warren cuando éste colocaba las sillas.

—Ponga la de papá aquí, y al lado la mía, entre la señora Bretton y él; tengo que servirle el té.

Paulina se sentó e hizo una seña a su padre con la mano.

—Siéntate a mi lado, papá; como si estuviéramos en casa.

Y después, cuando interceptó al pasar la taza de su padre, y la removió y puso ella misma la leche, dijo:

—En casa siempre te lo preparaba yo, papá. Nadie lo hace mejor, ni siquiera tú mismo.

Mientras estuvimos en la mesa, ella siguió con sus atenciones, bastante absurdas, dicho sea de paso. Las pinzas para el azúcar eran demasiado grandes y tuvo que usar las dos manos para manejarlas; el peso de la jarrita de plata para la leche, de las bandejas del pan y la mantequilla, e incluso de la taza y el platillo, pusieron a prueba su fuerza y su habilidad, a todas luces insuficientes; pero, levantando esto y ofreciendo aquello, se las arregló felizmente para no romper nada. Para ser sincera, a mí me parecía un poco metomentodo; pero su padre, ciego como todos los padres, estaba encantado de que le sirviera; las atenciones de su hija parecían tranquilizarle sobremanera.

—¡Ella es mi consuelo! —le dijo a la señora Bretton, sin poder evitarlo. Dicha dama tenía, y a una escala mayor, su propio «consuelo» sin par, ausente

por el momento; de modo que se mostró comprensiva con su debilidad.

Ese segundo «consuelo» apareció en escena en el transcurso de la velada. Yo sabía que se esperaba su regreso aquel mismo día, y durante todas sus horas había visto expectante a la señora Bretton. Estábamos sentados junto al fuego, después de tomar el té, cuando Graham se unió a nuestro círculo; aunque más bien debería decir que lo rompió, pues, como es natural, su llegada ocasionó cierto alboroto, y, como venía hambriento, tuvieron que servirle un refrigerio. El señor Home y él se saludaron como viejos conocidos; pero tardó algún tiempo en prestar atención a la niña.

Después de comer y de responder a las numerosas preguntas de su madre, se volvió hacia la chimenea. Frente a él, se encontraba el señor Home, y junto a éste, la niña. Cuando digo niña, utilizo un término inapropiado y nada descriptivo, un término que sugiere una imagen muy distinta de la criatura de aspecto grave, vestida con un traje negro y una blusa blanca que le habrían valido a una muñeca grande; sentada ahora en una silla alta al lado de una mesita, sobre la que descansaba un costurero de juguete de madera blanca barnizada; sujetando entre sus manos un trozo de pañuelo al que pretendía hacer un dobladillo traspasándolo tenazmente con una aguja que en sus manos parecía casi un espetón, pinchándose a cada momento, dejando en la batista un rastro de minúsculos puntos rojos, y dando a veces un respingo cuando el arma aviesa escapaba a su control y le infligía una puñalada más profunda de lo habitual; pero siempre callada, diligente, absorta, femenina.

En aquella época, Graham era un joven de dieciséis años, guapo y con aspecto de no ser de fiar. Y no digo esto porque fuera malvado, sino porque la expresión me parece adecuada para describir la hermosa naturaleza céltica (no sajona) de su físico: sus cabellos ondulados de color caoba claro, la fina simetría de sus rasgos, su frecuente sonrisa, no desprovista de fascinación ni de sutileza (en el buen sentido). Era, por entonces, un joven mimado y caprichoso.

—Madre —exclamó después de mirar un rato en silencio a la pequeña figura que tenía delante, cuando la ausencia temporal del señor Home le liberó de la discreción, en parte burlona, que era en su caso cuanto conocía de la timidez—. Madre, veo a una joven dama en esta habitación a la que no he sido presentado.

—Supongo que te refieres a la hija del señor Home —dijo su madre.

—Creo que no se ha expresado usted con la debida ceremonia —replicó el joven—. La señorita Home, habría dicho yo, al aventurarme a hablar de la dama a la que aludo.

—Graham, no permitiré que te burles de la niña. No dejaré que la

conviertas en el blanco de tus bromas.

—Señorita Home —prosiguió Graham, sin inmutarse por la reconvención de su madre—, ¿puedo tener el honor de presentarme yo, ya que nadie más parece dispuesto a hacernos ese servicio? Su esclavo, John Graham Bretton.

La pequeña lo miró; Graham se levantó y se inclinó con gravedad. Ella dejó lentamente a un lado dedal, tijeras y labor, se bajó con precaución de su asiento y, tras hacer una reverencia con indescriptible seriedad, exclamó:

—¿Cómo está usted?

—Tengo el honor de hallarme bien de salud, tan sólo un poco fatigado tras un viaje demasiado rápido. Espero, señora, que usted se encuentre bien.

—Razo... nable... mente bien —fue la ambiciosa respuesta de la mujercita; e intentó recobrar su anterior posición, pero al ver que no podía hacerlo sin trepar y un considerable esfuerzo —un sacrificio del decoro de todo punto impensable—, y como no podía permitirse que nadie la ayudara en presencia de un joven caballero desconocido, renunció a la silla alta en beneficio de un pequeño escabel, al que Graham acercó su silla.

—Espero, señora, que su actual residencia, la casa de mi madre, sea de su agrado.

—No ezpe... cial... mente; quiero volver a mi casa.

—Un deseo natural y encomiable, señora; pero al que, no obstante, me opondré con todas mis fuerzas. Creo que podré extraer de usted un poco de esepreciado bien llamado diversión, que mamá y la señorita Snowe no consiguen proporcionarme.

—Tendré que volver muy pronto con papá. No me quedaré mucho tiempo en casa de su madre.

—Sí, sí, se quedará conmigo, estoy seguro. Tengo un poni en el que podrá montar, y un sinfín de libros para enseñarle las ilustraciones.

—¿Va a vivir usted aquí?

—Sí. ¿Le parece bien? ¿Le gusto?

—No.

—¿Por qué?

—Lo encuentro extraño.

—¿Por mi rostro, señora?

—Por su rostro y por todo lo demás. Tiene el pelo largo y rojo.

—Color caoba, si no le importa. Mamá dice que es de color caoba o dorado, y también todos sus amigos. Pero, incluso con el «pelo largo y rojo» —y agitó su cabellera con una especie de gesto triunfal; sabía perfectamente que era leonada, y estaba orgulloso de su color—, no soy más extraño que usted, señora.

—¿Está diciendo que me encuentra extraña?

—Desde luego.

—Creo que me iré a la cama —exclamó la niña, tras una pausa.

—Una personita como usted debería haberse ido a la cama hace horas, pero probablemente se habrá quedado porque quería conocerme.

—De ningún modo.

—Sin duda deseaba disfrutar del placer de mi compañía. Sabía que volvía a casa y ha querido conocerme.

—Me he quedado porque quería estar con papá, no con usted.

—Muy bien, señorita Home. Me convertiré en su amigo predilecto; me atrevo a decir que pronto me preferirá a su papá.

Paulina nos deseó buenas noches a la señora Bretton y a mí, y parecía dudar de si Graham tenía derecho a recibir la misma atención cuando él la cogió con una mano y, valiéndose de ella, la levantó por encima de su cabeza. La pequeña se vio a sí misma aupada en alto en el espejo que había sobre la chimenea. Lo inesperado de aquella acción, la libertad que se había tomado Graham y la falta de respeto que suponía, fueron demasiado para ella.

—¡Qué vergüenza, señor Graham! —protestó indignada—. ¡Bájeme! —y cuando estuvo de nuevo en el suelo, agregó—: Me gustaría saber qué pensaría usted de mí si lo tratara de esa forma, y lo levantara con una mano —alzó esa poderosa extremidad— como Warren levanta al gatito.

Y después de decir estas palabras, se retiró.

Capítulo III

Los compañeros de juegos

El señor Home se quedó dos días con nosotros. Durante su estancia, nadie pudo convencerle para que saliera de la casa; se pasaba el día sentado junto a la chimenea, unas veces en silencio, otras escuchando y respondiendo a la conversación de la señora Bretton, que era la más indicada para un hombre en

su melancólico estado de ánimo: ni demasiado compasiva, ni demasiado indiferente; juiciosa, e incluso con un toque maternal, que la diferencia de edad permitía.

En cuanto a Paulina, la niña estaba a la vez alegre y silenciosa, ocupada y muy atenta. Su padre la sentaba con frecuencia sobre sus rodillas; ella se quedaba allí hasta que percibía o imaginaba su fatiga; entonces le decía:

—Bájame, papá; peso mucho y vas a cansarte.

Y aquella abrumadora carga se deslizaba hasta la alfombra y se sentaba en ella o en un escabel a los pies de «papá», y aparecía en escena el costurero blanco y el pañuelo moteado de escarlata. Al parecer, aquel pañuelo pretendía ser un recuerdo para «papá» y debía terminarse antes de su partida; en consecuencia, exigía un riguroso esfuerzo por parte de la costurera (que tardaba media hora en dar unas veinte puntadas).

Graham regresaba todas las tardes al techo materno (pasaba el día en el colegio), y nuestras veladas se volvieron más animadas; algo a lo que contribuían las escenas que invariablemente representaban él y la señorita Paulina.

Una actitud distante y altanera había sido la reacción de la pequeña ante la indignidad que le había sido infligida la noche de la llegada de Graham. La respuesta habitual de la niña, cuando él le dirigía la palabra, era:

—No puedo atenderle; tengo otras cosas en que pensar.

Y cuando el joven le suplicaba que le dijera de qué se trataba, ella se limitaba a contestar:

—Asuntos.

Graham se esforzaba entonces por atraer su atención abriendo el escritorio para exhibir su variopinto contenido: sellos, brillantes cerillas y cortaplumas, junto con una miscelánea de grabados —algunos de vistoso colorido— que había ido coleccionando. Aquella poderosa tentación no resultaba infructuosa; furtivamente, Paulina levantaba la vista de la labor y lanzaba más de una ojeada al escritorio rebosante de imágenes esparcidas. En cierta ocasión, el aguafuerte de un niño que jugaba con un spaniel Blenheim voló casualmente hasta el suelo.

—¡Qué perrito tan mono! —exclamó ella, encantada.

Graham tuvo la prudencia de no hacerle caso. La pequeña no tardó en abandonar su rincón silenciosamente y en acercarse al tesoro para examinarlo mejor. Los enormes ojos y las largas orejas del perro, y el sombrero y las plumas del niño, eran irresistibles.

—¡Bonito dibujo! —fue su favorable crítica.

—Está bien... puedes quedártelo —dijo Graham.

Ella pareció vacilar. El deseo de ser su dueña era muy fuerte, pero aceptarlo habría comprometido su dignidad. No. Lo dejó en el suelo y se dio la vuelta.

—Entonces, ¿no lo quieres, Polly?

—Mejor no, gracias.

—¿Sabes lo que haré con el dibujo si no lo aceptas?

Ella se volvió a medias para escuchar su respuesta.

—Lo cortaré en tiras para encender las velas.

—¡No!

—Claro que sí.

—No, por favor.

Graham se mostró inexorable al oír el tono de súplica; cogió las tijeras del costurero de su madre.

—¡Así! —amenazó, blandiéndolas en el aire—. Cortaré la cabeza de Fido por la mitad, y la nariz del pequeño Harry.

—¡No! ¡No! ¡NO!

—Entonces, acércate. Ven deprisa si no quieres que lo haga.

Paulina dudó, lo pensó unos segundos, pero acabó obedeciendo.

—Y bien, ¿lo quieres? —preguntó Graham cuando estuvo a su lado.

—Por favor.

—Pero tendrás que pagármelo.

—¿Con qué?

—Con un beso.

—Primero ponme el dibujo en la mano.

Al decir esto, tampoco Polly parecía muy de fiar. Graham le dio el dibujo. Ella huyó sin pagar su deuda, corrió hacia su padre y se refugió en sus rodillas. Graham se levantó para perseguirla fingiendo una gran cólera. Polly hundió su rostro en el chaleco del señor Home.

—¡Papá, papá, dile que se vaya!

—No me iré —aseguró Graham.

Con la cara todavía escondida, Polly extendió el brazo para impedir que se acercara.

—Entonces, besaré tu mano —dijo él; pero en ese momento, la mano se convirtió en un pequeño puño y le pagó con una moneda que no era precisamente un beso.

Graham, que a su modo era tan astuto como su pequeña compañera de juegos, retrocedió simulando un gran desconcierto; se desplomó en un sofá y, apoyando la cabeza en el cojín, aparentó un gran dolor. Al advertir su silencio, Polly se asomó para mirarlo. Graham se cubría los ojos y la cara con las manos. Polly se dio la vuelta y, sin abandonar las rodillas de su padre, miró detenidamente a su enemigo con expresión preocupada. Graham gimió.

—Papá, ¿qué le ocurre? —susurró ella.

—Será mejor que se lo preguntes a él, Polly.

—¿Está herido? —inquirió al escuchar un segundo gemido.

—Eso parece, por el ruido que hace —contestó el señor Home.

—Madre —dijo Graham con voz débil—, debería mandar a buscar al médico. ¡Ay, mi ojo!

De nuevo reinó el silencio, interrumpido tan sólo por los suspiros de Graham.

—¿Y si me quedo ciego? —exclamó el joven.

Aquellas palabras resultaron insoportables para quien antes le había escarmentado. La niña acudió inmediatamente a su lado.

—Déjame ver tu ojo. No quería tocarlo, sólo deseaba darte en la boca; y no creí que el golpe fuera tan fuerte.

Graham no respondió. Las facciones de Polly se desencajaron.

—Lo siento; ¡lo siento!

Incapaz de contener las lágrimas, la pequeña rompió a llorar.

—Deja de asustar a la niña, Graham —dijo la señora Bretton.

—Sólo es una broma, tesoro —exclamó el señor Home.

Y Graham la levantó de nuevo por los aires y ella volvió a castigarlo, tirándole de los rizos leoninos y cubriéndolo de improperios.

—Eres la persona más malvada, grosera y mentirosa del mundo.

La mañana en que partió el señor Home, él y su hija tuvieron una conversación a solas en el asiento de una ventana; yo acerté a oír una parte.

—¿No podría meter mis cosas en el baúl y marcharme contigo, papá? — susurró ella con firmeza.

Él negó con la cabeza.

—¿Sería una molestia para ti?

—Sí, Polly.

—¿Porque soy pequeña?

—Porque eres pequeña y delicada. Sólo pueden viajar las personas mayores y fuertes. Pero no te pongas triste, tesoro mío, se me parte el corazón. Papá volverá pronto con su Polly.

—No estoy triste, de veras. Sólo un poquito.

—Polly sentiría mucho apenar a papá, ¿no?

—Muchísimo.

—Entonces Polly ha de estar alegre y no llorar en la despedida, ni tener miedo después. Tiene que pensar en cuando volvamos a estar juntos e intentar ser feliz mientras tanto. ¿Será capaz de hacerlo?

—Lo intentará.

—Estoy seguro de que sí. Adiós, entonces. Es hora de partir.

—¿Ahora? ¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

Polly hizo un mohín con sus labios temblorosos. Su padre sollozaba, pero vi que ella reprimía el llanto. Después de dejar a su hija en el suelo, el señor Home estrechó la mano a los demás y se marchó.

Cuando la puerta principal se cerró, Polly cayó de rodillas con un grito:

—¡Papá!

Fue un grito largo y ronco, una especie de «¿Por qué me has abandonado?». En los minutos siguientes, percibí su terrible sufrimiento. En aquel breve lapso de su vida infantil, experimentó unas emociones que otros no llegan a sentir jamás; era propio de su naturaleza y conocería otros instantes parecidos si vivía muchos años. Nadie dijo nada. La señora Bretton, que era madre, derramó algunas lágrimas. Graham, que estaba escribiendo, levantó la vista para mirar a Polly. Yo, Lucy Snowe, conservé la calma.

La pequeña criatura, no teniendo quien la importunara, hizo por sí misma lo que nadie más podía hacer: enfrentarse a un sentimiento insoportable y, en poco tiempo, dominarlo en cierta medida. Aquel día no aceptó el consuelo de

nadie, ni tampoco al día siguiente; después se volvió más pasiva.

La tercera tarde, estaba sentada en el suelo, silenciosa y extenuada, cuando entró Graham y la cogió dulcemente en brazos sin decir una palabra. Ella no se resistió, sino que se acurrucó en sus brazos como si estuviera muy cansada. Cuando el joven se sentó, la pequeña apoyó en él su cabeza; no tardó en quedarse dormida, y Graham subió las escaleras para llevarla a la cama. No me sorprendió en absoluto que, a la mañana siguiente, lo primero que preguntara fuese:

—¿Dónde está el señor Graham?

Casualmente, Graham no iba a desayunar con nosotros; tenía que acabar unos ejercicios para la clase de la mañana y había pedido a su madre que le llevaran una taza de té al estudio. Polly se ofreció voluntaria para hacerlo; necesitaba estar ocupada, cuidar de alguien. Se le confió la taza, pues, a pesar de su nerviosismo, era una niña muy cuidadosa. Como la puerta del estudio estaba enfrente de la nuestra, al otro lado del pasillo, seguí a la pequeña con la vista.

—¿Qué haces? —quiso saber Polly, deteniéndose en el umbral del estudio.

—Estoy escribiendo —dijo Graham.

—¿Por qué no vienes a desayunar con tu mamá?

—Tengo trabajo.

—¿Quieres tomar algo?

—Por supuesto.

—Pues aquí lo tienes.

Y Polly depositó la taza en la alfombra, al igual que un carcelero deja al preso una jarra de agua al otro lado de la puerta de su celda, y se retiró. No tardó en volver.

—¿Qué más deseas aparte del té? ¿Algo de comer?

—Sí, algo que esté bueno. Tráeme algo especialmente rico, ¡qué mujercita tan amable!

Polly regresó junto a la señora Bretton.

—Por favor, señora, deme algo bueno para su hijo.

—Elige tú, Polly; ¿qué le vas a llevar?

La niña eligió un pedazo de lo mejor que había en la mesa, y no tardó en volver para pedir en un susurro un poco de mermelada, que no se había servido. Tras conseguirla (pues la señora Bretton no negaba nada a aquella

pareja), en seguida oímos a Graham poniendo a la pequeña por las nubes, prometiéndole que, cuando tuviera una casa propia, ella sería su ama de llaves y quizá, si mostraba algún talento culinario, su cocinera. Como la niña no volvía, fui a buscarla, y encontré a los dos desayunando tête-à-tête; uno al lado del otro y compartiendo todo, excepto la mermelada, que ella se negó educadamente a probar; supongo que por temor a que pareciera que la había pedido tanto para sí misma como para él. Polly manifestaba siempre una exquisita sensibilidad y una gran delicadeza.

La alianza así sellada no se disolvió fácilmente; muy al contrario, parecía que el tiempo y las circunstancias contribuían a cimentarla. A pesar de la disparidad de edad, sexo, intereses, etcétera, parecían tener muchas cosas que decirse. En cuanto a Paulina, observé que nunca mostraba su verdadero carácter, salvo con el joven Bretton. Una vez que se sintió cómoda en la casa y se acostumbró a ella, fue muy dócil con la señora Bretton; pero se pasaba el día sentada en un taburete a los pies de ella, aprendiendo sus tareas, o cosiendo, o haciendo dibujos en una pizarra, sin manifestar jamás el menor destello de originalidad ni mostrar las peculiaridades de su naturaleza. Dejé de observarla en tales circunstancias; no resultaba interesante. Sin embargo, en cuanto Graham llamaba a la puerta al anochecer, se producía un cambio; Polly acudía al instante a lo alto de la escalera. Por lo general, lo recibía con una reprimenda o una amenaza.

—No te has limpiado bien los zapatos en el felpudo. Se lo diré a tu madre.

—¡Pequeña metomentodo! ¿Estás ahí?

—Sí, y no podrás cogerme. Estoy mucho más arriba que tú —exclamaba, asomándose por entre los barrotes de la barandilla (no alcanzaba a mirar por encima de ella).

—¡Polly!

—¡Mi querido muchacho! —así se dirigía muchas veces a él, imitando a la señora Bretton.

—Estoy a punto de desmayarme de cansancio —declaraba Graham apoyándose en la pared del pasillo, fingiendo agotamiento—. El doctor Digby (el director del colegio) me ha hecho trabajar tanto... Baja y ayúdame a llevar el libro.

—¡Ah! ¡Qué astuto eres!

—En absoluto, Polly; es la verdad. Estoy tan débil como un junco. Baja.

—Tus ojos son tranquilos como los de un gato, pero luego saltarás.

—¿Saltar? Nada de eso; va contra mi carácter. Venga, baja.

—Quizá baje, si me prometes no tocarme, ni levantarme por los aires y hacerme dar vueltas.

—¿Yo? ¡Sería incapaz! —decía el joven, desplomándose en una silla.

—Entonces deja los libros en el primer escalón y aléjate tres yardas.

Hecho esto, Polly descendía con cautela y sin apartar los ojos del agotado Graham. Por supuesto, al acercarse ella, Graham parecía revivir: carreras, saltos y brincos estaban asegurados. Unas veces la niña se enfadaba; otras, lo dejaba pasar sin más y, cuando conducía a Graham escaleras arriba, la oíamos decir:

—Y ahora, mi querido muchacho, ven a tomar el té. Estoy segura de que tendrás hambre.

Era bastante cómico verla sentada al lado de Graham, mientras él comía. En su ausencia, era una criatura tranquila y silenciosa, pero con él era la personita más activa y servicial del mundo. Yo deseaba a menudo que no se preocupara tanto y se quedara quieta, pero no, siempre estaba pendiente de él: nunca le parecía suficientemente atendido, y todos los cuidados eran pocos; a su juicio, Graham valía más que el Gran Turco. Colocaba poco a poco los platos delante de él y, cuando uno daba por supuesto que el muchacho tenía a su alcance cuanto podía desear, ella encontraba siempre algo más que ofrecerle:

—Señora —susurraba a la señora Bretton—, tal vez su hijo quiera un pastelito... uno dulce, quiero decir. Están ahí —proseguía, señalando el aparador.

Por lo general, la señora Bretton no permitía que se comieran pastelitos dulces con el té, pero Polly insistía:

—Un trocito pequeño... sólo para él... Como va al colegio... Las niñas como yo y la señorita Snowe no necesitamos golosinas, pero seguro que a él le gustaría.

A Graham, en efecto, le encantaba, y casi siempre tomaba uno. Para ser justos, habría compartido su premio con quien se lo había conseguido, pero ella nunca se lo permitía; si insistía, la tenía contrariada el resto de la velada. Estar de pie a su lado y monopolizar su charla y su atención era la única recompensa que deseaba, no un trozo del pastel.

Fue realmente curiosa la rapidez con que Polly se adaptó a los asuntos que a él le interesaban. Era como si la niña no tuviese ni espíritu ni vida propias, y respirara, se moviera y existiera por y para otra persona; ahora que le faltaba su padre, se apoyaba en Graham y parecía sentir y existir a través de él. Se aprendió en un periquete los nombres de todos sus compañeros de clase;

conocía de memoria sus caracteres, bastaba con que Graham se los describiera una vez. Nunca olvidaba ni confundía sus identidades; se pasaba la tarde hablando con él de unas personas a las que jamás había visto, y parecía comprender plenamente su físico, modales y temperamento. Aprendió incluso a imitar a algunos de ellos: un profesor adjunto, al que el joven Bretton aborrecía, tenía al parecer ciertas peculiaridades, que ella captó en un instante cuando Graham las describió, y que imitaba para divertirlo. Sin embargo, la señora Bretton no veía esto con buenos ojos y se lo tenía prohibido.

Graham y Paulina no se peleaban casi nunca; se enfadaron, sin embargo, en una ocasión en que los sentimientos de la niña sufrieron un duro golpe.

Cierto día Graham, con motivo de su cumpleaños, invitó a unos amigos de su misma edad a cenar en casa. Paulina se interesó mucho por la llegada de estos compañeros, de los que había oído hablar a menudo; eran de los que Graham mencionaba con más frecuencia. Después de la cena, los jóvenes caballeros se quedaron solos en el comedor, donde pronto empezaron a divertirse y a armar bastante jaleo. Al pasar casualmente por el vestíbulo, encontré a Paulina sentada en el peldaño más bajo de la escalera con los ojos fijos en los relucientes paneles de la puerta del comedor, donde se reflejaba la luz de la lámpara del vestíbulo; fruncía el pequeño entrecejo sumida en inquietas meditaciones.

—¿En qué estás pensando, Polly?

—En nada especial; sólo que ¡ojalá fuera de cristal esa puerta y pudiera ver a través de ella! Los chicos parecen muy alegres y me gustaría estar con ellos. Me gustaría estar con Graham y ver a sus amigos.

—¿Y qué te lo impide?

—Me da miedo. Pero ¿cree que puedo intentarlo? ¿Puedo llamar a la puerta y pedir que me dejen entrar?

Pensé que quizá a ellos no les importaría tenerla como compañera de juegos y, por ese motivo, la animé a seguir adelante.

Paulina llamó a la puerta, demasiado suavemente al principio para que la oyeran, pero ésta se abrió después de un segundo intento; Graham asomó la cabeza; parecía de muy buen humor, pero muy impaciente.

—¿Qué quieres, monito?

—Estar contigo.

—¿Ah, sí? ¡Ahora vas a venir tú a molestarme! Busca a mamá y a la señorita Snowe y diles que te acuesten.

La cabeza rojiza y la cara encendida desaparecieron; la puerta se cerró de

golpe. Paulina se quedó atónita.

—¿Por qué me habla así? Nunca me había hablado de ese modo — exclamó, consternada—. ¿Qué le he hecho?

—Nada, Polly; pero Graham está ocupado con sus amigos del colegio.

—¡Y los prefiere a ellos! ¡A mí no me quiere porque están ellos!

Pensé por un momento en consolarla, y aprovechar la ocasión para inculcarle algunas de las máximas filosóficas que yo atesoraba para situaciones como aquélla. Sin embargo, ella me lo impidió: se tapó los oídos con las manos en cuanto empecé a hablar y luego se tumbó en la estera con la cara contra las losas del suelo; ni Warren ni la cocinera consiguieron arrancarla de esa posición, de modo que allí la dejamos hasta que decidió levantarse por sí sola.

Graham olvidó su irritación aquella misma noche, y se acercó a la pequeña, como de costumbre, cuando sus amigos se marcharon; pero ella se soltó de su mano, lo fulminó con la mirada, no le deseó buenas noches, ni le miró a la cara. Al día siguiente, él la trató con indiferencia y ella se convirtió en un trozo de mármol. Un día después, el muchacho insistió en saber qué le pasaba; pero los labios de la niña continuaron sellados. Por supuesto, él no estaba enfadado: la disputa era demasiado desigual en todos los sentidos; Graham intentó mostrarse persuasivo y conciliador. «¿Por qué estaba enojada?». «¿Qué había hecho él?». Las lágrimas de Paulina no tardaron en darle una respuesta; él la mimó un poco y volvieron a ser amigos. Pero ella no era de las que olvidaban un incidente como aquél: observé que, después de aquel desaire de Graham, no volvió a buscarlo ni a seguirlo, ni a solicitar su atención en modo alguno. En una ocasión le pedí que llevara un libro o algún objeto parecido a Graham, que estaba encerrado en su estudio.

—Esperaré a que salga —dijo ella orgullosamente—. No quiero que se moleste en abrir la puerta.

El joven Bretton tenía un poni favorito con el que solía salir a montar, y Polly siempre contemplaba su partida y su regreso desde la ventana. Ansiaba que le diera un paseo con él; pero nada más lejos de su intención que pedir semejante favor. Un día bajó al patio para ver cómo el muchacho desmontaba; mientras se apoyaba en la cancela, brilló en sus ojos el deseo de que le diera una vuelta.

—Vamos, Polly, ¿quieres montar? —preguntó Graham con cierta indiferencia. Demasiada indiferencia, debió de pensar ella.

—No, gracias —contestó, dándole la espalda con la mayor frialdad.

—Pues deberías querer —insistió él—. Te gustará, estoy seguro.

—Me importa un bledo —repuso la niña.

—No es cierto. Le dijiste a Lucy Snowe que estabas deseando dar una vuelta.

—Lucy Snowe es una chizmoza —la oí decir (su imperfecta pronunciación era lo menos precoz en ella), antes de meterse en la casa.

Graham entró poco después y comentó a su madre:

—Mamá, ¡qué criatura tan voluble! Es un bicho raro, pero me aburriría sin ella; es mucho más divertida que tú o que Lucy Snowe.

—Señorita Snowe —me dijo Paulina (había adquirido la costumbre de charlar a veces conmigo por las noches, cuando estábamos solas en el dormitorio)—, ¿sabe qué día de la semana me gusta más Graham?

—¿Cómo voy a saber algo tan extraño? ¿Hay algún día de los siete en que sea distinto?

—¡Pues claro! ¿Acaso no se ha dado cuenta? ¿No lo sabe? Para mí el mejor es el domingo; pasa todo el día con nosotros, muy tranquilo, y, por la tarde, está muy amable.

Su observación no carecía de fundamento: después de ir a la iglesia y demás, Graham se quedaba pacíficamente en casa, y dedicaba las tardes a algún apacible, aunque más bien indolente, entretenimiento junto a la chimenea de la sala. Tomaba posesión del sofá y luego llamaba a Polly.

Graham no era un chico como los demás; no sólo le gustaba la actividad física: era capaz de dedicar algunos ratos a la contemplación; también hallaba placer en la lectura, y su elección de los libros no carecía de criterio: reflejaba no sólo ciertas preferencias sino también un gusto instintivo. Es cierto que raras veces hablaba de lo que leía, pero a veces lo veía sentado, meditando.

Polly se colocaba a su lado, arrodillada en un pequeño cojín o en la alfombra, y los dos iniciaban una conversación en voz muy baja, pero no inaudible. De vez en cuando llegaba a mis oídos algún retazo, y he de decir que una influencia mejor y más dulce que la de los demás días de la semana parecía apaciguar a Graham en aquellos momentos y mejorar su ánimo.

—¿Has aprendido algún himno esta semana, Polly?

—He aprendido uno muy bonito de cuatro versos. ¿Te lo digo?

—Habla despacio, no tengas prisa.

Una vez recitado el himno, o más bien salmodiado, con su vocecilla cantarina, Graham expresaba sus reparos y procedía a darle algunos consejos. Ella aprendía deprisa y tenía habilidad para imitarlo; además, se alegraba de

complacer a Graham: era una alumna aplicada. Al himno le seguía una lectura, tal vez algún capítulo de la Biblia; pero era raro que él tuviera que corregirla, pues la niña leía muy bien cualquier narración sencilla; y cuando el tema era comprensible para ella y captaba su interés, su expresividad y su énfasis eran realmente notables. José arrojado al pozo, la llamada de Dios a Samuel, Daniel en el foso de los leones: éstos eran sus pasajes favoritos. Parecía entender especialmente bien el patetismo del primero.

—¡Pobre Jacob! —decía a veces con labios temblorosos—. ¡Cuánto quería a su hijo José! Tanto, tanto, Graham —añadió en una ocasión—, como yo te quiero a ti. Si te murieras —y, al decir esto, volvió a abrir el libro, buscó el versículo y lo leyó—, «me negaría el consuelo y descendería llorando al reino de los muertos».

Después de estas palabras, rodeó a Graham con sus pequeños brazos, acercando a ella la cabeza de larga cabellera. Recuerdo que este gesto me pareció extrañamente precipitado; como si hubiera visto a alguien acariciar temerariamente a un animal de peligrosa naturaleza y domesticado sólo a medias. No porque temiera que Graham le hiciera daño o la apartara con rudeza, sino porque pensé que corría el riesgo de ser rechazada con despreocupación e impaciencia, lo que para ella sería peor que un golpe. Sin embargo, Graham solía recibir aquellas atenciones con pasividad: a veces, incluso, brillaba en sus ojos cierto asombro amable y complacido ante aquellas exageradas muestras de cariño.

—Me quieres casi tanto como si fueras mi hermana pequeña, Polly —le dijo en una ocasión.

—¡Claro que te quiero! —respondió ella—. Te quiero mucho.

No me permitieron disfrutar mucho tiempo del estudio de su carácter. Apenas llevaba Pauline dos meses en Bretton cuando llegó una carta del señor Home, en la que anunciaba que se había instalado con sus parientes maternos en el Continente y que, como Inglaterra le resultaba ahora insostenible, no pensaba regresar, quizá en muchos años; y que deseaba que su hija acudiera inmediatamente a su lado.

—No sé cómo se tomará la noticia —exclamó la señora Bretton después de leer la carta. Tampoco yo lo sabía y decidí comunicárselo en persona.

Me dirigí al salón —estancia tranquila y bellamente decorada donde le gustaba estar a solas, y donde se podía confiar en ella sin reservas, pues no tocaba nada, o más bien no ensuciaba nada de lo que tocaba— y la encontré sentada en un sofá como una pequeña odalisca, medio oculta entre la sombra de los cortinajes de una ventana cercana. Parecía feliz, rodeada de todas sus labores: el costurero de madera blanca, dos retales de muselina y un par de

cintas que había recogido para hacer un sombrero a su muñeca. Ésta yacía en su cuna, debidamente vestida con un gorro de noche y un camisón; Polly la mecía para que se durmiera, como si estuviera convencida de la capacidad de sentir y de dormirse de la muñeca. Al mismo tiempo, contemplaba un libro de imágenes abierto sobre su regazo.

—Señorita Snowe —dijo en un susurro—, este libro es maravilloso. Candace —Graham había bautizado así a la muñeca, pues su tez oscura recordaba a la de una etíope—, Candace está dormida, así que puedo contarle algunas cosas de él; pero tenemos que hablar bajito para que no se despierte. Graham me dio este libro; describe países remotos... lejos, muy lejos de Inglaterra, a los que ningún viajero puede llegar sin navegar miles de millas por el océano. En ellos viven hombres salvajes, señorita Snowe, que llevan ropas muy distintas a las nuestras; lo cierto es que algunos casi no llevan ropa... para estar frescos, ¿sabe?, pues tienen un clima muy caluroso. En esta ilustración se ve a muchos de ellos reunidos en un lugar desértico... una llanura cubierta de arena, alrededor de un hombre vestido de negro, un inglés muy bueno, un misionero, que predica la palabra de Dios bajo una palmera — me enseñó el pequeño grabado en color—. Y aquí hay unas ilustraciones — continuó diciendo— más extrañísimas todavía —a veces olvidaba la gramática—. Está la fabulosa Gran Muralla China; y aquí hay una señora de ese país con unos pies más pequeños que los míos. Hay un caballo salvaje de Tartaria; y aquí está lo más raro de todo, una tierra de hielo y nieve, sin verdes praderas, ni bosques, ni jardines. En esa tierra, se encuentran a veces huesos de mamut; ya no quedan mamuts. Usted no sabe lo que eran, pero yo puedo explicárselo porque Graham me lo contó. Una especie de duende muy poderoso, tan alto como esta habitación y tan largo como el vestíbulo; pero Graham no cree que fueran muy feroces ni que comiesen carne. Piensa que, si me encontrara con uno en el bosque, no me mataría, a menos que me cruzara justo en su camino; entonces me pisotearía entre los arbustos, como yo pisaría un saltamontes en un campo de heno, sin darme cuenta.

Y siguió divagando de ese modo.

—Polly —le interrumpí—, ¿te gustaría viajar?

—Todavía no —fue su prudente respuesta—, pero tal vez dentro de veinte años, cuando sea una mujer tan alta como la señora Bretton, me vaya de viaje con Graham. Pensamos ir a Suiza y subir al Mount Blanck; y algún día iremos en barco hasta Sudamérica y caminaremos hasta la cima del Chim... Chim... borazo.

—Pero ¿qué te parecería viajar ahora, en compañía de tu papá?

Su respuesta —tras unos instantes de silencio— puso de manifiesto uno de esos inesperados cambios de humor tan característicos en ella:

—¿Para qué hablar de esas tonterías? —exclamó—. ¿Por qué menciona a papá? ¿Qué le importa mi papá? Ahora que empezaba a ser feliz y a no pensar tanto en él; ¡tendré que empezar de nuevo!

Le temblaban los labios. Me apresuré a decirle que había llegado una carta, y que su padre escribía en ella que Harriet y Polly debían ir inmediatamente con él.

—Y ahora, ¿no estás contenta? —añadí.

No contestó. Soltó el libro y dejó de mecer a su muñeca; me miró con gesto grave y severo.

—¿No te gustaría volver con papá?

—Por supuesto —dijo al fin, con ese tono incisivo que solía emplear conmigo, y que era muy distinto al que utilizaba con la señora Bretton y con Graham.

Quise averiguar cuáles eran sus pensamientos; pero fue imposible: ella se negó a seguir conversando. Corrió al lado de la señora Bretton, la interrogó y recibió de ella la confirmación de la noticia. Bajo el peso y la importancia de aquella nueva, estuvo terriblemente seria todo el día. Por la tarde, cuando oímos llegar a Graham, la encontré de pronto a mi lado. Empezó a arreglarme la cinta del medallón que llevaba al cuello, y me quitó y me puso varias veces la peineta; mientras se entretenía de ese modo, entró Graham.

—Dígaselo dentro de un rato —me susurró ella—; dígale que me voy.

A la hora del té, cumplí su petición. Dio la casualidad de que Graham estaba aquellos días muy preocupado por un premio escolar al que aspiraba. Tuve que comunicarle dos veces la noticia para atraer su atención, e incluso entonces se limitó a hacer un breve comentario.

—¿Que Polly se va? ¡Qué lástima! Mi querida ratita, será una pena perderla. Tiene que volver a visitarnos, mamá.

Y apurando el té rápidamente, cogió una vela y una pequeña mesa para él y sus libros, y no tardó en sumirse en el estudio.

«La ratita» se acercó a él sigilosamente y se tumbó a sus pies en la alfombra, boca abajo; silenciosa e inmóvil, siguió en esa postura hasta la hora de acostarse. En un momento dado vi cómo Graham —en absoluto consciente de su proximidad— la empujaba con su inquieto pie. Ella retrocedió un par de pulgadas. Poco después, una manita salió de debajo del rostro que antes apretaba, y acarició suavemente el descuidado pie. Cuando su niñera la llamó, se levantó y se fue muy obediente tras desearnos buenas noches a todos con voz apagada.

No diré que temía irme a la cama, una hora más tarde; pero lo cierto es que me encaminé a la habitación con el inquietante presentimiento de que no iba a encontrar a la niña pacíficamente dormida. Aquella premonición se cumplió cuando la encontré, muy triste y desvelada, posada como un pájaro blanco en el borde la cama. No sabía cómo dirigirme a ella, pues era muy diferente de cualquier otro niño; pero fue Polly quien se dirigió a mí. Cuando cerré la puerta y puse la vela encima del tocador, se volvió hacia mí con estas palabras:

—No puedo... no puedo dormir; y no puedo... ¡no puedo vivir así!

Le pregunté qué le ocurría.

—¡Qué horrible zu... frimiento! —exclamó con su lastimoso ceceo.

—¿Quieres que llame a la señora Bretton?

—Qué tontería —respondió con impaciencia; y yo sabía muy bien que, si hubiera oído los pasos de la señora Bretton, se habría acurrucado bajo las sábanas y se habría quedado tan quieta como un ratón. Así como no le preocupaba mostrar todas sus excentricidades delante de mí —a quien apenas profesaba algún cariño—, jamás dejaba vislumbrar su ser interior ante mi madrina; para ella no era más que una muchachita dócil y un poco extraña. La observé; tenía las mejillas de color carmesí, y los dilatados ojos, turbados y brillantes a la vez, dolorosamente inquietos; era obvio que no podía dejar que continuara en ese estado hasta la mañana siguiente. Adiviné cuál podía ser el remedio.

—¿Te gustaría volver a dar las buenas noches a Graham? —pregunté—. Aún no se ha ido a su habitación.

Ella se apresuró a alargar los bracitos para que la cogiera. La envolví en un chal y la llevé de nuevo al salón. Graham salía en aquel preciso instante.

—No puede dormir sin verte y hablar contigo otra vez —exclamé—. No le gusta la idea de dejarte.

—La he mimado demasiado —repuso él de buen humor, tomándola en sus brazos para besarle la carita y los labios ardientes—. Polly, ahora me quieres más a mí que a papá...

—Yo te quiero, pero tú a mí no —susurró ella.

Graham le aseguró lo contrario, la volvió a besar, me la devolvió y yo me la llevé arriba; pero, desgraciadamente, no se había calmado.

Cuando creí que me escucharía, le dije:

—Paulina, no deberías entristecerte porque Graham no te quiera tanto como tú lo quieres a él. Ha de ser así.

Ella alzó la vista y sus ojos inquirieron el porqué.

—Porque él es un muchacho y tú una niña; tiene dieciséis años y tú sólo seis; es fuerte y alegre y tú muy diferente.

—Pero le quiero tanto; él debería quererme un poco.

—Y te quiere. Te tiene un gran cariño. Eres su favorita.

—¿De veras soy la favorita de Graham?

—Sí, más que cualquier otra niña que yo conozca.

Esta afirmación la tranquilizó, y sonrió en medio de su angustia.

—Pero —proseguí— no te preocupes ni esperes demasiado de él; de lo contrario pensará que eres un engorro y se acabará todo.

—¡Se acabará todo! —repitió ella en voz baja—. Entonces me portaré bien. Intentaré ser buena, Lucy Snowe.

La metí en la cama.

—¿Cree que me perdonará por esta vez? —preguntó, mientras yo me desvestía.

Le aseguré que sí; que él no había perdido en modo alguno el interés; que sólo debía tener cuidado en el futuro.

—No hay futuro —dijo ella—. Me voy. ¿Volveré a verlo algún día cuando... cuando me vaya de Inglaterra?

Le di una respuesta que la animara. Después de apagar la vela, transcurrió media hora de silencio. Pensé que dormía, pero su pequeña figura blanca volvió a incorporarse en el lecho y su vocecita preguntó:

—¿Le gusta Graham, señorita Snowe?

—¿Que si me gusta? Sí, un poco.

—¡Sólo un poco! ¿No le gusta tanto como a mí?

—Creo que no. No. No como a ti.

—¿Le gusta mucho?

—Ya te he dicho que me gusta un poco. ¿Por qué habría de gustarme tanto? Está lleno de defectos.

—¿De veras?

—Como todos los chicos.

—¿Más que las chicas?

—Es muy probable. Las personas sensatas dicen que es una locura creer que alguien es perfecto; y por lo que se refiere a simpatías y antipatías, deberíamos ser amables con todo el mundo y no idolatrar a nadie.

—¿Usted es una persona sensata?

—Procuro serlo. Duérmete, anda.

—No puedo dormir. ¿No le duele aquí —preguntó, poniéndose su manita de elfo en el pecho—, cuando piensa que tendrá que separarse de Graham? Porque ésta no es su casa, ¿verdad?

—Claro que no, Polly —dije yo—; pero no tendría que dolerte tanto, muy pronto estarás de nuevo con tu padre. ¿Acaso te has olvidado de él? ¿Ya no deseas ser su pequeña compañera?

Un silencio sepulcral respondió a mi pregunta.

—Vamos, pequeña, acuéstate y duerme —insistí.

—Mi cama está muy fría —replicó—. No consigo calentarla.

Vi que la criatura estaba temblando.

—Ven aquí conmigo —exclamé, con ganas de que me obedeciera, aunque no lo esperaba, pues era una criatura de lo más extraña y caprichosa, y se mostraba especialmente voluble conmigo.

Vino al instante, sin embargo, como un pequeño fantasma que se deslizara por la alfombra. La metí en mi cama. Estaba helada; la abracé para darle calor. Temblaba de nerviosismo; hice cuanto pude por calmarla. Finalmente logré que se durmiera, tranquila y abrigada.

«Una niña única», pensé, contemplando su rostro dormido bajo la vacilante luz de la luna; y, con cautela y dulzura, enjuagué sus brillantes párpados y sus mejillas con mi pañuelo. «¿Cómo va a enfrentarse a la vida y a vencer las dificultades de este mundo? ¿Cómo va a soportar las contrariedades, penas y humillaciones que, según los libros y mi propio juicio, nos esperan a todos los mortales?»

Paulina se marchó al día siguiente; temblaba como una hoja al despedirse, pero en ningún momento perdió el dominio de sí misma.

Capítulo IV

La señorita Marchmont

Al abandonar Bretton, unas semanas después de la partida de Paulina —sin imaginar que nunca volvería a visitarlo, ni a pasear por sus viejas y tranquilas calles—, me dirigí a casa tras una ausencia de seis meses. Cualquiera supondrá que me alegraba de volver al seno familiar. Bueno... como esta amable conjetura no hace daño a nadie, tal vez no sea necesario desmentirla. Lo cierto es que, lejos de negarlo, permitiré que el lector me imagine, durante los ocho años siguientes, como una barca dormitando en medio de una idílica bonanza, en un puerto de aguas apacibles y cristalinas, con el timonel tendido en la pequeña cubierta, el rostro vuelto hacia el cielo y los ojos cerrados: sumido, por así decirlo, en una larga plegaria. Se supone que un gran número de mujeres y jovencitas pasan la vida de esa manera, ¿por qué no incluirme a mí?

Así, pues, imagíneme ociosa, regordeta y feliz, tendida sobre una cómoda cubierta, al calor de un sol constante, mecida por brisas de suave indolencia. Sin embargo, no puedo ocultar que, de ser así, en algún momento yo debí de caer por la borda, o el bote se hundió. Recuerdo demasiado bien un período, un largo período, de frío, peligro y discordia. Y aún hoy, cuando tengo pesadillas, siento el azote salobre de las olas en mi garganta y su helada presión en mis pulmones. Sé incluso que hubo una tormenta, que no se limitó a durar un día o una hora. Pasaron días y noches en los que no salieron ni el sol ni las estrellas; arrojamos con nuestras propias manos los aparejos por la borda; una violenta tempestad se abatió sobre nosotros; y toda esperanza de salvación se desvaneció. Finalmente, el barco se hundió y la tripulación pereció.

Que yo recuerde, no me quejé a nadie de mis dificultades. Pues, en realidad, ¿a quién podía quejarme? Hacía mucho tiempo que no sabía nada de la señora Bretton. Ciertos obstáculos, levantados por terceras personas, se habían interpuesto en nuestra relación, cortándola. Además, el paso del tiempo también había traído cambios para ella: según decían, los cuantiosos bienes de los que era depositaria en nombre de su hijo, y que se habían invertido principalmente en acciones, se habían reducido hasta convertirse en una pequeña parte de la cuantía inicial. Oí casualmente el rumor de que Graham había elegido una profesión, y había abandonado Bretton con su madre para residir en Londres. De modo que no tenía a nadie a quien acudir en busca de ayuda; sólo podía contar conmigo misma. No creo que mi naturaleza fuera independiente o activa, pero las circunstancias me empujaron a la independencia y a la acción, como les ocurre a tantas personas; y cuando la señorita Marchmont, una dama soltera de la vecindad, envió a buscarme, atendí su petición con la esperanza de que me ofreciera un trabajo que yo pudiera desempeñar.

La señorita Marchmont era una mujer adinerada que vivía en una hermosa mansión, pero hacía veinte años que el reumatismo la había convertido en una

inválida, incapaz de mover manos y pies. Siempre estaba en el piso de arriba: su salón era contiguo al dormitorio. Yo había oído hablar a menudo de la señorita Marchmont y de sus rarezas (tenía fama de ser muy excéntrica), pero no la había visto nunca. Me encontré con una anciana arrugada de cabellos grises, a la que la soledad había vuelto adusta y un sufrimiento prolongado, severa, irritable, y quizá exigente. Al parecer la doncella, o más bien la dama de compañía, que la había cuidado durante varios años estaba a punto de casarse; al enterarse de lo apurado de mi situación, había enviado a buscarme con la idea de que reemplazara a esa persona. Me lo propuso después de tomar el té, cuando estábamos las dos solas, sentadas junto a la chimenea.

—No será una vida fácil para usted —me dijo con toda sinceridad—, pues requiero mucha atención y tendrá que pasar mucho tiempo encerrada; sin embargo, tal vez le parezca una existencia tolerable comparada con la que ha llevado últimamente.

Reflexioné. Debería parecerme tolerable, pensé; pero, por alguna extraña fatalidad, supe que no lo sería. ¡Vivir en aquella habitación cerrada, testigo de su sufrimiento y, quizá en ocasiones, de sus arrebatos de genio, durante el resto de mi juventud, cuando los primeros años de ésta habían sido tan poco dichosos! Por unos instantes, se me encogió el corazón, luego recobré el ánimo; pues, aunque me esforzaba por considerar lo negativo, era demasiado realista para idealizarlo y, en consecuencia, para exagerarlo.

—No sé si tendré fuerzas suficientes —señalé.

—Ésa es mi única duda —dijo ella—, no parece tener mucha salud.

Era cierto. Me vi reflejada en el espejo con mi traje de luto, como un espectro pálido y ojeroso. Pero no me preocupaba aquella lúgubre visión. El mal, creía yo, era sobre todo externo; aún sentía el impulso vital en mi interior.

—¿Qué otra cosa tiene en perspectiva?

—Nada concreto todavía; pero es posible que encuentre algo.

—Eso piensa; tal vez tenga razón. Pruebe a hacer las cosas a su modo y, si no tiene éxito, vuelva a verme. Mi oferta seguirá en pie tres meses.

Era muy generoso por su parte. Se lo dije y expresé mi gratitud. Mientras hablaba, le acometió un paroxismo de dolor. Me apresuré a atenderla; hice todo lo necesario, siguiendo sus instrucciones y, cuando se sintió aliviada, ya se había creado entre nosotras una especie de intimidad. Yo comprendí, por cómo había aguantado el ataque, que era una mujer firme y paciente (paciente con el dolor físico, aunque quizá irritable a veces por el largo sufrimiento mental); y ella descubrió, por la buena voluntad con que la socorrí, que podía despertar mi simpatía (si se la podía llamar así). Me mandó llamar al día

siguiente; y reclamó mi compañía cinco o seis días seguidos. Una relación más estrecha, si bien desveló tanto defectos como excentricidades, me permitió al mismo tiempo descubrir un carácter que era fácil respetar. Aunque a veces se mostraba severa y taciturna, podía atenderla y sentarme en su compañía con esa calma que siempre nos enaltece cuando percibimos que nuestros modales, nuestra presencia y nuestro contacto complacen y tranquilizan a las personas a las que atendemos. Incluso cuando me reñía —lo que hacía de vez en cuando con gran aspereza—, sus palabras no resultaban humillantes ni ofensivas; parecía una madre irascible regañando a su hija, no una señora intransigente sermoneando a una criada: desde luego no sermoneaba, aunque algunas veces montaba en cólera. Además, siempre había cierta racionalidad en sus arrebatos: era lógica incluso cuando estaba furiosa. Al poco tiempo, un sentimiento creciente de afecto empezó a arrojar una nueva luz sobre la idea de ser su compañera; al cabo de otra semana, acepté quedarme a su lado.

Así fue como dos sofocantes habitaciones contiguas se convirtieron en mi mundo; y una vieja inválida en mi señora, mi amiga, mi... todo. Servirla era mi deber; su dolor, mi sufrimiento; su alivio, mi esperanza; su ira, mi castigo; su estima, mi recompensa. Olvidé que había campos, bosques, ríos, mares y un cielo que cambiaba al otro lado de los cristales empañados de su habitación de enferma; casi me alegraba de no recordarlo. En mi interior, todo se empequeñeció para amoldarse a mi suerte. Dócil y callada por costumbre, disciplinada por el destino, no reclamaba paseos al aire libre; y mi apetito parecía conformarse con las minúsculas raciones que servían a la inválida. Además, podía estudiar la originalidad de su carácter: no sólo sus virtudes inalterables, sino también la intensidad de sus pasiones, que resultaban admirables, y la sinceridad de sus sentimientos, en los que se podía confiar. Todo eso tenía la señorita Marchant, y por todo eso me aferré a ella.

Y habría seguido arrastrándome a su lado veinte años más, si su vida de sufrimiento se hubiera prolongado ese período. Pero no estaba escrito que fuera así. Era como si el destino quisiera empujarme a la acción. Acosarme, espolearme, obligarme a ser enérgica por la fuerza. Mi pequeña ración de afecto humano, tan importante para mí como una sólida perla, debía derretirse en mi mano y deslizarse entre mis dedos como una piedra de granizo al disolverse. La pequeña responsabilidad adquirida había de serle arrebatada a mi conciencia, que se contentaba fácilmente. Había querido llegar a un acuerdo con el Destino: escapar a grandes sufrimientos sometiéndome a una vida de privación y pequeños sacrificios. Pero el Destino no podía aplacarse así; y tampoco iba a aprobar la Providencia aquella pereza timorata, aquella cobarde indolencia.

Una noche de febrero —lo recuerdo bien— se oyó una voz cerca de la casa de la señorita Marchmont; la escucharon todos sus habitantes, pero, quizá, sólo

supo interpretarla una persona. Después de un tranquilo invierno, las tormentas señalaban el comienzo de la primavera. Había acostado a la señorita Marchmont y cosía sentada junto al fuego. El viento azotaba las ventanas: no había dejado de ulular en todo el día. Pero, al oscurecer, adquirió un tono nuevo, un acento agudo y penetrante, casi perceptible para el oído. Una queja desconsolada y lastimera, crispante para los nervios, vibraba en cada nueva ráfaga.

—¡Silencio! —musité con nerviosismo, dejando la labor e intentando en vano que mis oídos no oyeran aquel gemido sutil y penetrante. Había oído aquel mismo lamento con anterioridad, y una observación forzosa me había llevado a elaborar una teoría sobre lo que presagiaba. En tres ocasiones a lo largo de mi vida, los acontecimientos me habían enseñado que aquellos extraños sonidos en medio de la tormenta, aquel grito inquieto y desesperado, anunciaban la llegada de una atmósfera muy poco propicia para la vida. Estaba convencida de que un viento del este jadeante, lloroso, atormentado, lastimero, era a menudo heraldo de enfermedades epidémicas. De ahí surgía, deduje, la leyenda de Banshee. Creía haber notado, asimismo (aunque no era lo bastante avezada en filosofía para saber si existía alguna relación entre esas circunstancias), que a menudo teníamos noticia al mismo tiempo de graves actividades volcánicas en lejanos lugares, o de ríos que se desbordaban repentinamente, o de extrañas mareas que inundaban con furia las costas bajas. «Nuestro planeta —me decía— parece desgarrarse y sumirse en el caos en esos períodos; los débiles desaparecen bajo el aliento abrasador de los volcanes llameantes».

Yo escuchaba, temblando; la señorita Marchmont dormía.

Alrededor de la medianoche, la tormenta amainó, y media hora más tarde reinaba un silencio sepulcral. El fuego, convertido en rescoldos, se avivó con intensidad. Noté un cambio en el aire y agucé los sentidos. Alcé persiana y cortina para mirar por la ventana, y vi en las estrellas el acerado brillo de una intensa helada.

Al volverme, mis ojos se posaron en la señorita Marchmont, que se hallaba despierta, tratando de levantar la cabeza y mirándome con una gravedad poco habitual.

—¿Hace buena noche? —preguntó.

Respondí afirmativamente.

—Eso me parecía —dijo ella—, me siento tan fuerte... tan bien... Ayúdeme a incorporarme. Me siento joven esta noche —añadió—, joven, feliz, de buen humor. ¿Y si mi enfermedad cediera y yo estuviese destinada a disfrutar aún de cierta salud? ¡Sería un milagro!

«Y ésta no es época de milagros», pensé yo, extrañada de oírla hablar así. Ella dirigió la conversación hacia el pasado, cuyos incidentes, escenarios y personajes parecía recordar con singular viveza.

—Esta noche, ¡cuán importante es para mí la Memoria! —exclamó—. La considero mi mejor amiga. En estos instantes me proporciona un gran placer; y devuelve a mi corazón, de un modo hermoso y vívido, ciertas realidades... no meras ideas vacías... sino lo que en otro tiempo fueron realidades, y que yo hacía mucho tiempo que creía muertas, desvanecidas, mezcladas con el polvo de la sepultura. Revivo las horas, los pensamientos, las esperanzas de mi juventud. Siento renacer el amor de mi vida, mi único amor, casi mi único afecto, pues no soy una mujer especialmente bondadosa ni afable. Sin embargo, he experimentado sentimientos muy intensos, y esos sentimientos tenían un destinatario, a quien yo quería tanto como la mayoría de los hombres y las mujeres quieren a los seres innumerables en los que desperdician su amor. Mientras amé y fui amada, ¡qué feliz fue mi existencia! ¡Con qué viveza vuelve a mí aquel año tan glorioso! ¡Qué primavera tan hermosa! ¡Qué verano tan cálido y alegre! ¡Cuán suave era la luz de la luna, bañando de plata las noches otoñales! ¡Qué ardiente era la esperanza bajo las aguas heladas y los campos cubiertos de escarcha! Durante todo aquel año, mi corazón vivió por y para Frank. ¡Mi noble Frank, mi leal Frank, mi buen Frank! Mucho mejor que yo, ¡cuán elevados eran sus ideales! Es algo que comprendo y que digo ahora: si pocas mujeres han sufrido lo que yo con su pérdida, pocas disfrutaron como yo con su amor. Era un amor por encima de lo común; no dudaba de él ni de Frank. Era un amor que honraba, protegía y elevaba, además de llenar de felicidad a la mujer que lo recibía. Me gustaría comprender... ahora que estoy tan extrañamente lúcida, ¿por qué me fue arrebatado? ¿Por qué crimen fui condenada, después de doce meses de dicha, a soportar treinta años de aflicción?

»No lo sé —prosiguió tras una pausa—. Soy incapaz de entender el motivo; sin embargo, en este momento puedo decir con sinceridad lo que nunca me había atrevido a afirmar antes: ¡Inescrutable Señor, hágase Tu voluntad! Y estoy convencida de que la muerte me devolverá a Frank. Jamás lo había creído hasta ahora.

—Entonces, ¿él murió? —pregunté en voz baja.

—Mi querida niña —respondió ella—, una feliz Nochebuena me vestí y arreglé con esmero, confiando en que mi amado, que muy pronto se convertiría en mi marido, fuera a visitarme aquella noche. Me senté a esperarle. Aún me parece estar allí... y veo el nevado crepúsculo a través de la ventana con las cortinas descorridas, pues deseo ver llegar a Frank cabalgando por el blanco sendero; veo y siento la suave luz de la lumbre, calentándome mientras juega con mi vestido de seda, reflejando caprichosamente mi joven

figura en un espejo. Veo la luna de una apacible noche invernal —llena, clara y fría—, flotando sobre la oscura masa de arbustos y el césped plateado de mis jardines. Espero con cierta impaciencia en mi pulso, y sobre todo en mi pecho. Las llamas se habían apagado en la chimenea, pero las brasas continuaban vivas; la luna brillaba en lo alto, pero aún resultaba visible desde la celosía; eran casi las diez; no solía llegar más tarde de esa hora, pero en un par de ocasiones se había demorado.

»¿Iba a fallarme por primera vez? No... ni siquiera una vez; y por fin se acercaba, cabalgando muy deprisa para recuperar el tiempo perdido. “¡Frank, jinete temerario! —pensé, oyendo alegre e inquieta cómo se aproximaba al galope—. Te reprenderé por esto. Te diré que es mi vida la que pones en peligro; pues todo lo tuyo es mío, pero mucho más querido.” Allí estaba: pude verlo, pero debía de tener los ojos llenos de lágrimas, pues mi visión era muy borrosa. Divisé el caballo; lo oí piafar... y finalmente distinguí una masa oscura; entonces resonó un clamor. ¿Era un caballo u otra cosa extrañamente lúgubre lo que avanzaba a rastras por el césped? ¿Cómo dar nombre a lo que la luna iluminaba ante mis ojos? ¿Cómo expresar el sentimiento que aquello despertaba en mí?

»Lo único que pude hacer fue salir corriendo. Un animal enorme, el caballo negro de Frank, temblaba, jadeaba y resoplaba delante de la puerta; un hombre lo sujetaba: pensé que era Frank.

»“¿Qué ocurre?”, pregunté. Thomas, mi criado, me respondió con brusquedad: “Entre en casa, señorita”. Y luego llamó a otra criada que llegó corriendo de la cocina como si obedeciera a un presentimiento: “Ruth, lleva inmediatamente a casa a la señorita”. Pero yo estaba arrodillada en la nieve, al lado de algo que yacía allí, y que yo había visto arrastrarse por el suelo... algo que suspiró y gimió contra mi pecho cuando lo levanté y lo atraje hacia mí. No estaba muerto; no había perdido el conocimiento. Hice que lo llevaran al interior de la casa; me negué a recibir órdenes y a alejarme de él. Estaba muy serena, no sólo para ser dueña de mí misma, sino también de los demás. Habían intentado tratarme como a una niña, como se hace siempre con las personas a las que golpea la mano de Dios, pero no dejé que nadie se le acercara excepto el médico, y cuando éste hubo hecho cuanto pudo, me quedé a solas con mi agonizante Frank. Tuvo fuerzas suficientes para abrazarme y pronunciar mi nombre; me oyó rezar quedamente a su lado; sintió mi presencia cuando le consolé con ternura.

»“María —exclamó—, muero en el Paraíso.” Con su último aliento, me dedicó palabras de amor. Cuando amaneció el día de Navidad, mi Frank estaba al lado del Señor.

»Y eso —añadió— ocurrió hace treinta años. He sufrido mucho desde

entonces. Creo que no he sabido sacar provecho de mis infortunios. Una naturaleza dulce y amable se habría perfeccionado hasta la santidad; un espíritu maligno y fuerte se habría convertido en un demonio; en cuanto a mí, sólo he sido una mujer egoísta y amargada.

—Ha hecho usted mucho bien —dije yo, pues la señorita Marchmont era conocida por la generosidad de sus limosnas.

—No he escatimado el dinero, quiere usted decir, cuando con él podía mitigar una aflicción. ¿Y qué? No me costaba esfuerzo ni dolor alguno. Pero sé que, a partir de este momento, mi estado de ánimo mejorará, pues he de prepararme para reunirme con Frank. Como ve, sigo pensando más en Frank que en Dios, y a menos que amar tanto, durante tanto tiempo y de forma tan excluyente a otro ser humano, no resulte una blasfemia contra el Creador, pocas son mis esperanzas de salvación. ¿Qué opina de estas cosas, Lucy? Sea mi capellán y dígamelo.

Fui incapaz de contestar a su pregunta. Me faltaban las palabras. Pero ella pareció creer que sí lo había hecho.

—Tiene razón, hija mía. Debemos reconocer que Dios es misericordioso, aunque no siempre comprendamos sus designios. Debemos aceptar nuestra suerte, sea cual sea, y tratar de hacer más dichosa la de los demás. ¿No está de acuerdo? Pues bien, mañana empezaré con usted. Intentaré hacer algo para ayudarla, Lucy, algo que la beneficie cuando yo muera. Ahora me duele la cabeza de tanto hablar; pero me siento feliz. Acuéstese. El reloj está dando las dos. Qué tarde se acuesta usted; o mejor dicho, hasta qué tarde la obligo a quedarse con mi egoísmo. Pero váyase ahora; deje de preocuparse por mí; tengo la sensación de que descansaré bien.

Pareció disponerse a dormir. Yo también me retiré a mi cama, en una pequeña alcoba contigua a su habitación. La noche transcurrió tranquila; la muerte debió de sorprenderla en silencio, pacíficamente y sin dolor: a la mañana siguiente apareció sin vida, casi fría, pero con expresión serena y apacible. La excitación y el cambio de humor de la víspera habían sido el prelude de su final; un ataque bastó para cortar el hilo de una existencia sumida tanto tiempo en la aflicción.

Capítulo V

Pasando página

Cuando mi señora murió, me encontré de nuevo sola y tuve que buscar otra colocación. En aquella época debía de tener los nervios un poco —sólo un

poco— alterados. Reconozco que no tenía buen aspecto; por el contrario, estaba muy delgada, ojerosa y demacrada, como quien pasa las noches en vela, se ha visto obligado a trabajar en exceso, o está endeudado y sin empleo. No tenía deudas, sin embargo; ni tampoco estaba en la miseria, pues, aunque la señorita Marchmont no había tenido tiempo de legarme nada (como había dicho antes de morir que era su intención), después del funeral, su primo segundo y heredero me pagó escrupulosamente mi salario. Era un hombre con pinta de avaricioso, con nariz alargada y frente estrecha, que, según oí decir mucho después, acabó siendo realmente avaro: todo un contraste con su generosa pariente, y una mancha en su recuerdo, todavía venerado hoy por pobres y necesitados. Así, pues, con quince libras en el bolsillo y, aunque agotada, con buena salud y parecido ánimo, lo cierto es que, en comparación con otras personas, mi situación podía considerarse envidiable. Sin embargo, no dejaba de ser al mismo tiempo embarazosa, como comprendí con toda crudeza cierto día, una semana antes de tener que abandonar aquella casa sin haber encontrado un lugar donde alojarme.

En ese dilema, sin nadie más a quien recurrir, decidí pedir consejo a una antigua criada de nuestra familia; en otro tiempo mi niñera, era ahora ama de llaves en una gran mansión cercana a la de la señorita Marchmont. Pasé unas horas con ella; me ofreció consuelo, pero no supo qué aconsejarme. Sumida aún en la oscuridad, me despedí de ella al llegar el crepúsculo; tenía por delante un paseo de dos millas; la noche era clara y hacía mucho frío. A pesar de la soledad, de la pobreza y de la confusión, con el coraje y el vigor de una juventud que aún no había cumplido veintitrés veranos, mi corazón latía alegre y decidido. No flaqueaba, estoy segura, de lo contrario habría temblado durante aquel paseo solitario a través de campos silenciosos sin aldeas, granjas ni pequeñas casas; me habría aterrorizado la ausencia de luna, pues sólo podía seguir el oscuro sendero con la ayuda de las estrellas; y me habría asustado aún más la insólita presencia de algo que resplandecía en el norte, un misterio en movimiento: la Aurora Boreal. Pero aquella solemne desconocida no aumentó mis temores, sino que pareció infundirme un nuevo vigor. Absorbí la energía de la brisa cortante que soplaba en su estela. Un pensamiento audaz acudió a mi imaginación; mi espíritu se había fortalecido para aceptarlo:

—Abandona esta desolación, y vete lejos.

—¿Adónde? —fue mi pregunta.

No tuve que buscar muy lejos: apartando la mirada de aquella parroquia rural en la fértil llanura del centro de Inglaterra, vi a mi alcance lo que nunca había contemplado con mis ojos; vi Londres.

Al día siguiente regresé a la mansión y pedí de nuevo ver al ama de llaves para comunicarle mi plan.

La señora Barrett era una mujer seria y juiciosa, aunque apenas sabía un poco más del mundo que yo; a pesar de su seriedad y su buen juicio, no me acusó de haber perdido la razón. No hay duda de que mi aplomo me ha protegido siempre al igual que una capa con capucha de sencilla lana gris, pues gracias a él he podido coronar con impunidad, e incluso aprobación, ciertas hazañas que, de haber sido intentadas con agitación y nerviosismo, me habrían convertido a los ojos de muchos en una soñadora y en una fanática.

El ama de llaves desgranaba lentamente algunas dificultades, mientras cortaba cortezas de naranja para hacer mermelada, cuando un niño pasó corriendo junto a la ventana y entró saltando en la habitación. Era un niño precioso, y cuando se acercó a mí riendo y bailando, pues nos conocíamos de vista (su madre, una joven casada, era hija de los dueños de la casa), lo senté en mis rodillas. Pese a lo distinta que era nuestra posición social, la madre de aquel niño y yo habíamos sido compañeras de colegio, cuando yo era una niña de diez años y ella una señorita de dieciséis; la recordaba —guapa, pero torpe— en una clase inferior a la mía.

Estaba admirando los preciosos ojos negros del niño cuando entró su madre, la joven señora Leigh. ¡Qué hermosa se había vuelto la muchacha bella y afable, pero de escaso intelecto! ¡Y cuán bondadosa parecía! El matrimonio y la maternidad eran los causantes de aquel cambio, que más tarde he visto en otras mujeres menos prometedoras que ella. A mí parecía haberme olvidado. Yo también había cambiado; aunque no a mejor, me temo. No hice el menor intento por despertar su recuerdo, ¿para qué? Venía a buscar a su hijo para que la acompañara a dar un paseo, y detrás de ella entró una niñera con un bebé. Menciono este incidente sólo porque, al dirigirse a la joven, la señora Leigh habló en francés (un francés horrible, dicho sea de paso, y con un acento incorregible que me recordó nuestros días escolares); descubrí así que la niñera era extranjera. El pequeño también parloteaba francés con soltura. Cuando se hubo marchado el grupo, la señora Barrett comentó que su joven ama había traído a aquella niñera hacía dos años, después de un viaje al Continente; que la trataban casi tan bien como a una institutriz, y que no tenía más obligaciones que pasear con el bebé y hablar francés con el señorito Charles; y «dice que hay muchas inglesas tan bien colocadas como ella en familias extranjeras», concluyó la señora Barret.

Yo me guardé aquella información casual con el mismo cuidado con que las amas de casa atesoran retales inútiles en apariencia, para los que su espíritu previsor adivina un posible uso en el futuro. Antes de despedirme, mi vieja amiga me dio la dirección de una antigua y respetable posada de Londres que, según afirmó, solían frecuentar antaño mis tíos.

Al marcharme a esta ciudad, corría menos riesgos y mostraba menos iniciativa de los que el lector pueda suponer. De hecho, estaba sólo a cincuenta

millas de distancia. Tenía dinero suficiente para ir, subsistir unos cuantos días, e incluso regresar si no encontraba nada que me indujera a quedarme. Para mí, eran unas breves vacaciones otorgadas por una vez a mis extenuadas facultades, más que una aventura a vida o muerte. No hay nada como tomarse lo que uno hace con moderación: aporta serenidad a nuestro cuerpo y a nuestro espíritu; mientras que las ideas grandilocuentes tienden a sumir a ambos en un estado febril.

Cincuenta millas suponían en aquella época un día entero de viaje (pues ha pasado mucho tiempo desde entonces: mis cabellos, que resistieron hasta muy tarde la escarcha del tiempo, son ahora blancos bajo mi cofia blanca, como la nieve bajo la nieve). Llegué a Londres hacia las nueve de la noche de un lluvioso día de febrero.

Sé muy bien que mi lector no me daría las gracias por una descripción poética y detallada de mis primeras impresiones, y tanto mejor así, pues no tuve tiempo ni humor para albergar tales sentimientos; llegué muy tarde, en una noche oscura, fría y lluviosa, a una Babilonia laberíntica, cuya vastedad inexplorada puso a prueba, y en grado sumo, cualquier claridad de pensamiento o entereza que la Naturaleza pudiera haberme concedido, a falta de cualidades más brillantes.

Cuando me apeé de la diligencia, el extraño acento de los cocheros y demás personas que allí esperaban resonó en mis oídos como una lengua extranjera. Jamás había oído el inglés destrozado de aquella manera. Sin embargo, conseguí entenderlos y hacerme entender lo suficiente para que me llevaran, junto con mi baúl, a la antigua posada cuya dirección tenía. ¡Qué difícil, opresiva y desconcertante me pareció entonces mi escapada! Por primera vez en Londres, por primera vez en una posada, agotada tras el viaje, confusa por la oscuridad, paralizada de frío, sin la experiencia ni la ayuda necesarias para saber cómo actuar, y, sin embargo, obligada a hacerlo.

Dejé el asunto en manos del Sentido Común. Pero éste se hallaba tan aterido y desorientado como mis demás facultades, y sólo espoleado por la inexorable necesidad fue capaz de cumplir irregularmente su cometido. Hostigado por las circunstancias, pagó al mozo: dada la crisis, no le recriminé demasiado que se hubiera dejado engañar de un modo tan descarado. Luego pidió una habitación al camarero; llamó tímidamente a la criada; y, lo que es más, soportó sin dejarse intimidar del todo el comportamiento extremadamente desdeñoso de esa joven dama cuando se dignó aparecer.

Recuerdo que aquella camarera era el típico ejemplo de belleza y refinamiento ciudadanos. Era tan esbelto su talle y tan elegantes su cofia y su vestido que me pregunté cómo los habrían fabricado. Su tono afectado y elocuente parecía darle autoridad para condenar el mío; su cuidado atuendo

reflejaba un claro desdén hacia mi sencilla vestimenta provinciana.

«Bueno, no tiene remedio —pensé—, y además, tanto el lugar como las circunstancias son nuevos para mí; ya mejoraré».

Sin perder el aplomo ante aquella arrogante camarera, y conduciéndome del mismo modo ante el camarero de chaqueta negra, cuello blanco y aspecto de clérigo, logré que me trataran con cortesía al cabo de poco tiempo. Supongo que al principio creyeron que era una sirvienta, pero no tardaron mucho en cambiar de opinión y adoptar un tono entre condescendiente y amable.

Conservé la calma hasta que tomé un pequeño refrigerio, me calenté junto al fuego y me encerré en mi habitación; pero, cuando me senté al lado de la cama y apoyé la cabeza y los brazos sobre la almohada, me invadió una gran congoja. Mi situación se alzó de pronto ante mí como un fantasma: anómala, sombría, casi desesperada. ¿Qué hacía yo sola en el inmenso Londres? ¿Qué haría a la mañana siguiente? ¿Cuáles eran mis perspectivas en la vida? ¿Qué amigos tenía en el mundo? ¿De dónde venía? ¿Adónde debía ir? ¿Qué debía hacer?

Mis lágrimas empaparon la almohada, mis brazos y mis cabellos. Un oscuro intervalo, dominado por los más amargos pensamientos, siguió a aquel arrebato; pero no me arrepentía del paso que había dado, ni quería desandararlo. La vaga convicción de que era mejor seguir adelante que retroceder, y de que podía seguir adelante... de que con el tiempo se abriría un camino, por angosto y difícil que fuera, prevaleció sobre cualquier otro sentimiento; gracias a su influencia, logré serenarme lo suficiente para decir mis plegarias y acostarme. Acababa de apagar la vela y de tenderme en la cama cuando un sonido grave y poderoso retumbó en medio de la noche. Al principio no lo reconocí, pero se repitió doce veces, y al oír la colosal campanada y el vibrante tañido por duodécima vez, pensé: «Duermo al abrigo de la catedral de Saint Paul».

Capítulo VI

Londres

Al día siguiente era uno de marzo, y cuando me desperté, me levanté y descorrí la cortina, vi el sol naciente luchando con la niebla. Por encima de mi cabeza, sobre los tejados de las casas, casi a la altura de las nubes, divisé una masa imponente y esférica de color azul oscuro: LA CÚPULA. Mientras la contemplaba, sentí cómo me embargaba la emoción, y las alas de mi espíritu,

siempre encadenadas, parecieron desplegarse casi libres; me invadió una extraña sensación, como si yo, que jamás había vivido de verdad, estuviera finalmente a punto de saborear la vida; aquella mañana, mi alma creció tan deprisa como la planta de ricino de Jonás.

«He hecho bien en venir —pensé, antes de vestirme con prontitud y esmero—. Me gusta la energía que rodea esta gran ciudad». ¿Quién sino un cobarde pasaría toda su vida en la aldea y abandonaría para siempre sus facultades en la voraz herrumbre de la oscuridad?

Una vez vestida, bajé sin el desaliño y el cansancio del viaje, fresca y aseada. Cuando el camarero me trajo el desayuno, logré dirigirme a él con aplomo y serenidad, pero en tono alegre; conversamos durante diez minutos, en los que llegamos a trabar un provechoso conocimiento mutuo.

Era un hombre mayor de cabellos grises y, al parecer, llevaba veinte años trabajando allí. Al enterarme, tuve la certeza de que recordaría a mis dos tíos, Charles y Wilmot, que habían frecuentado aquella posada quince años antes. Mencioné sus nombres; se acordaba muy bien de ellos, y con respeto. Después de explicarle nuestro parentesco, mi posición quedó clara para él, y sobre una buena base. Señaló que me parecía mucho a mi tío Charles; supongo que era cierto, porque la señora Barrett solía decir lo mismo. Una cortesía atenta y servicial reemplazó su actitud anterior, desagradablemente dubitativa; a partir de entonces no volvió a faltar una respuesta amable a una pregunta sensata.

La ventana de mi saloncito daba a una calle estrecha y muy tranquila, bastante limpia; los escasos transeúntes eran iguales a los de cualquier ciudad de provincias: no había nada que pudiera intimidarme; supe que podía aventurarme a salir sola.

Abandoné la posada después de desayunar. Me sentía radiante: pasear sola por Londres era toda una aventura. No tardé en encontrarme en Paternoster Row, uno de los lugares más típicos. Entré en la librería de un tal Jones y compré un pequeño libro, un despilfarro que no podía permitirme; pero pensé que algún día podría regalárselo o enviárselo a la señora Barrett. El señor Jones, un adusto comerciante, atendía tras el mostrador. Parecía uno de los seres más extraordinarios del mundo, y yo uno de los más felices.

Aquella mañana viví un sinfín de experiencias prodigiosas. Al encontrarme ante la catedral de St Paul, decidí entrar y subir a la cúpula. Desde allí vi Londres con su río, sus puentes y sus iglesias; y contemplé el antiguo Westminster, y los verdes jardines del Temple bañados por la luz del sol. Una débil neblina se interponía entre ellos y el resplandeciente cielo azul de los primeros días de primavera.

Cuando descendí, continué deambulando al azar en un sereno éxtasis de

alegría y libertad, y llegué... todavía no sé cómo, al corazón de la ciudad. Vi y sentí Londres por fin: recorrí el Strand; subí por Cornhill; me mezclé entre el bullicio; arrostré los peligros de cruzar la calzada. Hacer todo eso, y hacerlo sola, me proporcionó un placer tal vez irracional, pero muy auténtico. Desde aquellos días he visitado el West End, los parques, las elegantes plazas, pero la City me gusta mucho más. La City parece mucho más real: su actividad, sus prisas, su estruendo, son dignos de ser vistos y oídos. La City se gana la vida, el West End se limita a disfrutar de sus placeres. En el West End podemos divertirnos, pero es en la City donde con más fuerza palpitan nuestros corazones.

Extenuada y hambrienta (hacía años que no tenía tanto apetito), regresé hacia las dos a mi vieja, oscura y tranquila posada. Comí dos platos: un sencillo asado y verduras; ambos me parecieron excelentes (mucho mejores que las escasas y delicadas raciones que la cocinera de la difunta señorita Marchmont solía prepararnos a mi bondadosa señora y a mí, y que apenas despertaban nuestro apetito). Deliciosamente cansada, me tendí a lo largo de tres sillas durante una hora (no había ningún sofá en la habitación). Me quedé dormida y, tras despertarme, pasé dos horas meditando.

Mi estado de ánimo, así como las circunstancias que me rodeaban, resultaban de lo más favorables para que adoptara una nueva pauta de conducta, decidida, temeraria, tal vez desesperada. No tenía nada que perder. Una aversión indescriptible a la tediosa existencia que había llevado antes me impedía volverme atrás. Si fracasaba en los pasos que planeaba dar, ¿quién sufriría aparte de mí? Si moría lejos de... del hogar iba a decir, pero yo no tenía hogar..., lejos de Inglaterra, ¿quién me lloraría?

Es posible que sufriera; pero estaba acostumbrada al sufrimiento: la muerte misma no me aterrorizaba tanto como a quienes han vivido de forma placentera. Hasta entonces, había pensado en ella con serenidad. Preparada, pues, para cualquier eventualidad, concebí un plan.

Ese mismo día, obtuve información de mi amigo el camarero sobre los barcos que zarpaban rumbo a un puerto del Continente: Boue-Marine. Descubrí que no tenía tiempo que perder, pues aquella misma noche debía ocupar mi camarote. Podría haber esperado a la mañana para embarcar, pero no quería correr el riesgo de llegar demasiado tarde.

—Será mejor que suba a bordo cuanto antes, señora —me aconsejó el camarero.

Me mostré de acuerdo con él y, tras pagar la factura, agradecí los servicios de mi amigo con una propina que ahora sé principesca, y que a sus ojos debió de parecer absurda (de hecho, al embolsarse el dinero, esbozó una leve sonrisa que reflejó su opinión sobre el savoir-faire de la donante); el camarero

procedió entonces a buscarme un coche de punto. También me encomendó al cuidado del cochero, conminándole a llevarme hasta el muelle, según creo, y a no abandonarme en manos de los barqueros; el hombre así lo prometió, pero no cumplió su palabra. Muy al contrario, prefirió inmolarme, servirme como un jugoso asado, obligándome a descender en medio de una multitud de barqueros.

Me encontré en una situación muy desagradable. Era noche cerrada. El cochero desapareció en cuanto cobró el importe del trayecto; los hombres empezaron a pelearse por mi baúl y por mí. Oí entonces sus juramentos, que hicieron flaquear mi entereza más que la noche, el aislamiento o lo extraño de la escena. Uno de ellos se apoderó de mi baúl. Yo lo observé y aguardé en silencio, pero cuando otro me puso las manos encima, alcé la voz, me desasí, salté a una barca y pedí con severidad que colocaran el baúl a mi lado —«Aquí mismo»—, lo que hicieron al instante, pues el dueño del bote elegido se convirtió en mi aliado: se alejó remando.

El río era negro como un torrente de tinta: en él se reflejaban las luces de los edificios que había en sus orillas, las embarcaciones se mecían en sus aguas. Pasamos varios barcos; a la luz de los faroles leí sus nombres pintados en grandes letras blancas sobre fondo oscuro. El Ocean, el Phoenix, el Consort, el Dolphin quedaron atrás, pero el Vivid era mi barco y parecía hallarse más lejos.

Nos deslizamos por la corriente azabache; pensé en la laguna Estigia y en Caronte llevando en su barca a algún alma solitaria rumbo al Reino de las Sombras. En medio de aquella extraña escena, con un viento helado azotándome el rostro y las nubes de medianoche derramando su lluvia sobre mi cabeza, sin más compañía que aquellos dos rudos remeros, cuyos enloquecidos juramentos resonaban aún en mis oídos, me pregunté si estaba afligida o aterrorizada. Ninguna de las dos cosas. A lo largo de mi vida, he sentido con frecuencia mucho más temor o desolación en circunstancias relativamente más seguras. «¿Cómo es posible? —me decía—. Estoy alegre y animada, en lugar de triste y asustada». No acertaba a adivinar por qué.

El Vivid apareció al fin, blanco y resplandeciente, en medio de la oscuridad.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó el barquero, e inmediatamente exigió seis chelines.

—Pide usted demasiado —protesté.

Él alejó la barca del Vivid y juró que no me dejaría embarcar hasta que no cobrara. Un joven —el sobrecargo, según supe después— nos contemplaba desde la borda, sonriendo ante la disputa que se avecinaba; para defraudarle,

pagué el dinero solicitado. Aquella tarde había dado tres veces coronas en vez de chelines, pero me consolé pensando que era el precio de la experiencia.

—¡La han engañado! —exclamó el sobrecargo, exultante, cuando subí a bordo.

Respondí flemática que ya lo sabía y me dirigí al interior del barco.

En el camarote de señoras había una mujer corpulenta, hermosa y llamativa. Le pedí que me indicase cuál era mi litera; ella me miró con severidad, musitó que los pasajeros no solían embarcarse a aquellas horas, y pareció dispuesta a mostrarse de lo más descortés. ¡Qué rostro tenía! ¡Tan atractivo, egoísta e insolente a la vez!

—Ahora que ya estoy a bordo, pienso quedarme —fue mi respuesta—. Le ruego que me indique cuál es mi litera.

Ella obedeció, pero con expresión hosca. Me quité el sombrero, coloqué mis cosas y me acosté. Había vencido varias dificultades; en cierto modo, había obtenido una victoria: mi espíritu sin hogar, sin ancla y sin apoyo había vuelto a ganar un breve reposo. Hasta que el Vivid llegara a puerto, no tendría que actuar ni tomar decisiones, pero después... ¡Ay! No podía anticipar el futuro. Exhausta, angustiada, me sumí en una especie de trance.

La camarera pasó la noche hablando; no conmigo, sino con el sobrecargo, que, además de hijo suyo, era su vivo retrato. Éste entraba y salía continuamente del camarote: hasta que amaneció, madre e hijo discutieron, se pelearon, volvieron a discutir e hicieron las paces más de veinte veces. Ella se jactó de estar escribiendo una carta a casa... a su marido, según dijo; y, creyéndome tal vez dormida, leyó algunos fragmentos en voz alta sin prestarme la menor atención; éstos parecían encerrar secretos familiares y se referían especialmente a una tal «Charlotte», una hermana menor, que, por el tono de la misiva, estaba a punto de contraer un romántico e imprudente matrimonio; airadas eran las protestas de la madura señora contra aquella desagradable unión. El buen hijo ridiculizaba la correspondencia de su madre. Ella la defendía y despotricaba contra él. Formaban una extraña pareja. La mujer debía de rondar los treinta y nueve o cuarenta años, tenía mucho busto y estaba fresca y lozana como una joven de veinte. Ruda, estridente, vanidosa y vulgar, su cuerpo y su espíritu parecían tan descarados como imperecederos. Supongo que había vivido en lugares públicos desde la infancia, y es probable que en su juventud hubiera sido moza de taberna.

Antes del alba, la camarera derivó la conversación hacia un nuevo asunto: «los Watson», una familia de pasajeros a los que se esperaba y que ella, al parecer, conocía y apreciaba por las buenas propinas que obtenía al servirlos. Dijo que «ganaba una pequeña fortuna siempre que aquella familia cruzaba el

Canal».

Toda la tripulación se puso en movimiento con las primeras luces del día, y los pasajeros embarcaron al salir el sol. La camarera dispuso una efusiva bienvenida a «los Watson» y se armó un gran bullicio en su honor. Eran cuatro, dos hombres y dos mujeres. Además de ellos sólo había otra pasajera, una joven que subió acompañada de un hombre de aspecto distinguido aunque lánguido. Los dos grupos ofrecían un marcado contraste. Los Watson eran sin duda gente adinerada, pues su porte confiado era un reflejo de su riqueza; las mujeres —jóvenes ambas y una de ellas sumamente hermosa— vestían con ostentación, en tonos alegres y, dadas las circunstancias, de un modo muy absurdo. Sus sombreros adornados con vistosas flores, sus capas de terciopelo y sus vestidos de seda resultaban más apropiados para un jardín o un paseo que para la cubierta de un húmedo paquebote. Los hombres eran de baja estatura, feos, gordos y vulgares; no tardé en comprender que el más viejo, grasiento y rechoncho era el marido —reciente, supuse, pues ella era muy joven— de la beldad. Grande fue mi asombro al descubrirlo, y mayor aún cuando reparé en que, en lugar de mostrarse terriblemente desdichada por la unión, la alegría de ella era desbordante. «Su risa debe de ser mera histeria provocada por la desesperación», pensé. Y en el momento en que esta idea cruzaba por mi cabeza, mientras estaba apoyada, silenciosa y solitaria, en el costado del barco, aquella completa desconocida se acercó a mí dando traspiés con un taburete plegable en la mano y, sonriendo con una frivolidad que me desconcertó —aunque dejara ver unos dientes perfectos—, me ofreció el cómodo asiento. Lo rechacé, naturalmente con toda la cortesía de que fui capaz; ella se alejó bailando, grácil e indiferente. Debía de tener un carácter afable, pero ¿qué podía haberla inducido a contraer matrimonio con aquel individuo más parecido a un tonel de aceite que a un hombre?

La otra pasajera, la que venía acompañada de un caballero, era una joven rubia y muy bonita; su sencillo vestido estampado, su sombrero de paja sin adornos y un gran chal que llevaba con gracia, resultaban casi tan sobrios como los de una mujer cuáquera: y, sin embargo, a ella le sentaban bien. Antes de despedirse de la joven, el caballero inspeccionó con una mirada a todos los viajeros, como si quisiera averiguar en qué compañía la dejaba. Con enorme desagrado, apartó los ojos de las damas de floridos sombreros y los clavó en mí; luego habló con su hija, sobrina o lo que fuera; ella me miró y frunció levemente sus finos y bonitos labios. Tal vez fuera yo, o mi vestido de luto, lo que suscitó aquella mueca de desprecio; probablemente las dos cosas. Sonó una campana; su padre (después supe que se trataba de él) le dio un beso y regresó a tierra. El paquebote zarpó.

Los extranjeros dicen que sólo a las jóvenes inglesas se les permite viajar solas y es grande su asombro ante la temeraria confianza de sus padres y

tutores. En cuando a las jeunes Miss, mientras unos juzgan su intrepidez inconvenant y masculina, otros las consideran víctimas pasivas de un sistema educativo que prescinde sin ningún miramiento de la debida surveillance. No sé si aquella señorita en particular era de las que se pueden dejar tranquilamente sin vigilancia: o, mejor dicho, no lo sabía entonces; pero muy pronto se hizo evidente que la digna soledad no era de su gusto. Recorrió un par de veces la cubierta de un extremo a otro; miró con cierto aire avinagrado de desdén la exhibición de sedas y terciopelos, y a los dos osos que los rondaban, y finalmente se acercó a mí.

—¿Le gusta a usted viajar por mar? —inquirió.

Le expliqué que era algo que debía ponerse aún a prueba, pues aquélla era mi primera travesía.

—¡Oh, qué encantador! —exclamó—. Le envidio la novedad; las primeras impresiones son tan agradables... Yo he hecho tantos viajes que casi he olvidado el primero. Estoy blasée del mar y todo eso.

Sonreí sin poder contenerme.

—¿Por qué se ríe de mí? —preguntó con una sincera irritación que me complació más que el resto de su charla.

—Porque es usted demasiado joven para estar blasée de algo.

—Tengo diecisiete años —contestó, herida en su orgullo.

—Pues no parece que tenga más de dieciséis. ¿Le gusta viajar sola?

—¡Bah! Me da igual. He cruzado diez veces el Canal, yo sola; pero procuro no estar sin compañía mucho tiempo: siempre hago amistad con alguien.

—No creo que encuentre muchos amigos en este viaje —exclamé mirando al grupo de los Watson, que en ese momento reían y armaban bastante alboroto en cubierta.

—Desde luego no serán ésos tan odiosos. Esa clase de gente tendría que viajar en la bodega. ¿Va usted a algún colegio?

—No.

—¿Adónde va?

—No tengo la menor idea... sólo sé que desembarcaré en el puerto de Boue-Marine.

Ella me miró fijamente y luego siguió hablando con indiferencia.

—Yo voy a un colegio. ¡He ido a tantos colegios extranjeros en mi vida! Y,

a pesar de ello, soy una completa ignorante. No sé nada... nada de nada... se lo aseguro; sólo toco el piano y bailo estupendamente; y, por supuesto, sé hablar francés y alemán, aunque no leo ni escribo bien estos idiomas. ¿Sabe que el otro día me pidieron que tradujese al inglés una sencilla página de alemán y fui incapaz de hacerlo? Papá se sintió muy avergonzado; dijo que parecía como si monsieur de Bassompierre, mi padrino, que es quien paga mis gastos escolares, hubiera tirado el dinero. Y en lo que se refiere a otras materias, historia, geografía, aritmética, etcétera, soy como un recién nacido; y escribo muy mal el inglés... con una ortografía y una sintaxis terribles, según dicen. Además, parezco haber olvidado mi religión; me consideran protestante, ¿sabe?, pero lo cierto es que no estoy segura de si lo soy o no: no recuerdo muy bien la diferencia entre católicos y protestantes. Sin embargo, no me importa lo más mínimo. En una ocasión fui luterana en Bonn... ¡querido Bonn!, ¡encantador Bonn! ¡Cuántos estudiantes apuestos había allí! Todas las muchachas bonitas de nuestro colegio tenían un admirador; sabían a qué hora salíamos a pasear y casi siempre se cruzaban con nosotras. Schönes Mädchen, les oíamos decir. ¡Fui sumamente feliz en Bonn!

—¿Y dónde se dirige ahora? —pregunté.

—¡Oh! A... chose —respondió.

El caso es que la señorita Ginevra Fanshawe (que era el nombre de la joven) sustituía con la palabra chose todos los términos que olvidaba. Era una costumbre: chose aparecía cada dos por tres en su conversación como oportuno sustituto de cualquier palabra de cualquier lengua que casualmente hablara en ese momento. Las jóvenes francesas suelen hacer lo mismo; de ellas había adquirido la costumbre. En esa ocasión descubrí, sin embargo, que chose se refería a Villette, la gran capital del gran reino de Labassecour.

—¿Le gusta Villette? —inquirí.

—Bastante. Los nativos son terriblemente estúpidos y vulgares, pero hay algunas familias inglesas muy respetables.

—¿Está usted en un colegio?

—Sí.

—¿Y es bueno?

—¡Oh, no! ¡Es horrible! Pero salgo todos los domingos y no me importan nada ni las maîtresses, ni los professeurs, ni las élèves, y mando las clases au diable. Una no se atreve a decir eso en inglés, ¿sabe?, pero en francés suena muy bien. Así que llevo una vida de lo más agradable... ¿Vuelve a reírse de mí?

—No, sólo me río de mis propios pensamientos.

—¿Cuáles son? —y sin esperar respuesta, añadió—: Y ahora dígame dónde va usted.

—Donde me lleve el Destino. Pretendo ganarme el sustento donde pueda.

—¡Ganarse el sustento! —repitió, consternada—. Entonces ¿es usted pobre?

—Tan pobre como Job.

—¡Bah! ¡Qué fastidioso! —exclamó tras una pausa—. Pero yo sé lo que eso significa; en casa todos son pobres: papá, mamá y todos los demás. Papá es el capitán Fanshawe, un oficial retirado; aunque es de buena familia, y algunos de nuestros parientes son muy distinguidos, mi tío y padrino De Bassompierre, que vive en Francia, es el único que nos ayuda: se encarga de la educación de las chicas de la familia. Tengo cinco hermanas y tres hermanos. Al final nos casaremos... supongo que con caballeros ya mayores y con dinero. Papá y mamá se ocupan de eso. Mi hermana Augusta se ha casado con un hombre que parece mucho más viejo que papá. Augusta es muy guapa, no de mi estilo, sino morena; su marido, el señor Davies, contrajo la fiebre amarilla en la India y aún conserva el color de una guinea, pero es rico, y Augusta tiene su propio carruaje y una buena posición, y todos pensamos que ha hecho una boda inmejorable. Eso es mejor que «ganarse el sustento», como usted dice. Por cierto, ¿es usted inteligente?

—No... en absoluto.

—¿Sabe tocar el piano, cantar, hablar tres o cuatro lenguas?

—Qué va...

—Aun así creo que es usted inteligente —comentó, antes de detenerse a bostezar—. ¿Se marea?

—¿Y usted?

—¡Muchísimo! En cuanto veo el mar. Lo cierto es que ya empiezo a sentirme indispuesta. Bajaré al camarote y no pararé de dar órdenes a esa camarera gorda y odiosa. Heureusement je sais faire aller mon monde —y, diciendo estas palabras, se marchó.

Al poco rato la siguieron los demás pasajeros; yo pasé la tarde sola en cubierta. Cuando recuerdo la tranquilidad y la dicha de aquellas horas, y evoco al mismo tiempo la situación en que me hallaba, incierta... desesperada, dirían algunos..., rememoro estos versos:

Stone walls do not a prison make,

Nor iron bars — a cage.

Y siento que los peligros, la soledad y un futuro incierto no son males abrumadores mientras el cuerpo esté sano y las facultades en uso, y sobre todo, mientras la Libertad nos preste sus alas y la Esperanza nos guíe con su estrella.

No me mareé hasta mucho después de pasar Margate, y fue grande el placer con que respiré la brisa marina, y divino el gozo que sentí con el balanceo de las olas del Canal, con las aves marinas en sus arrecifes, con las blancas velas en la oscura lejanía, con el cielo sereno y nublado dominándolo todo. En mi ensoñación, creí ver el continente europeo como una inmensa y lejana tierra de promisión. Los rayos de sol caían sobre él, convirtiendo la larga costa en una línea dorada; y, en aquel panorama que refulgía como el metal, las líneas borrosas de los pueblos de casas apiñadas, de las torres blancas como la nieve, de los bosques frondosos, de las cumbres desiguales, de los suaves pastos y de los arroyos veteados parecían grabadas en relieve. Al fondo, se desplegaba un cielo majestuoso de color azul oscuro; y, solemne como su imperial promesa, mágico en sus suaves tonalidades, se extendía un arco iris de norte a sur, inclinado ante Dios, al igual que un arco de esperanza.

Olvídalo todo, te lo ruego, lector, o más bien déjalo estar y extrae de ello una moraleja, una versión aliterada en letras de molde:

Las fantasías son engaños de Satanás.

Llegué a sentirme muy mareada, y bajé al camarote con paso vacilante.

Casualmente, la litera de la señorita Fanshawe estaba al lado de la mía, y lamento decir que esa joven me atormentó con su despiadado egoísmo mientras estuvimos indispuestas. Su agitación y su impaciencia eran difícilmente superables. Las Watson, que también estaban muy mareadas, y a las que la camarera atendía con descarada parcialidad, eran realmente estoicas comparadas con ella. Desde entonces, he observado a menudo en personas como Ginevra Fanshawe, de temperamento frívolo e indolente y belleza frágil y rubia, una total incapacidad para soportar el sufrimiento: son personas que parecen agriarse con la adversidad como la cerveza barata cuando truena; el hombre que toma a una de esas mujeres por esposa debería estar dispuesto a garantizarle una existencia en la que sólo brille el sol. Su insoportable malhumor me hizo perder la paciencia, y le pedí en tono cortante que «cerrara la boca». Mi rudeza le sentó bien, y me di cuenta de que no me guardaba ningún rencor por ella.

Al caer la noche, el mar se encrespó: olas cada vez más grandes azotaban con fuerza el costado del barco. Era extraño pensar que sólo nos rodeaban el agua y la oscuridad, y sentir que la nave avanzaba sin perder el rumbo, a pesar del ruido, el oleaje y el creciente temporal. Algunas piezas del mobiliario empezaron a caerse y fue necesario trincarlas para que no se movieran de su

sitio; los pasajeros estaban cada vez más mareados; la señorita Fanshawe declaró entre gemidos que se moría.

—Todavía no, querida —dijo la camarera—. Acabamos de llegar a puerto.

En efecto, un cuarto de hora más tarde se hizo la calma; nuestro viaje concluyó en torno a la medianoche.

Yo lo lamentaba; sí, lo lamentaba. Mi descanso había llegado a su fin; mis problemas —mis acuciantes problemas— volvían a comenzar. Cuando subí a cubierta, el aire glacial y el oscuro ceño de la noche parecieron reprocharme la osadía de haber viajado hasta allí; las luces de aquel pueblo extranjero de la costa, brillando con luz trémula alrededor del puerto, me recibían al igual que cientos de ojos amenazadores. Unos amigos subieron a bordo para dar la bienvenida a los Watson; un numeroso grupo de familiares y amigos rodeó y se llevó a la señorita Fanshawe; a mí... ni se me ocurrió comparar mi situación con la de ellos.

Sin embargo, ¿dónde podía ir? Tenía que dirigirme a alguna parte. La necesidad no le permite a uno ser exigente. Cuando pagué a la camarera sus honorarios (y pareció sorprendida de que alguien como yo le diera una propina que superaba lo que seguramente esperaban sus burdos cálculos), le dije:

—¿Tendría usted la amabilidad de indicarme una posada tranquila y respetable donde pasar la noche?

No sólo me dio la dirección que pedía, sino que llamó a un mozo y le ordenó que se hiciera cargo de mí... no de mi baúl, que estaba en la aduana.

Seguí al hombre por una calle toscamente empedrada, bajo la caprichosa luz de la luna; me condujo hasta la posada. Le ofrecí una moneda de seis peniques, que él rehusó; imaginando que no era suficiente, la cambié por un chelín, pero tampoco quiso aceptarlo, hablando con cierta brusquedad en una lengua que yo desconocía. Un criado que salió al callejón de la posada iluminado por una farola, me recordó en un inglés vacilante que mi dinero era moneda extranjera y allí no servía. Le di un soberano para que me lo cambiara. Arreglado este pequeño asunto, pedí una habitación; fui incapaz de cenar: aún estaba mareada y nerviosa, y me temblaba todo el cuerpo. Cómo me alegré cuando por fin se cerró la puerta de mi diminuto dormitorio y me quedé a solas con mi agotamiento. Una vez más podía descansar, aunque la nube de incertidumbre sería igual de densa al día siguiente; la necesidad de actuar, más apremiante; el peligro (o la miseria), más cercano; la lucha (por la subsistencia), más encarnizada.

Capítulo VII

Villette

Me desperté a la mañana siguiente con el coraje y el espíritu renovados; la debilidad física ya no hacía flaquear mi juicio; sentía la cabeza atenta y despejada.

Acababa de vestirme cuando llamaron a la puerta.

—Puede pasar —dije, esperando ver a la sirvienta; pero fue un hombre de aspecto rudo quien entró.

—Deme sus llaves, señorita —exclamó.

—¿Por qué? —quise saber.

—¡Démelas! —repitió con impaciencia y, después de arrancármelas casi de la mano, añadió—: ¡Muy bien! En seguida traigo su baúl.

Por fortuna todo salió bien: el hombre resultó ser de la aduana. No sabía dónde iba a desayunar, pero me dispuse a bajar, no sin cierta vacilación.

Observé entonces lo que no había visto la noche anterior por culpa de mi agotamiento, a saber, que aquella posada era, en realidad, un hotel inmenso; y mientras bajaba lentamente por la escalinata, deteniéndome en cada escalón (pues no tenía ninguna prisa por llegar abajo), contemplé el elevado techo encima de mí, las paredes pintadas a mi alrededor, los ventanales que todo lo iluminaban, el mármol vetado que pisaba (porque los escalones eran todos de mármol, aunque no estaban demasiado limpios ni alfombrados) y, comparando todo aquello con las dimensiones del pequeño dormitorio que me habían asignado y la extrema modestia de su mobiliario, me dio por filosofar.

Mucho me maravillaba la sagacidad demostrada por criados y sirvientas al acomodar a los huéspedes. ¿Cómo podían los camareros de barcos y posadas adivinar tras una mirada que, por ejemplo, yo era una persona de nula posición social y escasos recursos monetarios? Era evidente que lo sabían; me daba perfecta cuenta de que todos ellos me adjudicaban un valor insignificante después de un rápido cálculo. El hecho me pareció curioso y muy revelador; no quise ocultarme lo que indicaba, pero conseguí que, a pesar de ello, mi ánimo no decayera.

Cuando por fin llegué al enorme vestíbulo, inundado por la luz de la claraboya, me encaminé hacia lo que resultó ser el comedor del hotel. No puedo negar que, al entrar allí, temblaba un poco; me sentía insegura, solitaria, muy desdichada; deseaba de todo corazón saber si obraba bien o mal y, aunque creía que era lo segundo, no podía evitarlo. Con el espíritu y la calma de un fatalista, me senté en una pequeña mesa, donde el camarero no tardó en servirme el desayuno; y lo tomé con un estado de ánimo muy poco favorable a

la digestión. Había muchas personas desayunando en otras mesas; me habría alegrado ver a alguna mujer entre ellas, pero no había ninguna, todos los presentes eran hombres. Sin embargo, nadie pareció pensar que estuviera haciendo algo raro; uno o dos caballeros me miraron ocasionalmente, pero con suma discreción: supongo que, si vieron alguna excentricidad en mi comportamiento, lo justificaron con la palabra «¡Inglesa!».

Terminado el desayuno, tenía que moverme de nuevo... pero ¿en qué dirección? «Ve a Villette», me dijo una voz interior, empujada sin duda por el recuerdo de una frase banal que la señorita Fanshawe había pronunciado sin pensar al despedirse de mí:

—Ojalá pudiera venir al colegio de madame Beck. Podría usted cuidar de sus marmots. Está buscando una gouvernante inglesa, o al menos la buscaba hace dos meses.

Yo no sabía quién era madame Beck ni dónde vivía; lo había preguntado, pero mis palabras no habían obtenido respuesta: apremiada por sus amigos, la señorita Fanshawe se había ido sin contestarme. Pensé que Villette sería su residencia; y allí dirigí mis pasos. La distancia era de cuarenta millas. Sabía que me aferraba a un débil hilo de esperanza, pero, hallándome en el fondo del abismo, me habría agarrado a un clavo ardiendo. Tras inquirir por el modo de viajar hasta Villette y reservar un asiento en la diligence, partí guiada por la firmeza de aquel plan, de aquella sombra de proyecto. Antes de pronunciarse sobre la temeridad de mi proceder, ruego al lector que vuelva la vista atrás, hacia el punto del que había partido; que recuerde el desierto que había dejado a mis espaldas y repare en el escaso peligro que corría: se trataba de un juego en el que no tenía nada que perder, y podía ganar.

Soy consciente de que mi temperamento no es artístico, pero debo poseer algo de la facultad del artista para gozar al máximo de cada momento; es decir, cuando es de mi gusto. Disfruté de aquel día, aunque viajamos lentamente, hacía mucho frío y llovía. Durante el trayecto, recorrimos un paisaje pelado, llano y sin árboles; unos canales cenagosos se deslizaban, cual verdes serpientes aletargadas, junto a la carretera; e hileras de sauces desmochados bordeaban los campos, labrados como huertos. El cielo era también de un gris monótono; la atmósfera, cargada y húmeda; y, a pesar de tan lúgubres influencias, mi imaginación volaba y en mi corazón brillaba el sol. Estos sentimientos, sin embargo, se veían contrarrestados por la secreta e incesante inquietud que acechaba constantemente mi alegría, como un tigre agazapado en la jungla. Tenía siempre en mis oídos el aliento de ese animal de presa; su fiero corazón latía junto al mío; jamás se movía de su guarida, pero yo sentía su presencia: sabía que sólo aguardaba la puesta del sol para saltar con voracidad sobre su víctima.

Esperaba encontrarme en Villette antes del anochecer, y escapar así del profundo desasosiego que las tinieblas parecen arrojar sobre el viajero que llega por primera vez a un lugar desconocido; pero debido a la lentitud de nuestro avance y a las largas paradas, a la espesa niebla y a la intensa lluvia, una oscuridad casi palpable había envuelto la ciudad cuando nos acercamos a ella.

Recuerdo que atravesamos una puerta donde había soldados apostados; lo vi a la luz de las farolas. Luego, dejando atrás la enlodada chaussée, traqueteamos sobre un empedrado extrañamente duro y desigual. Al llegar a nuestro destino, la diligencia se detuvo y los pasajeros se apearon. Mi primera preocupación fue recuperar el baúl, asunto baladí, pero para mí de singular importancia. Comprendí que era mejor no importunar al cochero ni mostrarme demasiado impaciente, sino observar tranquilamente cómo sacaban el resto del equipaje hasta ver el mío, y entonces reclamarlo y ponerlo a salvo; me hice a un lado, y mis ojos se posaron en el lugar donde había visto colocar mi pequeño baúl, sobre el que ahora se amontonaban toda clase de bártulos. Uno a uno, contemplé cómo los bajaban y devolvían a sus dueños. Estaba segura de que mi baúl debía de ser ya visible... pero no aparecía. Había atado la etiqueta con mi nombre con una cinta verde, a fin de reconocerlo fácilmente, pero no se vislumbraba nada de ese color. Dejaron en el suelo todos los bultos, cajas y paquetes; y, cuando levantaron la cubierta de hule, comprobé que no quedaba ni un paraguas, ni una capa, bastón o sombrerera.

Y mi baúl, con mis escasas pertenencias y la pequeña cartera donde guardaba lo que quedaba de las quince libras, ¿dónde podía estar?

Ahora puedo hacer esa pregunta, pero entonces no. Fui incapaz de decir nada, pues no sabía una palabra de francés: y era francés y sólo francés lo que todo el mundo hablaba atropelladamente a mi alrededor. ¿Qué debía hacer? Me acerqué al conductor y, poniéndole la mano en el brazo, le señalé un baúl y luego el techo de la diligencia, intentando expresar con la mirada mi pregunta. Él me entendió mal, cogió el baúl señalado y se dispuso a subirlo al vehículo.

—Deje eso, ¿quiere? —exclamó una voz en perfecto inglés; y, dándose cuenta de su error, añadió—: Qu'est-ce que vous faites donc? Cette malle est à moi.

Pero yo había oído mi lengua materna, y el corazón me brincó dentro del pecho. Me di la vuelta.

—Señor —dije, dirigiéndome al desconocido, y la angustia me impidió fijarme en su aspecto—. No sé hablar francés. Le suplico que pregunte a este hombre qué ha hecho con mi baúl.

Sin distinguir por el momento cómo era el rostro hacia el que había

levantado la vista, leí en su expresión una mezcla de sorpresa por mi súplica y de vacilación sobre la conveniencia de intervenir.

—Pregúnteselo, se lo ruego —insistí—; yo haría lo mismo por usted.

No sé si sonrió, pero se dirigió a mí en un tono muy educado, es decir, ni severo ni temible:

—¿Cómo es su baúl?

Se lo expliqué, sin olvidar la cinta verde en mi descripción. Él se apresuró a increpar al conductor, y en el torrente de frases en francés que siguió, tuve la impresión de que le reprendía duramente. Al poco rato, regresó junto a mí.

—El hombre dice que llevaba sobrecarga, y confiesa que sacó su baúl después de que usted le viera colocarlo y lo dejó en BoueMarine con otros paquetes. Sin embargo, ha prometido traérselo mañana; pasado mañana lo tendrá en esta oficina.

—Gracias —respondí, pero se me encogió el corazón.

Mientras tanto, ¿qué iba a hacer? Es posible que aquel caballero inglés viera en mi rostro cómo flaqueaban mis fuerzas, porque inquirió amablemente:

—¿Tiene usted amigos en la ciudad?

—No, y no sé dónde ir.

Él tardó unos instantes en contestar; y, cuando se volvió hacia la luz de una farola, vi que se trataba de un hombre joven, distinguido y muy apuesto; a mi entender, podía ser un lord: la naturaleza le había dotado de las cualidades de un príncipe, pensé. Su rostro era muy agradable; y su aspecto elegante, pero no altanero, varonil, pero no autoritario. Me di la vuelta, consciente de que no tenía ningún derecho a solicitar más ayuda de alguien como él.

—¿Llevaba todo su dinero en el baúl? —preguntó, deteniéndome.

Qué dichosa me sentí de poder contestarle sinceramente:

—No. Llevo lo suficiente en el bolso (pues tenía cerca de veinte francos) para alojarme en una sencilla posada hasta pasado mañana; pero es la primera vez que vengo a Villette y no conozco sus calles ni sus posadas.

—Puedo darle la dirección de un lugar como el que busca —señaló él—, y no está muy lejos. Siguiendo mis indicaciones, lo encontrará fácilmente.

Arrancó una hoja de su cuaderno de notas, escribió unas palabras y me la entregó. Pensé que era realmente amable; y desconfiar de él, de su consejo o de su conducta, habría sido como desconfiar de la Biblia. Había bondad en su rostro y nobleza en sus brillantes ojos.

—El camino más corto es seguir el bulevar y cruzar el parque —continuó —, pero es demasiado tarde y está demasiado oscuro para que vaya sola; yo la acompañaré en ese tramo.

Eché a andar y yo fui tras él en medio de la oscuridad y de la llovizna que nos empapaba. El bulevar estaba desierto y embarrado, y los árboles goteaban sin cesar; el parque era tan negro como la noche. La intensa penumbra de los árboles y de la niebla me impedía ver a mi guía; me limité a seguir sus pisadas. No sentía el menor miedo: creo que habría seguido aquellos leales pasos hasta el fin del mundo, en medio de una noche perpetua.

—Y ahora —dijo él, después de cruzar el parque— continúe por esta calle ancha hasta llegar a unas escaleras iluminadas por dos farolas; baje por ellas, y encontrará una calle más estrecha; sígala hasta el fondo y verá la posada. Hablan inglés, de modo que han terminado sus dificultades. Buenas noches.

—Buenas noches, señor —reliqué—. Acepte mi más sincero agradecimiento.

Y así nos separamos.

El recuerdo de su semblante, lleno de benevolencia para quienes carecían de amigos, y su voz, que reflejaba una naturaleza caballerosa con los débiles y necesitados, además de con las mujeres y los niños, fueron para mí como un cordial hasta mucho después de despedirnos. Se trataba de un auténtico caballero inglés.

Seguí mi camino, andando presurosa por una calle y una plaza de gran belleza, rodeada de suntuosas mansiones, entre las que destacaban las gigantescas sombras de algunos edificios imponentes y altivos... tal vez un palacio o una iglesia, era incapaz de distinguirlo. Al pasar bajo un pórtico, dos hombres con mostacho salieron súbitamente de detrás de las columnas; fumaban puros y sus atuendos pretendían ser de caballeros, pero ¡pobres necios!, tenían alma de plebeyos. Se dirigieron a mí con insolencia y, a pesar de que apreté el paso, me siguieron durante un buen trecho. Finalmente, me tropecé con una especie de patrulla y mis temibles perseguidores abandonaron la cacería, dejándome completamente trastornada. Cuando recobré la serenidad, ignoraba dónde estaba; supongo que había dejado atrás las escaleras. Aturdida, jadeante y con el pulso acelerado por la agitación, no sabía hacia dónde encaminarme. Me aterraba la idea de encontrarme de nuevo con aquellos hombres barbudos y vulgares, pero tenía que desandar el camino y buscar las escaleras.

Por fin llegué a unos viejos y desgastados escalones, y dando por supuesto que serían los indicados, bajé por ellos. La calle a la que me condujeron era ciertamente estrecha, pero no había en ella ninguna posada. Seguí caminando.

En otra calle muy tranquila y comparativamente limpia y bien pavimentada, vi una luz que brillaba sobre la puerta de una casa bastante grande, un piso más alta que las demás. Aquélla debía de ser la posada. Aceleré la marcha; me temblaban las rodillas y estaba agotada.

No era una posada. Una placa de latón adornaba la gran Portecochère. «Pensionnat de Demoiselles», rezaba la inscripción, y debajo había un nombre: «Madame Beck».

Me estremecí. Un centenar de pensamientos cruzaron por mi imaginación en un instante. Sin embargo, no planeé nada ni me detuve a reflexionar: no tenía tiempo. La Providencia me decía: «Detente aquí; ésta es tu posada». El Destino me aprisionó en sus fuertes manos, dominó mi voluntad, dirigió mis acciones: toqué la campanilla de la puerta.

Mientras esperaba, me negué a pensar. Clavé la vista en el empedrado de la calle que iluminaba el farol de la puerta y conté las losas de piedra, fijándome en sus formas y en el reflejo del agua en sus ángulos. Volví a tocar la campanilla. Por fin abrieron la puerta. Una criada con una elegante cofia apareció ante mí.

—¿Podría ver a madame Beck? —pregunté.

Creo que si hubiera hablado en francés, no me habría dejado pasar; pero, al ver que me expresaba en inglés, dedujo que era una profesora extranjera que había de tratar algún asunto relacionado con el pensionnat, y me invitó a entrar a pesar de la hora, sin una palabra recriminatoria ni un instante de duda.

Poco después me encontré sentada en un frío y elegante salón, con una estufa de porcelana apagada, adornos dorados y un suelo muy brillante. En la repisa de la chimenea, un reloj de péndulo dio las nueve.

Transcurrió un cuarto de hora. ¡Con qué rapidez me latía el corazón! ¡Cómo pasaba del calor al frío y del frío al calor! No apartaba los ojos de la puerta, una gran puerta plegable de color blanco con molduras doradas; la observaba esperando que se moviera una de sus hojas y se abriera. Todo había permanecido en silencio; no se había oído ni a un ratón; la puerta blanca seguía cerrada e inmóvil.

—¿Es usted inglesa? —preguntó una voz a mi lado.

Estuve a punto de dar un respingo ante lo inesperado de aquel sonido; había estado tan convencida de mi soledad...

Pero no era un espectro ni nada fantasmagórico lo que tenía al lado, sino únicamente una mujer menuda y regordeta, con aire maternal, envuelta en un gran chal, con una bata y un pulcro y elegante gorro de dormir.

Le dije que era inglesa e inmediatamente, sin más preámbulos, iniciamos

una conversación de lo más singular. Madame Beck (pues se trataba de ella; había entrado por una pequeña puerta a mis espaldas y, al ir calzada con unas silenciosas zapatillas, no la había oído acercarse) había agotado su dominio de la lengua insular al preguntarme si era inglesa, y procedió a seguir hablando locuazmente en su idioma. Yo le respondí en el mío. Ella comprendía algo, pero como yo no entendía nada, aunque entre las dos armamos un buen jaleo (hasta entonces no había oído ni imaginado nada semejante al talento de madame para expresarse), lo cierto es que no conseguimos avanzar demasiado. Madame Beck no tardó en tocar la campanilla para pedir ayuda, que llegó en la persona de una maîtresse que había estudiado durante una época en un convento irlandés y a la que se atribuía un perfecto dominio de la lengua inglesa. Aquella maîtresse resultó ser una pequeña embaucadora, una nativa de Labassecour de los pies a la cabeza, ¡y cómo destrozaba el idioma de Albión! No obstante, le conté mi historia con palabras sencillas que ella tradujo. Le expliqué que había abandonado mi país con la intención de ampliar mis conocimientos y de ganarme el pan; que estaba dispuesta a encargarme de cualquier tarea, siempre que no fuera indigna o degradante; que podía ser niñera o doncella, y que ni siquiera me negaría a un trabajo doméstico que se adaptara a mis fuerzas. Madame oyó esto, y examinando su semblante, tuve casi la seguridad de que mi historia la había convencido.

—Il n'y a que les anglaises pour ces sortes d'entreprises —exclamó—. Sont-elles donc intrépides ces femmes là!

Luego me preguntó el nombre y la edad; se sentó y me miró, sin lástima ni interés: ni un destello de simpatía, ni una sombra de compasión cruzaron por su rostro durante la entrevista. Tuve la impresión de que no era una persona que se dejara arrastrar en lo más mínimo por sus sentimientos. Me contemplaba con aire grave y considerado, confiando en su propio criterio y analizando mi historia. Sonó una campanilla.

—Voilà pour la prière du soir! —exclamó, y se puso en pie.

A través de la intérprete, me pidió que me fuera y regresara a la mañana siguiente; pero aquello no me convenía: no soportaba la idea de regresar a los peligros de la oscuridad y de la calle. En tono enérgico, pero con serenidad y dominio de mí misma, le dije directamente a ella, prescindiendo de la maîtresse:

—Le aseguro, madame, que, si acepta mis servicios ahora mismo, sus intereses saldrán beneficiados; descubrirá que soy una persona deseosa de prestar un servicio plenamente equiparable a su salario. Y, si piensa contratarme, sería mejor que me quedara aquí esta noche; dado que no conozco Villette ni hablo la lengua del país, ¿cómo voy a conseguir alojamiento?

—Tiene razón —dijo ella—. Pero, al menos, ¿podría darme alguna referencia?

—Ninguna.

Preguntó por mi equipaje y le indiqué cuándo llegaría. Ella reflexionó. En aquel momento se oyeron unos pasos de hombre en el vestíbulo, dirigiéndose apresuradamente hacia la puerta principal. (Proseguiré con esta parte del relato como si hubiera comprendido lo que ocurrió, pues, aunque entonces me resultó ininteligible, me lo tradujeron más adelante).

—¿Quién sale a estas horas? —preguntó madame Beck al oír las pisadas.

—Monsieur Paul —contestó la profesora—. Ha venido esta tarde para dar clase a las alumnas de primer curso.

—Precisamente el hombre que más deseo ver en este momento. Llámeme.

La profesora corrió hacia la puerta del salón y avisó a monsieur Paul. Éste entró: un hombre menudo, delgado y moreno con anteojos.

—Mon cousin —empezó diciendo madame—. Quiero pedirle su opinión. Todos sabemos de su habilidad para conocer a las personas por su fisonomía; aplíquela ahora. Lea este rostro.

El hombre clavó en mí sus anteojos. Los labios apretados con decisión y el entrecejo fruncido parecían indicar que pensaba traspasarme con la mirada, que ningún velo sería capaz de ocultarle nada.

—Ya lo he leído —aseguró.

—Et qu'en dites vous?

—Mais, bien des choses —fue su misteriosa respuesta.

—¿Buenas o malas?

—De las dos clases, sin duda —añadió el adivino.

—¿Se puede confiar en su palabra?

—¿Están ustedes tratando un asunto importante?

—Ella quiere que la contrate como criada o institutriz; nos ha relatado su historia con mucha franqueza, pero no tiene referencias.

—¿Es extranjera?

—Inglesa, como puede ver.

—¿Habla francés?

—Ni una sola palabra.

—¿Lo entiende?

—No.

—¿Podemos entonces hablar claramente en su presencia?

—Sin duda.

Volvió a clavar sus ojos en mí.

—¿Necesita de sus servicios?

—No me irían mal. Ya sabe que estoy muy disgustada con madame Svini.

Él continuó examinándome. Cuando por fin emitió un juicio, éste fue tan enigmático como las palabras que lo habían precedido.

—Contrátela. Si en su naturaleza predomina el bien, la acción se verá recompensada; en caso contrario... eh, bien!, ma cousine, ce sera toujours une bonne oeuvre.

Y después de inclinar la cabeza y decir bon soir, aquel ambiguo árbitro de mi destino desapareció. Y madame me contrató aquella misma noche. Gracias a Dios no tuve necesidad de regresar a unas calles desiertas, lóbregas y hostiles.

Capítulo VIII

Madame Beck

Me quedé en manos de la profesora, que me condujo por un largo y estrecho pasillo hasta una cocina muy limpia, pero también muy extraña. No parecía haber en ella medio alguno para cocinar, ni fogones ni chimenea; no comprendí que el gigantesco horno negro que ocupaba todo el rincón era un eficaz sustituto de ambos. No creo que el orgullo empezara ya a susurrarme al oído; sin embargo, sentí cierto alivio cuando, en lugar de dejarme en la cocina, como yo casi esperaba, la atravesamos para acceder a una pequeña habitación interior que llamaban cabinet. Una cocinera con chaqueta, zuecos y mandil me sirvió la cena: a saber, un poco de carne de naturaleza desconocida acompañada de una salsa agria que jamás había probado, pero que resultó deliciosa; unas patatas cortadas y sazonadas con no sé qué... vinagre y azúcar, según creo; una tartine, es decir, una rebanada de pan con mantequilla; y una pera asada. Estaba hambrienta, así que me lo comí todo y me sentí agradecida.

Tras la prière du soir, madame en persona vino a verme de nuevo. Quería que la siguiera al piso de arriba. Me guió a través de una serie de pequeños

dormitorios, sumamente peculiares —celdas de monjas, según me enteré después, ya que una parte del edificio era muy antigua—, y del oratorio —una sala de techo bajo, larga y sombría, con un pálido crucifijo en la pared y dos cirios mortecinos siempre encendidos—, hasta llegar a una estancia donde dormían tres niñas en tres camas diminutas. Una estufa caldeaba la habitación y volvía su ambiente opresivo; y, para mejorar las cosas, todo estaba impregnado de un fuerte olor: un perfume sorprendente e inesperado dadas las circunstancias, pues era una mezcla de humo con algún licor; en pocas palabras, olía a whisky.

Al lado de una mesa en la que se consumía inútilmente el cabo de una vela, derramando su cera en la palmatoria, vi sentada a una mujer de aspecto vulgar, vestida con un llamativo traje de seda con grandes rayas, que contrastaba con un delantal de paño; dormía profundamente. Para completar el cuadro y despejar cualquier duda sobre la situación, junto a la bella durmiente había una botella y un vaso vacío.

Madame contempló esta extraordinaria escena con mucha calma; no sonrió ni frunció el ceño: ni un asomo de ira, disgusto o sorpresa pareció turbar su grave semblante. Ni siquiera despertó a la mujer. Con gran serenidad señaló una cuarta cama, dando a entender que sería la mía, y, tras apagar la vela y sustituirla por una lamparilla, salió por una puerta interior que dejó entornada: era la entrada a su dormitorio, una estancia amplia y bien amueblada, según vi por la abertura.

Mis plegarias de aquella noche fueron todas de agradecimiento: era extraño el modo en que mis pasos habían sido guiados desde la mañana, proporcionándome un empleo de la manera más inesperada. Apenas podía creer que hubieran transcurrido menos de cuarenta y ocho horas desde mi partida de Londres, sin más protección que la de un ave pasajera, sin más perspectivas que la brumosa estela de la esperanza.

Tenía el sueño ligero; me desperté de pronto en medio de la noche. Reinaba el silencio, pero una figura se movía por la habitación: madame con su camisón blanco. Sin hacer ruido, se acercó a las tres camas de las niñas; después vino hacia mí. Yo fingí dormir mientras ella me observaba durante un buen rato. Luego presencié una pequeña pantomima, bastante singular. Juraría que estuvo un cuarto de hora sentada en el borde de mi cama, contemplando mi rostro. Entonces se inclinó sobre mí, me levantó suavemente el gorro de dormir y dobló el borde para dejar mis cabellos al descubierto; después examinó mi mano, que reposaba sobre la colcha. Hecho esto, se volvió hacia la silla donde estaba mi ropa, a los pies de la cama. Al oír que la tocaba y la cogía, abrí los ojos con cautela, pues confieso que sentía curiosidad por saber hasta dónde llegaría su afán investigador. Comprobé que muy lejos: inspeccionó hasta el último detalle. Adiviné el motivo de su proceder: con la

ayuda de dichas prendas, deseaba formarse una opinión sobre mí, mi posición, medios de vida, higiene, etcétera. El fin no era malo, pero los medios no eran correctos ni podían justificarse. Mi vestido tenía un bolsillo; le dio la vuelta y contó el dinero que llevaba en el monedero; abrió mi cuaderno de notas, leyó sin inmutarse su contenido y cogió un pequeño mechón de cabellos grises de la señorita Marchmont que encontró entre sus páginas. Prestó especial atención a un manojo de tres llaves que correspondían a mi baúl, mi escritorio y mi costurero; e incluso se lo llevó por unos instantes a su dormitorio. Me incorporé ligeramente en la cama y la seguí con la vista. No devolvió las llaves, lector, hasta haber dejado su huella impresa en cera sobre el lavabo de la habitación contigua. Una vez finalizada la cuidadosa y metódica inspección, mis pertenencias volvieron a su lugar de origen y mi ropa fue doblada nuevamente con esmero. ¿Qué conclusiones había sacado del escrutinio? ¿Eran o no favorables? Vana pregunta. El rostro pétreo de madame (pues parecía de piedra aquella noche, aunque en el salón, como he dicho antes, lo hubiera creído humano e incluso maternal) no dejaba entrever respuesta alguna.

Después de cumplir con su deber (comprendí que actuar de aquel modo era un deber para ella), se levantó, silenciosa como una sombra y se dirigió a su dormitorio; al llegar a la puerta, volvió los ojos a la heroína de la botella, que seguía durmiendo y profería sonoros ronquidos. El futuro de la señora Svini (supongo que se trataba de la señora Svini, que en inglés o irlandés sería Sweeny) se leía en la mirada de madame Beck, que reflejaba un propósito inalterable; es posible que las inspecciones de madame en busca de defectos fueran lentas, pero no hay duda de que eran seguras. Todo aquello era muy poco inglés; realmente me encontraba en un país extranjero.

A la mañana siguiente tuve ocasión de conocer mejor a la señora Sweeny. Al parecer, se había presentado a madame Beck como una señora inglesa venida a menos, y había afirmado ser oriunda de Middlesex y hablar inglés con el más puro acento metropolitano. Confiando en sus métodos infalibles para descubrir la verdad con la ayuda del tiempo, madame mostraba una singular intrepidez al contratar los servicios del primero que se presentaba (tal como había probado con creces en mi propio caso). Había aceptado a la señora Sweeny como niñera e institutriz de sus tres hijos. No necesito explicar al lector que aquella señora era irlandesa; en cuanto a su posición social, es algo que no pretendo determinar; ella afirmaba con descaro que «había educado al hijo y a la hija de un marqués». Pienso que tal vez había sido sirvienta, niñera, ama de cría o lavandera de alguna familia de su país. Trataba de disimular su fuerte acento irlandés, curiosamente salpicado de afectadas inflexiones cockney. De un modo u otro, había adquirido y estaba en posesión de un guardarropa cuya suntuosidad era bastante sospechosa: costosos vestidos de rígida seda que no le sentaban demasiado bien, pues parecían hechos para un

cuerpo de otras proporciones; cofias con puntillas de encaje; y la prenda más importante de su vestuario, cuya visión hechizaba a todos los habitantes de la casa, acallando a profesoras y criadas —por lo demás desdeñosas— e influyendo incluso en la propia madame, cuando los pliegues de tan majestuoso ropaje envolvían sus anchos hombros: un auténtico chal indio, «un véritable Cachemire», como decía madame Beck con una mezcla de asombro y reverencia. Estoy segura de que la señora Sweeny no habría conservado ni dos días su trabajo en el internado sin ese Cachemire. Gracias a él, únicamente a él, lo mantuvo durante un mes.

Pero cuando la señora Sweeny se enteró de que yo iba a ocupar su puesto, entonces sí se delató, entonces sí se revolvió contra madame Beck con todas sus fuerzas, antes de arrojar su ira sobre mí. Madame aguantó tan bien sus desplantes, con tanto estoicismo, que yo me vi obligada, aunque sólo fuera por pudor, a guardar la compostura. Madame Beck se ausentó un momento de la habitación; diez minutos después, apareció un agente de policía. La señora Sweeny tuvo que desalojar la casa con todas sus pertenencias. Madame contempló la escena con rostro impasible; sus labios no dejaron escapar ni una sola palabra altisonante.

El pequeño asunto del despido se resolvió con rapidez antes del desayuno: se dio la orden de que abandonara el internado, se llamó a la policía, se expulsó a la amotinada, se fumigó y limpió la chambre d'enfants, se abrieron las ventanas de par en par, y cualquier huella de la competente señora Sweeny quedó borrada de la rue Fossette, incluido el suave aroma y la fragancia espirituosa, prueba fatídica y sutil de la verdadera cabeza y frente de su crimen. Todo esto, como digo, se hizo entre el momento en que madame Beck salió de su habitación como la diosa Aurora y el instante en que se sentó tranquilamente para servirse su primera taza de café.

Hacia el mediodía, madame me llamó para que la ayudara a vestirse (al parecer, mi trabajo sería un híbrido entre *gouvernante* y *doncella*). Hasta esa hora, madame recorría la casa en bata, chal y silenciosas zapatillas. ¿Cómo habría podido tolerar esa costumbre la directora de un colegio inglés?

No supe cómo peinarle el pelo, que era abundante, de color castaño rojizo y sin canas, a pesar de sus cuarenta años. Al verme turbada, dijo:

—¿No ha sido *femme de chambre* en su país?

Y, quitándome el cepillo de las manos, me apartó sin brusquedad y sin faltarme al respeto, para peinarse sola. En cuanto al resto de su arreglo personal, me guíé por sus indicaciones y su ayuda, sin que ella mostrara la menor irritación o impaciencia. Dejaré constancia de que aquélla fue la primera y última vez que solicitó mis servicios. A partir de entonces, recayeron en Rosine, la portera.

Una vez arreglada, madame Beck parecía una mujer más bien baja y robusta, aunque no carecía de gracia a su manera, es decir, la gracia que se deriva de estar bien proporcionada. Su tez era lozana y algo rubicunda; sus ojos, azules y serenos; su oscuro vestido de seda le sentaba como sólo una costurera francesa puede hacer que siente un vestido; causaba buena impresión, aunque su aspecto era algo aburguesado, ya que burguesa era, en efecto. Había un no sé qué armonioso en ella; sin embargo, su rostro estaba lleno de contrastes, pues las facciones no eran las que suelen acompañar a un cutis donde se combinan serenidad y lozanía: tenía un perfil severo y una frente alta y estrecha, que expresaba inteligencia y cierta bondad, pero no amplitud de miras; y sus ojos tranquilos, aunque vigilantes, tampoco parecían conocer el fuego que arde en los corazones, ni la dulzura que emana de ellos. La boca era dura, de expresión adusta y labios finos. En cuanto a genio y sensibilidad, con toda la temeridad y ternura que conllevan, tenía la sensación de que madame Beck era una especie de rey Minos con faldas.

Con el tiempo descubrí que también era otras cosas. Se llamaba Modeste Maria Beck, de soltera Kint; pero tendría que haberse llamado Ignacia. Era una mujer caritativa, y hacía muchas buenas obras. No había ama más benévola que ella. Me contaron que jamás había reñido a la insoportable señora Sweeny, a pesar de sus borracheras, desorden y negligencia; sin embargo, la señora Sweeny tuvo que marcharse en cuanto a ella le convino. Me dijeron también que en aquel internado nunca se criticaba a profesores y maestros, pero que tanto unos como otros eran sustituidos a menudo; desaparecían y otros ocupaban su lugar, sin que nadie pudiera explicar muy bien cómo.

Se trataba al mismo tiempo de un internado y un colegio. Las alumnas externas eran más de cien; las internas, aproximadamente una veintena. Madame debía de poseer grandes dotes administrativas: no sólo dirigía a todas esas niñas, sino también a cuatro profesores, ocho maestros, seis criados y tres hijas, ocupándose con toda diligencia de los padres y allegados de las alumnas; y todo ello sin esfuerzo aparente, sin aspavientos, fatiga, fiebre ni cualquier otro síntoma de una agitación excesiva. Siempre estaba ocupada... ajetreada, casi nunca. Lo cierto es que madame tenía su propio sistema para manejar y organizar aquella enorme maquinaria, y este sistema era muy bueno; el lector ha visto ya un ejemplo en aquel pequeño asunto de darle la vuelta a mis bolsillos y leer mi cuaderno de notas. «Vigilancia» y «espionaje»: ésas eran sus consignas.

No obstante, madame sabía lo que era la honradez y le gustaba, siempre que no se interpusiera con sus ridículos escrúpulos en el camino de su voluntad e intereses. Respetaba l'Angleterre, y en cuanto a les anglais, no contratava a mujeres de ningún otro país para cuidar a sus hijas si podía

evitarlo.

Por las noches, después de haber pasado el día conspirando, desbaratando conspiraciones, espionando y recibiendo informes de sus espías, subía a menudo a mi habitación —con indicios de verdadero cansancio en el rostro—, y se sentaba a escuchar a las niñas mientras me decían sus oraciones en inglés: a aquellas pequeñas católicas se les permitía recitar sobre mis rodillas el Padrenuestro y el himno que empieza con las palabras «Dulce Jesús». Y cuando las había acostado, madame me hablaba (no tardé en aprender suficiente francés para entenderla, e incluso para contestarla) de Inglaterra y de las mujeres inglesas, y de las razones por las que le complacía admitir que eran más inteligentes y de una probidad más auténtica y fiable. Con frecuencia demostraba mucho sentido común, y expresaba opiniones muy sensatas: parecía saber que mantener a las alumnas en un celoso encierro, en una ignorancia ciega y bajo una vigilancia que no les permitía un solo instante de intimidad, no era el mejor modo de convertirlas en mujeres honradas y modestas, pero aseguraba que las consecuencias serían desastrosas si se intentaba cualquier otro método con las jóvenes del Continente: estaban tan acostumbradas a la represión que una educación más relajada, por cautelosa que fuera, sería interpretada mal y conduciría a abusos funestos; estaba cansada, afirmaba, de los medios de los que había de valerse, pero eran necesarios; y después de hablarme, a menudo con dignidad y delicadeza, se marchaba con sus *souliers* de silencio y se deslizaba por la casa como un fantasma, observando y espionando por todas partes, mirando por el ojo de las cerraduras, escuchando detrás de las puertas.

Después de todo, el sistema de madame no era malo: es justo reconocerlo. Sus disposiciones no podían ser mejores para el bienestar físico de las alumnas. El ejercicio intelectual no era agotador, las clases estaban bien distribuidas y se hacían incomparablemente fáciles para las jóvenes; las diversiones y el ejercicio mantenían su buen estado de salud; la comida era buena y abundante: en la rue Fossette no se veían caras pálidas o demacradas. Madame Beck no escatimaba jamás una fiesta; concedía tiempo sobrado para dormir, vestirse, asearse y comer; en todas esas cuestiones, su método era distendido, liberal, saludable y racional: a más de una austera directora inglesa le convendría imitarlo, y creo que muchas estarían encantadas de hacerlo si los rigurosos padres ingleses se lo permitieran.

Dado que madame Beck lo dirigía todo mediante el espionaje, disponía naturalmente de un plantel de espías: conocía a la perfección la clase de herramientas que empleaba, y, aunque no tenía escrúpulos en utilizar las más sucias cuando la ocasión lo requería —deshaciéndose luego de ellas como de la cáscara de una naranja después de haberla exprimido—, yo misma comprobé lo exigente que era cuando las buscaba de metal puro para fines

menos turbios; y cuando encontraba una herramienta sin tacha, la cuidaba con mimo, guardándola entre algodones. Sin embargo, pobre del hombre o la mujer que depositara en madame Beck una confianza mayor de la que ella creyera necesaria para sus intereses. El interés era la llave maestra de su naturaleza, su principal estímulo, el alfa y omega de su vida. He visto cómo apelaban a sus sentimientos, y he sonreído ante quienes lo hacían, entre compasiva y desdeñosa. Con ese proceder, nadie consiguió jamás que le escuchara o que desistiera de sus propósitos. Por el contrario, intentar conmover su corazón era el modo más seguro de despertar su antipatía y convertirla en una secreta enemiga. Para madame Beck era una prueba de que no tenía un corazón capaz de conmoverse; le recordaba dónde estaba su punto débil, dónde era impotente. Ella ejemplificaba mejor que nadie la diferencia entre caridad y misericordia. Aunque desprovista de compasión, no carecía de cierta benevolencia racional, que le permitía mostrarse generosa con personas a las que no había visto nunca, si bien más como clase que como individuos. Pour les pauvres abría con liberalidad la bolsa; para un pobre, la tenía generalmente cerrada. Siempre estaba dispuesta a participar con entusiasmo en proyectos filantrópicos que beneficiaran al conjunto de la sociedad; pero ninguna aflicción individual lograba afectarla: no había sufrimiento lo bastante grande o intenso, concentrado en una sola alma, que tuviera poder para traspasar la suya. Ni la agonía en Getsemaní, ni la muerte en el Calvario, habrían arrancado una sola lágrima a sus ojos.

Lo repito, madame era una mujer extraordinaria y muy competente. Aquella escuela ofrecía un ámbito demasiado limitado a su talento; debería haber gobernado una nación entera, o haber presidido una turbulenta asamblea legislativa. Nadie habría conseguido intimidarla, ni alterar sus nervios, ni agotar su paciencia, ni superarla en astucia. Ella sola habría podido desempeñar las funciones de un primer ministro y de un superintendente de policía. Prudente, firme, desleal; reservada, astuta, desapasionada; vigilante e inescrutable; perspicaz e insensata... y además completamente decorosa, ¿qué más podía desearse?

El juicioso lector no supondrá que obtuve toda la información que he condensado aquí en un mes o en medio año. ¡No! Lo que percibí al principio fue la próspera fachada de un centro escolar grande y floreciente. Tenía ante mí una mansión llena de alegres jovencitas rebosantes de salud, todas bien vestidas y, muchas de ellas, hermosas, que adquirirían conocimientos gracias a un método increíblemente fácil, sin penosos esfuerzos ni un despilfarro inútil de inteligencia; quizá sin progresar muy deprisa en nada; con calma, pero siempre activas, y nunca agobiadas. Tenía ante mí un cuerpo de profesores y maestros sobre los que recaía todo el trabajo difícil, con el fin de ahorrárselo a las alumnas, si bien sus deberes estaban tan bien distribuidos que se relevaban unos a otros siempre que sus tareas resultaban excesivas. Tenía ante mí, en

definitiva, un colegio extranjero cuya vida, movimiento y variedad ofrecían un total y delicioso contraste con muchas instituciones inglesas del mismo tipo.

En la parte posterior de la casa había un amplio jardín, y en verano las alumnas vivían prácticamente al aire libre entre los macizos de rosas y los árboles frutales. Bajo el gran berceau cubierto de parras, se sentaba madame Beck en las tardes estivales y hacía venir a las diferentes clases, por turnos, para que se sentaran a su alrededor a leer y coser. Mientras tanto, los maestros iban y venían para dar breves y animadas charlas, más que clases, y las alumnas tomaban nota o no de sus enseñanzas, según su predisposición, convencidas de que, en caso de descuido, podrían copiar los apuntes de sus compañeras. Además de los jours de sortie establecidos cada mes, las fiestas católicas se sucedían a lo largo del año; y a veces, en una mañana radiante o en una tarde apacible de verano, llevaban a las internas a dar un largo paseo por el campo y las agasajaban con gaufres y vin blanc, o leche fresca y pain bis o pistolets au beurre (bollos de mantequilla) y café. Todo aquello era muy agradable y madame Beck parecía la bondad personificada; los profesores no eran tan malos, pues podrían haber sido peores; y las alumnas quizá resultarían un poco ruidosas y maleducadas, pero eran el compendio de la salud y la alegría.

Así se veían las cosas a través del encanto que da la distancia; pero llegó el momento en que aquella distancia desapareció para mí, cuando me obligaron a bajar de mi atalaya del cuarto de las niñas, desde donde había observado todo hasta entonces, para trabar un conocimiento más íntimo del pequeño mundo de la rue Fossette.

Cierto día en que estaba en el piso de arriba, como de costumbre, preguntando la lección de inglés a las niñas al tiempo que cosía el dobladillo de un vestido de seda de madame, la vi entrar lentamente en la habitación, con aquel aire absorto y preocupado que a veces se leía en su rostro y que la hacía parecer tan poco cordial. Dejándose caer en una silla frente a mí, guardó silencio durante unos minutos. Désirée, la hija mayor, leía un pequeño ensayo de la señora Barbauld que yo le hacía traducir del inglés al francés para asegurarme de que comprendía lo que estaba leyendo; madame escuchaba.

Al cabo de un rato, sin preámbulos, exclamó en un tono que parecía casi de acusación:

—Señorita, en Inglaterra era usted institutriz.

—Se equivoca, madame —contesté sonriendo.

—¿Es ésta la primera vez que intenta enseñar... aquí, con mis hijas?

Le dije que sí. Una vez más guardó silencio, pero, cuando levanté la vista al coger un alfiler del acerico, descubrí que era objeto de su escrutinio: me

observaba fijamente; parecía dar vueltas a algo... medir mi capacidad para algún propósito, sopesar mi valía para algún plan. Madame había registrado ya todas mis pertenencias y estoy segura de que creía conocerme bien: pero desde aquel día, y por espacio de una quincena, me sometió a nuevas pruebas. Escuchaba detrás del cuarto de las niñas cuando estaba allí con sus hijas; me seguía a una distancia prudencial cuando salía a pasear con ellas, acercándose sigilosamente para oírnos siempre que los árboles del parque o la avenida le servían de escondrijo. Tras haber observado fielmente este estricto proceso preliminar, hizo un movimiento hacia delante.

Una mañana me abordó de pronto como si tuviera mucha prisa, diciendo que se encontraba en un dilema. El señor Wilson, el profesor de inglés, no se había presentado a su hora y temía que estuviera enfermo; las alumnas esperaban en el aula; no había nadie para dar la clase; ¿tendría yo algún inconveniente en hacerles un pequeño dictado, por una vez, para que las alumnas no dijeran que se habían quedado sin inglés?

—¿En la clase, señora? —pregunté.

—Sí, en la clase de segundo curso.

—Donde hay sesenta alumnas —exclamé; pues conocía el número exacto y, con mi cobardía habitual, prefería refugiarme en la pereza, igual que un caracol en su concha, y alegar incapacidad y falta de experiencia como pretexto para eludir la acción. De haber dependido de mí, sin duda habría dejado escapar aquella oportunidad. Carente de audacia y de los impulsos de la ambición, habría sido capaz de pasarme veinte años enseñando el alfabeto a las niñas, arreglando vestidos de seda y haciendo delantales infantiles. No quiero decir con esto que me sintiera verdaderamente satisfecha, lo que dignificaría mi resignación, ya que el trabajo no me gustaba ni despertaba mi interés, pero me parecía maravilloso verme libre de sinsabores y preocupaciones; eludir el sufrimiento era lo más cercano a la felicidad que yo esperaba conocer. Además, tenía dos vidas muy diferentes: la de mis pensamientos y la real; y mientras la primera estuviera suficientemente alimentada por las mágicas y extrañas alegrías de la imaginación, los privilegios de la segunda podían seguir limitados al pan de cada día, al trabajo rutinario y a un techo bajo el que resguardarme.

—Vamos —dijo madame, cuando me inclinaba con más afán que nunca sobre el delantal infantil que estaba cortando—, deje eso.

—Pero Fifine lo necesita, madame.

—Entonces Fifine tendrá que esperar, porque yo la necesito a usted.

Y como madame Beck me necesitaba realmente y estaba decidida a contar conmigo... como hacía mucho tiempo que estaba descontenta con el profesor

de inglés, su falta de puntualidad y su descuidado método de enseñanza... como, por otra parte, no le faltaban resolución ni sentido práctico, tanto si yo carecía de ellos como si no, me obligó sin más preámbulos a dejar la aguja y el dedal, me cogió de la mano y me condujo escaleras abajo. Cuando llegamos al carré, un amplio vestíbulo cuadrado que separaba la vivienda del pensionnat, se detuvo, me soltó la mano, se volvió hacia mí y me examinó. Yo me ruboricé, temblando de pies a cabeza; no lo anunciéis en Gat, pero creo que lloraba. De hecho, las dificultades que tenía ante mí estaban lejos de ser completamente imaginarias; algunas eran muy reales, y la más importante de todas era mi escaso dominio del medio en el que debía enseñar. Había estudiado francés con ahínco desde mi llegada a Villette, poniéndolo en práctica durante el día y aprendiendo la teoría en los momentos libres que tenía por la noche, hasta la hora en que las normas de la casa me obligaban a apagar la vela, pero aún estaba lejos de poder confiar en mi capacidad para expresarme correctamente.

—Dites donc —dijo madame con severidad—, vous sentez-vous réellement trop faible?

Yo podría haber contestado que sí y haber vuelto a la oscuridad del cuarto de las niñas, donde tal vez habría languidecido el resto de mi vida; pero alcé los ojos hacia madame y vi algo en su rostro que me hizo recapacitar. En aquel instante, no tenía el aspecto de una mujer, sino el de un hombre. Un vigor especial iluminaba sus facciones, pero era un vigor muy diferente del mío: no despertaba comprensión, simpatía o sumisión. No me tranquilizó, ni me convenció, ni me abrumó. Era como si estuviera planteándose un desafío entre cualidades opuestas, y de pronto comprendí la indignidad de mi apocamiento, la cobardía de mi falta de ambición.

—¿Seguirá adelante o retrocederá? —inquirió madame, señalando con la mano primero la pequeña puerta que comunicaba con su vivienda, y luego la gran puerta doble que conducía a las aulas.

—En avant —respondí yo.

—Pero ¿podrá con las clases o está demasiado excitada? —prosiguió ella, enfriándose al tiempo que yo me animaba, y sosteniendo aquella mirada severa y antipática de la que yo extraía fuerza y determinación.

Al decir esto, sonrió con cierto desprecio; la excitación nerviosa no era muy del gusto de madame.

—No estoy más excitada que esta piedra —aseguré, golpeando ligeramente con el pie la losa del suelo—, o que usted —añadí, devolviéndole la mirada.

—Bon! Pero permítame decirle que aquí no se encontrará con las

tranquilas y recatadas muchachas inglesas. Ce sont des Labassecouriennes, rondes, franches, brusques, et tant soit peu rebelles.

—Lo sé —exclamé yo—, y también sé que, a pesar de haber estudiado francés con empeño desde mi llegada, no lo domino lo suficiente para infundirles respeto. Cometeré errores que me dejarán expuesta al desdén de las alumnas más ignorantes. Pero insisto en darles la clase.

—Siempre se ensañan con los profesores tímidos —dijo ella.

—Eso también lo sé, madame. He oído contar cómo acosaron y se rebelaron contra la señorita Turner —una pobre profesora de inglés, sin amigos, a la que madame había contratado y no tardó en despedir; su lamentable historia no me era ajena.

—C'est vrai —repuso ella con frialdad—. La señorita Turner tenía tanta autoridad sobre ellas como un mozo de cocina. Era débil e indecisa; le faltaba tacto, inteligencia, determinación, dignidad. La señorita Turner no servía para manejar a estas jóvenes.

Sin responder, avancé hacia la puerta cerrada que conducía a las aulas.

—No espere ayuda de mí ni de ninguna otra persona —señaló madame—. Perdería toda credibilidad como profesora.

Abrí la puerta, la dejé pasar cortésmente, y fui tras ella. Había tres aulas, todas de gran tamaño. La del segundo curso, donde iba a trabajar yo, era la más grande, y daba cabida a un grupo más numeroso, turbulento e infinitamente más ingobernable que los otros dos. Con posterioridad, cuando ya conocía mejor el terreno, pensaría (si se me permite la comparación) que el tranquilo, educado y sumiso primer curso era al enérgico, rebelde y ruidoso segundo curso, lo que la Cámara de los Lores a la Cámara de los Comunes.

Tras una primera ojeada, comprobé que muchas de las alumnas eran, más que niñas, mujeres jóvenes; sabía que algunas pertenecían a familias nobles (de la aristocracia de Labassecour), y estaba convencida de que ninguna de ellas desconocía mi posición en casa de madame. Cuando subí a la tarima (que apenas se elevaba un palmo del suelo), donde estaba la mesa y la silla del profesor, me encontré ante una hilera de ojos y de rostros que amenazaban tormenta: ojos en los que brillaba el descaro y rostros fríos y duros como el mármol. La «mujer» continental es muy distinta a la «mujer» insular de su misma edad y clase social; jamás había visto ojos y rostros semejantes en Inglaterra. Madame Beck me presentó con cuatro palabras, abandonó el aula con paso majestuoso y me dejó la gloria para mí sola.

Nunca olvidaré aquella primera clase ni cuánto me desveló sobre la vida y la naturaleza humana. Fue entonces cuando empecé a ver con claridad el

abismo que existía entre la jeune fille idealizada de novelistas y poetas, y esa misma jeune fille real.

Al parecer, las tres aristocráticas beldades sentadas en primera fila habían decidido que una bonne d'enfants no podía darles clase de inglés. Sabían que habían logrado expulsar a profesores que detestaban; sabían que madame se desharía del professeur o la maîtresse que se hiciera impopular; que jamás le ayudaría a conservar su puesto si era débil; que, si no tenía fuerzas para luchar o tacto para abrirse camino, acabaría cayendo. Cuando tuvieron delante a «la señorita Snowe», se prometieron una victoria fácil.

Mesdemoiselles Blanche, Virginie y Angélique iniciaron la campaña con una serie de cuchicheos y risitas disimuladas que pronto se convirtieron en murmullos y pequeñas carcajadas, y que los bancos más alejados recogieron y repitieron más ruidosamente. Al verme obligada a hablar un idioma que no dominaba en un ambiente tan hostil, aquella rebelión creciente de sesenta contra una no tardó en hacerse opresiva.

De haber podido expresarme en mi propia lengua, estoy segura de que me habría hecho escuchar; pues, en primer lugar, aunque sabía que mi apariencia era la de un ser insignificante —lo que sin duda era cierto en muchos aspectos—, la naturaleza me había dado una voz que lograba hacerse oír si la excitación la elevaba o la emoción la volvía más profunda. En segundo lugar, aunque en circunstancias normales no me expresaba con fluidez, sino de un modo vacilante, con un estímulo como el de aquella clase amotinada, habría podido soltar unas frases en inglés que estigmatizaran su comportamiento como merecía; y luego, con cierto sarcasmo, salpicado de amargo desprecio hacia las cabecillas y de inocuas bromas a sus más débiles y no tan malvadas seguidoras, tenía la impresión de que habría podido dominar a aquel rebaño salvaje, o domesticarlo al menos. Lo único que pude hacer fue acercarme a Blanche —mademoiselle de Melcy, una joven baronesa que, además de ser la mayor, era la más alta, hermosa y perversa de todas—, colocarme delante de su pupitre, quitarle de las manos el cuaderno de ejercicios, volver a la tarima, leer despacio su redacción, que encontré sumamente estúpida, y, con la misma lentitud, romper la hoja emborronada en dos delante de toda la clase.

Este acto sirvió para atraer la atención y acallar las voces. Sólo una de las jóvenes, sentada en la parte de atrás, persistió en su rebelión con la misma energía. La miré atentamente. Tenía la tez pálida, el cabello negro como la noche, espesas cejas, facciones enérgicas y ojos oscuros, rebeldes y siniestros. Reparé en que estaba sentada junto a una puerta muy pequeña, que abría un armario donde se guardaban los libros. Estaba de pie para dar rienda suelta a sus protestas con mayor energía. Calculé su estatura y su fuerza. Parecía alta y nervuda, pero, mientras la lucha fuera breve y el ataque inesperado, pensé que podía vencerla.

Me dirigí al fondo del aula con toda la frialdad e indiferencia de que fui capaz y, en pocas palabras, ayant l'air de rien, empujé suavemente la puerta y la dejé entreabierta. En un instante me volví con brusquedad hacia ella. En otro instante, la joven estaba dentro del armario, la puerta cerrada y la llave en mi bolsillo.

Aquella alumna, de nombre Dolores y de origen catalán, era casualmente una de esas personas temidas y odiadas por todas sus compañeras; el acto de justicia sumaria que acabo de mencionar resultó muy popular: no hubo nadie en el aula que, en el fondo, no se alegrara. Por un momento, se quedaron en silencio; luego una sonrisa, no una carcajada, pasó de pupitre en pupitre. Tras volver a mi tarima con aire tranquilo y grave, pedí silencio cortésmente y empecé a dictar como si nada hubiera ocurrido. Las plumas se deslizaron pacíficamente sobre el papel y el resto de la clase transcurrió con orden y aplicación.

—C'est bien —dijo madame Beck cuando salí de la clase, acalorada y un poco exhausta—. Ça ira.

Había estado escuchando y espiando por la mirilla todo el tiempo.

A partir de aquel día, dejé de ser niñera-institutriz y me convertí en profesora de inglés. Madame me subió el sueldo, pero trabajé tres veces más que el señor Wilson por la mitad de su salario.

Capítulo IX

Isidore

Mis ocupaciones pasaron a ser muchas y muy provechosas. Entre enseñar a los demás y estudiar con ahínco, apenas me quedaba un momento libre. Era muy placentero. Sentía que progresaba; en lugar de ser la presa aletargada del moho y la herrumbre, estaba puliendo mis facultades y aguzándolas gracias al uso constante. Ante mí se abrían nuevas experiencias, y no a pequeña escala. Villette es una ciudad cosmopolita, y en aquel colegio estudiaban jóvenes de casi todas las naciones europeas, y de diferentes clases sociales. La igualdad se practicaba a todas horas en Labassecour; aunque no republicana en la forma, casi podía decirse que lo era en el fondo, y en los pupitres del centro de madame Beck, la joven condesa y la joven burguesa se sentaban codo a codo. No siempre era fácil saber, por la apariencia, cuál era noble y cuál plebeya; si exceptuamos que la segunda solía tener unos modales más francos y corteses, mientras que la primera salía victoriosa por su difícil y delicada combinación de hipocresía e insolencia. En la primera se mezclaba a menudo la impulsiva

sangre francesa con la flema de las marismas: lamento decir que el efecto de aquel vivaz fluido se manifestaba principalmente en la verbosidad acaramelada con que la adulación y la mentira asomaban a sus labios, y en una conducta más frívola y alegre, pero completamente falsa y cruel.

Para hacer justicia a todos, las verdaderas nativas de Labassecour también eran hipócritas; pero de un modo menos sutil, que a casi nadie engañaba. Siempre que les resultaba ventajoso mentir, lo hacían tranquilamente, sin que se les alterara la respiración ni les remordiera la conciencia. No había nadie en casa de madame Beck, desde la fregona hasta la mismísima directora, que se avergonzara de una mentira; les parecía algo sin importancia; no es que inventar fuera precisamente una virtud, pero sí la más venial de las faltas. «J'ai menti plusieurs fois», repetían mujeres y niñas en su confesión mensual: el sacerdote las escuchaba sin sorprenderse y les daba de buen grado la absolución. Muy diferente era no asistir a misa o leer un capítulo de una novela: esos pecados no se libraban de un sermón o de una penitencia.

Mientras no fui realmente consciente de ese estado de cosas e ignoré sus consecuencias, me las arreglé muy bien en mi nuevo entorno. Después de las difíciles primeras clases, impartidas en medio del peligro y al borde de un volcán moral que, rugiendo bajo mis pies, arrojaba chispas y ardientes humaredas a mis ojos, el espíritu indómito de las alumnas pareció apaciguarse, al menos en lo que a mí concierne. Estaba decidida a salir victoriosa: no podía soportar la idea de fracasar en mi primer intento por salir adelante por culpa de su exacerbada hostilidad y de su desenfrenada rebeldía. Pasaba despierta muchas horas de la noche, ideando el mejor modo de dominar a aquellas amotinadas, y de ejercer una influencia permanente sobre aquella obstinada tribu. Lo primero que comprendí con claridad es que no podía esperar la menor ayuda de madame: lo único que le importaba era conservar intacta su popularidad entre las alumnas, incluso en detrimento de la justicia o del bienestar de los profesores. Si alguno de éstos buscaba su apoyo en una crisis de insubordinación, tenía asegurado el despido. En la relación con las alumnas, madame sólo reclamaba para ella lo cordial, placentero y loable, exigiendo a sus lugartenientes capacidad para solucionar cualquier crisis enojosa en la que actuar con la debida prontitud equivaliera a hacerse impopular. Así que tenía que arreglármelas sola.

En primer lugar, estaba tan claro como la luz del día que aquella infame multitud de jovencitas no podía gobernarse por la fuerza. Había que seguirles la corriente y armarse de paciencia con ellas: unos modales corteses y serenos las impresionaban; alguna pequeña broma de vez en cuando también era de su agrado. No podían, o no querían, que sus mentes trabajaran de un modo riguroso y continuado; y se negaban en rotundo a ejercitar la memoria, el raciocinio o la atención. Mientras que una joven inglesa de inteligencia y

docilidad medianas redactaba calladamente un trabajo, esforzándose por comprenderlo y dominarlo, una nativa de Labassecour se reía en tu cara y exclamaba rechazándolo:

—Dieu que c'est difficile! Je n'en veux pas. Cela m'ennuie trop.

Un profesor que conociera bien su trabajo se apresuraba a coger el ejercicio, sin vacilar, protestar o discutir, y hacía cuanto estaba en sus manos por reducir las dificultades del tema y volverlo comprensible para las jóvenes; después se lo entregaba de nuevo así modificado, con alguna frase sarcástica y cruel. Las muchachas notaban el aguijonazo, es posible que hicieran un gesto de dolor, pero no guardaban rencor a esta clase de ataques, siempre que el comentario no fuera amargo sino gracioso, y les mostrara con claridad y en letra negrita —para que pudieran leerlo de corrido— su incapacidad, ignorancia y pereza. Se amotinaban cuando un profesor añadía tres líneas a una lección, jamás cuando éste hería su dignidad: les habían enseñado a aplastar lo poco que tenían de esa cualidad, que parecía ver con buenos ojos que la pisotearan.

Poco a poco, a medida que yo iba adquiriendo fluidez y soltura en su lengua, y podía emplear las expresiones más enérgicas cuando la ocasión lo requería, las jovencitas más maduras e inteligentes comenzaron a apreciarme, a su manera. Comprendí que cuando se excitaba el amor propio de una alumna o se despertaba en ella una vergüenza sincera, era fácil ganarse su estima. Si lograba, aunque sólo fuera una vez, que les ardieran las orejas (normalmente grandes) bajo su espesa y brillante cabellera, todo marchaba relativamente bien.

Al poco tiempo, empezaron a aparecer ramilletes de flores sobre mi mesa por las mañanas; y yo, para agradecer esa pequeña gentileza extranjera, paseaba en ocasiones con unas pocas elegidas durante el recreo. En el curso de nuestras conversaciones intenté dos o tres veces, sin la menor premeditación, corregir alguno de sus singulares y distorsionados principios, y les expuse sobre todo mi opinión sobre el mal y la vileza de una mentira. En un momento de descuido, acerté a decir que, de los dos pecados, me parecía más grave la mentira que una falta ocasional a misa. Las pobres niñas habían sido aleccionadas para repetir ante oídos católicos lo que dijera un profesor protestante. La consecuencia fue edificante. Algo indefinido e invisible, algo difícil de describir, se interpuso entre mis mejores alumnas y yo: seguían regalándome ramilletes de flores, pero la conversación se volvió desde entonces impracticable. Cuando paseaba por el jardín o me sentaba a la sombra del berceau, siempre que una alumna se colocaba a mi derecha, un profesor aparecía a mi izquierda, como por arte de magia. Y por extraño que pueda parecer, los zapatos de silencio de madame Beck se encontraban continuamente a mis espaldas, tan sigilosos, rápidos e inesperados como un

céfiro errante.

En cierta ocasión, la opinión de los católicos sobre mis perspectivas espirituales me fue comunicada con bastante ingenuidad. Una alumna interna a la que había hecho algún pequeño favor exclamó un día que estaba sentada a mi lado:

—Mademoiselle, ¡qué pena que sea protestante!

—¿Por qué, Isabelle?

—Parce que quand vous serez morte, vous brûlerez tout de suite dans l'Enfer.

—Croyez-vous?

—Certainement que j'y crois: tout le monde le sait; et d'ailleurs le prêtre me l'a dit.

Isabelle era una jovencita singular que no tenía pelos en la lengua.

—Pour assurer votre salut là-haut, on ferait bien de vous brûler toute vive ici-bas —añadió, sotto voce.

Me reí, ya que era imposible hacer otra cosa.

¿Ha olvidado el lector a la señorita Ginevra Fanshawe? En ese caso, permítame que vuelva a presentarla como una de las florecientes alumnas de madame Beck, pues en efecto lo era. A su llegada a la rue Fossette, dos o tres días después de que yo me instalará allí súbitamente, apenas le causó extrañeza tropezarse conmigo. Debía de correr la mejor sangre por sus venas, pues jamás una duquesa se mostró tan perfecta, radical y sinceramente nonchalante como ella; de la sensación de asombro, apenas podía despertarse un débil y fugaz destello en su interior. Y casi todas sus facultades parecían hallarse en un estado igualmente precario: sus simpatías y antipatías, su amor y su odio, eran tan endebles como los hilos de una telaraña; mas había algo fuerte y duradero en ella: su egoísmo.

No podía decirse que fuera orgullosa; a pesar de ser yo una bonne d'enfants, me habría convertido en seguida en una especie de confidente o amiga. Me importunaba con mil quejas pueriles sobre las peleas escolares y la economía doméstica: no le gustaba la cocina del país; despreciaba a cuantos la rodeaban, profesores y alumnas, porque eran extranjeros. Yo aguanté durante algún tiempo con paciencia sus improperios contra el pescado salado y los huevos duros de los viernes, sus invectivas contra la sopa, el pan, el café; pero finalmente, cansada de su insistencia, me enfadé con ella y le paré los pies, algo que debería haber hecho desde el principio, pues una buena reprimenda siempre le sentaba bien.

Me vi obligada a soportar mucho más tiempo sus peticiones de ayuda en algunas tareas. Su guardarropa, en lo que se refiere a artículos de uso externo, estaba bien surtido y era muy elegante; pero no andaba sobrada de otras prendas, y las que tenía necesitaban continuamente arreglos. Ella detestaba las labores de aguja y me traía montones de medias y otras piezas para que se las remendara. Después de contentarla varias semanas, aquello amenazó con convertirse en una carga intolerable, así que le dije claramente que se remendara su propia ropa. Ginevra rompió a llorar, y me acusó de haber dejado de ser su amiga; pero no di mi brazo a torcer, y esperé a que se le pasara el histerismo.

A pesar de estas flaquezas y de otras que no es necesario mencionar —pero que no eran propias de un carácter exquisito o elevado—, ¡qué hermosa era! ¡Resultaba tan encantadora cuando bajaba en las soleadas mañanas de domingo, elegantemente vestida y de buen humor, con un traje de seda de color lila muy pálido, y los largos bucles rubios reposando en sus blancos hombros! Pasaba los domingos en casa de unos amigos que residían en la ciudad; y en seguida me dio a entender que, entre ellos, había uno que estaría encantado de ser algo más. Adiviné por sus insinuaciones, su alegría y el brillo de su mirada que era objeto de una ardiente admiración, tal vez de un verdadero amor. Ginevra llamaba «Isidore» a su pretendiente, pero me explicó que no era su verdadero nombre, sino el elegido por ella, ya que, según insinuó, el suyo no era «muy bonito». Cierta ocasión en que había estado presumiendo de la vehemencia del amor de Isidore, le pregunté si ella le correspondía.

—Comme cela —contestó—; es muy apuesto y me ama con locura, así que me resulta divertido. Ça suffit.

Al ver que aquella historia duraba más de lo que yo había previsto, dado su carácter veleidoso, decidí preguntarle seriamente si ese caballero contaría con el beneplácito de sus padres, y especialmente de su tío, de quien ella, al parecer, dependía. La joven reconoció que tenía sus dudas, pues no creía que «Isidore» fuera rico.

—¿Y sigue usted alentándolo? —inquirí.

—Furieusement, a veces —repuso.

—¿Sin tener la certeza de que le dejarán casarse con él?

—¡Oh, qué aburrida es usted! No quiero casarme. Soy demasiado joven.

—Pero si él la ama tanto como dice, y todo termina en nada, sufrirá mucho.

—Por supuesto que se le romperá el corazón. Me sorprendería y me

decepcionaría que no fuera así.

—Me gustaría saber si ese señor Isidore está loco —dije.

—Sí, está loco por mí; pero en otras cuestiones es muy sensato, à ce qu'on dit. La señorita Cholmondeley lo considera extraordinariamente inteligente, y está convencida de que se abrirá camino gracias a su talento; sólo sé que no hace más que suspirar en mi presencia, y que puedo manejarlo con el dedo meñique.

Deseando tener una idea más precisa de su enamorado, aquel monsieur Isidore, cuya situación me parecía de lo más insegura, le rogué que me lo describiera; mas ella fue incapaz: le faltaban las palabras y no sabía unir las para formar frases que tuvieran sentido. Daba la impresión de que no se había fijado realmente en él: ninguno de sus rasgos, ni de sus cambios de expresión, parecía haberla conmovido o haberse grabado en su memoria. Lo único que podía afirmar es que era «beau, mais plutôt bel homme, que joli garçon». De no haber sido por una cosa, mi interés habría decaído y mi paciencia se habría agotado con frecuencia al escucharla. Todos los comentarios que hacía, todos los detalles que daba, mostraban inconscientemente, en mi opinión, que monsieur Isidore le profesaba su admiración con enorme delicadeza y respeto. Le dije con toda sinceridad que me parecía demasiado bueno para ella, y añadí con idéntica franqueza que se comportaba como una coqueta. Ella rompió a reír, se apartó los rizos de los ojos y se alejó bailando como si le hubiera hecho un cumplido.

Los estudios de la señorita Ginevra eran poco más que nominales; sólo había tres cosas que practicaba con seriedad, a saber, música, canto y baile; también bordaba los delicados pañuelos de batista que no podía permitirse comprar. En cuanto a nimiedades como los deberes de historia, geografía, gramática y aritmética, los dejaba sin hacer o conseguía que otros se los hicieran. Pasaba mucho tiempo visitando a sus amistades. Madame sabía que su estancia en el colegio se limitaría a un período determinado que no se prolongaría hiciera o no progresos, de modo que, en ese sentido, le permitía una gran libertad. La señora Cholmondeley, su chaperon, una dama elegante y jovial, requería su presencia siempre que tenía invitados, y a veces la llevaba consigo a las fiestas de sus conocidos. A Ginevra le encantaba este modo de proceder; sólo veía en él un inconveniente: se veía obligada a vestir con elegancia y no tenía dinero para comprar tantas prendas. Este problema parecía ocupar todos sus pensamientos; y ella se afanaba por encontrar el mejor modo de solucionarlo. Era asombroso presenciar la actividad de su cerebro, tan indolente para otras cosas, y ver cómo la necesidad y el deseo de brillar la empujaban a exhibir un audaz atrevimiento.

Tenía el descaro de aprovecharse de la señora Cholmondeley... el descaro,

he dicho. En lugar de avergonzarse, le hablaba en este tono:

—Mi querida señora C., no tengo nada que ponerme para su fiesta de la semana que viene; tiene que prestarme un vestido de muselina, y también una ceinture bleu celeste, por favor... ¿es usted un ángel! ¿Lo hará?

La querida señora C. cedió al principio; pero, al descubrir que las exigencias de Ginevra aumentaban a medida que ella las satisfacía, no tardó en verse obligada, como todos los amigos de la señorita Fanshawe, a ofrecer resistencia a tanto abuso. Pasado algún tiempo, dejé de oír hablar de los regalos de la señora Cholmondeley; pero continuaron las visitas de Ginevra, y siguieron apareciendo los vestidos necesarios, además de otros muchos, pequeños y caros etcéteras: guantes, ramilletes, incluso baratijas. En contra de su costumbre, e incluso de su naturaleza (pues no era nada reservada), ocultó todo aquello durante algún tiempo; pero una noche en que iba a una gran fiesta para la que debía vestirse con especial esmero y elegancia, cedió a la tentación de venir a mi cuarto y exhibirse en todo su esplendor.

Estaba muy hermosa: tan joven, tan lozana, con esa delicadeza en la piel y esa elasticidad en la figura que resultan tan inglesas y que no están entre los encantos de la mujer continental. Llevaba un vestido nuevo, caro, perfecto. Con sólo echarle un vistazo, me di cuenta de que no le faltaba ninguno de esos detalles tan costosos que dan al conjunto un aire de perfección y refinamiento.

La miré de pies a cabeza. Se dio graciosamente la vuelta para que yo pudiera contemplarla. Consciente de su atractivo, su humor era inmejorable: sus ojos azules, bastante pequeños, brillaban de alegría; cuando se disponía a darme un beso, un modo infantil de mostrar el placer que sentía, la detuve diciendo:

—¡Calma! Mantengamos la calma, analicemos la situación y descubramos el significado de tanta magnificencia —y la empujé a cierta distancia para someterla a una inspección más reposada.

—¿Quedaré bien? —preguntó.

—¿Bien? —exclamé—. Hay muchas maneras de quedar bien, y le aseguro que no entiendo la suya.

—Pero ¿cómo estoy?

—Muy bien vestida.

Aquel elogio no le pareció suficientemente caluroso, y procedió a enseñarme todos los adornos de su vestimenta.

—Mire esta parure —dijo—. El broche, los pendientes, las pulseras: nadie en el colegio tiene un conjunto semejante... ni siquiera madame.

—Ya lo veo —contesté, haciendo una pausa—. ¿Le ha regalado estas joyas monsieur de Bassompierre?

—Mi tío no sabe nada de ellas.

—¿Son un obsequio de la señora Cholmondeley?

—Por supuesto que no. La señora Cholmondeley es un ser miserable y tacaño; ya no me regala nunca nada.

Preferí no hacer más preguntas, pero me aparté con brusquedad.

—Vamos, vieja Cascarrabias... viejo Diógenes (que eran los apodos que me daba cuando no estábamos de acuerdo), ¿qué pasa ahora?

—Será mejor que se vaya. No me agrada verla, ni a usted ni a su parure.

Por un instante, pareció sorprendida.

—¿Qué le ocurre, Madre Sabiduría? No he contraído ninguna deuda... me refiero a las joyas, a los guantes, al ramillete. Es cierto que mi vestido no está pagado, pero mi tío de Bassompierre abonará la factura: nunca se fija en los distintos artículos, sólo mira el total; y es tan rico que no es necesario preocuparse por unas cuantas guineas de más o de menos.

—¿Quiere salir? Voy a cerrar la puerta... Ginevra, es posible que la gente le diga que está muy hermosa con ese vestido de noche, pero para mí nunca estará más bonita que el día en que la conocí, con aquel traje de algodón a cuadros y aquel sencillo sombrero de paja.

—No todo el mundo tiene un gusto tan puritano como el suyo —respondió enojada—. Además, no creo que tenga derecho a sermonearme.

—¡Ya lo sé! Pero tampoco lo tiene usted para entrar revoloteando en mi dormitorio... como un arrendajo con plumas prestadas. No siento el menor respeto por sus plumas, señorita Fanshawe; especialmente por esos ocelos de pavo real que usted llama parure: objetos muy hermosos si los hubiera comprado con su dinero, de haberlo tenido, pero sin ninguna belleza en las circunstancias actuales.

—*¡On est là pour Mademoiselle Fanshawe!* —anunció la portera, y Ginevra se marchó corriendo.

El pequeño misterio de la parure no se resolvió hasta dos o tres días después, cuando la joven vino a verme para contármelo todo.

—No tiene por qué estar enfadada conmigo —empezó a decir—, convencida de que estoy llenando de deudas a papá o a monsieur de Bassompierre. Le aseguro que todo está pagado, excepto los pocos vestidos que he comprado últimamente. Lo demás está en orden.

«Ahí está el misterio —pensé yo—, teniendo en cuenta que no se los ha regalado la señora Cholmondeley, y que sólo dispone de unos pocos chelines que gasta con sumo cuidado».

—Écoutez! —prosiguió, acercándose a mí y adoptando su tono más confidencial y persuasivo, ya que mi «enfado» no le convenía: le gustaba que hablara con ella y la escuchase, aunque sólo fuera para reprenderla o burlarme de ella—. Écoutez, chère grogneuse! Se lo contaré con toda clase de detalles; y entonces no sólo verá que no hay nada incorrecto en este asunto, sino también la habilidad con que he sabido manejarlo. En primer lugar, tengo que salir. Mi propio padre expresó su deseo de que yo viera algo de mundo, y comentó a la señora Cholmondeley que, aunque yo era una criatura muy dulce, tenía un aire de colegiala del que quería especialmente verme libre, presentándome aquí en sociedad, antes de hacer mi verdadero début en Inglaterra. Pues bien, si debo salir, tengo que vestirme. La señora Cholmondeley se ha vuelto muy tacaña y no quiere darme nada más; sería abusar de mi tío obligarle a pagar todo lo que necesito: eso no puede negarlo... es algo que está de acuerdo con lo que usted predica. Verá, el caso es que ALGUIEN me oyó (por casualidad, se lo aseguro) quejarme a la señora Cholmondeley de mis estrecheces, y de los apuros que pasaba para conseguir una o dos fruslerías: y ese alguien, lejos de escatimar un obsequio, se mostró encantado ante la idea de poder regalar alguna tontería. Debería haber visto su cara de blanc-bec la primera vez que lo mencionó: cómo dudaba y enrojecía, e incluso temblaba temiendo que me negara.

—Basta ya, señorita Fanshawe. Supongo que debo entender que monsieur Isidore es su benefactor: que es de él de quien ha aceptado usted esa costosa parure; que es él quien le regala los ramilletes y los guantes.

—Se expresa usted de un modo tan desagradable —dijo ella— que apenas sé qué contestar; lo que quiero decir es que, de vez en cuando, concedo a Isidore el placer y el honor de obsequiarme alguna bagatela.

—Da lo mismo... Ginevra, para ser sincera, no sé mucho de estas cosas, pero creo que está obrando muy mal... terriblemente mal. Sin embargo, quizá tenga la certeza de poder casarse con monsieur Isidore... ¿ha obtenido ya el consentimiento de sus padres y de su tío? ¿Le ama usted sin reservas?

—Mais pas du tout! (siempre recurría al francés para decir algo especialmente cruel o perverso). Je suis sa reine, mais il n'est pas mon roi.

—Perdone, pero creo que sus palabras no reflejan más que necesidad y coquetería. No hay nada admirable en usted; sin embargo, no duda en aprovecharse de la bondad y del bolsillo de un hombre por el que siente una total indiferencia. Monsieur Isidore le gusta mucho más de lo que piensa, o de lo que desea admitir.

—No. La otra noche bailé con un joven oficial que me gusta mil veces más que él. A menudo me pregunto por qué Isidore me inspira tanta frialdad, pues todo el mundo dice que es muy guapo, y otras damas lo admiran; pero, por algún motivo, me aburre: déjeme pensar por qué...

Y pareció esforzarse por reflexionar. Yo la animé a hacerlo.

—¡Sí! —dije—. Intente aclarar el estado de sus pensamientos. Parecen muy confusos... tan caóticos como un cajón de sastre.

—Es algo así —exclamó poco después—: Isidore es un hombre demasiado romántico y leal, y espera más de mí de lo que yo considero conveniente. Cree que soy perfecta; ve en mí maravillosas cualidades y sólidas virtudes, que nunca he tenido ni pretendo tener. Pero una no puede evitar, en su presencia, tratar de justificar su buena opinión; y es tan cansado ser modosa y hablar con sensatez... porque él está convencido de que soy sensata. Me siento mucho más cómoda con usted, mi vieja y querida cascarrabias, que adivina lo peor de mí y sabe que soy coqueta, ignorante, presumida, caprichosa, necia, egoísta y todas las demás lindezas que usted y yo hemos acordado que conforman mi carácter.

—Todo eso está muy bien —señalé, haciendo un esfuerzo sobrehumano por conservar la gravedad y la severidad que corrían el riesgo de flaquear con su juguetona franqueza—, pero no cambia en absoluto ese desdichado asunto de los regalos. Empaquételos de nuevo, Ginevra, como una muchacha buena y honrada, y devuélvase los.

—Me niego a hacerlo —contestó con firmeza.

—Entonces está usted engañando a monsieur Isidore. Al aceptar sus regalos le está dando a entender que algún día recibirá su equivalente en cariño...

—Nada de eso —le interrumpió—: El placer de ver cómo los luzco es su recompensa... resulta más que suficiente para él: no es más que un burgués.

Esta frase, con su necia arrogancia, me curó por completo de la debilidad momentánea que me había empujado a suavizar mi tono y mi actitud. Ella seguía parlotando:

—Lo que deseo ahora es disfrutar de la juventud, y no encadenarme, con promesas o juramentos, a ningún hombre. Cuando conocí a Isidore, creí que me ayudaría a pasarlo bien. Creí que se conformaría con que yo fuera una muchacha bonita; y que nos encontraríamos y separaríamos revoloteando como dos mariposas, y que seríamos dichosos. Pero ¡quién lo iba a decir!, a veces es tan severo como un juez, y muy serio y profundo. ¡Bah! Les penseurs, les hommes profonds et passionnés, ne sont pas à mon goût. El

coronel Alfred de Hamal me agrada mucho más. Va pour les beaux fats et les jolis fripons! Vive les joies et les plaisirs! À bas les grandes passions et les sévères vertus!

Esperó una respuesta a esta diatriba. No le di ninguna.

—J'aime mon beau colonel —prosiguió—: Je n'aimerai jamais son rival! Je ne serai jamais femme de bourgeois, moi!

Le señalé que quería ver mi habitación libre del honor de su presencia. Ginevra se marchó riendo.

Capítulo X

El doctor John

Madame Beck era una mujer consecuente; tolerante con todo el mundo y afectuosa con nadie. Ni siquiera sus propias hijas lograban desviarla del firme tenor de su estoica calma. Se mostraba solícita con su familia, atenta a sus intereses y su bienestar físico; pero jamás parecía experimentar el deseo de sentar a sus pequeñas sobre el regazo, de besar sus labios sonrosados, de abrazarlas con cariño, de llenarlas de suaves caricias o tiernas palabras.

A veces la observé sentada en el jardín, contemplando a las niñas mientras paseaban a lo lejos con Trinette, la bonne; su semblante reflejaba preocupación y cautela: sé que a menudo pensaba con inquietud en lo que ella llamaba leur avenir; pero si la más pequeña, una niña enclenque y delicada, aunque encantadora, la veía por casualidad, soltaba la mano de la niñera y, con paso inseguro, se acercaba a ella riendo y jadeando para aferrarse a su rodilla, madame se limitaba a extender con calma la mano, para impedir el molesto golpe ocasionado por la precipitación de la niña.

—Prends garde, mon enfant! —exclamaba impasible.

Y, pacientemente, le permitía quedarse unos instantes a su lado y luego, sin una sonrisa ni un beso, ni una palabra cariñosa, se levantaba y volvía a llevarla con Trinette.

Aunque de un modo diferente, su comportamiento con la niña mayor era igualmente peculiar. Désirée era una criatura muy difícil. «Quelle peste que cette Désirée! Quel poison que cet enfant là!» eran las expresiones que le dedicaban, tanto en la cocina como en las aulas. Entre otras cualidades, poseía una destreza exquisita en el arte de la provocación, que a veces estaba a punto de enloquecer a su bonne y a los demás sirvientes. Entraba a escondidas en sus dormitorios del ático, abría sus baúles y cajones, rompía sin motivo sus

mejores cofias y ensuciaba sus mejores chales; aprovechaba cualquier oportunidad para acercarse a la alacena de la salle à manger, donde hacía añicos los objetos de porcelana o de cristal, o al armario de la despensa, donde robaba las conservas, bebía el vino dulce, rompía tarros y botellas, y se las ingeniaba para que las sospechas recayeran sobre la cocinera y su ayudante. Cuando madame veía todo esto, o era informada de ello, su único comentario, expresado con incomparable serenidad, era:

—Désirée a besoin d'une surveillance toute particulière.

Por ese motivo, aquella prometedorra rama de olivo pasaba mucho tiempo a su lado. Pero no creo que ella le hablara ni una sola vez con sinceridad de sus defectos, ni que le explicase la maldad de semejantes hábitos, ni que le mostrara las consecuencias que acarreaban. La vigilancia debía ser la única cura. Por supuesto, fracasó. Se mantuvo a Désirée alejada en cierto modo de los criados, pero ella desvalijaba y se burlaba de su madre. Robaba y escondía cualquier objeto del escritorio o del tocador de madame sobre el que pudiera poner las manos. Su madre lo veía, pero fingía no enterarse de nada: su alma carecía de la rectitud necesaria para enfrentarse a los vicios de la niña. Cuando desaparecía algo demasiado valioso para no ser restituido, madame Beck afirmaba que Désirée se lo había llevado en broma, y le pedía que lo devolviera. La pequeña no se dejaba engañar: había aprendido a recurrir a la mentira para amparar el robo, y negaba haber tocado el broche, el anillo o las tijeras. Siguiendo con su falso método, la madre adoptaba un aire de credulidad, y después vigilaba y seguía a la niña hasta encontrar sus escondrijos: un agujero en la tapia del jardín... una grieta o ranura en una buhardilla o en una edificación anexa. Luego enviaba a Désirée a pasear con su bonne, y aprovechaba la ausencia para robar a la ladrona. Désirée demostró ser hija de su astuta madre, pues jamás permitió que su rostro o sus modales reflejaran la menor humillación cuando descubría la pérdida.

Decían que la segunda hija, Fifine, se parecía mucho a su difunto padre. Ciertamente, aunque había heredado de su madre la buena salud, los ojos azules y las mejillas sonrosadas, su forma de ser era muy diferente. Era una pequeña criatura alegre y sincera: un alma apasionada, tierna y bulliciosa, bastante proclive a exponerse a peligros y dificultades. Un día se cayó desde lo alto de una empinada escalera de piedra; y, cuando madame oyó el estrépito (no se le escapaba el menor ruido), salió de la salle à manger, recogió a la niña y dijo tranquilamente:

—Cet enfant a un os de cassé.

Al principio confiamos en que no fuera así. Pero tenía razón: un bracito regordete colgaba inerte.

—Que la coja la señorita (refiriéndose a mí) —ordenó madame—; et qu'on

aille tout de suite chercher un fiacre.

Y en el fiacre partió sin demora, con una frialdad y un dominio de sí misma admirables, en busca de un médico.

Al parecer, el médico de la familia no estaba en casa; pero no se desanimó: siguió buscando hasta encontrar un sustituto de su agrado, y lo trajo con ella. Mientras tanto, corté la manga del vestido, desnudé a la niña y la acosté.

Supongo que ninguna de nosotras (al hablar de nosotras me refiero a la bonne, la cocinera, la portera y yo misma, reunidas en el pequeño y caluroso dormitorio) miró con demasiada atención al médico cuando entró. Al menos yo estaba intentando calmar a Fifine, cuyos gritos (tenía unos buenos pulmones) eran terribles. Éstos redoblaron su intensidad cuando el desconocido se acercó a la cama.

—¡Déjeme en paz! —exclamó con vehemencia la pequeña en su imperfecto inglés (las tres niñas hablaban ese idioma) cuando él la cogió en brazos—. No le quiero a usted: ¡quiero al doctor Pillule!

—El doctor Pillule es muy amigo mío —respondió el médico en perfecto inglés—; pero está ocupado a tres leguas de aquí, y yo vengo en su lugar. Así que, cuando nos tranquilicemos un poco, nos pondremos manos a la obra; y en seguida tendremos ese pobre bracito vendado y en su sitio.

Entonces pidió un vaso de eau sucrée, le dio unas cucharaditas a Fifine (que era increíblemente golosa; cualquiera podía conquistar su corazón a través del paladar), le prometió darle más cuando terminara la cura y, rápidamente, empezó su trabajo. Como necesitaba ayuda, se la pidió a la cocinera, una mujer corpulenta y de fuertes brazos, pero tanto ella como la portera y la niñera parecieron esfumarse. Yo no sentía el menor deseo de tocar aquel pequeño y descoyuntado miembro, pero, pensando que no había alternativa, extendí una mano para hacer lo que fuera preciso. Alguien se me adelantó: madame Beck había alargado la mano; la suya era firme mientras que la mía temblaba.

—Ça vaudra mieux —dijo el médico, volviéndose hacia ella.

Su decisión fue de lo más acertada. Mi estoicismo habría sido fingido, mi fortaleza falsa. Los de ella no eran falsos ni fingidos.

—Merci, madame: très bien, fort bien! —exclamó al terminar—. Voilà un sang-froid bien opportun, et qui vaut mille élans de sensibilité déplacée.

A él le complació su firmeza, a ella el cumplido. Es probable que el aspecto general del médico, su voz, su semblante y sus modales también le causaran buena impresión. Lo cierto es que, cuando trajeron una lámpara —pues estaba anocheciendo y la oscuridad era creciente— y me fijé en él,

comprendí que, siendo madame Beck una mujer, no podía ser de otro modo. Aquel joven doctor (era joven) tenía una presencia muy poco corriente. Parecía increíblemente alto en aquella pequeña habitación, y en medio de aquel grupo de mujeres de constitución holandesa; su perfil era sereno, fino y expresivo: quizá sus ojos se dirigían de un rostro a otro con excesiva viveza, con demasiada rapidez y demasiado a menudo, pero, al igual que su boca, resultaban muy agradables; su mentón era pronunciado, partido, griego y perfecto. En cuanto a su sonrisa, había que tomarse algún tiempo para encontrar el epíteto descriptivo que merecía; había algo encantador en ella, pero también algo que sacaba a la luz las flaquezas y debilidades de uno: todo lo que podía ser motivo de burla. Sin embargo, a Fifine le gustó aquella dudosa sonrisa y encontró muy simpático a su dueño: a pesar del daño que le había hecho, le tendió amistosamente la mano para despedirse. Él le dio unas cariñosas palmaditas y después bajó las escaleras en compañía de madame; ella hablando con suma animación y locuacidad; él escuchando con una expresión complacida, en la que no faltaba ese aire pícaro y malicioso, sin duda inconsciente, que tan difícil resultaba describir.

Me di cuenta de que, aunque hablaba bien el francés, su lengua materna era el inglés; tenía, asimismo, una piel, unos ojos y un porte típicamente ingleses. Me di cuenta de más cosas. Cuando pasó a mi lado antes abandonar el cuarto, y volvió su rostro hacia mí —no para dirigirme la palabra, sino para hablar con madame, aunque su mirada se prolongó tanto que estuve a punto de levantar la vista—, recordé algo que había estado luchando por aflorar en mi memoria desde que había oído su voz. Se trataba del mismo caballero al que había pedido ayuda la noche de mi llegada a Villette; el que había arreglado el asunto de mi baúl; el que me había guiado a través del oscuro y húmedo parque. Al escucharle mientras recorría el enorme vestíbulo para salir a la calle, reconocí sus pasos: eran las mismas pisadas firmes y uniformes que yo había seguido bajo los árboles empapados por la lluvia.

Cabía suponer que aquella primera visita del joven médico a la rue Fossette sería la última. Puesto que se esperaba el regreso del respetable doctor Pillule al día siguiente, no había ningún motivo para que su sustituto temporal volviera a reemplazarlo; pero el Destino quiso lo contrario.

Los servicios del doctor Pillule habían sido requeridos por un viejo y rico hipocondríaco en la antigua ciudad universitaria de Bouquin-Moisi y, al prescribirle un cambio de aires, el temeroso paciente quiso que le acompañara en su viaje de varias semanas; de modo que el nuevo médico continuó viniendo a la rue Fossette.

Yo lo veía a menudo cuando aparecía, pues madame se negaba a confiar la pequeña inválida a Trinette, y me pedía que pasara mucho tiempo en el cuarto de las niñas. Creo que era muy competente. Fifine se recuperó rápidamente

con sus cuidados, pero la convalecencia de la niña no precipitó la despedida del médico. El Destino y madame Beck parecían confabulados, y los dos habían decidido que el joven se familiarizara con el vestíbulo, la escalera privada y las habitaciones superiores de la rue Fossette.

Tan pronto como Fifine estuvo bien, Désirée se declaró enferma. Aquella endemoniada niña tenía verdadero talento para la simulación y, cautivada por los mimos y atenciones que se dispensaban a los enfermos, decidió que una indisposición se ajustaría muy bien a sus gustos, y se metió en la cama. Representó muy bien su papel, y su madre aún mejor; pues, aunque el caso estaba tan claro como la luz del día para madame Beck, el aire de gravedad y la buena fe con que lo trató fueron asombrosos.

Lo que me sorprendió fue que el doctor John (el joven inglés había enseñado a Fifine a llamarlo así, y todos habíamos adquirido de ella esa costumbre, hasta convertirlo en un hábito; era así como le conocíamos en la rue Fossette) consintiera tácitamente en adoptar las tácticas de madame y aceptara sus manejos. Es cierto que su expresión traicionó un período de cómica duda, que lanzó un par de rápidas miradas a la madre y a la hija, y que se tomó unos momentos de reflexión, pero al final se resignó de buen humor a representar su papel en la farsa. Désirée comía como un buitre, pasaba el día y la noche saltando y brincando en la cama, fabricaba tiendas de campaña con sábanas y mantas, se repantingaba como un turco entre almohadas y cabezales, se divertía tirando los zapatos a la bonne y haciendo muecas a sus hermanas; en pocas palabras, rebosaba salud y malas intenciones, y sólo languidecía cuando el médico y mamá le hacían su visita diurna. Costara lo que costara, yo sabía que madame Beck se alegraba de tener a la niña en la cama en lugar de haciendo diabluras; pero me extrañaba que el doctor John no se cansara del asunto.

Todos los días se presentaba puntualmente con aquel vano pretexto; madame lo recibía siempre con el mismo empressement, con la misma sonrisa luminosa, al tiempo que fingía admirablemente el mismo aire de preocupación por su hija. El doctor John escribía inofensivas recetas para la paciente, y sus sagaces ojos brillaban divertidos cuando miraba a la madre. Madame Beck fingía no darse cuenta; tenía demasiado sentido común para hacerlo. A pesar de lo acomodaticio que parecía el joven médico, era imposible menospreciarle; era obvio que no se mostraba tan complaciente para ganarse el favor de madame: aunque le gustaba ir al pensionnat y se demoraba más de lo normal en la rue Fossette, su actitud era muy independiente, casi despreocupada; a menudo, sin embargo, le vi inquieto y pensativo.

Tal vez no fuera asunto mío observar su misteriosa conducta, ni tratar de descubrir su origen o su finalidad; pero, dada mi situación, difícilmente podía evitarlo. Él se exponía a mi observación, concediendo a mi presencia en el

cuarto el mismo grado de atención e importancia que suelen esperar las personas con mi aspecto: es decir, el que se concede a los muebles discretos, a las modestas sillas de carpintero y a las alfombras sencillas. Con frecuencia, mientras esperaba a madame, se quedaba pensativo, sonreía, miraba o escuchaba como si creyera estar a solas. Yo me devanaba los sesos, entretanto, para descifrar la expresión de su semblante y sus movimientos, y me preguntaba el significado de aquel apego e interés tan peculiares —mezclados con la duda y la extrañeza, e inexplicablemente dominados por algún fuerte hechizo— que lo ligaban a aquella especie de convento, aislado en el corazón de una gran ciudad. No creo que él recordara jamás que yo tenía ojos en la cara; y mucho menos un cerebro tras ellos.

Tampoco creo que lo hubiera descubierto, de no ser porque un día, mientras estaba sentado al sol y yo contemplaba el color de sus cabellos, su bigote y su rostro —de esa tonalidad que una luz viva realza peligrosamente (de hecho, recuerdo que comparé su resplandeciente cabeza con la «estatua de oro» que erigió el rey Nabucodonosor)—, una idea nueva, repentina y sorprendente prendió en mí con una fuerza abrumadora. Ni siquiera hoy sé cómo le miré —la profunda sorpresa, y también la convicción, me hicieron olvidar los buenos modales—, y sólo recobré la plena conciencia cuando vi que yo también había atraído su atención; el doctor John había captado mi movimiento en un pequeño espejo oval que había en un lado del asiento de la ventana, y que madame utilizaba para espiar secretamente a las personas que paseaban por el jardín. Aunque era de temperamento alegre y optimista, no carecía de cierta sensibilidad nerviosa que le impedía sentirse a gusto bajo una mirada directa, inquisitiva. Al sorprender la mía, se volvió y me dijo en un tono que, a pesar de ser cortés, era tan seco que manifestaba cierto fastidio, además de dar a sus palabras un aire de reprimenda:

—Mademoiselle no deja de mirarme: no soy tan vanidoso para pensar que son mis méritos los que atraen su atención; debe de ser algún defecto. No sé si atreverme a preguntar... cuál.

Me quedé desconcertada, como el lector puede suponer, pero no tardé en recuperarme de la confusión, consciente de que lo que había motivado aquel reproche no era un sentimiento de imprudente admiración, ni un espíritu de injustificable curiosidad por mi parte. Podría haber probado mi inocencia allí mismo, pero no quise. Guardé silencio. No tenía la costumbre de hablar con él. Dejando, pues, que pensara lo que quisiera y que me acusara de lo que le viniese en gana, reanudé la labor que había dejado y no levanté la vista de ella hasta que el doctor John salió de la habitación. Existe un malsano estado de ánimo que, en vez de irritarse, se apacigua con las interpretaciones erróneas; y en los ámbitos en que jamás pueden llegar a conocerlos bien, creo que nos agrada ser totalmente ignorados. ¿Que hombre respetable, al ser confundido

con un ladrón, no se siente más divertido que enojado?

Capítulo XI

El cuartito de la portera

Era verano y hacía mucho calor. Georgette, la hija menor de madame Beck, empezó a tener fiebre. Curada repentinamente de su enfermedad, Désirée fue enviada con Fifine a casa de su bonnemaman en el campo, como precaución para evitar el contagio. La ayuda médica fue entonces necesaria y madame, haciendo caso omiso del regreso del doctor Pillule, que había vuelto una semana antes, llamó a su rival inglés para que continuara sus visitas. Una o dos de las pensionnaires se quejaron de dolor de cabeza, y presentaron alguno de los síntomas de la dolencia de Georgette.

«Por fin avisarán al doctor Pillule —pensé—, la directora es demasiado prudente para permitir que un hombre tan joven atienda a las alumnas».

Madame Beck era muy cautelosa, pero también podía ser increíblemente audaz. Lo cierto es que llevó al doctor John a la parte del edificio que servía de internado y le pidió que examinara a la altiva y hermosa Blanche de Melcy y a la vanidosa y coqueta Angélique, su amiga. Tuve la impresión de que al doctor John le complacía esta prueba de confianza; y, si un comportamiento discreto hubiera podido justificar ese paso, él lo habría justificado con creces. Sin embargo, en aquel país de conventos y confesionarios, una presencia como la suya en un Pensionnat de demoiselles no podía quedar impune. El internado se llenó de murmuraciones, la cocina de cuchicheos, la ciudad se hizo eco de los rumores, los padres escribieron cartas e hicieron visitas de protesta. Si madame Beck hubiera sido una mujer débil, aquélla habría sido su perdición: una docena de colegios rivales estaban dispuestos a convertir aquel paso en falso —si es que lo era— en su ruina; pero madame Beck no era una mujer débil y, aunque su comportamiento fuera un poco jesuítico, mi corazón aplaudió y gritó «¡Bravo!» al ser testigo de su inteligencia, habilidad, temple y firmeza.

Recibió a los asustados padres con suma cortesía y buen humor, pues nadie podía igualarla en, no sé si decir la posesión o la asunción de cierto *rondeur et franchise de bonne femme*, que a veces la ayudaba a lograr sus objetivos con rapidez y rotundidad, allí donde una extrema gravedad y un serio razonamiento hubieran fracasado.

—Ce pauvre docteur Jean! —exclamó, riendo y frotándose jovialmente sus pequeñas manos blancas y regordetas—. Ce cher jeune homme! La meilleure

créature du monde!

Y siguió explicando cómo había tenido que llamarlo para que atendiera a sus propias hijas, que se habían encariñado tanto con él que se llevarían un berrinche sólo de pensar en otro médico; cómo, después de haberle confiado a sus niñas, creyó natural confiarle a las demás, y au reste había sido una medida totalmente transitoria: Blanche y Angélique tenían jaqueca y el doctor John les había recetado un medicamento; voilà tout!

Los padres cerraron la boca. Blanche y Angélique contribuyeron a zanjar el asunto cantando a dúo las alabanzas de su médico; las demás alumnas las secundaron, declarando unánimemente que, cuando estuvieran enfermas, sólo querrían al doctor John; y madame se echó a reír, y los padres la imitaron. Los habitantes de Labassecour deben de tener un amor filial desmedido: al menos llevan demasiado lejos la indulgencia con sus vástagos; en la mayoría de los hogares, la voluntad de los hijos se convierte en ley. Madame adquirió fama de haber actuado en aquella ocasión con un espíritu de maternal parcialidad: su prestigio se acrecentó; jamás había sido tan apreciada como directora.

Aún hoy sigo sin comprender por qué arriesgó hasta ese punto sus intereses por el doctor John. Lo que murmuraba la gente, lo sé muy bien: todo el internado —alumnas, profesores, criados incluidos— aseguraba que iba a casarse con él. Lo daban por hecho: la diferencia de edad no era ningún obstáculo a sus ojos; el matrimonio se celebraría.

Debe admitirse que las apariencias no desmentían del todo aquella idea; madame parecía tan inclinada a conservar sus servicios, había olvidado de tal modo a su anterior protégé, Pillule... Se preocupaba tanto, además, por recibirlo personalmente, y se mostraba siempre tan jovial, alegre y benévola con él... Por otra parte, en aquella época concedía especial atención a su vestimenta: abandonó su déshabillé matinal, el gorro de dormir y el chal; las tempranas visitas del doctor John la encontraban con sus cabellos color caoba hermosamente trenzados, con un elegante vestido de seda y unos preciosos brodequins en lugar de zapatillas: en pocas palabras, tan cuidadosamente arreglada como la modelo de un artista, tan fresca y lozana como una flor. No creo, sin embargo, que tuviera la intención de ir más allá de demostrar a un hombre muy apuesto que ella no era una mujer vulgar: y no lo era en absoluto. Sin tener unas facciones hermosas ni una figura elegante, resultaba atractiva. Sin tener juventud ni las gracias que la adornan, irradiaba alegría. Uno no se cansaba nunca de verla: jamás era monótona, ni insípida, ni anodina, ni aburrida. El color vivo de sus cabellos, el brillo moderado de sus ojos azules, la saludable tonalidad afrutada de sus mejillas... todo eso gustaba de forma mesurada, pero constante.

¿Se le pasaba realmente por la imaginación adoptar al doctor John como

marido? ¿Pensaba introducirlo en su confortable hogar, entregarle sus ahorros, que, según decían, habían llegado a ser considerables, y ofrecerle una vida llena de comodidades hasta el fin de sus días? ¿Sospechaba el doctor John que ella acariciaba semejante idea? Me lo encontré varias veces después de haber estado en su presencia, con una media sonrisa en los labios y una mirada de frívola y exaltada vanidad masculina en los ojos. A pesar de su belleza física y de su naturaleza bondadosa, no era perfecto; pero habría tenido que ser muy despreciable para alentar unos propósitos que él no perseguía. Pero ¿era cierto que no los perseguía? La gente aseguraba que era pobre, que vivía del ejercicio de su profesión. Aunque madame tenía unos catorce años más que él, era esa clase de mujer que nunca envejece, ni se marchita, ni se estropea. No hay duda de que se llevaban bien. Quizá él no estuviera enamorado; pero ¿cuántas personas se enamoran de verdad, o al menos se casan por amor en este mundo? Todos esperábamos el desenlace.

No sé lo que esperaba él, ni lo que observaba; pero la peculiaridad de sus modales, la mirada expectante, cautelosa, absorta, vehemente, no desaparecían nunca: más bien se intensificaban. Había siempre algo en él que escapaba a mi comprensión, y creo que cada vez se alejaba más de ella.

Un día Georgette amaneció con más fiebre y, por ese motivo, estaba muy irritable; lloraba sin cesar y no había manera de calmarla. Pensé que no le había sentado bien cierto medicamento, y dudé de la conveniencia de seguir administrándoselo; aguardé con impaciencia la llegada del médico para consultarlo.

Sonó la campanilla de la puerta, y el doctor John entró; lo supe con seguridad, pues le oí hablar con la portera. Él tenía la costumbre de venir directamente al cuarto de las niñas, subiendo los escalones de tres en tres y apareciendo ante nosotras como una agradable sorpresa. Pasaron cinco minutos... diez... y ni lo vi ni le oí. ¿Qué podía estar haciendo? Tal vez esperaba abajo, en el pasillo. La pequeña Georgette seguía quejándose desconsolada:

—¡Minnie, Minnie, estoy muy malita! —decía, dándome el apelativo cariñoso que le gustaba.

Me dio tanta pena que bajé a investigar por qué el médico no subía. El pasillo estaba vacío. ¿Dónde se había metido? ¿Estaría con madame en la salle à manger? Imposible: yo la había dejado poco antes vistiéndose en su habitación. Escuché. Tres alumnas practicaban el piano en tres estancias contiguas, el comedor y las salas grande y pequeña, sólo separadas del pasillo por el cuartito de la portera, que daba a los salones y en un principio estaba destinado a tocador. Más allá, en el oratorio, junto a un cuarto instrumento, más de una docena de alumnas estaban dando clase de canto, y en ese preciso

momento entonaban una barcarolle (creo que así se llamaba), de la que aún recuerdo estas palabras: fraïchë brisë y Venisë. En tales circunstancias, ¿qué podía oír? Mucho, desde luego; si hubiera servido de algo.

Sí; oí una risa aguda y alocada en el cuartito de la portera, cerca de cuya puerta me encontraba... y me di cuenta de que ésta se hallaba entornada; una voz de hombre, apagada, grave, implorante, pronunció unas palabras, de las que sólo entendí la súplica: «¡Por el amor de Dios!». Unos instantes después, salió el doctor John con los ojos brillantes, pero no de alegría ni de triunfo; sus pálidas mejillas de inglés estaban sonrojadas, y tenía una expresión perpleja, atormentada, inquieta y, sin embargo, muy tierna.

La puerta abierta sirvió para ocultarme; pero, de haberse tropezado conmigo, creo que habría seguido su camino sin verme. Parecía humillado, presa de un gran desconcierto; aunque, para describir fielmente mis impresiones de entonces, sería mejor decir profundamente dolorido, dominado por una sensación de injusticia. No pensé que hubieran lastimado su orgullo, sino que habían herido sus sentimientos... y de un modo cruel. Pero ¿quién lo había torturado así? ¿Qué ser, en aquella casa, tenía tanto poder sobre él? Estaba convencida de que madame se hallaba en su habitación; el pequeño cuarto del que él había salido sólo lo utilizaba la portera; y ésta, Rosine Matou, una bonita grisette francesa carente de escrúpulos, grácil, caprichosa, presumida e interesada, no podía ser la responsable de la terrible experiencia que él parecía haber vivido.

Pero, mientras yo cavilaba sobre esto, la voz de Rosine, clara aunque un poco estridente, entonó una frívola canción francesa, soltando sus gorgoritos por la puerta aún entreabierta: miré hacia el interior, dudando de mis sentidos. Allí estaba, sentada en la mesa, con un elegante vestido de jaconas rose, arreglando una pequeña cofia de color claro: no había ningún otro ser viviente en el cuarto, si exceptuamos algunos peces dorados en una pecera, algunas flores en un jarrón y un luminoso rayo de sol del mes de julio.

Algo ocurría; pero yo tenía que subir a consultarle lo de la medicina.

El doctor John estaba sentado en una silla a la cabecera de Georgette, y madame Beck se hallaba de pie ante él; la pequeña paciente había sido examinada y tranquilizada, y ahora yacía plácidamente en su cuna. Cuando entré, madame Beck hablaba de la salud del propio médico, comentando algún cambio real o imaginario en su aspecto, acusándole de trabajar demasiado y recomendándole descanso y un cambio de aires. Él la escuchaba de buen humor, pero con alegre indiferencia, y le respondía que ella era trop bonne y que se encontraba perfectamente. Madame solicitó mi ayuda; y el doctor John siguió sus movimientos con una lenta mirada de lánguida sorpresa ante el hecho de que recurriera a alguien tan insignificante.

—¿Qué piensa usted, señorita Lucie? —inquirió madame—. ¿No lo encuentra más pálido y delgado?

No era frecuente que yo dijera algo más que monosílabos en presencia del doctor John; era de ese tipo de personas con las que me comportaba como el ser neutro y pasivo que ellos veían en mí. En esa ocasión, sin embargo, me tomé la libertad de contestar con una frase: y una frase deliberadamente significativa.

—Ahora mismo parece enfermo; pero quizá se deba a una causa accidental. Es posible que alguien haya enojado o puesto nervioso al doctor John.

No sé cómo le sentaron mis palabras, pues no miré su rostro para averiguarlo. Georgette me preguntó en su imperfecto inglés si podía beber un vaso de eau sucrée. Le respondí en inglés. Supongo que el doctor John se dio cuenta por primera vez de que yo hablaba su idioma; hasta entonces me había tomado por extranjera, dirigiéndose a mí como mademoiselle y dándome en francés las instrucciones necesarias para el cuidado de las niñas. Pareció a punto de decir algo, pero lo pensó mejor y guardó silencio.

Madame reanudó sus consejos; él movió la cabeza riéndose, se levantó y se despidió de ella, con cortesía, pero sin perder el aire indiferente de quien está cansado de recibir una atención no solicitada.

Cuando hubo partido, madame ocupó la silla que él había abandonado, y apoyó la barbilla en su mano; cualquier sombra de animación o cordialidad desapareció de su rostro: su expresión era fría y adusta, casi taciturna y ofendida. Dejó escapar un suspiro; un único suspiro, pero muy profundo. Un fuerte campanillazo señaló el comienzo de las clases matinales. Madame Beck se puso en pie; al pasar por delante de un tocador, miró su imagen reflejada en el espejo. Una única cana salpicaba sus cabellos color caoba; la arrancó con un estremecimiento. A la luz del sol estival, se veía con claridad que su semblante, a pesar de conservar el color, había perdido la tersura juvenil; entonces ¿dónde estaban los límites de la juventud? ¡Ah, madame! Por muy juiciosa que fuera, también conocía la debilidad. Nunca había sentido lástima por ella, pero mi corazón se conmovió al verla apartar tristemente el rostro del espejo. Una desgracia se había abatido sobre ella. La infernal decepción le saludaba con un truculento «¡Salve!» y su alma rechazaba aquella familiaridad.

¡Pero Rosine! Mi sorpresa era indescriptible. Aquel día aproveché cinco oportunidades para pasar por delante de su cuarto, a fin de contemplar sus encantos y descubrir el secreto de su poder. Era joven, bonita, y vestía con gusto. Todo eso estaba muy bien, y supongo que bastaba para explicar, ante cualquier espíritu filosófico, cualquier grado de aflicción y desconsuelo en un

hombre joven como el doctor John. Sin embargo, no pude evitar sentir cierto deseo de que el médico fuera mi hermano; o de que al menos tuviese una hermana o una madre que le sermonearan con cariño. He dicho cierto deseo; lo reprimí y lo arrojé lejos antes de que se adueñara de mí, descubriendo a tiempo su intensa locura.

«Alguien podría también sermonear a madame sobre su joven médico — pensé—; aunque ¿de qué serviría?».

Creo que madame se sermoneó a sí misma. No se mostró débil, ni cayó en absoluto en el ridículo. Es cierto que no tenía que vencer una pasión desbordante, ni se consumía de amor. También es cierto que tenía una ocupación importante, un negocio real que llenaba todo su tiempo, distraía sus pensamientos y dividía sus intereses. Es especialmente cierto que poseía un sentido común que no se concede a todas las mujeres ni a todos los hombres; y con la ayuda de esa mezcla de cualidades se comportó con sensatez, realmente bien. Una vez más, ¡bravo, madame Beck! Se enfrentó a un Apolión; luchó con coraje y ¡salió vencedora!

Capítulo XII

El cofrecillo

Detrás de la casa de la rue Fossette había un jardín bastante grande, teniendo en cuenta que se hallaba en el corazón de la ciudad, y que yo recuerdo muy agradable: pero el tiempo, como la distancia, suaviza algunos escenarios; y donde todo es piedra, paredes desnudas y tórrido pavimento, ¡qué maravilloso parece un arbusto, qué encantador un arriate lleno de plantas!

Según la tradición, la casa de madame Beck había sido un convento en el pasado. Antiguamente —no sé cuánto tiempo haría, pero creo que varios siglos: antes de que la ciudad se extendiera hasta allí, cuando no había más que tierras de cultivo y avenidas, y la frondosa y honda soledad que debe rodear una casa religiosa—, había ocurrido algo en aquel lugar que había desatado el miedo y el horror entre las gentes, dejando como legado una historia de fantasmas. Se rumoreaba que una monja blanca y negra vagaba a veces, alguna noche o noches del año, por el vecindario. El espectro debía de haber sido expulsado de allí hacía siglos, pues todos los alrededores estaban llenos de casas; pero ciertos vestigios del convento, en forma de viejos y enormes árboles frutales, consagraban todavía aquel lugar; y, al pie de uno de ellos —un peral tan viejo como Matusalén, casi sin vida, con unas pocas ramas que en primavera seguían renovando fielmente su nieve perfumada, y

en otoño sus colgantes dulces como la miel—, podía verse, al apartar la tierra musgosa entre las raíces medio desnudas, el brillo de una losa, suave, dura y negra. Decía la leyenda, nunca confirmada ni aceptada, pero muy extendida, que se trataba de la entrada de una cripta, que ocultaba en las profundidades de aquel terreno, donde crecían las flores y la hierba, los huesos de una joven a la que un cónclave monacal de la oscura Edad Media había enterrado viva por algún pecado contra sus votos. Su recuerdo había hecho temblar de miedo a varias generaciones, mucho después de que su pobre cuerpo se convirtiera nuevamente en polvo; para los ojos asustadizos, eran su hábito negro y su velo blanco los que imitaban las sombras y la luz de la luna al moverse con el viento nocturno entre los matorrales.

Al margen de esas tonterías románticas, aquel viejo jardín tenía su encanto. En verano, solía levantarme temprano para disfrutar de su belleza a solas; y, por las noches, me quedaba mucho tiempo en él, sin ninguna compañía, para acudir a mi cita con la luna naciente, o saborear el beso de la brisa nocturna, o imaginar más que sentir la frescura del rocío. El césped era verde, los senderos de grava muy blancos; las capuchinas, brillantes como el sol, proliferaban hermosas entre las raíces de los decrepitos gigantes del huerto. Había un gran cenador, sobre el que se extendía la sombra de una acacia; y una enramada, más pequeña y escondida, al abrigo de las parras, que trepaban por el muro alto y grisáceo enlazándose delicadamente a cuanto las rodeaba con sus zarcillos, rebosantes de racimos en aquel exquisito lugar donde la hiedra y el jazmín se encontraban y fundían.

Sin duda era a las doce, al alcanzar la jornada su vulgar mediodía, cuando el internado de madame Beck parecía desbordarse, y todas las alumnas se desperdigaban por el jardín, rivalizando con los alumnos del colegio vecino en el poco recatado ejercicio de pulmones y extremidades; y aquel rincón se convertía entonces en un lugar realmente concurrido. Pero, al llegar el ocaso o la hora del salut, cuando las externas habían regresado a sus hogares y las internas estudiaban en silencio, era muy agradable recorrer sus tranquilos senderos y oír el dulce y excelso repicar de las campanas de St Jean Baptiste.

Un anochecer en que yo paseaba sola, la calma creciente, el suave frescor y el fragante aroma con que las flores no respondían al sol sino al seductor rocío, me empujaron a quedarme en el jardín después del crepúsculo. A la luz de la ventana del oratorio vi a los católicos reunidos para las oraciones nocturnas, un rito del que yo, como protestante, me eximía de vez en cuando.

«Unos instantes más —me susurraron la soledad y la luna estival—, quédate con nosotras. Reina la paz; durante el próximo cuarto de hora, nadie te echará de menos: el calor y el ajeteo del día te han fatigado; disfruta de este maravilloso momento».

La parte posterior y sin ventanas de varias casas rodeaba el jardín y, en particular, la parte de atrás de una larga hilera de edificios, donde se alojaban los alumnos del colegio vecino, bordeaba todo un costado. Era un muro liso de piedra, si exceptuamos algunas troneras abiertas a la altura del ático, en las habitaciones de las criadas, y una ventana en un piso inferior que, según decían, era el dormitorio o estudio de algún profesor. Aunque era un lugar seguro, las alumnas tenían prohibido adentrarse en el camino que discurría paralelo al alto muro de ese lado del jardín. Lo cierto es que recibía el nombre de l'allée défendue, y cualquier jovencita que pusiera allí los pies se hacía merecedora del castigo más severo que las blandas normas del internado de madame Beck permitieran imponer. Los profesores podían entrar allí con impunidad; pero, como el sendero era estrecho y los descuidados arbustos crecían frondosos, entretejiendo un techo de ramas y hojas que los rayos de sol sólo atravesaban con dificultad, rara vez pasaba alguien por aquel rincón, ni siquiera durante el día, y, al anochecer, todo el mundo lo evitaba.

Desde el principio, sentí la tentación de convertirme en una excepción a esa regla: la soledad y la penumbra del sendero me atraían. Durante mucho tiempo, el temor a parecer diferente me impidió acercarme; pero, poco a poco, a medida que la gente se acostumbró a mí y a mis hábitos, así como a las peculiaridades de mi carácter —ni lo bastante singulares para interesar, ni tal vez lo bastante destacadas para ofender, pero nacidas conmigo en lo más profundo de mi ser y tan ligadas a mí como mi propia identidad—, poco a poco, empecé a frecuentar aquella estrecha vereda. Me hice jardinera de algunas pálidas flores que crecían entre la espesura; retiré los vestigios de pasados otoños, que escondían al fondo un rústico asiento. Pedí prestado a Goton, la cuisinière, un cubo de agua y un cepillo, y limpié el asiento. Madame vio cómo trabajaba y esbozó una sonrisa de aprobación: no sé si era sincera o no, pero lo parecía.

—Voyez-vous! —exclamó—. Comme elle est propre cette demoiselle Lucie! Vous aimez donc cette allée, meess?

—Sí —respondí—, es tranquilo y sombreado.

—C'est juste —dijo ella con su air de bonté; y me invitó a recluirme en él siempre que quisiera, afirmando que, al no estar encargada de la vigilancia, no tenía por qué pasear con las alumnas: sólo debía permitir ir a sus hijas para que practicasen inglés conmigo.

La noche en cuestión, me encontraba en aquel recóndito asiento, arrebatado a los hongos y al moho, escuchando lo que parecían lejanos sonidos de la ciudad. Aunque lo cierto es que no eran nada lejanos: el colegio estaba en el centro de la ciudad, a cinco minutos del parque, y a menos de diez de los edificios de esplendor palaciego. Muy cerca había calles anchas y bien

iluminadas, en aquellos instantes llenas de vida: los carruajes las recorrían en dirección a los bailes y la ópera. A la misma hora en que sonaba el toque de queda en nuestro convento, en que se apagaban las lámparas y se tendían las cortinas que rodeaban las camas, la alegre ciudad era invitada a divertirse. Sin embargo, yo no pensaba en aquel contraste: mi carácter no era demasiado risueño; jamás había estado en bailes ni óperas; y, aunque los había oído describir a menudo, e incluso había deseado verlos, no era el afán de quien espera compartir un placer en caso de lograrlo, ni de quien se siente llamado a brillar en alguna esfera distante y luminosa en caso de alcanzarla; no era un anhelo que quisiera ver colmado, ni un apetito que necesitara saciar; sólo el tranquilo deseo de conocer algo nuevo.

Había salido la luna, no la luna llena sino una joven luna en cuarto creciente. La veía a través de un pequeño claro entre las ramas. Sólo la luna y las estrellas, visibles junto a ella, me resultaban familiares en aquel extraño entorno: las había conocido en mi niñez. Hacía mucho tiempo, en la vieja Inglaterra, al lado de un viejo espino en la cima de un viejo prado, había contemplado esa imagen resplandeciente con la curva de su oscuro globo apoyándose en el azul, de igual modo que lo hacía ahora en un majestuoso chapitel de aquella ciudad del Continente.

¡Ah, mi niñez! Entonces sí que tenía sentimientos: a pesar de mi vida pasiva, de lo poco que hablaba, de mi aparente frialdad, cuando pensaba en aquellos lejanos días, podía realmente sentir. En cuanto al presente, mejor ser estoica; en cuanto al futuro... un futuro como el mío, mejor estar muerta. Y en aquel estado cataléptico, en aquel trance mortal, me esforzaba por reprimir el soplo vital de mi naturaleza.

En aquella época, recuerdo muy bien lo que podía alterarme; ciertos fenómenos climáticos, por ejemplo, casi me asustaban, pues despertaban al ser que yo siempre tenía aletargado, y avivaban en mí un ansia que no podía satisfacer. Una noche estalló una tormenta; una especie de huracán nos sacudió en nuestras camas: los católicos se levantaron aterrorizados y se pusieron a rezar a sus santos. La tempestad se apoderó de un modo tiránico de mí: me desperté bruscamente, obligada a seguir viviendo. Me levanté, me vestí y, saliendo por la ventana que había junto a mi lecho, me senté en el alféizar, con los pies en el tejado de un edificio contiguo de menor altura. Llovía, el viento soplaba con fuerza y estaba oscuro como boca de lobo. Dentro del dormitorio, profesoras y alumnas se habían reunido consternadas en torno a una pequeña lámpara y rezaban en voz alta. Me sentí incapaz de entrar: era demasiado intenso el placer de quedarme en medio de aquel caos, de la oscuridad y del fragor de la tormenta, recitando una oda que el lenguaje humano habría sido incapaz de pronunciar; y demasiado glorioso y terrible el espectáculo de las nubes, desgarradas y atravesadas por blancos y cegadores rayos.

Anhelé desesperadamente, en aquellos momentos y durante las veinticuatro horas siguientes, algo que me sacara de aquella existencia y me impulsara a avanzar. Pero tenía que asestar un golpe en la cabeza de ese deseo y de otros similares; lo que hacía, metafóricamente, al igual que Yael a Sísara, hincándole un clavo en la sien. Pero, al contrario que Sísara, mis deseos no morían: parecían aturridos durante algún tiempo y, de vez en cuando, tiraban del clavo con rebeldía; entonces las sienes sangraban y todo el cerebro se estremecía.

Aquella noche no me sentía tan desafiante ni tan desdichada, mi Sísara yacía acostado en su tienda, dormido; y, si era presa del dolor en su sueño, algo parecido a un ángel —el Ideal— se arrodillaba junto a él, vertiendo un bálsamo en sus aliviadas sienes, sujetando ante sus ojos cerrados un espejo mágico cuyas dulces y solemnes visiones se repetían en sueños, y derramando el brillo de sus vestiduras y de sus alas iluminadas por la luna sobre el inmóvil durmiente, sobre el umbral, sobre el paisaje que les rodeaba. Yael, la mujer implacable, se sentaba aparte, mostrando cierta condescendencia con su cautivo; esperando fielmente el regreso de Jéber a casa. Con estas palabras quiero decir que la serena calma y la suave humedad de la noche me llenaban de esperanza: no se trataba de nada muy concreto, sino de un sentimiento general de aliento y consuelo.

Un estado de ánimo tan dulce, apacible y extraño, ¿no debería haber sido un buen presagio? ¡Ay, pero nada bueno salió de él! La cruda Realidad se impuso bruscamente... tan infame, abyecta y repelente como tantas veces suele ser.

En medio de la intensa quietud de la masa de piedra que dominaba el sendero, los árboles, el alto muro, oí un ruido; una ventana chirrió (en aquel lugar todas se abrían por medio de bisagras). Antes de que tuviera tiempo de levantar la mirada y ver dónde, en qué piso, o quién la abría, un árbol se agitó en lo alto, como si le hubiera golpeado un proyectil; algo cayó boca abajo a mis pies.

El reloj de St Jean Baptiste estaba dando las nueve; el día llegaba a su fin, pero no era noche cerrada: la luna en cuarto creciente apenas servía de ayuda, pero el resplandor dorado del punto del cielo iluminado por los últimos rayos de sol, y la claridad cristalina del inmenso espacio que lo rodeaba, conservaban la luz del crepúsculo estival; incluso en mi oscuro sendero, acercándome a un hueco entre el ramaje, habría sido capaz de leer una letra pequeña. Así que no me fue difícil ver que el proyectil era una caja, una caja diminuta de marfil blanco y de colores: la tapa estaba suelta y se abrió en mis manos; en su interior había unas violetas, violetas que ocultaban un trozo de papel rosa cuidadosamente doblado, una nota en la que alguien había escrito: Pour la robe grise. Lo cierto es que yo llevaba un vestido gris.

Bien. ¿Se trataba de un billet-doux? Era algo de lo que yo había oído hablar, pero que hasta entonces no había tenido el honor de ver o tocar. ¿Era esa clase de objeto lo que en aquellos instantes sujetaba entre el índice y el pulgar?

Por supuesto que no. En ningún momento lo creí así. Jamás se me había ocurrido pensar en un pretendiente o en un admirador. Todas las profesoras soñaban con algún enamorado; incluso una de ellas (de naturaleza ingenua) imaginaba un futuro marido. Todas las alumnas de más de catorce años tenían novios en perspectiva; dos o tres estaban ya prometidas por sus padres desde la infancia: pero mis especulaciones, y mucho menos mis conjeturas, no habían encontrado nunca la menor justificación para adentrarse en el reino de los sentimientos y esperanzas que abren tales posibilidades. Cuando las demás profesoras iban a la ciudad, o paseaban por los bulevares, o simplemente asistían a misa, tenían la certeza (según contaban a su regreso) de encontrarse con algún individuo del «sexo opuesto», cuya mirada de embeleso les confirmaba su capacidad de deslumbrar y atraer. En lo que a esto se refiere, no puedo decir que mi experiencia coincidiera con la suya. Iba a la iglesia y salía a pasear, pero estoy convencida de que nadie se fijaba en mí. No había jovencita ni mujer en la rue Fossette que no pudiera declarar y no declarara haber recibido en alguna ocasión una mirada de admiración de los ojos azules de nuestro joven doctor. Sin embargo, me veo obligada a excluirme, por humillante que pueda parecer: en lo que a mí concernía, aquellos ojos azules eran tan inocentes y serenos como el cielo, cuyo color parecían igualar. Así, pues, oía hablar a las demás y me asombraba a menudo de su alegría, seguridad y suficiencia, pero ni siquiera alzaba la vista para mirar el camino que ellas creían recorrer. De modo que no era un billet-doux lo que tenía en las manos; firmemente convencida de lo contrario, la abrí sin inmutarme. Traduciré ahora lo que decía:

¡Ángel de mis sueños! Miles de gracias por no haber quebrantado tu promesa: apenas osaba esperar que la cumplieras. Pensaba que no hablabas en serio; y tú parecías creer que era una empresa tan peligrosa... por lo intempestivo de la hora, por lo apartado del sendero, frecuentado a menudo, decías, por ese dragón, la profesora inglesa, une véritable bégueule Britannique à ce que vous dites; espèce de monstre, brusque et rude comme un vieux caporal de grenadiers, et revêche comme une religieuse (el lector perdonará mi modestia al permitir que esta halagadora descripción de mi amable persona conserve el fino velo de la lengua original). Ya sabes — proseguía la efusiva nota— que el pequeño Gustave, por culpa de su enfermedad, ha sido trasladado a la habitación de un profesor, habitación cuya celosía tiene el privilegio de dar al jardín de tu prisión. A mí, el mejor tío del mundo, se me permite entrar allí para visitarlo. ¡Cuán tembloroso me he acercado a la ventana para contemplar tu Edén! ¡Un Edén para mí, aunque

para ti sea un desierto! ¡Cuánto temí que no hubiera nadie, o ver al dragón que acabo de mencionar! Cuán dichoso latió mi corazón cuando, a través de los pequeños claros de las ramas envidiosas, percibí el centelleo de tu elegante sombrero de paja y el movimiento de tu vestido gris... ese vestido que reconocería entre mil. Pero ¿por qué, ángel mío, no levantas la vista? ¡Qué crueldad negarme un rayo de esos ojos adorables! ¡Cómo me habría revivido una sola mirada! Escribo precipitadamente esta misiva; mientras el médico examina a Gustave, aprovecho una oportunidad para guardarla en un cofrecillo, acompañada de un ramillete de flores, las más dulces que existen... aunque menos dulces que tú, mi Peri, ¡la más preciosa!

Siempre tuyo,

Ya sabes quién.

—Ojalá lo supiera yo —fue mi comentario.

Pero el deseo se refería más a la persona a quien iba dirigida la carta que a su remitente. Quizá fuera del prometido de alguna alumna; y, en ese caso, el daño no era demasiado grande... sólo se trataba de una pequeña irregularidad. Varias de las jóvenes, en realidad la mayoría, tenían hermanos y primos en el colegio vecino. La robe grise, le chapeau de paille eran sin duda una pista, pero una pista muy confusa. Era frecuente protegerse la cabeza con un sombrero de paja y, aparte de mí, lo utilizaban una veintena de personas. El dato del vestido gris tampoco aclaraba nada. Madame Beck acostumbraba a llevar uno en aquella época; y otra profesora y tres alumnas internas los habían comprado del mismo tono y tejido que el mío: era una especie de traje de diario que, casualmente, estaba de moda.

Mientras daba vueltas a todo aquello, comprendí que debía volver al interior. El movimiento de las luces en el dormitorio indicaba el final de las oraciones, y que las alumnas se disponían a dormir. Media hora después se cerrarían todas las puertas, se apagarían todas las velas. El portal seguía abierto, para que entrara el frescor de la noche estival en el caluroso edificio; en el cercano cuartito de la portera brillaba una lámpara, iluminando el amplio vestíbulo con las puertas de dos hojas del salón a un lado, y la enorme puerta de la calle al fondo.

De pronto sonó la campanilla —vivamente, pero sin estridencia—, un cauteloso tintineo... una especie de susurro metálico de alerta. Rosine salió como una flecha de su cuarto y corrió a abrir. La persona que dejó entrar se quedó hablando con ella unos minutos: parecía existir algún impedimento, alguna demora. Rosine se acercó a la puerta del jardín con una lámpara en la mano; se detuvo en los escalones, levantó la luz y miró distraídamente a un lado y otro.

—Quel conte! —exclamó, sonriendo con coquetería—. Personne n’y a été.

—Déjeme pasar —suplicó una voz familiar—. No pido más de cinco minutos.

Y una silueta familiar, alta y majestuosa (como la considerábamos todos en la rue Fossette), salió de la casa y avanzó a grandes zancadas entre arriates y senderos. Era un sacrilegio, ¡la intrusión de un hombre en aquel lugar, a aquellas horas!; pero él sabía que gozaba de ciertos privilegios, y tal vez confiaba en el amparo de la noche. Recorrió las veredas, mirando a uno y otro lado, perdido entre los arbustos, pisoteando flores y rompiendo ramas en su búsqueda; entró finalmente en el «camino prohibido». Allí me tropecé con él, como un fantasma, supongo.

—¡Doctor John! Ha aparecido lo que busca.

No preguntó quién lo había encontrado, pues sus ojos perspicaces vieron el cofrecillo en mis manos.

—No la delate —dijo, mirándome como si yo fuera realmente un dragón.

—Aunque estuviera predispuesta a la traición, ¿cómo iba a delatar lo que no conozco? —respondí—. Lea la nota, se dará cuenta de lo poco que revela.

«Es posible que ya la haya leído», pensé; y, sin embargo, no podía creer que él la hubiera escrito: aquél no podía ser su estilo; además, era lo bastante necia para imaginar que un hombre como él no podía dedicarme semejantes epítetos. Su expresión parecía vindicarlo; se sulfuró y se puso rojo mientras la leía.

—Esto es demasiado: es cruel, es humillante —escapó de sus labios.

Comprendí que era cruel cuando observé la emoción de su rostro. Independientemente de que fuera o no culpable, supe que otra persona lo era mucho más que él.

—¿Qué hará ahora? —quiso saber—. Le comunicará a madame Beck lo que ha descubierto y organizará un revuelo... un escándalo.

Pensaba que debía contárselo, y así se lo dije; añadiendo que no creía que se produjera ningún revuelo ni escándalo: madame era demasiado prudente para armar jaleo por un asunto así relacionado con su establecimiento.

Él siguió pensativo, con la vista clavada en el suelo. Era demasiado orgulloso y demasiado honorable para pedirme silencio sobre algo que yo tenía el deber de revelar. Yo deseaba hacer lo que había que hacer, pero me resistía a acentuar su dolor o herir sus sentimientos. En ese mismo instante, Rosine se asomó a la puerta del jardín; no podía vernos, pero yo la veía a ella con nitidez entre los árboles: su vestido era gris, al igual que el mío. Esta

circunstancia, unida a ciertas maniobras anteriores, me sugirió que tal vez aquel lamentable caso no fuera de mi incumbencia. Por ese motivo, dije:

—Si me asegura usted que ninguna alumna de madame Beck está implicada en el asunto, me alegrará quedarme al margen. Tome el cofrecillo, el ramillete y la nota; me sentiré muy dichosa de olvidar toda esta historia.

—¡Mire! —susurró de pronto él, cogiendo lo que yo le ofrecía y señalando algo entre las ramas.

Miré y vi a madame Beck, en chal, bata y zapatillas, bajando cautelosamente los escalones y deslizándose como un gato por el jardín: en unos segundos habría caído sobre el doctor John. Pero si ella parecía un gato, él actuó como un leopardo: nada podía ser más ligero que sus pasos cuando se lo proponía. Vigiló atentamente a madame y, cuando ella dobló un recodo, atravesó el jardín en dos zancadas silenciosas. Madame reapareció y él se había esfumado. Rosine le ayudó interponiendo en seguida la puerta entre él y su perseguidora. Yo también habría podido escaparme; pero preferí salir a su encuentro.

Aunque todos conocían mi costumbre de pasar el atardecer en el jardín, nunca me había quedado hasta tan tarde. Estaba convencida de que madame se había dado cuenta, y había salido a buscarme, dispuesta a coger a la rebelde desprevenida. Esperaba una reprimenda. Pero no. Madame fue un dechado de bondad. Ni siquiera me dirigió un reproche; ni mostró el menor asombro. Con ese tacto consumado, que no creo que ningún otro ser vivo fuera capaz de superar, llegó incluso a decir que sólo había salido para disfrutar de la brise du soir.

—Quelle belle nuit! —exclamó, mirando las estrellas. La luna se había ocultado tras la ancha torre de St Jean Baptiste—. Qu'il fait bon! Que l'air est frais!

Y, en vez de decirme que volviera a casa, me detuvo para que paseara un poco con ella por el sendero principal. Cuando finalmente entramos juntas, se apoyó cariñosamente en mi hombro para subir las escaleras; al separarnos, me ofreció su mejilla para que la besara, y «Bon soir, ma bonne amie; dormez bien!», fue su amable despedida nocturna.

Me sorprendí a mí misma sonriendo... sonriendo por culpa de madame, mientras seguía despierta en la cama, dando vueltas a lo ocurrido. La unción, la dulzura de su proceder, eran una prueba segura, para quienes la conocían, de que su cerebro abrigaba alguna sospecha. Desde alguna rendija o puesto de observación, a través de un hueco entre ramas o de una ventana abierta, no hay duda de que había vislumbrado, a mayor o menor distancia, de manera engañosa o instructiva, los tejemanejes de aquella noche. Con su talento para

el arte de la vigilancia, era casi imposible que alguien arrojara un cofrecillo en su jardín, o que un intruso atravesara sus senderos para buscarlo, sin que ella, al agitarse una rama, deslizarse una sombra, oírse una extraña pisada o un tenue murmullo (aunque el doctor John había hablado conmigo muy poco y en voz baja, tuve la impresión de que su voz masculina invadía el jardín del convento), sin que ella, como decía, se percatara de las cosas extraordinarias que ocurrían en su establecimiento. Es posible que no pudiera ver cuáles eran esas cosas, o que fuera incapaz de descubrirlas en aquel momento; pero ¡qué tentación para ella desentrañar ese pequeño y delicioso enredo! Y en medio de él, rodeada de infinidad de telarañas, ¿acaso no se había asegurado de que la señorita Lucie se viera torpemente involucrada como la necia mosca que era?

Capítulo XIII

Un estornudo a destiempo

Tuve ocasión de sonreír... no, de reírme nuevamente de madame, veinticuatro horas después de la pequeña escena relatada en el capítulo anterior.

Villette tiene un clima tan variable, aunque no tan húmedo, como el de cualquier ciudad inglesa. Una noche de fuerte viento sucedió a aquel suave atardecer, y, durante todo el día siguiente, se abatió sobre nosotros una tormenta seca: oscura, cargada de nubes, pero sin lluvia. La arena y el polvo ensombrecían las calles, y llegaban formando remolinos desde los bulevares. No sé si un tiempo mejor me hubiera animado a pasar la hora vespertina de estudio y esparcimiento en el mismo lugar que el día anterior. Mi sendero y, en realidad, todos los caminos y arbustos del jardín habían adquirido un interés nuevo, aunque poco agradable; su aislamiento se había vuelto precario; su calma, insegura. La ventana desde la que llovían cartas de amor había degradado el antaño querido rincón que dominaba; y en el resto del jardín, los ojos de las flores habían aprendido a ver, y los nudos de los troncos escuchaban como oídos secretos. El doctor John, en su búsqueda y en su alocada huida, había pisoteado algunas plantas que yo deseaba enderezar, cuidar y revivir; había dejado también algunas huellas en los arriates: pero, a pesar del fuerte viento, encontré muy pronto un momento libre para borrar su paso por el jardín, antes de que otros ojos lo descubrieran. Con una especie de alegría contenida, me senté en mi pupitre a estudiar alemán, mientras las alumnas aprendían las lecciones de la tarde y las demás profesoras cogían sus labores.

El escenario del *Étude du soir* era siempre el refectorio, una estancia

mucho más pequeña que cualquiera de las tres aulas; pues sólo se admitía allí a las alumnas internas, y éstas no eran más de una veintena. Dos lámparas colgaban del techo, sobre las dos mesas; se encendían al anochecer, y su luz señalaba el momento en que se cerraban los libros de texto, se adoptaba una conducta más grave, se reforzaba el silencio general, y empezaba la *lecture pieuse*. No tardé en descubrir que aquella *lecture pieuse* había sido concebida como una sana mortificación del Intelecto, como una beneficiosa humillación de la Razón; y en dosis suficiente para que el Sentido Común la digiriera a su conveniencia y se desarrollara como mejor pudiese.

El libro que leían (y que siempre era el mismo, pues volvían a empezarlo cuando terminaba) era un volumen venerable, tan antiguo como las colinas, tan gris como el Hôtel de Ville.

Habría dado dos francos por la oportunidad de tener ese libro en mis manos, de pasar las sagradas y amarillentas hojas, de averiguar el título, y de examinar con mis propios ojos las increíbles fantasías que yo, como indigna hereje, sólo podía absorber a través de mis desconcertados oídos. Aquel libro contenía leyendas de los santos. ¡Válgame Dios! (lo digo con todo respeto), ¡menudas leyendas! Si fueron los primeros en vanagloriarse de tales hazañas y en inventar semejantes milagros, ¡qué fanfarrones y granujas debieron ser aquellos santos! Sus historias, sin embargo, no eran más que extravagancias monacales, de las que uno se reía en su fuero interno; había, además, cuestiones sacerdotales, y sus artimañas eran mucho peores que las monacales. Me ardían los oídos mientras escuchaba, forzosamente, los relatos del martirio moral infligido por Roma; la terrible fatuidad de los confesores, que habían abusado vilmente de su posición, empujando a la peor degradación a las damas de alta cuna, convirtiendo a condesas y princesas en las esclavas más atormentadas bajo el sol. Historias como la de Conrad e Isabel de Hungría se repetían una y otra vez, con toda su espantosa ruindad, enfermiza tiranía y negra impiedad: leyendas que eran pesadillas de opresión, privación y dolor.

Soporté varias noches lo mejor pude, y del modo más silencioso, aquella *lecture pieuse*; sólo en una ocasión rompí la punta de mis tijeras al clavarlas involuntariamente en la madera carcomida de la mesa que tenía delante. Pero terminé acalorándome tanto, y mis sienes, mi corazón y mi pulso latían tan deprisa, y me costaba tanto conciliar el sueño por la excitación, que no pude seguir asistiendo. La prudencia me aconsejó abandonar rápidamente el lugar en cuanto sacaran el viejo libro culpable. Ninguna Mause Headrigg sintió jamás una necesidad mayor que la mía de prestar declaración contra el sargento Bothwell para dejar clara mi opinión sobre este asunto de la *lecture pieuse* papista. Sin embargo, conseguí dominarme y refrenar mis impulsos; y, aunque yo salía de la estancia en cuanto Rosine venía a encender las lámparas, lo hacía con muchísimo sigilo, aprovechando el pequeño alboroto que

precedía al silencio sepulcral, y desaparecía mientras las alumnas internas guardaban sus libros.

Cuando me escabullía, era en medio de las tinieblas; no nos permitían llevar velas, y el único refugio para la profesora que abandonaba el refectorio era la penumbra del vestíbulo, de las aulas o del dormitorio. En invierno prefería las aulas grandes, y andaba rápidamente de un lado a otro para no helarme de frío; me sentía afortunada si brillaba la luna y, si sólo había estrellas, no tardaba en resignarme a su tenue centelleo, e incluso al eclipse total de su ausencia. En verano nunca estaba muy oscuro, y yo subía a mi rincón del enorme dormitorio, abría la ventana (cinco ventanas de bisagras, grandes como puertas, dejaban entrar la luz en aquel cuarto) y, asomándome a ella, contemplaba la ciudad que se extendía más allá del jardín, y escuchaba la banda de música que tocaba en el parque o en la plaza del palacio, absorta en mis pensamientos, viviendo mi propia vida en un tranquilo mundo de sombras.

Aquella noche, después de huir como acostumbraba del Papa y de sus obras, subí la escalera, me dirigí al dormitorio y abrí con sigilo la puerta, siempre cuidadosamente cerrada, que, como todas las de la rue Fossette, giró sin hacer ruido sobre sus bien engrasados goznes. Antes de ver, sentí que había algo vivo en la enorme habitación, normalmente vacía: no porque percibiera algún movimiento, respiración o susurro, sino porque el Vacío no existía y la Soledad se hallaba ausente. Pude ver todas las camas blancas —les lits d'ange, que era el poético nombre que recibían— con sólo echar una ojeada; estaban desocupadas: nadie dormía en ellas. El ruido de un cajón abierto con cautela llegó a mis oídos; apartándome a un lado, logré ampliar mi campo de visión, sin que me estorbaran las cortinas. Contemplé entonces mi cama y mi tocador, con los cajones cerrados con llave y un costurero también cerrado encima.

Muy bien. Una figura maternal, pequeña y regordeta, con un decoroso chal y el gorro de dormir más limpio que uno pueda imaginar, estaba muy atareada ante el tocador, haciéndome el favor, al parecer, de «ordenar» el meuble. La tapa del costurero se hallaba abierta, al igual que el primer cajón; como era de esperar, los demás cajones fueron abiertos, uno tras otro, con toda tranquilidad: en su interior, no quedó un solo objeto sin sacar y desdoblar, ni un solo papel sin examinar, ni una sola caja sin destapar; admirable era su habilidad, ejemplar el cuidado con que hacía la inspección. Madame efectuó el registro con virtuosismo, «sin prisa, pero sin pausa». No negaré que sentí un secreto regocijo al observarla. De haber sido un caballero, creo que madame me habría caído en gracia... era tan competente, cuidadosa y concienzuda en todo lo que hacía; los movimientos de algunas personas causan malestar por su torpeza, los suyos complacían por su impecable precisión. En pocas palabras, me tenía fascinada; pero debía esforzarme por romper aquel hechizo: tenía que batirme en retirada. Madame podía volverse y descubrir mi presencia;

entonces una escena sería inevitable, y ella y yo nos leeríamos de golpe el pensamiento: desaparecerían los convencionalismos, caerían los disfraces, y nuestras miradas se cruzarían; comprenderíamos la imposibilidad de seguir trabajando juntas y tendríamos que separarnos para siempre.

¿Qué sentido tenía desencadenar semejante catástrofe? Yo no estaba enojada, ni abrigaba el menor deseo de abandonarla. Difícilmente encontraría a alguien que me empleara con un yugo tan suave y una carga tan ligera; y lo cierto es que madame me gustaba por su sentido común, independientemente de lo que pensara de sus principios: en cuanto a sus métodos, no me perjudicaban lo más mínimo; podía aplicármelos cuanto quisiera: no lograría nada con ellos. Sin enamorado ni esperanzas de tenerlo, estaba tan a salvo de los espías como el mendigo de los ladrones por su falta de riqueza. Me volví entonces y eché a correr, bajando las escaleras con el mismo sigilo y rapidez que una araña que, en aquellos momentos, descendía por el pasamanos.

¡Cuánto me reí al llegar al aula! Ahora tenía la certeza de que madame había visto al doctor John en el jardín; podía adivinar lo que pensaba. El espectáculo de una naturaleza recelosa engañada hasta tal punto por sus propias elucubraciones me divertía enormemente. Pero cuando mi risa se agotó, sentí cómo me embargaba primero la rabia y luego la amargura: era la roca golpeada, de la que brotaron las aguas en Meribá. Jamás se había desencadenado en mi interior una lucha tan extraña y contradictoria como la de aquella noche: risa y aflicción, vehemencia y dolor, se mezclaron en mi corazón. Derramé lágrimas ardientes; no porque madame desconfiara de mí — lo que me resultaba indiferente— sino por otras razones. Los pensamientos más retorcidos e inquietantes quebrantaron mi reposo. Y, sin embargo, aquella agitación remitió: al día siguiente volvía a ser Lucy Snowe.

Al inspeccionar mis cajones, los encontré cerrados con llave; después de un examen más minucioso, no descubrí el menor cambio o alteración en la posición de ningún objeto. Mis escasos vestidos estaban doblados tal como yo los había dejado; un pequeño ramillete de violetas blancas que en cierta ocasión me había entregado silenciosamente un desconocido (un desconocido para mí, pues nunca habíamos hablado), y que yo había secado y guardado, por su dulce fragancia, entre los pliegues de mi mejor traje, seguía en su lugar de siempre; mi pañuelo de seda negra, mis blusas y mis cuellos de encaje estaban intactos. Si madame hubiera arrugado una sola prenda, reconozco que me habría costado más perdonarla; pero, al hallarlo todo tan impecable, me dije: «Lo pasado, pasado está. He salido indemne, ¿por qué habría de guardarle rencor?».

Había algo que me tenía desconcertada y, casi con el mismo afán con que madame Beck había buscado una guía de conocimientos útiles en los cajones de mi tocador, me devané los sesos para descifrar el enigma. Si el doctor John

no había tenido nada que ver con la caída de aquel cofrecillo en el jardín, ¿cómo sabía que alguien lo había arrojado y por qué había aparecido en seguida para recogerlo? Deseaba tanto aclarar ese punto que empecé a acariciar una idea un tanto audaz: «Si se presentaba la oportunidad, ¿por qué no pedirle al doctor John que me explicara él mismo esa coincidencia?».

Y mientras el doctor John continuó alejado de la rue Fossette, creí que tendría valor para ponerle a prueba con semejante pregunta.

La pequeña Georgette estaba convaleciente; por ese motivo, su médico venía a verla muy de tarde en tarde: lo cierto es que, de no haber insistido madame en que acudiera de vez en cuando hasta que la niña estuviera completamente restablecida, él habría interrumpido sus visitas.

Una noche entró en el cuarto de sus hijas, justo después de que Georgette hubiera rezado su plegaria entrecortada y ceceante, y de que yo la hubiera acostado. Cogiendo una mano de la pequeña, dijo:

—Cette enfant a toujours un peu de fièvre —y, lanzándome con sus tranquilos ojos una mirada más vivaz de lo habitual, se apresuró a añadir—: Le docteur John l'a-t-il vue dernièrement? Non, n'est-ce pas?

Por supuesto, nadie en la casa conocía mejor que ella la respuesta.

—Está bien —prosiguió—, voy a salir pour faire quelques courses en fiacre. Pasaré por el domicilio del doctor John y le pediré que visite a la niña. Me aseguraré de que la vea esta misma tarde; sus mejillas están rojas, su pulso es rápido: usted lo recibirá... yo estaré fuera de casa.

La niña se encontraba bien, sólo tenía calor porque era el mes de julio; era casi tan innecesario avisar a un cura para que le diera la extremaunción como avisar a un médico para que le recetara un medicamento; por otra parte, era muy poco frecuente que madame hiciera sus courses, como las llamaba ella, por la tarde: es más, aquélla era la primera vez que se ausentaba voluntariamente durante una visita del doctor John. Todo aquel arreglo indicaba la existencia de un plan; en seguida lo comprendí, pero sin la menor inquietud. «¡Ja, ja, madame! —rió el alegre mendigo—, su astuto ingenio va mal encaminado».

Madame Beck se marchó, elegantemente ataviada con un costoso chal y su chapeau vert tendre, un tono arriesgado para cualquier cutis menos lozano que el suyo, pero que a ella le favorecía. Me pregunté qué intenciones tendría: si realmente enviaría al doctor John; o si él podría venir; tal vez tuviera otro compromiso.

Madame me había encargado que no dejara dormir a Georgette hasta que el doctor llegase; por ese motivo, estuve muy ocupada contándole cuentos

infantiles y parloteando con ella.

Quería mucho a Georgette; era una niña sensible y cariñosa: sentarla en mis rodillas o llevarla en brazos era un placer para mí. Aquella noche me pidió que apoyara la cabeza en la almohada de su cuna; incluso me rodeó el cuello con sus bracitos. El modo en que me abrazó y apretó su mejilla contra la mía estuvo a punto de hacerme llorar de ternura. En la rue Fossette no abundaban esa clase de sentimientos; aquella pequeña gota era demasiado dulce y pura: penetraba hasta lo más profundo, serenaba el corazón, y llenaba los ojos de lágrimas.

Transcurrieron entre treinta minutos y una hora; Georgette susurró con su suave ceceo que tenía mucho sueño.

«Y te quedarás dormida —pensé yo—, malgré maman y médecin, como tarden más de diez minutos».

En ese momento sonó la campanilla, y allí estaban aquellos pasos que asombraban a la escalera por la velocidad con que dejaban sus peldaños atrás. Rosine anunció al doctor John y, con un desenfado que no sólo era propio de ella sino de todos los criados de Villette, se quedó para escuchar lo que el médico decía. La presencia de madame la habría intimidado y enviado de vuelta a su reino del vestíbulo y la portería; pero la mía, o la de cualquier otra profesora o alumna, le traía sin cuidado. Esbelta, elegante, presumida, continuó con las manos en los bolsillos de su alegre delantal de modistilla, mirando al doctor John con no más temor y timidez que si fuera un retrato en lugar de un caballero de carne y hueso.

—Le marmot n'a rien n'est-ce pas? —exclamó, señalando a Georgette con un gesto de barbilla.

—Pas beaucoup —respondió el doctor, al tiempo que garabateaba apresuradamente una receta inofensiva.

—Eh bien! —prosiguió Rosine, colocándose a su lado mientras él guardaba el lápiz—. Y el cofrecillo, ¿consiguió encontrarlo? Monsieur desapareció como un coup de vent la otra noche; no tuve tiempo de preguntárselo.

—Lo conseguí, sí.

—Pero ¿quién lo arrojó? —continuó Rosine, inquiriendo sin ambages lo que yo tanto deseaba saber, pero no tenía ni la habilidad ni el valor de expresar: ¡qué camino tan corto recorren algunos para llegar a un punto que a otros les parece inalcanzable!

—Ése puede ser mi secreto —repuso el doctor John lacónicamente, pero sin ninguna altanería: parecía comprender muy bien el carácter de Rosine.

—Mais en fin —dijo ella, con aire desenvuelto—, monsieur sabía que alguien lo había tirado, puesto que salió en su búsqueda. ¿Cómo se enteró?

—Estaba atendiendo a un pequeño paciente del colegio vecino —dijo él— y vi cómo tiraban el cofrecillo desde la ventana de su habitación; por eso vine a recogerlo.

¡Qué explicación tan simple! La carta hablaba de un médico que en aquellos momentos examinaba a «Gustave».

—Ah ça! —exclamó Rosine—. Il n’y a donc rien là-dessous: pas de mystère, pas d’amourette, par exemple?

—Pas plus que sur ma main —contestó el doctor John, mostrando la palma.

—Quel dommage! —dijo la modistilla—; et moi, à qui tout cela commençait à donner des idées.

—Vraiment! Vous en êtes pour vos frais —repuso fríamente el médico.

Ella hizo un mohín. El doctor John no pudo evitar sonreír ante su moue: cuando se reía, había algo especialmente afable y bondadoso en su expresión. Vi que su mano se dirigía al bolsillo.

—¿Cuántas veces me ha abierto la puerta en el último mes? —inquirió él.

—Monsieur debería llevar la cuenta —se apresuró a contestar Rosine.

—¡Como si no tuviera nada mejor que hacer! —exclamó el médico; pero observé que le daba una moneda de oro, que ella no tuvo el menor escrúpulo en coger, antes de salir bailando para atender a la campanilla de la puerta, que sonaba cada cinco minutos, pues era la hora en que los criados de las casas venían a recoger a las alumnas mediopensionistas.

El lector no debe juzgar duramente a Rosine. En general, no era mala persona; y no creía que hubiera nada deshonroso en coger cuanto le ofrecían, ni que fuera una desfachatez hablar como una cotorra con el mejor caballero de la Cristiandad.

Además, gracias a la escena anterior, yo había descubierto algo relacionado con el cofrecillo de marfil: a saber, que la culpa de que el doctor John tuviera el corazón destrozado no era de aquel vestido de jaconas, rosa o gris, ni de aquel delantal con bolsillos y volantes. Era ostensible que aquellas prendas eran tan inocentes como el pequeño blusón azul de Georgette. Tanto mejor. Pero entonces ¿quién era culpable? ¿Cuál era el motivo? ¿Cuál el origen y la verdadera explicación de todo el asunto? Algunos puntos se habían aclarado, pero ¡cuántos seguían siendo tan oscuros como la noche!

«Sin embargo —me dije—, no es asunto tuyo».

Y, apartando los ojos del rostro que había estado escudriñando involuntariamente, miré por la ventana que daba al jardín. El doctor John, entretanto, de pie junto a la cama, se puso lentamente los guantes mientras contemplaba a su pequeña paciente, que tenía los ojos cerrados y los labios sonrosados entreabiertos porque se estaba quedando dormida. Esperé a que él se despidiera como de costumbre, con una pequeña reverencia y un «buenas noches» apenas audible. Justo en el momento en que cogía el sombrero, mis ojos, pendientes de las altas casas que rodeaban el jardín, vieron cómo la celosía, ya mencionada antes, se abría con cautela; una mano y un pañuelo blanco aparecieron por una rendija; ambos se agitaron. No sé si la señal fue contestada desde algún lugar desconocido de nuestro propio edificio; pero inmediatamente después cayó revoloteando un objeto blanco y ligero: el segundo billet, por supuesto.

—¡Mire! —exclamé sin darme cuenta.

—¿Dónde? —preguntó el doctor John con vehemencia, acercándose a la ventana—. ¿Qué ha visto?

—Lo han vuelto a hacer —repliqué—. Han agitado un pañuelo y han arrojado algo —y señalé la celosía ahora cerrada, que, de manera engañosa, parecía un lugar deshabitado.

—Recójalo en seguida y tráigamelo —dijo al instante—. Nadie se fijará en usted —añadió—; yo llamaría la atención.

Bajé inmediatamente. No tardé en encontrar un papel doblado, suspendido en la rama más baja de un arbusto; lo cogí y me apresuré a llevárselo al doctor John. En aquella ocasión, no creo que ni siquiera Rosine me viese.

El doctor John rompió la misiva en mil pedazos sin leerla.

—Recuerde que ella no tiene la culpa —dijo, mirándome.

—¿Quién no tiene la culpa? —pregunté—. ¿A quién se refiere?

—¿Todavía no lo sabe?

—En absoluto.

—Y ¿no lo adivina?

—No.

—Si la conociera mejor, tal vez cedería a la tentación de confiar en usted; así conseguiría que protegiera a un ser inocente y maravilloso, pero con muy poca experiencia.

—¿Como una carabina? —quise saber.

—Sí —respondió pensativo—. ¡Hay tantas trampas a su alrededor! —

añadió.

Y entonces, sin duda por primera vez, examinó mi rostro, deseoso de ver en él una expresión amable que le asegurara que podía encomendar a mi cuidado e indulgencia a una criatura etérea, contra la que conspiraban oscuros poderes. Yo no sentía especial vocación por vigilar a criaturas etéreas, pero, recordando mi llegada a Villette, pensé que debía un favor al doctor John: si podía ayudarle, lo haría, y no me tocaba a mí decidir cómo. Con la menor reticencia posible, le di a entender que «estaba dispuesta a hacer cuanto pudiera por cualquier persona en la que él estuviera interesado».

—Mi interés es el de un mero espectador —señaló él, con una modestia que me pareció admirable presenciar—. Conozco casualmente el carácter más bien despreciable del individuo que, desde la casa de enfrente, ha invadido en dos ocasiones este santuario; también he conocido en sociedad a la persona a quien van destinadas tan vulgares tentativas. Su exquisita superioridad y su refinamiento innato deberían rechazar cualquier impertinencia. Sin embargo, no es así; y, siendo tan inocente y confiada, me gustaría, de ser posible, protegerla de todo mal. Pero no puedo hacer nada personalmente, ni siquiera acercarme a ella —concluyó.

—De acuerdo, estoy dispuesta a ayudarle —dije—, siempre que me explique cómo.

Y repasé mentalmente la lista de nuestras alumnas internas, buscando aquel dechado de virtudes, aquella valiosa perla, aquella gema perfecta.

«Tiene que ser madame —decidí—. Es la única de todas nosotras que posee el arte de parecer superior; aunque el doctor John no debería inquietarse por su inocencia y su candor. Pero él tiene esa fantasía y no seré yo quién le contradiga; le seguiré la corriente: su ángel será un ángel».

—Sólo dígame a quién debo proteger —continué con gravedad; riéndome, sin embargo, en mi fuero interno ante la perspectiva de convertirme en la carabina de madame Beck o de alguna de sus alumnas.

El doctor John era un hombre sensible y comprendió, de forma instintiva, lo que una imaginación menos sagaz jamás habría percibido; a saber: que todo aquello me hacía cierta gracia. Se sonrojó; con una media sonrisa, se volvió y cogió su sombrero para marcharse. Me remordió la conciencia.

—Le ayudaré, le ayudaré —prometí impetuosa—. Haré lo que desea. Vigilaré a su ángel. La cuidaré; sólo dígame su nombre.

—Pero tiene que saberlo —replicó él con vehemencia, pero en voz muy baja—. ¡Es tan pura, tan buena, tan increíblemente hermosa! Es imposible que existan dos mujeres como ella en la misma casa. Me refiero, por supuesto, a...

En aquel instante, el pestillo de la habitación de madame Beck (contigua al cuarto de las niñas) dio un leve chasquido, como si hubiera temblado la mano que lo sostenía; oímos el estallido de un estornudo incontenible. Estos pequeños accidentes ocurren en las mejores familias. Madame, ¡excelente mujer!, estaba de guardia. Había regresado a casa sigilosamente, había subido las escaleras de puntillas; estaba en su dormitorio. De no haber estornudado, lo habría oído todo, y yo también; pero aquel funesto estornudo alertó al doctor John, que, lleno de perplejidad, la vio entrar en la habitación, alerta, serena, con el mejor y, sin embargo, más tranquilo de los ánimos: quien no estuviera familiarizado con sus hábitos habría creído que acababa de volver, y habría desechado la idea de que llevara con el oído pegado al ojo de la cerradura los últimos diez minutos como mínimo. Fingió estornudar de nuevo, declaró que estaba enrhumée y empezó a explicarnos con locuacidad sus courses en fiacre. Sonó la campanilla que llamaba a la oración, y la dejé a solas con el médico.

Capítulo XIV

La fête

Tan pronto como Georgette estuvo recuperada, madame la envió al campo. Yo lo lamenté; quería a la niña, y su pérdida me entristeció aún más. Pero no debo quejarme. Vivía en una casa llena de vida; podía haber tenido compañía y elegí la soledad. Todas las profesoras trataron en algún momento de intimar conmigo; yo las puse a prueba. Una resultó ser una mujer honrada, pero estrecha de miras, egoísta y de sentimientos vulgares. La segunda era una parisina, aparentemente refinada, pero de corazón corrompido, sin creencias, principios ni sentimientos: bajo la respetable corteza de su naturaleza, había un cenagal. Sentía verdadera pasión por los regalos; y, en ese aspecto, la tercera profesora —una persona insignificante y sin carácter— se parecía mucho a ella. Esta última tenía también otro rasgo distintivo: la avaricia. El amor al dinero por el dinero la dominaba. Ante la visión de una moneda de oro, sus ojos despedían un fulgor verde, digno de verse. En una ocasión, como si fuera un enorme privilegio, me llevó al piso de arriba y, abriendo un cajón secreto, me enseñó el tesoro que tenía escondido: un montón de piezas, grandes y pesadas... unas quince guineas, en monedas de cinco francos. Amaba aquel tesoro como un pájaro ama sus huevos. Eran sus ahorros. Se acercaba a hablarme de ellos con una devoción tenaz y delirante, insólita en una persona que aún no había cumplido veinticinco años.

La parisina, por otra parte, era derrochadora y libertina (no sé sus actos, pero sus palabras así lo evidenciaban). Mostraba su verdadera naturaleza con

mucha cautela. Parecía una extraña clase de reptil, aunque sólo me enseñó una vez su cabeza de serpiente, según pude ver, escudriñándome; aquello despertó mi curiosidad: si ella lo hubiese hecho descaradamente, es muy posible que yo, adoptando una postura filosófica, hubiera contemplado impassible su larga silueta, desde la lengua bífida hasta la punta escamosa de la cola; pero sólo pareció deslizarse entre las páginas de una mala novela; y, al encontrarse con un inoportuno arrebató de ira, retrocedió y desapareció, siseando. Me odió desde ese día.

Aquella parisina estaba siempre endeudada; gastaba su sueldo antes de cobrarlo, no sólo en vestidos, sino en perfumes, cosméticos, golosinas y condimentos. ¡Qué mujer tan sibarita, fría e insensible! Es como si la estuviera viendo. Delgada de figura y semblante, con la tez cetrina, facciones regulares, dientes perfectos, labios finos como un hilo, barbilla grande y prominente, y ojos grandes pero gélidos, con una expresión ávida e ingrata al mismo tiempo. Odiaba mortalmente trabajar, y vivía fascinada por lo que ella consideraba placer; que sólo era una pérdida de tiempo insulsa, cruel y estúpida.

Madame Beck conocía a la perfección el carácter de aquella mujer. En una ocasión me habló de ella, con una extraña mezcla de perspicacia, indiferencia y antipatía. Le pregunté por qué no la echaba. Me dijo sin rodeos que «porque no convenía a sus intereses»; y señaló algo que yo ya había advertido, a saber, que mademoiselle St Pierre no tenía rival a la hora de mantener el orden entre las filas de sus indisciplinadas alumnas. Era como si su presencia paralizara a los demás: sin exaltación, ruido ni violencia, contenía a aquellas jovencitas como el aire helado detiene un impetuoso arroyo. Apenas servía para transmitir conocimientos, pero no tenía precio para vigilar e imponer una disciplina.

—Je sais bien qu'elle n'a pas de principes, ni, peut-être, de moeurs — admitió madame con franqueza; pero añadió con filosofía—: son maintien en classe est toujours convenable et rempli même d'une certaine dignité: c'est tout ce qu'il faut. Ni les élèves, ni les parents ne regardent plus loin; ni, par conséquent, moi non plus.

¡Qué pequeño mundo tan extraño, alocado y bullicioso era aquel internado! Se hacían grandes esfuerzos por ocultar las cadenas tras las flores; una sutil esencia de catolicismo impregnaba todas sus disposiciones: una considerable indulgencia con los sentidos (por así decirlo) contrarrestaba las rígidas restricciones espirituales. Las mentes crecían en la esclavitud; pero, para impedir que alguien meditara sobre esto, se aprovechaba al máximo cualquier pretexto para el esparcimiento físico. Allí, como en todas partes, la IGLESIA luchaba por educar a sus hijos robustos de cuerpo y débiles de alma, gordos, rubicundos, fuertes, alegres, ignorantes, irreflexivos, incondicionales. «¡Comed, bebed y vivid! —decía—. Ocupaos de vuestro cuerpo; dejadme a

mí el cuidado de vuestras almas. Yo me encargaré de curarlas... y guiaré sus pasos: yo garantizo su destino final». Un acuerdo que todo católico convencido encuentra ventajoso. Lucifer ofrece exactamente lo mismo: «Te daré todo el poder y la gloria de estos reinos; porque me los han entregado a mí, y yo se los doy a quien quiero. Si me adoras, serán todos tuyos».

Por aquella época —los días más esplendorosos del verano— la casa de madame Beck se convirtió en el colegio más alegre que uno pueda imaginar. Durante toda la jornada, las grandes puertas plegables y las ventanas de doble hoja se abrían de par de par: el sol parecía formar parte de la atmósfera; las nubes se hallaban lejos, navegando hasta los confines del mar, descansando, sin duda, alrededor de islas como Inglaterra —esa querida tierra de brumas—, pero a una gran distancia del continente, siempre más seco. Pasábamos mucho más tiempo en el jardín que bajo techo: las clases se impartían y las comidas se tomaban bajo el grand berceau. Además, la cercanía de las vacaciones casi convertía la libertad en libertinaje. Sólo faltaban dos meses para las largas vacaciones de otoño; pero antes de eso, se esperaba un gran día: la celebración de una importante ceremonia, la fête de madame.

Los preparativos de esta fiesta recaían principalmente en mademoiselle St Pierre; se suponía que madame se hallaba al margen, despreocupada e ignorante de cuanto pudiera organizarse en su honor. Lo que especialmente parecía desconocer o siquiera sospechar era que todos los años se recaudaba dinero en el colegio para comprarle un bonito regalo. La delicadeza exquisita del lector hará caso omiso de una consulta muy breve y confidencial al respecto en el dormitorio de madame:

—¿Qué le gustaría este año? —quiso saber su lugarteniente parisina.

—¡Oh, qué más da! Olvídelo. No les quite a las pobres niñas sus francos —contestó madame, con expresión modesta y benévola.

La señorita St Pierre sacó la barbilla; conocía muy bien a madame; sus aires de bonté no eran más que des grimaces para ella. Jamás le inspiraban el menor respeto.

—Vîte! —exclamó fríamente—. Dígame lo qué desea. ¿Alguna joya o porcelana, alguna prenda de vestir o plata?

—¡Está bien! Deux ou trois cuillers et autant de fourchettes en argent.

Y el resultado fue un hermoso estuche que contenía trescientos francos en cubiertos de plata.

El programa del día de fiesta era el siguiente: entrega del regalo, refrigerio en el jardín, representación de una obra teatral (en la que actuaban alumnas y profesores), baile y cena. Recuerdo que todo me parecía maravilloso. Zélie St

Pierre sabía lo que hacía y lo organizaba hábilmente.

La obra de teatro era lo más importante; de ahí que los preparativos empezaran con un mes de antelación. La elección de los actores exigía sabiduría y cautela; después venían las clases de dicción, de interpretación, y, por último, los fatigosos e innumerables ensayos. Mademoiselle St Pierre, como es lógico, no podía encargarse de todo: se necesitaba otra autoridad, otros conocimientos que los suyos. Y éstos los proporcionaba monsieur Paul Emanuel, el profesor de literatura. Nunca había tenido ocasión de asistir a una de las histriónicas disertaciones de monsieur Paul, pero lo veía a menudo cuando atravesaba el carré (un vestíbulo cuadrado entre la vivienda de madame y el internado). También lo oía en las tardes calurosas, cuando daba clase con la puerta abierta, y su nombre, y las anécdotas sobre él, se multiplicaban. Especialmente nuestra antigua conocida, la señorita Ginevra Fanshawe, elegida para interpretar un papel destacado en la obra, al pasar conmigo gran parte de su tiempo libre, solía salpicar su discurso con alusiones frecuentes a lo que hacía y decía este profesor. Ella lo consideraba terriblemente descortés, y afirmaba sentirse aterrorizada, muy cercana a la histeria, cuando oía sus pasos o su voz. Es cierto que era un hombre menudo y moreno; austero y mordaz. Incluso a mí se me antojaba una aparición severa, con su cabeza de cabellos cortos y negros, su frente ancha y cetrina, sus delgadas mejillas, sus anchos y temblorosos orificios nasales, su mirada perspicaz y sus ademanes apresurados. Se enojaba con facilidad; era ostensible cuando apostrofaba con vehemencia al torpe grupo que tenía a sus órdenes. A veces, aquellas actrices novatas e ignorantes agotaban su paciencia por la falsedad de sus juicios, la frialdad de sus emociones, la debilidad de su interpretación.

—Écoutez! —gritaba; y entonces su voz resonaba como una trompeta por todo el edificio.

Y cuando, imitándola, se oía la vocecita de una Ginevra, una Mathilde o una Blanche, era fácil entender por qué un gruñido ahogado de desprecio o un violento bufido de rabia contestaban al eco insustancial.

—Vous n'êtes donc que des poupées? —le oía rugir—. Vous n'avez pas de passions vous autres? Vous ne sentez donc rien? Votre chair est de neige, votre sang de glace? Moi, je veux que tout cela s'allume, qu'il ait une vie, une âme!

¡Vana determinación! Y cuando finalmente descubrió lo inútiles que eran sus esfuerzos, echó abajo el proyecto. Hasta ese momento había estado enseñándoles una gran tragedia; pero la rompió en pedazos y llegó al día siguiente con una pequeña y divertida bagatela. A las alumnas les gustó más; y, a pesar de su torpeza, él consiguió que la aprendieran.

Mademoiselle St Pierre presidía siempre las clases de monsieur Emanuel y,

según me dijeron, sus modales refinados, su aparente atención, su tacto y su gracia, causaban muy buena impresión en ese caballero. Poseía, sin duda, el arte de agradar durante cierto tiempo a quien ella deseara; pero se trataba de un sentimiento efímero: al cabo de una hora se secaba como el rocío, se desvanecía como una telaraña.

La víspera de la fête de madame fue un día tan festivo como el de su cumpleaños. Lo dedicamos a ordenar, limpiar, arreglar y adornar las tres aulas. En el interior, reinaba un alegre bullicio; no había ningún rincón, ni siquiera en el piso de arriba, donde una persona solitaria pudiera hallar descanso para las plantas de sus pies; por ese motivo, me refugié en el jardín. Pasé allí toda la jornada, encontrando calor bajo el sol, cobijo entre los árboles, y una especie de compañía en mis propios pensamientos. Recuerdo muy bien que, en todo el día, sólo intercambié dos frases con un ser viviente: y no es que me sintiera sola; me alegraba de estar en silencio. Para un espectador, bastaba con pasar por las habitaciones un par de veces, observar los cambios que se estaban realizando, ver cómo se instalaba un camerino y un vestuario, cómo se montaba un pequeño escenario con su decorado, cómo monsieur Paul Emanuel, en colaboración con mademoiselle St Pierre, lo dirigía todo, y cómo un ilusionado grupo de alumnas, entre las que estaba Ginevra Fanshawe, trabajaban alegremente a sus órdenes.

Llegó el gran día. Brillaba el sol, y el cielo estuvo despejado hasta el atardecer. Se abrieron todas las puertas y ventanas, lo que proporcionaba una agradable sensación de libertad veraniega; y lo cierto es que la más completa libertad parecía estar a la orden del día. Profesoras y alumnas bajaron a desayunar en bata y papillotes: disfrutando de antemano avec délices de la toilette de la tarde, parecían recrearse aquella mañana en el lujo del desaliño, de igual modo que los regidores ayunan antes de un banquete. Hacia las nueve de la mañana, llegó un importante funcionario, el coiffeur. Cometiendo un sacrilegio, estableció su cuartel general en el oratorio, y allí, en presencia de bénitier, cirios y crucifijo, solemnizó los misterios de su arte. No hubo una sola joven que no pasara por sus manos; y emergían de ellas con la cabeza tan suave como una concha, cruzada por primorosas líneas blancas y engalanada con hermosas trenzas griegas que brillaban como si estuvieran lacadas. Me llegó el turno, como a las demás, y no daba crédito a mis ojos cuando, al terminar, me miré en el espejo en busca de información; la profusión de cabellos castaños trenzados como guirnaldas me dejó boquiabierta... temí que no fueran todos míos, y tuve que darme varios tirones para cerciorarme de lo contrario. Entonces reconocí en aquel coiffeur a un artista de primer orden, alguien que sacaba el máximo partido del material más mediocre.

Una vez cerrado el oratorio, el dormitorio se convirtió en escenario de abluciones, vestimentas y acicalamientos singularmente concienzudos. Para

mí era y seguirá siendo un enigma entender cómo lograban emplear tanto tiempo en hacer tan poco. La operación parecía minuciosa, compleja, prolongada: el resultado simple. Un vestido de muselina blanca, un lazo azul (los colores de la Virgen), unos guantes de cabritilla blancos o de color pajizo: ése era el uniforme de gala que profesoras y alumnas tardaban tres agotadoras horas en ponerse. Pero, a pesar de su simpleza, he de reconocer que era un atuendo perfecto... perfecto por su elegancia, comodidad y frescura; y como todas las cabezas iban peinadas con exquisita delicadeza —de un modo que favorecía el encanto redondeado y firme de las mujeres de Labassecour, aunque fuera demasiado rígido para un estilo de belleza más cimbreante y flexible—, el efecto general era, en conjunto, encomiable.

Al contemplar aquella masa nívea y diáfana, recuerdo que me sentí como una pequeña sombra en un campo de luz. Me faltaba valor para ponerme un vestido blanco: debía llevar algo ligero, hacía demasiado calor para soportar tejidos gruesos, así que había visitado una docena de tiendas hasta dar con una tela parecida al crepé de color gris rosáceo, el color, en suma, de la triste niebla en un brezal florido. Mi tailleuse había intentado hacerlo lo más bonito posible; ya que, como señaló juiciosamente, era «si triste... si peu voyant» que resultaba imperativo seguir la moda: fue una suerte que pensara así, pues yo no tenía ni flores ni joyas para animarlo; y, lo que era peor, tampoco tenía una tez sonrosada.

Olvidamos esas deficiencias en medio de la monótona rutina del trabajo cotidiano, pero aparecen ante nosotros con toda su crudeza en las brillantes ocasiones en que la belleza debería resplandecer.

Sin embargo, con aquel sombrío vestido, me sentía cómoda y tranquila; una ventaja de la que no habría disfrutado con otro traje más alegre y llamativo. Madame Beck impidió, asimismo, que me sintiera avergonzada; su atuendo era casi tan discreto como el mío, aunque ella lucía una pulsera y un enorme broche de oro y piedras finas. Nos encontramos casualmente en la escalera y me obsequió con una sonrisa de aprobación. No creo que pensara que yo tenía buen aspecto —algo que difícilmente atraería su interés—, pero sí que vestía convenablement, décemment, y la Convenance y la Décence eran las dos serenas deidades que madame veneraba. Incluso se detuvo, apoyó en mi hombro una mano enguantada, en la que sostenía un pañuelo bordado y perfumado, y me dijo al oído unas palabras sarcásticas sobre las demás profesoras (a las que acababa de felicitar por su indumentaria).

—No hay nada tan absurdo —exclamó— como des femmes mûres que se visten igual que a los quince años. Quant à la St Pierre, elle a l'air d'une vieille coquette qui fait l'ingénue.

Terminé de vestirme al menos un par de horas antes que las demás, y fue

un placer para mí dirigirme, no al jardín, donde los criados estaban sujetando largas mesas, colocando sillas y extendiendo apresuradamente manteles para el refrigerio, sino a las aulas, ahora vacías, silenciosas, frescas y limpias; con las paredes recién pintadas, y los suelos de madera recién fregados y todavía húmedos; con las flores recién cortadas adornando los rincones, y las cortinas recién colgadas embelleciendo los ventanales.

Me metí en la primera clase, una estancia más pequeña y ordenada que las otras, y cogiendo de la librería acristalada, cuya llave guardaba yo, un volumen que parecía interesante, me senté a leer. La puerta de cristal de aquella clase o aula daba al gran cenador; las ramas de acacia acariciaban el vidrio y acababan enlazándose con un rosal que florecía junto al dintel opuesto: en ese rosal zumbaban las abejas, felices y atareadas. Comencé a leer. Justo en el instante en que el tranquilo zumbido, la sombra de la enramada, la cálida y solitaria paz de mi refugio empezaban a restar visión a mis ojos y sentido a la página, y a llevarme por la senda de la imaginación hacia una profunda hondonada en el país de los sueños... justo entonces sonó la campanilla de la puerta principal, con una intensidad desconocida, devolviéndome a la realidad.

La campanilla llevaba sonando toda la mañana, con las idas y venidas de trabajadores y criados, coiffeurs y tailleuses. Además, todo parecía indicar que sonaría muchas veces a lo largo de la tarde, pues aún debían llegar unas cien alumnas externas en carruajes o fiacres; y que tampoco descansaría al anochecer, cuando padres y amigos acudieran en tropel a ver la obra de teatro. En tales circunstancias, un campanillazo, incluso fuerte, era normal; y, sin embargo, aquel sonido tuvo un acento propio que acabó con mis ensueños e hizo caer el libro de mis rodillas.

Estaba agachándome para recogerlo cuando —firmes, veloces, directos— a través del vestíbulo... a lo largo del pasillo... cruzando el carré, la clase de primero, la clase de segundo y la grande salle, se oyeron unos pasos rápidos, regulares, decididos. La puerta de la primera clase, mi santuario, no opuso la menor resistencia; se abrió de golpe, y un paletot y un bonnet grec llenaron el hueco; dos ojos examinaron vagamente el interior y luego se clavaron en mí.

—C'est cela! —dijo una voz—. Je la connais: c'est l'Anglaise. Tant pis. Toute Anglaise, et par conséquent, tout bégueule qu'elle soit - elle fera mon affaire, ou je saurai pourquoi.

Después, con cierta cortesía severa (supongo que creía que yo no había captado el sentido de su desconsiderado comentario) y en la jerga más execrable que jamás había oído, exclamó:

—Señorita... tiene que actuar: no me moveré de aquí.

—¿Qué puedo hacer por usted, monsieur Paul Emanuel? —pregunté, pues se trataba de él, y en un estado de no poca agitación.

—Tiene que actuar en la obra. No le permitiré echarse atrás, ni fruncir el ceño, ni hacerse la remilgada. Leí su cráneo la noche en que llegó; conozco sus moyens: puede actuar; tiene que actuar.

—Pero ¿cómo, monsieur Paul? ¿Qué quiere usted decir?

—No tenemos tiempo que perder —prosiguió, hablando en francés—; nada de objeciones, excusas, minauderies. Tiene que interpretar un papel.

—¿En el vodevil?

—En el vodevil. Usted lo ha dicho.

Lancé un grito, horrorizada. ¿Qué pretendía aquel hombre?

—¡Escuche! —exclamó—. Le expondré el caso y luego me contestará sí o no; en función de su respuesta, conquistará o no mi aprecio para siempre.

La vehemencia apenas reprimida de un carácter tan irritable encendía sus mejillas y convertía sus miradas en afilados dardos; un carácter al que lo insensato, lo sensiblero, lo vacilante, lo huraño, lo afectado y, sobre todo, lo inflexible, podía volver de pronto violento e implacable. El silencio y la atención eran el mejor bálsamo que podía aplicar: le escuché.

—Todo está a punto de irse al traste —empezó—. Louise Vanderkelkov se ha puesto enferma... al menos eso afirma su ridícula madre; por mi parte, estoy seguro de que podría actuar si quisiera: lo único que le falta es buena voluntad. Interpretaba un rôle, como sabe, o no sabe... da igual: sin ese rôle, la obra no puede representarse. No quedan más que unas horas para aprenderlo: ni una sola alumna atendería a razones o aceptaría hacerlo. En verdad no es un papel interesante, ni agradable; su infame amour-propre, ese mezquino defecto que tanto abunda en las mujeres, se lo impediría. Las mujeres inglesas son las mejores o las peores de su sexo. Dieu sait que je les déteste comme la peste, ordinairement —dijo entre dientes—. Me dirijo a una inglesa para que venga en mi auxilio. ¿Cuál es su respuesta... sí o no?

Se me ocurrieron mil objeciones. El idioma extranjero, el escaso tiempo, el hecho de exhibirme en público... La Disposición retrocedió, la Habilidad flaqueó, el Amor Propio, ese mezquino defecto, tembló. «Non, non, non!», repetían todos; pero, al mirar a monsieur Paul y adivinar en sus ojos irritados, ardientes e inquisitivos una suerte de súplica bajo su tono amenazador, mis labios dejaron escapar la palabra «oui». Por unos instantes, su rígida expresión se dulcificó en un estremecimiento de alegría: pero se recuperó en seguida y prosiguió:

—Vite à l'ouvrage! Tome el libro; éste es su rôle: léalo.

Y yo lo leí. No me dedicó el menor elogio; en algunos pasajes frunció el ceño y dio una patada en el suelo. Me enseñó el mejor modo de hacerlo y yo me esforcé por imitarlo. Era un papel desagradable, el de un hombre... un petimetre con la cabeza vacía. Era imposible poner el alma o el corazón en él: resultaba odioso. La obra, un mero divertimento, trataba principalmente de los esfuerzos de dos rivales por conquistar la mano de una bella coqueta. Uno de los galanes se llamaba Ours, un hombre valiente y generoso, aunque poco refinado, una especie de diamante en bruto; el otro era un calavera, charlatán y traidor: y yo tenía que ser ese calavera, charlatán y traidor.

Lo hice lo mejor posible... es decir, mal, lo sé: enfurecí a monsieur Paul; parecía indignado. Esforzándome al máximo, traté de mejorar mi interpretación; supongo que reconoció mis buenas intenciones; afirmó estar satisfecho con una parte de mi trabajo.

—Ça ira! —exclamó; y como empezaban a oírse voces en el jardín y a verse vestidos blancos revoloteando entre los árboles, añadió—: Debe retirarse: tiene que estar sola para aprender bien el papel. Venga conmigo.

Sin tener tiempo ni autoridad para pensarlo, me vi arrastrada por una especie de torbellino, escaleras arriba, dos tramos... no, en realidad tres (pues aquel exaltado hombrecillo parecía conocer instintivamente todos los rincones); y, después de conducirme hasta el solitario desván, me encerró en él y desapareció, llevándose la llave de la puerta.

El desván no era un lugar nada agradable: estoy convencida de que, si monsieur Paul hubiera sabido lo horrible que era, no me habría abandonado allí con tan poca ceremonia. Al ser un día de verano, hacía tanto calor como en África; de igual modo que en invierno hacía el mismo frío que en Groenlandia. Estaba lleno de cajas y cachivaches; viejos vestidos cubrían sus descoloridas paredes y telarañas, su polvoriento techo. Sus inquilinos eran ratas, escarabajos negros y cucarachas; y circulaban rumores de que, en una ocasión, se había visto allí al fantasma de la monja del jardín. Uno de sus extremos quedaba sumido en una oscuridad parcial; y, para aumentar el misterio de aquel rincón, una vieja cortina de color rojizo trataba de ocultar una sombría fila de capas invernales, colgando cada una de su gancho, como un malhechor de su horca. Decían que la monja salía de entre todas esas capas y de detrás de esa cortina. Yo no lo creía, y no sentía ningún temor al respecto; pero vi cómo una rata enorme y muy oscura, con una larga cola, salía reptando de aquel mísero hueco; y, además, mis ojos descubrieron muchos escarabajos negros desperdigados por el suelo. Es posible que todo aquello me perturbara más de lo que sería prudente reconocer, al igual que el polvo, los trastos viejos y el calor agobiante. Este último inconveniente se habría vuelto insoportable, de no haber hallado el modo de abrir y apuntalar la claraboya, dejando entrar así un poco de frescor. Empujé un arcón vacío hasta colocarlo bajo la abertura y,

después de poner encima un cajón más pequeño y de quitarles el polvo a los dos, me recogí escrupulosamente el vestido (como recordará el lector, el mejor que tenía y, por ese motivo, digno del mayor cuidado), subí a aquella especie de trono improvisado y, una vez sentada, inicié mi aprendizaje; mientras estudiaba mi papel, extremé mi vigilancia sobre los escarabajos negros y las cucarachas, que me aterrorizaban aún más que las ratas.

Al principio tuve la impresión de haber emprendido algo imposible de realizar, y decidí hacer cuanto estuviera en mis manos y resignarme al fracaso. No tardé en comprender, sin embargo, que un papel en una obra tan corta podía memorizarse en pocas horas. Lo repetí una y otra vez, primero en un susurro, después en voz alta. Completamente a salvo de cualquier público humano, interpreté mi papel ante las alimañas del desván. Adentrándome en su vacuidad, hipocresía y frivolidad con un espíritu inspirado por el desprecio y la impaciencia, me vengué de aquel fat convirtiéndolo en el ser más necio posible.

Transcurrieron así las primeras horas de la tarde: el día empezó a ceder hacia el ocaso; y yo, que no había tomado nada desde el desayuno, empecé a morirme de hambre. Recordé el refrigerio que sin duda en aquellos instantes estarían devorando abajo, en el jardín. Había visto en el vestíbulo una cesta de pâtés à la crème, lo que más me gustaba del mundo. En mi situación, un pâté o un pedazo de pastel hubieran resultado de lo más à propos; y, como cada vez tenía más ganas de comer esas exquisiteces, empezó a parecerme muy duro tener que pasar el día de fiesta ayunando en prisión. A pesar de lo lejos que estaba el desván de la puerta principal y del vestíbulo, el sonido constante de la campanilla y el incesante traqueteo de las ruedas sobre el castigado pavimento llegaban débilmente hasta mis oídos. Sabía que la casa y el jardín estaban abarrotados de gente, y que abajo todo era alegría y buen humor. Empezaba a anochecer: los escarabajos desaparecían de mi vista; me estremecí ante la idea de que pudieran acercarse sigilosamente a mí, subir a mi trono sin ser vistos y trepar por mi falda libres de sospecha. Impaciente y temerosa, volví a ensayar mi papel para matar el tiempo. Cuando estaba a punto de acabar, oí el anhelado ruido de la llave en la cerradura... un sonido de lo más agradable. Monsieur Paul (pude distinguir su figura en la penumbra, pues aún quedaba suficiente luz para ver la negrura aterciopelada de sus cortos cabellos y el marfil cetrino de su frente) se asomó al desván.

—¡Bravo! —exclamó muy serio, sujetando la puerta y quedándose en el umbral—. J'ai tout entendu. C'est assez bien. Encore!

Vacilé un momento.

—Encore! —repitió con severidad—. Et point de grimaces! À bas la timidité!

Recité nuevamente mi papel, pero ni la mitad de bien que cuando estaba sola.

—Enfin, elle le sait —exclamó, no muy satisfecho—, y uno no puede ser demasiado quisquilloso ni exigente en las presentes circunstancias. Todavía tiene veinte minutos para prepararse, au revoir! —añadió, dispuesto a marcharse.

—Monsieur —grité, armándome de valor.

—Eh bien. Qu'est-ce que c'est, mademoiselle?

—J'ai bien faim.

—Comment, vous avez faim! Et la collation?

—No sé nada. Ni siquiera la he visto, estaba encerrada aquí arriba.

—Ah! C'est vrai! —dijo él.

En un instante renuncié a mi trono y desalojé el desván; el mismo torbellino que me había llevado hasta allí, me obligó a bajar... y bajar... y bajar hasta la mismísima cocina. Pensé que acabaría en el sótano. La cocinera recibió la imperiosa orden de traer comida, y a mí se me conminó igualmente a tomar el refrigerio. Para mi satisfacción, sólo me ofrecieron café y un pastel: había temido que me dieran vino y dulces, que no me gustaban. No sé cómo adivinó monsieur Paul cuánto deseaba un petit pâté à la crème; pero salió y me consiguió uno. Comí y bebí de muy buena gana, guardando el petit pâté para el final, como una bonne bouche. Monsieur Paul supervisó aquel banquete, y casi me forzó a engullir más de lo que podía.

—À la bonne heure —exclamó, cuando le dije que no podía comer más y le supliqué, alzando las manos, que me perdonara el último bollo que acababa de untar con mantequilla—. Pensará usted que soy una especie de tirano y de Barba Azul que deja morir de hambre a las mujeres en un desván; pero no soy nada de eso. Y ahora, mademoiselle, ¿se siente usted con fuerzas y valor para aparecer en escena?

Le respondí que así lo creía; aunque, en realidad, estaba muy confusa y apenas podía decir cómo me sentía: pero aquel hombrecillo era de ese tipo de personas a las que resulta imposible llevar la contraria, a menos que uno posea suficiente autoridad para aplastarla.

—Entonces, venga —dijo monsieur Paul, ofreciéndome su mano.

Le di la mía, y él empezó a andar con tanta rapidez que me vi obligada a correr a su lado para no quedarme atrás. Se detuvo un momento en el carré, iluminado con grandes lámparas; las puertas de las clases estaban abiertas, al igual que las puertas del jardín, flanqueadas por enormes macetas con naranjos

y tiestos con flores muy altas; algunos grupos de damas y caballeros, elegantemente vestidos, charlaban y paseaban entre las flores. En el interior, las amplias aulas ofrecían el espectáculo de una multitud apiñada y ondulante, rumorosa, zigzagueante, toda en rosa, azul y un blanco translúcido. Arañas de cristal brillaban en lo alto; y al fondo había un escenario, con un majestuoso telón verde y unas candilejas.

—N'est-ce pas que c'est beau? —inquirió mi compañero.

Debería haber dicho que sí, pero se me encogió el corazón. Monsieur Paul se percató de ello, me miró ceñudo con el rabillo del ojo y me sacudió un poco en pago a mis esfuerzos.

—Haré cuanto pueda, pero ¡ojalá hubiera acabado todo! —exclamé, antes de preguntarle—: ¿Tenemos que atravesar esa muchedumbre?

—De ningún modo, sé hacer mejor las cosas: iremos por el jardín.

Unos instantes después estábamos fuera; el frescor y la serenidad de la noche parecieron reanimarme. No había luna, pero el resplandor de las numerosas ventanas iluminaba el patio con intensidad, e incluso los senderos... tenuemente. El cielo estaba despejado; el parpadeo de sus fuegos vivos le confería un aspecto grandioso. ¡Qué dulces son las noches del Continente! ¡Qué apacibles, templadas y seguras! Sin niebla; sin fría humedad: claras como el mediodía, frescas como la mañana.

Después de cruzar el patio y el jardín, llegamos a la puerta acristalada de la primera clase. Estaba abierta, como todas las demás; entramos y fui conducida a un pequeño gabinete que separaba esa aula de la grande salle. Me deslumbró ver tantas luces en su interior; me ensordeció el ruido de tantas voces; me asfixió aquel ambiente sofocante y cargado.

—De l'ordre! Du silence! —gritó monsieur Paul—. ¿A qué viene este caos? —preguntó.

Y reinó el silencio. Con una docena de palabras, y otros tantos gestos, echó a la mitad de los presentes y obligó a los demás a ponerse en fila. Sólo quedaban jóvenes disfrazadas: eran las intérpretes de la obra y aquél era el camerino. Monsieur Paul me presentó. Todas dirigieron sus ojos hacia mí y se oyeron algunas risitas disimuladas. Fue una sorpresa para ellas: no esperaban que la inglesa actuara en un vaudeville. Ginevra Fanshawe, hermosamente ataviada para su papel, increíblemente bella, me miró con los ojos muy abiertos. De excelente humor, indiferente al miedo o a la timidez, encantada de poder brillar ante centenares de personas... mi llegada pareció llenarla de asombro, en medio de su alegría. Habría prorrumpido en exclamaciones, pero monsieur Paul impidió que las jóvenes se desmandaran.

Después de inspeccionar y criticar a toda la tropa, se volvió a mí.

—Usted también ha de vestirse para su papel.

—Vestirse, sí... ¡vestirse de hombre! —exclamó Zélie St Pierre, adelantándose—; yo la ayudaré —añadió, solícita.

No me atraía la idea de vestirme de hombre, y tampoco pensé que me favoreciera. Había aceptado interpretar un papel masculino; en cuanto al traje... halte là! No. Llevaría mi propio vestido; pasara lo que pasara. Monsieur Paul podía ponerse hecho una furia, montar en cólera: llevaría mi propio vestido. Lo dije con una voz tan decidida en su propósito como baja en su tono, y quizá temblorosa en su locución.

Él no se puso hecho una furia ni montó en cólera, como yo había esperado: guardó silencio. Pero Zélie volvió a entrometerse.

—Será un estupendo petit-maître. Aquí está su vestimenta, toda... al completo: le vendrá algo grande, pero yo la arreglaré. Venga, chère amie, belle Anglaise!

Y sonrió desdeñosa, pues yo no era precisamente belle. Me cogió de la mano, empezó a tirar de mí. Monsieur Paul continuó impassible, neutral.

—No debe resistirse —prosiguió Zélie St Pierre; pues realmente yo me resistía—. Lo estropeará todo, echará a perder la alegría de la obra y la diversión de la compañía, sacrificará todo por su amour-propre. Sería demasiado horrible... Monsieur jamás lo permitirá, ¿verdad?

Buscó sus ojos y yo la imité. Monsieur Paul la miró a ella y luego a mí.

—¡Basta! —dijo lentamente, deteniendo a mademoiselle St Pierre, que seguía intentando arrastrarme tras ella.

Todo el mundo aguardó su decisión. No estaba enfadado, ni irritado; al percibirlo, me animé.

—¿No le gustan esas prendas de vestir? —inquirió, señalando la ropa masculina.

—Me parece bien llevar alguna, pero no todas.

—¿Qué quiere decir? ¿Cómo puede aceptar el papel de un hombre y salir a escena vestida de mujer? Es cierto que es un asunto de aficionados... un vaudeville de pensionnat; podría tolerar ciertas modificaciones, pero tendrá que ponerse algo que anuncie su pertenencia al sexo más noble.

—Y lo haré, monsieur; pero a mi manera: no quiero que nadie se entrometa, que nadie me obligue a nada. Dejen que me vista sola.

Sin decir nada más, monsieur Paul cogió el traje de manos de Zélie St

Pierre, me lo dio, y me permitió pasar al vestuario. Una vez allí, me tranquilicé y, con toda serenidad, me puse manos a la obra. Dejando mi vestido de mujer tal como estaba, me limité a ponerme encima un pequeño chaleco, un cuello, un corbatín y un gabán bastante pequeño; el propietario de todo aquello era el hermano de una de las alumnas. Después de soltarme las trenzas, peiné mis largos cabellos hacia atrás y me hice la raya a un lado; cogí el sombrero y los guantes, y salí. Monsieur Paul me esperaba, y también las demás. Él me miró.

—Para un pensionnat, puede pasar —dictaminó, antes de añadir con cierta amabilidad—: Courage, mon ami! Un peu de sang froid - un peu d'aplomb, monsieur Lucien, et tout ira bien.

St Pierre sonrió de nuevo despectivamente, con su frialdad de serpiente.

Yo estaba irritable, por culpa de la emoción, y no pude evitar volverme y decirle que, de no ser ella una dama y yo un caballero, la retaría a un duelo.

—Después de la obra, después de la obra —señaló monsieur Paul—. Entonces les prestaré mis dos pistolas y zanjaremos la disputa como es debido: sólo será la vieja pelea entre Francia e Inglaterra.

Pero ahora se acercaba el momento de empezar la función. Monsieur Paul nos colocó frente a él, y nos arengó brevemente, como un general dirigiéndose a sus soldados antes de cargar contra el enemigo. No recuerdo bien lo que dijo, sólo sé que nos recomendó tener siempre presente nuestra propia valía. Dios sabe que aquel consejo me pareció superfluo para algunas de nosotras. Tintineó una campanilla. Me condujeron al escenario con otras dos actrices. La campanilla volvió a tintinear. Yo tenía que pronunciar las primeras palabras.

—No mire al público, olvídense de él —me susurró monsieur Paul al oído—. Imagine que está en el desván, actuando para las ratas.

Desapareció. Se alzó el telón, que quedó enrollado en el techo; el brillo de las luces, la amplitud de la estancia, la alegría de la multitud se nos vinieron encima. Pensé en los escarabajos negros, en las viejas cajas, en los escritorios comidos por la carcoma. Dije mi parte torpemente; pero la dije. Aquel primer parlamento era el más difícil; y me desveló algo: que no temía tanto al público como a mi voz. Aquella muchedumbre de extranjeros y desconocidos no significaba nada para mí. Ni siquiera pensaba en ellos. Cuando mi lengua se liberó, y mi voz recuperó su verdadero tono y su inflexión natural, centré toda mi atención en el personaje que interpretaba... y en monsieur Paul, que estaba escuchando, observando, ejerciendo su tarea de apuntador.

Poco a poco, adquirí confianza (el manantial necesitaba salir a borbotones y elevarse desde el interior) y me serené lo suficiente para fijarme en mis compañeras de reparto. Algunas de ellas actuaban muy bien; especialmente

Ginevra Fanshawe, que tenía que coquetear con los dos pretendientes y se desenvolvía a las mil maravillas: de hecho, estaba en su elemento. Observé que en un par de ocasiones mostraba un gran cariño y una marcada predilección por mí, el petimetre. Me trataba con tanto favoritismo, lanzaba tales miradas a la multitud que escuchaba y aplaudía, que, conociéndola bien, comprendí que actuaba para alguien en particular; y seguí su mirada, su sonrisa, sus gestos, y no tardé en descubrir que al menos había elegido un blanco apuesto y distinguido para sus dardos; en la trayectoria de éstos —más alto que los demás espectadores y, por ese motivo, más seguro de recibirlos— estaba, en actitud tranquila y atenta, una figura bien conocida... la del doctor John.

El espectáculo resultaba sugerente. La mirada del doctor John expresaba algo, aunque yo no sabía interpretarlo; eso me animó: extraje de ella una historia que entremezclé con el papel que representaba; me sirvió de ayuda para cortejar a Ginevra. En Ours, el fiel enamorado, veía al doctor John. ¿Le compadecí al principio? No, mi corazón se endureció, rivalicé con él y le derroté. Sabía que yo no era más que un petimetre, pero podía agradar allí donde él era rechazado. Sé que actué como si deseara vencer y conquistar, y estuviera decidida a hacerlo. Ginevra me secundó; entre las dos cambiamos la naturaleza del rôle, adornándolo de pies a cabeza. En el intermedio, monsieur Paul quiso saber qué nos ocurría, y protestó un poco.

—C'est peut-être plus beau que votre modèle —exclamó—, mais ce n'est pas juste.

Tampoco sé qué me ocurría; pero sentía el vivo deseo de eclipsar a Ours: es decir, al doctor John. Ginevra era tierna y cariñosa; ¿cómo no iba a ser yo caballeroso? Conservando la letra, alteré temerariamente el espíritu del rôle. Sin corazón, sin interés, era incapaz de interpretarlo. Pero había que hacerlo, así que lo sazoné a mi gusto para poder disfrutar.

Lo que sentí e hice aquella noche fue tan inesperado como verme elevada al séptimo cielo sumida en una especie de trance. Había aceptado el papel con frialdad, renuencia y temor para complacer a otra persona: poco después, embargada por la emoción, con el ánimo encendido, lo representé para complacerme a mí misma. Sin embargo, al día siguiente, recordando lo sucedido, censuré por completo aquellas funciones de aficionados; y, aunque me alegraba de haberle hecho un favor a monsieur Paul, y de haberme puesto a prueba por una vez, tomé la firme decisión de no volver a dejar que me arrastraran a algo semejante. Un intenso deleite en la expresión dramática se había revelado como parte de mi naturaleza; mimar y ejercitar aquella facultad recién descubierta podía ofrecerme un mundo de alegrías y placeres, pero no sería beneficioso para una mera espectadora de la vida: la fuerza y el deseo debían dejarse a un lado; y así lo hice, con una determinación que ni el

Tiempo ni la Tentación han podido vencer.

En cuanto acabó la obra, y además con éxito, el colérico y arbitrario monsieur Paul experimentó una metamorfosis. Liberado de la responsabilidad de dirigirnos, abandonó su severidad ejemplar; en unos instantes se encontró entre nosotras, vivaz, amable y comunicativo, nos estrechó la mano a todas, nos dio las gracias una por una, y anunció su decisión de que todas fuéramos su pareja en algún baile. Cuando vino en mi busca, le dije que no bailaba.

—Pues debe hacerlo por una vez —replicó.

Y, de no haberme apartado y haber puesto distancia frente a él, me habría obligado a esta segunda actuación. Pero ya había actuado suficientemente por una noche; había llegado el momento de volver a ser Lucy Snowe y regresar a mi vida cotidiana. Mi vestido de color pardo estaba bien debajo de un gabán en el escenario, pero no resultaba apropiado para un vals o una contradanza. Me retiré a un tranquilo rincón, desde el que podía observar sin ser vista; y el baile, su esplendor y sus placeres desfilaron ante mí como un espectáculo.

Ginevra Fanshawe fue una vez más la reina de la fiesta, la joven más hermosa y alegre de todas; la eligieron para abrir el baile: estaba adorable, se movía con gracia y sonreía dichosa. En escenarios así, no tenía rival; era hija del placer y la diversión. Ante el trabajo o el sufrimiento se mostraba débil, pusilánime, temerosa y angustiada; pero la alegría extendía sus alas de mariposa, iluminaba sus polvos de oro y sus brillantes motas, la hacía resplandecer como una gema y encenderse como una flor. Hacía un mohín ante una dieta corriente y una bebida vulgar; pero se alimentaba de cremas y helados como un colibrí de miel: el vino dulce era su elemento y los pasteles, su pan de cada día. Ginevra sólo era feliz en un salón de baile; en cualquier otro lugar, cedía al desánimo.

No creas, lector, que sólo florecía y brillaba de ese modo para complacer a monsieur Paul, su pareja, ni que prodigaba todas aquellas gracias para servir de ejemplo a sus compañeras, o a los padres y abuelos que abarrotaban el carré y el salón de baile. En circunstancias tan insulsas y limitadas, con motivos tan fríos y banales, Ginevra no se habría dignado bailar siquiera una contradanza, y el hastío y la irritabilidad habrían reemplazado su animación y buen humor, pero advirtió la presencia de una levadura —en la, por lo demás, pesada masa festiva— que avivaba el conjunto; probó un condimento que le daba sabor; reconoció que había razones que justificaban el despliegue de sus más exquisitos atractivos.

Lo cierto es que en el salón de baile no había un solo espectador masculino que no estuviera casado ni tuviera hijos, si exceptuamos a monsieur Paul, el único caballero, además, que podía sacar a bailar a una alumna; si desempeñaba aquel papel excepcional era porque se trataba de una costumbre

arraigada (pues era pariente de madame Beck, y gozaba de su confianza), porque le gustaba salirse con la suya y hacer lo que le venía en gana, y porque, a pesar de su obstinación, vehemencia y parcialidad, era el honor personificado, y se le podía confiar todo un regimiento de hermosas e inocentes jovencitas con la completa seguridad de que, bajo su tutela, no sufrirían el menor daño. Muchas de las alumnas, entre paréntesis, no eran nada ingenuas, sino todo lo contrario; pero no se atrevían a mostrar su naturaleza vulgar en presencia de monsieur Paul, ni a herir sus sentimientos, reírse en su cara durante una fogosa reprimenda, o hablar en voz alta cuando un ataque de furia cubría su semblante humano con la máscara de un tigre inteligente. Así, pues, monsieur Paul podía bailar con quien quisiera... y ¡ay de aquélla que le hiciera perder el paso!

Otros hombres eran admitidos como espectadores, aunque (al parecer) a regañadientes, a base de ruegos e influencias, y con limitaciones, gracias al difícil y delicado ejercicio de la bondad natural de madame Beck, que los vigiló personalmente durante toda la noche, impidiéndoles salir del rincón más alejado, deprimente, frío y oscuro del carré; se trataba de un pequeño y triste grupo de jeunes gens, todos de las mejores familias, cuyas madres estaban en la fiesta y cuyas hermanas estudiaban en la rue Fossette. Madame estuvo toda la velada de guardia junto a aquellos jeunes gens, atenta como una madre, severa como un dragón. Trazó una línea, y ellos insistieron hasta el agotamiento para que les permitiera traspasarla y revivir bailando con esa belle blonde, esa jolie brune o cette fille magnifique aux cheveux noirs como le jais.

—Taisez-vous! —contestaba madame, heroica e inexorablemente—. Vous ne passerez pas à moins que ce ne soit sur mon cadavre, et vous ne danserez qu'avec la nonnette du jardin (refiriéndose a la vieja leyenda).

E iba majestuosamente de un lado a otro de su desconsolada e impaciente fila, como un pequeño Bonaparte vestido de seda gris.

Madame sabía algo del mundo; madame conocía bien la naturaleza humana. No creo que ninguna otra directora de Villette se hubiera atrevido a admitir a un jeune homme entre los muros de su colegio; pero madame sabía que, al permitirlo, en una ocasión así, asestaba un golpe audaz y conseguía un triunfo.

En primer lugar, los padres eran cómplices del hecho, pues sólo podía hacerse con su mediación. En segundo lugar, la admisión de esas serpientes de cascabel, tan fascinantes y peligrosas, servía para que madame interpretara precisamente su mejor papel: el de una surveillante de primera categoría. En tercer lugar, su presencia proporcionaba un ingrediente de lo más picante al entretenimiento: las alumnas lo sabían, y lo veían, y la visión de aquellas

manzanas doradas brillando en la lejanía las animaba como ninguna otra circunstancia. El placer de las hijas se contagiaba a los padres; vida y alegría circulaban velozmente por el salón de baile; los jeunes gens, aunque refrenados, se divertían: pues madame jamás les permitía aburrirse. De ese modo, la fête anual de madame Beck tenía asegurado un éxito desconocido en las fêtes de cualquier otra directora del país.

Observé que al principio dejaban pasear al doctor John libremente por las clases: tenía un aire responsable y varonil que lo redimía de su juventud, y expiaba a medias su atractivo; pero, en cuanto empezó el baile, madame corrió a su encuentro.

—Venga conmigo, Lobo —exclamó entre risas—. Lleva usted piel de cordero, pero debe abandonar el redil. Venga conmigo; allí, en el carré, tengo una bonita colección de veinte animales salvajes: déjeme llevarle con ellos.

—Pero antes permítame bailar una sola vez con la alumna que yo elija.

—¿Cómo tiene el descaro de pedírmelo? Es una locura, una irreverencia. Sortez, sortez, et au plus vite.

Lo condujo por delante de ella hasta los otros jóvenes, y no tardó en tenerlo tras la línea divisoria.

Supongo que Ginevra se cansó de bailar, pues vino a buscarme a mi refugio. Se desplomó en un banco a mi lado, y (una muestra de cariño de la que yo habría podido prescindir) rodeó mi cuello con sus brazos.

—¡Lucy Snowe! ¡Lucy Snowe! —exclamó con una voz entre llorosa e histérica.

—Pero ¿qué le ocurre? —pregunté secamente.

—¿Cómo me encuentra... cómo me encuentra esta noche? —quiso saber.

—Como siempre —respondí—; ridículamente vanidosa.

—¡Qué criatura tan mordaz! Jamás me dedica una palabra amable; pero, a pesar de usted, y de otros detractores envidiosos, sé que soy hermosa: lo siento, lo veo... pues hay un gran espejo en el vestuario, donde puedo verme de pies a cabeza. ¿Quiere venir ahora mismo conmigo para que nos miremos las dos?

—Sí, señorita Fanshawe: complaceré todos sus caprichos.

El vestuario estaba muy cerca, y entramos en él. Ginevra me cogió del brazo y me condujo ante el espejo. Sin resistencia, protestas ni comentarios, me quedé allí, dejando que su vanidad disfrutara del triunfo: tenía curiosidad por ver si ésta tendría límite... si llegaría a saciarse... si un susurro de consideración hacia los demás podría penetrar en su corazón y mitigar su

alegría jactanciosa.

En absoluto. Me obligó a dar una vuelta y ella dio otra; nos examinó a las dos desde todos los ángulos; sonrió, agitó sus rizos, se ajustó el lazo de la cintura, se alisó el vestido y, finalmente, soltando mi brazo y simulando respeto, me hizo una reverencia y exclamó:

—No me cambiaría con usted por nada del mundo.

El comentario era demasiado naïf para despertar mi ira; me limité a responder:

—Muy bien.

—Y ¿qué daría usted por ser yo? —inquirió.

—Por extraño que parezca, ni una moneda falsa de seis peniques. Sólo es usted una pobre criatura.

—En el fondo de su corazón no cree en esas palabras.

—No; pues en el fondo de mi corazón no tiene usted cabida: sólo pasa por mi imaginación de vez en cuando.

—¡Ya! Pero fíjese en la diferencia de nuestras posiciones —dijo en tono de protesta—, y vea lo feliz que soy yo y lo desgraciada que es usted.

—Continúe; la escucho.

—En primer lugar, soy la hija de un caballero de buena familia y, aunque mi padre no es rico, heredaré de un tío. Además, tengo sólo dieciocho años, la mejor edad posible. He tenido una educación continental y, aunque no sé ortografía, tengo muchas cualidades. Soy hermosa; no lo negará; puedo tener todos los admiradores que desee. Esta misma noche he roto el corazón a dos caballeros y, si estoy de tan buen humor, es por la mirada suplicante que acaba de lanzarme uno de ellos. Me encanta verlos enrojecer y palidecer, y fruncir el ceño e intercambiarse miradas desafiantes cuando no me contemplan lánguidamente. Ésa soy yo... dichosa de mí; y ahora le toca a usted, ¡pobrecilla!

»Supongo que es la hija de un don nadie, ya que cuidaba niños cuando llegó a Villette: no tiene familia; con veintitrés años, no puede decirse que sea joven; no tiene ningún atractivo especial... ni es hermosa. En cuanto a admiradores, apenas sabe lo que son; ni siquiera puede hablar de eso: se queda muda cuando las demás profesoras comentan sus conquistas. Creo que jamás ha estado enamorada, y que jamás lo estará; no conoce ese sentimiento: y es una suerte, pues, aunque su corazón podría romperse, usted nunca romperá el corazón de otro ser viviente. ¿Acaso no son ciertas mis palabras?

—Algunas de ellas son tan ciertas como el evangelio, además de muy

sagaces. Debe de haber algo bueno en usted, Ginevra, para que pueda hablar con tanta sinceridad; esa serpiente, Zélie St Pierre, sería incapaz de decir lo que ha dicho usted. Con todo, señorita Fanshawe, a pesar de lo desafortunada que soy, según ha señalado usted, no daría ni seis peniques por comprar su cuerpo y su alma.

—Sólo porque no soy inteligente, lo único que parece importarle. Es usted la única persona en el mundo que se preocupa por la inteligencia.

—Al contrario, la considero inteligente, a su manera... muy inteligente, a decir verdad. Pero hablaba usted de romper corazones, esa diversión tan edificante cuyos méritos no alcanzo a comprender; así que dígame, se lo ruego, empujada por su vanidad, ¿a quién cree haber destrozado esta noche?

Ella acercó sus labios a mi oído.

—Isidore y Alfred de Hamal están los dos aquí —susurró.

—¿En serio? Me gustaría verlos.

—¡Querida mía! ¡Por fin se ha despertado su curiosidad! Venga conmigo y se los señalaré.

Encabezó orgullosamente la marcha.

—Pero no podrá verlos bien desde las aulas —dijo, dándose la vuelta—. Madame no les deja acercarse. Será mejor que crucemos el jardín, entremos por el pasillo y nos acerquemos a ellos por detrás: nos reñirán si nos ven, pero qué más da.

Por una vez, no me importaba. Cruzamos el jardín, nos metimos en la casa por una pequeña puerta privada y, acercándonos al carré protegidas por la sombra del pasillo, conseguimos ver de cerca al grupo de jeunes gens.

Creo que habría reconocido al victorioso Alfred de Hamal sin ninguna ayuda. Era un pequeño dandi de nariz recta y facciones correctas. Y digo pequeño dandi, aunque era de estatura media, porque sus rasgos eran pequeños, al igual que sus manos y sus pies; y era guapo, e iba cuidadosamente afeitado y tan peripuesto como un muñeco: tan bien vestido, con los cabellos tan bien rizados, y calzado, enguantado y encorbatado con tanto primor... ¡un verdadero encanto! Así lo manifesté.

—¡Qué personaje tan cautivador! —exclamé, y elogí calurosamente el gusto de Ginevra.

Le pregunté, asimismo, qué pensaba que haría Alfred de Hamal con los preciosos fragmentos de ese corazón que ella había roto... ¿los guardaría en un frasco de perfume y los conservaría en esencia de rosas? Observé también, con inmensa satisfacción, que las manos del coronel no eran mucho más

grandes que las de la señorita Fanshawe, y señalé lo ventajosa que podía ser esa circunstancia, pues de ese modo él podría usar sus guantes en caso necesario. De sus encantadores rizos, le dije que me parecían adorables; en cuanto a su frente griega y a su exquisita cabeza clásica, confieso que no encontraba palabras para describir con justicia tanta perfección.

—¿Y si estuviera enamorado de usted? —señaló jubilosa y cruelmente Ginevra.

—¡Santo cielo! ¡Qué felicidad! —repliqué—; pero no sea inhumana, señorita Fanshawe: meterme esa idea en la cabeza es como dejar que el desdichado y maldecido Caín vislumbre a lo lejos el Paraíso.

—Entonces, ¿le gusta?

—Del mismo modo que me gustan los dulces, las mermeladas, las confituras y las flores de invernadero.

Ginevra admiró mi gusto, pues adoraba todas esas cosas; así que no le costó creer que me ocurriera lo mismo.

—Ahora... Isidore —proseguí.

Reconozco que sentía más curiosidad por verlo a él que a su rival; pero Ginevra continuaba absorta en de Hamal.

—Alfred ha sido admitido esta noche —explicó— gracias a su tía, madame la baronesa de Dordot; y ahora, después de haberlo conocido, ¿entiende por qué he estado de tan buen humor, y he actuado tan bien, y he bailado con tanta animación, y por qué soy tan feliz como una reina? Dieu! Dieu! Ha sido tan divertido mirarle primero a él y luego al otro, y volverlos locos a los dos.

—Pero el otro... ¿dónde está? Enséñeme a Isidore.

—No quiero.

—¿Por qué?

—Me avergüenzo de él.

—¿Por qué motivo?

—Porque... porque —en un susurro— tiene unas patillas... naranjas... rojas... ¡por eso!

—El crimen ha salido a la luz —añadí—. Da igual, señálemelo de todos modos; le prometo que no me desmayaré.

Ginevra miró a uno y otro lado. Justo en ese momento, alguien habló en inglés detrás de nosotras.

—Están las dos en una corriente de aire; será mejor que se vayan de este pasillo.

—No hay corriente, doctor John —dije, dándome la vuelta.

—Ella se resfría con tanta facilidad... —prosiguió él, mirando a Ginevra con suma cortesía—. Es muy delicada; tenemos que cuidarla: tráigale un chal.

—Permítame que sea yo quien lo decida —exclamó la señorita Fanshawe, con altivez—. No quiero ningún chal.

—Su vestido es ligero, ha estado bailando, está acalorada.

—Siempre con sus sermones —contestó ella—; siempre mimándome y reprendiéndome.

La respuesta que hubiera dado el doctor John no salió de su boca; la expresión de sus ojos, sombríos, apenados, afligidos, manifestaba que se sentía dolido; se dio la vuelta, pero conservó la calma. Yo sabía dónde había montones de chales muy cerca; fui corriendo a buscar uno.

—Lo llevará si tengo fuerzas para obligarla —dije, envolviendo con él su vestido de muselina, cubriendo cuidadosamente su cuello y sus brazos—. ¿Es él Isidore? —pregunté a Ginevra, con un susurro algo exaltado.

Ella hizo un mohín, sonrió y movió la cabeza.

—¿Es él Isidore? —repetí, dándole una pequeña sacudida: podría haberle dado una docena.

—C'est lui même —contestó—. ¡Qué vulgar resulta comparado con el conde coronel! Y encima, oh, ciel!, ¡esas patillas!

El doctor John se alejó.

—¡El conde coronel! —repetí—. ¡El muñeco... el títere... el hombrecillo... esa pobre criatura inferior! Un mero lacayo del doctor John: ¡su ayuda de cámara, su criado! ¿Es posible que ese distinguido y generoso caballero —apuesto como un Adonis— le ofrezca su respetable mano y su noble corazón, y prometa proteger su frágil persona y su insensato espíritu de las tormentas y dificultades de la vida... y usted no lo acepte... lo desprecie, le hiera y lo atormente? ¿Tiene poder para hacerlo? ¿Quién se lo ha dado? ¿Y dónde reside? ¿En su belleza... en su cutis blanco y sonrosado y en sus cabellos rubios? ¿Es eso lo que encadena el alma del doctor y le hace arrastrarse a sus pies y someterse a su yugo? ¿Es eso lo que conquista su afecto, su ternura, sus pensamientos, sus esperanzas, su interés, su amor sincero y profundo? ¿Y usted lo rechaza? ¿Lo menosprecia? Debe de estar fingiendo: no habla en serio; usted lo ama; lo desea; pero juega con su corazón para asegurarse de que es realmente suyo...

—¡Bah! ¡Habla demasiado! No he entendido la mitad de sus palabras.

Antes de eso, la había conducido al jardín. Le hice sentarse y le aseguré que no la dejaría moverse de allí hasta que me confesara a cuál de sus dos pretendientes pensaba finalmente aceptar... al hombre o al mono.

—El que usted llama hombre —exclamó—, ¡es burgués, tiene el pelo rojizo y responde al nombre de John! Cela suffit: je n'en veux pas. El coronel de Hamal es un caballero de excelente familia, modales distinguidos, dulce apariencia, semblante pálido e interesante, y ojos y cabellos como los de un italiano. Además, es el compañero más encantador del mundo... muy de mi gusto; menos serio y juicioso que el otro, pero alguien con quien puedo conversar de igual a igual... que no me acosa, ni me aburre, ni me importuna con profundidades, y alturas, y pasiones, y conocimientos que no me interesan. Y eso es todo. No me sujete tan fuerte.

Aflojé la presión de mi mano, y ella se escapó corriendo. No me molesté en seguirla.

Por algún motivo, no pude evitar regresar al pasillo para ver por un instante al doctor John; pero me tropecé con él en los escalones del jardín, bajo la luz de una ventana. Su figura bien proporcionada era inconfundible, pues dudo que hubiera otro hombre en la reunión que pudiera comparársele. Llevaba el sombrero en la mano; su cabeza descubierta, su rostro y su frente resultaban de lo más varoniles y atractivos. Sus rasgos no eran delicados ni menudos como los de una mujer, ni tampoco fríos, superfluos, débiles; aunque bien delineados, no eran tan acusados para perder en energía o importancia lo que ganaban en simetría. A veces reflejaban muchas emociones; otras tantas se asomaban silenciosas a sus ojos. Al menos yo lo veía así: el doctor John me parecía todo eso. Una sensación indescriptible de asombro se apoderó de mí cuando miré a aquel hombre y pensé que alguien podía rechazarlo.

No tenía intención de acercarme o dirigirme a él en el jardín, pues nuestra relación no justificaba ese paso; únicamente quería contemplarlo entre la multitud... sin ser vista: al encontrarlo solo, me alejé. Pero él estaba buscándome; mejor dicho, buscaba a la joven que me acompañaba. Por ese motivo, bajó los escalones y me siguió por el sendero.

—¿Conoce a la señorita Fanshawe? He deseado preguntárselo a menudo —dijo.

—Sí, la conozco.

—¿Mucho?

—Todo lo que quiero.

—¿Qué ha hecho con ella ahora?

«¿Acaso soy su niñera?», me sentí inclinada a preguntar; pero me limité a responder:

—La he zarandeado, y la habría zarandeado más si no se hubiera escapado corriendo.

—¿Quiere hacerme el favor de vigilarla esta noche —prosiguió—, e impedir que cometa alguna imprudencia... como, por ejemplo, salir al aire libre nada más bailar?

—Podría, quizá, cuidar un poco de ella, ya que usted lo desea; pero es demasiado independiente y obstinada para dejarse dominar.

—Es tan joven, tan increíblemente ingenua —exclamó.

—Para mí es un enigma —señalé.

—¿De veras? —inquirió, lleno de interés—. ¿Por qué lo dice?

—Sería difícil explicarlo... sobre todo a usted.

—Y ¿por qué sobre todo a mí?

—Me sorprende que a ella no le agrade más que sea usted su amigo.

—Pero ella no tiene la menor idea de hasta qué punto soy su amigo. Es algo que precisamente yo no puedo enseñarle. ¿Puedo preguntarle si le ha hablado alguna vez de mí?

—Lo ha hecho con frecuencia, dándole el nombre de «Isidore»; pero debo añadir que hace sólo diez minutos que he descubierto que usted e «Isidore» son el mismo hombre. En este breve intervalo, doctor John, he comprendido que Ginevra Fanshawe es la persona de este establecimiento por la que lleva usted tanto tiempo interesándose; que ella es el imán que lo atrae a la rue Fossette; que por ella se aventura en este jardín para buscar los cofrecillos que lanzan sus rivales.

—¿Lo sabe todo?

—Todo lo que acabo de decirle.

—Durante más de un año, me he acostumbrado a verla en sociedad. Conozco a la señora Cholmondeley, su amiga; así que la veo todos los domingos. Pero ha señalado usted que, bajo el nombre de «Isidore», le ha hablado a menudo de mí: no querría abusar de su confianza, pero ¿puedo preguntarle en qué tono lo hace y qué piensa usted de sus comentarios? Tengo muchas ganas de conocer su opinión, pues me atormenta la incertidumbre de no saber a qué atenerme con ella.

—Oh, es una joven voluble: se mueve y cambia como el viento.

—Aun así, ¿ha deducido usted algo?

«En efecto —pensé yo—, pero no puedo decírselo. Además, si le respondiera que Ginevra no le ama, usted no me creería».

—Está muy callada —continuó él—. Supongo que no tiene ninguna buena noticia que darme. Lo mismo da. Si sólo despierto en ella aversión y frialdad, es señal de que no la merezco.

—¿Acaso duda de sí mismo? ¿Se considera inferior al coronel de Hamal?

—Amo a la señorita Fanshawe mucho más de lo que Alfred de Hamal es capaz de amar a cualquier ser humano, y la cuidaría y protegería mucho mejor que él. En lo que concierne a de Hamal, me temo que ella se hace demasiadas ilusiones; conozco el carácter de ese hombre, todos sus antecedentes, todos sus enredos. No es digno de su joven y hermosa amiga.

—Mi «joven y hermosa amiga» debería ser consciente de eso, y saber o advertir quién es digno de ella —exclamé—. Si su belleza o su inteligencia no le sirven para verlo, le estará bien empleada la amarga lección de la experiencia.

—¿No es usted un poco severa?

—Soy terriblemente severa... mucho más de lo que pienso mostrarle a usted. Tendría que oír las críticas que dirijo a mi «joven y hermosa amiga», aunque le escandalizaría sobremanera mi falta de ternura y de consideración hacia su delicada naturaleza.

—Es tan encantadora que uno no puede evitar ser afectuoso. Usted... cualquier mujer mayor que ella, debe de sentir por una criatura tan sencilla e inocente una especie de cariño maternal o de hermana mayor. ¡Es un ángel! ¿Acaso no se emociona cuando ella le hace sus confidencias, puras e ingenuas? ¡Es usted un ser privilegiado! —y suspiró.

—Lo cierto es que, de vez en cuando, interrumpo esas confidencias con cierta brusquedad —afirmé—. Pero disculpe, doctor John, ¿puedo cambiar de tema por un instante? ¡Ese de Hamal tiene una belleza sobrehumana! ¡Qué nariz... realmente perfecta! Si modeláramos una en arcilla, no lograríamos hacerla mejor, o más recta, o más cuidada; y, además, esos labios y ese mentón tan clásicos... y su porte... sublime.

—De Hamal es un petimetre espantoso, y un héroe de lo más pusilánime.

—Usted, doctor John, y cualquier hombre menos refinado que de Hamal, ha de sentir por él una especie de cariñosa admiración, como la que profesaban Marte y las deidades más simples por el joven y elegante Apolo.

—¡Un petimetre jugador y sin principios! —dijo secamente el doctor John

—. Yo podría levantarlo cualquier día con una sola mano, y arrojarlo a la perrera si quisiese.

—¿Al dulce serafín? —exclamé—. ¡Qué idea tan cruel! ¿No es usted un poco severo, doctor John?

E hice una pausa. Por segunda vez aquella noche estaba comportándome de un modo insólito... aventurándome fuera de lo que consideraba mis hábitos naturales... hablando de forma impulsiva con una vehemencia que me dejó extrañamente sobrecogida cuando me paré a reflexionar. Al levantarme aquella mañana, ¿había presentido que antes de llegar la noche interpretaría el papel de alegre enamorado en un vodevil, y que una hora después discutiría sin ambages con el doctor John el asunto de su desventurado cortejo, burlándome de sus ilusiones? Aquellas proezas me hubieran parecido tan verosímiles como subir en globo o viajar al cabo de Hornos.

El doctor y yo, después de bajar por el sendero, volvíamos sobre nuestros pasos; el reflejo de la ventana iluminó de nuevo su rostro: sonreía, pero su mirada era melancólica. ¡Cuánto deseé que dejara de sufrir! ¡Cuánto lamenté que se consumiera de dolor, y por semejante causa! Y que él, con su enorme valía, ¡amara en vano! Entonces no sabía lo placentero que resulta para algunos dar vueltas a sus desgracias; tampoco me había dado cuenta de que algunas hierbas, «aunque carecen de aroma cuando están enteras, desprenden su fragancia al ser tronchadas».

—No esté apesadumbrado ni afligido —exclamé—. Si hay una pequeña partícula en Ginevra que merezca su afecto, ella sentirá... debe sentir devoción por usted. Anítese, doctor John, no desespere. ¿Quién puede tener esperanzas si no es usted?

A cambio de mis palabras recibí —lo que, como es natural, merecía— una mirada de sorpresa: me pareció que no faltaba en ella cierta censura. El doctor y yo nos separamos, y entré en la casa aterida. El reloj y las campanas señalaron la medianoche; la gente empezaba a marcharse: la fiesta había terminado; las lámparas se extinguían. Una hora más tarde, tanto la casa como el pensionnat se hallaban oscuros y silenciosos. Yo también estaba acostada, pero no dormía. No era fácil para mí conciliar el sueño después de un día tan agitado.

Capítulo XV

Las largas vacaciones

Después de la fiesta de madame Beck, con las tres semanas anteriores de

holganza, las escasas doce horas de disipación y alegría, y el día siguiente de completa languidez, llegó un período de reacción; dos meses de aplicación extrema, de estudio firme y concienzudo. Aquellos dos meses, los últimos de l'année scolaire, eran los únicos en que se trabajaba realmente. Se aplazaba hasta ellos —y, tanto profesores como alumnas, concentraban en ellos— el esfuerzo principal para preparar los exámenes que precedían a la distribución de premios. Las candidatas tenían que trabajar duramente; los profesores tenían que arrimar el hombro, alentar a las más rezagadas, y ayudar y enseñar diligentemente a las más prometedoras. Debía efectuarse una espectacular demostración —una brillante exhibición— ante el público, y todos los medios eran buenos para ese fin.

Apenas me fijé en lo que hacían otros profesores; me bastaba con preocuparme de lo mío: y era una tarea bastante onerosa, pues tenía que inculcar en unos noventa cerebros las oportunas nociones de lo que ellos consideraban una ciencia sumamente complicada y difícil: la lengua inglesa; y entrenar noventa lenguas en lo que para ellas constituía una pronunciación casi imposible: el ceceo y el siseo propio de las islas.

Llegó el día de los exámenes. ¡Terrible día! Preparado con celoso cuidado, las alumnas se vistieron para él con silenciosa diligencia: nada vaporoso ni ondulante esta vez, nada de gasa blanca ni de cintas azul celeste; el arreglo personal fue rápido y disciplinado. Sentía que aquel día estaba especialmente condenada al fracaso, era la profesora en la que recaía el peso principal y la prueba más difícil. Las demás no tenían que examinar de las asignaturas que impartían; se encargaba de ello monsieur Paul, el profesor de literatura. Él, autócrata de aquel colegio, empuñaba todas las riendas con una sola mano; rechazaba airado a cualquier otro colega; no aceptaba la menor ayuda. La propia madame, que sin duda deseaba encargarse del examen de geografía —materia que enseñaba muy bien, además de ser su favorita—, se veía obligada a ceder y a someterse a la autoridad de su despótico pariente. Monsieur Paul prescindía de todo el profesorado, hombres y mujeres, y subía solo al estrado del examinador. Le irritaba tener que hacer una excepción a esa regla. No dominaba el inglés: no tenía más remedio que dejar esa rama de la educación en manos de la profesora de esa asignatura; algo que hacía, no sin un destello de celos infantiles.

Aquel hombrecillo capaz, aunque exaltado y codicioso, tenía la manía de hacer una campaña constante contra el amour propre de cualquier ser humano, excepto el suyo propio. Adoraba exhibirse en público, pero sentía una profunda aversión a que otro lo hiciera. Se contenía, se dominaba siempre que podía; y, cuando era incapaz, estallaba como una tormenta en el interior de una botella.

La víspera de los exámenes, paseaba yo por el jardín al atardecer, como los

demás profesores y las alumnas internas. Monsieur Emanuel vino a mi encuentro en l'allée défendue; tenía un cigarro en los labios; su paletot —una prenda muy característica, sin una forma concreta— colgaba oscuro y amenazador; la borla de su bonnet grec ensombrecía duramente su sien izquierda; sus bigotes negros parecían erizarse como los de un gato furioso; algo apagaba el fulgor de sus ojos azules.

—Ainsi —empezó a decir bruscamente, deteniendo mi marcha—, vous allez trôner comme une reine; demain - trôner à mes côtés? Sans doute vous savourez d'avance les délices de l'autorité. Je crois voir en vous je ne sais quoi de rayonnante, petite ambitieuse!

Lo cierto es que estaba completamente equivocado. Yo no concedía —no podía hacerlo— el mismo valor que él a la admiración y a la buena opinión de los espectadores del día siguiente. Si hubiese tenido entre aquel público tantos amigos personales y tantos conocidos como él, no sé qué habría pensado: me limito a exponer el caso como era. Para mí los triunfos escolares sólo despedían un frío destello. Me sorprendía, y seguía sorprendiéndome, que para él parecieran brillar como el calor y el fuego del hogar. Quizá a él le importaban demasiado y a mí, demasiado poco. Sin embargo, al igual que monsieur Paul, yo tenía mis propias fantasías. Me gustaba, por ejemplo, verlo celoso; aquello encendía su naturaleza y despertaba su espíritu; arrojaba toda clase de extrañas luces y sombras en su oscuro semblante, y en sus ojos entre celeste y violeta (solía decir que su cabello negro y sus ojos azules eran une de ses beautés). Había cierto deleite en su ira; carecía de malicia, y era vehemente, muy poco razonable, pero jamás hipócrita. No desmentí entonces la satisfacción que él me atribuía; me limité a preguntarle cuándo tendría lugar el examen de inglés, al principio o al final del día.

—No sé si a primera hora —respondió—, antes de que llegue mucha gente, a fin de que su carácter ambicioso no se vea recompensado con un público numeroso, o al final de la jornada, cuando todos los espectadores estén cansados y apenas les queden fuerzas para prestarle atención.

—Que vous êtes dur, monsieur! —exclamé, fingiendo abatimiento.

—Hay que ser duro con usted. Es uno de esos seres a los que hay que refrenar. ¡La conozco! ¡La conozco! Otras personas de esta casa la ven pasar, y creen que ha pasado una sombra gris. Yo examiné su rostro una vez, y fue suficiente.

—¿Está seguro de conocerme?

Sin contestar directamente, él prosiguió:

—¿No le complació su éxito en aquel vaudeville? Yo la observé, y vi en su fisonomía un ardiente entusiasmo por el triunfo. ¡Qué fuego había en su

mirada! No era simple luz, sino llama: je me tins pour averti!

—Lo que sentí en esa ocasión, monsieur... y perdone si le digo que exagera usted terriblemente su calidad y su cantidad... fue bastante abstracto. No me gustaba el vodevil. Odiaba el papel que me habían asignado. No tenía la menor afinidad con los espectadores. Son gente bondadosa, sin duda, pero ¿acaso los conozco? ¿Significan algo para mí? ¿Puede importarme tener que exhibirme mañana de nuevo ante ellos? ¿Será el examen algo más que una tarea para mí... una tarea que ojalá hubiera terminado ya?

—¿Desea que se la quite de las manos?

—De todo corazón; si no teme usted fracasar.

—Pero fracasaría. Sólo sé tres frases en inglés, y unas cuantas palabras: por ejemplo, de son, de mone, de stare... Est-ce bien dit? Sería mejor olvidarnos de todo y no hacer examen de inglés, ¿verdad?

—Si madame acepta, yo también.

—¿De buena gana?

—De muy buena gana.

Siguió fumando su cigarro en silencio. De pronto, se volvió y dijo:

—Donnez-moi la main.

Y la envidia y el rencor desaparecieron de su rostro, y la generosidad y la bondad brillaron en su lugar.

—Vamos, no seremos rivales, seremos amigos —prosiguió—. El examen se celebrará, y yo elegiré un buen momento; y en vez de enfadarme y crearle dificultades, como me sentía inclinado a hacer hace diez minutos (pues tengo mis momentos de mal genio: siempre los he tenido, desde la infancia), la ayudaré sinceramente. Después de todo, está usted sola, es extranjera y tiene que ganarse la vida; puede que sea conveniente que se dé a conocer. Seremos amigos: ¿de acuerdo?

—Con la mayor franqueza, monsieur. Me alegra tener un amigo. Lo prefiero a un triunfo.

—Pauvrette! —exclamó él y, dándose media vuelta, abandonó el sendero.

El examen salió bien; monsieur Paul cumplió lo prometido e hizo cuanto pudo por facilitarme la tarea. Al día siguiente se efectuó la entrega de premios; eso también pasó; el curso escolar terminó; las alumnas se fueron a sus casas, y empezaron las largas vacaciones.

¡Aquellas vacaciones! ¿Podré olvidarlas algún día? Creo que no. Madame Beck se marchó el primer día para reunirse con sus hijas al borde del mar; las

tres profesoras tenían padres o amigos que las acogieron; todos los profesores abandonaron la ciudad; unos se dirigieron a París, otros a Boue-Marine; monsieur Paul se fue de peregrinación a Roma; en la rue Fossette sólo quedamos yo, una criada y una pobre alumna, deforme y débil mental, una especie de crétine a la que su madrastra no permitía regresar a la lejana provincia donde residía.

Estuvo a punto de caérseme el alma a los pies; los deseos más enfermizos tensaron sus fibras. ¡Qué largos eran los días de septiembre! ¡Qué silenciosos y sin vida! ¡Qué inmenso y vacío parecía el desolado edificio! ¡Qué lúgubre el jardín abandonado... tan gris ahora con el polvo de una ciudad desierta! Cuando miraba hacia delante en el inicio de aquellas ocho semanas, apenas sabía cómo iba a sobrevivir hasta el final. Hacía mucho tiempo que mi ánimo decaía poco a poco; y al faltarme el respaldo del trabajo, pareció desplomarse. Ni siquiera mirando hacia delante recobraba la esperanza: el tedioso futuro no me ofrecía consuelo, ni promesa alguna, ni el menor aliciente para soportar el dolor de entonces con la confianza en un bien venidero. A menudo me embargaba una triste indiferencia a la vida... una penosa resignación a que pronto llegara el fin de todas las cosas terrenas. ¡Ay! Cuando disponía de mucho tiempo libre para contemplar la vida como deben contemplarla las personas de mi especie, tenía la impresión de que no era más que un desierto baldío: arenas color pardo rojizo, sin prados verdes, ni palmeras, ni un pozo a la vista. No conocía ni osaba conocer las esperanzas propias de la juventud, que tanto animan y alientan a seguir adelante. Si alguna vez llamaban a la puerta de mi corazón, una barra inhóspita impedía su entrada. Cuando se alejaban, así rechazadas, lágrimas de tristeza corrían por mis mejillas; pero no podía evitarse: me faltaba valor para dar cobijo a semejantes huéspedes. ¡Me inspiraba un temor tan desmedido el pecado y la debilidad de la presunción!

Lector religioso, largo será el sermón que me dedicarás por lo que acabo de escribir, también tú, moralista; y lo mismo ocurrirá contigo, severo erudito; tú, estoico, fruncirás el ceño; tú, cínico, me mirarás con desprecio; tú, epicúreo, te reirás. Bueno, haced lo que queráis. Acepto el sermón, el ceño, el desprecio y la risa; tal vez tengáis razón: y es posible que, en mis circunstancias, hubierais estado tan equivocados como yo. Lo cierto es que el primer mes no pudo ser más largo, triste y sombrío.

La crétine no parecía desgraciada. Yo hacía cuanto estaba en mis manos para que no pasara frío y estuviera bien alimentada, y lo único que ella pedía era comida y sol, y un buen fuego cuando éste faltaba. A sus débiles facultades les agradaba la inactividad: su cerebro, sus ojos, sus oídos, su corazón dormían contentos; no podían despertarse para trabajar, de modo que el letargo era su Paraíso.

Las tres primeras semanas de aquellas vacaciones fueron cálidas y

soleadas, pero la cuarta y la quinta fueron tempestuosas y trajeron lluvia. Ignoro por qué aquel cambio en la atmósfera me causó una impresión tan cruel, por qué el furor de la tormenta y la violencia de la lluvia me sumieron en una parálisis mayor que la que había padecido cuando el aire estaba sereno: pero así fue, y mi sistema nervioso pareció incapaz de soportar por más tiempo aquella angustia que le había atenazado día y noche en la gigantesca casa vacía. ¡Cómo rezaba al Cielo en busca de ayuda y consuelo! ¡Cuán firme era mi convicción de que el Destino era mi sempiterno enemigo, y jamás podría reconciliarme con él! En el fondo de mi corazón, no culpaba de ello a la misericordia o a la justicia de Dios; llegué a la conclusión de que era parte de su grandioso plan para que algunos sufrieran amargamente en la tierra, y me emocionaba al tener la certeza de que yo estaba entre ellos.

Fue un alivio que la tía de la crétine, una bondadosa anciana, viniera un día y se llevase a mi extraña y deforme compañera. La infortunada criatura había sido a veces una pesada carga; no podía salir del jardín, y no podía dejarla ni un minuto sola; pues su pobre espíritu era tan imperfecto como su cuerpo: tenía predisposición al mal. Una vaga inclinación a hacer daño, una arbitraria hostilidad, hacían indispensable una vigilancia continua. Como apenas hablaba, y se pasaba las horas muertas con la mirada perdida, gesticulando y haciendo las muecas más horribles, yo no tenía la sensación de vivir con otro ser humano sino de hallarme prisionera con un animal salvaje. Además, necesitaba de unos cuidados personales que requerían el coraje de una enfermera; a veces se ponía hasta tal punto a prueba mi determinación que sentía náuseas. Esas tareas no deberían haber recaído en mí; una criada, ahora ausente, las había desempeñado hasta entonces, pero, con las prisas de las vacaciones, habían olvidado buscarle una sustituta. Aquella carga, aquella prueba fueron de las más duras que he conocido en mi vida. Y, sin embargo, por fastidiosas y degradantes que fueran, mi sufrimiento mental era mucho más devastador. El cuidado de la crétine me privaba a menudo de la fuerza y del deseo de comer, y me empujaba a salir al aire libre, desfallecida, para acercarme al pozo o a la fuente del patio; pero ese deber jamás me rompió el corazón, ni anegó mis ojos en llanto, ni quemó mis mejillas con lágrimas tan ardientes como el metal fundido.

Cuando la crétine se marchó, recuperé mi libertad para salir de la casa. Al principio me faltó valor para aventurarme lejos de la rue Fossette, pero poco a poco llegué a las puertas de la ciudad, y las franqueé, y seguí vagando por las chaussées, y a través de los campos, más allá de los cementerios, católico y protestante, y de las granjas, hasta alcanzar bosquecillos y senderos, y no sé qué otros lugares. Sentía que algo me aguijoneaba, una especie de fiebre me impedía descansar; el anhelo de compañía despertaba en mi alma un hambre acuciante. A menudo paseaba durante toda la jornada, desde el ardiente mediodía hasta la árida tarde o el sombrío anochecer, y regresaba cuando salía

la luna.

Mientras vagaba en soledad, a veces imaginaba lo que estarían haciendo en aquellos momentos mis conocidos. Veía a madame Beck en un alegre lugar de la costa, con sus hijas, su madre y un grupo de amigos que habían elegido el mismo escenario para divertirse. Zélie St Pierre estaba en París con sus familiares; las demás profesoras, en sus hogares. Ginevra Fanshawe había ido con unos parientes a hacer un agradable viaje por el sur. Ginevra me parecía la más feliz de todas. Recorría hermosos parajes; el sol de septiembre resplandecía para ella sobre fértiles llanuras, donde las cosechas maduraban bajo sus suaves rayos. La luna dorada y cristalina se elevaba ante sus ojos sobre horizontes azules que seguían ondulantes las siluetas de las montañas.

Pero todo eso no significaba nada; yo también sentía el sol del otoño y contemplaba su luna llena, y casi deseaba verme cubierta de tierra y de hierba, muy lejos de su influencia, pues no podía vivir bajo su luz, ni convertirlos en mis compañeros, ni prodigarles afecto. Pero una especie de espíritu acompañaba siempre a Ginevra, investido de poder para darle fuerzas y ofrecerle consuelo, para alegrar el día y embalsamar la oscuridad; el mejor de los genios buenos que protegen a la humanidad la amparaba con sus alas y formaba un dosel sobre su cabeza. El Amor Verdadero seguía a Ginevra: nunca estaría sola. ¿Era ella insensible a su presencia? Me parecía imposible: no podía comprender esa apatía. La imaginaba agradecida en secreto, amando ahora con reserva, pero decidida a enseñar algún día el alcance de su amor: veía a su fiel héroe, consciente a medias de su tímido cariño, consolado por esa idea; adivinaba un vínculo electrizante de afinidad entre ellos, una cadena muy fina de entendimiento mutuo, capaz de unirlos aunque les separaran cien leguas, llevando por montículos y hondonadas sus oraciones y sus deseos. Ginevra fue convirtiéndose poco a poco para mí en una especie de heroína. Cierta día, al darme cuenta de esa creciente ilusión, me dije: «Creo que tengo los nervios muy alterados: mi mente ha sufrido demasiado; una enfermedad se está apoderando de ella. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo voy a conservar la salud?».

Lo cierto es que no había forma de conservar la salud en aquellas circunstancias. Finalmente, tras un día y una noche del más amargo de los abatimientos, sentí un profundo malestar físico que me obligó a guardar cama. Por aquel entonces terminó el veranillo de San Miguel y empezaron las tormentas del equinoccio; durante nueve días oscuros y lluviosos, en los que las Horas transcurrieron a gran velocidad, turbulentas, sordas, alborotadas — aturcidas por el fragor del huracán—, yací sumida en un extraño estado febril de los nervios y de la sangre. El sueño me abandonó. Solía levantarme por la noche, buscándolo, y le suplicaba desesperadamente que volviera. Tan sólo me respondía un crujido en la ventana, el silbido de una ráfaga... ¡el sueño nunca

regresaba!

Me equivoco. Lo hizo una vez, pero lleno de furia. Cansado de mi insistencia trajo consigo un sueño vengador. Según el reloj de St Jean Baptiste, apenas duró quince minutos; un breve intervalo de tiempo, pero suficiente para retorcer todo mi cuerpo con una angustia desconocida; y para brindarme una experiencia indescriptible con el aspecto, el semblante, el terror, el tono mismo de una aparición de la eternidad. Entre las doce y la una de aquella noche, mis labios se vieron obligados a beber de una copa en la que bullía un líquido negro, fuerte, extraño, que no se había llenado en ningún pozo sino en un mar ilimitado e insondable. El sufrimiento conformado a una medida temporal o calculable, y destinado a unos labios mortales, no tiene el mismo sabor que aquel sufrimiento. Al despertarme, pensé que todo había terminado: el final se acercó y pasó de largo. Temblando de miedo —a medida que recobraba la conciencia—, dispuesta a gritar pidiendo ayuda a alguno de mis semejantes, aunque sabía que ninguno de ellos estaba lo bastante cerca para escuchar mi enloquecida llamada —Goton no podía oírme desde su lejano desván—, me arrodillé en la cama. Pasé unas horas terribles: mi alma, desgarrada, atormentada, oprimida, soportó lo indecible. De todos los horrores de aquella noche, creo que aquél fue el peor. Tenía la sensación de que mis familiares muertos, que tanto me habían querido en vida, me miraban desde otro lugar, distanciados de mí: un sentimiento indescriptible de desesperación ante el futuro atenazaba mi espíritu. No tenía ningún motivo para curarme o desear vivir; y, sin embargo, ¡qué insoportable resultó ser la altiva y despiadada voz con que la Muerte me desafió a entablar combate con sus desconocidos terrores! Cuando intenté rezar, sólo logré articular estas palabras:

—Desde mi juventud, he sufrido Tus terrores con verdadera congoja.

Y no mentía.

Al traerme el té a la mañana siguiente, Goton me rogó que avisara a un médico. No quise: pensé que ningún médico podría curarme.

Una tarde —y no deliraba: estaba en mi sano juicio— me levanté y me vestí, débil y temblorosa. Era incapaz de soportar por más tiempo la soledad y el silencio del gran dormitorio; las espectrales camas blancas se me antojaban fantasmas, sus cabeceras parecían gigantescas calaveras descoloridas por el sol; sueños pasados de un mundo más antiguo y de una raza más poderosa yacían inmóviles en las enormes cuencas de sus ojos. Aquella tarde se apoderó con más fuerza que nunca de mi alma la convicción de que el Destino era de piedra y la Esperanza, un falso ídolo, ciego, sin sangre en las venas y con un corazón de granito. Sentí, asimismo, que la prueba que Dios me había impuesto estaba acercándose a su clímax, y que era yo quien debía

enfrentarme a ella con mis propias manos, por muy débiles, ardientes y temblorosas que fueran. Seguía lloviendo y el viento soplaba con fuerza; pero con mayor clemencia, pensé, que el resto del día. Empezó a caer la noche, y su influencia me pareció pernicioso; a través de la celosía, vi llegar las nubes nocturnas que se arrastraban a escasa altura como estandartes caídos. Pensé que en aquellos momentos había tristeza y amor en el Cielo por todo el dolor que se padecía en la tierra; el peso de mi terrible sueño se aligeró —aquella insoportable idea de no ser querida, de no pertenecer a nadie, cedió un poco ante la esperanza de lo contrario—, tenía el convencimiento de que esta esperanza brillaría con más intensidad si abandonaba aquel techo, que me aplastaba como la lápida de una sepultura, y me dirigía a alguna apacible colina, muy alejada de la ciudad, en medio del campo. Envuelta en una capa (no podía estar delirando, pues tuve el buen juicio de abrigarme), salí a la calle. Las campanas de una iglesia me detuvieron al pasar; parecían llamarme al salut, y decidí entrar. En aquellos momentos, cualquier rito solemne, cualquier espectáculo de adoración sincera, cualquier oportunidad de acercarme a Dios eran tan vitales para mí como un mendrugo de pan para un hambriento. Me arrodillé con los demás sobre el empedrado. Era una iglesia vieja y majestuosa, sumida en una penumbra que la luz de las vidrieras volvía purpúrea y no dorada.

Había muy pocos feligreses y, terminado el salut, la mitad de ellos se marcharon. No tardé en descubrir que los demás se quedaban para confesarse. No me moví. Todas las puertas de la iglesia se cerraron con cuidado; reinó un sagrado silencio, y una imponente oscuridad se cernió sobre nosotros. Después de rezar unos instantes conteniendo el aliento, una penitente se acercó al confesionario. La observé. Susurró sus pecados: recibió la absolución; volvió reconfortada. La siguió otra persona, y luego otra. Una señora muy pálida, arrodillada a mi lado, tuvo la gentileza de decirme en voz baja:

—Vaya usted ahora; todavía no estoy preparada.

La obedecí mecánicamente; me puse en pie y me dirigí al confesionario. Sabía lo que hacía; mi cabeza sopesó aquella determinación con la velocidad del rayo. Dar ese paso no podía hacerme más desgraciada de lo que ya era; tal vez me aliviase.

El sacerdote del confesionario ni siquiera me miró; sólo acercó silenciosamente su oído a mis labios. Parecía un hombre bondadoso, pero aquel deber se había convertido en una suerte de rutina: se consagraba a él con la flema de la costumbre. Yo vacilé; no conocía la fórmula de la confesión: así que, en vez de pronunciar el prelude habitual, dije:

—Mon père, je suis protestante.

Se volvió al instante. No era un sacerdote del país; la fisonomía de éstos

era, invariablemente, servil: comprendí por su perfil y su frente que era francés; aunque canoso y de edad avanzada, creo que no carecía de sensibilidad ni de inteligencia. Me preguntó, en tono amable, por qué acudía a él siendo protestante.

Le dije que me moría por recibir un consejo o una palabra de consuelo. Que vivía completamente sola desde hacía unas semanas; que había estado enferma; que mi espíritu no podía seguir soportando el peso de una terrible aflicción.

—¿Se trata de un pecado, de un crimen? —preguntó, alarmado.

Le tranquilicé sobre ese punto y, lo mejor que pude, le conté en pocas palabras mi experiencia.

Él se quedó pensativo, y pareció desconcertado.

—Me coge usted desprevenido —exclamó—. Nunca se me había presentado un caso como el suyo: por lo general, conocemos nuestro deber y estamos preparados, pero esto supone una gran ruptura en el curso ordinario de la confesión. No sabría qué consejo darle en sus circunstancias.

Por supuesto, era la respuesta que esperaba; pero el mero hecho de comunicarme con unos oídos humanos y sensibles, aunque consagrados... el mero hecho de verter una parte del dolor largo tiempo acumulado, y largo tiempo reprimido, en una vasija de la que no podía volver a escapar... había sido muy beneficioso para mí. Me sentí reconfortada.

—¿He de irme, padre? —pregunté, al verlo silencioso.

—Hija mía —dijo amablemente (y estoy segura de que era un hombre bueno: tenía una mirada compasiva)—, de momento, será mejor que se vaya; pero le aseguro que sus palabras me han impresionado. La confesión, como otras cosas, tiende a perder profundidad y trascendencia con la costumbre. Usted ha venido y me ha abierto su corazón; algo muy poco común. Me agrada meditar sobre su caso, y llevarlo conmigo al oratorio. Si usted hubiera abrazado nuestra fe, sabría qué decirle; un espíritu tan agitado sólo puede hallar reposo en el retiro y en la práctica escrupulosa de la devoción. Es bien sabido que el mundo no procura demasiadas satisfacciones a naturalezas como la suya. Algunos santos han pedido a penitentes como usted que se elevaran por medio de la penitencia, el sacrificio y las buenas obras difíciles. En esta vida se les dan lágrimas como alimento y bebida —el pan de la aflicción y las aguas de la aflicción—, la recompensa llega después. Estoy convencido de que esas impresiones que padece usted son mensajeros de Dios para devolverla a la iglesia verdadera. Está usted hecha para nuestra fe: sin duda es la única que podría curarla y ayudarla. El protestantismo es demasiado seco, frío y prosaico para usted. Cuanto más pienso en su caso, con más

claridad veo que se sale de lo habitual. Bajo ningún concepto querría perderla de vista. Váyase ahora, hija mía; pero vuelva a visitarme.

Me levanté y le di las gracias. Estaba a punto de salir cuando me hizo una seña para que regresara a su lado.

—No debe venir a esta iglesia —dijo—: Veo que está enferma y hace demasiado frío; debe venir a mi casa: vivo en... (y me dio su dirección). La espero mañana por la mañana, a las diez.

En respuesta a esta cita, me limité a inclinar la cabeza; me quité el velo y, arrebujiándome en mi capa, salí.

¿Supone el lector que tuve la osadía de ponerme de nuevo al alcance de aquel digno sacerdote? Antes me habría metido en un horno babilónico. Aquel sacerdote tenía armas que podían influir en mí; era un hombre compasivo, con una bondad sentimental muy francesa, a cuya dulzura yo sabía que no era totalmente inmune. Si exceptuamos cierto tipo de afectos, apenas había alguno, arraigado en la realidad, al que yo pudiera confiar en tener fuerzas para resistirme. Si hubiera ido a visitarlo, el sacerdote me habría mostrado cuánto hay de tierno, reconfortante y amable en la honrada superstición papista. Luego habría tratado de encender, soplar y avivar en mí el celo por las buenas obras. No sé cómo habría acabado aquel asunto. Todos nos creemos fuertes en algunas cuestiones, todos nos sabemos débiles en otras muchas; lo más probable es que, de haber acudido a la rue des Mages número diez en el día y en la hora señalados, en estos instantes, en lugar de escribir este herético relato, estaría rezando el rosario en un convento de carmelitas del Boulevard de Crécy en Villette. Había algo de Fénélon en aquel anciano y bondadoso sacerdote; y sean como sean la mayoría de sus hermanos, y piense yo lo que piense de su Iglesia y de su credo (ninguno de los dos son de mi agrado), siempre guardaré de él un recuerdo agradecido. Fue amable conmigo cuando yo necesitaba amabilidad; me hizo mucho bien. ¡Que Dios le bendiga!

El crepúsculo había dado paso a la noche y, cuando salí de aquella iglesia sombría, las farolas de la calle estaban encendidas. Ahora me era posible regresar a casa; el anhelo desesperado de respirar el viento de octubre en la pequeña colina, lejos de los muros de la ciudad, había dejado de ser un impulso irrefrenable, y no era más que un deseo que la Razón podía dominar: así lo hizo, y yo me encaminé, según creía, a la rue Fossette. Pero me había adentrado en una zona de la ciudad que no conocía; era la parte antigua, y estaba llena de callejuelas y de casas viejas y pintorescas, a punto de desmoronarse. Me sentía demasiado débil para tener dominio de mí misma, y demasiado indiferente a mi bienestar y seguridad para obrar con prudencia. Me sumí en el desconcierto; me vi atrapada en un laberinto de giros desconocidos. Estaba perdida, y me faltaba determinación para pedir a algún

transeúnte que me orientara.

La tormenta había amainado un poco al atardecer, pero quiso recuperar entonces el tiempo perdido. El viento del noroeste soplaba con violencia; traía consigo pequeños chaparrones, e incluso a veces, como si fueran disparos, un fuerte granizo; el frío y la lluvia me calaron hasta los huesos. Incliné la cabeza para hacer frente al temporal, pero éste siguió golpeándome. No me descorazoné en aquel trance; sólo deseaba elevarme hasta la tormenta, y extender y reposar mis alas en su vehemencia, seguir su curso veloz, y deslizarme con ella. Mientras me invadía este deseo, mi frío se convirtió en aturdimiento y mi debilidad en extenuación. Traté de llegar al porche de un gran edificio cercano, pero la mole de la fachada y su aguja gigante se volvieron negras y desaparecieron de mi vista. En lugar de caer sentada en los escalones, como pretendía, tuve la sensación de arrojarme de cabeza al abismo. No recuerdo nada más.

LIBRO SEGUNDO

Capítulo XVI

Los días de antaño

Soy incapaz de decir dónde estuvo mi espíritu durante aquel desmayo. No sé lo que vio ni adónde fue en aquella noche singular; en cualquier caso, él lo guardó en secreto, sin susurrar jamás una palabra a la Memoria, y engañando a la Imaginación con su silencio imperturbable. Puede que se elevara y viera ante sí la morada eterna, esperando que le permitieran descansar en ella y que su dolorosa unión con la materia fuera al fin disuelta. Mientras imaginaba esto, quizá un ángel lo expulsara del umbral del paraíso y, conduciéndole de nuevo a la tierra, anegado en llanto, volviera a atarlo todo tembloroso y en contra de su voluntad a ese pobre cuerpo, helado y consumido, de cuya compañía estaba tan cansado.

Sé que regresó a su prisión muy afligido, sin el menor deseo, con un gemido y un largo estremecimiento. Los compañeros separados, el Espíritu y la Materia, no eran fáciles de reconciliar: en vez de saludarse con un abrazo, se enzarzaron en una especie de lucha cruel. Recuperé el sentido de la vista, envuelto en rojos, como si nadara en sangre; y la capacidad de oír, que volvió de pronto, con el fragor de un trueno; la conciencia revivió atemorizada: me incorporé presa del terror, preguntándome en qué región, entre qué extraños

seres, despertaba. Al principio no reconocí nada de lo que me rodeaba: una pared no era una pared... ni una lámpara, una lámpara. Habría percibido lo que denominamos un fantasma con la misma nitidez que las cosas más corrientes; otro modo de insinuar que lo que veían mis ojos tenía un aire espectral. Pero los sentidos no tardaron en recuperar sus facultades; la máquina de la vida pronto reanudó su trabajo acostumbrado.

Aun así, no sabía dónde estaba; comprendí que me habían trasladado a otro lugar: no yacía en el escalón de ningún pórtico; la noche y la tempestad habían quedado tras los muros, las ventanas y el tejado. Me habían llevado a una casa, pero ¿qué casa?

Sólo se me ocurrió pensar en el pensionnat de la rue Fossette. Sumida aún en una especie de letargo, intenté descubrir en qué cuarto me habían dejado: si en el dormitorio grande o en una de las alcobas pequeñas. Me sentía desconcertada, pues no podía asociar los muebles que veía con mi recuerdo de esas habitaciones. Faltaban las camas blancas y vacías, y la larga hilera de ventanales.

«Seguro que no me han llevado al dormitorio de madame Beck», pensé.

Y entonces mis ojos se tropezaron con un sillón de damasco azul. Poco a poco, caí en la cuenta de que había otras butacas tapizadas en el mismo tono; y, finalmente, capté la imagen completa de un bonito salón, con un alegre fuego en la chimenea, y una alfombra de brillantes arabescos azules, que animaban con su colorido el suelo beige oscuro; una cenefa delgada pero interminable de nomeolvides azules, confusos y desorientados entre una miríada de hojas doradas y de zarcillos, adornaba la parte superior de las paredes. Un espejo de marco dorado llenaba el espacio entre dos ventanas, en las que colgaban cortinajes de damasco azul. Me vi reflejada en ese espejo, y no estaba en la cama sino en un sofá. Parecía un espectro; tenía los ojos hundidos y dilatados, y el pelo más oscuro de lo habitual, en contraste con mi rostro delgado y ceniciento. Era ostensible, no sólo por los muebles sino también por la posición de las ventanas, de las puertas y de la chimenea, que se trataba de una estancia desconocida en una casa desconocida.

Pero no creo que mi cerebro se hubiera recuperado del todo; pues, al mirar de nuevo el sillón azul, éste empezó a resultarme familiar; y lo mismo ocurrió con cierto canapé, y con la mesa redonda que había en el centro, y con su tapete azul, en el que habían bordado unas hojas otoñales; y, sobre todo, con dos pequeños escabeles bellamente tapizados, y una sillita de ébano, en cuyo asiento y respaldo había, asimismo, grupos de brillantes flores bordadas sobre un fondo oscuro.

Sorprendida por todo aquello, seguí investigando. Por extraño que parezca, estaba rodeada de viejos conocidos, y los días de antaño parecían sonreírme

desde todos rincones. Había dos miniaturas ovaladas encima de la chimenea, y yo conocía de memoria las perlas que adornaban sus «cabezas» altaneras y empolvadas; los terciopelos que rodeaban sus pálidas gargantas; las ondulaciones de sus pañuelos de muselina; los volantes de encaje de sus mangas. Sobre la repisa, había dos jarrones de porcelana y algunas reliquias de un diminuto servicio de té, tan suaves como el esmalte y tan finas como la cáscara de un huevo, y el clásico centro de alabastro, cubierto con una campana de vidrio. Habría podido describir las peculiaridades, imperfecciones y grietas de esos objetos como si fuera una clairvoyante. Por encima de todo, había dos pantallas de mano con unos dibujos tan minuciosos como si estuvieran grabados en metal; al verlos, me dio un vuelco el corazón, recordando las horas que había pasado haciéndolos, trazo a trazo, con un tedioso, endeble y ridículo lápiz escolar entre esos dedos que ahora tanto se asemejaban a los de un esqueleto.

¿Dónde me encontraba? No sólo en qué lugar del mundo, sino ¿en qué año del Señor? Pues todos esos objetos pertenecían al pasado, y a un país muy lejano. Hacía dos lustros que yo me había despedido de ellos; no había vuelto a verlos desde los catorce años.

—¿Dónde estoy? —dije, con voz entrecortada pero audible.

Una figura hasta entonces inadvertida se movió y, levantándose, se acercó a mí; una figura que no estaba en armonía con el entorno, y que sólo sirvió para complicar más el enigma. Era una *bonne* de la región, con una cofia de criada y un vestido estampado. No hablaba francés ni inglés, y no pude obtener la menor información de ella, al no entender el dialecto del país. Pero me refrescó las sienes y la frente con agua perfumada, y luego me subió el almohadón en el que yo descansaba, me hizo señas para que no hablara y volvió a su puesto al pie del sofá.

Estaba muy atareada tejiendo; como apartó su mirada de mí, pude observarla sin interrupción. Yo no entendía cómo había llegado allí, y qué hacía en el escenario de los días de mi infancia. Todavía me asombraba más que ese escenario y esos días tuvieran algo que ver conmigo.

Demasiado débil para investigar a fondo el misterio, traté de resolverlo diciéndome que era un error, un sueño, un delirio febril; y, sin embargo, sabía que no me equivocaba y que no estaba dormida, y creía estar en mis cabales. ¡Ojalá la estancia no hubiera estado tan bien iluminada! Así no habría visto con tanta claridad los pequeños retratos, los adornos, las pantallas, la silla bordada. Todos esos objetos, así como los muebles de damasco azul, eran exactamente los mismos que yo recordaba, y había conocido tan bien, en el salón de la casa de mi madrina en Bretton. Al parecer, sólo había cambiado la habitación, pues sus proporciones y su tamaño eran diferentes.

Pensé en Hasán Bedru-d-Din, conducido en sueños desde el Cairo hasta las puertas de Damasco. ¿Había detenido un genio sus oscuras alas en medio de aquella tempestad —a cuya violencia yo había sucumbido—, y me había recogido en los escalones de la iglesia para, «remontando el vuelo», como dice el cuento oriental, llevarme por encima de tierras y mares y depositarme dulcemente junto a una chimenea de la vieja Inglaterra? Pero no; sabía que el fuego de aquel hogar ya no ardía ante sus lares... hacía mucho tiempo que se había apagado, y los dioses de la casa habían sido trasladados a otro lugar.

La bonne se volvió para mirarme y, al ver en mis ojos desmesuradamente abiertos una expresión de inquietud y excitación, dejó a un lado sus labores. Durante unos instantes, pareció muy ajetreada en una pequeña tarima; sirvió agua en un vaso y le añadió unas gotas de un frasco: con el vaso en la mano, se acercó a mí. ¿Qué pócima oscura estaría ofreciéndome? ¿Qué elixir de genio o bebedizo de mago?

Era demasiado tarde para preguntar; lo había bebido de golpe, con la mayor pasividad. Una marea de pensamientos apacibles acarició delicadamente mi cerebro; la corriente subía poco a poco, con leves ondulaciones más suaves que un bálsamo. El dolor y la debilidad abandonaron mis miembros, mis músculos se durmieron. No podía moverme; pero, al perder al mismo tiempo todo deseo de actividad, no me sentí privada de nada. Aquella amable bonne colocó una pantalla entre la lámpara y yo; vi cómo se levantaba para hacerlo, pero no recuerdo haber sido testigo de cómo volvía a su asiento: entre esos dos actos, me quedé dormida.

Cuando me desperté, ¡todo había cambiado de nuevo! La luz del día envolvía la estancia; no una luz cálida, estival, sino la triste penumbra del crudo y tormentoso otoño. Tuve la certeza de encontrarme en el pensionnat: por la lluvia que golpeaba en las ventanas; por el rugido del viento entre los árboles, que indicaba la presencia de un jardín en el exterior; por el frío, la blancura y la soledad que me rodeaban. Y digo blancura, pues las colgaduras de brocado de algodón que adornaban la cama francesa me impedían ver cualquier otra cosa.

Las levanté; miré fuera. Mis ojos, dispuestos a contemplar un enorme dormitorio con las paredes encaladas, parpadearon sorprendidos al encontrar el reducido espacio de un pequeño gabinete... un gabinete pintado de color verdemar; y, en lugar de cinco ventanales desnudos, una celosía de gran altura con adornos de muselina; y, en vez de dos docenas de pequeños soportes de madera pintada, cada uno con su aguamanil y su palangana, un tocador vestido como una dama para un baile —traje blanco sobre falda rosa—, coronado por un espejo grande y reluciente, y con un bonito alfiletero rodeado de encaje. Este tocador, junto con una pequeña butaca de chintz verde y blanco, y un lavamanos de mármol, con utensilios de loza de color verde pálido, bastaban

para amueblar la diminuta habitación.

Lector, ¡me sentí aterrada! «¿Por qué?», te preguntarás. ¿Qué había en aquella sencilla y, en cierto modo, hermosa alcoba para asustar a la más tímida de las criaturas? Sencillamente esto: que aquellos muebles... sólidas butacas, espejos, lavamanos... no podían ser reales, tenían que ser fantasmas del pasado; o, si se rechazaba esta hipótesis por descabellada —y, a pesar de mi confusión, yo la rechazaba—, sólo se podía llegar a la conclusión de que mi estado mental era anómalo; en pocas palabras, que me encontraba muy enferma y deliraba: e incluso entonces, mis alucinaciones eran las más extrañas con que el delirio ha hostigado jamás a una víctima.

Reconocí —no tuve más remedio— el chintz verde y la pequeña silla; el marco negro y brillante, con hojas talladas, de aquel espejo; las suaves piezas glaucas de loza; y el propio lavamanos, con su encimera de mármol gris y la esquina descascarillada. No tuve más remedio que reconocer y saludar a todo aquello del mismo modo que la noche anterior había tenido que reconocer y saludar, forzosamente, a los muebles de palisandro, a los cortinajes y a las porcelanas del salón.

¡Bretton! ¡Bretton! Y lo ocurrido diez años atrás se reflejó en aquel espejo. Y ¿por qué me perseguían de ese modo Bretton y mis catorce años? ¿Por qué, si se empeñaban en regresar, no lo hacían por completo? ¿Por qué sólo aparecían ante mis perturbados ojos los muebles, mientras que las habitaciones y el lugar eran muy diferentes? En cuanto al alfiletero de raso carmesí, con cuentas doradas y volantes de encaje, cómo no iba a reconocerlo tan bien como a las pequeñas pantallas ¡si lo había hecho yo! Levantándome de un salto, cogí el alfiletero y lo examiné. Las letras «L.L.B.», cosidas con cuentas doradas y rodeadas por una guirnalda oval bordada en hilo de seda blanco, eran las iniciales del nombre de mi madrina: Louisa Lucy Bretton.

—¿Estaré en Inglaterra? ¿Estaré en Bretton? —exclamé en voz baja.

Y, subiendo a toda prisa las persianas que tapaban la celosía, miré al exterior para intentar descubrir dónde estaba, casi esperando contemplar los antiguos, tranquilos y hermosos edificios y el limpio empedrado de St Ann's Street, y divisar al fondo las torres de la catedral; o, de no ser así, las vistas de otra ciudad, una rue de Villette, o alguna calle de una agradable ciudad inglesa.

Lo que vi, por el contrario, a media altura y entre las hojas de una enredadera, fue una terraza de hierba y unos árboles que crecían más abajo; los árboles más altos que había visto en mucho tiempo. Parecían gemir bajo el vendaval de octubre, y entre sus troncos descubrí la línea de una avenida donde las hojas amarillas se amontonaban o revoloteaban empujadas por el fuerte viento del oeste. Fuera cual fuera el paisaje que hubiese más allá, tenía

que ser llano, y aquellas gigantescas hayas impedían su visión. Me pareció un lugar muy aislado, y completamente desconocido para mí: jamás había estado en él.

Me acosté de nuevo. La cama estaba en un pequeño hueco; cuando volví el rostro hacia la pared, la habitación y su extraño contenido habían desaparecido. ¿Desaparecido? ¡No! Pues, al cambiar de postura con esta esperanza, en el espacio verde que dejaban ver las colgaduras de la cama, divisé un retrato con un ancho marco dorado. Era una acuarela pintada con maestría, aunque sólo se trataba de un boceto; una cabeza de muchacho, vigorosa, llena de vida, risueña y expresiva. Parecía un joven de dieciséis años, de tez rubicunda y mejillas sonrosadas; con el cabello largo y bastante claro, de un brillante color dorado; los ojos penetrantes, y la sonrisa alegre y maliciosa. En conjunto, un rostro muy agradable de contemplar, especialmente para los que se creyeran con derecho a su afecto... por ejemplo, los padres o las hermanas del joven. Cualquier pequeña y romántica colegiala podría haberse enamorado de ese retrato. Aquellos ojos miraban como si, transcurridos unos años, fueran a responder con entusiasmo al amor: soy incapaz de decir si guardaban, para un caso de necesidad, el brillo de una fe ardiente e inquebrantable. Pues, cualquier sentimiento que le saliera al encuentro con demasiada facilidad, aquellos labios amenazaban, de manera encantadora pero inequívoca, con convertirlo en un capricho o un afecto muy ligero.

Esforzándome por aceptar cada nuevo descubrimiento con la mayor serenidad, susurré para mí:

—¡Ah! Ese retrato estaba colgado en la salita del desayuno, sobre la repisa de la chimenea: demasiado alto, pensaba yo. Recuerdo que me subía al taburete del piano para descolgarlo, sostenerlo en las manos y buscar qué escondían sus preciosos ojos, que parecían reír bajo unas pestañas color avellana; ¡me gustaba tanto observar el color de sus mejillas o la expresión de su boca! No creía que la imaginación pudiera embellecer la curva de esos labios o de esa barbilla; e, incluso en mi ignorancia, sabía que eran realmente hermosos y me preguntaba, perpleja: «¿Cómo es posible que algo tan encantador pueda causar al mismo tiempo tanta tristeza?».

En una ocasión, cogí a la pequeña señorita Home en brazos y le pedí que se fijara en el cuadro.

—¿Te gusta, Polly? —le pregunté.

No me respondió, pero se quedó mirándolo un buen rato antes de decir: «¡Bájeme!», mientras una temblorosa sombra recorría sus emocionados ojos.

Yo la deposité en el suelo, convencida de que la niña también lo percibía.

Todas esas cosas acudieron a mi imaginación, y pensé: «Tenía sus defectos, pero conozco muy pocos caracteres tan nobles como el suyo; era generoso, afable, sensible».

Y, sin darme cuenta, exclamé en voz alta:

—¡Graham!

—¿Graham? —repitió inesperadamente una voz junto a mi cama—. ¿Quiere ver a Graham?

Miré en su dirección. El misterio aumentaba; el asombro llegaba a su clímax. Si era extraño ver aquel retrato tan familiar en la pared, más extraño aún era volverse y contemplar la figura igualmente familiar de una mujer... una señora, real y no ilusoria, alta, bien vestida, con un traje negro de seda y una cofia que sentaba muy bien a su respetable peinado de madre de familia. Su semblante también era atractivo; es posible que sus facciones fueran demasiado angulosas para resultar bellas, pero reflejaban sensatez y carácter. No había cambiado mucho; algo más adusta, algo más corpulenta... pero era mi madrina: la imagen inconfundible de la señora Bretton.

Conservé la calma, aunque no podía estar más alterada: mi pulso tembló y la sangre abandonó mis mejillas, que parecieron helarse.

—¿Dónde estoy, madame? —quise saber.

—En un refugio seguro; y en buenas manos: será mejor que descanse hasta que se recupere un poco; no parece encontrarse muy bien esta mañana.

—Estoy tan confundida que no sé si puedo confiar en mis sentidos, o éstos me engañan: pero usted habla inglés, ¿verdad, madame?

—En efecto, sería muy difícil para mí mantener una larga conversación en francés.

—¿Es usted de Inglaterra?

—Acabo de llegar de ese país. ¿Hace mucho tiempo que vive aquí? Parece conocer a mi hijo...

—¿De veras, madame? Quizá tenga razón. Su hijo... ¿es el del cuadro?

—Es un retrato de cuando era un muchacho. Mientras lo miraba, ha pronunciado usted su nombre.

—¿Graham Bretton?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Es usted la señora Bretton, que vivía en Bretton?

—Sí; y usted, según tengo entendido, es profesora de inglés en un colegio

de Villette. Mi hijo la ha reconocido.

—¿Cómo me encontraron, madame? ¿Y quién lo hizo?

—Mi hijo se lo contará dentro de poco —contestó—, pero ahora está usted demasiado débil y aturdida para hablar: intente desayunar un poco y duerma un rato.

A pesar de todo lo que había soportado —el agotamiento físico, el trastorno del ánimo, las inclemencias del tiempo—, me sentía mejor: la fiebre, la enfermedad real que había agarrotado mi cuerpo, estaba remitiendo; pues, mientras que en los últimos nueve días había sido incapaz de probar nada sólido y había sufrido una sed constante, aquella mañana, cuando me ofrecieron el desayuno, sentí un deseo muy intenso de alimentarme: una debilidad interior que me hizo beber con avidez el té que aquella dama me ofrecía, y comer el bocado de pan que me permitió tomar de acompañamiento. No fue más que un bocado, pero me bastó para conservar las fuerzas hasta que, dos o tres horas después, apareció la bonne con una pequeña taza de caldo y una galleta.

Empezó a oscurecer; el viento, gélido e incansable, seguía soplando con furia y, más que llover a cántaros, diluviaba. Empecé a estar cansada... muy cansada de mi cama. La alcoba, aunque bonita, era pequeña: me sentía encerrada; anhelaba un cambio. El frío y la penumbra, cada vez mayores, me deprimían. Quería ver... sentir el calor de la lumbre. Además, no dejaba de pensar en el hijo de la respetable dama: ¿cuándo lo vería? Era evidente que no conseguiría hacerlo hasta salir de aquella habitación.

Por fin vino la bonne a hacerme la cama para la noche. Se disponía a envolverme en una manta y a sentarme en la pequeña butaca de chintz, pero yo rechacé su ayuda y empecé a vestirme. Cuando, al terminar, me senté para recobrar el aliento, volvió a aparecer la señora Bretton:

—¿Vestida? —exclamó, esbozando aquella sonrisa que yo conocía tan bien; una sonrisa agradable, aunque careciera de dulzura—. Eso significa que está mucho mejor, ¿verdad? ¿Ha recuperado usted las fuerzas?

Me habló en un tono tan parecido al de antaño que llegué a pensar que empezaba a reconocerme. Había en sus modales y en su voz el mismo aire protector que empleaba conmigo cuando era niña, y que yo, además de aceptar, adoraba; no se fundaba en aspectos tan convencionales como una mayor riqueza o una mejor posición social (en este último nunca hubo desigualdad, pues las dos éramos de la misma clase), sino en algo tan natural como la superioridad física: era el refugio que los árboles ofrecen a la hierba. Le hice una petición sin más cumplidos.

—¿Me permite bajar, madame? Tengo tanto frío y estoy tan aburrida...

—Nada me gustaría más, si se siente lo bastante fuerte —respondió—. Vamos, deme el brazo.

Yo acepté su ofrecimiento, y bajamos juntas un tramo de escalones alfombrados hasta llegar a una puerta de gran altura, abierta de par en par, por la que se accedía al cuarto tapizado de damasco azul. ¡Qué acogedor resultaba con aquel aire tan hogareño! ¡Qué cálido con su luz ambarina y su fuego bermellón! Para que la escena acabase de ser perfecta, el té nos esperaba sobre la mesa: un té inglés, cuyo brillante servicio me miraba con familiaridad; desde el sólido y antiguo recipiente de plata para calentar el té y la enorme tetera del mismo metal, hasta las delicadas tazas de oscura porcelana con dibujos purpúreos y dorados. Reconocí también la torta de semillas aromáticas de forma especial, preparada en un molde especial, que nunca faltaba en la mesa de los Bretton. A Graham le encantaba; y allí estaba, como en los viejos tiempos, delante de su plato, junto al cuchillo y al tenedor de plata. De modo que esperaban a Graham para el té: tal vez estuviera ya en la casa; en seguida podría verlo.

—Siéntese, siéntese —exclamó la señora Bretton, advirtiéndome mi paso vacilante cuando pasé junto a la chimenea.

Me ayudó a sentarme en el sofá, pero no tardé en colocarme tras él, afirmando que el calor era sofocante; a su sombra descubrí otro asiento que me gustó más. La señora Bretton era muy respetuosa con los demás; dejó que hiciera mi voluntad sin decirme nada. Preparó el té y cogió el periódico. Yo observaba complacida todas las acciones de mi madrina; sus movimientos eran sumamente juveniles: debía de tener unos cincuenta años, pero la herrumbre de la vejez no parecía haber rozado ni su vigor ni su ánimo. A pesar de su corpulencia, estaba siempre alerta y, a pesar de su serenidad, se mostraba a veces impetuosa; la buena salud y el excelente carácter la conservaban tan fresca y lozana como en su juventud.

Me di cuenta de que, mientras leía, estaba pendiente de la llegada de su hijo. No era de esas mujeres que manifiestan su inquietud, pero el tiempo no mejoraba y, si Graham continuaba a la intemperie, en medio de aquel fuerte viento que rugía insaciable, sabía que el corazón de su madre estaría con él.

—Diez minutos tarde —exclamó, mirando su reloj.

Un minuto después, comprendí que había oído algo, pues levantó la vista de la página e inclinó ligeramente la cabeza en dirección a la puerta. Su rostro se iluminó; y entonces incluso mi oído, menos ejercitado, percibió el ruido del cierre de una verja, pasos en la grava y, finalmente, el campanillazo de la puerta. Había llegado Graham. Su madre llenó la tetera y acercó a la lumbre el cómodo sillón azul; el sillón que le correspondía por derecho, aunque yo sabía de alguien que podía quitárselo con impunidad. Y ese alguien subió las

escaleras —supongo que tras dedicar unos minutos a su arreglo personal, algo necesario por culpa del viento y de la lluvia— y entró a grandes zancadas en la habitación.

—¿Eres tú, Graham? —dijo bruscamente la señora Bretton, disimulando una sonrisa.

—¿Quién más podría ser, mamá? —preguntó el Impuntual, apoderándose irrespetuosamente del trono que su madre había abandonado.

—Tendrías que tomarte el té frío por llegar tan tarde...

—Pues no recibiré mi merecido, la tetera silba alegremente.

—Ven a la mesa, holgazán: ningún asiento te gusta tanto como el mío; si tuvieras el menor sentido del decoro, siempre dejarías ese sillón a la Anciana Dama.

—Me encantaría hacerlo, pero la Anciana Dama insiste en dejármelo a mí. ¿Qué tal se encuentra tu paciente, mamá?

—¿Quiere ella venir aquí y contestar por sí misma? —inquirió la señora Bretton, volviéndose hacia mi rincón.

En respuesta a su invitación, me acerqué a ellos. Graham se levantó cortésmente para saludarme. Al ver su figura erguida delante de la chimenea, comprendí el orgullo no disimulado de su madre.

—Así que ha bajado —exclamó él—; entonces debe de estar mejor, mucho mejor. No esperaba encontrarla de este modo, ni en este lugar. Ayer por la noche me alarmé y, si no hubiera tenido que acudir presuroso a casa de un paciente moribundo, me habría negado a abandonar su cabecera: pero mi madre parece un médico y Martha es una excelente enfermera. Vi que se trataba de un desmayo, no forzosamente grave. Pero he de conocer los detalles para determinar la causa; mientras tanto, confío en que se sienta verdaderamente mejor.

—Mucho mejor —dije con calma—. Quisiera darle las gracias, doctor John.

Pues, lector, aquel joven alto que me había acogido en su casa... aquel hijo adorado... aquel Graham Bretton era el doctor John: él y ningún otro; y he de añadir que averiguar su identidad apenas me sorprendió. Y, aún más, cuando oí los pasos de Graham en la escalera, supe qué persona entraría, y para qué imagen debía preparar mis ojos. El descubrimiento era anterior, algo que yo había percibido hacía ya mucho tiempo. Por supuesto, yo recordaba muy bien al joven Bretton; y, aunque en diez años (desde los dieciséis hasta los veintiséis) había dejado de ser un muchacho para convertirse en un hombre, el cambio no era tan grande para enturbiar mi vista o confundir mi memoria. El

doctor John Graham Bretton conservaba todavía un gran parecido con el joven de dieciséis años: tenía sus ojos; tenía alguno de sus rasgos; a saber, aquella mitad inferior del rostro tan bien moldeada. No tardé en adivinar su identidad. Lo reconocí por primera vez en aquella ocasión, relatada unos capítulos atrás, en que le miré de un modo tan inquisitivo que él me echó una especie de reprimenda. Una observación posterior confirmó, en todos los sentidos, aquella temprana conjetura. Encontré en los ademanes, en el porte y en los hábitos del hombre, cuanto prometía de muchacho. Escuché en su tono de voz, que ahora era grave, la inflexión de antaño. Algunas de las expresiones que empleaba de niño, seguían siendo peculiares en él; y lo mismo ocurría con los gestos de los ojos y de los labios, con la sonrisa y con el repentino fulgor de las pupilas bajo sus bien dibujadas cejas.

Decirle algo al respecto, insinuarle mi descubrimiento, habría sido impropio de mi forma de ser o de pensar. Había preferido, por el contrario, guardarme el secreto para mí. Me gustaba estar en su presencia envuelta en una nube que su mirada era incapaz de traspasar, mientras él aparecía ante mí bajo una luz muy especial que resplandecía sobre su cabeza, temblaba alrededor de sus pies e iluminaba únicamente su figura.

Sabía que a él le resultaría indiferente que yo diera un paso hacia delante y anunciara: «¡Soy Lucy Snowe!». De modo que me oculté tras mi puesto de profesora; y como nunca preguntó mi nombre, nunca se lo dije. Él oía que me llamaban «señorita» y «señorita Lucy»; jamás escuchó el apellido «Snowe». En cuanto a la posibilidad de que me reconociera motu proprio (a pesar de que yo había cambiado aún menos que él), si la idea no se le había pasado nunca por la cabeza, ¿por qué iba a sugerírsela yo?

Durante el té, el doctor John fue muy amable, pues su naturaleza le impedía ser de otra manera; cuando acabamos de comer y retiraron la bandeja, arregló cuidadosamente los cojines en un extremo del sofá y me obligó a recostarme en ellos. Su madre y él se acercaron también al fuego y, antes de que hubieran transcurrido diez minutos, vi los ojos de la señora Bretton clavados en mí. No hay duda de que las mujeres son más rápidas que los hombres en algunas cosas.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Rara vez he visto un parecido mayor! ¿Te has dado cuenta, Graham?

—¿De qué? ¿Qué le sucede ahora a la Anciana Dama? ¡Qué mirada, mamá! Cualquiera diría que sufres un raptó de videncia.

—Dime, Graham, ¿a quién te recuerda esta señorita?

—Mamá, estás haciendo que se ruborice. Te he dicho muchas veces que tu mayor defecto es la brusquedad; recuerda también que ella es extranjera y no

conoce tus costumbres.

—Cuando mira al suelo; o al volverse de lado, ¿a quién se parece, Graham?

—Ya que has propuesto la adivinanza, creo que deberías resolverla tú.

—Y dices que hace tiempo que la conoces... desde que empezaste a visitar el colegio de la rue Fossette; y, sin embargo, ¡nunca me has comentado este extraordinario parecido!

—¿Cómo iba a comentarte algo en lo que nunca había pensado, y que todavía desconozco? ¿Qué quieres decir?

—¡Qué muchacho más necio! ¡Mírala!

Graham la obedeció: pero aquello resultaba insoportable; supe cuál sería el desenlace y creí preferible anticiparme.

—El doctor John —dije— ha estado tan ocupado desde que me despedí de él por última vez en St Ann's Street que, aunque yo descubrí hace ya algunos meses que se trataba de Graham Bretton, jamás se me ocurrió pensar que él pudiera reconocer a Lucy Snowe.

—¡Lucy Snowe! ¡Eso pensaba yo! ¡Lo sabía! —exclamó la señora Bretton.

Y corrió al otro lado de la chimenea para besarme. Es posible que algunas señoras hubieran armado un gran alboroto ante un hallazgo semejante, aunque no les alegrara especialmente; pero ése no era el estilo de mi madrina, a quien disgustaban las demostraciones sentimentales demasiado efusivas. De modo que ella y yo nos recuperamos de la sorpresa con unas pocas palabras y un único saludo; no obstante, me atrevo a decir que ella se alegró, y sé positivamente que lo mismo me ocurrió a mí. Mientras renovábamos nuestra antigua relación, Graham, sentado enfrente, trataba de recuperarse silenciosamente de su asombro.

—Mi madre me llama necio, y creo que tiene razón —dijo finalmente—; a pesar de haberla visto con frecuencia, le prometo que jamás sospeché quién era: sin embargo, ahora lo veo con claridad. ¡Lucy Snowe! ¡Claro! La recuerdo perfectamente, y aquí está; no existe la menor duda. Pero —añadió—, ¿no habrá estado todo este tiempo callada sabiendo que yo era un viejo amigo?

—En efecto, así ha sido —respondí.

El doctor John no hizo el menor comentario. Supongo que mi silencio le pareció excéntrico, pero fue indulgente conmigo y se abstuvo de censurarme. Me atrevo a decir, asimismo, que habría juzgado impertinente interrogarme sobre los motivos de mi reserva; y, aunque es posible que sintiera un poco de

curiosidad, el caso no era tan importante para que la curiosidad se viera tentada a violar la discreción.

Por mi parte, sólo me aventuré a preguntarle si recordaba aquella ocasión en que yo le había mirado fijamente; pues aún me dolía el ligero fastidio que él había evidenciado.

—¡Claro que me acuerdo! —repuso él—. Creo que incluso me enfadé con usted.

—¿Me consideró tal vez demasiado atrevida? —inquirí.

—En absoluto. Sólo que, siendo usted tan tímida y retraída por lo general, me pregunté qué deformidad de mi rostro resultaba tan magnética para unos ojos normalmente esquivos.

—¿Entiende ahora por qué lo hice?

—Perfectamente.

Madame Bretton nos interrumpió en ese momento para hacerme un sinfín de preguntas sobre el pasado; para complacerla, tuve que revivir viejas penalidades, explicar las razones de mi aparente distanciamiento, hablar de mi lucha en solitario con la Vida, la Muerte, el Dolor y el Destino. El doctor John escuchaba, pero apenas intervenía. Madre e hijo me contaron entonces los cambios que se habían operado en sus vidas: tampoco las cosas les habían ido muy bien, y su prosperidad ya no era ni remotamente la de antes. Pero una madre tan valerosa, con el apoyo de un hijo así, tenía las cualidades necesarias para entablar un buen combate con el mundo y salir finalmente victoriosa. El mismo doctor John era una de esas personas ante cuyo nacimiento sonríen los astros más favorables. Aunque la adversidad le presentara su lado más amargo, él la aplastaría con sonrisas. Fuerte y alegre, firme y educado; valiente, pero no temerario; podía cortejar a la mismísima Fatalidad, y conseguir que en sus ojos de piedra brillase una mirada cercana al amor.

En la profesión que había elegido, su éxito estaba prácticamente asegurado. En los últimos tres meses, había alquilado aquella casa (un pequeño château, según me explicaron, a media legua de la Porte de Crécy); había elegido un lugar en el campo pensando en la salud de su madre, a quien no sentaba bien el aire de la ciudad. Había invitado a la señora Bretton a vivir con él y, al abandonar Inglaterra, ella había traído consigo algunos muebles de la mansión de St Ann's Street que no había juzgado conveniente vender. De ahí mi perplejidad ante los espectros de las sillas y los fantasmas de los espejos, las teteras y las tazas de té.

Cuando el reloj dio las once, el doctor John interrumpió a su madre.

—La señorita Snowe debe retirarse ahora —dijo—; está empezando a

ponerse muy pálida. Mañana me atreveré a hacerle algunas preguntas sobre las causas de su mala salud. Ha cambiado mucho desde el mes de julio, cuando la vi interpretar con gran animación el papel de un caballero muy gracioso y refinado. En cuanto a la catástrofe de ayer por la noche, estoy seguro de que hay una historia detrás, pero dejaremos las indagaciones para mañana. Buenas noches, señorita Lucy.

Así, pues, me acompañó amablemente hasta la puerta y, cogiendo una vela, iluminó el único tramo de escaleras que debía subir.

Después de rezar mis oraciones, cuando me desvestí y me acosté en la cama, sentí que aún tenía amigos. No unos amigos que me profesaran un cariño desbordante, ni que me ofrecieran el tierno consuelo de una relación estrecha y llena de afinidad; pero sí unos amigos a los que, por ese motivo, se podía pedir un poco de afecto sin esperar demasiado. Amigos, por otra parte, que conmovían de forma instintiva mi corazón y despertaban en él una incómoda gratitud que no tardé en pedir a la Razón que reprimiese.

«No dejes que piense mucho en ellos, ni demasiado a menudo, ni con adoración —imploré—; deja que me conforme con un pequeño trago de esta corriente de vida: no dejes que corra sedienta y me acerque impetuosa a sus acogedoras aguas; no dejes que imagine su sabor más dulce que el de los manantiales que brotan de la tierra. ¡Oh! ¡Maldita sea! ¡Ojalá pueda contentarme con una relación esporádica y cordial! Poco frecuente, transitoria, nada absorbente y tranquila, ¡muy tranquila!»

Repitiendo sin cesar estas palabras, escondí el rostro en la almohada y la empapé de lágrimas.

Capítulo XVII

La Terrasse

Esas luchas con mi carácter, con las fuertes inclinaciones de mi corazón, pueden parecer infructuosas o triviales, pero al final resultan beneficiosas; pues tienden a dar a las acciones, a la conducta, ese rumbo que la Razón aprueba y al que el Sentimiento, quizá, se opone con demasiada frecuencia: sin duda influyen en el tenor general de una vida, y permiten regularla mejor, y volver más tranquila y estable su superficie; y es sólo en la superficie donde se posa la mirada del común de los mortales. En cuanto a lo que queda debajo, será mejor dejarlo en manos de Dios. El hombre, tu igual, tan débil como tú, e indigno de juzgarle, no debe entrar jamás allí: abre la puerta al Creador, muéstrale los secretos del espíritu que Él te dio, pregúntale cómo sobrelleva

las penas que Él te envía, arrodíllate en Su presencia, y reza con fe para tener luz en la oscuridad, fuerza en la debilidad y paciencia en la extrema necesidad. Ten la seguridad de que llegará la hora, aunque quizá no sea tu hora, en que las aguas se agitarán; y de alguna forma, aunque no sea la que tú soñabas, o la que tu corazón quería y por la que sangraba, descenderá el heraldo de la salud. Los tullidos, los ciegos, los mudos y los endemoniados serán bañados en el agua. ¡Heraldo, apresúrate a venir! Cientos de ellos yacen alrededor de la piscina, llorando de desesperación al ver sus aguas inmóviles durante tantos años. Largos son los «tiempos» del Cielo: las órbitas de los mensajeros del ángel parecen infinitas a los ojos mortales; pueden durar varios siglos, y el ciclo de una de esas idas y vueltas puede prolongarse innumerables generaciones; y el polvo, tras despertar a una breve existencia de dolor y convertirse otra vez en polvo, puede entretanto desaparecer de la memoria, y volver a hacerlo de nuevo. ¡A cuántos millones de lisiados e infelices el primer y único ángel que los visitará es aquel que en Oriente llaman Azrael!

Intenté levantarme al día siguiente, pero, mientras me vestía, bebiendo de vez en cuando agua fresca de la carafe para combatir aquella debilidad que tanto me dificultaba la tarea, apareció la señora Bretton.

—¡Esto es absurdo! —fue su saludo matinal—. De ningún modo —añadió, y, tratándome con la firmeza y brusquedad que la caracterizaban (y que antaño tanto me complacía ver aplicadas a Graham, que se resistía enérgicamente a ellas), en dos minutos me devolvió a mi cautiverio de la cama francesa—. Te quedarás ahí hasta esta tarde —dijo—, son las órdenes que ha dejado mi hijo antes de salir; y puedo asegurarte que es el amo y hay que obedecerle. Ahora tomarás el desayuno.

Y lo trajo ella con sus propias manos, siempre activas, sin dejarme al cuidado de ninguna criada. Se sentó en la cama mientras yo comía. No hay muchas personas, ni siquiera entre nuestros amigos más respetados y queridos, que nos agrade tener cerca, vigilándonos y cuidándonos tan estrechamente como una enfermera a su paciente. No siempre la mirada de un amigo es una luz, ni su presencia un alivio: pero la señora Bretton era todo eso para mí; y siempre lo había sido. Nunca disfrutaba tanto de comer y de beber como cuando ella me lo daba. No recuerdo ninguna ocasión en que su entrada en una estancia no alegrara el ambiente. Nuestros caracteres, preferencias y antipatías tenían poco en común. Hay personas a las que tememos secretamente, a las que tratamos de evitar, aunque la razón nos diga que son buenas: hay otras llenas de defectos, junto a las que vivimos felices, como si nos sentara bien el aire que respiran. Los alegres ojos oscuros de mi madrina, su tez morena, su mano cálida y diligente, sus modales decididos, su carácter resuelto, eran tan beneficiosos para mí como la atmósfera de un clima muy saludable. Su hijo solía llamarla «la Anciana Dama»; me maravillaba ver en ella la vivacidad y la

energía de los veinticinco años.

—Traería mis labores —exclamó, al retirar mi taza de té vacía— y pasaría todo el día contigo si ese despótico John Graham no lo hubiera prohibido expresamente. «Mamá», me dijo antes de partir, «escúchame bien, no quiero que fatigues a tu ahijada con chismorreos»; y luego añadió que prefería que me quedase en mis habitaciones y te privara de mi magnífica compañía. Cree que has tenido unas fiebres nerviosas, Lucy, a juzgar por tu aspecto. ¿Es cierto?

Le respondí que desconocía cuál había sido mi enfermedad, pero que había sufrido mucho, sobre todo anímicamente. No me pareció conveniente profundizar más en ese asunto, pues los detalles de cuanto había padecido concernían a una parte de mi existencia que no esperaba que mi madrina compartiera. ¡A qué regiones nuevas para su naturaleza juiciosa y serena la habría conducido semejante confidencia! La diferencia entre ella y yo se asemejaba a la de un majestuoso barco que navega seguro por un mar bonancible —con una buena tripulación y un capitán risueño, valiente, aventurero y prudente— y un solitario bote salvavidas, casi todo el año en seco en su oscuro galpón, que sólo echan al agua cuando estalla la tempestad y el mar se enfurece, cuando las nubes se encuentran con las olas, cuando el peligro y la muerte se reparten el dominio de las grandes profundidades. No, el Louisa Bretton jamás abandonaba el puerto en una noche así, ni en una escena semejante: su tripulación no podía siquiera imaginarlo; así que el marinero medio ahogado del bote salvavidas guarda silencio y se niega a inventar excusas.

La señora Bretton se despidió de mí y yo me quedé feliz en la cama: ¡qué amable había sido Graham al acordarse de mí antes de su marcha!

Mi jornada fue solitaria, pero la perspectiva de la próxima velada hizo sus horas más cortas y animadas. Además, me sentía muy débil y me alegraba poder descansar. Cuando transcurrieron las horas de la mañana —esas horas que producían, incluso a los desocupados, la sensación de tener muchos asuntos que dirimir y muchas tareas que realizar, la vaga impresión de tener que atender ciertas obligaciones—, cuando pasaron esas horas de agitación y el silencioso atardecer acalló los pasos de las criadas en habitaciones y escaleras, me sumí en una especie de ensueño muy agradable.

Mi pequeño y tranquilo cuarto parecía en cierto modo una cueva en medio del mar. No había más colores en él que el blanco y el verde pálido, que recordaban la espuma y las profundidades marinas; la cornisa blanquecina estaba decorada con ornamentos en forma de concha, y había molduras blancas semejantes a delfines en las esquinas del techo. Incluso el toque de color en el alfiletero de raso rojo guardaba afinidad con el coral; y el oscuro y

brillante espejo podría haber reflejado la imagen de una sirena. Cuando cerraba los ojos, oía el fuerte viento, que al fin parecía amainar, estrellándose contra la fachada de la casa como el oleaje contra las rocas. Sentía cómo se acercaba antes de volver a retirarse lejos, muy lejos, como una marea que se alejara de la costa en el mundo sobrenatural: un mundo tan elevado que el embate de las enormes olas, la violencia de los rompientes, sólo resonaban en aquella casa submarina como unos murmullos o una canción de cuna.

En medio de aquellos sueños llegó el anochecer, y apareció Martha con una luz; me vestí rápidamente con su ayuda y, sintiéndome mucho más fuerte que por la mañana, bajé sola al salón azul.

El doctor John, al parecer, había terminado su ronda de visitas antes de lo habitual; su silueta fue lo primero que vi al entrar en la estancia; se hallaba en el hueco de la ventana que había frente a la puerta, leyendo detenidamente el periódico bajo la luz agonizante del crepúsculo. El fuego ardía en la chimenea, pero la lámpara de la mesa seguía apagada y todavía no habían traído el té.

En cuanto a la señora Bretton, mi diligente madrina —que, según me enteré después, había pasado todo el día al aire libre—, estaba ahora recostada en su sillón, durmiendo una pequeña siesta. Cuando su hijo me vio, vino a mi encuentro. Reparé en lo cuidadosamente que andaba para no despertar a su madre; también me habló susurrando: su voz siempre resultaba melodiosa, pero modulada así parecía destinada a calmar más que a interrumpir un sueño.

—Éste es un pequeño y tranquilo château —dijo, después de pedirme que me sentara junto a la ventana—. No sé si en sus paseos se habrá fijado en él; aunque, en realidad, no puede verse desde la chaussée. Una milla después de la Porte de Crécy, se coge un camino que no tarda en convertirse en una avenida que conduce, entre prados y sombras, hasta la puerta de esta casa. No es un edificio moderno, está construido según el viejo estilo de la Basse Ville. Es más un manoir que un château; lo llaman La Terrasse porque su fachada se alza en un terreno elevado cubierto de hierba, desde el que se baja a la avenida por unos escalones. ¡Mire allí! Está saliendo la luna: ¡qué hermosa parece entre los troncos de los árboles!

¿Dónde no parece hermosa la luna? ¿Cuál es el escenario, grandioso o limitado, que su esfera no glorifica? De un rosa encendido, se elevaba ahora por encima de una ladera cercana. Mientras observábamos su ascenso purpúreo, se volvió dorada y, en muy poco tiempo, flotó inmaculada en un cielo ya tranquilo. La luz de la luna, ¿alegraba o entristecía al doctor Bretton? ¿Despertaba su romanticismo? Creo que sí; pues, aunque no era de naturaleza melancólica, se le escapó un suspiro: un suspiro apagado, casi inaudible. No era difícil ver cuál era el motivo o qué buscaba; yo sabía que la belleza lo había hecho brotar y que su ideal era Ginevra. Consciente de eso, empecé a

pensar que era, en cierto modo, mi deber decir el nombre que le obsesionaba. No hay duda de que él estaba preparado para oírlo: su rostro reflejaba un intenso anhelo de verter comentarios, hacer preguntas y manifestar interés, una necesidad apremiante de expresar con palabras sus sentimientos; y sólo le contenía la turbación de no saber cómo empezar. Evitar que pasara ese mal rato era lo mejor, por no decir lo único, que yo podía hacer. Sólo tenía que pronunciar el nombre de su ídolo, y fluiría la tierna letanía del amor. Acababa de encontrar una frase adecuada: «¿Sabe usted que la señorita Fanshawe está de viaje con los Cholmondeley?», y me disponía a abrir los labios para decirla, cuando él desbarató mis planes sacando otro tema.

—Lo primero que he hecho esta mañana —exclamó, guardando sus sentimientos en el bolsillo y tomando asiento después de volver la espalda a la luna— ha sido ir a la rue Fossette y comunicar a la cuisinière que se encuentra usted sana y salva, y en buenas manos. ¿Sabe que aún no había descubierto su ausencia? Creía que estaba usted en el dormitorio grande. ¡Con cuánto esmero debe de haberla cuidado!

—¡Oh! Todo eso es muy comprensible —afirmé—. Lo único que Goton podía hacer era traerme una pequeña tisane y un trozo de pan, y los he rechazado tan a menudo durante la última semana que la buena mujer se cansó de hacer viajes inútiles de la cocina de la casa al dormitorio del internado; al final, sólo venía al mediodía para hacerme la cama. Le aseguro, sin embargo, que es una criatura bondadosa, a la que habría encantado preparar unas côtelettes de mouton si yo hubiera podido comérmelas.

—¿Qué pretendía madame Beck al dejarla sola?

—Madame Beck no podía prever que yo caería enferma.

—Creo que su sistema nervioso ha sufrido mucho...

—No sé muy bien en qué consiste mi sistema nervioso, pero me he sentido terriblemente desgraciada.

—Lo que me impide ayudarla con pócimas o píldoras. Los medicamentos no pueden animar a las personas. Mi arte se detiene en el umbral de la Hipocondría: se limita a mirar en su interior y contemplar una cámara de tortura; pero no puede decir ni hacer casi nada. Le sentaría bien disfrutar de una compañía alegre, no estar casi nunca sola, hacer mucho ejercicio.

Mi conformidad y un largo silencio siguieron a sus comentarios. Pensé que sonaban muy bien, y venían respaldados por la costumbre y el uso habitual.

—Señorita Snowe —prosiguió el doctor John (ahora que mi salud y mi sistema nervioso se habían convertido, creo que por fortuna, en tema de discusión)—, ¿me permite preguntarle cuál es su religión? ¿Es usted católica?

Alcé la cabeza sorprendida.

—¿Católica? ¡No! ¿Por qué se le ha ocurrido semejante idea?

—El modo en que me fue confiada ayer por la noche me hizo dudar.

—¿Me confiaron a usted? Pero, es cierto, lo había olvidado... Todavía desconozco cómo acabé en sus manos.

—Pues en unas circunstancias que me dejaron perplejo. Había estado todo el día atendiendo un caso especialmente interesante y realmente crítico; la enfermedad era rara y su tratamiento, dudoso: había visto un caso similar y todavía más llamativo en un hospital de París; pero ¿qué puede eso importarle a usted? Cuando, finalmente, los síntomas más alarmantes del paciente remitieron (el dolor agudo es uno de ellos), pude regresar a casa. El camino más corto atravesaba la Basse-Ville y, como la noche era terriblemente oscura, llovía y soplaban un fuerte viento, decidí ir por él. Al pasar junto a una vieja iglesia de la comunidad de las Beguinas, vi, bajo la farola del porche o del profundo arco de entrada, a un sacerdote levantando algo en sus brazos. Había suficiente luz para distinguir sus facciones, y yo lo reconocí; es un hombre que he encontrado a menudo a la cabecera de mis pacientes, ricos y pobres, sobre todo de estos últimos. Creo que es un buen anciano, mucho mejor que la mayoría de los de su clase en este país; superior en todos los sentidos: más culto y más consagrado a su deber. Nuestros ojos se encontraron, me pidió que me detuviera; lo que sostenía era una mujer, no sé si desvanecida o agonizante. Me bajé del carruaje.

»—Es compatriota suya —me dijo—; sálvela si todavía sigue con vida.

»Mi compatriota, tal como descubrí al examinarla, resultó ser la profesora de inglés del internado de madame Beck. Estaba completamente inconsciente, increíblemente pálida, casi fría.

»—¿Qué ha pasado? —pregunté al sacerdote.

»Su explicación fue muy extraña: que había estado usted aquella tarde en su confesionario; que su aspecto extenuado y afligido, unido a algunas cosas que usted le había dicho...

—¿Que yo le había dicho? ¡Me gustaría saber qué cosas!

—Algo espantoso, sin duda; pero no me lo contó: el secreto de confesión selló sus labios y contuvo mi curiosidad. Sus confidencias, sin embargo, no le habían indispuerto con usted; parecía tan impresionado, y lamentaba tanto imaginarla sola por las calles en una noche semejante, que consideró su deber cristiano vigilarla cuando saliera de la iglesia, y no perderla de vista hasta que llegara a casa. Es posible que el buen sacerdote, medio inconscientemente, mezclara con ese proceder un poco de la sutileza que caracteriza a los de su

clase: tal vez quisiera saber dónde vivía... ¿Se lo dijo usted al confesarse?

—No: por el contrario, evité cuidadosamente darle la menor indicación; en cuando a lo de confesarme, doctor John, supongo que pensara que estoy loca por haber dado ese paso, pero no pude evitarlo: imagino que fue culpa de lo que usted llama mi «sistema nervioso». Soy incapaz de expresarlo con palabras, pero mis días y mis noches se habían vuelto insoportables; me embargaba un sentimiento terrible de desolación: pensaba que, si no lo arrancaba de cuajo, seguiría creciendo hasta matarme... Del mismo modo (y esto lo comprenderá usted muy bien, doctor John) que la sangre que pasa por el corazón busca otra vía de escape cuando un aneurisma u otra causa patológica obstruyen sus cauces naturales. Necesitaba compañía, necesitaba amistad, necesitaba el consejo de alguien. No podía encontrarlos en una alcoba ni en un dormitorio, así que los busqué en una iglesia y en un confesionario. En cuanto a lo que dije allí, no fue ninguna confidencia, ningún relato. No he hecho nada malo: mi vida ha sido demasiado monótona para perpetrar alguna oscura acción, real o imaginaria; todo cuanto revelé fue una queja sombría y desesperada.

—Lucy, debería pasar seis meses viajando; ¡su naturaleza reposada se está volviendo tan excitable! ¡Maldita sea madame Beck! ¿Acaso esa rolliza viuda no tiene entrañas? ¿Cómo ha podido condenar a su mejor profesora a semejante reclusión?

—No es culpa de madame Beck —exclamé—, ningún ser viviente tiene la culpa, no quiero que acuse a nadie.

—Entonces, ¿quién ha obrado mal, Lucy?

—Yo, doctor John, yo; y una gran abstracción sobre cuyos anchos hombros me gusta lanzar montañas de reproches, como si los hubieran esculpido para soportar su carga: yo y el Destino.

—Pues ese «yo» debe cuidarse mejor en el futuro —dijo el doctor John, sonriendo—. Un cambio de aires, un cambio de escenario; eso es lo que prescribo —continuó el joven y práctico doctor—. Pero volvamos a lo nuestro, Lucy. Père Silas, con todo su tacto (dicen que es jesuita), no le dio un consejo demasiado atinado; pues, en vez de regresar a la rue Fossette, sus febriles vagabundeos... Debía de tener una fiebre muy alta...

—No, doctor John, la fiebre había remitido aquella noche... no finja que deliraba, sé que no es cierto.

—¡Muy bien! ¡No hay duda de que estaba usted tan serena como yo en estos instantes! Sus vagabundeos la llevaron en dirección opuesta al internado. Cerca de la iglesia de las Beguinas, bajo una lluvia torrencial y un fuerte viento, perdida en medio de la oscuridad, se desvaneció y cayó al suelo. El

sacerdote se apresuró a socorrerla y el médico, como ya sabemos, pasó por allí. Entre los dos conseguimos un coche de punto y la trajimos a La Terrasse. A père Silas, a pesar de su edad, le habría gustado subirla personalmente en brazos y acostarla en ese sofá. Y se habría quedado con usted hasta que recobrara el conocimiento; yo también lo hubiera hecho, pero, en ese momento, llegó un mensajero de la casa del paciente moribundo que yo acababa de dejar. Se requerían nuestros últimos servicios: la última visita del médico y el último sacramento del sacerdote; la extremaunción no podía aplazarse. Père Silas y yo nos marchamos juntos y, como mi madre estaba pasando la tarde fuera, la dejamos al cuidado de Martha, a quien di unas instrucciones que, al parecer, siguió con éxito. Y ahora, dígame, ¿es usted católica?

—Aún no —respondí, sonriendo—. Espero que père Silas no se entere nunca de dónde vivo o intentará convertirme; pero dele las gracias más efusivas y sinceras cuando le vea, y, si algún día soy rica, le mandaré dinero para sus obras de caridad. Mire, doctor John, su madre está abriendo los ojos; debería pedir el té.

Cosa que hizo; y, mientras la señora Bretton se incorporaba, sorprendida e indignada consigo misma por haberse permitido aquel lujo, y dispuesta a negar en redondo que se hubiera quedado dormida, su hijo se lanzó alegremente al ataque:

—¡Chist, mamá! No te despiertes. Eres la imagen de la inocencia cuando duermes.

—¿Cuándo duermo, John Graham? ¿De qué estás hablando? Sabes que nunca duermo de día: sólo echaba una pequeña cabezada.

—¡Exactamente! Un dulce lapso de serafín... un sueño de hada. Mamá, en esas circunstancias, siempre me recuerdas a Titania.

—Porque tú eres igual que Bottom.

—Señorita Snowe, ¿ha conocido usted a alguien tan ingenioso como mamá? Es la mujer más sagaz de su talla y de sus años.

—Guárdate esos cumplidos, caballero, y vigila tu propia talla: parece haber aumentado mucho. Lucy, ¿no crees que empieza a tener el aire de un John Bull? Estaba en los huesos, y ahora adivino en él las inclinaciones de un dragón... cierta propensión a devorar carne. ¡Ten cuidado, Graham! Te repudiaré si engordas.

—¡Como si pudieras repudiarte a ti misma! Soy indispensable para la felicidad de la Anciana Dama, Lucy. Languidecería de tristeza si no pudiera regañar a mis seis pies de iniquidad. Eso la anima de tal modo, le proporciona

tanta energía...

El uno estaba frente al otro, cada uno a un lado de la chimenea; sus palabras no parecían amables, pero sus miradas subsanaban cualquier deficiencia verbal. El mayor tesoro de la señora Bretton estaba encerrado en el pecho de su hijo; su pulso más querido latía con fuerza en el corazón de Graham. En cuanto a él, otro amor, como es natural, compartía sus sentimientos con el amor filial; y, como la nueva pasión era la más reciente, le asignó en sus emociones la ración de Benjamín. ¡Ginevra! ¡Ginevra! ¿Sabía ya la señora Bretton ante qué joven ídolo se había postrado su hijo? ¿Le parecería bien a ella esa elección? Yo no podía decirlo; pero estaba segura de que si hubiera visto el comportamiento de la señorita Fanshawe con Graham, la alternancia entre frialdad y zalamería, rechazo y seducción; si hubiera podido sospechar hasta qué punto le ponía a prueba y le hacía sufrir; si hubiera podido ver, al igual que yo, su ánimo apagado y maltrecho, y cómo ella prefería a un ser muy inferior, y lo humillaba ante él... entonces a la señora Bretton Ginevra le habría parecido estúpida o inmoral, o las dos cosas. Bueno... lo cierto es que yo también pensaba eso.

Aquella segunda velada transcurrió tan agradablemente como la primera... no, más agradablemente, en realidad: disfrutamos de una grata conversación, evitamos hablar de dificultades pasadas, fortalecimos nuestra amistad; me sentí más dichosa, más a gusto, más en casa. Aquella noche, en lugar de dormirme llorando, entré en el país de los sueños por un sendero rodeado de pensamientos felices.

Capítulo XVIII

Discutimos

Durante los primeros días de mi estancia en La Terrasse, Graham nunca se sentó a mi lado ni, en sus frecuentes paseos por la estancia, se acercó donde yo estaba o pareció más serio y preocupado de lo habitual; pero yo pensaba en la señorita Fanshawe y esperé que sus labios pronunciaran ese nombre. Mi cabeza y mis oídos estaban siempre preparados para tan delicado tema; mi paciencia recibió la orden de no bajar nunca la guardia, y mi comprensión deseó llenar su cornucopia para poder derramarla en caso de necesidad. Por fin, cierto día, después de una breve lucha interior que percibí y respeté, Graham se decidió a hablar. Empezó a hacerlo con mucha discreción, como si apenas le importara.

—He oído decir que su amiga pasa las vacaciones viajando, ¿no es así?

«¡Mi amiga!», pensé; pero no quise contradecirle. Tenía que dejarle obrar a su manera; tenía que aceptar tan necia acusación; dejaría que fuera mi amiga. Sin embargo, a modo de experimento, no pude evitar preguntarle a quién se refería.

—Ginevra... la señorita Fanshawe, ¿no ha acompañado a los Cholmondeley en un recorrido por el sur de Francia?

—En efecto.

—¿Se escriben ustedes?

—Le sorprenderá oír que nunca se me ha ocurrido solicitar semejante privilegio.

—¿Ha visto cartas escritas de su puño y letra?

—Sí, algunas dirigidas a su tío.

—No creo que les falte ingenio ni naïveté; hay tanta gracia y tan poca hipocresía en su alma...

—Escribe con bastante claridad cuando se dirige a monsieur de Bassompierre: para que pueda leer sus misivas de corrido (de hecho, las cartas de Ginevra a su rico pariente eran normalmente documentos de negocios, inequívocas peticiones de dinero).

—¿Y su letra? Seguro que es bonita, ligera, femenina.

Lo era, y así se lo dije.

—Estoy convencido de que la señorita Fanshawe lo hace todo bien —dijo el doctor John; y, como yo no parecía muy entusiasmada con su comentario, agregó—: Usted, que la conoce, ¿hay algo en lo que no sea perfecta?

—Sabe hacer muy bien varias cosas.

(«Entre otras, coquetear», añadí para mis adentros).

—¿Cuándo cree que volverá a la ciudad? —se apresuró a preguntar.

—Disculpe, doctor John, será mejor que me explique. Me siento muy honrada de que me atribuya un grado de intimidad con la señorita Fanshawe que no tengo la dicha de disfrutar, pero nunca he sido la depositaria de sus planes ni de sus secretos. Encontrará a sus amigos íntimos en una esfera muy diferente a la mía: entre los Cholmondeley, por ejemplo.

En realidad, Graham creyó que yo sentía los mismos celos que él.

—Debe perdonarla, Lucy —dijo—, y juzgarla con indulgencia; el brillo de la alta sociedad la ha deslumbrado, pero no tardará en descubrir la vacuidad de esa gente, y entonces volverá a usted con cariño acrecentado y depositará en

usted su confianza. Conozco un poco a los Cholmondeley; son personas superficiales, extravagantes, egoístas: puede estar segura de que Ginevra, en el fondo, la aprecia más a usted que a veinte de su especie.

—Es usted muy amable —contesté, lacónicamente.

Ardía en deseos de negar los sentimientos que Graham me achacaba, pero logré sofocar las llamas. Me sometí a ser considerada la triste, humillada y vieja confidente de la distinguida señorita Fanshawe: pero, lector, fue una dura sumisión.

—Sin embargo, ya ve —prosiguió el doctor John—, puedo consolarla a usted, pero no a mí mismo; no puedo esperar que Ginevra me haga justicia. De Hamal es un ser despreciable, pero me temo que a ella le gusta: ¡vana ilusión!

Mi paciencia se agotó de pronto, sin previo aviso. Supongo que la enfermedad y el agotamiento la habían desgastado y vuelto muy quebradiza.

—Doctor Bretton —estallé—, ¡no hay más vana ilusión que la suya! En todas las cuestiones es usted un hombre franco, sano, perspicaz y juicioso, menos en una: en esa única cuestión, no es más que un esclavo. En cuanto se refiere a la señorita Fanshawe, no merece el menor respeto; y yo no se lo tengo.

Me levanté y salí del salón muy agitada.

Esa pequeña escena tuvo lugar por la mañana; tenía que ver nuevamente a Graham al anochecer, y entonces comprendí hasta qué punto le había herido. No era un hombre hecho de arcilla normal, ni de materiales groseros; si los contornos de su naturaleza habían sido trazados con líneas gruesas y vigorosas, su interior mostraba en cambio una delicadeza casi femenina: un refinamiento mucho mayor del que uno podía esperar, del que uno podía creer inherente a él, incluso después de conocerle muchos años. Lo cierto es que, hasta que algún contacto demasiado brusco con sus nervios delataba una profunda sensibilidad, nadie adivinaba la complejidad de su carácter; sobre todo porque su temperamento no era especialmente comprensivo: percibir y entender al vuelo los sentimientos de los demás son dos habilidades diferentes; pocas personas atesoran las dos, algunas carecen de ambas. En el doctor John, la primera de ellas alcanzaba una perfección exquisita; y, puesto que he reconocido que no poseía en igual grado la segunda, espero que el lector tenga la consideración de no exagerar y juzgarlo antipático e insensible: por el contrario, era un hombre afable y generoso. Si alguien le daba a conocer sus necesidades, él abría la mano. Si alguien expresaba su dolor, él le escuchaba. Pero si alguien esperaba refinamiento en sus percepciones o milagros en su intuición, se llevaba un desengaño. Aquella noche, cuando el doctor John entró en la habitación y se acercó a la lámpara, comprendí con una mirada

todo lo que ocurría en su interior.

Quien le había llamado «esclavo» y le había manifestado su falta de respeto, debía de inspirarle sentimientos muy extraños. Es posible que el epíteto fuera justo y la falta de respeto, merecida; él no lo negaba: incluso estuvo dando vueltas a esa degradante posibilidad. Buscó en esa acusación la causa del infortunio que tanto turbaba su paz espiritual. En medio de la angustia de un soliloquio condenatorio, se mostró grave, tal vez frío, con su madre y conmigo. Y, sin embargo, no albergaba malos sentimientos, ni guardaba rencor, ni había mezquindad en su semblante, que, incluso sumido en el abatimiento, seguía siendo el más hermoso que pueda tener un hombre. Cuando acerqué su silla a la mesa, lo que hice en seguida para adelantarme a la criada, y le pasé el té con tembloroso cuidado, él me dijo:

—Gracias, Lucy —en el tono más amable que jamás había oído de su melodiosa voz.

Yo sólo podía hacer una cosa; debía expiar mi culpable vehemencia, o por la noche no conciliaría el sueño. Aquello era intolerable; no podía soportarlo: era incapaz de enfrentarme a él. La soledad del colegio, el silencio conventual, la inactividad, cualquier cosa me parecía preferible a vivir enemistada con el doctor John. En cuanto a Ginevra, podía ponerse las alas plateadas de una paloma o de cualquier otra ave voladora y elevarse hasta el infinito, entre las estrellas más altas, donde la imaginación de su enamorado quisiera fijar la constelación de sus encantos: yo jamás volvería a cuestionarlo. Estuve bastante tiempo intentando atraer su mirada. En más de una ocasión, sus ojos se encontraron con los míos; pero, al no tener nada que decir, se apartaron de mí, dejándome muy frustrada. Después del té, Graham se sentó, triste y silencioso, a leer un libro. Ojalá me hubiera atrevido a sentarme cerca de él, pero tenía la sensación de que si osaba dar ese paso él no escondería su hostilidad e indignación. Estaba deseando hablarle, pero ni siquiera me atrevía a susurrar. Su madre salió de la estancia; fue entonces cuando, empujada por aquel insoportable arrepentimiento, le dije en voz muy baja:

—Doctor Bretton...

Levantó la vista del libro; sus ojos no eran fríos ni malévolos, su boca no reflejaba el menor cinismo; estaba dispuesto a escuchar lo que yo tuviera que decirle: su espíritu era de una cosecha demasiado dulce y generosa para agriarse con un trueno.

—Doctor Bretton, perdone mis impulsivas palabras, se lo ruego.

Al oírme, sonrió.

—Quizá las merezca, Lucy. Si usted no me respeta, estoy seguro de que es porque no soy respetable. Me temo que soy un necio: debo de estar obrando

con mucha torpeza, pues, cuando deseo agradecer, no lo consigo.

—Vamos, no diga eso; y, aunque fuera así, ¿sería culpa de su carácter o de la perspicacia de otra persona? Pero, ahora, déjeme retirar cuanto dije en un momento de enojo. Le respeto profundamente en todos los sentidos. Si no tiene muy buen concepto de sí mismo, y exagera la valía de los demás, ¿qué es eso sino una muestra de excelencia?

—¿Acaso puede exagerarse la valía de Ginevra?

—Yo creo que sí; usted cree lo contrario. Respetemos nuestras diferencias. Perdóneme, se lo ruego; es lo único que le pido.

—¿Piensa que puedo guardarle rencor por unas palabras acaloradas?

—Veo que no lo hace, ni puede hacerlo; pero, dígame: «¡Lucy, la perdono!». De ese modo aliviará mi sufrimiento.

—Olvide su sufrimiento, al igual que yo olvido el mío: pues es cierto que me hirió un poco, Lucy. Pero, ahora que se ha calmado mi dolor, no sólo la perdono sino que me siento agradecido; sé que desea lo mejor para mí.

—Tiene razón: deseo lo mejor para usted.

Y así acabó nuestra disputa.

Si a lo largo de esta obra, lector, te parece que mi opinión del doctor John experimenta algún cambio, espero que disculpes mi aparente falta de coherencia. Expreso los sentimientos que me asaltaban en aquellos momentos; describo su carácter tal como iba apareciendo ante mí.

Graham demostró la excelencia de su naturaleza tratándome a partir de entonces con más amabilidad que antes de nuestro malentendido. Es más, el mismo episodio que, teóricamente, debería habernos alejado el uno del otro, cambió de algún modo nuestras relaciones; pero no en el doloroso sentido que yo había previsto. Hasta entonces, siempre parecía haberse interpuesto entre los dos algo invisible, pero frío, muy ligero y transparente, casi gélido: una especie de cortina de hielo. Aquellas breves y acaloradas palabras, que sólo la ira me había empujado a pronunciar, empañaron la frágil capa de escarcha de nuestras reservas; y ahora ésta se había derretido por completo. Creo que, desde aquel día, y mientras duró nuestra amistad, jamás volvió a mostrarse ceremonioso conmigo. Parecía saber que, aunque sólo hablara de sí mismo y de las cosas que a él le interesaban, mis expectativas se veían colmadas y mis deseos, satisfechos. Por ese motivo, como es natural, seguí oyendo hablar a todas horas de «Ginevra».

¡Ginevra! A él le parecía tan hermosa y tan buena; hablaba con tanta ternura de su encanto, de su dulzura, de su inocencia, que incluso yo, a pesar de lo bien que conocía la realidad, empecé a imaginar una especie de aureola

alrededor de su figura. Aun así, lector, nada me impide confesar que el doctor John decía muchas tonterías; pero yo me esforcé por ser sumamente paciente con él. Había aprendido la lección: sabía lo doloroso que era para mí contrariarle, entristecerle o decepcionarle. En un sentido nuevo y muy extraño, me volví terriblemente egoísta e incapaz de negarme la satisfacción de contentar su ánimo y someterme a su voluntad. Seguía encontrando de lo más absurdo que él se empeñara en dudar de su capacidad para ganar al final el corazón de la señorita Fanshawe, y que se desesperara por ello. Me obstiné en la idea de que ella sólo coqueteaba con él para mortificarle y de que, en el fondo, codiciaba todas y cada una de sus palabras y de sus miradas. A veces Graham me hostigaba, a pesar de mi determinación de escuchar y soportar; y, en medio del placer indescriptible y agrí dulce de escuchar y soportar de aquel modo, él golpeaba hasta tal punto en el pedernal que sostenía mi firmeza que parecían saltar chispas. Cierta día le dije, con el fin de aplacar su impaciencia, que estaba convencida de que la señorita Fanshawe tenía intención de aceptarle en el futuro.

—¿Convencida? Es fácil decirlo, pero ¿en qué se basa usted para afirmarlo?

—En algo decisivo.

—Vamos, Lucy, ¡dígame en qué!

—Lo sabe usted tan bien como yo; y, conociendo la respuesta, doctor John, me sorprende sobremanera que no deposite toda su confianza en la fidelidad de la señorita Fanshawe. Dudar en estas circunstancias es casi un insulto.

—Está empezando a hablar muy deprisa y a quedarse sin aliento; pero, antes de callarse, tiene que darme una explicación... una explicación detallada: se lo exijo.

—Se la daré, doctor John. En algunos casos, es usted un hombre espléndido y generoso: un adorador siempre preparado con su ofrenda expiatoria; si père Silas algún día le convierte al catolicismo, le dará abundantes limosnas para sus pobres, llenará de cirios el altar, y adornará con esmero la capilla de su santa favorita: Ginevra, doctor John...

—¡Chist! —exclamó—. No siga.

—No pienso callarme, y me propongo seguir: ha llenado usted las manos de Ginevra más veces de las que yo puedo contar. Ha buscado usted para ella las flores más costosas; se ha estrujado la cabeza para idear los regalos más delicados: esos que sólo las mujeres saben imaginar; y, además, la señorita Fanshawe posee una serie de aderezos que muestran que su generosidad raya en la extravagancia.

El pudor que Ginevra nunca había manifestado en aquel asunto hizo enrojecer el rostro de su admirador.

—¡Qué tontería! —exclamó, dando un violento corte con mis tijeras a una madeja de seda—. Se los regalé porque quería: ella me hizo un favor al aceptarlos.

—Le hizo más que un favor, doctor John: se comprometió a darle algo a cambio; y, si no puede ofrecerle su cariño, debería entregarle unos rouleaux de monedas de oro, como si se tratara de un negocio.

—Pero usted no la comprende; es demasiado desinteresada para preocuparse de mis regalos, y demasiado ingenua para adivinar su valor.

Me eché a reír: había oído comentar a Ginevra el precio de cada joya; y sabía bien que, a pesar de su juventud, las dificultades económicas, el valor del dinero, y los planes y esfuerzos para conseguirlo, habían sido durante años su mayor estímulo y el centro de sus pensamientos.

—Debería haberla visto —prosiguió él— cuando yo dejaba alguna nimiedad en su regazo; tan fría, tan indiferente: no mostraba el menor entusiasmo, ni miraba el obsequio complacida. Sólo a regañadientes, para que no me sintiera dolido, me permitía colocar el ramillete junto a ella y tal vez accedía a llevárselo. Y, cuando lograba ponerle una pulsera en su brazo de marfil, por muy bonita que fuera (y yo siempre elegía cuidadosamente una que me gustara y que, por supuesto, no careciera de valor), los destellos nunca deslumbraban sus brillantes ojos: apenas dirigía una mirada a mi regalo.

—Entonces, naturalmente, como no sabía apreciarlo, ¿se lo quitaba para devolvérselo?

—No; era demasiado buena para rechazarlo. Se dignaba olvidar mi comportamiento, y se quedaba con el regalo con una indiferencia propia de una dama. En esas circunstancias, ¿cómo puede un hombre considerar un indicio favorable la aceptación de sus regalos? Por mi parte, aunque le ofreciera todo lo que tengo y la señorita Fanshawe lo aceptase, es tan grande su incapacidad de dejarse influir por consideraciones sórdidas que no me atrevería a pensar que tal operación iba a acercarme un solo paso a ella.

—Doctor John —empecé a decir—, el amor es ciego...

Pero en ese instante reconocí en sus ojos azules un brillo de ironía; me recordó los viejos tiempos, me recordó su retrato: me llevó a pensar que una parte, al menos, de su convencimiento de la naïveté de la señorita Fanshawe era fingido; y me hizo suponer que tal vez, a pesar de su pasión por la belleza de Ginevra, su apreciación de las flaquezas de la joven fuera menos desacertada, más lúcida de lo que sus palabras reflejaban. Después de todo, es

posible que sólo se tratara de una mirada casual o de una impresión momentánea. Fortuita o intencionada, real o imaginaria, puso fin a nuestra conversación.

Capítulo XIX

Cleopatra

Mi estancia en La Terrasse se prolongó quince días más cuando las vacaciones llegaron a su término. La señora Bretton se las ingenió para procurarme ese descanso. Después de que su hijo dictaminara un día que «Lucy no estaba aún lo bastante fuerte para volver al pensionnat», mi madrina se dirigió a la rue Fossette, tuvo una entrevista con la directora y consiguió su permiso, con el pretexto de que el reposo y el cambio eran necesarios para mi completo restablecimiento. A esto siguió, sin embargo, un acto de cortesía del que yo habría podido gustosamente prescindir; a saber: la visita de madame Beck.

Esta dama llegó un hermoso día al château en un coche de punto. Supongo que había decidido ver qué clase de lugar habitaba el doctor John. Según parece, el bonito emplazamiento y la elegante decoración interior superaron sus expectativas; madame Beck elogió todo lo que vio, declaró que el salón azul era «une pièce magnifique», me felicitó efusivamente por la adquisición de unos amigos «tellement dignes, aimables, et respectables», me dedicó, asimismo, algunos cumplidos y, cuando llegó el doctor John, corrió a saludarlo radiante, abriendo al mismo tiempo un fuego de atropelladas palabras, en las que se mezclaban felicitaciones y comentarios sobre su «château» y «madame sa mère, la digne châtelaine», y también sobre su buen aspecto, al que sin duda favorecía la sonrisa bondadosa y divertida con la que siempre escuchaba el francés fluido y exuberante de madame. En pocas palabras, madame brilló en todo su esplendor aquel día, y entró y salió como una verdadera girándula de cumplidos, alegría y afabilidad. Con el fin de hacerle unas preguntas sobre el internado, la seguí hasta el carruaje y miré en su interior cuando ella tomó asiento y la portezuela estuvo cerrada. En aquella fracción de segundo, ¡qué cambio había experimentado! Unos instantes antes todo eran risas y animación; ahora se mostraba más severa que un juez y más grave que un sabio. ¡Qué mujer tan extraña!

Regresé a la casa y me burlé del doctor John por la devoción que inspiraba en madame. ¡Se desternillaba de risa! ¡Cuánto alborozo reflejaban sus ojos mientras recordaba sus mejores frases y las repetía, imitando su locuacidad! Tenía un gran sentido del humor y era la mejor compañía del mundo... cuando

lograba olvidar a la señorita Fanshawe.

«Sentarse al dulce y apacible sol» dicen que es excelente para las personas débiles y enfermas; les proporciona fuerza vital. Cuando la pequeña Georgette Beck se hallaba convaleciente, yo solía cogerla en brazos y pasear con ella por el jardín; y me sentaba con ella bajo una parra que el sol del mediodía hacía madurar: y sus rayos acariciaban el pálido cuerpecito de la niña con la misma sabiduría que endulzaban y engordaban los racimos de uvas.

Hay temperamentos alegres, entusiastas, afables, cuya influencia resulta tan beneficiosa para los pobres de espíritu como la luz del sol para los más frágiles. Entre esas naturalezas superiores estaban sin duda el doctor Bretton y su madre. A los dos les gustaba contagiar su felicidad, al igual que otros disfrutaban causando sufrimiento; y lo hacían de forma instintiva, sin el menor alboroto y, en apariencia, sin ser demasiado conscientes: complacían a los demás espontáneamente. Mientras estuve con ellos, todos los días propusieron algún pequeño plan que resultó de lo más placentero. Aunque el doctor John estaba muy ocupado, se las arreglaba para acompañarnos en nuestras pequeñas excursiones. No sé cómo atendía sus compromisos; eran muy numerosos, pero, gracias a su buena organización, conseguía tener unas horas libres todos los días. A menudo le vi trabajar duramente, pero sus esfuerzos rara vez eran sobrehumanos; y jamás estaba irritado, confundido o agobiado. Hacía cualquier cosa con la facilidad y la elegancia de quien posee fuerza suficiente para todo; con el inmenso regocijo de una energía inagotable.

Dejándome guiar por ellos, conocí, durante aquella feliz quincena, más cosas de Villette, de sus alrededores y de sus habitantes que en los ocho meses que llevaba en la ciudad. Graham me enseñó los lugares de interés, cuyos nombres ni siquiera había oído mencionar; y con inteligencia y entusiasmo me informó de cuanto debía saber. No parecía costarle nada hablar conmigo, y yo siempre disfruté escuchándolo. No trataba los temas vaga o fríamente; rara vez generalizaba, jamás resultaba aburrido. Los detalles divertidos le gustaban tanto como a mí; era muy observador, y no parecía escapársele nada. Por eso su conversación era tan interesante; y el hecho de que sus opiniones salieran espontáneamente de él, en lugar de sacarlas o robarlas de los libros —verdades a secas, comentarios trillados, apreciaciones poco originales—, proporcionaba una frescura a sus palabras tan excepcional como grata. Ante mis ojos, asimismo, su carácter parecía desplegar una faceta desconocida; trasladarse a un día más radiante: levantarse en un nuevo y noble amanecer.

Su madre atesoraba una gran bondad, pero la de Graham era aún más excepcional. Al acompañarle a la Basse-Ville —el barrio más pobre y poblado de la ciudad—, descubrí que sus visitas eran tanto las de un filántropo como las de un médico. No tardé en comprender todo el bien que hacía entre aquellos desgraciados, sin perder la alegría, de forma habitual, y sin atribuirse

ningún mérito por sus acciones. Las clases bajas lo adoraban; los pacientes pobres de hospicios y asilos lo recibían con entusiasmo.

Pero ¡un momento! No debo permitir que el fiel narrador degenerare en un parcial panegirista. Sé muy bien que el doctor John no era perfecto, como tampoco lo soy yo. La falibilidad humana impregnaba todo su ser: cuando estaba con él, no pasaba una hora, ni siquiera un momento, sin que alguno de sus actos, palabras o miradas delatara algo que no era divino. Un dios no podría tener la cruel vanidad del doctor John, ni su ocasional ligereza. Ningún ser inmortal se habría asemejado a él en su olvido, esporádico y pasajero, de todo lo que no fuera el presente... en su pasión fugaz por ese presente; y no es que lo dedicara, burdamente, a los placeres materiales, pero sí sacaba egoístamente de él cuanto pudiera robustecer su amor propio masculino: le gustaba alimentar ese sentimiento voraz, sin pensar en el precio del forraje, ni importarle lo que costara satisfacerlo.

Espero que al lector no le pase inadvertida la aparente contradicción entre las dos descripciones que he dado de Graham Bretton, la pública y la privada, la de puertas afuera y la de puertas adentro. En la primera de ellas, la alejada de la intimidad, se muestra olvidado de sí mismo; tan modesto a la hora de desplegar sus energías como serio y concienzudo en su trabajo. En la segunda, la hogareña, es perfectamente consciente de lo que tiene y de lo que es; le complacen los halagos, los busca con temeridad y los recibe con cierto engreimiento. Ambos retratos responden a la realidad.

Era casi imposible hacer algo para el doctor John sin que se enterara. Cuando creías haber acabado en secreto alguna pequeña sorpresa para él, pensando que, como los demás hombres, haría uso de ella sin preguntar su procedencia, te sorprendía con algún risueño comentario que indicaba que había seguido el trabajo de principio a fin: que había adivinado el propósito, observado su progreso y celebrado su término. Le gustaba que le mimaran de ese modo, y dejaba que el gozo brillase en su mirada y jugueteara en sus labios.

Todo eso habría estado muy bien si no hubiera añadido a esas bondadosas y discretas pruebas cierta obstinación en saldar lo que él llamaba deudas. Cuando su madre hacía algo para él, le pagaba derrochando vitalidad, con muestras de afecto incluso mayores de lo que ya era su alegre, burlona y cariñosa costumbre. Si descubría que Lucy Snowe había realizado alguna tarea similar, organizaba, para recompensarla, algún ameno pasatiempo.

Con frecuencia me dejaba asombrada su perfecto conocimiento de Villette; un conocimiento que no se limitaba a sus calles, sino que se extendía a galleries, salles y cabinets: parecía tener el «¡Ábrete, Sésamo!» de todas las puertas que encerraran algún objeto digno de contemplarse, de todos los

museos y las salas consagrados al arte o a la ciencia. Nunca estuve muy dotada para la ciencia, pero un instinto ciego, profundo y muy primario me inclinaba al arte. Me gustaba visitar las pinacotecas, y me encantaba quedarme a solas en ellas. En compañía de otros, mi penosa idiosincrasia me impedía ver mucho o sentir algo. Cuando tenía que hablar de lo que veía con personas que apenas conocía, a la media hora me sentía exhausta, no sólo por el agotamiento físico sino también por una completa incapacidad intelectual. En la terrible experiencia de una visita colectiva a una exposición de cuadros, un emplazamiento o edificio histórico, o cualquier lugar de interés general, siempre había un niño bien educado o un adulto muy erudito que me avergonzaba con sus profundos conocimientos. El doctor Bretton me parecía un excelente cicerone; me llevaba temprano, antes de que las galerías y museos se llenaran, me dejaba allí dos o tres horas y volvía a recogerme cuando terminaba sus visitas. Entretanto, yo era feliz; no sólo admirando los cuadros, sino también examinándolos, intentando descubrir sus entresijos y llegando a conclusiones. Al principio de esas visitas hubo algún malentendido y, por consiguiente, alguna lucha entre el Querer y el Poder. La primera de estas facultades exigía la aprobación de todo lo que se consideraba ortodoxo admirar; la segunda se lamentaba de su profunda incapacidad para pagar ese tributo; y se hostigaba y burlaba de sí misma para refinar sus gustos y avivar su entusiasmo. Cuanto más se reprendía, sin embargo, más le costaba deshacerse en elogios. Al descubrir, poco a poco, que una tremenda sensación de fatiga era el único resultado de aquellos concienzudos esfuerzos, empecé a pensar en la posibilidad de abandonar tan ardua labor, y decidí que podía hacerlo; de modo que me sumí en una placentera calma delante de noventa y nueve de cien de los cuadros expuestos.

Tenía la impresión de que una pintura buena y original era tan poco frecuente como un libro bueno y original; y acabé diciéndome sin miedo ante ciertas chefs-d'oeuvre firmadas por grandes maestros: «No se parecen ni un ápice a la naturaleza. La luz del día nunca ha tenido ese color; y ni las tempestades ni las nubes la han vuelto jamás tan mortecina como aparece bajo ese cielo índigo; y ese índigo no es el éter, y esa oscura maleza no son árboles». Varias mujeres rollizas con aire satisfecho, muy bien dibujadas, estaban muy lejos de parecerse a las diosas que creían representar. Infinidad de pequeños cuadros flamencos, minuciosamente acabados, y de bosquejos, excelentes para las revistas de moda, en los que se veían trajes de las más hermosas telas, manifestaban una laboriosidad muy encomiable singularmente aplicada. Y, sin embargo, había aquí y allá fragmentos de verdad que satisfacían a la conciencia, y rayos de luz que alegraban la vista. La fuerza de la naturaleza se revelaba en una tormenta de nieve en lo alto de una montaña; y toda su gloria emergía en un día cálido y soleado. La expresión de cierto retrato reflejaba con perspicacia su verdadero carácter; el rostro de un cuadro

histórico, con su notorio parecido filial, nos recordaba asombrosamente que un genio le había dado vida. Yo amaba esas excepciones: para mí se convirtieron en algo muy querido.

Cierto día, bastante temprano por la mañana, me encontré casi sola en una galería, delante de un cuadro de colosales dimensiones, muy bien iluminado y protegido por un cordón, frente al que habían colocado un cómodo banco para los entendidos que, después de admirarlo de pie, quisieran hacerlo sentados: aquella tela parecía considerarse a sí misma la reina de la colección.

Representaba a una mujer, de tamaño considerablemente mayor que el real, pensé. Calculé que aquella dama, en una balanza destinada a la recepción de grandes mercancías, pesaría indefectiblemente entre catorce y dieciséis stones. Lo cierto es que estaba muy bien alimentada: debía de haber consumido mucha carne, además de pan, verduras y líquidos, para alcanzar aquella altura y anchura, aquella masa de músculos, aquella abundancia de carnes. Yacía recostada en un sofá, sería difícil decir por qué. La luz del día brillaba a su alrededor; parecía gozar de buena salud y ser suficientemente fuerte para hacer el trabajo de dos cocineras; no podía alegar la menor dolencia en la espina dorsal; tendría que haber estado de pie o, por lo menos, sentada muy erguida. Nada justificaba que pasara la mañana holgazaneando en un sofá. Tendría, asimismo, que haberse vestido decentemente, y llevar un traje que la cubriese como era debido, algo muy alejado de la realidad: se las ingeniaba para que una gran cantidad de ropajes y telas —yo diría que más de veintisiete yardas— resultaran insuficientes para lograrlo. En cuanto al terrible desorden que la rodeaba, parecía inexcusable: en primer plano, había vasijas y cacharros (quizá debería decir jarrones y copas) tirados por doquier; una gran cantidad de flores marchitas se entremezclaban con ellos, y una masa caótica y absurda de cortinajes cubrían el sofá y se amontonaban en el suelo. Al consultar el catálogo, descubrí que el título de aquella notable obra era Cleopatra.

Pues bien, estaba yo sentada contemplándola con asombro (ya que había un banco, me pareció oportuno aprovecharlo), pensando que, aunque algunos detalles —las rosas, las copas de oro, las joyas, etc...— estaban pintados con gracia, el conjunto era un adefesio; la sala, casi vacía a mi llegada, empezaba a llenarse. Sin darme cuenta de eso (pues carecía de importancia para mí), me quedé en mi asiento; más para descansar que para examinar a aquella enorme reina gitana de tez oscura, de la que pronto me aburrí. Dirigí entonces la mirada hacia unos pequeños bodegones, realmente exquisitos: flores y frutos silvestres, y nidos cubiertos de musgo, repletos de huevos como perlas en un agua verdemar y cristalina; colgaban humildemente bajo aquel tosco y ridículo lienzo.

De pronto sentí una ligera palmada en el hombro. Me volví sobresaltada y vi un rostro que se inclinaba hacia mí; un rostro ceñudo, casi indignado.

—Que faites-vous ici? —dijo una voz.

—Mais, monsieur, je m’amuse.

—Vous vous amusez! Et à quoi, s’il vous plait? Mais d’abord, faites-moi le plaisir de vous lever: prenez mon bras, et allons de l’autre côté.

Hice lo que me pedía. No parecía probable que monsieur Paul Emanuel (se trataba de él), a su regreso de Roma, y ahora un hombre viajado, estuviera más dispuesto a tolerar una insubordinación que antes de que esa distinción adornara sus sienes.

—Permítame que la lleve con su grupo —exclamó, mientras cruzábamos la sala.

—No tengo grupo.

—¿No estará sola?

—Sí, monsieur.

—¿Ha venido sin nadie que la acompañe?

—No, monsieur. Me trajo el doctor Bretton.

—El doctor Bretton y su madre, como es natural...

—No; sólo el doctor Bretton.

—Y ¿le dijo que mirara ese cuadro?

—De ningún modo: lo descubrí yo sola.

Monsieur Paul tenía el pelo tan corto como el plumón de un cuervo; de lo contrario estoy segura de que se le habría erizado. Al adivinar sus propósitos, experimenté cierto placer en conservar la calma y sacarlo de quicio.

—¡El atrevimiento isleño es realmente pasmoso! —exclamó el profesor—. Singulières femmes que ces Anglaises!

—¿Qué ocurre, monsieur?

—¿Me pregunta qué ocurre? ¿Cómo se atreve usted, tan joven, a sentarse y contemplar descaradamente ese cuadro con la flema de un garçon?

—Es un lienzo horrible, pero no entiendo por qué no puedo mirarlo.

—Bon! Bon! Será mejor que cambiemos de tema. Pero no tendría que estar aquí sola.

—Y ¿si no tengo compañía... ni grupo, como dice usted? Además, ¿qué importancia tiene que esté sola? Nadie se mete conmigo.

—Taisez-vous, et asseyez-vous là... là! —dijo colocando una silla en un

rincón especialmente sombrío, delante de unos cuadros sin el menor interés.

—Mais, monsieur...

—Mais, mademoiselle, asseyez-vous, et ne bougez pas —entendez-vous? Jusqu' à ce qu'on vienne vous chercher, ou que je vous donne la permission.

—Quel triste coin! —exclamé—. Et quels laids tableaux!

Y lo cierto es que eran espantosos; se trataba de una serie de cuatro que el catálogo denominaba *La vie d' une femme*. Estaban pintados en un estilo muy peculiar: monótono, sin vida, pálido, formal. En el primero se veía a una *Jeune Fille* saliendo de la iglesia, con el misal en la mano, un vestido muy recatado, los ojos bajos y los labios fruncidos: la imagen de la más joven, infame y precoz hipócrita. En el segundo, una *Mariée*, con su largo velo blanco, arrodillada en un reclinatorio de su alcoba, con las manos juntas, dedo con dedo, mostrando el blanco de los ojos del modo más exasperante. En el tercero, una *Jeune Mère*, con la cabeza inclinada con desconsuelo sobre un bebé arcilloso e hinchado, con un desagradable rostro de luna llena. En el cuarto, una *Veuve*, vestida de negro y llevando a una niña también enlutada de la mano, contemplando un mausoleo francés en un rincón de algún *Père La Chaise*. Aquellos cuatro *Anges* eran torvos y grises como ladrones, fríos y sin vida como fantasmas. ¡Qué mujeres! ¡Quién podría vivir con ellas! ¡Falsas, malhumoradas, necias, sin sangre en las venas! Tan malas a su manera como Cleopatra, la enorme e indolente gitana.

Era imposible centrar la atención mucho tiempo en aquellas obras maestras, así que, poco a poco, desvié la mirada y empecé a observar el resto de la sala.

Una multitud de espectadores se apiñaba delante del gigantesco lienzo al que me habían prohibido acercarme; casi la mitad eran mujeres, pero monsieur Paul me explicó después que se trataba de *dames*, y que ellas podían contemplar lo que ninguna *demoiselle* debía siquiera entrever. Le dije claramente que no estaba de acuerdo con su teoría, que no la comprendía; y él, con su habitual despotismo, se limitó a pedirme que guardara silencio y a censurar mi impetuosidad e ignorancia. Jamás ha ocupado el puesto de profesor un *hombrecillo* más tiránico que monsieur Paul. Me di cuenta, dicho sea de paso, de que él miraba el cuadro con la mayor tranquilidad y durante un buen rato: no dejaba, sin embargo, de fijarse en mí de vez en cuando, supongo que para asegurarse de que yo obedecía las órdenes y respetaba los límites. Poco después, volvió a acercarse a mí. Quería saber si había estado enferma, pues eso había oído.

—Sí, pero ya estoy muy recuperada.

—¿Dónde ha pasado las vacaciones?

—Casi todo el tiempo en la rue Fossette; una pequeña parte en casa de madame Bretton.

—Tengo entendido que la dejaron sola en la rue Fossette, ¿es eso cierto?

—No estaba completamente sola: Marie Broc (la crétine) se hallaba conmigo.

Se encogió de hombros; las expresiones más variadas y contradictorias se reflejaron en su rostro. Monsieur Paul conocía bien a Marie Broc; jamás daba clase al tercer curso (el de las alumnas menos adelantadas) sin que se desatara en él un feroz conflicto de sentimientos antagónicos. El físico de la niña, sus modales repulsivos, su temperamento casi siempre rebelde, le sacaban de quicio y le inspiraban una profunda aversión; sentimiento que no tardaba en arraigar en él cuando se atentaba contra su buen gusto o se contrariaba su voluntad. Por otra parte, la desgracia de aquella criatura pedía a gritos su tolerancia y compasión... algo que su naturaleza era incapaz de pasar por alto; de ahí que se librarán casi a diario en su interior aquellas batallas entre la impaciencia y la repugnancia, por un lado, y la misericordia y el sentido de la justicia, por otro. Dicho sea en su honor, rara vez predominaban los primeros sentimientos, y, cuando así ocurría, monsieur Paul mostraba una faceta de su carácter verdaderamente temible. Sus pasiones eran desbordantes, y sus amores y sus odios igualmente intensos; a pesar de sus esfuerzos por dominarse era incapaz de disimular su vehemencia. Con ese temperamento, es fácil suponer que monsieur Paul suscitaba temor y antipatía en todas partes; pero era un error temerle, pues nada le irritaba tanto como el miedo de un espíritu receloso; y lo que más le apaciguaba era una mezcla de confianza y dulzura. Para llegar al fondo de esos sentimientos, sin embargo, había que comprender bien su naturaleza; y ésta resultaba bastante enigmática.

—¿Qué tal se las arregló con Marie Broc? —preguntó, después de unos minutos de silencio.

—Hice cuanto pude, monsieur; ¡pero era terrible estar a solas con ella!

—Entonces, ¡su corazón es débil! Le falta a usted valor; y, tal vez, compasión. No posee las cualidades que precisa una hermana de la caridad.

(A su manera, era un hombre religioso: su alma reverenciaba la abnegación y el sacrificio que predicaba la religión católica).

—No lo sé: la cuidé lo mejor que pude; pero, cuando su tía vino a buscarla, me sentí muy aliviada.

—¡Ah! Es usted una egoísta. Hay mujeres que trabajan en hospitales llenos de desgraciados como ella. ¿Podría hacer algo así?

—¿Podría hacerlo usted, monsieur?

—Las mujeres merecedoras de ese nombre deberían superar con creces a los hombres, siempre torpes, débiles y demasiado indulgentes con nosotros mismos, en el cumplimiento de esas tareas.

—La lavaba, la vestía, procuraba que no se ensuciara, intentaba entretenerla; pero ella, en vez de hablar, me hacía toda clase de muecas.

—¿Cree haber hecho grandes cosas?

—No; pero hice cuanto estaba en mis manos.

—Entonces sus fuerzas son muy limitadas, porque, por ocuparse de una idiota, cayó enferma.

—No fue ésa la causa de mi dolencia, monsieur; he tenido unas fiebres nerviosas: mi espíritu se hallaba enfermo.

—Vraiment! Vous valez peu de chose. No tiene usted madera de heroína; su valor no es suficiente para sostenerla en soledad; sólo le infunde bastante atrevimiento para mirar con sangre fría los cuadros de Cleopatra.

Habría sido fácil enojarme por el tono hostil y burlón de monsieur Paul. Pero nunca me había enfadado con él, y no deseaba empezar ahora.

—¡Cleopatra! —repetí, sin inmutarme—. También monsieur ha estado contemplándola; ¿qué piensa de ella?

—Cela vaut rien —respondió—. Une femme superbe - une taille d'impératrice, des formes de Junon, mais une personne dont je ne voudrais ni pour femme, ni pour fille, ni pour soeur. Aussi vous ne jeterez plus un seul coup d'oeil de sa côté.

—Pero si la he mirado repetidas veces mientras usted hablaba: la veo perfectamente desde este rincón.

—Vuélvase hacia la pared y estudie esos cuatro cuadros sobre la vida de una mujer.

—Disculpe, monsieur Paul; son demasiado horribles: pero, si a usted le gustan, permítame cederle mi sitio para que pueda admirarlos.

—Mademoiselle —dijo, esbozando una media sonrisa, o lo que él entendía por tal, aunque no era más que un gesto hosco y apresurado—. Las personas como usted, criadas en el protestantismo, me dejan estupefacto. Ustedes, las mujeres inglesas, son capaces de caminar sin vigilancia y con toda tranquilidad entre las rejas de un arado al rojo vivo, y escapan de ellas sin sufrir daño. Creo que, si alguna de ustedes fuera arrojada al horno más ardiente del rey Nabucodonosor, saldría sin despedir siquiera olor a quemado.

—Monsieur, ¿tendría la amabilidad de moverse un poco hacia un lado?

—¿Cómo? ¿Qué está mirando ahora? ¿No tendrá algún amigo entre aquel grupo de jóvenes?

—Eso creo... Sí, veo a una persona conocida.

De hecho, había vislumbrado una cabeza demasiado hermosa para pertenecer a alguien que no fuera el distinguido coronel de Hamal. ¡Qué testa tan elegante y refinada! ¡Qué figura tan peripuesta y acicalada! ¡Qué manos y pies tan femeninos! ¡Con qué delicadeza se llevaba el monóculo a uno de sus ojos! ¡Con cuánta admiración contemplaba a Cleopatra! Y luego ¡qué encantadoras sus risitas disimuladas y sus cuchicheos con el amigo de al lado! ¡Qué hombre tan juicioso! ¡Qué gusto tan exquisito y qué tacto el de aquel caballero! Estuve observándolo casi diez minutos, y me di cuenta de que aquella oscura y corpulenta Venus del Nilo lo tenía hechizado. Yo estaba tan interesada por lo que hacía, tan absorta intentando descubrir su carácter por sus ademanes y miradas, que me olvidé temporalmente de monsieur Paul; mientras tanto, un grupo se interpuso entre los dos; aunque es posible que los escrúpulos del profesor hubieran recibido otro golpe aún peor por culpa de mi ensimismamiento, y él hubiera preferido alejarse: en cualquier caso, cuando volví a mirar, se había ido.

Al proseguir la búsqueda, mis ojos no se tropezaron con él sino con otra silueta muy diferente, que destacaba entre la multitud tanto por su altura como por su porte. Vi acercarse al doctor John, y su rostro, su figura y su colorido eran tan distintos del oscuro, cáustico y menudo profesor como el fruto de las Hespérides de la endrina en el matorral; o como el valeroso y dócil caballo árabe del tosco y obstinado poni de Shetland. Trataba de averiguar mi paradero, pero todavía no había escudriñado el rincón dónde monsieur Paul acababa de dejarme. Me quedé quieta; quería observarlo un poco más.

Se acercó a Alfred de Hamal; se detuvo cerca de él; pensé que le complacía mirar por encima de su cabeza; el doctor Bretton contempló, asimismo, a Cleopatra. Dudo que fuera de su gusto: no sonrió tontamente como el pequeño conde; sus labios hicieron un gesto de desdén, la expresión de sus ojos fue de frialdad; se apartó discretamente a un lado, dejando sitio para que otros se aproximaran. Comprendí que me esperaba y, poniéndome en pie, fui a su encuentro.

Dimos una vuelta por el museo; era muy agradable visitarlo con Graham. Me encantaba oír sus opiniones sobre cuadros y libros, porque, sin pretender ser un entendido, expresaba su propio parecer, que siempre era original: sus comentarios eran con frecuencia justos y atinados. También era muy grato contarle algunas cosas que él no sabía... ¡escuchaba de un modo tan cortés y educado! No parecía temer que, al inclinar su hermosa y brillante cabeza para recibir las confusas y balbuceantes explicaciones de una mujer, pudiera

peligrar su dignidad masculina. Y cuando él puntualizaba algo, lo hacía con una lúcida inteligencia que dejaba sus palabras grabadas en la memoria: jamás olvidé ninguna de sus observaciones, ninguno de sus comentarios.

Cuando salimos a la calle, le pregunté qué opinaba del cuadro de Cleopatra (después de hacerle reír contándole cómo el profesor Paul Emanuel me había enviado a un rincón, y de mostrarle la dulce serie que me había aconsejado mirar).

—¡Bah! —exclamó él—. Mi madre es mucho más guapa. He oído a algunos petimetres franceses referirse a ella como le type du voluptueux; si es así, lo único que puedo decir es que le voluptueux no es de mi gusto. ¡Compare a esa mulata con Ginevra!

Capítulo XX

El concierto

Una mañana, la señora Bretton entró precipitadamente en mi cuarto y me pidió que abriera los cajones y le enseñara mis vestidos; la obedecí en silencio.

—Está bien —dijo ella, después de inspeccionarlos—. Necesitas uno nuevo.

Salió de la casa y regresó en seguida con una modista. Le ordenó que me tomara las medidas.

—Voy a elegir un traje de mi gusto —exclamó—; obraré a mi antojo en este pequeño asunto.

Dos días después llegó a La Terrasse... ¡un vestido rosa!

—No es para mí —me apresuré a decir, sintiendo que sería casi como disfrazarme de dama china.

—¿Qué no es para ti? —repuso mi madrina, añadiendo con su firme determinación—: Ya verás cómo te lo pones esta misma noche.

Pensé que no lo haría; pensé que ninguna fuerza humana lograría convencerme. ¡Un vestido rosa! No lo reconocía como mío. Él no me reconocía como dueña. Ni siquiera me lo había probado.

Mi madrina decretó que aquella noche iría con ella y con Graham a un concierto: un importante acontecimiento, según me explicó, que se celebraría en la gran sala de la principal sociedad musical del país. Tocarían los mejores alumnos del Conservatorio, e iría seguido de una rifa au bénéfice des pauvres;

para coronarlo todo, el rey, la reina y el príncipe de Labassecour estarían presentes. Graham, al enviar las entradas, había pedido que prestáramos la debida atención a nuestros atuendos, por respeto a la realeza; nos recomendó, asimismo, que estuviéramos listas a las siete en punto.

Cerca de las seis me condujeron al piso de arriba. Sin que nadie me obligara, me vi guiada e influida por una voluntad que no era la mía, que no me consultaba ni me persuadía, y a la que obedecía con docilidad. En pocas palabras, me pusieron el vestido rosa, atenuado por unas cintas de encaje negro. Me declararon en grande tenue, y me rogaron que me mirara en el espejo. Lo hice temblando de miedo; y, todavía más asustada, aparté la vista de él. El reloj dio las siete; el doctor Bretton había llegado; mi madrina y yo bajamos. Ella llevaba un vestido de terciopelo marrón; mientras la seguía protegida por su sombra, ¡cómo envidié los pliegues de su grave y oscura majestuosidad! Graham nos aguardaba en el umbral del salón.

«Espero que no crea que me he arreglado así para llamar la atención», pensé con inquietud.

—Tome estas flores, Lucy —exclamó, dándome un ramillete.

No prestó más atención a mi vestido que la reflejada en una amable sonrisa y en un gesto satisfecho, lo que calmó al instante mi sentimiento de vergüenza y mi miedo al ridículo. Por lo demás, el traje era sumamente sencillo, sin volantes ni plisados; lo que me intimidaba era la ligereza de su tela y su color encendido, pero, como Graham no vio nada absurdo en él, me resigné muy pronto a llevarlo.

Supongo que las personas que van todas las noches a un lugar de diversión no pueden disfrutar de una ópera o de un concierto con la misma intensidad que quienes sólo asisten a ellos en raras ocasiones. No creo que esperase vibrar de placer en el concierto, pues sólo tenía una vaga noción de su naturaleza, pero me gustó mucho el trayecto. La comodidad del carruaje cerrado en aquella noche fría y despejada, la dicha de salir en tan alegre y cariñosa compañía, la visión de las estrellas centelleando entre los árboles mientras avanzábamos por la avenida; y, poco después, la grandeza del cielo nocturno cuando salimos a la chaussée, el paso por las puertas de la ciudad, las fogatas encendidas, los guardas allí apostados, la inspección que simularon hacernos y que tanto nos divirtió... todos esos detalles tenían para mí, por su novedad, un encanto peculiar y deslumbrante. No sabría decir hasta qué punto emanaba de la atmósfera de amistad que nos envolvía: el doctor John y su madre, de excelente humor, discutieron alegremente todo el camino y se mostraron tan afectuosos conmigo como si fuera de la familia.

Nuestro recorrido pasaba por algunas de las principales calles de Villette, intensamente iluminadas y mucho más concurridas que al mediodía. ¡Cómo

brillaban los escaparates de las tiendas! ¡Con cuánta animación fluía la marea desbordante de vida por el ancho pavimento! Mientras contemplaba todo aquello, el recuerdo de la rue Fossette acudió a mi pensamiento: el colegio y el jardín amurallado, las aulas enormes y oscuras por las que paseaba sola a aquella misma hora, mirando las estrellas por los ventanales altos y desnudos y oyendo a lo lejos la voz de la lectora que, en el refectorio, repetía la lecture pieuse. Pronto volvería a oírla y a vagar por el internado; y la sombra del futuro se cernió con severidad sobre el radiante presente.

Mientras tanto, nos habíamos sumergido en una corriente de carruajes que avanzaban en la misma dirección, y no tardó en resplandecer ante nosotros la fachada iluminada de un gran edificio. Como he insinuado antes, apenas sabía lo que iba a encontrar en su interior, pues jamás había estado antes en un lugar público de diversión.

Nos apeamos delante de un gran pórtico donde había un enorme bullicio y mucha gente, pero no recuerdo más detalles con claridad, hasta que me encontré subiendo por una majestuosa escalinata, de gran anchura y fácil ascenso, con una gruesa y suave alfombra carmesí, que conducía a unas gigantescas puertas solemnemente cerradas, cuyos paneles eran del mismo color que la alfombra.

No sé qué clase de magia conseguía abrir aquellas puertas... el doctor John se ocupaba de esos asuntos; se abrieron, sin embargo, y apareció ante nosotros una sala, de gran tamaño, cuyas paredes circulares y techo en forma de cúpula me parecieron de oro (por la destreza con que habían sido realizados); tenían en relieve toda clase de molduras y guirnaldas, brillantes como el oro pulido o níveas como el alabastro, y el color blanco y el color áureo se fundían en hermosas coronas de hojas doradas y lirios inmaculados; tanto los cortinajes como las alfombras y los cojines eran de un vivo color carmesí. Colgando de la cúpula, refulgía una masa que me deslumbró... y que me pareció de cristal de roca; una masa de planos centelleantes, estrellas luminosas y lágrimas ondulantes, bellamente teñida de gemas dispersas como el rocío, y de trémulos fragmentos de arco iris. No era más que una araña de cristal, lector, pero a mí me pareció la obra de un genio oriental: y casi esperé ver la mano enorme, misteriosa y oscura del Esclavo de la Lámpara flotando en la brillante y perfumada atmósfera de la cúpula y custodiando su maravilloso tesoro.

Seguimos avanzando, sin que yo fuera consciente hacia dónde, pero de pronto, en algún giro, nos encontramos con un grupo de personas que venían de frente. Todavía me parece estar viéndolas: una hermosa dama de mediana edad, vestida de terciopelo oscuro; un caballero que podía ser su hijo... el rostro y la figura más elegantes que yo había visto jamás; y una tercera persona, ataviada con un vestido rosa y un manto de encaje negro.

Me fijé en los tres y, por un instante, los tomé por desconocidos: recibí así una impresión objetiva de su aspecto. Pero la impresión apenas duró y no tuvo tiempo de grabarse en mi memoria; se disipó en cuanto comprendí que estaba frente a un gran espejo entre dos columnas: ¡aquel grupo éramos nosotros! De modo que, por primera y quizá última vez en la vida, disfruté del «don» de verme tal como me veían los demás. No es necesario que me extienda en las consecuencias. Trajeron una nota discordante, una punzada de dolor; no fue una visión halagüeña y, sin embargo, debía sentirme agradecida: podría haber sido peor.

Finalmente, nos sentamos en unas butacas desde las que se divisaba toda la sala, enorme y resplandeciente, caldeada y alegre. Ya estaba llena, y el público era realmente distinguido. No sé si las mujeres eran muy hermosas, pero sus vestimentas resultaban perfectas; y las extranjeras, incluso las menos atractivas en la intimidad, parecen poseer el arte de mostrarse elegantes en público. Por muy bruscos y ruidosos que sean sus movimientos cuando se pasean por su hogar en peignoir y papillotes, reservan para los días de fiesta una forma de deslizarse, de inclinarse, de mover la cabeza y los brazos, cierta expresión en la boca y en los ojos, que siempre exhiben al engalanarse.

Se veían aquí y allá algunas figuras agraciadas, con un estilo de belleza muy singular; un estilo, según creo, jamás visto en Inglaterra: un estilo sólido, firme y escultural. Sus formas no son angulosas: una cariátide de mármol es casi tan flexible; una diosa de Fidias no resulta más serena y majestuosa. Tenían los rasgos que los pintores holandeses eligen para sus madonas: las facciones típicas de las tierras llanas, armoniosas y redondeadas, ingenuas e impasibles; por la profundidad de su calma inexpresiva, de su serenidad desapasionada, sólo pueden recordarnos a los campos nevados del Polo. Las mujeres así no necesitan adornos, y casi nunca los llevan; el pelo sedoso, cuidadosamente trenzado, ofrece sobrado contraste con las mejillas y la frente, todavía más suaves que los cabellos. Nunca resultan, al vestir, demasiado sencillas; el brazo opulento y el cuello perfecto no precisan pulseras ni cadenas.

En una ocasión, había tenido el privilegio de conocer bien a una de esas beldades: era asombroso ver la hondura y vehemencia del amor que se profesaba a sí misma; sólo lo superaba su arrogante incapacidad de sentir afecto por cualquier otro ser humano. No corría una gota de sangre por sus frías venas; una plácida linfa llenaba y casi obstruía sus arterias.

Una Juno como la que acabo de describir estaba sentada en un sitio muy visible; una especie de blanco de todas las miradas, perfectamente consciente de su papel, pero invulnerable a la magnética influencia de cualquier observador: tan fría, corpulenta, rubia y hermosa como la columna blanca de capitel dorado que se elevaba junto a ella.

Al darme cuenta de que había llamado poderosamente la atención del doctor John, le pedí en voz baja que «por el amor de Dios, protegiera bien su corazón».

—No necesita enamorarse de esa dama —susurré—, pues, se lo digo de antemano, podría morir a sus pies sin conseguir que le correspondiera.

—Muy bien —respondió—, y ¿cómo sabe usted que el espectáculo de su enorme insensibilidad no constituye para mí el mayor estímulo para rendirle homenaje? Creo que el aguijonazo de la desesperación es un maravilloso incentivo para mis emociones; pero —añadió, encogiéndose de hombros— ¡qué sabrá usted de esas cosas! Le preguntaré a mi madre. Mamá, estoy en peligro...

—¡Como si eso pudiera importarme! —exclamó la señora Bretton.

—¡Ay! ¡Qué cruel es mi destino! —dijo su hijo—. Jamás ha existido una madre menos sentimental que la mía: es incapaz de creer que pueda caer sobre ella algo tan calamitoso como una nuera.

—Si no lo hago, no será porque esa calamidad haya dejado de acosarme: llevas diez años amenazándome con ella. «¡Mamá, me casaré muy pronto!», gritabas siendo un chiquillo.

—Pero, madre, lo haré uno de estos días. En el momento más inesperado, cuando te creas más segura, me marcharé como Jacob, Esaú o cualquier otro patriarca, y regresaré con una esposa; quizá sea una de las hijas de esta tierra.

—¡Lo harás por tu cuenta y riesgo, John Graham! No tengo nada más que decirte.

—Esta madre mía pretende que sea un viejo solterón. ¡Qué anciana más celosa! Pero fijaos en esa espléndida criatura con el vestido de satén azul claro y el pelo castaño con reflets satinés como los de su traje. ¿No te sentirías orgullosa, mamá, si algún día llevara a casa a esa diosa y te la presentara como la señora de Graham Bretton?

—No llevarás ninguna diosa a La Terrasse: ese pequeño château no tendrá dos dueñas; especialmente si la segunda es de la altura, el volumen y el perímetro de esa robusta muñeca de madera y cera, satén y cabritilla.

—Mamá, ¡llenaría de un modo tan admirable tu sillón azul!

—¿Llenar mi sillón? ¡Como se atreva a hacerlo esa usurpadora extranjera...! Sería un triste sillón para ella... Pero ¡silencio, John Graham! Cierra la boca y utiliza los ojos.

Durante esta escaramuza, la sala, que yo había creído llena al entrar, continuó recibiendo grupo tras grupo, hasta que, en el semicírculo que había

frente al escenario, una densa masa de cabezas se elevó desde el suelo hasta el techo. También el escenario, o mejor dicho la inmensa plataforma provisional—mucho más grande que cualquier escenario—, desierta media hora antes, se hallaba ahora desbordante de vida; alrededor de dos magníficos pianos, situados en el centro, se había congregado silenciosamente una blanca bandada de muchachas, alumnas del Conservatorio. Observé su llegada mientras Graham y su madre discutían sobre la beldad del vestido de satén azul, y seguí con interés el proceso de su ordenamiento y colocación. Dos caballeros, a los que reconocí, dirigían aquella virginal tropa. Uno de ellos, de aspecto bohemio, barbudo y con el pelo largo, era un conocido pianista, así como el mejor profesor de música de Villette; acudía dos veces por semana al internado de madame Beck, y daba clase a las pocas alumnas con padres lo bastante ricos para pagar ese privilegio; se llamaba Josef Emanuel y era hermanastro de monsieur Paul, ese personaje arrollador, el segundo caballero que había visto en el escenario.

Monsieur Paul me divertía y sonreí al observarlo; parecía estar en su elemento... en un lugar muy visible, delante de un numeroso público, organizando, controlando, atemorizando a un centenar de señoritas. Se mostraba, asimismo, tan serio, tan enérgico, tan decidido y, sobre todo, tan autoritario. Y, sin embargo, ¿qué pintaba allí? ¿Qué tenía que ver con la música o el Conservatorio? Él, que apenas distinguía una nota de otra. Sabía que era su amor a mandar y a exhibirse lo que le había llevado allí... un amor tan ingenuo que no podía ser ofensivo. Pronto resultó ostensible que su hermano, monsieur Josef, estaba tan dominado por él como las jovencitas. ¡Jamás ha existido un hombre más parecido al halcón que monsieur Paul! Poco después, algunos cantantes y músicos famosos subieron al escenario: al llegar las estrellas, el profesor desapareció. No soportaba a las celebridades: huía cuando era incapaz de eclipsar a los demás.

Estaba todo preparado, pero un palco seguía vacío... un palco forrado de color carmesí, al igual que la escalinata y las puertas, con unos bancos cubiertos de cojines, a ambos lados de dos majestuosos sillones, solemnemente colocados bajo un dosel.

Se dio una señal, se abrieron las puertas, el público se puso en pie, la orquesta empezó a tocar y, con la bienvenida de los cánticos del coro, entraron el rey, la reina y la corte de Labassecour.

Era la primera vez que yo veía a un rey o a una reina de carne y hueso; así que es fácil imaginar hasta qué punto forcé la vista para no perder ningún detalle de aquellos especímenes de la realeza europea. Cualquier persona que contemple por primera vez a un monarca, experimentará una vaga sorpresa cercana a la decepción al no verlo permanentemente sentado en un trono, con una corona en la cabeza y un cetro en la mano. Buscando un rey y una reina, y

hallando sólo un soldado de mediana edad y una dama bastante joven, me sentí medio defraudada, medio satisfecha.

Recuerdo muy bien a aquel rey: un hombre de cincuenta años, algo encorvado, algo canoso; no había ningún rostro entre el público que se pareciera al suyo. Nunca había leído, ni me habían contado, nada de su carácter y sus hábitos; y, en un principio, los profundos jeroglíficos que parecían haber grabado con un estilete en su frente, alrededor de sus ojos y junto a su boca, me dejaron perpleja. Sin embargo, más que conocer, pronto adiviné el significado de aquellas líneas que ninguna mano había escrito. Allí estaba sentado un hombre que sufría en silencio... un hombre nervioso y melancólico. Sus ojos habían visto cierto fantasma, y llevaban mucho tiempo esperando las idas y venidas de ese extraño espectro: la Hipocondría. Tal vez la estuviera contemplando ahora, en el escenario, en medio de aquella brillante muchedumbre. La Hipocondría tiene esa costumbre, aparecer entre una ingente multitud... oscura como el Destino, pálida como la Enfermedad, y casi tan fuerte como la Muerte. Su compañero y víctima cree ser feliz unos instantes: «De ningún modo —le dice ella—, ahora vengo». Y hiel a la sangre de su corazón, y nubla la luz de sus ojos.

Es posible que algunos atribuyeran la culpa de tan terribles y característicos surcos al peso de una corona extranjera sobre su frente; y que otros lo achacaran a tempranas aflicciones. Podría haber algo de verdad en ambas suposiciones; pero las dos se veían agravadas por el enemigo más oscuro de la humanidad: una constitución melancólica. La reina, su mujer, lo sabía: tuvo la impresión de que el reflejo del dolor del marido proyectaba su tenue sombra sobre su bondadoso rostro. Aquella princesa parecía una mujer dulce, atenta, adorable; no era hermosa, no se asemejaba a las beldades de sólidos encantos y sentimientos de mármol descritas hace escasas páginas. Su figura era algo más delgada; sus facciones, aunque bastante distinguidas, recordaban demasiado a las dinastías reinantes y a las estirpes reales para ser perfectas. Su perfil era, de entrada, agradable; pero no podía evitarse relacionarlo con algunas efigies en las que unas líneas similares ofrecían un aspecto innoble, vacilante, astuto o sensual, según el caso. Los ojos de la reina, sin embargo, sólo le pertenecían a ella; y la piedad, la benevolencia y la dulce comprensión brillaban en ellos con su luz más divina. No resultaba majestuosa, pero sí elegante, amable, cariñosa. Su hijo, el príncipe de Labassecour y joven duque de Dindonneau, la acompañaba: el pequeño se apoyaba en las rodillas de su madre; y, de vez en cuando, en el transcurso de aquella velada, la vi observar al monarca, sentado a su lado, consciente de su sombrío ensimismamiento y deseosa de sacarle de él desviando su atención hacia el niño. A menudo inclinaba la cabeza para escuchar los comentarios del pequeño, y luego se los repetía riendo a su marido. El triste y taciturno rey parecía abandonar sus meditaciones, la escuchaba, sonreía, pero

invariablemente volvía a enfrascarse en ellas cuando su ángel bueno dejaba de hablar. ¡Un espectáculo patético y muy significativo! Y no lo hacía menos doloroso el hecho de que, tanto para la aristocracia como para la honrada burguesía de Labassecour, aquella peculiaridad resultara imperceptible: no descubrí entre el público ningún espíritu impresionado o conmovido.

Con el rey y la reina entraron los miembros de la corte, incluidos dos o tres embajadores de otros países; y, con ellos, la élite de los extranjeros que residían en Villette. Éstos tomaron posesión de los bancos color carmesí; las damas se sentaron; la mayoría de los hombres se quedaron en pie: la hilera de sus trajes negros, al fondo del palco, contrastaba con el esplendor de la parte delantera... un esplendor que arrojaba las más variadas luces, sombras y tonalidades. La parte central estaba llena de matronas envueltas en terciopelos y rasos, plumas y piedras preciosas; los primeros bancos, a la derecha de la reina, parecían reservados exclusivamente para las muchachas más jóvenes, las flores —quizá sería mejor decir los capullos— de la aristocracia de Villette. Allí no había joyas, ni tocados, ni la textura del terciopelo, ni el brillo de la seda: la pureza, la sencillez y la gracilidad reinaban en aquel grupo virginal. Jóvenes cabezas con los cabellos trenzados, y hermosas figuras (me disponía a escribir figuras de sílfides, pero no sería cierto: algunas de aquellas jeunes filles, que no tendrían más de dieciséis o diecisiete años, podían presumir de unos contornos tan sólidos y robustos como los de una inglesa corpulenta de veinticinco años), hermosas figuras vestidas de blanco, de rosa pálido o de azul claro, como si quisieran evocar a los ángeles del cielo. Yo conocía, como mínimo, a dos de aquellos especímenes humanos rosas y blancos. Allí estaban dos antiguas alumnas del colegio de madame Beck, mesdemoiselles Mathilde y Angélique: dos alumnas que, en su último año escolar, deberían haber estado en la clase superior, pero cuyos cerebros nunca les permitieron pasar del nivel intermedio. Las había tenido a mi cargo en clase de inglés, y sabía cuán difícil era conseguir que tradujesen racionalmente una página de El vicario de Wakefield. Y, durante tres meses, una de ellas se sentó frente a mí en el comedor, y la cantidad de pan, mantequilla y compota de frutas que engullía en el second déjeuner era asombrosa; sólo lo superaba el hecho de que se guardara en los bolsillos las rebanadas que no tenía tiempo de comer. He aquí algunas verdades... que resultan aleccionadoras.

Reconocí a otro de esos serafines, la joven más hermosa y con un aire menos recatado e hipócrita: estaba sentada junto a la hija de un lord inglés, una muchacha ejemplar, a pesar de su aspecto altanero; las dos habían entrado con la comitiva de la embajada inglesa. Ella (mi conocida) tenía una figura delgada y flexible, muy diferente a la de las damiselas del país. Tampoco llevaba los cabellos trenzados en forma de concha o de pequeña cofia de raso; parecían realmente cabellos, y caían sobre sus hombros, largos, rizados y ondulantes. Conversaba animadamente y daba la impresión de sentirse muy

satisfecha de sí misma y de su posición. No miré al doctor Bretton; pero sabía que también él había visto a Ginevra Fanshawe: estaba silencioso, contestaba con monosílabos a los comentarios de su madre, e incluso ahogaba frecuentes suspiros. Pero ¿por qué suspiraba? Había asegurado que le gustaban los amores difíciles, ¿no era justamente eso lo que quería? Su amada brillaba sobre él en una esfera superior a la suya: no podía acercarse a ella; ni siquiera tenía la certeza de que la joven fuera a dedicarle una de sus miradas. La observé para ver si le concedía ese favor. Nuestros asientos no estaban lejos de los bancos color carmesí; era inevitable que unos ojos tan rápidos y penetrantes como los de la señorita Fanshawe nos divisaran desde allí, y lo cierto es que no tardó en clavar la vista en nosotros: por lo menos, en Graham y en la señora Bretton. Yo me mantuve un poco en la sombra, medio escondida, deseando que no me reconociera en seguida: Ginevra miró fijamente al doctor John, y luego examinó a su madre con la ayuda de unos impertinentes; al cabo de unos instantes, susurró algo a su vecina, riendo; al empezar el espectáculo, su atención se desvió hacia la plataforma.

No me detendré en el concierto; mis impresiones carecen de interés para el lector: y, en realidad, no tendría sentido recordarlas, pues eran las impresiones de una completa ignorante. Las jóvenes del Conservatorio, de lo más nerviosas y asustadas, hicieron una temblorosa exhibición en los dos magníficos pianos. Monsieur Josef Emanuel estuvo a su lado mientras tocaban; pero no tenía el tacto y la influencia de su hermano, que, en similares circunstancias, habría obligado a las alumnas a comportarse con heroísmo y serenidad. Monsieur Paul habría colocado a las histéricas débutantes entre dos fuegos: el pánico al público y el pánico al propio monsieur Paul, y les habría infundido el valor de la desesperación, haciendo incomparablemente mayor el segundo que el primero. Pero monsieur Josef no sabía hacerlo.

Después de las pianistas de muselina blanca, apareció una dama madura, elegante, con aire melancólico y un vestido de raso blanco. Empezó a cantar. Sentí lo mismo al oírla que ante los trucos de un prestidigitador: me habría gustado saber cómo lo haría, cómo conseguiría que su voz subiera y bajara de aquel modo tan maravilloso; pero lo cierto es que una sencilla melodía escocesa, entonada por un tosco músico callejero, a menudo me había emocionado mucho más profundamente.

Luego salió un caballero que, haciendo una reverencia al rey y a la reina, y llevándose continuamente una mano enguantada al corazón, prorrumpió en amargas quejas contra cierta fausse Isabelle. Pensé que buscaba sobre todo la simpatía de la reina; pero, a menos que yo esté muy equivocada, Su Majestad, en lugar de mostrar un interés sincero, le dispensó una atención tranquila y cortés. El estado de ánimo de aquel caballero era terrible, así que me alegré cuando terminó su actuación.

Algunos coros llenos de brío me parecieron lo mejor del espectáculo. Había representantes de las mejores sociedades musicales de provincias; auténticos nativos de Labassecour, gordos como toneles. Aquellos personajes cantaban sin afectación: su entusiasta esfuerzo tenía al menos ese buen resultado... el oído extraía de allí una placentera sensación de energía.

A lo largo de todo el espectáculo —tímidos duetos instrumentales, petulantes solos vocales, sonoros coros de pulmones de metal—, mi atención sólo dedicó un ojo y un oído al escenario, los otros estuvieron al servicio del doctor Bretton: no podía olvidarme de él, ni dejar de preguntarme cómo se sentía, qué pensaba, si se divertía o no. Finalmente, rompió a hablar.

—¿Qué le parece, Lucy? Está usted muy silenciosa —dijo, con su animación habitual.

—Estoy tan silenciosa —respondí— porque me interesa no sólo la música sino todo cuanto me rodea.

Entonces hizo algunos comentarios tan serenos y ecuanímenes que empecé a pensar que no había visto lo mismo que yo, y le susurré:

—La señorita Fanshawe está aquí, ¿se ha dado cuenta?

—¡Oh, sí! Y me he fijado en que usted también se ha percatado de su presencia.

—¿Cree que ha venido con la señora Cholmondeley?

—La señora Cholmondeley ha llegado con un grupo muy numeroso. Sí, Ginevra estaba en su comitiva; y la señora Cholmondeley, en la comitiva de lady..., que estaba en la comitiva de la reina. Si ésta no fuera una de esas pequeñas cortes europeas, donde ceremoniosidad es casi sinónimo de familiaridad, y donde las fiestas de gala parecen reuniones caseras con traje de domingo, todo eso sonaría muy bien.

—Tengo la impresión de que Ginevra le ha visto.

—Yo también. La he mirado varias veces desde que usted dejó de hacerlo; y he tenido el honor de presenciar un pequeño espectáculo que usted se ha ahorrado.

No le pregunté cuál: esperé una información voluntaria; y no tardó en dármela.

—La señorita Fanshawe —dijo— está en compañía de una joven de la aristocracia. Da la casualidad de que conozco a lady Sara de vista; su distinguida madre ha requerido mis servicios como médico. Es una muchacha orgullosa, pero nada insolente, y dudo que Ginevra se haya ganado su aprecio convirtiendo a sus vecinos en el blanco de sus bromas.

—¿Qué vecinos?

—Sencillamente mi madre y yo. En cuanto a mí, es muy natural: supongo que nadie puede resultar más cómico que un joven médico de clase media; pero ¿mi madre? Jamás se habían burlado de ella. ¿Sabe que he tenido una sensación muy curiosa al ver su gesto desdeñoso y sus impertinentes sarcásticamente dirigidos hacia nosotros?

—No piense más en eso, doctor John: no merece la pena. Cuando Ginevra actúa de un modo irreflexivo, como obviamente ocurre esta noche, es capaz de reírse de cualquiera, incluso de esa dulce y pensativa reina o de ese melancólico rey. No lo ha hecho con crueldad, sólo por puro atolondramiento. Para una colegiala con la cabeza llena de pájaros no hay nada sagrado.

—Pero usted olvida que no estoy acostumbrado a considerar a la señorita Fanshawe una colegiala con la cabeza llena de pájaros. ¿Acaso no era mi divinidad, el ángel de mi vida?

—Bueno, ése era su error.

—A decir verdad, sin exageraciones ni romanticismos, hubo un momento hace seis meses en que la creí divina. ¿Recuerda nuestra conversación sobre los regalos? No fui completamente sincero con usted al hablar de ese tema: me divirtió su vehemencia. Para aprovechar al máximo su buen juicio, dejé que me creyera más en la oscuridad de lo que realmente estaba. Gracias a esa prueba de los regalos, me di cuenta por primera vez de que Ginevra era un ser mortal. Pero seguía fascinándome su belleza: hace tres días... hace tres horas, yo era su esclavo. Al verla esta noche, triunfal en su hermosura, mis sentimientos le han rendido homenaje; de no haber sido por un desafortunado gesto de desdén, seguiría siendo el más humilde de sus siervos. Podría haberse burlado de mí y, aun hiriéndome, no me habría perdido: habría necesitado más de diez años para conseguir conmigo lo que, en un momento, ha conseguido con mi madre.

Guardó unos instantes de silencio. Nunca había visto tanto fuego y tan poco sol en los ojos azules del doctor John.

—Lucy —prosiguió—, mire bien a mi madre y dígame objetivamente, sin miedo, cómo la ve esta noche.

—Igual que siempre... una respetable señora inglesa de clase media; bien vestida, aunque con sobriedad, nada pretenciosa, de naturaleza alegre y apacible.

—También la veo así... ¡Bendita sea! La gente dichosa se ríe con mamá, sólo los débiles se ríen de ella. Nadie se burlará de ella, al menos con mi consentimiento; y sin mi... desprecio... mi antipatía... mi...

Se detuvo: y era el momento de hacerlo, pues estaba acalorándose más de lo que la ocasión justificaba. Entonces yo no sabía que tenía dos motivos para estar disgustado con la señorita Fanshawe. Su rostro encendido, el movimiento de sus orificios nasales, el gesto de desdén de su hermoso labio inferior, me mostraron a un nuevo y sorprendente Graham Bretton. Sin embargo, no resulta agradable contemplar un arrebatado de ira en una persona de temperamento dulce y apacible; tampoco me gustó el deseo de venganza que estremeció su joven y vigoroso cuerpo.

—¿La he asustado, Lucy? —preguntó.

—No entiendo por qué se ha enojado tanto.

—Por esta razón —me dijo al oído—: Ginevra no es ni un ángel ni una mujer virtuosa.

—¡Qué tontería! Exagera usted: no hay ninguna maldad en ella.

—Demasiada para mí. Puedo ver cosas para las que usted está ciega. Pero será mejor cambiar de tema. Me divertiré tomando el pelo a mamá: le aseguraré que se está durmiendo. ¡Vamos, mamá, despierta, te lo ruego!

—John, seré yo quien te despierte a ti si no te comportas como es debido. ¿Podéis callaros Lucy y tú y dejarme oír la música?

Actuaba un estruendoso coro, lo que nos había permitido entablar nuestro diálogo anterior.

—¡La estás oyendo perfectamente, mamá! Apuesto mis gemelos, que son auténticos, contra tu falso broche...

—¡Mi falso broche, Graham! ¡Muchacho blasfemo! Sabes que es una piedra de gran valor.

—¡Oh! Ésa es una de tus supersticiones: te engañaron al comprarlo.

—Me engañan mucho menos de lo que imaginas. ¿Cómo es que conoces a las jovencitas de la corte, John? He observado que dos de ellas te han prestado mucha atención durante la última media hora.

—Preferiría que no las mirases.

—¿Por qué no? ¿Porque una de ellas dirigió burlonamente sus impertinentes hacia mí? Es una muchacha preciosa y muy necia: ¿acaso temes que sus risitas me desconcierten?

—¡Qué sensata y admirable es la Anciana Dama! Mamá, eres mejor para mí que diez esposas.

—No seas tan efusivo, John, o me desmayaré, y tendrás que llevarme fuera; y, si esa carga cayera sobre ti, cambiarías tu última frase y excluirías:

«¡Madre, diez esposas difícilmente podrían ser peores para mí que tú!».

Cuando terminó el concierto, se celebró una rifa au bénéfice des pauvres. El intervalo entre ambos fue de esparcimiento general, y de un movimiento y un bullicio de lo más amenos. La blanca bandada abandonó el escenario; una multitud de ajetreados caballeros lo invadió, a fin de preparar el sorteo. Y, entre ellos —el más ajetreado de todos—, reapareció cierta figura bien conocida, menuda pero activa, con la vitalidad y la energía de tres hombres altos. ¡Cómo trabajaba monsieur Paul! ¡Cómo daba órdenes y, al mismo tiempo, arrimaba el hombro! Media docena de ayudantes estaban a su disposición para quitar los pianos y esa clase de tareas; pero daba lo mismo: él tenía que sumar su fuerza a la de ellos. Su celo desmesurado resultaba algo irritante, algo ridículo: no pude sino ver mal todo aquel revuelo y reírme de él. Pero, en medio de los prejuicios y de la irritación, percibí, mientras le observaba, cierta encantadora naïveté en todas sus acciones y palabras; tampoco podía estar ciega a algunos vigorosos rasgos de su fisonomía, que ahora llamaban la atención por su contraste con aquella aglomeración de rostros sumisos: la profundidad e intensa agudeza de sus ojos, la energía de su frente pálida y despejada, la expresividad de su boca. Le faltaba la serenidad de la fuerza, pero no hay duda de que poseía su dinamismo y su fuego.

Mientras tanto, la sala entera bullía de agitación; casi todo el mundo se había levantado para cambiar de postura; algunos paseaban de un lado a otro, y todos hablaban y reían. El palco color carmesí ofrecía una escena especialmente animada. La larga nube de caballeros se rompió para mezclarse con el arco iris de las damas; dos o tres hombres con aspecto de oficiales se acercaron al rey y empezaron a conversar con él. La reina, abandonando su asiento, se deslizó entre la hilera de jovencitas, que se levantaron a su paso; y dedicó a cada una de ellas un detalle amable: una palabra gentil, una sonrisa o una mirada. Dirigió algunas frases a las dos bonitas inglesas, lady Sara y Ginevra Fanshawe; cuando se alejó de ellas, las dos muchachas, especialmente la segunda, resplandecieron de gozo. Después fueron abordadas por varias damas, y un pequeño círculo de caballeros se agrupó a su alrededor; entre ellos, el más cercano a Ginevra era el conde de Hamal.

—¡Qué calor tan agobiante hace en la sala! —exclamó el doctor Bretton, levantándose con súbita impaciencia—. Lucy... madre... ¿no queréis salir a tomar un poco el aire?

—Ve con él, Lucy —dijo la señora Bretton—. Prefiero guardar el sitio.

De buen grado me hubiera quedado con ella, pero el deseo de Graham tenía preferencia sobre el mío; le acompañé.

El aire era glacial; al menos, eso me pareció: no creo que el doctor John fuera consciente; pero la noche estaba en calma, y no había una sola nube en el

cielo, sembrado de estrellas. Yo iba envuelta en una piel. Paseamos un poco por la acera; al pasar bajo una farola, Graham se encontró con mi mirada.

—Parece pensativa, Lucy; ¿es por mi culpa?

—Me preocupa que se sienta apenado.

—En absoluto, así que levante ese ánimo... como yo. Estoy convencido de que la causa de mi muerte no será una enfermedad cardíaca. Puede que me hieran, puede que me sienta abatido por algún tiempo, pero ningún dolor o enfermedad sentimental ha logrado destrozarme el alma. ¿No me ha visto siempre contento en casa?

—Generalmente.

—Me alegro de que Ginevra se riera de mi madre. No cambiaría a la Anciana Dama por una docena de beldades. ¡Cuánto bien me ha hecho su gesto desdeñoso! ¡Gracias, señorita Fanshawe!

Y, quitándose el sombrero que cubría sus rizos, hizo una ridícula reverencia.

—Sí —continuó diciendo—, se lo agradezco de veras. Me ha hecho sentir que nueve décimas partes de mi corazón estaban en perfectas condiciones, y la décima sangraba por un simple pinchazo: un pequeño corte que cicatrizará en un santiamén.

—Ahora está irritado, furioso y acalorado; mañana pensará de otro modo.

—¡Furioso y acalorado! No me conoce. Por el contrario, todo mi ardor ha desaparecido: estoy tan frío como la noche... que, por cierto, quizá sea demasiado fría para usted. Vale más que regresemos.

—Doctor John... ¡qué cambio tan repentino!

—No crea; y, si es así, tengo motivos... dos motivos: le he contado uno. Pero volvamos dentro.

No resultó fácil llegar hasta nuestros asientos; la rifa había empezado, y reinaban el alboroto y la confusión; la multitud bloqueaba el pasillo, y nos vimos obligados a detenernos un rato. Miré a uno y otro lado —me pareció oír mi nombre— y divisé muy cerca al omnipresente e inevitable monsieur Paul. Tenía la vista clavada en mí... mejor dicho, en mi vestido rosa; y un comentario sarcástico brillaba en sus ojos. Era su costumbre criticar las vestimentas de profesoras y alumnas en el internado de madame Beck, algo que, por lo menos, las primeras consideraban una impertinencia. Hasta entonces, yo me había librado: mi oscuro atuendo diario no podía ser más discreto. No estaba de humor aquella noche para permitirle una nueva intromisión; en vez de soportar sus bromas, ignoraría su presencia. Así, pues,

volví el rostro hacia la manga del doctor John; encontrando en aquel abrigo negro una perspectiva más cómoda y placentera, más cordial y amistosa, que la que ofrecía el desagradable rostro del oscuro y menudo profesor. Graham pareció secundar inconscientemente mi preferencia, pues bajó la cabeza y dijo con voz amable:

—No se separe de mí, Lucy: estas multitudes no son nada respetuosas con las personas.

Pero no pude evitar traicionarme a mí misma. Cediendo a una influencia magnética o de otro tipo —inoportuna, desagradable, pero eficaz—, volví a mirar para ver si monsieur Paul se había ido. No, seguía en el mismo lugar, pero con otra expresión en los ojos; había adivinado mis pensamientos y mi deseo de esquivarlo. Su mirada burlona, pero no malhumorada, se había convertido en un oscuro ceño y, cuando me incliné para saludarlo con la idea de reconciliarme, lo único que conseguí de él fue un movimiento de cabeza sumamente rígido y severo.

—¿A quién ha hecho enfadar, Lucy? —susurró el doctor Bretton, sonriendo—. ¿Quién es ese amigo suyo de aspecto tan feroz?

—Uno de los profesores de madame Beck: un hombrecillo con muy mal carácter.

—Parece terriblemente enojado, ¿qué le ha hecho? ¿Qué ocurre? ¡Ah, Lucy, Lucy! Cuénteme qué significa todo esto.

—Le aseguro que no hay ningún misterio. Monsieur Paul es muy exigente y, como me he vuelto hacia su manga en vez de saludarle a él con una reverencia, piensa que le he faltado al respeto.

—El hombreci... —empezó a decir el doctor John.

No sé cómo hubiera terminado la frase, pues, en aquel momento, estuvieron a punto de tirarme al suelo entre los pies de la muchedumbre. Monsieur Paul había pasado bruscamente a mi lado, y avanzaba a empujones, indiferente a la seguridad y al bienestar de cuantos le rodeaban.

—Creo que incluso él mismo se llamaría méchant —señaló el doctor Bretton.

Yo estuve de acuerdo.

Poco a poco y con gran dificultad, conseguimos recorrer el pasillo y llegar a nuestros asientos. La rifa duró casi una hora; fue muy animada y divertida; como todos teníamos boletos, compartimos la esperanza y el miedo cada vez que el bombo giraba. Dos niñas de cinco y seis años sacaban los números; y los premios se anunciaban en el escenario. Eran muy numerosos, aunque de escaso valor. Tanto el doctor John como yo ganamos uno: el mío fue una

pitillera; el suyo un tocado femenino, una especie de turbante azul plateado, de lo más etéreo, con una pluma a un lado, como una ligera nube de nieve. Se mostró ansioso por hacer un intercambio; pero no logró convencerme y aún hoy conservo mi pitillera: cuando la miro, recuerdo los viejos tiempos y una velada muy feliz.

El doctor John, por su parte, extendió el brazo y sostuvo el turbante con el índice y el pulgar, mientras lo contemplaba con una mezcla de veneración y desconcierto de lo más cómica. Después de examinarlo, estuvo a punto de depositar tranquilamente el delicado tejido en el suelo, entre sus pies; no parecía tener ni idea de cómo debía guardarse: si madame Bretton no hubiera acudido en su rescate, creo que lo habría aplastado bajo su brazo como un sombrero de copa plegable; ella volvió a meterlo en su sombrero.

Graham estuvo muy animado toda la velada, y su alegría parecía sincera y espontánea. Su conducta, la expresión de su rostro, son difíciles de describir; había en ellas algo peculiar y, en cierto modo, original. Reflejaban un dominio muy poco común de las pasiones, y un caudal de profunda y vigorosa fortaleza que, sin necesidad de esfuerzos heroicos, vencía a la Decepción, arrancándole de raíz sus colmillos. Su actitud traía a mi memoria las cualidades que yo había percibido en él cuando atendía a los pobres, a los malhechores y a los infelices de la Basse-Ville: se mostraba al mismo tiempo paciente, amable, decidido. ¿Acaso se podía evitar cogerle cariño? No parecía haber en él esas debilidades que hostigan todos nuestros sentimientos con consideraciones sobre el mejor modo de apuntalar sus titubeos; jamás permitía que su ira destrozara la calma o apagara el entusiasmo; de sus labios no escapaban esas frases cáusticas que queman hasta los huesos; sus ojos no lanzaban esos dardos fríos, oxidados, venenosos, que atraviesan los corazones: a su lado se encontraba descanso y refugio, a su alrededor brillaba el sol.

Y, sin embargo, no había olvidado ni perdonado a la señorita Fanshawe. Cuando se enojaba, no creo que fuera fácil congraciarse con él; cuando se enemistaba, solía ser para siempre. Miró a Ginevra en más de una ocasión; pero no a hurtadillas ni tímidamente, con el mayor descaro. De Hamal era una especie de mueble al lado de la joven; la señora Cholmondeley se sentaba cerca, y los tres parecían entregados en cuerpo y alma a la conversación, al regocijo y a una excitación que convertía los bancos carmesíes en un lugar tan bullicioso como cualquier rincón plebeyo de la sala. En el curso de una charla aparentemente animada, Ginevra levantó una o dos veces el brazo; una hermosa pulsera resplandecía en su muñeca. Observé cómo sus destellos se reflejaban en los ojos del doctor John... y cómo nacía en ellos una chispa de desdén y de ira; Graham se rió.

—Creo que dejaré el turbante en mi altar de los sacrificios —exclamó—; allí, por lo menos, estoy seguro de que será bien recibido: ninguna grisette

acepta obsequios con tanta naturalidad como ella. Y ¡es extraño! Después de todo, es una joven de buena familia.

—Pero no conoce usted su educación, doctor John —dije—. Se ha pasado la vida yendo de un colegio a otro, y puede alegar ignorancia como atenuante de casi todas sus faltas. Además, según dice, sus padres recibieron la misma formación que ella.

—Siempre he sabido que no era rica; y hubo un momento en que eso me alegró —afirmó Graham.

—Me ha contado que en su casa son pobres —añadí—; siempre habla de esos temas con mucha ingenuidad: nunca miente como las jóvenes extranjeras. Sus padres son miembros de una numerosa familia: gozan de posición social y tienen un círculo de amistades que exige cierta ostentación. Las necesidades impuestas por las circunstancias, combinadas con un temperamento irreflexivo, han engendrado en ella una insensata falta de escrúpulos cuando se trata de conseguir algo para guardar las apariencias. Ése es el estado de cosas, el único estado de cosas, que ella ha conocido desde la infancia.

—Lo creo... y yo pensaba moldear su espíritu. Pero, Lucy, para ser sincero, esta noche he comprendido algo al verla con Alfred de Hamal: y lo he comprendido antes de que ella se mostrara insolente con mi madre. He visto la mirada que intercambiaban al entrar, y lo que delataba no ha sido de mi agrado.

—¿Qué quiere decir? ¿Acaso no conoce sus coqueteos desde hace mucho tiempo?

—¿Sus coqueteos? Podrían ser una inocente treta infantil para atraer a su verdadero enamorado; pero no me refería a ningún coqueteo: su mirada revelaba un entendimiento mutuo y secreto... nada ingenuo ni inocente. Aunque fuera más hermosa que Afrodita, ninguna mujer capaz de dirigir o de recibir una mirada así podría convertirse en mi esposa: preferiría casarme con una paysanne de falda corta y cofia alta, y tener la certeza de que es honesta.

No pude evitar sonreír. Sabía que Graham exageraba: estaba segura de que Ginevra, a pesar de su atolondramiento, era bastante honesta. Así se lo dije. El doctor John movió la cabeza, y aseguró que él no le confiaría su buen nombre.

—¡Lo único que se le puede confiar sin miedo! —exclamé—. Ginevra desvalijaría sin el menor escrúpulo el bolsillo y los bienes de su marido, y pondría a prueba, temerariamente, su paciencia y su carácter; pero no creo que empañara o dejase que otros empañaran su buen nombre.

—Está convirtiéndose en su defensora —dijo él—. ¿Quiere que recupere mis viejas cadenas?

—No; me alegro de verle libre, y confío en que continúe así por mucho tiempo. Pero debemos ser justos.

—Yo lo soy: tan justo como Radamante, Lucy. Cuando me aparto de alguien, no puedo evitar juzgarle con severidad. Pero ¡mire!, los reyes se ponen en pie. Me gusta esta reina: tiene un rostro muy dulce. Mamá también está muy cansada; jamás conseguiremos llevarla a casa si nos quedamos más tiempo.

—¿Cansada yo, John? —exclamó la señora Bretton, tan animada y despierta como su hijo—. Me comprometo a aguantar más que tú: podemos quedarnos aquí hasta mañana, ¡ya veremos quién está más exhausto al amanecer!

—No me gustaría hacer el experimento; pues, en verdad, eres el más fuerte de los árboles de hoja perenne, y la más fresca y lozana de las matronas. Los nervios delicados y la frágil constitución de tu hijo servirán entonces de pretexto para pedirte que nos marchemos en seguida.

—¡Qué joven tan indolente! No hay duda de que te encantaría estar en la cama; y supongo que hay que complacerte. También Lucy parece un poco cansada. ¡Qué vergüenza, Lucy! A tu edad, una semana de festejos no me habría hecho palidecer ni un poco. Marchaos los dos; y podéis reiros cuanto queráis de la Anciana Dama. Yo, por mi parte, me encargaré de la sombrerera y del turbante.

Así lo hizo. Le ofrecí mi ayuda, pero la rechazó con bondadoso desdén: mi madrina opinaba que yo tenía bastante con cuidar de mí misma. Sin la menor ceremonia, en medio del alegre caos que siguió a la salida de los reyes, la señora Bretton nos precedió y nos abrió camino entre la multitud. Graham seguía apostrofando a su madre, la grisette más hermosa que había tenido la suerte de ver cargada con una sombrerera; también quiso que me fijara en el afecto que mi madrina sentía por el turbante azul celeste, y anunció su convicción de que algún día se lo pondría.

La noche era terriblemente fría y oscura, pero no tardamos en encontrar el carruaje. Pronto estuvimos encajados en su interior, tan calientes y cómodos como al lado de la chimenea; y creo que el trayecto de vuelta fue incluso más agradable que el de ida. Agradable a pesar del cochero, que había estado casi todo el concierto en la tienda del marchand de vin, y nos llevó varias millas por la negra y solitaria calzada después de haber pasado de largo el camino que conducía a La Terrasse; nosotros, ocupados en hablar y reír, no reparamos en su extravío hasta que, finalmente, la señora Bretton comentó que siempre había creído que el château estaba en un lugar apartado, pero no en el fin del mundo, como parecía ser el caso, pues llevábamos hora y media en el carruaje y todavía no habíamos cogido la avenida.

Entonces Graham miró por la ventanilla y, al divisar unos campos extensos y oscuros, con hileras desconocidas de árboles desmochados y de tilos a lo largo de sus cercas hundidas e invisibles, empezó a hacer conjeturas sobre lo ocurrido; y, ordenando al cochero que se detuviera, se subió al pescante y cogió él mismo las riendas. Gracias a él, llegamos a casa sanos y salvos, con hora y media de retraso.

Martha no se había olvidado de nosotros; un alegre fuego ardía en la chimenea y una deliciosa cena esperaba en el comedor: las dos cosas nos llenaron de regocijo. Empezaba a amanecer cuando nos retiramos a nuestras habitaciones. Me quité el traje rosa y el manto de encaje, y me sentí mucho más feliz que al ponérmelos. Quizá no todas las jóvenes que habían brillado por su hermosura en el concierto podían decir lo mismo; pues no todas habían disfrutado de la amistad... de su sereno consuelo y de su modesta esperanza.

Capítulo XXI

Reacción

Sólo faltaban tres días para mi regreso al pensionnat. Casi contaba en el reloj los segundos de aquellos días; de buena gana habría retrasado su vuelo; pero ellos pasaban silenciosamente mientras yo los observaba: cuando ya se habían ido, seguía aterrándome su marcha.

—Lucy no nos dejará hoy —dijo, cariñosamente, la señora Bretton en el desayuno.

—No pediría un día más de vacaciones aunque supiera que iban a concedérmelo —respondí—. ¡Ojalá me hubiera despedido ya y estuviera instalada en la rue Fossette! Debo irme esta mañana... cuanto antes; mi baúl está listo.

Resultó, sin embargo, que mi marcha dependía de Graham; había quedado en acompañarme, pero aquel día tuvo tantas visitas que no regresó a casa hasta el atardecer. Eso dio lugar a una pequeña discusión. La señora Bretton y su hijo insistieron en que me quedara una noche más. Me habría echado a llorar, ¡estaba tan impaciente por irme! Deseaba separarme de ellos con la misma intensidad que el condenado a muerte desea que caiga el hacha en el patíbulo: es decir, anhelaba el fin de mi sufrimiento. Ellos no podían entenderlo. En situaciones así, desconocían mi estado de ánimo.

Había oscurecido cuando el doctor John me ayudó a bajar del carruaje delante del internado de madame Beck. La farola de la entrada estaba encendida; caía una llovizna de noviembre, que no había cesado en todo el día:

la luz se reflejaba sobre el pavimento mojado. En una noche muy parecida, menos de un año antes, me había detenido por primera vez ante ese mismo umbral; la escena no podía ser más similar. Me acordaba de las losas del empedrado sobre las que había fijado mi mirada extraviada mientras esperaba, solitaria e implorante, con el corazón encogido, a que abrieran esa misma puerta. También aquella noche había estado unos instantes con quien ahora me acompañaba. ¿Le había hablado de aquel encuentro? No, nunca lo había hecho, ni me había sentido inclinada a hacerlo: era un bonito recuerdo que pervivía en mi memoria; y prefería conservarlo allí.

Graham tocó la campanilla. La puerta se abrió al instante, pues era la hora en que las mediopensionistas volvían a sus hogares; por ese motivo, Rosine estaba muy pendiente de la puerta.

—No hace falta que pase, doctor John —le dije; pero él entró un momento al iluminado vestíbulo.

No quería que viera las lágrimas asomando a mis ojos, pues su naturaleza era demasiado bondadosa y no tenía sentido que le mostrara mi pena. Siempre deseaba curar... aliviar... cuando, a pesar de ser médico, no estaba en su poder ni la curación ni el alivio.

—Ánimo, Lucy. Piense en mi madre y en mí como en verdaderos amigos. No la olvidaremos.

—Tampoco les olvidaré yo, doctor John.

Metieron mi baúl. Nos estrechamos la mano; se volvió para irse, pero no parecía satisfecho: necesitaba hacer o decir algo más para contentar sus generosos impulsos.

—Lucy —exclamó, poniéndose detrás de mí—, ¿se sentirá muy sola en este lugar?

—Al principio, sí.

—Mi madre vendrá en seguida a visitarla; y, entretanto, ¿sabe lo que haré? La escribiré... cualquier tontería que se me ocurra, ¿le parece bien?

«¡Qué corazón tan bueno y tan noble!», pensé; pero moví la cabeza, sonriendo, y dije:

—De ningún modo: no quiero que se moleste. ¡Usted escribirme a mí! Con lo ocupado que está...

—¡Oh! Encontraré algún momento. ¡Adiós, Lucy!

Se había ido. La pesada puerta se cerró con estruendo: el hacha del verdugo había caído... el dolor me atenazaba.

Sin darme tiempo para pensar o sentir, tragándome las lágrimas como si fueran vino, pasé al salón de madame Beck para hacerle la visita ineludible de cortesía y respeto. Me recibió con una cordialidad muy bien ensayada, y se mostró incluso efusiva al darme brevemente la bienvenida. Me dedicó diez minutos. De la salle à manger me dirigí al refectorio, donde se congregaban alumnas y profesoras para el estudio de la tarde: su bienvenida me pareció bastante menos falsa. Una vez hecho esto, pude retirarme a mi dormitorio.

«¿Me escribirá realmente Graham?», pensé, sentándome agotada en el borde de la cama.

La Razón llegó sigilosamente hasta mí en medio de la penumbra de aquel largo y oscuro dormitorio, y me susurró con calma:

«Tal vez te escriba una vez. Su generosidad le empujará a hacer ese esfuerzo. Pero no será algo continuo... puede que no se repita. Sería una auténtica locura confiar en esa promesa... sería de una ingenuidad delirante confundir un charco pasajero, que forman unas gotas de agua, con el manantial perenne que se renueva a lo largo de las estaciones».

Incliné la cabeza, y continué enfrascada en mis meditaciones durante una hora. La Razón seguía hablándome en voz baja, apoyando en mi hombro su mano marchita y rozando mis oídos con sus labios fríos y amarrotados de anciana.

«Y si él te escribiera —susurraba—, ¿qué? ¿Te las prometes muy felices porque le responderás? ¡Ah! ¡Estás loca! ¡Te prevengo! Que tu contestación sea breve. No esperes el deleite del corazón... ni la indulgencia del intelecto: refrena los sentimientos, aguza tus facultades: no pierdas el tiempo pensando en una correspondencia amistosa, no albergues la esperanza de un entendimiento perfecto».

«Pero he hablado con Graham y no me has reprendido», decía yo.

«No —contestaba ella—, no necesitaba hacerlo. Hablar es una buena disciplina para ti. Tu conversación es imperfecta. Mientras hablas, no puedes olvidar tu inferioridad... ni alentar falsas ilusiones: el dolor, las privaciones, las penurias condicionan tu lenguaje...».

«Pero —insistía yo—, cuando la presencia corporal es débil y el habla despreciable, no puede ser un error emplear el lenguaje escrito para expresar lo que unos labios temblorosos no logran decir».

La Razón se limitaba a responder:

«Acaricia esa idea por tu cuenta y riesgo, o deja que su influencia aliente tus cartas».

«Pero, si siento, ¿no puedo expresarlo?»

«¡Jamás!», afirmaba ella.

Yo gemía ante su amarga severidad. Jamás... jamás... ¡Qué palabra tan dura! La Razón, aquella arpía, no me permitía alzar la mirada, ni sonreír, ni abrigar esperanzas: no descansaba hasta verme hundida, descompuesta, acobardada. Según ella, yo sólo había nacido para ganarme el pan con el sudor de mi frente, esperar la muerte, y vivir siempre sumida en el abatimiento. Es posible que la Razón estuviera en lo cierto; pero no es extraño que a veces nos alegremos de desafiarla, huyendo de su mano de hierro y dando unas horas de holganza a la Imaginación... su suave y brillante enemiga, nuestro dulce Amparo, nuestra divina Esperanza. Podemos y debemos romper de vez en cuando las ataduras, a pesar de la terrible venganza que nos aguarda a nuestro regreso. La Razón es tan vengativa como un diablo: siempre fue tan venenosa conmigo como una madrastra. Si la hubiera obedecido, habría sido por miedo, no por amor. Si no hubiera sido por ese Poder que guarda mi secreto y me jura lealtad, hace mucho tiempo que habría muerto de lo mal que me ha tratado: sus prohibiciones, su frialdad, su mesa vacía, su lecho helado, sus violentos e incesantes golpes. A menudo la Razón me ha echado a la calle en medio de la noche, en pleno invierno, bajo una gélida nieve, arrojándome como único alimento los huesos roídos abandonados por los perros; ha jurado implacable que en su despensa no quedaba nada para mí, y me ha negado cruelmente el derecho a pedir algo mejor... Entonces, levantando la mirada, he visto en el cielo una cabeza rodeada de estrellas, y la que estaba en el centro, la que brillaba más, me ofrecía un rayo atento y lleno de comprensión. Un espíritu más suave y mejor que el de la Razón Humana ha descendido en silencioso vuelo hasta la tierra baldía, trayendo un aire de eterno verano, un perfume de flores que jamás podrán marchitarse, una fragancia de árboles cuyo fruto es la vida, una brisa límpida de un mundo cuyos días no necesitan un sol que los ilumine. Ese ángel bueno saciaba mi hambre con alimentos dulces y extraños, que le entregaban los ángeles tras recoger su cosecha, cubierta de blanco rocío, en las primeras horas de un día celestial. Con ternura, enjugaba las penosas lágrimas que me arrebatan la vida, ofreciendo descanso a una mortal fatiga, infundiendo esperanza y aliento a mi embotada desesperación. ¡Divina, compasiva, valiosa influencia! Cuando me arrodille ante alguien que no sea Dios, será ante tus blancos y alados pies, hermosos en las montañas y en los llanos. Se han levantado templos en honor del Sol, y erigido altares en honor de la Luna. ¡Tu gloria es mayor! Las manos no construyen nada para ti, y los labios no te bendicen; pero los corazones siguen venerándote fielmente a lo largo de los siglos. Tu morada es demasiado amplia para tener muros, demasiado elevada para tener bóveda; un templo cuyo suelo es el espacio... unos ritos cuyos misterios restablecen la armonía de los mundos.

¡Soberana absoluta! Tienes, para resistir, un gran ejército de mártires; para triunfar, el grupo de los elegidos. Deidad absoluta, ¡tu esencia saldrá

victoriosa!

Esa hija de los cielos se acordó de mí aquella noche; me vio llorar y se acercó a consolarme:

«Duerme —me dijo—, duerme dulcemente... yo velaré tus sueños».

Y cumplió su palabra, y me vigiló mientras dormía; pero, al amanecer, la Razón le relevó de su guardia. Me desperté sobresaltada; la lluvia golpeaba los cristales, y el viento aullaba de vez en cuando, irritado; en el centro del dormitorio, la lamparilla se extinguía en su soporte negro y circular: empezaba a despuntar el día. ¡Cómo compadecí a quienes el sufrimiento espiritual erosiona el ánimo en lugar de espolearlo! Aquella mañana, el dolor de despertarme me sacó de la cama con la misma violencia que la mano de un gigante. ¡Con cuánta rapidez me vestí en medio del frío de aquel crudo amanecer! ¡Con qué ansia bebí el agua helada de mi vasija! Era el cordial al que siempre recurría cuando me sentía desgraciada.

La campana no tardó en tocar su réveil para todo el internado. Como ya estaba vestida, bajé sola al refectorio, donde había una estufa encendida y el aire estaba caldeado; el resto de la casa sufría los rigores del invierno continental: aunque sólo estábamos a principios de noviembre, el viento del norte había extendido por Europa su aliento helado. Recuerdo lo poco que me gustaban las estufas negras cuando llegué a la rue Fossette; pero ahora empezaba a relacionarlas con una sensación de bienestar, y las amaba tanto como en Inglaterra se ama el fuego del hogar.

Sentada frente a aquella oscura fuente de calor, sostuve una profunda discusión conmigo misma sobre la vida y sus oportunidades, sobre el destino y sus decretos. Mi espíritu, más tranquilo y animoso que la víspera, estableció para sí algunas normas muy severas, prohibiendo bajo pena de muerte cualquier vaga evocación de la felicidad pasada, ordenando un paciente viaje por los páramos del presente, imponiendo confianza en la fe... y una atenta observación de la columna de nube y de la columna de fuego, que nos someten y atemorizan al tiempo que nos guían e iluminan... acallando, asimismo, el impulso de caer en la idolatría, reprimiendo el deseo acuciante de vislumbrar una lejana tierra de promisión cuyas orillas tal vez sólo logren alcanzarse en los sueños postreros, y cuyos dulces pastos sólo podrán contemplarse desde la desolada y sepulcral cima de un monte Nebo.

Poco a poco, un sentimiento en el que se entremezclaban la fuerza y el dolor rodeó con fuerza mi corazón, protegiendo, o al menos moderando, sus latidos y dejándome en condiciones de hacer mi trabajo diario. Levanté la cabeza.

Como he dicho antes, estaba sentada junto a la estufa instalada en la pared

que separaba el refectorio del carré, calentando así las dos estancias. En esa misma pared, muy cerca de la estufa, había una ventana que también daba al carré; cuando alcé la vista, un gorro con borla, una frente y dos ojos llenaban el hueco de cristal; la mirada fija de esos dos ojos se encontró con la mía: estaban observándome. Hasta entonces no me había dado cuenta de que las lágrimas corrían por mis mejillas, pero me percaté de ello en ese mismo instante.

Era una casa extraña, donde ningún rincón estaba a salvo de los intrusos, donde no se podía derramar una lágrima ni cavilar sobre algo sin que hubiera un espía cerca que tomara nota o lo descubriera. Y ese nuevo espía masculino, llegado del exterior, ¿qué hacía en el internado a aquella hora tan insólita? ¿Qué derecho tenía a importunarme de ese modo? Ningún otro profesor se habría atrevido a cruzar el carré antes de que sonara la campana que señalaba el inicio de las clases. Pero monsieur Emanuel no tenía en cuenta las horas ni las normas: había un libro que deseaba consultar en la biblioteca del primer curso, y había venido en su busca, pasando, de camino, por el refectorio. Tenía la costumbre de mirar delante, detrás, a un lado y a otro: me había visto a través de la pequeña ventana... y ahora había abierto la puerta del refectorio y allí estaba.

—Mademoiselle, vous êtes triste.

—Monsieur, j'en ai bien le droit.

—Vous êtes malade de coeur et d'humour —prosiguió—. Está usted furiosa y afligida. Veo en sus mejillas dos lágrimas ardientes como chispas y saladas como cristales marinos. Mientras le hablo me mira de un modo extraño. ¿Quiere que le diga a qué me recuerda?

—Monsieur, pronto será la hora de las oraciones; apenas tengo tiempo para hablar a estas horas... perdone...

—Soy capaz de perdonar cualquier cosa —me interrumpió—. Mi talante es tan apacible que ni los desaires ni, tal vez, los insultos pueden alterarlo. Me recuerda usted a una joven criatura salvaje, recién capturada, sin domar, que observa con una mezcla de fuego y de miedo la entrada de quien va a domesticarla.

¡Aquellas palabras no tenían justificación! Dirigidas a una alumna, habrían sido imprudentes y groseras; a una profesora, resultaban inadmisibles. Quería hacerme perder los estribos; había visto con anterioridad cómo hostigaba a las personas impulsivas para que montaran en cólera. Yo no satisfaría sus malas intenciones; me quedé callada.

—Usted tomaría una dosis de veneno dulce, y desdeñaría un saludable licor amargo con repugnancia —dijo.

—Lo cierto es que nunca me ha gustado el licor amargo; y tampoco me parece muy saludable. En cuanto a lo dulce, sea veneno o alimento, tendrá que reconocerle al menos su deliciosa cualidad: la dulzura. Tal vez sea mejor morir rápidamente de una muerte agradable que seguir arrastrando una vida sin alicientes.

—Sin embargo, si yo tuviera poder para administrárselo, tomaría usted una dosis diaria de licor amargo; en cuanto a su adorado veneno, es muy posible que yo rompiera la copa que lo contiene.

Volví bruscamente la cabeza, en parte porque su presencia me desagradaba, y en parte porque quería eludir sus preguntas: temía que, en mi estado de ánimo, el esfuerzo de responderlas me hiciera perder el dominio de mí misma.

—Vamos —exclamó, suavizando la voz—, dígame la verdad... le apena haberse separado de sus amigos, ¿no es así?

La dulzura insinuante no era más aceptable que la curiosidad inquisitorial. Guardé silencio. Monsieur Paul entró en el refectorio, se sentó en un banco a dos yardas de mí, y pasó bastante tiempo intentando, pacientemente, que yo entablara conversación... algo inútil, pues yo no podía hablar. Finalmente, le rogué que me dejara sola. Al pedírselo con voz entrecortada, hundí la cabeza entre los brazos y me apoyé en la mesa. Lloré amargamente, aunque en silencio. Él se quedó un poco más. No levanté la mirada ni dije nada, hasta que el ruido de la puerta al cerrarse y de unos pasos que se alejaban me hicieron comprender que se había marchado. Aquellas lágrimas aliviaron mi dolor.

Tuve tiempo de enjugarme los ojos antes del desayuno, y supongo que aparecí en el comedor tan serena como cualquiera; no tan dichosa, sin embargo, como la joven que se sentó frente a mí, me miró con unos ojos no demasiado grandes que centelleaban de alegría, y extendió cordialmente su blanca mano por encima de la mesa para que yo se la estrechara. Los viajes, las diversiones y los coqueteos habían sentado muy bien a la señorita Fanshawe; había engordado un poco y sus mejillas eran redondas como manzanas. La había visto por última vez elegantemente vestida para el concierto. No creo que estuviera menos encantadora ahora con su atuendo de colegiala, una especie de peignoir azul marino, muy sencillo y de cuadros negros. Incluso pienso que aquella oscura envoltura resaltaba su atractivo, realzando la blancura de su tez, la frescura de su juventud, la belleza de sus cabellos dorados.

—Me alegro de que haya vuelto, Timon —dijo (era uno de los muchos nombres que me daba)—. No sabe cuánto la he echado de menos en este horrible agujero.

—¿De veras? Aunque, si deseaba verme, seguro que era porque tenía algo que pedirme... ¿tal vez que zurciera sus medias? —nunca di ni un cuarto de penique por el amor desinteresado de Ginevra.

—¡Tan refunfuñona y malhumorada como siempre! —exclamó ella—. No esperaba menos: dejaría de ser usted si no me reprendiera. Pero ahora, querida abuela, espero que le siga gustando tanto el café y tan poco los pistolets. ¿Está dispuesta a hacer el cambio?

—Como quiera...

Lo que resultaba muy provechoso para ella. A Ginevra no le gustaba la taza de café de la mañana; el brebaje escolar no era suficientemente fuerte ni dulce para su paladar; pero tenía un excelente apetito, como las demás alumnas que gozaban de buena salud, y adoraba los panecillos y los bollos, que estaban recién hechos y eran deliciosos. Como sólo nos servían cierto número, y éste era superior a mis necesidades, le daba la mitad a Ginevra; y nunca le quitaba ese privilegio, aunque otras muchachas codiciaban lo que me sobraba. De vez en cuando, ella me daba un poco de su café. Aquella mañana me alegré del cambio; no tenía hambre y estaba muerta de sed. No sé por qué elegí a Ginevra y no a otra alumna para darle mis panecillos; ni por qué motivo cuando tenía que compartir un vaso, como ocurría a veces —por ejemplo, cuando hacíamos una larga caminata por el campo y nos deteníamos a beber en una granja—, intentaba que ella fuera mi compañera, y no me importaba que se bebiera la mayor parte, ya fuera cerveza rubia, vino dulce o leche recién ordeñada. Ella lo sabía; por ese motivo, a pesar de nuestras discusiones diarias, jamás nos enfadábamos.

Después del desayuno, tenía la costumbre de retirarme a la clase del primer curso, donde me sentaba y leía o pensaba a solas (sobre todo esto último), hasta que a las nueve en punto se abrían las puertas y entraban en tropel externas y mediopensionistas, iniciándose el bullicio y ajeteo que duraba hasta pasadas las cinco de la tarde.

Acababa de sentarme cuando alguien llamó a la puerta.

—Pardon, mademoiselle —dijo una pensionnaire, entrando discretamente.

Después de coger el libro o cuaderno que necesitaba, se retiró de puntillas, murmurando al pasar:

—Que mademoiselle est appliquée!

¡Realmente aplicada! Los medios para aplicarme estaban delante de mí, pero yo no hacía nada; no había hecho nada, ni tenía intención de hacer nada. Así es como el mundo nos atribuye méritos que no merecemos. La propia madame Beck me consideraba una bas-bleu, y solía aconsejarme

solemnemente que no estudiara demasiado para que «la sangre no se me subiera a la cabeza». Lo cierto es que todo el mundo en la rue Fossette creía que «Mees Lucie» era una erudita; con la notable excepción de monsieur Paul Emanuel, quien, valiéndose de sus propios medios, completamente inescrutables para mí, había adivinado con bastante exactitud mi verdadera preparación, y aprovechaba cualquier oportunidad para reírse maliciosamente en mi oído de mis escasos conocimientos. Por mi parte, jamás me preocupé de aquella carencia. Me gustaba tener ideas propias; me proporcionaba un gran placer leer algunos libros, no muchos, prefiriendo siempre aquellos cuyo estilo o sentimiento reflejara la verdadera naturaleza del autor, y desechando indefectiblemente las obras sin carácter, por muy lúcidas y meritorias que fueran. En lo que respecta a mi inteligencia, percibía con claridad que Dios había limitado su poder y su acción... y me sentía agradecida por los dones recibidos, sin ambicionar mejores atributos ni una cultura más vasta.

Acababa de marcharse la educada alumna cuando una segunda intrusa irrumpió en el refectorio, esta vez sin ceremonias y sin llamar a la puerta. Habría adivinado su identidad aunque hubiera estado ciega. Mi naturaleza reservada había ejercido una influencia, muy saludable y beneficiosa para mí, en los modales de mis compañeras; rara vez se mostraban ahora rudas o indiscretas conmigo. Cuando llegué a la rue Fossette, era frecuente que una tosca alemana me diera palmadas en el hombro y me pidiera que participara en una carrera; o que una ruidosa nativa de Labassecour me cogiera del brazo y me arrastrara al terreno de juego. Las proposiciones insistentes para dar un Pas de Géant o unirme a cierto juego del escondite llamado Un, deux, trois, eran también de lo más habituales al principio; pero todas esas pequeñas atenciones habían cesado hacía ya tiempo sin que yo me hubiera visto en la desagradable necesidad de cortar por lo sano. Ahora sólo debía temer o soportar las familiaridades de una persona; y, como ésta era inglesa, podía aguantarlo. Algunas veces, cuando me encontraba atravesando el carré, Ginevra Fanshawe no tenía escrúpulos en obligarme a dar vueltas como si bailáramos un alocado vals, alegrándose enormemente de la turbación física y mental que me causaba su proceder. Era Ginevra Fanshawe quien ahora interrumpía mi «ocio erudito». Llevaba una enorme partitura bajo el brazo.

—Vaya a practicar —me apresuré a decir—. ¡Márchese a la sala pequeña!

—Antes tengo que hablar con usted, chère amie. Sé dónde ha pasado sus vacaciones, y cómo ha empezado a sacrificarse a los placeres mundanos y a disfrutar de la vida como cualquier otra beldad. La vi en el concierto la otra noche, vestida, realmente, como todo el mundo. ¿Quién es su tailleuse?

—¡Qué chismosa es! ¡Mi tailleuse! ¡Qué tontería! Vamos, Ginevra, márchese. Lo cierto es que no deseo su compañía.

—Pero cuando yo deseo tanto la suya, ange farouche, ¿qué más da que usted se muestre un poco renuente? Dieu Merci! Sabemos cómo arreglárnoslas con nuestra sagaz compatriota... la sabia ourse britannique. Así que, Ourson, ¿conoce a Isidore?

—Conozco a John Bretton.

—¡Chist! —exclamó, tapándose los oídos—. Va a romperme los tímpanos con sus rudos anglicismos. Pero ¿cómo está nuestro querido John? Cuénteme cosas de él. El pobre debe de estar muy afligido. ¿Qué le pareció mi comportamiento de la otra noche? ¿Acaso no fue cruel?

—¿Cree que reparé en su presencia?

—Fue una velada encantadora. ¡Qué divino es Alfred de Hamal! Y ¡haber podido ver a mi otro admirador enfurruñado y languideciendo de amor! Y a la anciana... ¡mi futura suegra! Pero me temo que lady Sara y yo fuimos un poco descorteses al burlarnos de ella.

—Lady Sara nunca se burló de ella; en cuanto a lo que usted hizo, no se preocupe, la señora Bretton sobrevivirá a sus comentarios y a sus gestos despectivos.

—Es posible... las ancianas son muy fuertes; pero ¡ese pobre hijo suyo! Cuénteme lo que dijo: vi que estaba terriblemente disgustado.

—Dijo que parecía como si, en el fondo, usted se sintiera ya madame de Hamal.

—¿De veras? —exclamó, alborozada—. ¿Se dio cuenta de eso? ¡Qué encantador! Pensé que se volvería loco de celos.

—Ginevra, ¿quiere romper de verdad con el doctor Bretton? ¿Desea que él la deje?

—¡Oh! Ya sabe que él es incapaz; pero ¿se volvió loco?

—Completamente loco —asentí—; más loco que una cabra.

—Bueno, y ¿cómo lograron llevarlo a casa?

—¡Nos costó muchísimo! ¡Debería usted apiadarse de su pobre madre y de mí! Imagínenos sujetándolo dentro del carruaje, y él despotricando entre las dos, a punto de hacernos perder el juicio a todos. Hasta el cochero se equivocó, no sé por qué, y acabamos perdidos.

—¿Lo dice en serio? Está usted riéndose de mí. Vamos, Lucy Snowe...

—Le aseguro que es cierto... como también lo es que el doctor Bretton se negó a quedarse en el interior del carruaje: escapó de nosotras y cogió las riendas.

—¿Y después?

—Después... cuando llegamos a casa... la escena supera cualquier descripción.

—Vamos, descríbala... ¡es tan divertido!

—Divertido para usted, señorita Fanshawe; pero —afirmé con extrema gravedad— ya conoce el refrán: «Donde unos hallan la vida, tienen otros la muerte».

—Continúe, querida Timon.

—No puedo hacerlo como Dios manda si no me asegura que tiene corazón.

—¡Claro que lo tengo! ¡Y bien grande!

—¡Bien! En ese caso podrá imaginar al doctor Graham negándose a cenar... dejando sin probar el pollo y las mollejas. Y luego... pero no tiene sentido extenderse en estos angustiosos detalles. Baste decir que a su madre nunca, ni siquiera en las peores pataletas de su infancia, le costó tanto arroparle como aquella noche.

—¿No quería estarse quieto?

—No quería estarse quieto: eso es. En cuanto se veía bajo las sábanas, luchaba por destaparse.

—Y ¿qué decía?

—¿Que qué decía? ¿Puede imaginárselo llamando desesperadamente a su divina Ginevra, maldiciendo a ese demonio de Alfred de Hamal... hablando en sus delirios de bucles dorados, ojos azules, brazos de gran blancura, pulseras brillantes?

—¡No puede ser! ¿Vio la pulsera?

—¿Que si la vio? Tan bien como yo; y quizá vio también por primera vez la marca que había dejado en su brazo. Ginevra —añadí, levantándome y cambiando de tono—, se acabó. Váyase a practicar.

Y abrí la puerta.

—Pero aún no me lo ha contado todo.

—Será mejor que salga de aquí antes de que lo haga. Quizá no le agrade oír el final de mi historia. ¡Márchese!

—¡Qué mala es! —exclamó ella, pero me obedeció.

La clase del primer curso era mi territorio, así que no tenía más remedio que acatar mis órdenes.

Para ser sincera, nunca me había divertido tanto con ella como aquel día. Era un placer pensar en el contraste entre la realidad y mi descripción... recordar al doctor John disfrutando del trayecto de vuelta a casa, cenando con entusiasmo y retirándose a dormir con serenidad cristiana. Sólo cuando le veía muy afligido me sentía realmente enojada con la hermosa y delicada causa de su sufrimiento.

Transcurrieron quince días. Empezaba a acostumbrarme de nuevo a la rutina del internado, y el dolor lacerante del cambio estaba cediendo ante la inercia cotidiana. Una tarde en que atravesaba el carré para dirigirme al primer curso, donde me esperaban para ayudar en clase de literatura, vi a Rosine, la portera, junto a uno de los altos ventanales. Su actitud, como siempre, era de total despreocupación. Nunca dejaba de sentirse «a sus anchas». Una de sus manos estaba en el bolsillo del delantal y la otra sujetaba una carta, cuya dirección leía descaradamente, sin dejar de examinar el sello.

¡Una carta! La imagen de una carta así llevaba atormentándome los últimos siete días. Había soñado con una carta la noche anterior. Y la que Rosine tenía en la mano ejercía un fuerte magnetismo sobre mí; sin embargo, no sé si me hubiera atrevido a pedirle que me dejara echar un vistazo a aquel sobre blanco con el lacre rojo en el centro. No, supongo que habría pasado de largo temiendo sufrir una Decepción; y mi corazón latió con la misma fuerza que si oyera sus pasos acercándose. ¡Error nervioso! Eran las rápidas pisadas del profesor de literatura avanzando por el pasillo. Eché a correr. Si lograba sentarme y restablecer el orden en la clase antes de que él llegara, es posible que ni se fijara en mi presencia; pero, si me sorprendía en el carré, seguro que me echaba una buena reprimenda. Tuve tiempo de sentarme, imponer silencio, sacar mis labores y comenzarlas en medio de una tranquilidad conventual, antes de que monsieur Emanuel entrara bruscamente y nos saludara con una profunda y exagerada reverencia, que presagiaba su furia.

Como era habitual, cayó sobre nosotros como un trueno; pero, en vez de dirigirse como un rayo desde la puerta hasta la tarima, su carrera se detuvo a medio camino, a la altura de mi mesa. Volviendo su rostro hacia mí y hacia la ventana, de espaldas a las alumnas y al aula, me lanzó una mirada... una mirada por la que yo habría podido pedirle explicaciones... una mirada ceñuda de desconfianza.

—Voilà! Pour vous —dijo, sacando la mano del chaleco y dejando en mi pupitre una carta... la misma carta que había visto en poder de Rosine... la carta cuyo rostro pintado de blanco y cuyo ojo de Cíclope bermellón habían quedado grabados en la retina de mis sueños.

La reconocí, supe que era la carta de mis esperanzas, la culminación de mis deseos, el fin de mis dudas y de mis terrores. Monsieur Paul, con su

acostumbrado e injustificable entrometimiento, se la había quitado a Rosine para entregármela personalmente.

Podría haberme enfadado, pero no me sobró un instante para ese sentimiento. Sí, lo que sostenía en mi mano no era una simple nota sino un sobre que guardaba en su interior, como mínimo, una hoja de papel; no era algo ligero, sino sólido, importante, satisfactorio. Y allí estaba la dirección: «Señorita Lucy Snowe», escrita con letra firme, clara, homogénea; y el sello, redondo, abundante, lacrado hábilmente con una mano que no temblaba, con las iniciales «J.G.B.» grabadas con nitidez. Me invadió una sensación de felicidad... una emoción que desbordó mi corazón y corrió impetuosa por todas mis venas. Por una vez, mis esperanzas se convertían en realidad. Tenía en mi mano un pedazo de alegría sólida, auténtica: no un sueño, ni una imagen del cerebro, ni una de esas oscuras posibilidades inventadas por la imaginación, de las que la humanidad está hambrienta pero no puede vivir; no una ración de ese maná que hace tiempo elogí con tristeza... que al principio se derrite en los labios con una dulzura indescriptible y sobrenatural, pero que, al final, nuestra alma acaba aborreciendo, deseosa de alimentos naturales y nacidos de la tierra, rogando encarecidamente a las almas celestiales que reclamen su esencia y su rocío... un alimento divino, pero funesto para los mortales. No era un suave granizo, ni una pequeña semilla de cilantro, ni una hoja delgada de pan ácimo, ni la miel más exquisita. Era la ración primitiva y sabrosa del cazador, carne sana y nutritiva, cazada en el bosque o criada en el desierto, fresca, saludable y vivificante. Era lo que el viejo patriarca moribundo pidió a su hijo Esaú, prometiendo bendecirle antes de morir. Era un regalo del cielo; y le agradecí al Señor que me lo hubiera ofrecido. Exteriormente, me limité a dar las gracias al hombre, diciendo:

—¡Gracias, muchas gracias, monsieur!

Monsieur frunció los labios, me lanzó una mirada maliciosa y se dirigió a la tarima en dos zancadas. No podía decirse que monsieur Paul fuera un hombre bueno, aunque tenía algunas cualidades.

¿Leí mi carta en aquella clase y en aquel momento? ¿Consumí la carne de venado en seguida y a toda prisa, como si Esaú disparara sus flechas todos los días?

No era tan necia. El sobre con la dirección y el sello con las tres iniciales eran suficiente recompensa por el momento. Salí del aula y conseguí la llave del gran dormitorio, cerrado durante el día. Me dirigí a mi escritorio, con cierta premura, pues temía que madame subiera sigilosamente las escaleras para espíarme, abrí uno de los cajones, cogí un pequeño cofre y saqué de él una cajita; después de mirar nuevamente el sobre complacida y de acercar el sello a mis labios con una mezcla de miedo, vergüenza y satisfacción, doblé el

tesoro sin ver qué contenía y lo envolví en un papel plateado; luego lo guardé en la cajita, cerré el cofre y el cajón, salí del cuarto sin olvidar echar la llave y regresé a la clase, con la sensación de que los cuentos de hadas existían y los regalos mágicos no eran un sueño. ¡Qué extraña y dulce locura! Y todavía no había leído aquella carta, fuente de mi alegría, ni conocía el número exacto de sus líneas.

Cuando volví a entrar en el aula, encontré a monsieur Paul hecho un basilisco. Una alumna no había hablado lo bastante fuerte y claro para su gusto y para su oído, y tanto ella como alguna de sus compañeras estaban llorando mientras él, desde su tarima, les gritaba enfurecido. Es curioso pero, cuando me vio aparecer, descargó su ira sobre mí.

¿Era yo la profesora de aquellas niñas? ¿Me preciaba de enseñarles a conducirse como señoritas? Estaba seguro de que yo les permitía y animaba a ahogar la lengua materna en sus gargantas, y a desmenuzarla y triturarla entre dientes, como si tuvieran algún motivo ignominioso para avergonzarse de las palabras que pronunciaban. ¿Era eso modestia? Él sabía que no. Era un sentimiento falso y abyecto, hijo o precursor de la maldad. Antes que soportar esas muecas, ese tono amanerado y esa forma de gesticular, ese modo de destrozar una noble lengua, esa afectación general y esa obstinación enfermiza de las alumnas del primer curso, prefería dejarlas en manos de un grupo de insupportables petites maîtresses y limitarse a enseñar el abecedario a los párvulos.

¿Qué podía responder yo a todo eso? Realmente nada; y esperaba que me permitiese guardar silencio. La tormenta volvió a desatarse.

¿Me negaba entonces a contestar a sus preguntas? Parecía que en aquel lugar... aquel presuntuoso boudoir del primer curso, con su pretenciosa biblioteca, sus pupitres cubiertos de paño verde, sus estúpidos maceteros, sus horribles cuadros y mapas enmarcados, y su surveillante extranjera... parecía que allí estaba de moda pensar que el profesor de literatura ¡no merecía una respuesta! Aquéllas eran ideas nuevas, importadas directamente de la Grande Bretagne: rezumaban el descaro y la arrogancia de la isla.

Reinó el silencio. Las alumnas, que jamás habían derramado una lágrima por las reprimendas de otros profesores, se derretían ahora como estatuas de nieve ante el desafortado ardor de monsieur Paul Emanuel; yo, conservando aún un poco de calma, tomé asiento y me atreví a reanudar mis labores.

Algo, no sé si mi mutismo o el movimiento de mis manos, dando puntadas, pareció empujar a monsieur Paul más allá de los límites de su paciencia; y saltó de la tarima. La estufa estaba cerca de mi mesa y él la atacó; casi sacó de sus goznes la pequeña puerta de hierro, y las brasas salieron volando.

—Est-ce que vous avez l'intention de m'insulter? —me dijo furioso en voz baja (como si se sintiera gravemente ofendido), fingiendo atizar el fuego.

Había llegado el momento de tranquilizarlo un poco, si era posible.

—Mais, monsieur —respondí—, no le insultaría por nada del mundo. Recuerdo muy bien que una vez me dijo que seríamos amigos.

No quería que me temblara la voz, pero no pude evitarlo; creo que más por la agitación de la carta que por temor a monsieur Paul. Pero había algo en su enojo —una especie de arrebató de emoción— que invitaba especialmente a deshacerse en llanto. No me sentía triste, ni demasiado asustada, pero empecé a llorar.

—Allons, allons! —se apresuró a decir, mirando a uno y otro lado y contemplando el diluvio universal—. Decididamente, soy un monstruo y un rufián. Sólo tengo un pañuelo —agregó—, pero, si tuviera veinte, ofrecería uno a cada una de ustedes. Su profesora les representará. Tome, señorita Lucy.

Y, sacando de su bolsillo un pañuelo de seda muy limpio, me lo tendió. Alguien que no conociera a monsieur Paul, y que no estuviera acostumbrado a él y a sus impulsos, se habría quedado perplejo ante su ofrecimiento y lo habría rechazado, etcétera. Pero yo comprendí con claridad que debía aceptarlo: la menor vacilación habría sido fatal para nuestro incipiente tratado de paz. Me levanté y extendí el brazo para coger el pañuelo a mitad de camino, lo recibí pudorosamente, me enjuagué los ojos y, volviendo a mi asiento, retuve la bandera blanca entre mi mano y mi regazo, poniendo especial cuidado en no tocar ni aguja, ni dedal, ni tijeras ni muselina en lo que quedaba de clase. Monsieur Paul lanzó más de una celosa ojeada a esos utensilios; los odiaba mortalmente, pues consideraba la costura una fuente de distracción que nos impedía prestarle la atención debida. Su explicación fue de lo más elocuente, y se mostró simpático y amable hasta el fin de la clase. Antes de terminar, las nubes se habían disipado y el sol brillaba... las lágrimas se convirtieron en sonrisas.

Al salir del aula, se detuvo otra vez junto a mi mesa.

—¿Y su carta? —me preguntó, sin la menor fiereza.

—Todavía no la he leído, monsieur.

—¡Ah! Es demasiado maravillosa para leerla en seguida; ¿prefiere guardarla del mismo modo que yo, cuando era niño, guardaba los melocotones maduros?

Aquella suposición se aproximaba tanto a la realidad que no pude evitar que mi rostro se encendiera de un modo muy revelador.

—Espera pasar unos momentos muy felices leyendo esa carta —exclamó

—; la abriré cuando esté a solas, n'est-ce pas? ¡Ah! Su sonrisa me sirve de respuesta. ¡Vaya, vaya! Uno no debe mostrarse demasiado severo; la jeunesse n'a qu'un temps.

—¡Monsieur, monsieur! —protesté, o más bien susurré cuando se daba la vuelta, dispuesto a marcharse—. No se vaya con una idea equivocada. Es sólo la carta de un amigo. No la he leído, pero puedo asegurarlo.

—Je conçois, je conçois: on sait ce que c'est un ami. Bonjour, mademoiselle!

—Pero, monsieur, aquí tiene su pañuelo.

—Guárdelo, guárdelo hasta haber leído la carta; ya me lo devolverá después. Leeré en sus ojos el espíritu de la misiva.

Cuando monsieur Paul se marchó y las alumnas salieron al patio y al jardín para disfrutar del recreo que precedía al refrigerio de las cinco, yo me quedé unos instantes meditando, al tiempo que enroscaba distraídamente el pañuelo en mi brazo. Por algún motivo —supongo que llena de alegría por algún súbito recuerdo del brillo dorado de la infancia, avivado por una insólita renovación de su optimismo, y sintiéndome muy feliz por la libertad de las últimas horas de la tarde y, sobre todo, por tener el tesoro en la cajita, el pequeño cofre y el cajón del piso de arriba—, me encontré jugando con el pañuelo como si fuera una pelota, lanzándolo al aire y recogéndolo al caer. Una mano que no era la mía detuvo el juego... una mano que salía de la manga de un paletôt y pasaba por encima de mi hombro; cogió el improvisado juguete y se lo llevó con estas sombrías palabras:

—Je vois bien que vous vous moquez de moi et de mes effets.

Aquel hombrecillo era realmente terrible, un simple duende caprichoso y ubicuo: uno nunca adivinaba sus excentricidades ni su paradero.

Capítulo XXII

La carta

Cuando reinó el silencio en la casa, terminó la cena y el ruidoso recreo, anocheció y encendieron la lámpara en el refectorio; cuando las externas se marcharon a casa, y cesó la barahúnda de la puerta y la campanilla, y madame estuvo instalada en la salle à manger en compañía de su madre y de algunos amigos, me escabullí a la cocina y pedí, como algo excepcional, que me prestaran una bougie durante media hora. Mi amiga Goton accedió en seguida:

—Mais certainement, chou-chou, vous en aurez deux, si vous voulez. Con la vela en la mano, subí silenciosamente al dormitorio.

Sufrí una gran desilusión al encontrar allí a una alumna indispuesta, tendida en la cama... pero ésta fue aún mayor al reconocer, entre los bordes de muselina del gorro de dormir, la figure chiffonnée de la señorita Ginevra Fanshawe. Es cierto que en aquel instante estaba dormida, pero tenía el convencimiento de que se despertaría y me abrumaría con su charla en el momento más inoportuno; y, mientras la observaba, un ligero parpadeo me advirtió que su reposo podía ser fingido, una mera artimaña para espiar con disimulo los movimientos de Timon: no se podía confiar en ella. ¡Y deseaba tanto quedarme a solas para leer mi maravillosa carta con tranquilidad!

No tenía más remedio que dirigirme a las aulas. Después de buscar y encontrar mi trofeo, bajé las escaleras. Pero la mala suerte me perseguía. Estaban limpiando las clases a fondo, a la luz de las velas, como hacían una vez a la semana: los bancos se apilaban sobre los pupitres, el aire estaba lleno de polvo y los posos de café (que las criadas de Labassecour empleaban en vez de hojas de té) oscurecían el suelo; la confusión era enorme. Anonadada, pero no vencida, me marché, firmemente decidida a encontrar un poco de soledad en algún lugar.

Tras coger una llave cuyo escondite conocía, subí tres tramos de escalera hasta llegar a un rellano oscuro, estrecho y silencioso, abrí una puerta carcomida y me adentré en el inmenso, frío y negro desván. Allí nadie me seguiría... nadie me interrumpiría... ni siquiera madame. Cerré la puerta; dejé la vela sobre una cómoda mohosa y tambaleante; me envolví en un chal, pues el aire era gélido; cogí la carta, temblando de dulce impaciencia; rompí el sello.

«¿Será larga?... ¿será corta?», pensé, pasándome la mano por los ojos para disipar la penumbra plateada de una llovizna traída por el viento del sur.

Era larga.

«¿Será fría?... ¿será amable?».

Era amable.

A mi esperanza, obediente y resignada, le pareció muy amable; a mi pensamiento, inquieto y voraz, le pareció, tal vez, más amable de lo que realmente era.

¡Había tenido tan pocas esperanzas, y mi temor había sido tan grande! Al ver mi sueño cumplido, sentí una gran felicidad... una felicidad que muchos seres humanos quizá no lleguen a conocer nunca. La pobre profesora de inglés, en el helado desván, leyendo a la luz mortecina y vacilante de una vela,

en medio del frío invernal, una carta simplemente amistosa —nada más, aunque la amistad me pareciera divina—, se sentía más dichosa que la mayoría de las reinas en sus palacios.

Por supuesto, una felicidad con tan escaso fundamento sólo podía ser breve; pero, mientras duró, fue sincera y exquisita: una burbuja, pero una burbuja dulce como la miel. El doctor John me había escrito finalmente; y lo había hecho gustoso, con el mejor humor, deteniéndose con inmensa satisfacción en escenas que habían ocurrido ante sus ojos y los míos, en lugares que habíamos visitado juntos, en conversaciones que habíamos sostenido, en todos los pequeños asuntos, en resumen, de las últimas e idílicas semanas. Pero lo que más me complacía era la convicción de que su lenguaje risueño y cordial no pretendía únicamente contentarme a mí, sino satisfacerse a sí mismo. Una satisfacción que quizá él no volviera a desear ni a buscar... una hipótesis, desde cualquier punto de vista, muy verosímil; pero eso concernía al futuro. El presente desconocía el dolor, la impureza, la privación; pletórico, impoluto, perfecto, me colmaba de bendiciones. Un serafín parecía haberse detenido a mi lado, y apoyaba en mi corazón palpitante su ala protectora, balsámica y purificadora. Doctor John, más tarde me hizo sufrir: pero que todo el daño le sea perdonado —libremente perdonado— por aquel favor tan querido y recordado.

¿Existen entes malvados, no humanos, que envidian nuestra felicidad?
¿Existen influencias malignas rondando por el aire y envenenándolo para el hombre?
¿Qué me aguardaba a la vuelta de la esquina?

Se oyó un extraño ruido en aquel inmenso y solitario desván. Casi con total seguridad, percibí lo que parecía un paso furtivo: algo salía del negro rincón donde estaban colgadas las siniestras capas. Me volví: la luz era mortecina, la estancia muy profunda... pero ¡tan cierto como que estoy viva!, vi una silueta blanca y negra en el centro de aquel cuarto fantasmal; la falda era negra, estrecha, larga; un velo blanco ocultaba su cabeza.

Puedes decir lo que quieras, lector... señalar que yo estaba nerviosa o había perdido el juicio; afirmar que la excitación de la carta me había alterado; declarar que soñaba; pero te juro que aquella noche vi en el desván... ¡la figura de una monja!

Lancé un grito; me sentí desfallecer. Si aquella silueta se hubiera acercado a mí, creo que habría perdido el conocimiento. Pero se alejó, y yo corrí hacia la puerta. No sé cómo bajé las escaleras. Instintivamente, eludí el refectorio y me dirigí a la sala de madame Beck; entré sin llamar.

—Hay algo en el grenier —exclamé—; vengo de allí... he visto algo.
¡Suban todos a verlo!

Dije «todos» porque la estancia me pareció llena de gente, aunque, en realidad, sólo había cuatro personas: madame Beck, su madre, la señora Kint, que tenía problemas de salud y estaba de visita, su hermano, el señor Victor Kint, y otro caballero que, cuando entré en el cuarto, conversaba con la anciana de espaldas a la puerta.

El miedo cerval y la debilidad debían de haber vuelto mi palidez cadavérica. Tenía frío y temblaba. Todos se levantaron consternados; me rodearon. Les pedí encarecidamente que me acompañaran al grenier; la presencia de los caballeros pareció tranquilizarme e infundirme ánimos, como si tener un hombre cerca significara ayuda y esperanza. Me volví hacia la puerta, rogándoles que me siguieran. Quisieron detenerme, pero insistí en que debían acompañarme: tenían que ver lo que yo había visto... algo extraño, de pie en medio del desván. Y entonces recordé mi carta, abandonada sobre la cómoda, al lado de la vela. ¡Mi maravillosa carta! Desafiaría por ella a cualquier espíritu o criatura de carne y hueso. Corrí escaleras arriba, veloz como el viento, pues sabía que venían detrás: no tuvieron más remedio que seguirme.

Y cuando llegué a la puerta del desván, todo estaba oscuro como boca de lobo: la vela se había apagado. Afortunadamente, alguien —creo que madame Beck, con su habitual serenidad— llevaba una lámpara; de modo que, en cuanto entró, un rayo atravesó la opaca negrura. La vela seguía allí, pero ¿dónde estaba la carta? Y fue eso lo que busqué, no a la monja.

—¡Mi carta! ¡Mi carta! —sollocé, casi fuera de mí.

La busqué a tientas por el suelo, moviendo desesperadamente las manos. ¡Cruel, cruel destino! ¡Arrancarme de aquel modo sobrenatural mi pequeño consuelo antes de haber saboreado sus virtudes!

No sé qué hacían los demás, no podía mirarlos; me preguntaban cosas que yo no respondía; registraban todos los rincones; hablaban de muchas cosas, del desorden de las capas, de una grieta en la claraboya... no sé.

—Alguien o algo ha estado aquí —afirmó sabiamente uno de mis acompañantes.

—¡Se han llevado mi carta! —grité yo, la monomaniaca, arrastrándome por el suelo para encontrarla.

—¿Qué carta, Lucy? ¿Qué carta, querida? —preguntó una voz conocida, a escasa distancia.

¿Podía confiar en mis oídos? No, así que levanté la vista. ¿Podía confiar en mis ojos? ¿Había reconocido el tono? ¿Estaba contemplando el rostro del remitente de esa carta? ¿Acaso el caballero que estaba a mi lado en aquel

oscuro desván era John Graham... el mismísimo doctor Bretton?

En efecto. Habían requerido su presencia aquella tarde para que atendiera a la anciana señora Kint; él era el segundo caballero de la *salle à manger*.

—¿Se trata de mi carta, Lucy?

—Sí... de la carta que usted me escribió. Había venido aquí para leerla sin que nadie me molestara. No encontré ningún otro lugar donde estar a solas. La había guardado todo el día... para abrirla esta noche; y casi no la había leído. No puedo soportar quedarme sin ella. ¡Oh, mi carta!

—¡Chist! No llore ni se aflija de ese modo. No merece la pena. ¡Chist! Será mejor que salga de este cuarto tan frío. Ahora avisarán a la policía para que venga a inspeccionarlo; no es necesario que continuemos aquí... vamos, Lucy, bajemos.

Cogiendo mis dedos helados con su cálida mano, me condujo a una estancia con la estufa encendida. Nos sentamos junto a ella, y el doctor John me tranquilizó con su infinita bondad, prometiendo escribirme veinte cartas para compensarme por la que había perdido. Si hay palabras y agravios como cuchillos, cuyas profundas heridas nunca cicatrizan —ultrajes cortantes e insultos de dentado y venenoso filo—, hay también palabras de consuelo demasiado dulces para el oído receloso, y cuyo eco perdura en nuestra memoria: detalles que son como caricias... muy queridas, que quedan para toda la vida y se recuerdan con ternura inmarcesible, y que siempre responden a nuestra llamada, resplandeciendo en medio de esa negra nube que presagia la propia muerte. Más tarde me dijeron que el doctor Bretton no era tan perfecto como yo pensaba, que su verdadero carácter carecía de la profundidad, rectitud y entereza que yo creía. No lo sé: fue tan bondadoso conmigo como la fuente con el sediento caminante... como el sol con el tembloroso presidiario. Lo recuerdo heroico. Y heroico seguirá siendo para mí.

Me preguntó, sonriendo, por qué me importaba tanto su carta. Yo pensé, aunque no se lo dije, que significaba más para mí que la sangre que corría por mis venas. Me limité a responderle que casi nadie me escribía.

—Estoy seguro de que no la ha leído —dijo—; de lo contrario, ¡pensaría de un modo muy diferente!

—La he leído, pero sólo una vez. Deseaba hacerlo de nuevo. Siento haberla perdido —y volví a deshacerme en llanto.

—Lucy, Lucy, mi pobre hermana bautismal (si es que existe ese parentesco), aquí... aquí está su carta. ¡Lamento que no sea más digna de esas lágrimas y de esa fe tan tierna y desmesurada!

¡Qué maniobra tan extraña y característica! Su ojo perspicaz había visto la

carta en el suelo, donde yo la buscaba; su mano, igualmente veloz, la había cogido. Después la había guardado en el bolsillo de su chaleco. Si mi disgusto hubiera sido un poco menos intenso o real, dudo que me la hubiera devuelto. Unas lágrimas menos ardientes que las que derramé sólo habrían divertido al doctor John.

El placer de recuperar la misiva me hizo olvidar que merecía un reproche por burlarse de mi sufrimiento; mi alegría era inmensa; no podía disimularlo: pero creo que se reflejó más en mi semblante que en mis palabras. Apenas hablé.

—¿Está satisfecha? —preguntó el doctor John.

Le respondí que sí... satisfecha y feliz.

—Y ¿cómo se siente físicamente? —prosiguió—. ¿Se encuentra más tranquila? No mucho; sigue temblando como una hoja.

Yo tenía la impresión, sin embargo, de haberme calmado; al menos ya no me sentía aterrorizada. Le dije que estaba serena.

—Entonces, ¿puede contarme lo que ha visto? Su explicación ha sido muy confusa... Estaba blanca como el papel, y sólo ha hablado de «algo» sin definir qué. ¿Era un hombre? ¿Un animal? ¿Qué era?

—Nunca contaré lo que he visto —contesté—, a no ser que lo vea también otra persona; entonces confirmaré su testimonio. De lo contrario, me señalarán con el dedo y me acusarán de ver visiones.

—Cuéntemelo —dijo el doctor Bretton—; lo escucharé como médico: me interesa usted desde el punto de vista profesional, y es muy posible que lea lo que quiere ocultarme: en sus ojos, extrañamente brillantes e inquietos; en sus mejillas, que la sangre parece haber olvidado; en sus manos temblorosas... Vamos, Lucy, cuéntemelo.

—Se reirá...

—Si no lo hace, no recibirá más cartas.

—Se está riendo de mí.

—Le volveré a quitar esa misiva: es mía, y creo que tengo derecho a reclamarla.

Comprendí que bromeaba; me quedé muy seria y silenciosa, pero doblé la carta y la aparté de su vista.

—Aunque la esconda, puedo cogerla cuando quiera. No conoce usted mi habilidad con los encantamientos: podría ejercer de mago si quisiera. Mamá dice que también tengo la facultad de armonizar los ojos con la lengua; pero

usted nunca lo ha visto, ¿verdad, Lucy?

—Sí... claro que sí... cuando no era más que un niño; entonces era mucho más evidente... pues ahora es usted fuerte, y la fuerza prescinde de la sutileza. Pero sigue teniendo lo que en este país llaman un air fin, que resulta inconfundible. Madame Beck se ha dado cuenta y...

—Y le ha gustado —exclamó él, riendo—, porque también ella lo posee. Pero, Lucy, deme esa carta... seguro que no tiene importancia para usted.

No contesté a sus provocadoras palabras. Cuando Graham tenía ganas de bromear, no convenía seguirle demasiado la corriente. Y en aquellos instantes, asomó a sus labios una nueva sonrisa... muy dulce, pero que, de algún modo, me entristeció; y en sus ojos brilló una nueva clase de fulgor, que no era hostil, pero tampoco reconfortaba. Me levanté para irme y le di las buenas noches, algo apesadumbrada.

Su sensibilidad, esa cualidad tan característica en él, que todo lo percibía y desvelaba, comprendió en seguida mi queja muda, el reproche que había asaltado fugazmente mi pensamiento. Me preguntó en voz baja si estaba ofendida. Le di a entender que no, moviendo la cabeza.

—Entonces déjeme hablar un poco seriamente con usted antes de marcharse. Tiene los nervios muy alterados. Estoy convencido, por su mirada y su actitud, aunque sepa controlarlas, de que mientras estuvo sola en ese frío, lúgubre y sepulcral desván —ese calabozo bajo el emplomado, que huele a moho y humedad, invadido por la tisis y el catarro, un lugar donde nunca debería entrar— vio o creyó ver una aparición especialmente nacida para inspirar espanto. Sé que no tiene, ni ha tenido en el pasado, terrores materiales, miedo a los ladrones, etc., pero pienso que una aparición, de naturaleza espectral, sí podría trastornarla. Ahora debe tranquilizarse. Todo es culpa de los nervios; pero descríbame lo que ha visto.

—¿No se lo contará a nadie?

—A nadie... se lo aseguro. Puede confiar en mí del mismo modo que lo hizo en père Silas. En realidad, el médico es el confesor más fiable de los dos, aunque no tenga los cabellos grises.

—¿No se reirá?

—Es posible que sí; pero para hacerle bien a usted, no para ridiculizarla. Lucy, soy amigo suyo, aunque su tímida naturaleza necesite tiempo para brindarme su confianza.

Parecía un verdadero amigo: aquella sonrisa indescriptible y el fulgor de su mirada habían desaparecido; las acusadas curvas de sus labios, cejas y orificios nasales se habían suavizado; su actitud era de lo más reposada; la

atención imprimía seriedad a su físico. Decidida a confiar en él, le conté exactamente lo que había visto; Graham conocía la leyenda de la casa, pues yo me había extendido en su relato cierta tarde de octubre, mientras cabalgábamos por el Bois l'Étang.

Tomó asiento y se quedó pensativo. Entretanto, oímos bajar a los demás.

—¿Nos interrumpirán? —exclamó él, mirando la puerta con expresión disgustada.

—No, no vendrán aquí —repliqué; pues estábamos en una salita donde madame Beck jamás entraba por las noches, y donde sólo por casualidad seguía encendida la estufa.

Pasaron de largo ante nuestra puerta y se dirigieron a la salle à manger.

—Ahora hablarán de delincuentes, ladrones y esas cosas: será mejor dejarlos. Usted procure no decir nada, Lucy, y mantenga su decisión de no comentar lo de la monja con nadie. Tal vez se le aparezca de nuevo; no se asuste.

—¿Acaso cree —dije con secreto horror— que ella salió de mi cerebro, y está ahora en su interior, y puede volver a salir fuera de él en el momento más inesperado?

—Creo que es un caso de ilusión espectral; me temo que es el resultado de un largo conflicto en el interior de su mente.

—¡Oh, doctor John! ¡Tiemblo al pensar que corro el riesgo de ver semejante aparición! Parecía tan real. ¿No existe algún remedio? ¿No hay forma de prevenirlo?

—La felicidad es el remedio; un espíritu alegre, la forma de prevenirlo: cultive las dos cosas.

No hay burla más sarcástica en este mundo que decirle a alguien que cultive la felicidad. ¿Qué significa este consejo? La felicidad no es una patata que pueda plantarse en la tierra y abonarse con estiércol. La felicidad es un resplandor que brilla en lo alto del Cielo, muy lejos de nosotros. Es un rocío divino que el alma, en ciertas mañanas estivales, siente caer sobre sí desde el amaranto en flor y los frutos dorados del Paraíso.

—¡Cultivar la felicidad! —exclamé lacónicamente—. ¿Usted cultiva la felicidad? ¿Cómo se las arregla?

—Soy un hombre jovial por naturaleza, y la mala suerte nunca me ha perseguido. La adversidad nos miró ceñuda y pasó a nuestro lado, pero mi madre y yo la desafiamos o, más bien, nos reímos de ella, y continuó su camino.

—Es algo imposible de cultivar.

—No dejo que me invada la melancolía.

—Sí, yo he visto cómo le dominaba ese sentimiento.

—Por culpa de Ginevra Fanshawe, ¿no es así?

—¿Acaso no le ha hecho sentirse desgraciado algunas veces?

—¡Bah! ¡Qué tontería! Ya ve que ahora estoy mucho mejor.

Si unos ojos risueños y llenos de vida y un rostro resplandeciente de salud y de energía podían atestiguar que estaba mucho mejor, la cosa no admitía duda.

—La verdad es que no tiene mal aspecto —reconoció.

—Y ¿por qué, Lucy, no intenta sentirse como yo, optimista, animosa y capaz de desafiar a todas las monjas y a todas las coquetas de la cristiandad? Daría cualquier cosa por ver cómo se burla de ello. Vamos, inténtelo.

—¿Y si ahora mismo trajese ante usted a la señorita Fanshawe?

—Le prometo que no me conmovaría; o que sólo lo haría... si me declarase su amor verdadero y apasionado. Le concedería el perdón únicamente a ese precio.

—¿De veras? Hace tiempo, una de sus sonrisas le habría parecido una fortuna.

—¡Soy otro hombre, Lucy! ¡Otro hombre! ¿Recuerda que en una ocasión me llamó esclavo? Pues ahora soy libre.

Se puso en pie: en su cabeza, en su porte, en la expresión de su mirada y de su semblante, se reflejaba una libertad que iba más allá del desenfado... un estado de ánimo que no ocultaba el desdén por su anterior sometimiento.

—La señorita Fanshawe —continuó— despertó en mí un sentimiento que ya no existe; he entrado en otra fase, en la que estoy dispuesto a exigir amor por amor... pasión por pasión... y, además, en gran medida.

—¡Ay, doctor! ¡Doctor! Dijo que le gustaban los amores rodeados de dificultades... y que le fascinaba la orgullosa insensibilidad.

Se echó a reír y contestó:

—Mi naturaleza es voluble: las penas de hoy tal vez sólo me inspiren burla mañana. Bueno, Lucy —exclamó, poniéndose los guantes—, ¿cree que la Monja regresará esta noche?

—No creo que lo haga.

—Si aparece, dele saludos de mi parte... de parte del doctor John; y dígale que tenga la bondad de esperar mi visita. Por cierto, Lucy, ¿era una monja guapa? ¿Tenía un rostro bonito? Aún no me lo ha contado; y eso es lo más importante.

—Tenía un velo blanco que le tapaba la cara —repuse—, pero sus ojos brillaban.

—¡Malditos sean sus atavíos de fantasma! —afirmó, con irreverencia—. Pero al menos tenía bonitos ojos... suaves y brillantes.

—Fríos y sostenían la mirada —fue mi respuesta.

—No, no queremos saber nada de ella; no volverá a molestarla, Lucy. Dele este apretón de manos si regresa. ¿Cree que será capaz de soportarlo?

Pensé que era demasiado amable y cordial para que un fantasma lo soportara; al igual que la sonrisa que lo acompañó y las «buenas noches» del doctor John.

¿Había habido algo en el desván? ¿Qué habían descubierto? Supongo que, al inspeccionarlo detenidamente, no encontraron gran cosa. Hablaron al principio de las capas desordenadas; pero madame Beck me contó después que no vio nada raro en ellas. En cuanto al cristal roto de la claraboya, aseguró que era algo muy habitual; y, además, pocos días antes había caído una fuerte tormenta de granizo. Madame quiso saber con todo detalle qué había visto, pero yo me limité a describirle una figura borrosa vestida de negro; puse especial cuidado en no pronunciar la palabra «monja», a fin de que no madurase en ella la idea de fantasía e irrealdad. Me ordenó que no dijera nada a las criadas, alumnas o profesores, y elogió mi discreción por haber acudido a su *salle à manger* privada en vez de contar mi terrible historia en el refectorio.

Y así terminó el asunto. Pero yo me preguntaba tristemente, en mi fuero interno, si aquella extraña aparición era de este mundo o del Más Allá; y si tan sólo era hija de una enfermedad, que me había convertido en su presa.

Capítulo XXIII

Vastí

¿He dicho que me preguntaba tristemente? No; una nueva influencia empezó a cambiar mi vida, poniendo freno a la tristeza durante algún tiempo. Imagina, lector, una profunda hondonada, envuelta en nieblas y penumbras, en el rincón más secreto del bosque; su hierba es húmeda, y su vegetación pálida y fría. Una tormenta o un hacha abre un surco de gran anchura entre los robles;

la brisa penetra en él; el sol lo calienta con sus rayos; la triste y fría hondonada se transforma en una copa profunda y brillante; el verano derrama sobre ella el esplendor azul y la luz dorada de su hermoso cielo, que la hambrienta depresión del terreno no ha visto jamás.

Abracé un nuevo credo... la fe en la felicidad.

Habían pasado tres semanas desde la aventura del desván, y yo guardaba en la cajita, el pequeño cofre y el cajón del piso superior cuatro compañeras de esa primera carta, escritas con la misma pluma, selladas con el mismo lacre, llenas del mismo aliento vital; o eso me parecía entonces. He vuelto a leerlas años después; eran cartas risueñas y amables, pues las había escrito una persona alegre; en las dos últimas, había tres o cuatro líneas de despedida medio festivas, medio tiernas, «teñidas, pero no dominadas, por el sentimiento». El tiempo, querido lector, acabó convirtiéndolas en esa dulce bebida, pero cuando probé por primera vez su elixir, recién salido de un manantial tan venerado, me pareció el zumo de una cosecha divina: un néctar que Hebe podría servir, y los mismos dioses ensalzar.

Recordando lo escrito algunas páginas atrás, ¿le interesa saber al lector cómo respondí a esas cartas: bajo el seco e implacable control de la Razón u obedeciendo al vívido y generoso impulso del Sentimiento?

A decir verdad, compaginé ambos; serví a dos amos: me postré en el templo de Rimón, y sentí cómo mi corazón se enardecía ante un altar diferente. Escribí dos respuestas a esas cartas: una para desahogarme, otra para que Graham la leyera.

En primer lugar, el Sentimiento y yo expulsábamos a la Razón, y cerrábamos a cal y canto la puerta de mi corazón. Luego nos sentábamos, extendíamos el papel, mojábamos la impaciente pluma en el tintero y, con enorme placer, dejábamos que mi corazón se sincerase. Cuando terminábamos de hacerlo... cuando llenábamos dos hojas con palabras desbordantes de cariño y gratitud (de una vez para siempre, quisiera negar en este paréntesis, con el mayor desdén, cualquier malévolos sospecha de lo que llaman «sentimientos apasionados»: las mujeres no albergan esa clase de sentimientos cuando, desde el comienzo, y a lo largo de una amistad, han tenido siempre el convencimiento de que hacerlo sería cometer un terrible disparate; nadie se arroja en brazos del Amor hasta que ha visto, o ha soñado ver, la estrella de la Esperanza elevándose por encima de las turbulentas aguas del Amor), cuando, como iba diciendo, había expresado mi afecto incondicional y profundamente respetuoso —un afecto que quería atraer para sí y soportar cuanto hubiera de doloroso en el destino del ser querido, y que, de haber podido, habría absorbido y alejado las tormentas y los rayos de una existencia contemplada con entrega y solicitud—, justo en ese instante, se abrían de par en par las

puertas de mi corazón, e irrumpía la Razón, poderosa y vengativa, me arrebató la carta, la leía, la miraba con desprecio, la rompía, volvía a redactarla, la doblaba, la sellaba, escribía el nombre y la dirección del destinatario, y le enviaba una escueta misiva de una hoja. Hacía bien.

Yo no vivía solamente de cartas: recibía visitas, se preocupaban de mí; una vez a la semana me invitaban a La Terrasse, donde siempre me recibían con cariño. El doctor Bretton no dejó de explicarme por qué se mostraba tan amable conmigo: «Para que la monja siga lejos», afirmó. Estaba decidido a disputar con ella su presa. Según me dijo, le profesaba una feroz antipatía, sobre todo debido al velo blanco y a sus fríos ojos grises. En cuanto se enteró de esos odiosos detalles, aseguró, una profunda aversión le empujó a enfrentarse a ella; estaba decidido a averiguar quién era el más listo de los dos, y lo único que deseaba era que ella volviera a visitarme en su presencia. Pero la monja nunca lo hizo. En pocas palabras, me observaba científicamente, como a un paciente, y, al mismo tiempo que ejercía su profesión, satisfacía su bondad natural con un tratamiento atento y cordial.

Un atardecer, el uno de diciembre, paseaba a solas por el carré; eran las seis en punto; las puertas de la clase estaban cerradas, pero, en su interior, las alumnas aprovechaban el desbarajuste del recreo para organizar un pequeño caos. El carré estaba sumido en la penumbra, si exceptuamos la luz rojiza que rodeaba la estufa; las enormes puertas de cristal y los altos ventanales estaban cubiertos de escarcha; el centelleo de las estrellas que, aquí y allá, salpicaban de luces el blanco velo invernal y atravesaban con sus destellos la palidez de aquel bordado, ponía de manifiesto que la noche era clara, a pesar de no tener luna. El hecho de que osara quedarme a solas, en medio de la oscuridad, evidenciaba que mi nerviosismo se había mitigado: me acordaba de la monja, pero apenas me inspiraba miedo; aunque la escalera que conducía, a través de la negra y tenebrosa noche, desde el descansillo hasta el grenier embrujado estaba a mis espaldas. Sin embargo, reconozco que me latió el corazón y me tembló el pulso cuando de repente oí una respiración y un frufrú y, dándome media vuelta, divisé en la penumbra de los escalones una sombra aún más oscura... una silueta que se movía y descendía por ellos. Se detuvo unos instantes en la puerta de la clase, y luego se deslizó por delante de mí. Simultáneamente, se oyó el estruendo de la lejana campanilla de entrada. Los sonidos reales alejan las sensaciones irreales: aquella figura era demasiado rechoncha para ser mi delgada y adusta monja; no era más que madame Beck haciendo su trabajo.

—¡Mademoiselle Lucy! —gritó Rosine, entrando bruscamente, lámpara en mano, desde el pasillo—. On est là pour vous au salon.

Madame me vio, yo vi a madame, Rosine nos vio a las dos; pero tanto ella como yo fingimos lo contrario. Fui directamente al salón. Confieso que

encontré a quien esperaba... al doctor Bretton; pero vestía de etiqueta.

—El carruaje está en la puerta —exclamó—; mi madre lo ha enviado para que me acompañe al teatro; pensaba ir ella, pero se lo ha impedido una visita. En seguida me ha dicho: «Lleva a Lucy en mi lugar». ¿Desea ir?

—¿En este instante? No estoy arreglada —respondí, mirando con desesperación mi oscuro traje de lana.

—Tiene media hora para vestirse. La habría avisado antes, pero no tomé la decisión de ir hasta las cinco, cuando me enteré de que iba a ser un auténtico régal la presencia de una gran actriz.

Y dijo un nombre que me emocionó... un nombre que en aquellos tiempos emocionaba a Europa. Ahora nadie habla de él: sus ecos, antes agitados, han enmudecido; la mujer que lo llevaba descansa para siempre: hace mucho que la noche y el olvido cayeron sobre ella; pero entonces su estrella —la estrella de Sirius— brillaba ardiente y luminosa en lo más alto del cielo.

—Le acompañaré; estaré lista en diez minutos —prometí.

Y eché a correr, sin que se me ocurriera pensar lo que tal vez estás pensando, lector: que ir a cualquier lugar con Graham y sin la señora Bretton podía resultar censurable. Yo habría sido incapaz de concebir, y mucho menos de transmitir a Graham esa idea... ese escrúpulo... sin correr el riesgo de despreciarme sin piedad; de encender en mi interior un fuego de vergüenza tan abrasador y tan terrible que muy pronto habría destruido la vida que corría por mis venas. Además, mi madrina, conociendo a su hijo y conociéndome a mí, habría encontrado tan absurdo hacer de carabina con un par de hermanos como vigilar con inquietud nuestras idas y venidas.

No me pareció oportuno engalanarme demasiado; mi traje de crepé color pardo sería suficiente, y lo busqué en el gran armario de roble del dormitorio, donde colgaban al menos cuarenta vestidos. Pero había habido cambios y reformas, y alguna mano innovadora había hecho limpieza en el guardarropa y se había llevado diversos trajes al grenier... entre otros, el mío de crepé. Tenía que ir a buscarlo. Cogí la llave y empecé a subir sin miedo, casi maquinalmente. Abrí la puerta y entré bruscamente. No sé si el lector me creerá, pero el desván no estaba tan oscuro como debería haber estado: en un rincón brillaba una luz esplendorosa, como una estrella de gran tamaño. Resplandecía de tal modo que iluminaba el profundo hueco donde colgaba una parte de la descolorida cortina escarlata. Instantánea y silenciosamente, la luz desapareció, al igual que el hueco y la cortina: todo aquel extremo del desván se volvió negro como la noche. No me atreví a investigar; no tenía tiempo ni ganas de hacerlo; agarrando mi vestido, que colgaba en la pared, por fortuna cerca de la puerta, salí deprisa y corriendo, cerré atropelladamente la puerta y

bajé como una flecha hasta el dormitorio.

Pero temblaba demasiado para vestirme; era incapaz de peinarme o de abrocharme los corchetes, así que llamé a Rosine y le ofrecí una propina si me ayudaba. A Rosine le encantaban los pequeños sobornos, de modo que trabajó con esmero; alisó y trenzó mi pelo tan bien como un coiffeur, colocó el cuello de encaje exactamente en su sitio, ató a la perfección la cinta del cuello: en resumen, cumplió con sus tareas como la hacendosa Phillis que podía ser cuando quería. Después de darme el pañuelo y los guantes, cogió una vela y me guió por las escaleras. Como había olvidado mi chal, corrió a buscarlo; y yo me quedé con el doctor John, esperando en el vestíbulo.

—¿Qué ocurre, Lucy? —preguntó Graham, clavando su mirada en mí—. Percibo el viejo nerviosismo. ¿La monja de nuevo?

Pero yo lo negué rotundamente: me molestaba ser sospechosa de una segunda alucinación. Él se mostró escéptico.

—Ha vuelto, estoy seguro —prosiguió—; cuando esa figura se cruza con sus ojos, Lucy, deja en ellos un brillo peculiar y una expresión inconfundible.

—No, no ha vuelto —insistí, pues lo cierto es que no mentía al negar su aparición.

—Los síntomas se repiten —afirmó—; una extraña palidez, y lo que en Escocia llaman un aire de «resucitada».

Era tan obstinado que preferí decirle lo que había visto en realidad. Por supuesto, decidió que era otro efecto de la misma causa: todo era una ilusión óptica, una enfermedad nerviosa... Yo no le creí; pero tampoco osé contradecirle: los médicos son tan presuntuosos, y sus opiniones, sarcásticas y materialistas, tan inflexibles.

Rosine trajo mi chal y me metieron a empujones en el carruaje.

El teatro estaba abarrotado... lleno hasta los topes; reyes y nobles se encontraban allí; palacios y mansiones se hallaban desiertos, y sus habitantes atestaban aquellas gradas silenciosas. Me sentí un ser privilegiado por tener un asiento delante del escenario; estaba impaciente por ver a una mujer cuyo prestigio me había hecho albergar las más curiosas expectativas. Me preguntaba si justificaría su fama: aguardé con extraña curiosidad, con severo y austero sentimiento, pero con enorme interés. Jamás había visto un modelo de esa naturaleza: un planeta nuevo y gigantesco; pero ¿cómo sería? Esperé a que saliera.

Salió aquella noche de diciembre, a las nueve: la vi aparecer en el horizonte. Brillaba todavía con pálida grandiosidad; pero aquella estrella estaba a las puertas del Día del Juicio. De cerca, era un caos: el rostro

demacrado, los ojos hundidos; una órbita declinando o casi moribunda... mitad lava, mitad resplandor.

Había oído decir que era una mujer «poco agraciada», y esperaba un físico esquelético y adusto: alguien grande, de facciones angulosas y tez cetrina. Lo que vi fue la sombra de la majestuosa Vastí: una reina, antaño hermosa como el día, y ahora pálida como el ocaso y consumida como la cera bajo la llama.

Durante un rato —un largo rato— pensé que sólo era una mujer, aunque una mujer única, que se movía con gracia y autoridad ante aquella multitud. No tardé en reconocer mi error. Percibí algo en ella que no era propio de un hombre ni de una mujer: en cada uno de sus ojos había un demonio. Aquellas fuerzas maléficas la empujaban hacia la tragedia, y sostenían sus escasas energías, pues no era más que una frágil criatura; y, a medida que la acción avanzaba y la agitación crecía, ¡con qué violencia se desataban en ella sus pasiones infernales! Escribían INFIERNO en su frente despejada y altiva. Afinaban su voz con una nota atormentada. Deformaban su regio rostro hasta convertirlo en un máscara demoníaca. Y allí estaba la encarnación del Odio, del Asesinato y de la Locura.

Era una visión maravillosa: una formidable revelación.

Era un espectáculo mezquino, horrible, inmoral.

Hombres atravesando a sus enemigos con la espada, y muriendo ahogados en su propia sangre en el campo de batalla; toros corneando caballos destripados... un aderezo más suave para el paladar humano que siete demonios despedazando a Vastí: demonios que gritaban furibundos y destrozaban la casa en la que habitaban, pero que seguían negándose a ser exorcizados.

El sufrimiento había golpeado a aquella emperatriz de la escena; y Vastí aparecía ante su público sin ceder ante el dolor, ni soportarlo, ni, en cierta medida, resentirse de él: atrapada en la lucha, rígida en la resistencia. No iba vestida, sino envuelta en unos pliegues pálidos y venerables, largos y regulares como los de una escultura. El fondo, el entorno y el suelo, del más oscuro color carmesí, hacían resaltar su figura, blanca como el alabastro... como la plata: será mejor decir como la Muerte.

¿Dónde estaba el pintor de Cleopatra? Que viniera y se sentara a estudiar esa visión tan diferente. Que buscase allí la poderosa musculatura, la sangre abundante, las carnes rollizas que veneraba: que todos los materialistas se acercaran a mirar.

He dicho que no se resentía del dolor. No; esa palabra es demasiado débil, sería una mentira. Para ella, el sufrimiento tiene vida propia, y lo considera algo que se puede atacar, suprimir, despedazar. Ella es casi insubstancial, pero

se aferra al conflicto con abstracciones. Ante la calamidad es una tigresa; desgarrar sus infortunios, y los hace temblar de convulso horror. Los padecimientos, en su opinión, no llevan consigo el bien; las lágrimas no riegan una cosecha de sabiduría; y contempla la enfermedad y la muerte con ojos de rebelde. Quizá sea perversa, pero también fuerte; y su fuerza ha conquistado la Belleza, se ha apoderado de la Gracia, y ha conseguido atarlas a su lado, cautivas de incomparable hermosura, tan dóciles como bellas. Incluso en el instante de mayor frenesí, cada movimiento de ménade resulta regio, solemne, majestuoso. Sus cabellos, ondeando al viento en la diversión o en la guerra, siguen siendo los de un ángel, esplendorosos bajo la aureola. Caída, insurgente, desterrada, Vastí recuerda el cielo contra el que se rebeló. La luz del paraíso, siguiendo su exilio, atraviesa todos los confines y revela su funesta lejanía.

Coloca ahora a Cleopatra, o a cualquier otra holgazana, delante de ella como si fuera un obstáculo, y verás cómo se abre camino entre la masa carnosa, al igual que hizo la cimitarra de Saladino a través de los almohadones caídos. Que Petrus Paulus Rubens se levante de entre los muertos, salga de su mortaja y traiga ante Vastí todo el ejército de sus rollizas mujeres. Los poderes mágicos o el don de profecía de la vara de Moisés podrían, de repente, separar y volver a unir un mar, aplastando al poderoso ejército con las murallas de agua.

Vastí no era buena, según me contaron; y ya he dicho que tampoco lo parecía: era un espíritu, pero venido de Tófet. Pues bien, si tanta fuerza impura consigue elevarse desde las profundidades, ¿no puede un efluvio similar de esencia sagrada descender un día de las alturas?

¿Qué pensaba el doctor Graham de aquella criatura?

Durante largos intervalos me olvidé de mirar su expresión, o de preguntarle qué le parecía. El intenso magnetismo del genio alejó mi corazón de su órbita habitual; el girasol se volvió desde el sur hacia una luz más brillante, que no procedía del sol: una luz rojiza, de cometa... que quemaba los ojos y los sentidos. No era la primera vez que asistía a una representación, pero jamás había visto actuar así: de un modo que asombraba a la Esperanza y silenciaba al Deseo; que tomaba la delantera al Impulso y hacía palidecer a la Concepción; que, en lugar de limitarse a irritar la imaginación con la idea de lo que podía hacerse, crispando al mismo tiempo los nervios porque no se hacía, revelaba una fuerza semejante a la de un profundo y caudaloso río invernal que llevara el alma, como si fuera una hoja, por la violenta y acerada corriente de sus atronadoras cataratas.

La señorita Fanshawe, con su acostumbrada madurez, afirmaba que el doctor Bretton era un hombre serio y apasionado, demasiado severo y

demasiado impresionable. Nunca me pareció así: no podía achacarle esos defectos. Su actitud natural no era reflexiva, ni su temperamento sentimental; era tan sensible como el agua ondulante, aunque, al igual que el agua, podía ser también muy insensible: la brisa, el sol, le conmovían; ni el metal ni el fuego dejaban su huella en él.

El doctor John podía pensar, y lo hacía con inteligencia, pero era más un hombre de acción que un pensador; podía sentir, y, a su manera, sentía vívidamente, pero a su corazón le faltaban los acordes del entusiasmo: a las influencias brillantes, suaves y dulces, sus ojos y sus labios les daban una bienvenida brillante, suave y dulce, tan hermosa para la vista como el color rosa, plata, perla y púrpura de las nubes veraniegas; pero lo que pertenecía a la tempestad, lo que era salvaje e intenso, peligroso, repentino, violento, no le inspiraba la menor simpatía, ni podía comulgar con él. Cuando en un momento de descanso decidí mirarlo, me divirtió y ayudó a comprender ciertas cosas descubrir que no observaba a aquella siniestra y soberana Vastí con asombro, adoración o disgusto, sino simplemente con intensa curiosidad. Su desesperación no le apenaba, sus violentos gemidos —peores que un alarido— no le conmovían; su furia le inspiraba repulsión, pero no llegaba a horrorizarle. ¡Frío y joven britano! Los blancos acantilados de su propia Inglaterra no contemplan las mareas del Canal con más calma que él al mirar la pítica inspiración de aquella noche.

Examinando su rostro, deseé conocer con exactitud su opinión y acabé haciéndole una pregunta para descubrirla. Al oír mi voz, pareció despertar de un sueño; pues había estado enfrascado, muy enfrascado, en sus pensamientos.

—¿Le gusta Vastí? —quise saber.

—¡Um! —fue su primera y apenas articulada, pero expresiva respuesta.

Y una sonrisa extraña se dibujó en sus labios... una sonrisa crítica, ¡casi despiadada! Supongo que esa clase de naturalezas no despertaban en él la menor simpatía. En pocas palabras, me dijo lo que pensaba de aquella actriz; no la juzgaba como artista sino como mujer: y su juicio era infamante.

Aquella noche quedó marcada en el libro de mi vida con una cruz que no era blanca sino de un rojo encendido. Pero todavía no había llegado a su fin; y otros recuerdos estaban destinados a grabarse en mi memoria con tinta indeleble.

Hacia la medianoche, cuando la tragedia llegaba a su clímax con la escena de la muerte, y todos contenían el aliento, e incluso Graham se mordía el labio inferior, fruncía el ceño y se quedaba paralizado en su butaca; cuando todo el teatro guardaba silencio, y todas las miradas estaban pendientes de un solo punto, y todos los oídos del mismo lugar... y no se veía nada más que una

forma blanca, hundida en un asiento, luchando temblorosa contra su último, más odiado y victorioso enemigo... y no se oía nada más que su agonía, sus estertores indómitos, sus jadeos aún desafiantes; cuando una voluntad inquebrantable sacudía un cuerpo moribundo, y le empujaba a luchar contra el destino y la muerte, a pelear por cada pulgada de terreno, a vender cara cada gota de sangre, a resistir hasta el final el expolio de cada facultad, deseando ver, oír, respirar, vivir... más allá del instante en que la muerte dice a nuestros sentidos y a nuestro ser:

—¡Aquí ha terminado todo!

Justo en ese momento, se oyó un revuelo cargado de presagios entre bastidores... el sonido de unos pies que corrían, de unas voces que hablaban. Todo el mundo se preguntó qué ocurría. Unas llamas y el olor a humo sirvieron de respuesta.

—¡Fuego! —gritaron en la galería.

—¡Fuego! —repitieron una y otra vez.

Y entonces, en menos tiempo del que necesita la pluma para escribirlo, se desató el pánico, y empezaron las carreras, los empujones... un caos ciego, egoísta, cruel.

¿Y el doctor John? Todavía me parece estar viéndolo, con su aire tranquilo y animoso.

—Lucy se quedará sentada, lo sé —dijo, mirándome con la misma serena bondad y tranquila firmeza que le había visto cuando me sentaba a su lado en la calma segura de la casa de su madre.

Sí, creo que para atender su ruego habría seguido inmóvil bajo un alud de rocas; si bien es cierto que, en aquellas circunstancias, mi instinto me pedía seguir sentada; y, aunque me hubiera costado la vida, no me habría movido para estorbarle, contrariar su voluntad o atraer su atención. Estábamos en el patio de butacas y, durante unos minutos, tuvimos que soportar los más terribles y violentos empujones.

—¡Qué aterrorizadas están las mujeres! —exclamó—. Pero, si los hombres no lo estuvieran también, se podría mantener el orden. Es un espectáculo lamentable: en este instante veo a cincuenta bestias egoístas que tiraría al suelo si estuvieran a mi lado. Algunas mujeres son mucho más valientes que algunos hombres. Hay una allí... ¡Válgame Dios!

Mientras Graham decía esto, una joven que estaba silenciosamente agarrada a un caballero, delante de nosotros, fue arrancada súbitamente del brazo de su protector por un corpulento y brutal desconocido, y arrojada a los pies de la multitud. Su desaparición no duró ni dos segundos. Graham corrió

hacia ella; él y el caballero, un hombre robusto, aunque de pelo gris, unieron sus fuerzas para apartar a la muchedumbre; la joven parecía inconsciente: su cabeza y su larga cabellera caían hacia atrás.

—Déjela en mis manos; soy médico —dijo el doctor John.

—Está bien, si no le acompaña ninguna dama... —respondió el caballero—. Cójala y yo abriré paso; tenemos que sacarla al aire libre.

—Hay una dama conmigo —señaló Graham—, pero no será ningún estorbo.

Me llamó con los ojos, pues estábamos separados. Decidida, no obstante, a ir con él, penetré en la barrera viviente, y me arrastré por debajo cuando no encontré mejor manera de avanzar.

—Agárrese a mí, y no deje que nadie la separe —exclamó el doctor John; y yo le obedecí.

Nuestro guía hizo gala de fuerza y habilidad; se abrió paso como una cuña entre la densa muchedumbre; y, con paciencia y esfuerzo, logró atravesar aquella roca de carne y de sangre —tan sólida, caliente y sofocante— y nos condujo hasta el aire fresco y la noche helada.

—¡Es usted inglés! —dijo el caballero, volviéndose bruscamente hacia el doctor Bretton cuando estuvimos en la calle.

—Sí, soy inglés. ¿Acaso estoy hablando con un compatriota? —replicó Graham.

—En efecto. Tenga la bondad de esperar dos minutos mientras busco mi carruaje.

—Papá, no estoy herida —musitó una voz infantil—. ¿Estoy con papá?

—Está usted con un amigo, y su padre se encuentra muy cerca.

—Dígale que no estoy herida; únicamente en el hombro. ¡Ay, mi hombro! Lo han pisado.

—Quizá lo tenga dislocado —murmuró el doctor John—. Esperemos que no tenga nada peor. Lucy, écheme una mano.

Y le ayudé a colocar mejor el vestido y a cambiar la postura de su dolorida carga. Ella reprimió un quejido, y siguió en sus brazos, silenciosa y paciente.

—Qué poco pesa —dijo Graham—, ¡igual que una niña! —¿Es una niña, Lucy? —me preguntó al oído—. ¿Se ha fijado en su edad?

—No soy una niña. Tengo diecisiete años —protestó su paciente con modestia y dignidad, antes de añadir—: Dígale a papá que venga; estoy

preocupada.

El carruaje se detuvo junto a ellos; el caballero relevó a Graham; pero, al cambiar de brazos, la joven se hizo daño y gimió de nuevo.

—¡Querida! —exclamó el padre con ternura; y, volviéndose hacia Graham, agregó—: ¿Ha dicho usted que era médico?

—Sí, soy el doctor Bretton, de La Terrasse.

—Bien. ¿Quiere subir a mi carruaje?

—El mío está muy cerca: iré a buscarlo y le acompañaré.

—Le ruego, entonces, que nos siga —y le dio su dirección—: Hôtel Crécy, en la rue Crécy.

Fuimos tras ellos; el carruaje avanzaba muy deprisa, y Graham y yo apenas hablamos. Aquello parecía una aventura.

Como perdimos algún tiempo buscando nuestro équipage, llegamos al Hôtel de Crécy unos diez minutos más tarde que aquellos desconocidos. No se trataba de una posada, sino de lo que los extranjeros llaman hotel: un elegante edificio de gran altura con varias viviendas en su interior; tenía un arco gigantesco en la entrada, que conducía a través de un camino abovedado hasta un patio central.

Nos apeamos del carruaje, subimos una hermosa escalinata y nos detuvimos en el segundo piso, ante el Número ; según me informó Graham, la primera planta la ocupaba no sé qué príncipe ruse. Al tocar la campanilla en una segunda puerta, de considerable tamaño, nos invitaron a entrar en una serie de estancias bellamente decoradas. Después de ser anunciados por un criado de librea, entramos en un salón en cuya chimenea ardía un fuego inglés y en cuyas paredes resplandecían varios espejos extranjeros. Cerca de la lumbre, había un pequeño grupo: una figura menuda hundida en un sillón, una o dos mujeres atendiéndola, y el caballero de pelo gris plomizo mirándola preocupado.

—¿Dónde está Harriet? Me gustaría que viniera Harriet —musitó la voz infantil.

—¿Dónde está la señora Hurst? —preguntó el caballero con impaciencia, dirigiéndose con cierta severidad al criado que nos había dejado entrar.

—Lamento decirle que está fuera de la ciudad, señor; la señorita le dio permiso para que se ausentara hasta mañana.

—Sí... es cierto... lo hice. Ha ido a visitar a su hermana; le dije que podía ir, ahora lo recuerdo —exclamó la joven—; pero lo siento muchísimo, pues Manon y Louison no entienden una sola palabra de lo que digo y, sin querer,

me hacen daño.

El doctor John y el caballero se saludaron; mientras conversaban unos minutos, me acerqué al sillón y, comprendiendo lo que la débil muchacha deseaba, me apresuré a ayudarla.

Seguía atendiendo sus indicaciones cuando Graham se aproximó; era tan buen cirujano como médico y, después de reconocer a la paciente, decidió que no era necesario consultar con nadie más para tratar aquel caso. Ordenó que llevaran a la joven a su habitación, y me dijo al oído:

—Vaya con las mujeres, Lucy; parecen bastante inútiles; por lo menos puede dirigir sus movimientos y ahorrar un poco de sufrimiento a la joven. Hay que tratarla con mucha delicadeza.

El dormitorio era una estancia sombría, con cortinajes azul pálido de vaporosa muselina; la cama me pareció de niebla y copos de nieve: immaculada, suave, etérea. Impidiendo que las mujeres se acercaran, desvestí a la muchacha sin su bienintencionada pero torpe ayuda. Yo no estaba lo bastante serena para observar con todo detalle las prendas que le quitaba, pero tuve una impresión general de refinamiento y delicadeza; cuando lo recordé más tarde, me pareció un singular contraste con los atavíos de la señorita Ginevra Fanshawe.

La joven era una criatura pequeña y delicada, pero con una figura perfecta. Le eché hacia atrás su abundante y fina cabellera, tan brillante y sedosa, tan exquisitamente cuidada, y tuve ante mí un rostro juvenil, pálido, cansado, pero de gran nobleza. La frente era ancha y despejada; las cejas, suaves y bien dibujadas, se convertían en una mera línea al acercarse a las sienes; los ojos, un maravilloso regalo de la naturaleza —hermosos y expresivos, grandes, profundos—, parecían dominar los demás rasgos de la cara y ser capaces, probablemente, de reflejar mucho más en otros instantes y en otras circunstancias, aunque ahora mirasen lánguidos y doloridos. Su tez era muy blanca, las pequeñas venas de su cuello y de sus manos recordaban a los pétalos de una flor. El fino barniz de hielo del orgullo daba brillo a ese delicado exterior, y sus labios exhibían un gesto desdeñoso; no hay duda de que era innato e inconsciente, pero, de haberlo visto por primera vez acompañado de salud y de ostentación, me habría parecido injustificado, y habría demostrado que la pequeña dama tenía una visión completamente equivocada de la vida y de su propia importancia.

La actitud que adoptó ante el doctor me hizo sonreír al principio: no era infantil, más bien podía considerarse paciente y firme, pero un par de veces se dirigió a él con brusquedad, diciendo que le hacía daño y que debía evitar causarle dolor; también vi sus grandes ojos clavados en el rostro de Graham, los ojos serios y asombrados de una hermosa niña. No sé si él se percató: si lo

hizo, tuvo la cautela de disimularlo y de no devolverle la mirada. Creo que desempeñó su trabajo con sumo cuidado y delicadeza, tratando de hacerle el menor daño posible; y, cuando hubo terminado, ella lo reconoció con las palabras:

—Gracias, doctor, y buenas noches —pronunciadas con enorme gratitud.

Al decirlas, sin embargo, volvió a mirarle con aquellos ojos serios y llenos de franqueza, que me sorprendieron por su madurez e intensidad.

Las heridas, al parecer, no eran graves: una aseveración que el padre recibió con una sonrisa de lo más amistosa... ¡se sentía tan feliz y satisfecho! Luego expresó a Graham su agradecimiento con el aire circunspecto de un inglés que se dirige a alguien que le ha prestado ayuda, pero que todavía no conoce; le pidió, asimismo, que regresara al día siguiente.

—Papá —dijo una voz, desde el lecho rodeado de cortinajes—, dele también las gracias a la señorita. ¿Está ahí?

Abrí la cortina con una sonrisa y la miré. Yacía relativamente tranquila. A pesar de su palidez, estaba muy bonita; aunque a primera vista pudiera resultar altivo, su rostro, delicadamente dibujado, estaba lleno de dulzura.

—Le doy las gracias de todo corazón, señorita —exclamó el caballero—. Ha sido muy amable con mi hija. No creo que nos atrevamos a decir a la señora Hurst quién la ha sustituido y ha hecho su trabajo; se sentirá avergonzada y celosa.

Y así, del modo más amistoso, se intercambiaron los saludos de despedida; y, después de que nos ofrecieran hospitalariamente algo de beber, y de que nosotros rehusáramos por ser muy tarde, abandonamos el Hôtel Crécy.

En el trayecto de vuelta, pasamos por el teatro. Todo era silencio y oscuridad: la muchedumbre que gritaba y corría había desaparecido; las farolas, al igual que el incipiente fuego, estaban apagadas y olvidadas. Al día siguiente, los periódicos explicaron que apenas habían ardido unos cortinajes; una chispa había iniciado el fuego, que en unos instantes se había sofocado.

Capítulo XXIV

Monsieur de Bassompierre

Aquéllos que viven en lugares retirados, cuya existencia transcurre en la reclusión de un colegio o de otra vivienda rodeada de muros y sometida a vigilancia, corren el riesgo de ser súbita y largamente olvidados por sus

amigos, los habitantes de un mundo más libre. De manera inexplicable, tal vez, y después de una etapa de relaciones especialmente intensas, y de un cúmulo de pequeñas y más bien excitantes circunstancias que deberían con toda lógica intensificar en lugar de interrumpir la comunicación, sobreviene una pausa de quietud, un silencio sin palabras, un largo período de olvido. Este espacio en blanco siempre es ininterrumpido; tan absoluto como inexplicable. Las cartas y mensajes, antes frecuentes, dejan de llegar; las visitas, en otro tiempo habituales, cesan; los libros, periódicos y otras muestras de que alguien nos recuerda brillan por su ausencia.

Siempre hay excelentes razones para esos lapsos de tiempo, pero el ermitaño las desconoce. Mientras él está inmóvil en su celda, sus amistades siguen girando en el torbellino de la vida. Ese espacio en blanco transcurre con tanta lentitud para él como si todos los relojes se hubieran detenido y las horas sin alas avanzaran despaciosa y laboriosamente, al igual que fatigados vagabundos que se paran con frecuencia en los mojones del camino; es posible que ese mismo intervalo, repleto de acontecimientos, pase veloz como el viento para sus amigos.

El ermitaño, si es sensato, hará caso omiso de sus pensamientos y guardará bajo llave sus emociones durante esas semanas de invierno interior. Sabrá que el Destino ha querido que imite, de vez en cuando, al lirón, y que debe aceptarlo: hacerse una bola, meterse sigilosamente en un agujero del muro de la vida, y dejarse llevar por la corriente que muy pronto bloqueará su paso, conservándolo en hielo toda la estación.

Dejemos que diga: «Perfectamente. Debería ser así, puesto que así es». Y quizá algún día vuelva a abrirse su sepulcro de nieve, regrese la dulzura de la primavera, y lleguen hasta él el sol y el viento del sur; y los setos floridos, los gorjeos de los pájaros, y los cánticos de los arroyos liberados anuncien su resurrección. Es posible que esto ocurra o no: la escarcha puede adentrarse en su corazón y no deshelarse jamás; al llegar la primavera, un cuervo o una urraca pueden picotear en el muro sus huesos de lirón. Pues bien, incluso entonces, todo estará bien: es de suponer que él sabía desde el principio que era mortal y que algún día se convertiría en polvo, «cuanto antes, mejor».

Después de aquella noche llena de incidentes, pasé siete semanas tan tediosas como siete hojas de papel en blanco: no recibí ni una palabra escrita, ni una visita, ni una muestra de cariño.

Hacia la mitad de ese período, se me ocurrió pensar que algo les había sucedido a mis amigos de La Terrasse. El punto medio está siempre cubierto de nubes para los solitarios: sus nervios se alteran por la tensión de una larga espera; las dudas hasta entonces desterradas se acumulan y forman una masa, de gran magnitud, que les asalta con una fuerza que sabe a venganza. La

noche, asimismo, se convierte en una hora despiadada, y el sueño y su naturaleza se vuelven incompatibles: extraños temores y rivalidades fustigan su lecho; siniestras pesadillas, dominadas por el horror al infortunio y al completo abandono, se alían con sus enemigos. ¡Pobre desgraciado! Hace cuanto puede para soportarlo, pero, a pesar de sus esfuerzos, no es más que un pobre y pálido desecho.

Hacia el final de esas interminables siete semanas, reconocí lo que me había negado a admitir en las seis anteriores: que aquellos espacios en blanco eran inevitables, el resultado de las circunstancias, las órdenes arbitrarias del destino, una parte de lo que me había tocado en suerte vivir, y, por encima de todo, un asunto sobre cuyo origen no debían hacerse preguntas, y sobre cuyo doloroso futuro no debía pronunciarse una palabra. Por supuesto, no me sentí culpable de mi sufrimiento: di gracias a Dios por haberme dado un sentido de la justicia que me impidiera cometer la estupidez de acusarme a mí misma; en cuanto a reprochar a otros su silencio, tanto mi inteligencia como mi corazón estaban convencidos de su inocencia: pero era muy duro recorrer aquel camino, y yo ansiaba vivir tiempos mejores.

Utilicé diferentes recursos para sostener y llenar mi existencia: empecé un difícil bordado, estudié alemán con ahínco, me propuse leer los libros más gruesos y áridos de la biblioteca; en todos mis esfuerzos, fui lo más ortodoxa que supe. ¿Me equivoqué en algo? Es muy probable. Sólo sé que el resultado fue como roer una lima para satisfacer el hambre o beber salmuera para saciar la sed.

Mi peor tormento era la hora en que llegaba el correo. Desgraciadamente, sabía bien cuándo lo hacía, y trataba inútilmente de olvidarlo, temiendo la tortura de la espera y la angustia enfermiza de la decepción que todos los días precedía y sucedía al conocido campanillazo de la puerta.

Supongo que el animal encerrado en una jaula, y atenazado por el hambre debido a la escasa alimentación, espera su comida como yo esperaba una carta. ¡Oh! Si he de decir verdad, y abandonar ese tono de falsa tranquilidad que, después de mucho tiempo, agota la capacidad de resistencia, en aquellas siete semanas padecí amargas penas y temores, extrañas ansiedades, miserables defecciones de la esperanza, intolerables ofensivas de la desesperación. A esta última a veces la tenía tan cerca que su aliento me traspasaba. Solía sentirlo, como un soplo o un suspiro sumamente lúgubre; penetraba hasta lo más profundo de mi ser, y se detenía en mi corazón, o continuaba su camino cuando la opresión era insoportable. La carta, la adorada carta, no llegaba; y era toda la dulzura que podía esperar de la vida.

En los momentos de mayor desconsuelo, recurría una y otra vez al pequeño paquete que guardaba en mi cajita... las cinco cartas. ¡Qué espléndido me

parecía el mes cuyo cielo había contemplado la salida de aquellas cinco estrellas! Siempre había ido en su búsqueda por las noches, y, como no me atrevía a pedir diariamente una luz en la cocina, me compré una vela y una caja de fósforos para encenderla; y en la hora de estudio, subía sigilosamente al dormitorio y me daba un festín con mi mendrugo de pan de los Barmakíes. Pero no me alimentaba: languidecí y me quedé en los huesos; por lo demás, no estaba enferma.

Una noche en que leía mis cartas, más tarde de lo habitual, sintiendo que mi ánimo decaía —pues, a fuerza de leerlas, estaban perdiendo todo su sabor y significado: el oro se derretía ante mis ojos, y yo sufría amargamente el desencanto—, oí de pronto unas pisadas rápidas y ligeras que subían hacia el dormitorio. Reconocí el paso de Ginevra Fanshawe: había cenado en la ciudad; había vuelto, y venía a guardar el chal y demás prendas en el armario.

Sí... entró vestida de brillante seda, envuelta en un chal, con sus abundantes rizos, medio deshechos por la humedad de la noche, cayendo descuidadamente sobre los hombros. Apenas tuve tiempo de esconder mis tesoros y cerrarlos con llave cuando se acercó a mí: no parecía estar del mejor humor.

—¡Qué velada tan estúpida! ¡Qué gente más necia! —empezó a decir.

—¿Quién? ¿La señora Cholmondeley? Tenía entendido que le encantaba su casa.

—No he estado en casa de la señora Cholmondeley.

—¿De veras? ¿Ha hecho nuevas amistades?

—Ha venido mi tío de Bassompierre.

—¿Su tío de Bassompierre? ¿Y no está contenta? Pensé que era uno de sus familiares predilectos.

—Pues estaba equivocada: es un hombre detestable; le odio.

—¿Porque es extranjero o por otra razón del mismo peso?

—No, no es extranjero. Es tan inglés como usted o como yo; y llevaba un apellido inglés hasta hace tres o cuatro años. Pero su madre era extranjera, una de Bassompierre, y alguien de su familia le dejó al morir sus propiedades, un título nobiliario y este apellido: ahora es un hombre muy importante.

—¿Por eso le odia?

—¿Acaso no sé lo que mamá dice de él? No es exactamente mi tío, se casó con la hermana de mi madre. Mamá lo detesta; está convencida de que mató a la tía Ginevra con su crueldad: le aseguro que parece un oso. ¡Qué velada tan deprimente! —prosiguió—. No volveré a esa enorme mansión. ¡Imagínese!

Entré sola en una estancia, y entonces se acercó a mí un hombre muy corpulento de cincuenta años y, después de unos minutos de conversación, se dio la vuelta y salió bruscamente de la sala. ¡Qué modales tan extraños! No me sorprendería que le remordiera la conciencia, pues en casa todos dicen que soy el vivo retrato de la tía Ginevra. Mamá suele decir que el parecido es increíble.

—¿Era usted la única invitada?

—¿La única invitada?

—Bueno, también estaba Missy, mi prima... ¡que niña tan mimada y consentida!

—Monsieur de Bassompierre, ¿tiene una hija?

—Sí, sí. Pero deje de martirizarme con sus preguntas. ¡Estoy tan cansada!

Ginevra bostezó. Y, arrojándose en mi cama sin la menor ceremonia, añadió:

—Al parecer, estuvieron a punto de aplastar a mademoiselle en una barahúnda que se armó en el teatro hace algunas semanas.

—¿Ah, sí? ¿Y viven en una casa muy grande en la rue Crécy?

—Exactamente. ¿Por qué lo sabe?

—He estado allí.

—¿De veras? Va usted a todas partes. Supongo que la llevó madame Bretton. Ella y Escolapio son siempre bien recibidos en la residencia de los de Bassompierre: al parecer «mi hijo John» atendió a la señorita con motivo de su accidente... ¿accidente? ¡Bah! ¡Menuda comedia! No creo que la aplastaran más de lo que se merece por sus aires de grandeza. Y ahora hay una amistad íntima entre las dos familias. Me ha parecido oír algo sobre «los días de antaño»... ¡Oh, qué necios eran todos!

—¿Todos? ¿No ha dicho que era usted la única invitada?

—¿Eso he dicho? Bueno, cualquiera se olvida de una anciana y de su hijo.

—¿El doctor y la señora Bretton se hallaban esta noche en casa de monsieur de Bassompierre?

—¡Sí, claro que sí! Y mi prima jugaba a ser la anfitriona. ¡Qué muñeca tan engreída!

Resentida, indiferente, la señorita Fanshawe empezaba a traicionar las causas de su abatimiento. El incienso que dejaban ante su altar había disminuido, y era consciente del descenso o quizá de la retirada total de los homenajes y atenciones. La coquetería había fracasado y la vanidad había

resultado vejada. Y ahora Ginevra estaba furiosa.

—¿Está ya completamente bien la señorita de Bassompierre? —inquirí.

—Tan bien como usted y como yo, sin duda; pero es una personita muy falsa, y se da aires de inválida para atraer la atención del médico. Y para que la vieja matrona la obligue a recostarse en un sofá, y «mi hijo John» le prohíba ponerse nerviosa... ¡Bah! Era una escena nauseabunda.

—No lo habría sido si el centro de atención hubiese sido otro: si usted hubiera ocupado el lugar de la señorita de Bassompierre.

—¡Tiene razón! ¡Odio a «mi hijo John»!

—¿«Mi hijo John»? ¿A quién se refiere con ese nombre? La madre del doctor Bretton jamás lo llama así.

—Pues debería hacerlo. Es un patán... un ser hurraño.

—Está usted faltando a la verdad; y, como se me está agotando la paciencia, le ruego encarecidamente que se levante ahora mismo de esa cama y salga del cuarto.

—¡Qué mujer tan vehemente! Su rostro tiene el color de un coquelicot. Me gustaría saber por qué se muestra siempre tan cascarrabias à l'endroit du gros Jean. ¡John Anderson, mi Jo, John! ¡Oh, qué nombre más distinguido!

Conteniendo la indignación —permitir que se desatara habría sido una auténtica locura, pues no tenía sentido enfrentarse a aquel plumaje insustancial, a aquella polilla de pálidas alas—, apagué la vela, cerré mi escritorio, y salí del dormitorio, ya que ella no quería irse. Para ser una cerveza tan ligera, se había agriado de un modo intolerable.

Al día siguiente era jueves y sólo trabajábamos media jornada. Después de desayunar, me había retirado a la clase de primero. Se acercaba la hora terrible, la hora en que llegaba el correo, y yo esperaba su llegada, del mismo modo que quien ve fantasmas aguarda a sus espectros. Era menos probable que nunca que recibiera una carta; y, sin embargo, a pesar de mis esfuerzos, era incapaz de olvidar esa posibilidad. A medida que pasaban los minutos, empecé a sentir una agitación y un miedo mayores de lo habitual. Soplaban un viento helado del este, y hacía algún tiempo que yo había establecido una triste asociación con los vientos y sus cambios, tan poco conocidos, tan incomprensibles para las personas sanas. Los vientos del norte y del este ejercían una influencia funesta, acentuando los dolores y las penas. El viento del sur podía calmar y el del oeste a veces levantaba el ánimo: a menos que trajeran en sus alas el peso de los nubarrones, pues su masa y su calor destruían cualquier energía.

A pesar del frío y de la oscuridad de aquel día de enero, recuerdo que salí

de la clase y corrí sin sombrero hasta el fondo del jardín, donde paseé un buen rato entre las ramas desnudas de los árboles; con la vana esperanza de que el cartero llamara a la puerta mientras no pudiese oírlo, ahorrándome así aquella crispación que algunos de mis nervios, roídos sin tregua por los dientes de una idea fija, se habían vuelto incapaces de soportar. Me quedé un tiempo prudencial, pues no quería correr el riesgo de que alguien reparase en mi ausencia. Escondí mi cara en el delantal, y me tapé los oídos para no escuchar el terrible campanillazo que, con seguridad, iría seguido para mí de un silencio sepulcral, de un inmenso vacío. Finalmente, me aventuré a regresar a la primera clase, donde no entrarían alumnas hasta las nueve. Lo primero que vi fue un objeto blanco sobre mi pupitre negro, un objeto blanco y muy plano. ¡El correo había llegado sin que yo lo oyera! Rosine había visitado mi celda y, al igual que un ángel, había dejado tras ella un brillante recuerdo de su presencia. Aquello que resplandecía encima de la mesa era una carta, una verdadera carta; estaba a menos de tres yardas, y, como sólo había una persona en el mundo que me escribiera, tenía que ser el remitente. Todavía se acordaba de mí. Los latidos de gratitud, ¡con cuánta intensidad insuflaron nueva vida en mi corazón!

Acercándome, me agaché para mirar el sobre, temblorosa, aunque casi segura de reconocer la escritura; pero mi sino, por el contrario, había dispuesto que encontrara una letra desconocida: unos garabatos pálidos y femeninos, en lugar de unos trazos firmes y varoniles. Pensé entonces que el destino era demasiado duro conmigo y exclamé, de forma audible:

—¡Qué crueldad!

Pero también me sobrepuse a ese dolor. La vida sigue siendo vida, por grande que sea el sufrimiento: nos quedan nuestros ojos, nuestros oídos y su uso, aunque desaparezca la visión de lo que nos agrada y se acalle el sonido de cuanto nos consuela.

Abrí la carta: a esas alturas, sabía ya que se trataba de una escritura muy familiar. Estaba fechada en La Terrasse, y decía lo siguiente:

Querida Lucy:

Te escribo para saber qué ha sido de tu vida estos dos últimos meses. Y no es que piense que quizá te cueste enviarnos noticias tuyas. No me sorprendería que hubieras estado tan ajetreada y tan feliz como nosotros en La Terrasse. En cuanto a Graham, sus contactos profesionales aumentan de día en día: tiene tanto trabajo, y está tan ocupado, que yo le digo que acabará volviéndose un engreído. Como buena madre, hago todo lo posible para que no se crezca demasiado: ya sabes que no le dedico el menor elogio. Y, sin embargo, Lucy, es un gran muchacho; me brinca el corazón dentro del pecho cuando lo veo. Después de correr de aquí para allá durante todo el día, de soportar el suplicio

de cincuenta estados de ánimo diferentes, de combatir cien caprichos, y de ser testigo en ocasiones de los peores sufrimientos —quizá, de vez en cuando, como yo le digo, infligiéndolos él—, regresa a casa por las noches tan alegre y de tan buen humor que, realmente, me parece vivir en una especie de antípodas morales, y en esas veladas de enero mi día empieza cuando la noche cae sobre los demás.

Aun así, es necesario llamarlo al orden, corregirle, reprimirlo, y yo le hago ese favor; aunque es tan optimista que resulta imposible disgustarle. Cuando creo que he conseguido irritarlo, se vuelve hacia mí y empieza a bromear para vengarse: pero ya le conoces a él y todas sus iniquidades; ¡qué necia soy al convertirlo en el tema de esta carta!

En cuanto a mí, he recibido la visita del antiguo administrador de Bretton, y he estado hundida hasta las cejas en asuntos financieros. Quisiera recuperar para Graham al menos una parte de los bienes que le legó su padre. Él se burla de mi preocupación, pidiéndome que observe el modo en que él satisface todas sus necesidades y las mías, y preguntando qué puede desear la Anciana Dama que no tenga aún; soltando indirectas sobre turbantes color azul celeste; y acusándome de estar dominada por la ambición de llevar diamantes, tener criados de librea, vivir en una mansión y dictar la moda entre el clan inglés de Villette.

Hablando de turbantes color azul celeste, ¡ojalá hubieras estado con nosotros la otra noche! Graham había regresado exhausto y, después de que le sirviera el té, se desplomó en mi butaca con su habitual presunción. Para mi gran alegría, se quedó dormido (ya sabes cuánto me toma el pelo con ese asunto; a mí, que jamás cierro los ojos durante el día). Mientras descansaba, pensé que era muy apuesto, Lucy. Ya sé que es ridículo estar tan orgullosa de él, pero ¿quién puede evitarlo? Dime alguien que pueda equiparársele. Mire donde mire, no veo a nadie como él en Villette. Pues bien, se me ocurrió gastarle una broma; así que saqué el turbante azul celeste y, con sumo cuidado, se lo puse de adorno en la cabeza. Te aseguro que no le sentaba nada mal; tenía un aire bastante oriental, si olvidamos el color de su tez. Nadie, sin embargo, puede acusarle ahora de ser pelirrojo: su cabello es castaño... un castaño oscuro y muy brillante. Y, cuando le envolví en mi enorme chal de cachemira, parecía un joven bajá o pachá improvisado que te hubiera encantado ver.

Fue muy divertido; pero, al estar sin compañía, sólo lo disfruté a medias: tenías que haber estado conmigo.

A su debido tiempo, mi señor se despertó: el espejo que hay sobre la chimenea no tardó en mostrarle su estado; como podrás imaginar, ahora vivo bajo la amenaza y el temor de la venganza.

Pero será mejor que te comunique el motivo de mi carta. Sé que el jueves sólo trabajáis media jornada en la rue Fossette: estate preparada a las cinco de la tarde, mandaré el carruaje para que te traiga a La Terrasse. No dejes de venir: tal vez encuentres a algún viejo conocido. Hasta pronto, mi sensata y querida pequeña ahijada.

Sinceramente tuya,

LOUISA BRETTON.

¡Una carta así devuelve el ánimo a cualquiera! Es posible que siguiera un poco triste después de leerla, pero estaba mucho más tranquila; no exactamente alegre, quizá, pero sí aliviada. Mis amigos, por lo menos, estaban sanos y felices: Graham no había sufrido ningún accidente; su madre no padecía ninguna enfermedad: esas desgracias que habían ocupado tanto tiempo mis sueños y mis pensamientos. Además, sus sentimientos por mí continuaban siendo los mismos. Y, sin embargo, ¡qué extraño era comparar las siete semanas de la señora Bretton con las mías! ¡Qué sensatas se muestran las personas que, hallándose en una situación excepcional, guardan silencio y no declaran exaltadamente cuánto les molesta esa posición! El mundo puede comprender muy bien que alguien muera por falta de alimentos; pero muy pocas personas son capaces de entender que alguien enloquezca de aislamiento. Ven que el prisionero liberado tras un largo encierro se ha convertido en un loco, en un idiota... que sus sentidos le han abandonado... que sus nervios, en un principio crispados, sucumben a terribles angustias, y luego se quedan paralizados... mas es un asunto demasiado complicado para analizarlo, demasiado abstracto para la comprensión popular. ¡Hablar de él! Es casi como ponerse en pie en medio de un mercado europeo y pronunciar unas oscuras palabras en la misma lengua con que Nabucodonosor, el hipocondríaco imperial, se dirigió a sus desconcertados caldeos. Y durante mucho, muchísimo tiempo serán escasos y difíciles de encontrar los espíritus que no consideren tales asuntos un enigma, y que sean comprensivos con ellos. Durante mucho tiempo se pensará que sólo las privaciones físicas son dignas de compasión, y que el resto es una quimera. Cuando el mundo era más joven y más fuerte que ahora, el sufrimiento moral era un misterio aún más profundo: es posible que en toda la tierra de Israel no existiera más que un Saúl... y tan sólo un David que pudiera tranquilizarlo y comprenderlo.

El intenso frío de la mañana fue seguido, horas después, por un fuerte viento de las estepas rusas: la zona fría silbaba sobre la zona templada, convirtiéndola rápidamente en hielo. Un pesado firmamento, gris y cargado de nieve, navegó desde el norte y cubrió la expectante Europa. Por la tarde empezó a nevar. Temí que no viniera ningún carruaje... ¡era tanta la violencia con que rugía la tormenta blanca! Pero confié en mi madrina. Después de hacer la invitación, no se quedaría sin su huésped. Hacia las seis me ayudaron

a salir del carruaje y a subir los escalones cubiertos de nieve que conducían a la entrada del château, y me dejaron en la puerta de La Terrasse.

Atravesé corriendo el vestíbulo y me dirigí al salón, donde encontré a la señora Bretton, que me recordó a un día de verano. Aunque hubiera tenido el doble de frío, su beso cariñoso y su cordial apretón de manos me habrían devuelto el calor. Después de pasar tanto tiempo en habitaciones de paneles desnudos, oscuros bancos, pupitres y estufas, el salón azul me pareció maravilloso. El resplandor carmesí del fuego navideño de su chimenea me deslumbró.

Mi madrina retuvo mi mano entre las suyas, charló conmigo y me reprendió por haber adelgazado desde nuestro último encuentro; luego se dio cuenta de que el viento y la nieve me habían despeinado y me envió al piso de arriba para acicalarme y quitarme el chal.

Me retiré a mi pequeño cuarto de paredes color verdemar, donde también encontré un alegre fuego y las velas encendidas; había un gran candelabro a cada lado del espejo; y, entre las luces, delante del espejo, vi a alguien que se vestía: una criatura etérea, parecida a un hada... menuda, esbelta, muy pálida: un espíritu invernal.

Reconozco que, por unos instantes, pensé en Graham y sus ilusiones espectrales. Con mirada desconfiada, observé los detalles de aquella nueva visión. Su traje era blanco, salpicado de lágrimas escarlatas; el lazo de su cintura, rojo; llevaba unas hojas brillantes en el cabello, una pequeña guirnalda de siemprevivas. Espectral o no, nada había en ella de terrible; me acerqué.

Dándose media vuelta, la intrusa clavó en mí unos ojos enormes bajo unas pestañas tan largas como oscuras, que suavizaban la expresión de los ojos que custodiaban.

—¡Ah! ¡Ha venido usted! —exclamó en voz baja, dulcemente, mientras sonreía y me miraba con fijeza.

Entonces me di cuenta de quién era. Sólo había visto en una ocasión un rostro así, con unos rasgos tan finos y delicados, así que no pude sino reconocerla.

—Señorita de Bassompierre —dije.

—No —respondió—, no soy la señorita de Bassompierre para usted.

No le pregunté quién era, preferí esperar que me informara voluntariamente.

—Está usted cambiada, pero sigue siendo la misma —señaló, acercándose—. La recuerdo muy bien... su semblante, el color de su pelo, el perfil...

Me había acercado al fuego, y ella estaba enfrente de mí. Mientras me contemplaba, su rostro reflejó cada vez con más claridad lo que sentía y pensaba, hasta que finalmente una nube ensombreció su brillante mirada.

—Me entran ganas de llorar cuando recuerdo aquellos tiempos tan lejanos —dijo—; pero no crea que estoy triste o nostálgica; por el contrario, me siento muy dichosa.

Interesada, pero sin comprender a qué se refería, no supe qué decir. Finalmente, balbucí:

—Creo que nunca la había visto a usted hasta aquella noche en que resultó herida, hace unas semanas...

Ella sonrió.

—¿Ha olvidado entonces que me he sentado en sus rodillas, e incluso he compartido su almohada? ¿Acaso no recuerda la noche en que me acerqué llorando a su cama, como la chiquilla malcriada que era, y usted me acostó a su lado? ¿No se acuerda de cómo su consuelo y protección calmaron mi terrible angustia? Vuelva a Bretton. Acuérdesse del señor Home.

Por fin lo entendí todo.

—¿Es usted la pequeña Polly?

—Soy Paulina Mary Home de Bassompierre.

¡Cuánto puede hacer cambiar el tiempo! La pequeña Polly ofrecía en sus pálidas y menudas facciones, en su delicada simetría, en su expresión cambiante, cierta promesa de gracia e interés; pero Paulina Mary se había vuelto hermosa; no con esa belleza que deslumbra nuestra mirada, como una rosa —esférica, perfecta, lozana—, ni con los atributos de su prima Ginevra, rolliza, sonrosada, rubísima; pero sus diecisiete años le habían infundido un encanto tierno y refinado que no residía, creo yo, en el color de su tez, que era muy blanco; ni en su figura, aunque sus rasgos estaban llenos de dulzura y sus brazos y piernas, torneados a la perfección; sino más bien en el tenue resplandor que irradiaba su alma. No era un jarrón opaco de un valioso material, sino una lámpara que brillaba castamente, evitando extinguirse, pero sin escapar a la adoración, una llama vital y vestal. Al mencionar sus atractivos, no quisiera exagerar; pero lo cierto es que me parecían cautivadores y muy reales. A pesar de tenerlo todo en pequeña escala, era el perfume lo que daba distinción a esa violeta blanca, y la hacía superior a la camelia más exuberante... a la dalia más hermosa que haya florecido jamás.

—¡Vaya! ¿Y puede acordarse de los viejos tiempos de Bretton?

—Quizá mejor que usted —contestó—. Los recuerdo con todo detalle: no sólo aquel período, sino sus días y sus horas.

—Debe de haber olvidado algunas cosas...

—Supongo que muy pocas.

—Entonces era una pequeña criatura muy sensible: seguro que hace mucho tiempo que ha dejado atrás las impresiones que la alegría y el dolor, el cariño y la separación de los seres queridos grabaron en su espíritu hace diez años.

—¿Acaso cree que he olvidado a los que quise, y de qué modo lo hice, cuando era niña?

—La intensidad del sentimiento tiene que haberse desvanecido... su violencia, su agudeza... la profunda huella tiene que haberse borrado poco a poco hasta desaparecer.

—Me acuerdo muy bien de aquellos días.

Y lo parecía. Sus ojos eran los de alguien que sabe recordar; de alguien cuya infancia no se desvanece como un sueño, y cuya juventud tampoco desaparece como un rayo de sol. No era una persona que se tomara la vida, de forma poco rigurosa e incoherente, por etapas, y dejase que una estación se le escapara al comenzar otra: conservaba y añadía; con frecuencia rememoraba cuanto había vivido, de ahí que creciera en solidez y armonía a medida que lo hacía en años. Sin embargo, me costaba creer que todas las escenas que ahora se agolpaban en mi cerebro fueran tan vívidas para ella. Sus grandes afectos, las bromas y peleas con su querido compañero de juegos, la sincera y paciente devoción de su corazón infantil, sus miedos, sus delicadas reservas, sus pequeñas tribulaciones, el lacerante dolor de la separación final... recordé todas esas cosas y moví la cabeza con incredulidad. Ella insistió.

—La niña de siete años vive en la joven de diecisiete —dijo.

—Estaba usted terriblemente encariñada con la señora Bretton —exclamé, intentando ponerla a prueba.

Se apresuró a corregirme.

—Terriblemente encariñada, no —respondió ella—; me gustaba, la respetaba, al igual que ahora: parece haber cambiado muy poco.

—Apenas ha cambiado —asentí.

Nos quedamos unos minutos en silencio. Mirando a uno y otro lado, Paulina dijo:

—Hay cosas en esta habitación que estaban en Bretton. Me acuerdo de ese acerico y de ese espejo.

Era ostensible que no se engañaba al juzgar su memoria; al menos en lo que concernía a su estancia en casa de mi madrina.

—Entonces ¿cree que habría reconocido a la señora Bretton? —proseguí.

—La recordaba perfectamente; sus facciones, su tez aceitunada, su pelo negro, su altura, su manera de caminar, su voz...

—Del doctor Bretton era imposible que se acordara, por supuesto —continué diciendo—. Fui testigo de su primer encuentro con él, y me consta que le pareció un desconocido.

—Aquella primera noche me quedé desconcertada —repuso la joven.

—¿Cómo se reconocieron él y su padre?

—Intercambiaron sus tarjetas. Los nombres de Graham Bretton y Home de Bassompierre suscitaron toda clase de preguntas y explicaciones. Eso ocurrió el segundo día; pero antes empecé a sospechar algo.

—¿Qué quiere decir con sospechar algo?

—¡Qué extraño es que a la mayoría de la gente le cueste tanto sentir la verdad! Y no me refiero a conocerla, sino a sentirla. Cuando el doctor Bretton me visitó varias veces, se sentó a mi lado y habló conmigo; y yo hube observado la expresión de sus ojos y de su boca, la forma de su barbilla, el movimiento de su cabeza, y todo lo que solemos observar en las personas que se acercan a nosotros, ¿cómo podía no asociar todo eso con Graham Bretton? Graham era más delgado que él, y no tan alto, y tenía un rostro más suave, y el pelo más largo y más claro, y hablaba... con una voz menos profunda... más como una niña; y, sin embargo, él sigue siendo Graham, de igual modo que yo soy la pequeña Polly o usted es Lucy Snowe.

Yo pensaba lo mismo, pero me maravilló ver hasta qué punto estábamos de acuerdo: es tan difícil encontrar un alma gemela en ciertos asuntos que, cuando sucede, nos parece un milagro.

—Usted y Graham eran compañeros de juegos.

—¿Se acuerda de eso? —inquirió, a su vez.

—Seguro que él tampoco lo ha olvidado —exclamé.

—No se lo he preguntado; pocas cosas me sorprenderían tanto como descubrir que tiene usted razón. Supongo que su temperamento sigue siendo alegre y despreocupado, ¿no es así?

—¿Era así antes? ¿Le daba esa impresión? ¿Guarda ese recuerdo de él?

—Apenas lo recuerdo de otro modo. Unas veces era muy estudioso; otras, muy divertido: pero estuviera enfrascado en sus libros o dispuesto a jugar, parecía pensar esencialmente en los libros o en el juego, y no prestar demasiada atención a aquellos con los que leía o jugaba.

—Pero tenía debilidad por usted.

—¿Debilidad por mí? ¡Oh, no! Tenía otros amigos... sus compañeros de colegio; yo era insignificante para él, excepto los domingos: sí, se mostraba muy amable los domingos. Recuerdo que iba andando de su mano hasta la iglesia de St Mary, y que él me encontraba las oraciones en el devocionario; ¡y era siempre tan pacífico y tan bueno los domingos por la tarde! ¡Tan cariñoso para ser un muchacho arrogante y lleno de vida, tan paciente con todas mis equivocaciones cuando leía! Y era maravilloso poder confiar en él, pues jamás pasaba esas tardes fuera de casa. Me aterraba la idea de que aceptase alguna invitación y nos abandonara; pero nunca lo hizo, ni pareció desearlo. Seguro que eso se ha terminado para siempre. Supongo que ahora cena fuera todos los domingos...

—¡Niñas! ¡Bajad de una vez! —gritó la señora Bretton desde el piso inferior.

Paulina se hubiera quedado charlando un poco más, pero yo preferí obedecer a mi madrina. Nos dirigimos al salón.

Capítulo XXV

La pequeña condesa

A pesar de lo alegre que era el carácter de mi madrina, y de sus esfuerzos por entretenernos, no hubo verdadera diversión aquella tarde en La Terrasse hasta que, en medio del furioso ulular del viento nocturno, oímos el sonido inconfundible de unos caballos. Con cuánta frecuencia, mientras las mujeres y las niñas se hallan sentadas junto a un agradable fuego, tanto sus corazones como su imaginación se ven condenados a alejarse de las comodidades que los rodean, obligados a vagar por oscuros caminos, a desafiar las inclemencias del tiempo, a enfrentarse a las ráfagas de nieve, a esperar junto a puertas y cercas solitarias en medio de las tormentas más infernales, buscando con los ojos y los oídos para ver y oír al padre, al hijo, al marido que regresan al hogar.

El padre y el hijo llegaron finalmente al château: pues el conde de Bassompierre acompañaba aquella noche al doctor Bretton. No sé cuál de nosotras oyó antes los caballos; la crudeza, la violencia del tiempo justificaron que corriéramos al vestíbulo para recibir a los dos jinetes; pero ambos nos aconsejaron que no nos acercáramos: estaban completamente blancos... eran dos montañas de nieve; y lo cierto es que la señora Bretton, al ver su estado, les ordenó entrar inmediatamente en la cocina; y les prohibió, por su cuenta y riesgo, pisar la escalera alfombrada hasta haberse quitado su disfraz navideño.

No pudimos evitar, sin embargo, seguirles a la cocina: era una vieja cocina holandesa de gran tamaño, pintoresca y agradable. La blanca y menuda condesa bailaba alrededor de su padre, igualmente blanco, dando palmadas y gritando:

—Papá, papá, pareces un gigantesco oso polar.

El oso se sacudió y el pequeño duende huyó lejos de aquella lluvia helada. Pero Paulina regresó riendo, deseosa de ayudarle a despojarse del disfraz ártico. El conde, librándose finalmente de su grueso gabán de nieve, amenazó aplastarla con éste como si se tratara de un alud.

—¡Vamos, vamos! —dijo Paulina, inclinándose para animarle a hacerlo; y, cuando la avalancha estaba a punto de caer sobre su cabeza, se alejó saltando como una diminuta gamuza.

Sus movimientos tenían la suave agilidad, la gracia aterciopelada de un gatito; su risa era más clara que el sonido de la plata y el cristal: cuando cogió las frías manos de su padre y las frotó, y se puso de puntillas para darle un beso en los labios, un halo de ternura y alegría pareció brillar a su alrededor. El grave y venerable caballero la miró como los hombres miran a quien es la niña de sus ojos.

—Señora Bretton —dijo—, ¿qué voy a hacer con esta hijita mía? No crece ni en sabiduría ni en estatura. ¿No la encuentra casi igual que hace diez años?

—No puede ser más infantil que este grandullón —replicó la señora Bretton, que estaba peleándose con su hijo para que fuera a cambiarse de ropa.

Graham estaba apoyado en el aparador holandés, riéndose e impidiendo que su madre se le acercara.

—Vamos, mamá —exclamó—, para llegar a un acuerdo y calentarnos, tanto por dentro como por fuera, tomemos un ponche navideño y brindemos aquí, junto a la chimenea, por la vieja Inglaterra.

Así, pues, mientras el conde se acercaba al fuego y Paulina Mary seguía bailando de aquí para allá —feliz por la libertad que le proporcionaba aquella enorme cocina—, la señora Bretton enseñó personalmente a Martha a condimentar y calentar el ponche; y, vertiendo la bebida en una jarra de Bretton, la sirvieron en las copas, humeante, con la ayuda de un pequeño recipiente de plata, que reconocí como el del bautismo de Graham.

—¡Por los viejos tiempos! —dijo el conde, levantando hacia un lado su copa. Entonces, mirando a la señora Bretton empezó a recitar:

We twa ha' paidlet i' the burn

Fra morning-sun till dine

, But seas between us braid ha' roared
Sin' auld lang syne.
And surely ye'll be your pint-stoup,
As surely I'll be mine;
And we'll taste a cup o' kindness yet;
For auld lang syne.

—¡Escocés! ¡Escocés! —exclamó Paulina—. Papá está hablando escocés. Y es escocés, en parte. Somos Home y de Bassompierre, caledonios y galos.

—Y ¿lo que estás bailando es una danza escocesa, hada de las Tierras Altas? —preguntó su padre—. Señora Bretton, no tardará en aparecer un círculo verde en medio de su cocina. No respondo de las artimañas de mi hija: es una criaturita muy extraña.

—Dile a Lucy que baile conmigo, papá; ésta es Lucy Snowe.

El señor Home (había en él tanto del sencillo señor Home como del altivo conde de Bassompierre) me tendió la mano, diciendo amablemente que me recordaba muy bien y que, aunque su memoria hubiera sido menos fiable, había oído mi nombre tantas veces en labios de su hija, y había escuchado tantas historias sobre mí, que yo le habría parecido una vieja conocida.

Todos nos habíamos tomado el ponche excepto Paulina, cuyo pas de fée ou de fantaisie nadie quiso interrumpir para ofrecerle un trago tan profano; pero era imposible no contar con ella, o usurparle sus privilegios de mortal.

—Déjeme probarlo —le dijo a Graham, cuando éste puso la copa en un anaquel de la alacena, fuera de su alcance.

La señora Bretton y el señor Home estaban conversando. Al doctor John no le había pasado inadvertida la danza del hada; la había observado, y había disfrutado con ella. Dejando a un lado la dulzura y la belleza de sus movimientos, adorables para un amante de la gracia como él, a Graham le encantó la naturalidad de Paulina en casa de su madre, pues le hacía sentirse cómodo: ella le parecía de nuevo una niña... casi su compañera de juegos. Me pregunté cómo se dirigiría a la joven; no le había visto aún hablar con ella; sus primeras palabras pusieron de manifiesto que los viejos días de la «pequeña Polly» habían vuelto a su memoria con la alegría infantil de la velada.

—¿Acaso Su Señoría desea la jarra?

—Creo haberlo dicho ya. Pensé que había quedado claro.

—No puedo consentir semejante despropósito. Lo siento mucho, pero no puedo hacerlo.

—¿Por qué? Estoy completamente recuperada: el ponche no puede romperme la clavícula de nuevo, ni dislocarme el hombro. ¿Es vino?

—No; ni tampoco rocío.

—No quiero rocío; no me gusta el rocío: pero ¿qué es?

—Cerveza... cerveza muy fuerte... una vieja cerveza de octubre; fabricada, tal vez, el año de mi nacimiento.

—Debieron de hacerla unas manos expertas; ¿está buena?

—Demasiado buena.

Y bajó la jarra para servirse una segunda dosis de aquel potente elixir, expresó con una mirada maliciosa su inmensa satisfacción, y volvió a colocar solemnemente la copa en el anaquel.

—Me gustaría tomar un poco —exclamó Paulina, alzando la vista—; jamás he bebido una vieja cerveza de octubre. ¿Es dulce?

—Peligrosamente dulce —contestó Graham.

Y la joven siguió mirando hacia arriba con el rostro de un niño que desea una golosina prohibida. Finalmente, el doctor John cedió, bajó la jarra y, con gran satisfacción, dejó que Paulina probara su contenido; los ojos de Graham, siempre tan expresivos cuando se sentía alegre, fueron incapaces de disimular el placer que esto le procuraba; y prolongó la situación colocando la copa de tal modo que aquellos labios sonrosados sólo pudieran beberlo gota a gota.

—Un poco más... un poco más —protestaba ella, algo enfurruñada, tocando la mano de él con su dedo índice para que, dócilmente, inclinara la copa con mayor generosidad—. Huele a especias y a azúcar, pero soy incapaz de saborearlo; su muñeca está tan rígida, y es usted tan tacaño...

Él accedió de nuevo, susurrando, sin embargo, con gravedad:

—No se lo cuente ni a mi madre ni a Lucy; a ellas no les parecería bien.

—Tampoco a mí —respondió Paulina, cambiando de tono y de actitud en cuanto logró probar la bebida, como si ésta hubiera actuado sobre ella como una poción mágica que rompiera su encantamiento—. Me parece cualquier cosa menos dulce; está amarga y demasiado caliente, y me deja sin aliento. Su vieja cerveza de octubre sólo era deseable cuando estaba prohibida. Gracias, no quiero más.

Y con una pequeña reverencia, hecha a la ligera pero tan graciosa como su danza, se alejó de él y se fue con su padre.

Pienso que no me había mentido: la niña de siete años vivía en la joven de diecisiete.

Graham la miró algo confuso y desconcertado; sus ojos no dejaron de observarla durante casi toda la velada, pero Paulina no pareció darse cuenta.

Cuando subimos al salón para tomar el té, cogió el brazo de su padre: lo natural para ella era estar siempre a su lado; los ojos y los oídos de la joven estaban dedicados a él. El conde de Bassompierre y la señora Bretton dirigían la conversación de nuestro pequeño grupo, y Paulina era quien les escuchaba con mayor atención, no perdiéndose una palabra de lo que decían, rogándoles que repitieran este detalle o aquella aventura.

—¿Dónde estabas por aquel entonces, papá? Y ¿qué dijiste luego? Cuéntale a la señora Bretton lo que pasó aquel día.

Y de ese modo le animaba a hablar.

No volvió a mostrar un júbilo exagerado; la chispa infantil no saltó de nuevo aquella noche: fue dulce, amable, dócil. Resultó encantador ver cómo nos daba las buenas noches; se dirigió al doctor John con cierta solemnidad: en su sonrisa apenas esbozada y en su silenciosa reverencia apareció la condesa, y Graham no pudo sino extremar su seriedad y devolverle el saludo. Comprendí que él no sabía armonizar en su interior el hada danzarina con la delicada dama.

Al día siguiente, cuando nos reunimos alrededor de la mesa del desayuno, tiritando de frío tras el gélido aseo matutino, la señora Bretton decretó que ninguno de nosotros, salvo en caso de extrema necesidad, abandonaría La Terrasse aquel día.

Lo cierto es que salir parecía casi imposible; la nieve amontonada oscurecía los cristales inferiores de las ventanas, y, al mirar al exterior, el cielo y el aire parecían irritados y sombríos, y el viento y la nieve combatían con ferocidad. Había dejado de nevar, pero las ráfagas de viento, breves y violentas, arrancaban de la tierra los copos caídos, que se arremolinaban y formaban cientos de figuras increíbles.

La condesa secundó a la señora Bretton.

—Papá no saldrá —exclamó, colocando su silla junto a la butaca de su progenitor—. Yo me ocuparé de él. No irás a la ciudad, ¿verdad, papá?

—Sí y no —fue su respuesta—. Si la señora Bretton y tú sois muy buenas conmigo, Polly... ya sabes, atentas y amables; si me tratas bien y me mimas mucho, es posible que decida esperar una hora para ver si amaina este viento tan horrible. Pero veo que no me das el desayuno; no me ofreces nada: me dejas morir de hambre.

—¡Rápido! Por favor, señora Bretton, sirva usted el café —le rogó Paulina—, mientras yo me ocupo de que al conde de Bassompierre no le falte nada:

desde que se ha convertido en un conde, necesita tantas atenciones...

Escogió un panecillo y se lo preparó.

—Aquí tienes tus pistolets cargados, papá —señaló—. Y toma un poco de mermelada de naranja, la misma que tomábamos en Bretton; decías que era tan buena como si la hubieran hecho en Escocia.

—Y que Su Señoría solía pedirme para mi hijo... ¿te acuerdas, Paulina? —interrumpió la señora Bretton—. ¿Has olvidado cómo te acercabas a mí y me tirabas de la manga susurrando: «Por favor, señora, algo bueno para Graham... un poquito de mermelada o de miel»?

—No, mamá —exclamó el doctor John, riéndose al tiempo que enrojecía—; seguro que no era así: ¡qué podían importarme esas cosas!

—¿Le importaban o no, Paulina?

—Le gustaban —afirmó la joven.

—No se avergüence de ello, John —le animó el señor Home—. A mí siempre me han gustado. Y Polly mostraba su buen juicio al preocuparse de la comodidad material de un amigo: fui yo quien le enseñé esas buenas costumbres... y no dejo que las olvide. Polly, ¿me das una loncha muy fina de esa lengua?

—Toma, papá; pero recuerda que sólo te atendemos así de bien para que te quedes todo el día en La Terrasse.

—Señora Bretton —dijo el conde—, quisiera librarme de mi hija, enviarla a un colegio. ¿Conoce usted alguno que sea bueno?

—El de Lucy... el internado de madame Beck.

—¿La señorita Snowe está en un colegio?

—Soy profesora —me apresuré a responder, y casi me alegré de tener la oportunidad de decirlo.

Desde hacía un rato sentía que ocupaba una falsa posición. La señora Bretton y su hijo conocían mis circunstancias; pero el conde y su hija no. Es posible que quisieran cambiar su hasta entonces cordial actitud cuando se enteraran de mi situación en la sociedad. Por eso contesté en seguida: pero un enjambre de sombríos pensamientos que no había previsto ni invocado alzó el vuelo con mis palabras y me hizo suspirar involuntariamente. El señor Home no levantó los ojos del plato durante unos minutos, y tampoco habló; quizá no me había oído... quizá pensaba que, ante una confesión de esa naturaleza, lo más educado era guardar silencio: los escoceses son proverbialmente orgullosos; y, a pesar de lo sencillo y hogareño que era el señor Home, de la simplicidad de sus costumbres y de sus gustos, yo me había dado cuenta de

que no le faltaba su cuota de aquel distintivo nacional. ¿Era el suyo un falso orgullo? ¿Se trataba de auténtica dignidad? Dejo la pregunta sin contestar en su sentido más amplio. En lo que a mí respecta, lo único que puedo decir es que entonces y siempre hizo gala de una gran sinceridad.

Su naturaleza era sensible y reflexiva; sobre sus emociones y pensamientos se extendía un velo de melancolía, que se convertía en una nube en tiempos de dificultades y de dolor. No sabía demasiado sobre Lucy Snowe; lo que sabía, no lo comprendía bien: lo cierto es que su interpretación errónea de mi carácter a menudo me hacía sonreír; pero él veía que la senda por la que transcurría mi vida se hallaba en el lado sombrío de la colina, y respetaba mis esfuerzos por caminar en línea recta; de haber podido, me habría ayudado: al no tener oportunidad de hacerlo, me deseaba suerte. Cuando me miró aquel día, sus ojos reflejaron bondad; cuando habló, su voz fue benevolente.

—La suya es una profesión muy ardua —dijo—. Le deseo salud y fortaleza para triunfar en ella.

Su hermosa hija no recibió la noticia con tanta tranquilidad: clavó en mí dos ojos desmesuradamente abiertos por el asombro... casi por la consternación.

—¿Es usted profesora? —exclamó; y, después de reflexionar sobre tan desagradable idea, añadió—: Bueno, nunca supe qué era usted, ni se me ocurrió preguntarlo; para mí, siempre fue Lucy Snowe.

—Y ahora ¿qué soy? —no pude evitar decir.

—Usted misma, desde luego. Pero ¿es cierto que enseña aquí, en Villette?

—Sí.

—¿Y le gusta?

—No siempre.

—¿Y por qué sigue haciéndolo?

Su padre la miró, y yo temí que le impidiera seguir hablando; pero se limitó a decir:

—Continúa, Polly, continúa con ese interrogatorio... demuéstranos lo curiosa que eres. Si la señorita Snowe se hubiera ruborizado o pareciese turbada, te pediría que te callaras; y los dos seguiríamos comiendo algo avergonzados; pero ella sonríe, así que sigue insistiendo, multiplica tus preguntas. Bien, señorita Snowe, ¿por qué sigue haciéndolo?

—Me temo que, sobre todo, por el dinero que gano.

—Entonces ¿no es por motivos puramente filantrópicos? Polly y yo nos

aferrábamos a esa hipótesis para explicarnos su excentricidad.

—No... no, señor. Si lo hago es porque me permite tener un techo donde guarecerme; y por la tranquilidad que me da pensar que, mientras pueda trabajar por mí misma, me ahorro el dolor de ser una carga para los demás.

—Papá, digas lo que digas, siento lástima de Lucy.

—Pues será mejor que olvides ese sentimiento, señorita de Bassompierre: cógelo con las dos manos como si fuera una pequeña cría de ánsar que se hubiera escapado volando; déjalo de nuevo en el cálido nido del corazón del que salió, y escucha mis palabras. Si mi Polly llegara a conocer por experiencia la endeble naturaleza de los bienes de este mundo, me gustaría que se comportara como Lucy: que trabajase a fin de no ser una carga para familiares y amigos.

—Sí, papá —respondió ella, triste y dócilmente—. Pero ¡pobre, Lucy! Pensé que era una joven rica que tenía amigos ricos.

—Pues pensaste neciamente: yo nunca lo creí así. Cuando tuve tiempo de observar los modales y el aspecto de Lucy, algo muy poco frecuente, me di cuenta de que era alguien que tenía que proteger, no ser protegido; alguien que tenía que hacer las cosas, no esperar a ser servida. Y supongo que lo que le ha tocado en suerte vivir ha sido una experiencia por la que algún día, si su existencia es suficientemente larga para comprender todas sus ventajas, bendecirá a la Providencia. Pero ese colegio —prosiguió, cambiando su tono grave por otro alegre—, ¿cree usted que madame Beck admitiría a mi Polly, señorita Lucy?

Respondí que lo mejor sería preguntárselo. Pronto lo sabríamos; a madame le gustaban las alumnas inglesas.

—Si lleva a la señorita de Bassompierre esta misma tarde en su carruaje, señor, puedo garantizarle que Rosine, la portera, correrá a abrirles la puerta; y estoy segura de que madame les recibirá en el salón con su mejor par de guantes.

—En ese caso —contestó el señor Home—, no veo ningún motivo para aplazarlo. La señora Hurst puede enviar al internado lo que ella llama «las cosas» de su señorita; Polly puede empezar a trabajar hoy mismo; y usted, señorita Lucy, confío en que se preste a echar una ojeada a mi pequeña, y me diga de vez en cuando qué tal le va. Espero que dé su aprobación a nuestros planes, condesa de Bassompierre.

La condesa carraspeó, vacilante.

—Pensé que mi educación había concluido —dijo.

—Eso sólo prueba cuán equivocados pueden ser nuestros pensamientos:

tengo una opinión muy diferente, como casi todos los que esta mañana han sido testigos de tu profundo conocimiento de la vida. ¡Ay, mi pequeña! ¡Tienes tanto que aprender aún! ¡Y papá debería haberte enseñado mucho más! Vamos, lo mejor será hablar con madame Beck; el tiempo está mejorando, y he acabado de desayunar.

—Pero, papá...

—¿Sí?

—Veo un obstáculo.

—Pues yo no.

—Uno enorme, papá, que siempre será infranqueable; tan grande como tú con el abrigo cubierto de nieve.

—Y al igual que la nieve, ¿puede derretirse?

—¡No! Es de una carne... de una carne excesivamente sólida: ¡eres tú, papá! Señorita Lucy, advierta a madame Beck de que no escuche sus exigencias de que me admita en el colegio; al final resultaría que también tendría que admitirle a él: como le gusta tanto hacerme rabiar, les contaré algunas historias de mi padre. Señora Bretton y todos los demás, escuchen: hace aproximadamente cinco años, cuando yo tenía doce, se le metió en la cabeza que me estaba mimando demasiado, que no me estaba preparando para la vida, y no sé qué cosas más; y se empeñó en que fuera a un internado. Yo lloré, etcétera, etcétera; pero monsieur de Bassompierre resultó ser un hombre despiadado y cruel, y fui al internado. Y ¿qué ocurrió después? Del modo más admirable, papá también vino al colegio: iba a verme cada dos días. Madame Aigredoux refunfuñaba, pero no servía de nada; hasta que, finalmente, papá y yo fuimos, en cierto modo, expulsados. Lucy puede contarle este detalle a madame Beck: me parece justo informarle de lo que le espera.

La señora Bretton preguntó al señor Home si tenía algo que decir al respecto. Como él no se defendió, dictó sentencia en su contra y Paulina salió victoriosa.

Pero la joven no se limitaba a ser ingenua y traviesa. Después del desayuno, cuando madame Bretton y el conde se retiraron —supongo que para hablar de ciertos asuntos económicos de mi madrina—, y la condesa, el doctor Bretton y yo nos quedamos un rato a solas, la niña que había en Paulina desapareció; con nosotros, que teníamos una edad más cercana a la suya, se comportó como una dama: hasta su rostro pareció cambiar; aquella mirada inocente y aquel gracioso gesto que, cuando hablaba con su padre, redondeaba su cara y hacía aparecer dos hoyuelos en sus mejillas, dieron paso a un semblante más circunspecto, a unas líneas más marcadas y menos expresivas.

No hay duda de que Graham reparó en el cambio con tanta claridad como yo. Se quedó unos minutos junto a la ventana, contemplando la nieve; luego se acercó a la chimenea y se sumó a la conversación, pero sin su desenfado habitual: los temas más oportunos no parecían brotar de sus labios; los elegía de forma minuciosa, vacilante y, por consiguiente, poco afortunada. Habló vagamente de Villette: de sus habitantes, de sus lugares de interés y de sus edificios. La señorita de Bassompierre le contestó de un modo muy femenino; con inteligencia, y demostrando tener un criterio bastante personal. De vez en cuando, un tono, una mirada, un gesto, más animados y expresivos que ceremoniosos y comedidos, recordaban aún a la pequeña Polly; y, sin embargo, había en ella una gracia tan elegante y refinada, tan apacible y cortés, dando brillo y respaldando esas singularidades, que un hombre menos sensible que Graham no habría osado valerse de ellas para buscar una mayor intimidad.

No obstante, aunque el doctor Bretton no sabía bien qué decir y estaba más serio de lo habitual, seguía de atento observador. No se le escapaba ninguno de aquellos impulsos irresistibles, ninguna de aquellas pausas naturales. No se perdía ni uno de sus movimientos característicos, ni una de sus vacilaciones en la conversación, ni uno de sus ceceos al expresarse. Algunas veces, cuando hablaba deprisa, Paulina todavía ceceaba; pero siempre se ruborizaba al cometer ese fallo y, de un modo muy concienzudo, tan divertido como el pequeño error, repetía con claridad la palabra.

Cuando esto pasaba, el doctor Bretton sonreía. Poco a poco, a medida que charlaban, empezaron a mostrarse menos distantes; supongo que, si la conversación hubiera continuado, habría sido en seguida de lo más cordial. Los labios de Paulina volvieron a esbozar esa sonrisa que adornaba con dos hoyuelos sus mejillas; ceceó una vez y olvidó corregirse. Y el doctor John, no sé cómo cambió, pero lo hizo. No parecía más alegre —no gastaba bromas ni hablaba con más ligereza—, pero no hay duda de que se hallaba más cómodo, lo que se reflejaba en un lenguaje más vivo, en un tono de voz más afable. Diez años antes, aquella pareja había tenido siempre muchas cosas que decirse. La década transcurrida no había mermado su experiencia ni empobrecido su inteligencia; además, existen ciertas naturalezas que se influyen de tal modo entre sí que, cuanto más se dicen, más tienen que decirse. Para ellas, de la asociación surge la adhesión, y de la adhesión la unión.

Graham, sin embargo, debía irse; tenía una profesión con unas exigencias que no podían incumplirse ni aplazarse. Salió de la estancia, pero volvió a entrar antes de abandonar la casa. Estoy convencida de que no regresó para coger un papel o una tarjeta de su escritorio, como pretendió hacernos creer, sino para asegurarse, con una nueva ojeada, de que la Paulina que perduraba en su memoria era real: de que, de algún modo, no había estado

contemplándola bajo una luz parcial o artificial, y cometiendo un vano error. ¡No! Comprendió que su impresión era certera y, en lugar de perder, pareció ganar con su regreso. Y Graham se llevó con él una mirada de despedida — tímida, pero muy dulce— tan hermosa e inocente como la que lanzaría cualquier cervatillo guarecido bajo unos helechos, o cualquier cordero desde su lecho de hierba.

Cuando nos quedamos solas, Paulina y yo estuvimos un buen rato calladas; las dos sacamos nuestras labores, y trabajamos afanosamente en ellas sin decir una palabra. El costurero de madera blanca de los viejos tiempos había sido reemplazado por otro de marquetería con preciosas incrustaciones y herrajes dorados; los pequeños y temblorosos dedos que apenas podían guiar la aguja, aunque continuaban siendo diminutos, se movían ahora con rapidez y destreza; pero allí seguían los mismos gestos delicados, el mismo ceño fruncido, los mismos movimientos vivaces... ya fuera para arreglarse un mechón del cabello o para sacudirse de la falda de seda una mota imaginaria de polvo o la hebra de un hilo.

Aquella mañana yo estaba predispuesta al silencio: la furia severa del día invernal parecía intimidarme. La cólera de enero, tan blanca e incruenta, aún no se había apaciguado. Los rugidos de la tormenta habían enronquecido, pero no daban la impresión de estar más cerca del agotamiento. Si Ginevra Fanshawe hubiera estado conmigo en aquella estancia, no me habría dejado meditar ni escuchar en paz. La presencia que acababa de abandonarnos habría sido su tema de conversación; y ¡cuántas vueltas le habría dado a lo mismo! ¡Cómo me habría perseguido y fastidiado con sus preguntas y suposiciones! ¡Cómo me habría atosigado e importunado con comentarios y confidencias que yo no quería y deseaba evitar!

Paulina Mary me dirigió un par de miradas silenciosas pero penetrantes con sus enormes ojos negros, y sus labios entreabiertos parecieron querer expresar algo; pero percibió y respetó delicadamente mi inclinación al silencio.

«Esto no durará mucho», pensé, pues no estaba acostumbrada a encontrar en las mujeres y en las niñas el menor dominio de sí mismas, o el menor espíritu de sacrificio. Por lo que sabía de ellas, la oportunidad de chismorrear sobre sus secretos normalmente triviales, sobre sus sentimientos a menudo insustanciales y mezquinos, era un placer al que no renunciaban fácilmente.

La pequeña condesa prometía ser una excepción: cuando se cansó de sus labores, cogió un libro.

Como si fuera una decisión del azar, lo buscó en los estantes del doctor John; y resultó ser un viejo volumen de Bretton, una obra ilustrada de historia natural. A menudo había visto a Graham con aquel libro apoyado en las

rodillas, mientras Paulina, de pie a su lado, le leía algún párrafo; y, cuando terminaba la clase, la niña le pedía que, como premio, le explicara las ilustraciones. Observé detenidamente a la joven: allí estaba la prueba de que no había exagerado al hablar de su memoria; ¿serían ahora fieles sus recuerdos?

¿Fieles? No cabía la menor duda. A medida que pasaba las páginas, su rostro fue iluminándose; la menos reveladora de sus expresiones fue un claro saludo al Pasado. Y entonces volvió a la primera página y miró el nombre escrito con letra de colegial. Lo contempló un buen rato; pero esto no fue suficiente para ella, y pasó delicadamente la yema de sus dedos por las letras, acompañando ese gesto de una sonrisa inconsciente pero llena de dulzura que convirtió en una caricia su ademán. Paulina amaba el pasado; pero la singularidad de aquella pequeña escena fue que no dijo nada: podía sentir sin verter sus sentimientos en un torrente de palabras.

Estuvo muy entretenida con la biblioteca cerca de una hora, cogiendo un volumen tras otro y renovando su amistad con todos ellos. Después se sentó en un pequeño taburete, apoyó la mejilla en la mano y se quedó pensativa sin romper el silencio.

El sonido de la puerta de entrada en el piso inferior, una ráfaga de aire helado y la voz de su padre hablando con la señora Bretton en el vestíbulo la sacaron de su ensimismamiento. Se levantó de un salto y en unos instantes estuvo abajo.

—¡Papá! ¡Papá! No vas a salir, ¿verdad?

—Debo ir a la ciudad, tesoro.

—Pero hace demasiado... demasiado frío, papá.

Y entonces oí cómo monsieur de Bassompierre le enseñaba lo abrigado que iba; y le contaba que disponía del carruaje, donde estaría resguardado del frío; y, en pocas palabras, le demostraba que no debía temer por su comodidad.

—Pero prométeme que volverás esta tarde, antes de que oscurezca... tú y el doctor Bretton, los dos en el carruaje. Con este tiempo, es peligroso ir a caballo.

—Está bien, si veo al doctor, le diré que una dama ha ordenado que cuide de su preciosa salud y regrese a casa temprano escoltado por mí.

—Sí, tienes que decir «una dama»; creerá que es su madre y será obediente. Y, papá, procura volver pronto... estaré pendiente de tu regreso.

La puerta se cerró y el carruaje se deslizó suavemente sobre la nieve; la condesa entró de nuevo en la sala, inquieta y pensativa.

Y estuvo pendiente de su regreso al acercarse el anochecer; pero del modo más silencioso: andando por la estancia sin hacer ruido. De vez en cuando detenía su aterciopelada marcha; y aguzaba el oído para percibir el son del ocaso, aunque más bien debería decir el silencio del ocaso, ya que, finalmente, el viento había amainado. El cielo, liberado de su avalancha, se extendía pálido y desnudo; a través de las ramas peladas de la avenida, podíamos verlo y admirar el resplandor polar de la luna de año nuevo: una esfera tan blanca como un mundo de hielo. Tampoco tardamos en ver el regreso del carruaje.

Paulina no bailó ninguna danza de bienvenida aquella noche. Con aire circunspecto, se apresuró a tomar posesión de su padre en cuanto éste llegó; convirtiéndolo en su propiedad, le condujo al asiento de su elección y, mientras le colmaba de elogios por haber sido tan bueno y haber vuelto tan pronto, cualquiera habría pensado que era la fuerza de sus pequeñas manos la que le había sentado en aquella butaca y le había procurado comodidad; pues el corpulento caballero parecía encantado de someterse a su dominio... cuyo poder residía únicamente en el amor.

Graham tardó unos minutos más que el conde en aparecer. Paulina se dio media vuelta al oír sus pasos: los dos jóvenes sólo se dirigieron una o dos palabras; sus dedos se encontraron unos instantes, pero lógicamente apenas se rozaron. Paulina continuó al lado de su padre; Graham se desplomó en un sillón, en el otro extremo de la sala.

Afortunadamente, la señora Bretton y el señor Home tenían muchas cosas que decirse... sus viejos recuerdos constituían una fuente inagotable de conversación; de lo contrario, creo que nuestro grupo apenas habría hablado aquella noche.

Después del té, la veloz aguja y el bonito dedal dorado de Paulina empezaron a moverse afanosamente a la luz de la lámpara, pero sus labios no se despegaron y sus ojos parecieron reacios a levantar los párpados de largas y suaves pestañas. Graham debía de estar agotado tras su día de trabajo: escuchando respetuosamente a sus mayores, apenas hizo comentarios, y siguió con la mirada el reflejo del dedal de Paulina, como si fuera el destello del ala de una polilla, o la cabeza dorada de alguna pequeña y vivaz serpiente amarilla.

Capítulo XXVI

Un entierro

A partir de ese día, a mi vida no le faltó variedad; salía mucho, con el total

consentimiento de madame Beck, que aprobaba el nivel social de mis amistades. Aquella encomiable directora me había tratado siempre con respeto, y, cuando descubrió que yo era invitada con frecuencia a un château o a una mansión, el respeto aumentó y se convirtió en distinción.

No es que se mostrara servil u obsequiosa: madame, una mujer de mundo, jamás mostraba debilidad; había en ella medida y sensatez cuando perseguía con la mayor vehemencia sus propios intereses, calma y consideración cuando una presa caía en sus garras; sin exponerse a mi desdén por oportunista y adulatora, me hizo saber con mucho tacto que le gustaba que las personas relacionadas con su establecimiento frecuntaran esa clase de amistades que perfeccionan y elevan, y no aquéllas que perjudican y degradan. Nunca nos elogiaba a mí o a mis amigos; sólo lo hizo una vez en que, sentada al sol en el jardín, con una taza de café al lado y la Gazette en las manos, con aire de estar en la gloria, yo me acerqué a ella para pedirle que me permitiera salir por la tarde; me contestó con enorme gentileza:

—Oui, oui, ma bonne amie: je vous donne la permission de coeur et de gré. Votre travail dans ma maison a toujours été admirable, rempli de zèle et de discrétion: vous avez bien le droit de vous amuser. Sortez donc tant que vous voudrez. Quant à votre choix de connaissances, j'en suis contente; c'est sage, digne, louable.

Cerró los labios y continuó la lectura de la Gazette.

El lector no debe juzgar con demasiada severidad el hecho insignificante de que por aquellos días el triplemente escondido paquete de cinco cartas desapareciera temporalmente de mi escritorio. Como es natural, sentí una gran consternación al descubrirlo; pero en seguida recobré el ánimo.

«¡Paciencia! —susurré para mí—. Guarda silencio y espera tranquilamente; las cartas volverán a aparecer».

Y así fue: se habían limitado a hacer una pequeña visita al cuarto de madame; y, tras superar con éxito su inspección, regresaron a su debido tiempo: al día siguiente estaban en su sitio.

Me gustaría saber qué pensaba de mi correspondencia. ¿Qué impresión le causaban las cartas del doctor John Bretton? ¿Qué le parecían las ideas a menudo claras y concisas, las opiniones generalmente lógicas y a veces originales, expuestas sin pretensiones con un estilo enérgico y fluido? ¿Le gustaba la vena medio humorística que tanto me complacía? ¿Qué pensaba de esas palabras amables que salpicaban aquí y allá las misivas? No copiosamente, como los diamantes en el valle de Simbad, sino con escasez, como se encuentran esas gemas fuera de las fábulas. ¡Oh, madame Beck! ¿Qué efecto le causaban todas esas cosas?

Creo que, en cierto modo, las cinco cartas gozaban de su favor. Un día, después de haberlas tomado prestadas (al hablar de una mujer tan refinada, es necesario cuidar el lenguaje), la sorprendí mirándome fijamente; madame Beck parecía un poco desconcertada, pero su expresión no era malévola. Fue durante el pequeño descanso entre las clases, mientras las alumnas disfrutaban de un cuarto de hora de recreo en el jardín; ella y yo nos quedamos solas en la clase de primero: cuando nuestros ojos se encontraron, algunos pensamientos salieron de sus labios.

—Il y a quelque chose de bien remarquable dans le caractère anglais — dijo.

—¿Qué hay de extraordinario, madame?

Ella soltó una pequeña carcajada, repitiendo la palabra «qué».

—Je ne saurais vous dire «qué»; mais, en fin, les Anglais ont des idées à eux, en amitié, en amour, en tout. Mais au moins il n'est pas besoin de les surveiller —añadió, poniéndose en pie y alejándose al trote como el pequeño y sólido poni al que se asemejaba.

«Entonces —murmuré para mí— espero que, en el futuro, tenga la deferencia de dejar mis cartas en paz».

¡Ay! Algo se precipitó en mis ojos, empañando completamente su visión, nublando las imágenes de la clase, del jardín, del brillante sol invernal, cuando recordé que nunca más recibiría una carta como aquéllas que madame Beck había leído. Se habían acabado para mí. El maravilloso río en cuyas orillas había morado, de cuyas aguas había dejado caer unas gotas vivificantes en mis labios, estaba desviando su curso: dejaba mis campos y mi pequeña cabaña secos y abandonados para derramar muy lejos la riqueza de su caudal. El cambio era justo, oportuno, natural; no podía decirse nada en contra: pero yo amaba mi Rin, mi Nilo; había casi idolatrado mi Ganges, y me dolía que una corriente tan sublime se alejara y desapareciera como un espejismo. A pesar de mi estoicismo, no era nada estoica; las lágrimas corrían por mis mejillas, mojando mis manos y el pupitre: mi llanto fue desconsolado, breve y torrencial.

Pero pronto me dije:

«La Esperanza que ahora veo truncada sufrió y me hizo sufrir mucho: sólo murió cuando llegó su hora. Tras una agonía tan larga, la muerte debería ser bienvenida».

E hice cuanto pude para que así fuera. Lo cierto es que un sufrimiento tan prolongado había convertido la paciencia en un hábito. Finalmente, cerré los ojos de mi cadáver, cubrí su rostro y coloqué sus brazos y sus piernas con

calma imperturbable.

Las cartas, sin embargo, debían ocultarse, alejarse de mi vista.

La gente que ha sufrido la pérdida de un ser querido siempre reúne y guarda celosamente bajo llave los recuerdos: resulta insoportable ser apuñalado a cada momento en el corazón por el continuo renacer de una pena.

Una tarde en que no teníamos clase (era jueves), al coger mi tesoro con el propósito de decidir sobre su futuro, percibí —y esta vez con profundo desagrado— que había vuelto a ser manipulado: el paquete estaba allí, pero habían desatado y vuelto a atar la cinta; y otros indicios me confirmaron que mi cajón había recibido una visita.

Aquello era demasiado. Madame Beck era la discreción personificada, además de tener el cerebro más poderoso y el juicio más ecuánime que jamás haya amueblado una cabeza humana; que ella conociera el contenido de mi caja no resultaba agradable, pero podía soportarse. La pequeña y jesuítica inquisidora sabía ver las cosas como eran, y no las malinterpretaba; pero la idea de que hubiera osado comunicar a otros la información así obtenida; de que quizá se hubiera divertido leyendo acompañada aquellas cartas, sagradas para mí, me dejó consternada. Pero sabía que mi temor no era infundado: incluso adiviné quién era su confidente. Monsieur Paul Emanuel, su primo, había pasado con ella la velada anterior: madame Beck solía consultarle y debatir con él los asuntos que no confiaba a ninguna otra persona. Aquella misma mañana, durante la clase, ese caballero me había honrado con una mirada que parecía haber pedido prestada a Vastí, la actriz; en aquel instante, yo no había sabido interpretar el destello azul, aunque tétrico, de sus ojos cargados de ira, pero ahora comprendía su significado. Estaba convencida de que él era incapaz de ser ecuánime conmigo y de juzgarme con tolerancia y franqueza; siempre me había parecido un hombre severo y suspicaz: la idea de que aquellas cartas, a pesar de ser únicamente amistosas, hubieran caído una vez y pudieran volver a caer en sus manos me dolía en el alma.

¿Qué podía hacer para impedirlo? ¿En qué rincón de aquella extraña casa era posible hallar un escondite seguro? ¿Dónde sería garantía una llave o barrera un candado?

¿En el grenier? No, no me gustaba el grenier. Además, casi todos sus cajones y cajas estaban carcomidos y no podían cerrarse con llave. Las ratas se abrían camino royendo la madera podrida, y los ratones anidaban en medio de su caótico contenido. Mis queridas cartas (todavía adoradas, aunque llevaban el nombre de Icabod escrito en su primera página) podrían ser comidas por las alimañas; y sin duda la humedad borraría muy pronto su tinta. No, el grenier no valía... pero entonces ¿dónde?

Mientras cavilaba sobre este problema, me senté junto a la ventana del gran dormitorio. Era una tarde gélida y hermosa; el sol invernal, a punto de ocultarse, brillaba muy pálido sobre los arbustos del jardín en l'allée défendue. Un viejo y enorme peral —el peral de la monja— erguía su esqueleto de dríade, gris, enjuto, desnudo. Me asaltó un pensamiento... uno de esos pensamientos descabellados y extraños que a veces acuden a la imaginación de la gente solitaria. Me puse el sombrero, la capa y las prendas de piel, y me fui a la ciudad.

Me encaminé hacia el viejo barrio histórico, cuyo vetusto y sombrío recinto siempre buscaba cuando me sentía melancólica, y deambulé por sus calles hasta que, después de cruzar una plaza medio desierta, me encontré ante la tienda de una especie de chamarilero; un lugar antiguo repleto de objetos antiguos.

Lo que buscaba era una caja de metal que pudiera soldarse, o un tarro o botella de cristal muy grueso que pudiera cerrarse herméticamente. Entre los montones de artículos de todo tipo, encontré y compré este último.

Luego hice un pequeño rollo con las cartas, las envolví en seda encerada, las até con un cordel y, después de guardarlas en la botella, le pedí al viejo chamarilero judío que la tapara y la sellara.

Mientras obedecía mis instrucciones, me miraba de vez en cuando, receloso, por debajo de sus blancas pestañas. Creo que pensaba que yo tramaba algo malo. Todo aquello me produjo una sensación extraña... no placer... sino una satisfacción triste y solitaria. El impulso al que había obedecido, el estado de ánimo que me dominaba, eran muy semejantes al impulso y al estado de ánimo que me habían empujado a confesarme. Con paso vivaz llegué al pensionnat justo cuando oscurecía, a tiempo para la cena.

A las siete en punto, salió la luna. A las siete y media, cuando profesoras y alumnas estudiaban en el refectorio y madame Beck se hallaba con su madre y sus hijas en la salle à manger, cuando las mediopensionistas se marcharon a sus casas, Rosine abandonó el vestíbulo, y todo estuvo en calma, me envolví en un chal y, cogiendo la botella sellada, salí sigilosamente al berceau desde la clase del primer curso y me dirigí a l'allée défendue.

Matusalén, el peral, estaba al final de ese camino, cerca de mi asiento: se elevaba, gris y sombrío, por encima de los arbustos que crecían a su alrededor. A pesar de los años, el tronco de Matusalén seguía siendo muy sólido; pero tenía un agujero, o más bien un profundo hueco, cerca de sus raíces. Yo conocía la existencia de ese hueco, escondido bajo la hiedra y las enredaderas, y era allí donde pensaba ocultar mi tesoro. Pero no sólo pretendía ocultar un tesoro... quería también enterrar una pena. Esa pena que tanto me había hecho llorar últimamente, mientras la envolvía en su mortaja, debía ser enterrada.

Pues bien, aparté la hiedra y encontré la oquedad; era lo bastante grande para la botella, y la dejé en su interior. En un cobertizo al fondo del jardín había algunos materiales de construcción abandonados por los albañiles que recientemente habían reparado una parte del edificio. Cogí de allí un trozo de pizarra y un poco de argamasa, coloqué la pizarra en el hueco, la fijé con argamasa, cubrí todo con tierra muy oscura y, finalmente, volví a poner la hiedra en su sitio. Una vez hecho esto, descansé apoyada en el tronco; quedándome, como cualquier otro doliente, junto a una sepultura recién cubierta por la hierba.

El aire de la noche era muy sereno, pero flotaba en él una extraña neblina que convertía los rayos de luna en una bruma luminosa. En aquel aire, en aquella niebla, había cierta cualidad —eléctrica quizá— que ejercía una curiosa influencia sobre mí. Sentí lo mismo que había sentido un año antes en Inglaterra, cierta noche en que la aurora boreal iluminaba el cielo y yo, tras demorarme en unos campos solitarios, me detuve a contemplar aquel ejército con sus estandartes... aquel temblor de apretadas lanzas... aquel veloz ascenso de los mensajeros desde más abajo de la estrella polar hasta el cenit de la bóveda celeste. Estaba muy lejos de ser feliz, pero sentí mis energías renovadas.

Si la vida era una lucha, parecía ser mi destino librarla sin ayuda de nadie. Pensé en cómo levantar mi cuartel de invierno... cómo abandonar un campamento donde escaseaba la comida y el forraje. Tal vez para lograr ese cambio debía ganarse otra batalla; de ser así, tenía ganas de enzarzarme en ella: demasiado pobre para perder, Dios podía destinarme a la victoria. Pero ¿qué camino se abría ante mí? ¿Qué plan tenía a mi alcance?

Estaba dando vueltas a esas preguntas cuando la luna, tan mortecina hasta entonces, pareció brillar con más intensidad: un destello blanco resplandeció junto a mí, y pude ver con claridad una sombra. Agucé la vista para descubrir la causa de aquel contraste tan acentuado que aparecía de pronto en el oscuro sendero; el blanco y el negro, cada vez más intensos, se transformaron súbitamente en una figura. Me encontraba a tres yardas de una mujer alta, vestida de negro y con un velo blanco.

Pasaron cinco minutos. No salí corriendo ni grité. Ella seguía allí.

—¿Quién es usted? ¿Por qué viene a mí? —exclamé.

Ella guardó silencio. No tenía rostro... ni facciones: un velo blanco ocultaba su rostro; pero tenía ojos, y éstos me contemplaban.

Me faltaba valor, pero estaba desesperada; y a menudo la desesperación basta para suplir al coraje. Di un paso hacía delante. Extendí la mano para tocarla. Ella pareció retroceder. Me acerqué más: su retroceso, todavía

silencioso, se hizo más rápido. Una masa de frondosos arbustos, entre los que había laureles y tejos, se interpuso entre mí y el objeto de mi persecución. Habiendo salvado ese obstáculo, miré y no vi nada. Esperé un poco, y luego dije:

—Si tiene algún recado para mí, regrese.

Nada contestó ni volvió a aparecer.

Aquella vez no podía recurrir al doctor John; no había nadie a quien yo me atreviera a susurrar las palabras: «He visto de nuevo a la monja».

Paulina Mary me invitaba con frecuencia a la rue Crécy. En los viejos días de Bretton, aunque nunca se había mostrado especialmente cariñosa conmigo, mi compañía se había convertido para ella en una especie de necesidad inconsciente. Solía percatarme de que, siempre que me retiraba a mi dormitorio, venía corriendo detrás de mí y, abriendo la puerta, se asomaba y decía en su pequeño tono imperioso:

—Baje, Lucy. ¿Por qué se sienta aquí sola? Tiene que venir al salón.

Con el mismo espíritu me rogaba ahora:

—Deje la rue Fossette y venga a vivir con nosotros. Papá le pagará mucho más que madame Beck.

El propio señor Home me ofreció una generosa suma, el triple de mi salario, si aceptaba ser la señorita de compañía de su hija. Decliné. Creo que hubiera rehusado aunque hubiese sido más pobre, mis recursos más escasos y mis perspectivas de futuro más limitadas. No tenía esa vocación. Podía enseñar; podía dar clases; pero convertirme en una institutriz o en una acompañanta no se ajustaba a mi carácter. Antes que ser institutriz en una gran mansión, habría preferido ocupar el puesto de criada, comprarme un par de guantes resistentes, barrer dormitorios y escaleras, y limpiar estufas y cerraduras, en paz y con independencia. Antes que ser una señorita de compañía, habría preferido confeccionar camisas y morirme de hambre.

Yo no era la sombra de una dama brillante... no era la sombra de la señorita de Bassompierre. Mi presencia solía pasar inadvertida; era una persona bastante gris: pero ambas, la oscuridad y la depresión, debían ser voluntarias... como las que me ataban dócilmente a mi mesa entre las alumnas ahora bien acostumbradas del primer curso; o a mi propia cabecera, en el gran dormitorio; o al banco y al sendero que todos llamaban mío, en el jardín: mis cualidades no eran volubles ni adaptables. No podían ser el engaste de ninguna gema, el complemento de ninguna beldad, el apéndice de ninguna grandeza de la Cristiandad. Madame Beck y yo, siendo muy distintas, nos comprendíamos muy bien. Yo no era su dama de compañía, ni la institutriz de sus hijas; me

dejaba libre: no me ataba a nada... ni siquiera a ella o a sus intereses. En cierta ocasión tuvo que ausentarse de la rue Fossette quince días debido a la enfermedad de un familiar; y cuando regresó, llena de inquietud, temiendo que algo hubiera ido mal en su establecimiento, al comprobar que todo seguía igual y no había el menor indicio de negligencia, hizo un regalo a cada una de las profesoras para agradecerles su seriedad. A las doce de la noche, vino a mi cabecera y me dijo que no tenía ningún obsequio para mí.

—Debo hacer que la fidelidad resulte ventajosa para mademoiselle St Pierre —exclamó—; pero, si sigo la misma táctica con usted, propiciaré un malentendido entre nosotras... tal vez una separación. Hay algo, sin embargo, que sí puedo hacer para complacerla: dejarla a solas con su libertad. C'est ce que je ferai.

Cumplió su palabra. A partir de entonces, retiró con mano silenciosa todas las pequeñas trabas que siempre me había puesto. Y, de ese modo, disfruté obedeciendo voluntariamente sus reglas, dedicando mucho más tiempo y esforzándome el doble con las alumnas que tenía a mi cargo.

En cuanto a Mary de Bassompierre, la visitaba con enorme placer, a pesar de no querer vivir con ella. Nuestros encuentros en seguida me enseñaron que era muy poco probable que mi compañía esporádica y voluntaria fuera a ser mucho tiempo indispensable para ella. Monsieur de Bassompierre, por su parte, parecía insensible a esa conjetura, ciego a esa posibilidad; tan inconsciente como un niño de los indicios, de las probabilidades, del comienzo intermitente de algo que, si llegaba a cuajar, podría no aprobar.

Si lo aceptaría o no de buena gana, era algo sobre lo que yo solía meditar. Era difícil de decir. Sus intereses científicos absorbían casi todo su tiempo; era un hombre lúcido, perspicaz y amante de la polémica en lo que concernía a sus aficiones favoritas, pero nada receloso y muy confiado en los asuntos de la vida cotidiana. Según deduje, parecía creer que su «hijita» era todavía una niña, y, probablemente, ni se le había pasado por la cabeza que otros pudieran verla de otro modo. Hablaba de lo que harían cuando «Polly» creciera y se convirtiese en una mujer; y «Polly», sentada a su lado, sonreía y cogía la venerable cabeza entre sus pequeñas manos para besar los mechones canosos de su progenitor. Otras veces, hacía un mohín y agitaba sus rizos: pero nunca decía: «Papá, ya soy adulta».

Paulina no se comportaba igual con todo el mundo. Con su padre seguía siendo una niña traviesa, alegre y cariñosa. Conmigo era muy seria, y tan femenina como sus pensamientos y emociones se lo permitían. Con la señora Bretton era dócil y confiada, pero no comunicativa. Con Graham era tímida... ahora sumamente tímida; en algunos momentos intentaba mostrarse fría y de vez en cuando trataba de rehuirlo. Al oír sus pasos, se sobresaltaba; la llegada

del joven la sumía en el silencio; cuando él hablaba, sus respuestas eran algo forzadas; cuando él se marchaba, se quedaba un poco confusa y disgustada. Incluso a su padre le extrañó su conducta.

—Mi pequeña Polly —le dijo en una ocasión—, llevas una vida demasiado solitaria; si no superas esa timidez antes de convertirte en una mujer, no estarás preparada para la sociedad. Tratas al doctor Bretton como si fuera casi un desconocido, ¿por qué motivo? ¿No recuerdas que, cuando eras niña, estabas bastante encariñada con él?

—Bastante, papá —repitió ella en tono amable y sencillo, aunque un poco seco.

—Y ahora ¿no te gusta? ¿Se puede saber qué ha hecho?

—Nada. S... sí, me gusta un poco; pero nos hemos convertido en dos extraños.

—Entonces bórralo todo: los años transcurridos, la falta de confianza. Habla con naturalidad cuando él esté aquí, y ¡no le tengas miedo!

—Él no habla mucho. ¿Crees que me tiene miedo, papá?

—¡Oh, seguro! ¿Qué hombre no tendría miedo de una pequeña dama tan silenciosa?

—Entonces dile que no se preocupe por mi silencio. Dile que es mi forma de ser, y que no pretendo resultar poco amistosa.

—¿Tu forma de ser, jovencita parlanchina? Lejos de ser tu forma de ser, ¡es sólo un capricho!

—Está bien, papá; trataré de mejorar.

Y fue adorable la gracia con que, al día siguiente, intentó cumplir su palabra. Vi cómo se esforzaba por conversar afablemente con el doctor John sobre temas de interés general. El rostro de su huésped pareció iluminarse al ver que le prestaba tanta atención; después de saludarla con cautela, respondió a sus preguntas en voz muy baja, como si flotara en el aire una especie de telaraña de felicidad que él temiese romper si respiraba con fuerza. No hay duda de que en su tímido pero serio avance amistoso había un encanto de lo más exquisito.

Cuando el doctor se marchó, Paulina se acercó a la butaca de su padre.

—¿He cumplido mi palabra, papá? ¿Me he portado mejor?

—Mi Polly se ha portado como una reina. Me sentiré muy orgulloso de ella si sigue mejorando así. Dentro de poco, la veremos recibir a mis invitados con la mayor tranquilidad y ceremonia. La señorita Lucy y yo tendremos que

cuidar nuestros modales, y perfeccionar nuestro saber estar para no quedar en la sombra. Pero, Polly, todavía percibo en ti cierta agitación, cierta tendencia a tartamudear de vez en cuando, e incluso a cecear como ceceabas a los seis años.

—No, papá —le interrumpió ella, indignada—, no es verdad.

—Pediré ayuda a la señorita Lucy. Cuando el doctor Bretton le preguntó si había visitado el palacio del príncipe de Bois l'Étang, ¿acaso no le contestó que había «eztado» en él varias veces?

—Papá, ¡cuánto te gustan las bromas! ¡Eres méchant! Puedo pronunciar todas las letras del alfabeto con la misma claridad que tú. Pero dime una cosa: ¿por qué ese empeño en que sea amable con el doctor Bretton? ¿Te gusta mucho?

—Por supuesto que sí: me gusta por tratarse de un viejo conocido; y además es un hijo excelente, tiene buen corazón, y es muy competente en su profesión. Sí, la verdad es que no es un mal callant.

—¡Callant! ¡Ah, siempre tan escocés! No sé si tu acento es de Edimburgo o de Aberdeen...

—De los dos sitios, tesoro, de los dos sitios; y también un poco de Glasgow: por eso hablo tan bien la lengua de este país; un escocés que conoce bien su lengua siempre se desenvuelve bien en francés.

—¡Qué cosas dices, papá! ¡Eres incorregible! Tú también tendrías que ir al colegio.

—Bueno, Polly, tienes que convencer a la señorita Snowe de que se encargue de nuestra educación; tiene que convertirte en una joven seria y femenina, y a mí en un hombre refinado y ejemplar.

La luz bajo la que, evidentemente, monsieur de Bassompierre contemplaba a la señorita Snowe me parecía muy edificante. Según el ojo que nos mira, ¡qué cualidades tan contradictorias nos atribuyen a veces! Madame Beck me consideraba una mujer instruida y amante del saber; la señorita Fanshawe, cáustica, cínica e irónica; el señor Home, una profesora modélica, la personificación de la sobriedad y la discreción: algo convencional quizá, demasiado estricta, limitada y escrupulosa, pero, en cualquier caso, la mejor y más perfecta de las institutrices; y el profesor Paul Emanuel, entretanto, jamás desperdiciaba la oportunidad de decir que mi naturaleza era ardiente e impetuosa... aventurera, rebelde, audaz. Yo me reía de todos. Si alguien me conocía de verdad era la pequeña Paulina Mary.

Como no quería ser su señorita de compañía, pero me encontraba muy a gusto con ella, Paulina me convenció de que estudiáramos algo juntas, lo que

nos ayudaría a tener una comunicación estable y regular. Me propuso que perfeccionáramos el alemán, un idioma que a las dos nos resultaba difícil de dominar. Acordamos que una profesora nos diera clase en la rue Crécy, y esto nos hacía pasar juntas varias horas a la semana. Monsieur de Bassompierre parecía encantado: el hecho de que la grave madame Minerva pasara una parte de su tiempo libre con su hermosa y querida hija merecía su total beneplácito.

Mi otro juez elegido a sí mismo, el profesor de la rue Fossette, descubrió con ayuda de ciertas tácticas subrepticias que mi vida no era tan sedentaria como hasta entonces, sino que salía con regularidad a determinadas horas en determinados días, y, al darse cuenta, se encargó personalmente de mi vigilancia. La gente decía que monsieur Paul Emanuel se había educado con los jesuitas. Yo habría concedido mayor crédito a este rumor si él hubiera disimulado un poco más sus maniobras. Dado su comportamiento, tenía mis dudas. Nunca ha existido un intrigante menos hipócrita, un intrigante más franco, más indolente. Analizaba sus propias maquinaciones: elaboraba cuidadosamente sus planes, e inmediatamente después se jactaba de su ingenio. No sé si me divirtió más que enojó una mañana en que se acercó a mí y me susurró gravemente que «no me perdía de vista»: por lo menos él cumpliría con sus deberes de amigo y no me abandonaría a mi suerte. Mi conducta le parecía en esos momentos muy poco estable; no la comprendía: estaba convencido de que su prima Beck tenía la culpa por tolerar aquella especie de revoloteo incoherente en una de las profesoras de su establecimiento. ¿Qué tenía que ver una persona dedicada a algo tan noble como la enseñanza con condes y condesas, mansiones y castillos? Pensaba que yo estaba completamente en l'air. Tenía la convicción de que salía seis días de cada siete.

Le respondí a monsieur que exageraba. Es cierto que yo había disfrutado últimamente de las ventajas de un pequeño cambio, pero no antes de que fuera necesario; y no abusaba en absoluto de mi privilegio.

«¿Necesario? ¿Por qué motivo era necesario?». Él suponía que yo estaba bien, ¿no? ¡Un cambio necesario! Me aconsejaba mirar a las religieuses católicas y estudiar sus vidas. Ellas no pedían el menor cambio.

No puedo juzgar la expresión que cruzó mi rostro al oír sus palabras, pero ésta le irritó: me llamó insensata, mundana, epicúrea; me acusó de ambicionar grandezas y de estar febrilmente sedienta de las pompas y vanidades de la vida. Al parecer, no había ningún dévouement, ningún recueillement en mi carácter; ningún espíritu de sacrificio, ninguna compasión, fe o penitencia. Comprendiendo la inutilidad de responder a sus acusaciones, seguí corrigiendo impasible un montón de ejercicios de inglés.

Monsieur Paul era incapaz de ver en mí algo cristiano: como muchos otros

protestantes, me deleitaba en el orgullo y en la arbitrariedad del paganismo.

Me alejé un poco de él, refugiándome todavía más bajo el ala del silencio.

Un sonido apagado resonó entre sus dientes; no podía ser un juron, era demasiado religioso para eso; pero estoy segura de que oí la palabra sacré. Aunque sea penoso decirlo, la misma palabra fue repetida con la inequívoca adición de mille algo cuando pasé a su lado casi dos horas después, en el pasillo, al dirigirme a mi clase de alemán en la rue Crécy. Jamás ha existido, en ciertas cosas, un hombrecillo mejor que monsieur Paul; jamás ha existido, en otras, un déspota más irascible.

Nuestra profesora de alemán, Fräulein Anna Braun, era una mujer alegre y respetable de unos cuarenta y cinco años de edad; tal vez debería haber vivido en los días de la reina Elisabeth, pues solía tomar cerveza y carne de vaca en sus dos primeras comidas diarias. Su carácter germano, franco y decidido, parecía sentirse cruelmente reprimido por lo que ella llamaba nuestra reserva inglesa; aunque creíamos ser muy amables con ella, no le dábamos palmadas en el hombro y, si consentíamos en besar su mejilla, lo hacíamos discretamente, sin grandes alharacas. Aquello le molestaba y deprimía considerablemente; y, sin embargo, en general, nos llevábamos muy bien. Acostumbrada a enseñar a alumnas extranjeras que casi nunca pensaban o estudiaban por sí mismas, que no sabían enfrentarse a una dificultad y superarla a fuerza de reflexión y trabajo, nuestros progresos, que en realidad eran lentos, parecían sorprenderla. En su opinión, éramos un par de prodigios glaciales, fríos, arrogantes y excepcionales.

La joven condesa era un poco orgullosa y exigente: con su delicadeza natural y su hermosura, quizá tuviera derecho a serlo; pero creo que era un error garrafal atribuirme a mí también esas cualidades. Nunca eludí el saludo de la mañana, que Paulina se ahorra siempre que podía; ni contaba con cierta dosis de frío desdén entre las armas de mi arsenal defensivo; Paulina, por el contrario, lo tenía siempre a mano, brillante y afilado, y cualquier comentario zafio de la alemana la empujaba a blandir su fulgor acerado.

La honrada Anna Braun, en cierta medida, era consciente de esa diferencia; y, mientras medio temía, medio adoraba a Paulina, como si fuera una especie de delicada ninfa —una Ondina—, buscaba refugio en mí, un ser mortal, de temperamento más apacible.

Un libro que nos encantaba leer y traducir eran las Baladas de Schiller; Paulina no tardó en leerlas maravillosamente: nuestra Fräulein la escuchaba con una gran sonrisa de placer y decía que su voz sonaba a música celestial. También las traducía con fluidez y auténtico fervor poético: mientras lo hacía, sus mejillas se encendían, sus labios sonreían temblorosos, sus bellos ojos se iluminaban. Aprendió de memoria las mejores, y las recitaba a menudo

cuando estábamos solas. Le gustaba mucho Des Mädchens Klage; es decir, disfrutaba repitiendo sus palabras, hallaba en su sonido una melodía lastimera, pero criticaba su sentido. Un atardecer en que estábamos sentadas junto al fuego, recitó en voz baja:

Du Heilige, rufe dein Kind zurück,
Ich habe genossen das irdische Glück,
Ich habe gelebt und geliebet!

—¡Vivido y amado! —exclamó—. ¿Acaso es el amor el sùmmum de la felicidad terrenal, el fin de la existencia? No lo creo. Puede ser la mayor de las desgracias, una terrible pérdida de tiempo, una tortura inútil de los sentimientos. Si Schiller hubiera dicho ser amado, se habría acercado más a la verdad. ¿No le parece que ser amado es algo muy diferente, Lucy?

—Supongo que debe de serlo: pero ¿por qué pensar en eso? ¿Qué es el amor para usted? ¿Qué sabe de él?

Paulina se ruborizó, medio ofendida, medio avergonzada.

—Vamos, Lucy —dijo—, no tendré en cuenta sus palabras. Está bien que papá me considere una niña, casi prefiero que sea así, pero usted sabe y debería reconocer que estoy a punto de cumplir diecinueve años.

—Diría lo mismo aunque tuviera veintinueve; no anticiparemos unos sentimientos conversando y discutiendo sobre ellos: será mejor que no hablemos del amor.

—Y ¿por qué no? —se apresuró a exclamar ella, toda acalorada—. Puede reprenderme y ordenar que guarde silencio, pero no es la primera vez que hablo de ese asunto, y también he oído decir cosas sobre él; y muchas, sobre todo últimamente, cosas desagradables y terribles que a usted no le parecerían bien.

Y la criatura enojada, triunfante, bella y traviesa se echó a reír. No supe a quién se refería, y tampoco se lo pregunté: me quedé desconcertada. Al ver, sin embargo, la inocencia reflejada en su rostro, mezclada con cierto fastidio y malicia pasajeros, me animé a decir:

—Y ¿quién le cuenta esas cosas tan desagradables y terribles? De todos sus allegados, ¿quién osa hacerlo?

—Lucy —replicó con más suavidad—, es una persona que a veces me hace sufrir; me gustaría que no se acercara a mí... No es de mi agrado.

—Pero ¿quién puede ser, Paulina? Me tiene intrigada.

—Es... Es mi prima Ginevra. Pasa por nuestra casa siempre que va a

visitar a la señora Cholmondeley, y, cuando me encuentra sola, se empeña en hablarme de sus admiradores. ¡El amor! Tendría que oír sus teorías.

—¡Oh, las conozco! —exclamé con bastante frialdad—. En general, tal vez sea mejor que usted las haya oído: no debe lamentarlo, no pasa nada. Estoy segura de que Ginevra no puede influir en usted. Es muy superior a ella, tanto en inteligencia como en bondad.

—Por supuesto que influye en mí, y mucho. Posee el arte de perturbar mi felicidad y de alterar mis opiniones. Me hiere a través de los sentimientos y de las personas que más quiero.

—¿Qué le dice, Paulina? Deme una idea; quizá pueda repararse el daño hecho.

—Le gusta burlarse de la gente que más aprecio. No respeta a la señora Bretton, no respeta a... Graham.

—Lo imagino: y ¿cómo relaciona a esas personas con sus sentimientos y su... amor? Supongo que los relaciona, ¿no?

—Lucy, es muy insolente; y creo que miente. Usted conoce al doctor Bretton. Las dos lo conocemos. Puede ser orgulloso y despreocupado; pero ¿cuándo se ha mostrado mezquino o servil? Día tras día me lo describe arrodillado a sus pies, persiguiéndola como una sombra. Ella... rechazándolo con insultos, él suplicándole su amor. ¿Es eso cierto, Lucy? ¿Hay algo de verdad en ello?

—Tal vez sea cierto que en el pasado la encontró hermosa. ¿Acaso sigue hablando de él como si fuera su pretendiente?

—Dice que podría casarse con él cuando quisiera: el doctor John sólo espera su consentimiento.

—Me gustaría saber si esas historias tienen la culpa de su reserva con Graham... esa reserva que su padre advirtió.

—Ciertamente, me hicieron dudar de su carácter. Cuando Ginevra las cuenta, no suenan muy verídicas: creo que exagera... es muy posible que las invente... pero desearía saber hasta qué punto.

—Suponga que ponemos a prueba a la señorita Fanshawe. Dele la oportunidad de ejercer ese poder del que tanto presume.

—Podría hacerlo mañana. Papá ha invitado a algunos caballeros a cenar, todos muy eruditos. Graham, al que papá está empezando a descubrir (dicen que domina varias ramas de la ciencia), se encuentra entre ellos. Pues bien, me sentiría muy desdichada sentándome a la mesa yo sola con semejante compañía. No podría hablar con Messieurs A... Z, académicos parisinos: toda

mi reputación de joven educada correría el peligro de desmoronarse. Usted y la señora Bretton vendrán para ayudarme; bastará una palabra para que Ginevra se les una.

—Sí; le llevaré una invitación suya, y ella tendrá ocasión de mostrar la veracidad de sus historias.

Capítulo XXVII

El Hôtel Crécy

El día siguiente resultó ser mucho más divertido y agitado de lo que nosotros, o al menos yo, habíamos previsto. Al parecer, era el cumpleaños de uno de los jóvenes príncipes de Labassecour —el mayor, según creo, el duque de Dindonneaux— y todos los colegios, especialmente el principal Athénée o instituto de la ciudad, celebraban un día de fiesta en su honor. Los alumnos de ese centro preparaban y leían un mensaje de lealtad; por ese motivo, se congregaban en el edificio público donde se hacían los exámenes anuales y los mejores estudiantes recibían sus premios. Después de la ceremonia de presentación, uno de los profesores se encargaba de dirigir una alocución o discours.

Se esperaba que asistieran al acto varios eruditos, amigos de monsieur de Bassompierre, más o menos vinculados al Athénée; además de la respetable municipalidad de Villette, el distinguido Monsieur le Chevalier Staas, el burgomaestre, y los padres y familiares de los alumnos del Athénée. Monsieur de Bassompierre había quedado en ir con sus amigos; su hermosa hija, como es natural, formaría parte del grupo, y nos escribió una pequeña nota a Ginevra y a mí, pidiéndonos que adelantáramos nuestra llegada para acompañarla.

Mientras la señorita Fanshawe y yo nos vestíamos en el gran dormitorio de la rue Fossette, ella (la señorita F.) soltó de pronto una carcajada.

—¿Qué ocurre? —le pregunté; pues había interrumpido la operación de engalanarse, y me estaba mirando.

—Es tan extraño —respondió con su habitual falta de reserva, medio sincera, medio insolente— que usted y yo nos movamos en el mismo círculo social, y tengamos las mismas amistades...

—Pues sí, tiene razón —exclamé—; no me inspiraban demasiado respeto las amistades que frecuentaba usted hace muy poco: la señora Cholmondeley y los suyos nunca habrían congeniado conmigo.

—¿Quién es usted, señorita Snowe? —preguntó, disimulando tan poco su

curiosidad que no pude evitar reírme—. Se llamaba a sí misma niñera-institutriz y, cuando llegó a la rue Fossette, estaba al cargo de las hijas de madame Beck. He visto cómo llevaba en brazos a la pequeña Georgette, al igual que una *bonne* —muy pocas institutrices se habrían dignado hacerlo—, y ahora madame Beck se muestra más cortés con usted que con esa parisina, Zélie St Pierre; y mi prima, esa mocosa arrogante, ¡la ha convertido en su mejor amiga!

—¡Es asombroso! —admití, riéndome de su desconcierto—. ¿Quién soy yo en realidad? Tal vez un personaje disfrazado. Es una pena que no interprete mejor el papel.

—Me sorprende que no se sienta más halagada por todo esto —prosiguió—: Se lo toma con una extraña serenidad. Si realmente es tan insignificante como creía antes, debe de ser una mujer de carácter.

—¡Tan insignificante como creía antes! —repetí, y sentí que mi semblante enrojecía.

Pero no quise enfadarme: ¿qué más daba que una colegiala empleara con tanta crudeza la palabra «insignificante»? Así que le dije que madame Beck y su prima se habían limitado a tratarme con educación; y le pregunté «qué veía en la cortesía para arrojar a quien es objeto de ella a un mar de confusiones».

—Una no puede evitar sorprenderse de algunas cosas —insistió.

—Sorprenderse de las maravillas que inventa. ¿Ha terminado por fin de arreglarse, Ginevra?

—Sí; déjeme cogerla del brazo.

—Prefiero que no lo haga: iremos una al lado de la otra.

Cuando me cogía del brazo, tenía la costumbre de apoyar todo su peso en mí; y, como yo no era ni un caballero ni su enamorado, lo detestaba.

—¡Vaya! —exclamó—. Sólo quería mostrarle que me parecían bien su vestido y su aspecto en general: era un cumplido por mi parte.

—¿De veras? En pocas palabras, ¿deseaba expresar que no se siente avergonzada de que la vean en mi compañía por la calle? Que si la señora Cholmondeley estuviera acariciando su perrito faldero junto a una ventana, o el coronel de Hamal escarbándose los dientes en un balcón, y alcanzaran a vernos fugazmente, ¿usted no se avergonzaría de mí?

—Sí —contestó ella, con aquella naturalidad que era su mejor atributo (y que daba un aire de franqueza incluso a sus mentiras); es decir, la sal, el único conservante de un carácter incapaz, por lo demás, de preservar algo.

Delegué en mi rostro la molestia de comentar aquel «sí»; o más bien, mi

labio inferior se anticipó voluntariamente a mi lengua: como es natural, veneración y solemnidad no fueron los sentimientos que expresé con la mirada.

—¡Qué criatura tan sarcástica y despectiva! —prosiguió Ginevra, mientras cruzábamos una gran plaza y entrábamos en el hermoso y apacible parque, el camino más directo a la rue Crécy—. ¡Nadie en este mundo ha sido tan cruel y severo conmigo como usted!

—Usted se lo busca. Déjeme en paz, Ginevra; tenga la sensatez de callarse: yo la dejaré tranquila.

—¡Como si se pudiera dejar en paz a alguien tan misterioso y singular!

—Puesto que el misterio y la singularidad no son más que imaginaciones de su cerebro... simples gusanos, tenga la bondad de dejarlos fuera.

—Pero ¿es usted alguien? —insistió, tratando de meter su mano bajo mi brazo en contra de mi voluntad; y tuve que apretar con inhóspita fuerza el brazo contra el costado para impedir el paso del intruso.

—Sí —contesté—, soy una persona que prospera: antaño señorita de compañía de una anciana dama, luego niñera—institutriz, ahora profesora.

—Cuénteme quién es, se lo ruego. No se lo diré a nadie —exclamó, aferrándose con ridícula tenacidad a la brillante idea de que yo estaba de incógnito; y me estrujó el brazo del que ya había tomado posesión, y trató de sonsacarme una respuesta, suplicándome que le contara la verdad, hasta que me vi obligada a detenerme en el parque para soltar una carcajada. A lo largo de nuestro paseo, dio las vueltas más descabelladas al asunto; mostrando, con su obstinada credulidad o incredulidad, su incapacidad para comprender que una persona sin el respaldo de unas riquezas o un linaje, sin el sostén de un nombre o de unos familiares, pudiera persistir en una actitud razonablemente íntegra. En cuanto a mí, bastaba para mi tranquilidad espiritual que me conocieran donde realmente importaba; lo demás me resultaba indiferente: el linaje, la posición social y las dudosas adquisiciones intelectuales ocupaban más o menos el mismo espacio y lugar entre mis intereses y pensamientos. Eran mis inquilinos de tercera clase, a los que sólo podía asignar una salita y el pequeño dormitorio trasero: aunque el comedor y los salones estuvieran vacíos, nunca se lo confesaba, convencida de que un alojamiento más modesto era lo que convenía a sus circunstancias. No tardé en comprender que el mundo hacía una valoración muy diferente: y no dudo de su justeza, aunque tampoco creo estar completamente equivocada.

Hay personas a las que una posición más humilde envilece moralmente, y que, al perder sus relaciones sociales, creen perder su dignidad; ¿acaso no es lógico que den tanta importancia a la posición y a las relaciones que son su

salvaguarda contra la degradación? Cuando un hombre piensa que se menospreciaría si saliera a la luz que sus antepasados eran siervos y no señores, pobres y no ricos, trabajadores y no capitalistas, ¿sería justo echarle la culpa de que oculte ese hecho fatídico, de que se sobresalte, tiemble y se estremezca ante la amenaza de que aquello se descubra? Cuanto más vivimos, más experiencia atesoramos; y menor es nuestra tendencia a juzgar la conducta de nuestros vecinos, y a poner en duda la sabiduría del mundo: allí donde encontramos una acumulación de pequeñas defensas, ya sea alrededor de la mojigata virtud o de la respetabilidad del hombre de mundo, tenemos la absoluta certeza de que son necesarias.

Llegamos al Hôtel Crécý; Paulina estaba arreglada; la señora Bretton se hallaba en su compañía; y, escoltadas por ella y por monsieur de Bassompierre, no tardaron en conducirnos al lugar de reunión, donde nos sentamos en un buen lugar, a escasa distancia de la tribuna. Los jóvenes del Athénée estaban congregados delante de nosotros; los miembros de la corporación municipal y su bourgmestre se encontraban en los asientos de honor; los pequeños príncipes, con sus tutores, ocupaban una posición privilegiada; y la aristocracia y los burgueses más importantes de la ciudad abarrotaban el grueso del edificio.

En cuanto a la identidad del profesor que debía pronunciar el discours, era algo que no me había preocupado de averiguar. Suponía que uno de aquellos eruditos se levantaría y pronunciaría un ceremonioso discurso, mitad dogmatismo para los atenienses, mitad adulación para los príncipes.

La tribuna estaba vacía cuando entramos, pero en diez minutos se llenó; de pronto, en un instante, una cabeza, un torso y unos brazos se elevaron tras el atril carmesí. Reconocí aquella cabeza: su colorido, forma, porte y expresión resultaban familiares para la señorita Fanshawe y para mí; su cráneo negro y tupido, la amplitud y palidez de su frente, la mirada azul y apasionada, eran detalles tan presentes en mi memoria y tan ligados a caprichosas asociaciones que su repentina aparición despertó mis ganas de reír. Y confieso que di rienda suelta a mi hilaridad; pero incliné la cabeza, y sólo mi pañuelo y un velo bajado fueron testigos de mi regocijo.

Creo que me alegré de ver a monsieur Paul; supongo que fue más agradable que otra cosa contemplarlo allí, feroz y leal, oscuro y sincero, irritable y audaz, como cuando reinaba en el estrado de la clase. Lo cierto es que su presencia me sorprendió: ni se me había pasado por la imaginación que fuera él la persona elegida, aunque sabía que, en el Athénée, era el máximo responsable del departamento de Belles Lettres. Con él en aquella tribuna, tuve la certeza de que no escucharíamos formalismos ni halagos; pero reconozco que no estaba preparada para lo que vino a continuación, para las palabras que se vertieron de forma súbita, rápida y prolongada sobre nuestras

cabezas.

Monsieur Paul se dirigió a los príncipes, nobles, magistrados y burgueses con el mismo desenfado, casi con la misma vehemencia colérica, con que arengaba a las tres clases de la rue Fossette. No habló a los alumnos del Athénée como si fueran colegiales, sino como a futuros ciudadanos y patriotas en embrión. Nadie había predicho aún los tiempos que viviría Europa, y pensé que las palabras de monsieur Emanuel reflejaban un espíritu nuevo. ¿Quién hubiera imaginado que las fértiles llanuras de Labassecour podían sucumbir a las convicciones políticas y a los sentimientos nacionales que ahora se expresaban con tanto ardor? No es necesario que detalle aquí la naturaleza de sus opiniones; aunque añadiré que cuanto dijo aquel hombrecillo me pareció serio y atinado: a pesar de su exaltación, fue riguroso y prudente; pisoteó las teorías utópicas; rechazó con desprecio los sueños descabellados; pero, cuando se enfrentó a la tiranía, ¡oh, entonces!, mereció la pena ver cómo sus ojos centelleaban; y, cuando habló de injusticia, su voz no vaciló, sino que trajo a mi memoria la trompeta de una banda de música, sonando en el parque al ponerse el sol.

No creo que los asistentes fueran en general susceptibles de compartir la pureza de su llama, pero algunos jóvenes estudiantes se enardecieron cuando él les explicó con elocuencia el camino que debían seguir por el bien de su país y de Europa. Cuando terminó su discurso, le dedicaron una larga, clamorosa y atronadora ovación: a pesar de su ferocidad, era su profesor favorito.

Cuando nuestro grupo abandonó la sala, monsieur Paul se hallaba en la entrada; en seguida me reconoció, y se quitó el sombrero; al pasar a su lado, me tendió la mano diciendo:

—Qu'en dites-vous?

Una pregunta característica de él que me recordó, incluso en aquel momento de triunfo, dos de sus defectos: esa inquisitiva impaciencia, y esa falta de lo que yo consideraba un deseable dominio de sí mismo. No tendría que haberle preocupado lo que yo o cualquier otra persona pensaba en ese momento; pero sí le preocupaba, y era demasiado sincero para ocultarlo, demasiado impulsivo para reprimir su deseo. Pues bien, aunque no me pareció bien su precipitación, me gustó su naïveté. Habría elogiado su discurso: mi corazón no tenía sino elogios para él; mas, ¡ay!, ninguna palabra acudió a mis labios. ¿Quién tiene palabras en el momento oportuno? Balbucí algunas frases desafortunadas; y me alegré sinceramente cuando otras personas, deshaciéndose en felicitaciones, disimularon mi deficiencia con su redundancia.

Un caballero le presentó a monsieur de Bassompierre; y el conde, al que

también había complacido enormemente su intervención, le pidió que se uniera a sus amigos (en su mayoría, viejos conocidos de monsieur Paul Emanuel) y cenara con ellos en el Hôtel Crécy. Él declinó la invitación, pues siempre respondía con timidez a los intentos de acercamiento de la gente adinerada: la fuerza de una firme independencia vibraba en todas sus fibras, algo no muy palpable, pero bastante grato de descubrir a medida que se le iba conociendo; prometió, sin embargo, presentarse con su amigo M.A., un académico francés, en el curso de la velada.

En aquella cena, tanto Ginevra como Paulina, cada una en su estilo, estaban bellísimas; la primera de ellas podía, tal vez, vanagloriarse de cierta supremacía en lo que se refiere a encantos físicos, pero la segunda brillaba de un modo excepcional por unos atractivos más sutiles que espirituales: por la luminosidad y elocuencia de su mirada, por la elegancia de su porte, por la irresistible variedad de su expresión. El vestido de Ginevra, de oscuro color carmesí, realzaba la belleza de sus bucles y armonizaba con su tez de rosa. El traje de Paulina —de un tejido blanco, bastante ceñido y primorosamente confeccionado— llenaba de admiración a quien la contemplaba, pues destacaba la delicadeza de su cutis, la suave viveza de su rostro, la tierna hondura de su mirada y la sombra caoba de su abundante cabellera: más oscura que la de su prima sajona, al igual que sus cejas, pestañas, grandes iris y expresivas pupilas. La naturaleza había trazado todos esos detalles con cierto descuido en el caso de la señorita Fanshawe; mientras que en el de la señorita de Bassompierre, los había perfilado con delicadeza y esmero.

Paulina se sentía intimidada por aquellos invitados tan eruditos, pero no enmudeció: conversó modesta y tímidamente; no sin esfuerzo, pero con tanta dulzura, con tan fina y penetrante sensatez, que, en más de una ocasión, monsieur de Bassompierre interrumpió su propia charla para escuchar las palabras de su hija y observarla con orgulloso deleite. Fue monsieur M.Z., un francés muy educado, además de instruido y bastante galante, quien la animó a hablar. Me pareció encantador el francés de la joven; era impecable: la estructura correcta, los modismos justos, el acento perfecto; Ginevra, que había pasado media vida en el Continente, estaba lejos de dominarlo como su prima: no es que a la señorita Fanshawe le faltaran las palabras, pero carecía de precisión y de pureza, algo que jamás adquiriría. A monsieur de Bassompierre también le agradó esto; pues, en cuestiones de lenguaje, era muy crítico.

Había otra persona escuchando y observando; alguien que, por exigencias de su profesión, había llegado tarde a la cena. El doctor Bretton examinó silenciosamente a las dos jóvenes mientras se sentaba a la mesa; y repitió de vez en cuando su cautelosa inspección. Su llegada pareció animar a la señorita Fanshawe que, hasta entonces, se había mostrado indiferente: Ginevra se

deshizo en sonrisas y se mostró de lo más complaciente, aunque casi nunca decía lo que debía decir y sus comentarios no estaban a la altura de la situación. Es posible que su parloteo inconexo hubiera contentado a Graham en otro tiempo; quizá aún le agradaba: tal vez sólo fueran imaginaciones mías, pero tuve la impresión de que, aunque sus ojos estuviesen conformes y sus oídos satisfechos, su gusto, su entusiasta disposición, su viva inteligencia, estaban lejos de sentirse complacidos. Es cierto que, por imperiosa y exigente que pareciera la demanda de atención, el doctor John se mostraba siempre cortés: no había ni resentimiento ni frialdad en sus modales. Ginevra era su vecina de mesa y, durante la cena, estuvo casi exclusivamente pendiente de ella. La joven parecía encantada, y pasó al salón de muy buen humor.

Sin embargo, cuando llegamos a ese lugar de refugio, volvió a mostrarse apática e indiferente: desplomándose en un sofá, calificó de estúpidos el discours y la cena, y preguntó a su prima cómo podía soportar a aquel grupo de prosaicos gros bonnets que su padre había reunido. Cuando oímos que los caballeros se acercaban, cesaron sus críticas: se levantó de un salto, corrió al piano y empezó a tocarlo con entusiasmo. El doctor Bretton, uno de los primeros en entrar, se colocó junto a ella. Pensé que no se quedaría a su lado mucho tiempo: había un asiento cerca de la chimenea que yo esperaba que le resultara más interesante; pero se limitó a examinarlo; y, mientras él miraba, otros lo ocuparon. La gracia y el espíritu de Paulina fascinaban a aquellos amables franceses: les complacía su belleza delicada, la suave cortesía de sus modales, su tacto, todavía inmaduro, pero auténtico e innato. Los caballeros se congregaron a su alrededor, no precisamente para hablar de ciencia, algo que la hubiera hecho enmudecer, sino de otros asuntos relacionados con la literatura, el arte y la vida real, sobre los que la joven parecía haber leído y reflexionado. Yo escuchaba. Estoy segura de que Graham, aunque se hallaba a cierta distancia, también estaba pendiente de sus palabras: su oído, al igual que su vista, era agudo, rápido, sagaz. Yo sabía que él estaba atento a la conversación; reparé en que ésta se ajustaba de forma exquisita a su naturaleza, y le proporcionaba un placer casi doloroso.

La fortaleza del carácter de Paulina, y la intensidad de sus sentimientos, eran mayores de lo que mucha gente pensaba —de lo que el propio Graham imaginaba—, mayores de lo que jamás mostraría a aquellos que no deseaban percibirlo. A decir verdad, lector, no hay belleza excelsa, ni encanto subyugante, ni refinamiento verdadero sin una fuerza excelsa, subyugante y verdadera. Es tan difícil hallar hermosas frutas y flores en un árbol sin raíces ni savia, como encantos en una naturaleza débil y relajada. Durante un breve espacio de tiempo, puede florecer una apariencia de radiante belleza alrededor de la debilidad, pero es incapaz de resistir una ráfaga de aire: no tarda en ajarse, incluso bajo el sol más sereno. Graham se habría sobresaltado si algún espíritu mordaz le hubiera susurrado al oído la fuerza y resistencia que

escondía aquella delicada naturaleza; pero yo, que la había conocido de niña, sabía, o adivinaba, cuán profundas y vigorosas eran las raíces que unían su gracia al suelo firme de la realidad.

Mientras el doctor Bretton escuchaba, y esperaba que se abriera un hueco en el círculo mágico, su mirada inquieta, que recorría de vez en cuando la estancia, se tropezó conmigo; yo estaba sentada en un tranquilo rincón, no lejos de mi madrina y de monsieur de Bassompierre, que, como era habitual, se hallaban enfrascados en lo que el señor Home denominaba «una charla mano a mano» y el conde habría considerado un tête-à-tête. Graham me sonrió, cruzó el salón, quiso saber qué tal me encontraba, y opinó que estaba muy pálida. También yo sonreí al recordar que habían pasado tres meses desde nuestra última conversación, un lapso de tiempo del que él no era consciente. Tomó asiento y se quedó callado. Sentía más deseos de observar que de hablar. Ginevra y Paulina estaban ahora enfrente de él: podía contemplarlas a su gusto: examinó las dos figuras, estudió los dos semblantes.

Algunos invitados nuevos, tanto damas como caballeros, llegaron después de la cena, a fin de pasar la velada conversando; y, entre estos últimos, diré incidentalmente que vislumbré a lo lejos un perfil severo, oscuro y profesoral, dando vueltas por un salón interior. Monsieur Paul Emanuel conocía a muchos de los caballeros presentes, pero supongo que a casi ninguna de las mujeres, aparte de mí. Al mirar hacia la chimenea, fue inevitable que me viera y, como es natural, hizo un movimiento para acercarse; al darse cuenta, sin embargo, de que estaba con el doctor Bretton, cambió de parecer y se detuvo. Si eso hubiera sido todo, no tendría nada que decir en su contra; pero no satisfecho con frenar su avance, frunció el ceño, sacó el labio inferior y se puso tan feo que me vi obligada a apartar los ojos de aquel desagradable espectáculo. Monsieur Joseph Emanuel había acudido con su hermano, y justo en ese momento relevaba a Ginevra en el piano. ¡Qué acordes de maestro sucedieron al teclear de la alumna! ¡Con qué sonidos tan maravillosos y agradecidos reconoció el instrumento la mano del verdadero artista!

—Lucy —empezó a decir el doctor Bretton, rompiendo el silencio y sonriendo mientras Ginevra pasaba delante de él y le lanzaba una mirada—, la señorita Fanshawe es sin duda muy bonita.

Por supuesto, asentí.

—¿Hay alguna joven en la sala tan hermosa como ella?

—Supongo que no hay ninguna tan guapa.

—Estoy de acuerdo con usted, Lucy: nuestras opiniones coinciden a menudo, y también nuestros gustos; o, al menos, juzgamos las cosas de un modo parecido.

—¿De veras? —exclamé, sin demasiada convicción.

—Estoy seguro de que, si hubiera sido un niño, Lucy, en vez de una niña —el ahijado de mi madre, en lugar de la ahijada—, habríamos sido buenos amigos: nuestras opiniones se habrían fundido en una sola.

El doctor John había adoptado un aire burlón: una luz —medio acariciadora, medio irónica— brillaba en sus ojos. ¡Ah, Graham! He dedicado más de un momento solitario a preguntarme qué pensaba usted de Lucy Snowe. ¿Era siempre justo y considerado? Si Lucy hubiera sido intrínsecamente la misma, pero con las ventajas adicionales de la riqueza y la posición social, ¿habría sido igual su actitud y su opinión de ella? Con estas preguntas, sin embargo, no pretendo censurarle en absoluto. No; tal vez usted me entristeciera e inquietase algunas veces; pero entonces me deprimía fácilmente y cualquier cosa me perturbaba: bastaba que una nube ocultara el sol. Quizá, ante los severos ojos de la equidad, soy mucho más culpable que usted.

Intentando así contener el dolor que atenazaba mi corazón, al comprender que, mientras Graham podía mostrar un interés sincero y profundo por las demás mujeres, sólo podía bromear con Lucy, su amiga de antaño, le pregunté con calma:

—¿En qué cuestiones estamos de acuerdo?

—Los dos somos muy observadores. Quizá no reconozca en mí esa cualidad, pero la tengo.

—Pero usted estaba hablando de gustos: es posible que veamos los mismos objetos y, sin embargo, los juzguemos de un modo diferente.

—Hagamos la prueba. Como es natural, usted no puede sino rendir homenaje a los méritos de la señorita Fanshawe; veamos ahora qué piensa de las demás personas que están aquí. Mi madre, por ejemplo; o aquellas grandes figuras, los señores A. y Z.; o, supongamos, esa joven pálida y menuda, la señorita de Bassompierre.

—Ya sabe lo que pienso de su madre. No he dedicado el menor pensamiento a los señores A. y Z...

—¿Y la otra persona?

—Creo que, como dice usted, es una joven pálida y menuda... pálida, sin duda, en estos momentos: tanta agitación parece haberla fatigado.

—¿La recuerda de niña?

—A veces me gustaría saber si la recuerda usted.

—La había olvidado; pero está claro que algunas circunstancias, personas,

incluso palabras o miradas que parecen haberse borrado de la memoria, si se dan ciertas condiciones, pueden revivir determinados aspectos del propio espíritu o de uno ajeno.

—Es muy posible.

—Sin embargo —prosiguió—, el recuerdo es imperfecto, necesita confirmación; su naturaleza es tan borrosa como un sueño, tan etérea como una fantasía, por lo que es preciso que el testimonio de alguien lo corrobore. ¿No estaba usted en Bretton hace diez años cuando el señor Home dejó a su hijita, a la que llamábamos «pequeña Polly», a cargo de mamá?

—Estaba allí la noche en que llegó, y también la mañana de su marcha.

—Era una criatura bastante extraña, ¿no? Me gustaría saber cómo la traté. ¿Me agradaban los niños en aquella época? ¿Había algo gracioso o amable en mí, aquel enorme y descuidado colegial? Pero seguro que no lo recuerda...

—Ha visto su retrato en La Terrasse. Se parece mucho a usted. Y su manera de ser apenas ha cambiado desde entonces.

—Explíqueme eso, Lucy. Semejante oráculo despierta mi curiosidad. ¿Cómo soy hoy? ¿Cómo era hace diez años?

—Muy amable con cuanto le agradaba; desagradable y cruel con nada.

—En eso se equivoca; creo que fui bastante bruto con usted, por ejemplo.

—¿Bruto? No, Graham: yo jamás habría soportado pacientemente la brutalidad.

—Eso, sin embargo, lo recuerdo: la silenciosa Lucy Snowe no disfrutó de mi cortesía.

—Ni tampoco de su crueldad.

—Ni el mismísimo Nerón habría podido atormentar a un ser tan inofensivo como una sombra.

Sonreí; pero también ahogué un gemido. ¡Oh! Deseaba que me dejara sola, que no hablara de mí. Rechacé aquellos epítetos, aquellos calificativos. Me vengué de «su silenciosa Lucy Snowe», de su «inofensiva sombra»; no con desdén, pero con sumo hastío: la suya era la frialdad y la pesantez del plomo; no dejaría que me aplastara con semejante peso. Afortunadamente, no tardó en cambiar de tema.

—¿Qué tal nos llevábamos la «pequeña Polly» y yo? Si no me falla la memoria, éramos amigos...

—Habla usted muy vagamente. ¿Cree que la pequeña Polly lo recuerda con más claridad?

—¡Oh! No hablamos de la «pequeña Polly» ahora. Le ruego que la llame señorita de Bassompierre; y, desde luego, un personaje tan distinguido no se acuerda en absoluto de Bretton. Mire sus grandes ojos, Lucy; ¿pueden leer una palabra en las páginas de la memoria? ¿Son los mismos que yo solía dirigir hacia una cartilla? Ella no sabe que, en cierto modo, yo le enseñé a leer.

—En la Biblia... ¿los domingos por la noche?

—Ahora tiene un perfil sereno, delicado, casi perfecto: ¡antaño su expresión era tan nerviosa y angustiada! Lo que son las preferencias de los niños... ¡una burbuja en el aire! ¿Querrá usted creerlo? ¡Esa dama estaba encariñada conmigo!

—Sí, en cierta medida, estaba encariñada con usted —exclamé, prudentemente.

—Entonces, ¿no se acuerda? Yo lo había olvidado, pero ahora lo recuerdo. De todos los que estábamos en Bretton, yo era su favorito.

—Eso pensaba usted.

—Lo recuerdo perfectamente. ¡Cómo me gustaría contárselo a ella! O mejor aún, que alguien, usted por ejemplo, se le acercara por detrás y se lo dijera al oído; así yo, sin moverme de aquí, disfrutaría del placer de observarla mientras usted le da la noticia. ¿Cree que podría hacerlo, Lucy, y ganarse mi gratitud eterna?

—¿Que si creo que podría ganarme su gratitud eterna? —dije—. No, no podría.

Sentí que mis dedos se movían y mis manos se entrelazaban: sentí, asimismo, en mi interior un valor ardiente y vigoroso. En aquel asunto no estaba dispuesta a complacer al doctor John: en absoluto. Con mis energías renovadas, comprendí que él no sabía nada sobre mi carácter o naturaleza. Siempre quería asignarme un rôle que no era el mío. Mi naturaleza y yo nos enfrentamos a él. Pero fue incapaz de adivinar mis sentimientos: no leyó mis ojos, mi rostro, mis gestos; aunque estoy segura de que todo hablaba. Inclínándose hacia mí, persuasivamente, dijo en voz baja:

—Complázcame, Lucy.

Y lo habría hecho, o, al menos, le habría explicado claramente que no debía esperar que yo representara el papel de soubrette oficiosa en ningún drama de amor; pero, justo después de aquel suave e impaciente susurro, mezclándose casi con aquel dulce y suplicante «¡Complázcame, Lucy!», un penetrante silbido atravesó mi otro oído.

—Petite chatte, doucerette, coquette! —siseó la boa constrictor—. Vous avez l'air bien triste, soumise, rêveuse, mais vous ne l'êtes pas; c'est moi qui

vous le dit: Sauvage! La flamme à l'âme, l'éclair aux yeux!

—Oui; j'ai la flamme à l'âme, et je dois l'avoir! —contesté, volviéndome airada; pero el profesor Emanuel había silbado su insulto y se había marchado.

Lo peor del asunto fue que el doctor Bretton, que, como he dicho antes, tenía el oído muy fino, captó todas las palabras de este apóstrofe; se llevó el pañuelo a la cara y se desternilló de risa.

—¡Bien hecho, Lucy! —exclamó—. ¡Fantástico! Petite chatte, petite coquette! ¡Oh, tengo que contárselo a mi madre! ¿Es cierto, Lucy, o sólo a medias? Creo que lo es: se ha puesto tan roja como el vestido de la señorita Fanshawe. Y ahora que me fijo, es el mismo hombrecillo que se mostró tan irascible con usted en el concierto; y ahora está furioso porque ve cómo me río. ¡Oh, debo hacerle rabiar!

Y Graham, cediendo a su afición por las bromas, se rió a pierna suelta, lo ridiculizó y siguió cuchicheando hasta que no pude soportarlo más y mis ojos se llenaron de lágrimas.

De pronto se puso serio: había quedado un lugar libre cerca de la señorita de Bassompierre; el círculo que la rodeaba parecía a punto de disolverse. Este movimiento fue captado en seguida por el ojo del doctor Bretton —siempre vigilante, incluso mientras se reía—; el joven se levantó y, armándose de valor, cruzó la estancia y aprovechó la oportunidad que se le ofrecía. El doctor John, a lo largo de su vida, fue siempre un hombre de suerte, un hombre de éxito. Y ¿por qué motivo? Porque jamás desperdiciaba las ocasiones que se le presentaban, estaba siempre listo para la acción y desempeñaba su trabajo con maestría. Y ninguna pasión tiránica lo esclavizaba; ningún entusiasmo, ninguna debilidad entorpecían su camino. ¡Qué apuesto estaba en aquel momento! Cuando se acercó a Paulina y ella levantó la vista, encontró la mirada de Graham, ardiente pero humilde; el rostro del joven se encendió mientras hablaba con ella, mitad sonrojo, mitad resplandor. En presencia de Paulina, se mostró tímido y audaz: discreto y prudente, pero decidido en su propósito y ferviente en su devoción. Comprendí todo esto con una sola ojeada. No prolongué mi observación; y, aunque hubiese querido, tampoco habría tenido tiempo: era muy tarde; Ginevra y yo tendríamos que haber estado ya en la rue Fossette. Me puse en pie, y me despedí de mi madrina y de monsieur de Bassompierre.

No sé si el profesor Emanuel reparó en mi disgusto ante las bromas del doctor Bretton, o si se dio cuenta de mi aflicción, y de que, en general, la velada no había sido una fuente de desbordante placer para la frívola y voluble mademoiselle Lucie; pero, cuando salía de la estancia, se acercó a mí y me preguntó si tenía quien me acompañara a la rue Fossette. El profesor se dirigió a mí con suma cortesía, incluso con deferencia, como si estuviera arrepentido

y quisiera disculparse; pero yo no podía olvidar su falta de consideración con unas pocas palabras, ni aceptar su contrición con un burdo y prematuro olvido. Jamás hasta entonces me habían molestado sus brusqueries, ni había enmudecido ante su violencia; lo que había dicho aquella noche, sin embargo, me parecía inadmisibile: tenía que mostrarle, aunque fuera levemente, mi total desaprobación. Me limité a responder:

—Está todo organizado para mi regreso.

Lo que era cierto, pues habían previsto que Ginevra y yo volviéramos al internado en carruaje; y le hice la pequeña reverencia que solían dedicarle en clase las alumnas cuando pasaban por delante de su estrade.

Después de coger mi chal, regresé al vestíbulo. Monsieur Paul Emanuel seguía allí, como si estuviera esperando. Comentó que la noche era muy hermosa.

—¿De veras? —exclamé, con un tono y unos ademanes cuya circunspección y frialdad no pude sino aplaudir. Por mucho que quisiera mostrarme indiferente o reservada cuando alguien me hacía daño, rara vez lo conseguía, por lo que me sentí casi orgullosa del éxito de mis esfuerzos. Aquel «¿De veras?» parecía haberlo pronunciado otra persona. Yo había escuchado cientos de aquellas pequeñas frases, afectadas, secas y cortantes, en los labios coralinos y fruncidos de una veintena de señoritas y mesdemoiselles autosuficientes y seguras de sí mismas. Sabía que monsieur Paul no soportaría continuar con un diálogo de esa clase; pero sin duda merecía unas palabras ásperas y agrias. Supongo que él también lo creyó así, pues aceptó silenciosamente aquella dosis. Miró mi chal y puso objeciones a su ligereza. Le contesté con decisión que era todo lo abrigado que yo quería. Alejándome de él, me apoyé en la barandilla de la escalera, me envolví en el chal y fijé la vista en un lúgubre cuadro religioso que oscurecía la pared.

Ginevra tardaba en venir: era tedioso que se demorara tanto. Monsieur Paul seguía allí, mis oídos esperaban algún exabrupto de sus labios. Se acercó a mí.

«¡Volverá a sisear!», pensé.

Si no hubiera sido una descortesía, me habría tapado los oídos para evitar aquel susto. Pero nada sucede como esperamos: si estamos pendientes de un susurro o de un murmullo, oímos un grito de captura o de dolor. Si lo que aguardamos es un chillido penetrante o una furiosa amenaza, nos llega un saludo amistoso o un amable cuchicheo. Monsieur Paul me habló dulcemente:

—Los amigos —afirmó— no se pelean por unas palabras. Dígame, ¿fui yo o ce grand fat d'anglais (fue así como llamó irreverentemente al doctor Bretton) quien llenó sus ojos de lágrimas e hizo que sus mejillas se

encendieran tanto como ahora?

—No soy consciente de que usted, monsieur, ni ninguna otra persona haya excitado en mí esa emoción que señala —respondí, superándome a mí misma y pergeñando una hábil, fría mentira.

—Pero ¿qué le dije? —prosiguió—. Cuéntemelo. Estaba enojado: no recuerdo mis palabras; ¿cuáles fueron?

—¡Será mejor olvidarlas! —exclamé, sin inmutarme.

—Entonces ¿fueron mis palabras las que la hirieron? Olvide que las he dicho: permítame retractarme; concédame el perdón.

—No estoy enfadada, monsieur.

—Entonces es algo peor —se lamentó—. Perdóneme, señorita Lucy.

—Monsieur Emanuel, le perdono.

—Pero dígalo con su voz habitual, no con ese tono tan extraño: Mon ami, je vous pardonne.

Me hizo sonreír. ¿Cómo evitarlo al ver su tristeza, su ingenuidad, su insistencia?

—Bon! —exclamó—. Voilà que le jour va poindre! Dîtes donc, mon ami.

—Monsieur Paul, je vous pardonne.

—Nada de monsieur: llámeme del otro modo o no la creeré sincera. Un nuevo esfuerzo... mon ami o, si lo prefiere, en su idioma... ¡amigo mío!

Pues bien, «amigo mío» tiene unas connotaciones diferentes de las de mon ami; no resulta tan familiar ni tan íntimo. No podía decirle a monsieur Paul «mon ami»; pero sí podía llamarlo «amigo mío», y lo hice sin la menor dificultad. Él desconocía ese matiz, sin embargo, y se quedó satisfecho con la frase. Sonrió. Tendrías que haberle visto sonreír, lector; habrías visto la diferencia entre su expresión de entonces y la de hacía media hora. No puedo decir que hubiera visto antes una sonrisa de placer, alegría o bondad en los labios de monsieur Paul, o en sus ojos. Había contemplado cientos de veces la ironía, el sarcasmo, el desdén, la pasión exultante, en lo que él llamaba una sonrisa; pero aquella resplandeciente exhibición de sentimientos dulces y cálidos me pareció completamente nueva. Era como si su semblante hubiera dejado de ser una máscara para convertirse en un rostro: sus rasgos se suavizaron; su tez pareció aclararse y rejuvenecer; aquella piel morena, cetrina y meridional que hablaba de su sangre española adquirió una tonalidad más luminosa. No creo haber visto jamás en un rostro humano una metamorfosis similar por una causa parecida. Me acompañó al carruaje; en ese mismo momento, salió monsieur de Bassompierre con su sobrina.

La señorita Fanshawe estaba de pésimo humor; la velada había sido un fracaso para ella: de lo más alterada, dio rienda suelta a su indignación en cuanto nos sentamos y cerraron la portezuela. Había algo perverso en sus invectivas contra el doctor Bretton. Al haber sido incapaz de cautivarle o herirle, el odio era su único recurso; y lo expresaba con palabras tan desmesuradas y en una proporción tan monstruosa que, después de escucharla un rato con fingido estoicismo, mi sentido de la justicia súbitamente se inflamó. Sobrevino una explosión, pues yo también podía ser apasionada; especialmente con Ginevra, tan hermosa como llena de imperfecciones, que siempre despertaba lo peor que había en mí. Fue una suerte que las ruedas del carruaje traquetearan violentamente sobre el empedrado de Choseville, ya que puedo asegurar al lector que no hubo un silencio sepulcral ni una pacífica conversación en el interior del carruaje. Medio en serio, medio en broma, me encargué de bajarle los humos a Ginevra. Había salido furiosa de la rue Crécy; tenía que apaciguarla antes de que llegáramos a la rue Fossette: para conseguirlo, era indispensable mostrarle su valía sin par y sus extraordinarios méritos; y esto debía hacerse en un lenguaje en el que la fidelidad y la rudeza pudieran compararse con los cumplidos de un John Knox a una María Estuardo. Ésta era la mejor disciplina para Ginevra; la que más le convenía. Estoy segura de que aquella noche se fue a la cama mucho más tranquila y serena, y de que durmió aún más dulcemente después de haber sufrido una profunda derrota moral.

LIBRO TERCERO

Capítulo XXVIII

La leontina

Monsieur Paul Emanuel era especialmente sensible a que interrumpieran sus clases, fuera cual fuera el motivo: entrar en un aula en tales circunstancias significaba para las profesoras y alumnas del colegio, individual o colectivamente, algo así como arriesgar la vida.

La propia madame Beck, si se veía obligada a hacerlo, se deslizaba por la clase, recogiendo la falda, y rodeaba cautelosamente el imponente estrado, como un barco temeroso de los rompientes. En cuanto a Rosine, la portera — sobre la que cada media hora recaía el espantoso deber de ir a buscar a las alumnas que había en las distintas aulas para que fueran a clase de música en

el oratorio, las salas grande o pequeña, o cualquier otro lugar donde hubiera un piano—, después de un segundo o tercer intento, su consternación era tan grande que con frecuencia no le salían las palabras; un sentimiento inspirado por las indescriptibles miradas que le lanzaban cual dardos a través de un par de gafas.

Cierta mañana en que estaba sentada en el carré, terminando un bordado que una alumna había dejado a medias, mientras mis dedos trabajaban en el bastidor, mis oídos se complacían escuchando los crescendos y cadencias de una voz que arengaba a la clase vecina en un tono cada vez más inquietante y agitado. Entre mí y la tormenta que se avecinaba había una buena pared, además de una puerta de cristal por la que huir fácilmente al patio en caso de que ésta se desencadenara; así que me temo que aquellos síntomas cada vez más claros me producían más regocijo que alarma. La pobre Rosine no estaba tan a salvo: aquella bendita mañana había hecho cuatro veces el peligroso recorrido; y ahora, por quinta vez, tenía el azaroso deber de llevarse a una alumna, como si fuera un leño de la hoguera, en las narices de monsieur Paul.

—Mon Dieu! Mon Dieu! —repetía la portera—. Que vais-je devenir? Monsieur va me tuer, je suis sure; car il est d'une colère!

Empujada por el valor que proporciona la desesperación, abrió la puerta.

—Mademoiselle La Malle au piano! —gritó.

Antes de que pudiera batirse en retirada o cerrar la puerta, se oyó en el interior del aula:

—Des ce moment, la classe est défendue. La première qui ouvrira cette porte, ou passera par cette division, sera pendue... fut-ce Madame Beck elle même!

No habían pasado ni diez minutos desde que se promulgara aquel decreto cuando volvieron a oírse por el pasillo las pantoufles francesas de Rosine.

—Mademoiselle —dijo—, no entraría otra vez en esa clase aunque me ofrecieran una moneda de cinco francos: las lunettes de monsieur son realmente terribles; pero han traído un mensaje para él del Athénée. Le he dicho a madame Beck que no me atrevería a dárselo y me ha respondido que se encargaría usted de hacerlo.

—¿Yo? ¡De ningún modo! No está entre mis obligaciones. ¡Vamos, vamos, Rosine! Que cada uno asuma sus responsabilidades. Sea valiente... ¡vuelva a la carga!

—¿Yo, mademoiselle? ¡Imposible! Hoy le he interrumpido ya cinco veces. Madame debería contratar a un gendarme para esta tarea. ¡Uf! Je n'en puis plus!

—¡Bah! No es más que una cobarde. ¿Cuál es el mensaje?

—Precisamente uno de los que más le molestan: un aviso urgente para que vaya al Athénée, porque ha llegado un visitante oficial... un inspector... o algo así, y monsieur tiene que verse con él; y ya sabe cómo detesta cualquier orden.

Sí, lo sabía muy bien. El inquieto hombrecillo aborrecía que le espolearan o refrenasen: con seguridad se rebelaría contra cualquier cosa urgente u obligatoria. Sin embargo, acepté la responsabilidad; no sin miedo, por supuesto, pero éste se hallaba mezclado con otros sentimientos, la curiosidad entre ellos. Abrí la puerta, entré. La cerré detrás de mí, tan rápida y silenciosamente como una mano temblorosa podía hacerlo; pues ser lenta o ruidosa, hacer chasquear un pestillo o dejar una puerta entreabierta eran circunstancias agravantes del delito, a menudo más catastróficas que este mismo. Allí estábamos, yo de pie y él sentado; era obvio que estaba de mal talante, que su humor era pésimo. Había estado explicando aritmética —pues daba cualquier materia que creyera conveniente—, y, al ser una asignatura tan árida, no podía disfrutar con ella: no había alumna que no temblara cuando hablaba de números. Estaba inclinado sobre la mesa: alzar la vista para mirar quién entraba, después de quebrantar descaradamente su voluntad y su ley, exigía un esfuerzo que de momento era incapaz de hacer. Tanto mejor: gané así un poco de tiempo para recorrer la larga clase; y, dada mi idiosincrasia, prefería ir al encuentro de su estallido de cólera que soportar de lejos su amenaza.

Me detuve delante de su estrado; por supuesto, no era digna de su inmediata atención: continuó con sus explicaciones. El desdén no iba a servir de nada: tendría que escuchar y responder a mi mensaje.

Como no era suficientemente alta para que mi cabeza quedara por encima de la mesa, colocada sobre la tarima, y resultaba invisible donde estaba, me aventuré a dar la vuelta, con el único fin de ver mejor su rostro, que, al entrar, me había parecido guardar una intensa y pintoresca semejanza con un oscuro y cetrino tigre. Disfruté dos veces con impunidad de esta vista lateral, avanzando y retrocediendo sin que lo advirtiera; la tercera vez, cuando mis ojos empezaban a asomarse por encima de la oscura mesa, mis pupilas fueron sorprendidas y traspasadas por las lunettes. Rosine tenía razón; aquel objeto infundía un terror profundo e inmutable, mucho más intenso que la ira reflejada en los ojos de su dueño.

Descubrí ahora las ventajas de estar cerca: aquellas lunettes de miope no servían para la inspección de un delincuente en las narices de monsieur; de modo que se las quitó, y él y yo nos encontramos casi en igualdad de condiciones.

Me alegro de no haberle tenido realmente miedo, de no haberme sentido aterrorizada en su presencia; pues, cuando reclamó la soga y la horca para ejecutar la sentencia que acababa de dictar, le ofrecí una hebra de hilo de bordar con tanta educación que no pudo sino aplacar una parte al menos de la irritación que le sobraba. Por supuesto, no hice aquel alarde de cortesía delante de todo el mundo: me limité a pasarle el hilo por detrás de la esquina de la mesa, y lo até con un nudo corredizo al respaldo de su silla.

—Que me voulez-vous? —dijo, con un gruñido que quedó confinado en su garganta y en su pecho, pues no dejaba de apretar los dientes, como si se hubiera prometido a sí mismo que nada en este mundo le arrancaría una sonrisa.

Mi respuesta comenzó inflexible:

—Monsieur —dije—. Je veux l'impossible, des choses inouïes.

Y creyendo mejor ir directamente al grano, y echarle un jarro de agua fría con decisión, le di el mensaje del Athénée, exagerando floridamente su urgencia.

Por supuesto, no quiso saber nada. Aseguró que no iría; que no dejaría aquella clase aunque fueran todos los funcionarios de Villette a buscarlo. No se apartaría en lo más mínimo de su camino aunque se lo pidieran el rey, el cuerpo de ministros y las dos Cámaras.

Yo sabía, sin embargo, que debía ir; que, por mucho que dijera, sus obligaciones e intereses le exigían satisfacer literal e inmediatamente aquella convocatoria: me quedé, por ese motivo, esperando en silencio, como si aún no me hubiera contestado. Me preguntó qué más quería.

—Sólo la respuesta de monsieur para trasmitírsela al mensajero.

Lo negó impaciente con la mano.

Me aventuré a extender el brazo hasta su severo bonnet-grec, que descansaba en el alféizar de la ventana. Él siguió aquel osado gesto con la mirada, sin duda con una mezcla de compasión y asombro ante mi atrevimiento.

—¡Ah! —refunfuñó.

Si llegaba a eso... si la señorita Lucy tocaba su bonnet-grec... podía ponérselo, convertirse en un garçon y, amablemente, ir al Athénée en su lugar.

Con enorme respeto, dejé el bonnet sobre la mesa, donde su borla pareció dedicarme un horrible saludo.

—Escribiré una nota para disculparme. Será suficiente, ¿no? —exclamó, inclinándose todavía por una respuesta evasiva.

Sabiendo muy bien que aquello no sería suficiente, empujé suavemente el bonnet hacia su mano. Impulsado así, se deslizó por la superficie brillante y barnizada de la mesa, se llevó por delante las lunettes de ligera montura de acero y, miedo me da decirlo, las tiró al estrado. Las he visto caer sin romperse más de veinte veces desde entonces; pero aquella vez, la mala suerte de Lucy Snowe se salió con la suya, y los gruesos cristales se convirtieron en dos estrellas informes y rotas.

Entonces sí que me sentí consternada... consternada y arrepentida. Conocía el valor de aquellas lunettes: la vista de monsieur Paul era muy peculiar, no resultaba fácil graduarla, y con aquellas gafas estaba encantado. Había oído cómo las llamaba su tesoro. Cuando las recogí, hechas añicos e inservibles, mi mano temblaba. Me asusté sobremanera al contemplar el daño causado, pero creo que mi pena era mayor que mi miedo. Por unos instantes, no me atreví a mirar el rostro del desconsolado profesor; fue él quien rompió el silencio.

—Là! —exclamó—. Me voilà veuf de mes lunettes! Supongo que mademoiselle Lucy estará ahora de acuerdo en que se ha ganado ampliamente la soga y la horca; tiembla previendo su destino. ¡Ah, traidora! ¡Traidora! ¡Está decidida a tenerme en sus manos ciego e indefenso!

Levanté los ojos: en vez de contemplarme airado, ceñudo y amenazador, monsieur Paul lucía la sonrisa y la tez sonrosada que habían iluminado su semblante aquella noche en el Hôtel Crécy. No estaba enojado, ni siquiera dolido. Ante un verdadero agravio, se mostraba clemente; ante una verdadera provocación, paciente como un santo. Aquel incidente, que parecía tan desafortunado —y que supuse habría echado por tierra cualquier posibilidad de convencerlo—, resultó ser mi mejor ayuda. Difícil de manejar mientras no le causé el menor daño, el profesor se volvió amable y acomodaticio en cuanto aparecí ante él como una delincuente consciente y arrepentida.

Todavía llamándome en broma une forte femme... une Anglaise terrible... une petite casse-tout, declaró que no osaba desobedecer a quien había culminado tan peligrosa hazaña; era exactamente igual que el grand Empereur, estrellando el jarrón para suscitar espanto. De modo que, finalmente, después de coronarse con su bonnet-grec, y de coger sus lunettes rotas de mi mano, con un golpecito de benévolo perdón y de aliento, inclinó levemente la cabeza y se marchó al Athénée con el mejor de los talantes.

Después de tanta amabilidad, el lector lamentará saber que volví a discutir con monsieur Paul aquel mismo día; pero ocurrió, y fui incapaz de evitarlo.

De vez en cuando, tenía la costumbre —por lo demás, muy loable y aceptable— de llegar por la tarde, siempre à l'improviste, sin anunciarse, irrumpir en el silencioso refectorio a la hora del estudio, e imponer

repentinamente todo su despotismo sobre nosotras y nuestras ocupaciones; nos obligaba a cerrar los libros y a guardar los costureros y, sacando un grueso volumen o un pequeño tratado, sustituía la adormecedora lecture pieuse, que leía alguna alumna soñolienta, por alguna tragedia, ensalzada por una declamación grandilocuente y rebosante de acciones temerarias, por algún drama, cuyo mérito intrínseco, por mi parte, rara vez analizaba; pues monsieur Emanuel lo convertía en un recipiente que le servía de desahogo, y que llenaba con su brío y su pasión innatas, al igual que una copa con un brebaje vital. Otras veces hacía resplandecer en nuestra penumbra conventual el fulgor de un mundo más brillante, dejándonos entrever la literatura de aquellos días, leyéndonos pasajes de algún relato fascinante o el último ingenioso feuilleton que había despertado la hilaridad en los salones de París; poniendo siempre especial cuidado en suprimir con mano severa, ya fuera en la tragedia, en el melodrama o en el ensayo, cualquier fragmento, frase o palabra que pudiera juzgarse inapropiado para un público de jeunes filles. Me di cuenta en más de una ocasión de que allí donde esos recortes debilitaban el sentido o el interés, él improvisaba párrafos enteros, tan vigorosos como irreprochables: los diálogos, las descripciones que él introducía eran con frecuencia mucho mejores que los que eliminaba.

Pues bien, aquella tarde, estábamos sentadas en silencio como monjas en un retiro, las alumnas estudiando, las profesoras con sus labores de aguja. Recuerdo la mía: era un bordado difícil, y yo estaba bastante enfrascada en él; tenía una finalidad; no lo hacía simplemente por matar el tiempo; una vez terminado, sería un regalo; y, como el momento de entregarlo estaba cerca, era necesario darse prisa y mis dedos trabajaban con afán.

Sonó el campanillazo de la puerta que todas conocíamos; después el rápido paso tan familiar para nuestros oídos: las palabras Voilà Monsieur! acababan de salir simultáneamente de todos los labios cuando las dos hojas de la puerta se separaron bruscamente (como ocurría siempre que monsieur Paul entraba, un verbo tan suave como «abrir» resulta ineficaz para describir sus movimientos), y el profesor entró.

Había dos mesas de estudio, ambas muy largas y flanqueadas por bancos; sobre el centro de cada una de ellas, colgaba una lámpara; bajo esa lámpara, a ambos lados de la mesa, se sentaba una profesora; las alumnas se alineaban a derecha e izquierda; las mayores y más estudiosas cerca de la luz, es decir en los trópicos; las más perezosas y pequeñas hacia los polos norte y sur. Monsieur tenía la costumbre de acercarse cortésmente una silla a alguna profesora, generalmente a Zélie St Pierre, la más antigua, para ocupar después su asiento vacío; disfrutaba así del punto más luminoso del trópico de Cáncer o de Capricornio, algo que necesitaba por ser corto de vista.

Como siempre, Zélie se apresuró a levantarse, esbozando una sonrisa que

dejó al descubierto sus dos hileras de dientes; esa extraña sonrisa que va de oreja a oreja, en una curva fina y muy marcada, que no se extiende por el rostro, ni forma hoyuelos en las mejillas, ni ilumina la mirada. Supongo que monsieur Paul no la vio, o no tuvo ganas de advertir su presencia, pues era tan caprichoso como dicen que son las mujeres; además, sus lunettes (tenía otro par de gafas) le servían de excusa para toda clase de deficiencias y descuidos. Por el motivo que fuera, pasó junto a Zélie, se dirigió al otro lado de la mesa y, antes de que yo pudiera levantarme para dejarle el sitio, susurró:

—Ne bougez pas.

Y se colocó entre la señorita Fanshawe y yo; Ginevra siempre quería ser mi vecina, y me clavaba el codo en el costado, por mucho que yo repitiera:

—Ginevra, ¡ojalá estuvieras en Jericó!

Era fácil decir ne bougez pas; pero ¿cómo evitarlo? Tenía que dejarle un sitio, y tenía que pedir a las alumnas que se corrieran un poco para poder hacerlo yo. Era muy cómodo para Ginevra pegarse a mí para «estar calentita», como ella decía, las tardes de invierno, importunándome con sus movimientos y codazos, hasta obligarme en ocasiones a colocarme un alfiler traidor en el cinturón para protegerme de su codo; pero supuse que monsieur Paul no estaría expuesto al mismo trato, así que aparté mi costurero para que pusiera el libro, y me corrí para dejarle un hueco; éste no medía, sin embargo, más de una yarda, un espacio que cualquier persona razonable habría considerado adecuado y respetuoso. Pero monsieur Emanuel jamás era razonable; como el pedernal y la yesca, ¡un simple golpe y saltaban chispas!

—Vous ne voulez pas de moi pour voisin —gruñó—, vous vous donnez des airs de caste; vous me traitez en paria —añadió, mirándome con el ceño fruncido—. Soit! Je vais arranger la chose!

Y se puso manos a la obra.

—Levez vous toutes, mesdemoiselles! —exclamó.

Las alumnas se levantaron. Monsieur Paul les ordenó dirigirse en fila a la otra mesa. Luego me colocó en un extremo del largo banco y, después de traerme con el mayor cuidado el costurero, la seda, las tijeras y todos mis utensilios, se sentó en la otra punta.

A pesar de lo absurda que era aquella disposición, nadie se atrevió a reírse; de haberlo hecho, seguro que se habría arrepentido. En cuanto a mí, me lo tomé con completa frialdad. Allí estaba yo, aislada y sin poder comunicarme con nadie; me enfrasqué tranquilamente en mi trabajo, y no me sentí nada desdichada.

—Est-ce assez de distance? —preguntó.

—Monsieur en est l'arbitre —fue mi respuesta.

—Vous savez bien que non. C'est vous qui avez créé ce vide immense: moi, je n'y ai pas mis la main.

Y, con esta afirmación, empezó a leer.

Para su desgracia, había elegido una traducción francesa de lo que él llamaba «un drame de Williams Shackspire; le faux dieu»; le faux dieu — agregó después— de ces sots païens, les Anglais. No es necesario que explique cuán diferente habría sido su descripción del autor si no hubiera estado tan alterado.

Por supuesto, la traducción francesa era muy deficiente; y tampoco yo hice el menor esfuerzo por ocultar el desprecio que algunos de sus lamentables errores me inspiraban. No es que creyera mi deber decir algo; pero de vez en cuando se puede insinuar una opinión cuando está prohibido expresarla con palabras. Como sus lunettes estaban alerta, monsieur Paul percibió todas mis miradas de disconformidad; no creo que se perdiera una: en consecuencia, sus ojos no tardaron en desembarazarse de los cristales para poder despedir llamaradas con más libertad; y, dada la temperatura general de la estancia, se acaloró mucho más en el polo norte —donde se había desterrado voluntariamente— de lo que habría sido razonable acalorarse bajo el rayo luminoso del trópico de Cáncer.

Una vez concluida la lectura, no era fácil saber si se marcharía sin manifestar su enfado, o le daría rienda suelta. Contenerse no era uno de sus hábitos; y, sin embargo, ¿qué le había hecho para que me regañara abiertamente? No había pronunciado ni una palabra, y no creo que mereciera una reprimenda o un castigo por haber permitido moverse con mayor libertad de la habitual los músculos que rodeaban mis ojos y mi boca.

Trajeron la merienda, que consistía en pan y leche diluida en agua tibia. En consideración a la presencia del profesor, los panecillos y los vasos se pusieron sobre la mesa en lugar de repartirse inmediatamente.

—Tomen su merienda, señoritas —dijo monsieur Paul, fingiendo estar muy ocupado haciendo anotaciones en el margen de su Williams Shackspire.

Profesoras y alumnas le obedecieron. Yo también acepté un panecillo y un vaso, pero, más enfrascada que nunca en mi labor, seguí en mi rincón solitario y continué trabajando mientras mordisqueaba el pan y bebía la leche, todo ello con enorme sang froid; con un aplomo que no solía mostrar y que me pareció muy agradable. La presencia de una naturaleza tan inquieta, irritable y espinosa como la de monsieur Paul parecía absorber como un imán todas las influencias febriles y perturbadoras, y dejarme únicamente las plácidas y armoniosas.

Se puso en pie: ¿pensaba marcharse sin decir nada? Sí; se dirigió a la puerta.

No: volvió sobre sus pasos; pero, quizá, solamente para coger el estuche que había olvidado sobre la mesa.

Lo cogió, guardó el lápiz, lo sacó, rompió la punta contra la madera, lo afiló de nuevo, se lo metió en el bolsillo y... se acercó rápidamente a mí.

Profesoras y alumnas, reunidas alrededor de la otra mesa, conversaban con total libertad: siempre lo hacían durante las comidas; y el constante hábito de hablar alto y deprisa en tales ocasiones no les ayudaba ahora a atenuar sus voces.

Monsieur Paul vino y se quedó detrás de mí. Me preguntó en qué trabajaba; le dije que estaba haciendo una leontina.

—¿Para quién? —me preguntó.

—Para un caballero... uno de mis amigos —respondí.

Monsieur Paul se agachó y procedió —como dicen los novelistas, y en esa ocasión fue literalmente cierto— a «sisear» en mi oreja algunas palabras injuriosas.

Dijo que, de todas las mujeres que conocía, yo era la que podía ser más horriblemente desagradable: aquella con quien resultaba más difícil vivir en armonía. Tenía un caractère intraitable y era increíblemente obstinada. Cómo me las arreglaba, o qué me llevaba a actuar así, era algo que él, por su parte, desconocía; pero, por muy pacíficas y amistosas que fueran las intenciones con que una persona se dirigía a mí, ¡crac!, yo convertía la concordia en discordia, la buena voluntad en animadversión. Él, monsieur Paul, estaba seguro de desear para mí todo lo mejor; jamás me había hecho daño a sabiendas; y podía, como mínimo, o eso creía, reclamar el derecho a ser considerado un conocido neutral, libre de sentimientos hostiles: y, sin embargo, ¡qué mal me portaba con él! ¡Qué mordaces eran mis agudezas! ¡Qué impulso de rebeldía! ¡Qué fougue de injusticia!

Al oír esto, no pude evitar mirarlo con los ojos muy abiertos, e incluso deslizar algunas ligeras exclamaciones:

—¿Agudezas? ¿Impulso? ¿Fougue?

—Chut! À l'instant! ¿Se da cuenta? Vive comme la poudre!

Él lo sentía, lo sentía mucho: por mi propio bien, lamentaba tan desafortunada peculiaridad. Temía que aquel emportement, aquel chaleur —generoso, tal vez, pero excesivo— me hiciera daño. Era una pena: en el fondo de su corazón, creía que yo tenía algunas virtudes; y, si atendiera a razones, y

fuera más reposada, más sensata, menos en l'air, menos coquette, menos aficionada a exhibirse, menos propensa a fiarse de las apariencias... a dar demasiada importancia a las atenciones de las personas notables sobre todo por su elevada estatura, des couleurs de poupée, un nez plus ou moins bien fait, y una importante dosis de fatuidad, quizá pudiera ser aún una mujer útil, incluso ejemplar. Pero, siendo como era... Y al decir esto, se le ahogó la voz.

Yo le habría mirado, o le habría tendido la mano, o le habría dicho alguna palabra tranquilizadora; pero tenía miedo de echarme a reír o a llorar si me movía; en todo aquello, había una mezcla muy extraña de lo conmovedor y de lo absurdo.

Pensé que casi había terminado: pero no; tomó asiento para proseguir con mayor comodidad.

Ya que él, monsieur Paul, había abordado aquel asunto tan desagradable, estaba dispuesto a afrontar mi ira por mi propio bien, y se atrevía a hablar de ciertos cambios que había percibido en mi vestimenta. Nada le impedía confesar que, al conocerme —o, mejor dicho, al vislumbrarme de vez en cuando—, yo le satisfacía en ese punto: la gravedad, la austera sencillez, tan obvias en ese sentido, alimentaban las mayores esperanzas para mí. Qué fatal influencia me había empujado, últimamente, a poner flores bajo el ala de mi sombrero, a llevar des cols brodés, e incluso a aparecer en una ocasión con un vestido escarlata, era algo que, desde luego, podía conjeturar, pero que, de momento, prefería no declarar abiertamente.

Volví a interrumpirle, y esta vez sin disimular mi horror y mi indignación.

—¿Escarlata, monsieur Paul? ¡No era escarlata! Era rosa, rosa pálido; además, el encaje negro atenuaba su intensidad.

Rosa o escarlata, amarillo o carmesí, verde guisante o azul celeste, ¡qué más daba!: todos eran colores frívolos, llamativos; en cuanto al encaje que mencionaba, no era más que un colifichet de plus. Y suspiró ante mi degeneración. Siguió diciendo que lamentaba no hablar con más precisión de ese tema, pues desconocía los nombres exactos de aquellas babioles, y posiblemente caería en pequeños errores verbales que le dejarían expuesto a mi sarcasmo, y excitarían mi naturaleza brusca y apasionada. Se limitaría a decir, en términos generales —y en esos términos generales sabía que estaba en lo cierto—, que mis vestidos habían adoptado últimamente des façons mondaines que le dolía contemplar.

Reconozco que fui incapaz de adivinar qué façons mondaines había descubierto en mi vestido invernal de lana y en mi sencillo cuello blanco; y, cuando se lo pregunté, señaló que habían sido confeccionados para llamar la atención, y además, ¿acaso no llevaba un lazo o una cinta en el cuello?

—Pues si condena un lazo en una dama, monsieur, no hay duda de que desaprobará esto para un caballero —exclamé, enseñándole mi pequeña y brillante cadena de seda y oro.

Su única respuesta fue un gruñido, supongo que por mi frivolidad.

Después de quedarse unos minutos en silencio, observando el progreso de la pequeña cadena, en la que yo trabajaba con más ahínco que nunca, me preguntó si lo que acababa de decir tendría como resultado que yo le odiara.

Apenas recuerdo cuál fue mi respuesta, o cómo surgió; no creo que dijera nada, pero sé que nos las arreglamos para despedirnos amistosamente: e, incluso antes de llegar a la puerta, monsieur Paul regresó para explicarme que, con sus palabras, no había querido condenar totalmente el vestido escarlata (¡Rosa, rosa!, insistí yo); y que no tenía intención de negarle el mérito de resultar bastante favorecedor (lo cierto es que el gusto de monsieur Emanuel se inclinaba por los colores vivos); que sólo deseaba aconsejarme que, siempre que lo llevara, lo hiciera con el mismo espíritu que si su tejido fuera bure, y su color gris de poussière.

—Y ¿las flores de mi sombrero, monsieur? —inquirí—. Son muy pequeñas...

—Consérvelas pequeñas entonces —replicó—. Que no crezcan demasiado.

—Y ¿el lazo, monsieur... el trocito de cinta?

—Va pour le ruban! —fue su respuesta favorable.

Y así solucionamos nuestras diferencias.

¡Bravo, Lucy Snowe! —exclamé en mi fuero interno—. Has venido al refectorio para oír una bonita lecture... y te has llevado un rude savon, y ¡todo por tu perversa afición a las vanidades mundanas! ¿Quién lo hubiera pensado? ¡Y tú que te considerabas una persona melancólica y reservada! La señorita Fanshawe cree que eres un segundo Diógenes. Monsieur de Bassompierre, el otro día, cuando estaban hablando de la locura y el desenfreno de Vastí, cambió educadamente de conversación, pues, según dijo amablemente, «la señorita Snowe parecía incómoda». El doctor Bretton te conoce como «la silenciosa Lucy», «una criatura inofensiva como una sombra»; y le has oído decir: «Los defectos de Lucy tienen su origen en la excesiva severidad de sus gustos y de sus modales, en la falta de colorido de su carácter y de sus atuendos». Ésas son las impresiones tuyas y de tus amigos; y, ¡mira por dónde!, aparece un hombrecillo con una opinión diametralmente opuesta a todos, acusándote con rotundidad de ser demasiado alegre e insustancial, demasiado voluble y versátil, demasiado aficionada a las florituras y a los brillantes colores. Ese severo hombrecillo, ese censor implacable, recoge todos

tus pobres y desperdigados pecados de vanidad, tu infortunado chiffon rosa, los flecos de tu guirnalda, tu pequeño trozo de cinta, tu ridículo retazo de encaje, y te llama para pedir cuentas de todos y cada uno de esos artículos. Estas acostumbrada a que pasen por tu lado como si fueras una sombra en el sol de la Vida: es una novedad ver que alguien levanta irritado la mano para protegerse los ojos, porque tú le atormentas con un rayo cegador.

Capítulo XXIX

La fête de Monsieur

A la mañana siguiente me levanté una hora antes del amanecer, y terminé la leontina arrodillada en el centro del gran dormitorio, con el fin de aprovechar los últimos destellos mortecinos de la lámpara nocturna.

Empleé todo el material —todo mi surtido de cuentas y sedas— antes de que la cadena alcanzara la longitud y la riqueza que yo deseaba; la había hecho doble, pues sabía —por ser el polo opuesto— que, para satisfacer el gusto de la persona que quería complacer, un aspecto sólido era imprescindible. Para rematar la pieza, necesitaba un pequeño broche de oro; afortunadamente, tenía uno en el cierre de mi único collar; lo desprendí con cuidado, volví a prenderlo, y luego enrollé la leontina y la guardé en una cajita que había comprado por su tono irisado, pues era de una concha tropical de color nacarat y tenía una pequeña guirnalda de brillantes piedras azules. En el interior de la tapa, grabé cuidadosamente ciertas iniciales con la punta de mis tijeras.

Es posible que el lector recuerde la descripción de la fête de madame Beck; tampoco habrá olvidado que todos los años se recaudaba dinero en el colegio para comprarle un bonito regalo. La observancia de ese día era una distinción que sólo se concedía a madame Beck y, de un modo diferente, a su primo y consejero, monsieur Emanuel. En el último caso, se trataba de un honor conferido espontáneamente, no preparado ni dispuesto de antemano, y ofrecía una prueba adicional, entre muchas otras, de la estima que —a pesar de su parcialidad, prejuicios e irritabilidad— sentían las alumnas por su profesor de literatura. No se le regalaba ningún objeto de valor: él dejaba bien claro que no aceptaría ni plata ni joyas. Pero le complacía recibir algún pequeño obsequio; el coste, el valor monetario, no le impresionaba: un anillo de diamantes o una caja de rapé de oro, ofrecidos con gran pompa, habrían sido menos de su gusto que una flor o un dibujo entregados con sencillez y sentimientos sinceros. Así era su naturaleza. No era un hombre sabio para su generación, pero podía reclamar una simpatía filial con la Luz que brillaba en lo alto.

La fête de monsieur Paul era el uno de marzo, jueves. Amaneció un día hermoso y soleado y, como ese día de la semana asistíamos a misa por la mañana y teníamos la tarde libre, lo que nos permitía pasear, ir de compras o visitar a nuestros amigos, aquella mezcla de consideraciones motivó que todo el mundo se vistiera con mayor frescura y elegancia. Los cuellos sencillos estaban de moda; los sombríos vestidos de lana de todos los días se cambiaron por otros más ligeros y más claros. Aquel jueves, mademoiselle Zélie St Pierre se puso incluso una robe de soie, un artículo de peligroso lujo y esplendor en la ahorrativa Labassecour; y es más, según se comentó, envió a buscar a un coiffeur para que la peinara aquella mañana. Algunas alumnas fueron lo bastante perspicaces para descubrir que había rociado el pañuelo y sus manos con un perfume nuevo y muy en boga. ¡Pobre Zélie! En aquella época tenía la costumbre de decir que estaba terriblemente cansada de una vida de reclusión y trabajo; que deseaba disponer de medios económicos y de tiempo libre para descansar; tener a alguien que trabajara para ella: un marido que pagase sus deudas (estaba endeudada hasta las cejas), llenara su guardarropa, y la dejara en libertad, como ella decía, para goûter un peu les plaisirs. Durante mucho tiempo, corrió el rumor de que tenía los ojos puestos en monsieur Emanuel. Y es cierto que monsieur Emanuel posaba a menudo los ojos en ella. Se sentaba y la observaba con perseverancia por espacio de varios minutos. He visto cómo la contemplaba durante un cuarto de hora, mientras las alumnas escribían en silencio y él estaba en su trono, sobre la tarima, sin hacer nada. Consciente siempre de esa mirada de basilisco, mademoiselle Zélie se movía sinuosamente en su asiento, medio halagada, medio perpleja, y monsieur seguía con atención sus reacciones, mostrándose en ocasiones terriblemente perspicaz; pues, en algunos casos, su intuición era de lo más penetrante, y tras pasaba el último pensamiento oculto en el fondo del corazón, y distinguía bajo los floridos velos los rincones desnudos y estériles del alma: sí, y sus perversas inclinaciones, y sus ángulos más traicioneros —todo lo que hombres y mujeres no habrían sabido percibir—, la columna vertebral torcida, el miembro deforme, y mucho peor, la mancha o la desfiguración que tal vez habían causado ellos mismos. No había ninguna calamidad que monsieur Paul no compadeciera o perdonase si era reconocida con franqueza; pero cuando su mirada inquisitiva se topaba con una negativa que era falsa, cuando sus observaciones implacables desenmascaraban una mentira... ¡Entonces sí que podía ser cruel y, en mi opinión, malvado! Podía arrancar con júbilo la máscara de los pobres y acobardados infelices, empujarlos hasta un lugar elevado, y exhibirlos desnudos, en toda su falsedad —miseras mentiras vivientes—, el germen de esa horrible Verdad que no puede contemplarse desvelada. Él creía hacer justicia; en cuanto a mí, dudo que un hombre tenga derecho a tratar así a sus semejantes: en más de una ocasión, durante sus visitas, me vi obligada a llorar por sus víctimas, y no escatimé la ira y los

reproches contra él. Lo merecía; pero no era fácil conseguir que se tambaleara su firme convicción de que esa labor era justa y necesaria.

Después de desayunar y de asistir a misa, sonó la campanilla del colegio y se llenaron las aulas: la clase era todo un espectáculo. Alumnas y profesoras se hallaban sentadas, muy bien vestidas, en perfecto orden, expectantes, llevando cada una en la mano el ramillete de felicitación... las flores más hermosas de la primavera, recién cogidas, llenando el aire con su fragancia: yo era la única que no tenía ramillete. Me gusta ver crecer las flores, pero cuando se cortan dejan de agradarme. Las considero entonces objetos desarraigados y perecederos; su semejanza con la vida me entristece. Jamás regalo flores a aquellos que amo; jamás deseo recibirlas de un ser querido. Mademoiselle St Pierre señaló mis manos vacías, no podía creer que hubiera sido tan descuidada; sus ojos recorrieron ávidamente mi persona: seguro que en algún lugar tenía una flor simbólica y solitaria, algún pequeño manojito de violetas, algo con que ganar la aprobación y los elogios por mi ingeniosidad y buen gusto. La Anglaise sin imaginación no justificó los temores de la Parisienne: se sentó sin ningún obsequio, tan desnuda de flores y de hojas como los árboles en invierno. Convencida de esto, Zélie sonrió satisfecha.

—¡Cuán sabiamente ha obrado guardándose su dinero, señorita Lucy! — exclamó—. ¡Qué necia he sido malgastando dos francos en un ramillete de flores de invernadero!

Y me mostró con orgullo su magnífico ramo.

Pero ¡silencio!, unos pasos: los pasos. Se acercaban presurosos, como siempre; aunque estábamos tan ufanas con nuestros regalos que aquella prontitud nos pareció inspirada por unos sentimientos que trascendían la excitabilidad de sus nervios y la vehemencia de sus propósitos. Tuvimos la impresión de que aquella mañana las pisadas de nuestro profesor (por decirlo de manera romántica) traían una promesa de amistad; y así fue.

Llegó de tan buen humor que pareció entrar un nuevo rayo de sol en aquella clase tan luminosa. La luz de la mañana, que jugaba entre nuestras macetas y reía alegre en nuestras paredes, brilló con más intensidad tras el afectuoso saludo de monsieur Paul. Como buen francés (aunque no sé por qué digo esto, pues su ascendencia no era francesa ni de Labassecour), se había vestido para la ocasión. No oscurecía su figura el siniestro paletôt de vagos pliegues, negro como el carbón, que le daba aquel aire de conspirador; al contrario, monsieur Paul (tal como era, no estoy vanagloriándome de su físico) llevaba una elegante chaqueta y un chaleco de seda que daba gusto contemplar. El pagano y desafiante bonnet-grec había desaparecido: se acercó a nosotros con la cabeza descubierta, llevando en la mano enguantada un sombrero cristiano. El hombrecillo estaba pero que muy favorecido; en sus

ojos azules brillaba la amistad, y en su tez oscura los buenos sentimientos; todo eso reemplazaba a la belleza: daba igual que su nariz, aunque estuviera lejos de ser pequeña, no tuviese ninguna forma especial, y que sus mejillas fueran delgadas, su frente ancha y bien marcada, sus labios poco sonrosados: se le aceptaba como era, y su presencia era la antítesis de la frialdad o la insignificancia.

Se dirigió a su mesa; dejó en ella el sombrero y los guantes.

—Bon jour, mes amies —exclamó, en un tono que nos hizo olvidar a algunas de nosotras muchas palabras mordaces y violentos gruñidos: no un tono jocoso, de buen amigo, y menos aún empalagoso y sacerdotal, sino una voz que sólo podía ser suya, y que surgía directamente del corazón. Pues ese corazón hablaba a veces; aunque era un órgano irritable, no se había osificado: en su interior albergaba una ternura muy superior a la de otros hombres; una ternura que le acercaba humildemente a los más pequeños, y le unía a mujeres y niñas; con las que, por mucho que se rebelara, no podía negar su afinidad, ni el hecho de que, en general, se sentía mejor con ellas que con los individuos de su propio sexo.

—Todas deseamos un día muy dichoso a monsieur, y le felicitamos por su santo —dijo mademoiselle Zélie, nombrándose a sí misma portavoz del grupo.

Y aproximándose a él, sin más afectación que la que necesitaba para moverse, dejó su costoso ramo delante de monsieur Paul. Él inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

Siguió una larga serie de ofrendas: todas las alumnas, avanzaron majestuosamente, con el paso silencioso de las jóvenes del Continente, y entregaron su tributo. Lo depositaron con tanta habilidad sobre la mesa que el último ramillete se convirtió en el vértice de una pirámide de flores... una pirámide de flores tan elevada y exuberante que causó el eclipse del héroe. Una vez terminada esta ceremonia, volvieron a sus asientos, y guardamos silencio, esperando un discurso.

Supongo que habrían pasado unos cinco minutos, nadie decía nada; diez... y el silencio continuaba.

Muchas de las presentes empezaron, sin duda, a preguntarse qué esperaba monsieur; y con razón. Sordo y ciego, mudo e inmóvil, siguió en su puesto detrás del montón de flores.

Finalmente, se oyó una voz bastante profunda, que parecía surgir de una caverna.

—Est-ce là tout?

Mademoiselle Zélie miró a uno y otro lado.

—¿Habéis entregado todas vuestros ramos? —preguntó a las alumnas.

Sí; todas lo habían hecho, desde la mayor hasta la más pequeña, desde la más alta hasta la más diminuta. Así lo expresó la profesora que llevaba más tiempo en el centro.

—Est-ce là tout? —repitió la voz que, si antes era profunda, ahora había bajado varios tonos.

—Monsieur —dijo mademoiselle St Pierre, poniéndose en pie y hablando con su dulce sonrisa—, tengo el honor de comunicarle que, con una sola excepción, todo el mundo le ha ofrecido su ramillete de flores. En cuanto a la señorita Lucie, debe ser usted indulgente con ella; al ser extranjera, probablemente desconoce nuestras costumbres, o no comprende su importancia. La señorita Lucie ha considerado esta ceremonia demasiado frívola para respetarla.

«¡Estupendo! —murmuré entre dientes—. No eres mala oradora, Zélie, cuando empiezas a hablar».

Una mano gesticulando detrás de la pirámide fue la respuesta que recibió mademoiselle St Pierre desde la tarima. Aquel movimiento parecía despreciar las palabras, imponer el silencio.

Poco después, una figura siguió a la mano. Monsieur emergió de su eclipse; y, dirigiéndose a la parte delantera de su estrado, al tiempo que miraba fijamente un enorme mappemonde que cubría la pared de enfrente, preguntó por tercera vez, y en un tono verdaderamente trágico:

—Est-ce là tout?

Yo habría podido solucionar todo, dando un paso adelante y entregándole con disimulo la cajita rosada de concha que, en aquellos instantes, agarraba fuertemente con la mano. Era lo que había planeado hacer; pero, al principio, el lado cómico de la conducta de monsieur Paul me había inducido a esperar un poco; y, ahora, la presuntuosa intromisión de mademoiselle St Pierre suscitaba mi rebeldía. Como el lector no ha tenido hasta el momento ningún motivo para atribuir al carácter de la señorita Snowe la menor pretensión de ser perfecto, apenas le sorprenderá saber que se sintió demasiado malvada para defenderse de cualquier acusación que la parisina quisiera formular: además, monsieur Paul se había puesto tan trágico, y se había tomado tan en serio mi deslealtad, que merecía que le hiciera rabiar. Así, pues, conservé tanto mi cajita como la calma, y seguí sentada, insensible como una piedra.

—¡Está bien! —dejaron finalmente escapar los labios del profesor.

Después de pronunciar esa frase, la sombra de un terrible paroxismo —una oleada de indignación, desprecio, determinación— atravesó su frente, frunció

sus labios y llenó de surcos sus mejillas. Reprimiendo cualquier otro comentario, inició su discours habitual.

No recuerdo nada de lo que dijo; no le escuché: el proceso de tragarse sus palabras, el brusco rechazo de su mortificación y de su ira, despertaron en mí una sensación que contrarrestaba en cierto modo el ridículo efecto del insistente «Est-ce là tout?».

Hacia el final del discurso ocurrió un incidente que volvió a llamar mi atención.

Debido a algún pequeño movimiento fortuito —creo que se me cayó el dedal al suelo y, al agacharme para recogerlo, me golpeé la coronilla contra la afilada esquina del pupitre; ese accidente (exasperante para mí, y ¡con razón!) ocasionó, como es natural, cierto bullicio—, monsieur Paul se enojó y, abandonando su forzada ecuanimidad, y arrojando al viento aquella dignidad y aquel dominio de sí mismo que nunca quiso que fueran una carga para él, eligió el camino que más podía tranquilizarle.

No sé cómo, en el transcurso de su discours, se las había ingeniado para cruzar el canal y desembarcar en tierra británica; pero allí lo encontré cuando empecé a escucharlo.

Recorriendo el aula con una rápida y cínica mirada —una mirada punzante, o eso pretendía, al tropezarse con mis ojos—, cayó con furia sobre les Anglaises.

Jamás he oído tratar a las mujeres inglesas como lo hizo monsieur Paul aquella mañana: no les perdonó nada —ni su inteligencia, ni su conducta, ni sus modales, ni su físico—. Recuerdo especialmente los improperios que lanzó contra su elevada estatura, sus largos cuellos, sus delgados brazos, sus desaliñados vestidos, su pedante educación, ¡su impío escepticismo!, su insoportable orgullo y su pretenciosa virtud. Y, mientras decía todo eso, le rechinaban malévolamente los dientes, y daba la impresión de que, de haberse atrevido, habría dicho cosas realmente singulares. ¡Oh! Estuvo rencoroso, mordaz, virulento; y, como consecuencia natural, espantosamente feo.

«¡Qué hombrecillo tan malo y cargado de veneno! —pensé—. ¿Acaso cree que puede preocuparme el miedo a disgustarle o a herir sus sentimientos? Desde luego que no; será indiferente para mí, como el más mísero de los ramilletes de flores de su pirámide».

Lamento decir que fui incapaz de respetar esa determinación. Durante algún tiempo, los ataques contra Inglaterra y los ingleses me dejaron impasible: los soporté estoicamente por espacio de quince minutos; pero aquel siseante basilisco estaba decidido a morderme, y acabó diciendo tales cosas —no sólo de nuestras mujeres, sino también de nuestras grandes figuras y de

nuestros mejores hombres; mancillando el escudo de Britania, y arrastrando por el lodo nuestra bandera— que me sentí herida en lo más profundo del alma. Con despiadado placer, sacó a relucir las más escandalosas falsedades históricas que circulaban por el Continente; es imposible idear nada más ofensivo. Zélie y el resto de la clase sonreían con vengativo deleite; pues es curioso descubrir cómo esos patanes de Labassecour odian en secreto a Inglaterra. Finalmente, di un fuerte golpe en la mesa, abrí los labios y solté este grito:

—Vive l'Angleterre, l'Histoire et les Héros! À bas la France, la Fiction et les Faquins!

Toda la clase se quedó estupefacta. Supongo que creyeron que había perdido el juicio. El profesor sacó el pañuelo, y sonrió diabólicamente a sus pliegues. ¡Pequeño monstruo de maldad! Pensaba que había conquistado la victoria, pues había conseguido enfurecerme. En un instante, recuperó el buen humor. Con enorme frialdad, siguió hablando de sus flores; se refirió poética y simbólicamente a su dulzura, perfume, pureza, etcétera; hizo afrancesadas comparaciones entre las jeunes filles y los exquisitos capullos que había en la mesa; dedicó a mademoiselle St Pierre un hermoso cumplido por la superioridad de su ramo; y terminó anunciando que el primer día verdaderamente templado y agradable de la primavera llevaría a toda la clase a desayunar en el campo.

—A aquellas personas, al menos —añadió con énfasis—, que pueda contar entre mis amistades.

—Donc je n'y serai pas —exclamé, involuntariamente.

—Soit! —fue su respuesta.

Y, cogiendo las flores en sus brazos, salió como un rayo del aula; mientras yo, después de guardar mi labor, las tijeras, el dedal y la cajita abandonada dentro del pupitre, subí a mi dormitorio. No sé si él estaba furioso y contrariado, pero, desde luego, yo lo estaba.

Sin embargo, se trató de un enfado extrañamente fugaz; no llevaba ni una hora sentada en el borde de la cama, recordando una y otra vez su cara, su actitud y sus palabras, y ya me reía de toda la escena. Me dolió un poco no haberle regalado la cajita. Había deseado complacerle. El destino no lo quiso.

En el transcurso de la tarde, consciente de que los pupitres de la rue Fossette no eran ni mucho menos un escondite seguro, y pensando que debía poner a buen recaudo la cajita, debido a las iniciales de la tapa, P.C.D.E., por Paul Carl (o Carlos) David Emanuel —su nombre completo, esos extranjeros deben llevar siempre una retahíla de nombres de pila—, bajé a la clase.

Parecía dormir el sosiego de las vacaciones. Las externas estaban en sus casas; las internas, de paseo; las profesoras, excepto la surveillante de aquella semana, de visita o de compras. Las aulas estaban vacías; y también la grande salle, con su enorme y majestuoso globo colgando en el centro, sus dos arañas de múltiples brazos, y su gran piano de cola, silencioso, cerrado, disfrutando de aquel Sabbat en medio de la semana. Me extrañó un poco encontrar entreabierta la puerta de la primera classe; solía estar cerrada cuando no había nadie, y sólo podíamos acceder a ella madame Beck y yo, que tenía una copia de la llave. Aún me extrañó más, al acercarme, oír ciertos movimientos: un paso, el ruido de una silla, el sonido de alguien abriendo un pupitre.

«Tan sólo es madame Beck haciendo su inspección», decidí, tras reflexionar un poco.

La puerta entornada me dio la oportunidad de asegurarme. Miré. Y ¿qué vi? No el atuendo de inspectora de madame Beck —su chal y su gorro impecable— sino el abrigo, y la cabeza de cabellos cortos y oscuros de un hombre. Aquel individuo ocupaba mi silla; su mano aceitunada sujetaba la tapa del pupitre, su nariz estaba escondida entre mis papeles. Se hallaba de espaldas a mí, pero su identidad no era ningún misterio. Se había quitado el traje de ceremonia, y volvía a llevar su querido paletôt con manchas de tinta; el perverso bonnet-grec yacía en el suelo, como si acabara de caérsele de aquella mano tan culpablemente atareada.

Ahora tenía la certeza, y hacía mucho tiempo que lo sabía, de que la mano de monsieur Emanuel estaba muy familiarizada con mi pupitre; que subía y bajaba la tapa, revolvía y ordenaba su contenido casi con la misma libertad que yo. No existían dudas al respecto, ni monsieur pretendía que las hubiera: dejaba huellas palpables e inequívocas en cada visita; hasta entonces, sin embargo, jamás le había cogido con las manos en la masa: a pesar de mi vigilancia, había sido incapaz de descubrir los momentos y las horas de sus visitas. Parecía cosa de duendes: dejaba los ejercicios llenos de faltas por la noche, y los encontraba cuidadosamente corregidos al día siguiente; yo me beneficiaba de los caprichos de su buena voluntad, y acogía con agrado sus préstamos. Entre un diccionario amarillento y una vieja gramática aparecía como por arte de magia una obra nueva de lo más interesante, o un clásico, dulce y apacible en su madurez. De mi costurero asomaba alegremente una novela, bajo ella acechaba el pequeño tratado, la revista, de donde se había sacado la lectura de la víspera. Era imposible dudar de qué fuente manaban aquellos tesoros: de no haber existido otra evidencia, una huella traicionera —común a todos— zanjaba la cuestión: olían a tabaco. Esto era horrible, desde luego: así lo creía al principio, y solía abrir la ventana con cierto revuelo para airear mi pupitre, y sostenía meticulosamente con el índice y el pulgar los pecaminosos volúmenes para que la brisa los purificara. Me curé súbitamente

de esa formalidad. Monsieur Paul me sorprendió in fraganti, comprendió el motivo, liberó al momento mi mano de su carga, y, seguidamente, se dispuso a arrojar ésta a la estufa. Dio la casualidad de que era un libro que estaba leyendo con gran interés; así que, por una vez, me mostré tan rápida y decidida como él, recuperé el botín y, después de salvar ese volumen, nunca volví a poner otro en peligro. Con todo, había sido incapaz de descubrir al extraño y amistoso fantasma que tanto amaba los cigarros.

Pero, por fin, lo tenía ante mí: allí estaba, el mismísimo duende; y, saliendo en espirales de sus labios, el humo azul pálido de su querido tabaco indio: monsieur Paul fumaba en mi pupitre, ¡cómo no iba a traicionarse! Enojada por ese detalle y, sin embargo, contenta de sorprenderlo —más que contenta, con los sentimientos encontrados de un ama de casa que descubre finalmente a su extraño y diminuto aliado haciendo manteca en la lechería antes de tiempo—, me coloqué sigilosamente tras él, e incliné con precaución el cuerpo hacia delante.

Mi corazón se conmovió al ver que —después de la hostilidad de la mañana, después de mi aparente negligencia, después de haber herido sus sentimientos y de haberle hecho perder los estribos— monsieur Paul, dispuesto a perdonar y olvidar, me había traído dos hermosos volúmenes, cuyos títulos y autores garantizaban su interés. Inclinado sobre mi pupitre, revolvía en su interior; pero con mano suave y cuidadosa: desordenando las cosas, pero sin estropear nada. Mi corazón se conmovió: cuando me incliné sobre él, sentado sin ser consciente de mi presencia, haciéndome todo el bien que podía, supongo que sin estar enojado conmigo, mi indignación de la mañana desapareció: no me disgustaba el profesor Emanuel.

Creo que me oyó respirar. Se volvió de repente: su temperamento era nervioso, pero jamás se sobresaltaba, y rara vez se sonrojaba o palidecía; había cierta fortaleza en su persona.

—Pensé que se había marchado a la ciudad con las demás profesoras —exclamó, intentando conservar un poco de serenidad a pesar de todo—. Da igual. ¿Acaso cree que me importa ser descubierto? En absoluto. Visito a menudo su pupitre.

—Lo sé, monsieur.

—De vez en cuando encuentra una pequeña revista o un libro; pero, como han pasado bajo estos efluvios —añadió, señalando su cigarro—, usted no los lee, ¿verdad?

—Es cierto que lo han hecho, y no creo que mejoren con ello, pero claro que los leo.

—¿Sin disfrutar?

—No debo contradecir a monsieur.

—¿Le gustan todos, o alguno de ellos? ¿Le parecen apropiados?

—Monsieur me ha visto leerlos cientos de veces, y sabe que no tengo tantas distracciones como para subestimar las que él me ofrece.

—Mis intenciones son buenas; y, si usted lo sabe y mis esfuerzos le proporcionan un poco de entretenimiento, ¿por qué no podemos ser amigos?

—Un fatalista diría... porque no podemos.

—Esta mañana —prosiguió—, me he despertado de un humor excelente y he entrado feliz en clase; usted me ha estropeado el día.

—No, monsieur, sólo una hora o dos, e involuntariamente.

—¿Involuntariamente? No. Era el día de mi fête; todo el mundo me ha felicitado excepto usted. Las pequeñas del tercer curso me han regalado un ramillete de violetas cada una, y no ha habido ninguna que no ceceara alguna palabra de cortesía: y usted... nada. Ni un capullo, ni una hoja, ni un susurro... ni una mirada. ¿Le parece eso involuntario?

—No pretendía hacerle daño.

—Entonces ¿de veras no conocía nuestra costumbre? ¿La cogió por sorpresa? De haber sabido lo que se esperaba, ¿habría gastado unos pocos céntimos en una flor para complacerme? Dígamelo; todo caerá en el olvido, y mi dolor se calmará.

—Sí sabía lo que se esperaba, monsieur: no me cogió por sorpresa; pero no gasté ni un céntimo en flores.

—Está bien... mejor que sea sincera. Creo que la habría odiado si me hubiera contestado con halagos y mentiras. Prefiero que diga de una vez: «Paul Carl Emanuel, je te déteste, mon garçon!», a que sonría con interés, me mire con afecto, y en el fondo de su corazón no haya más que frialdad y mentira. No me parece usted una persona fría y mentirosa, pero creo que ha cometido un gran error en la vida: pienso que su criterio no es ecuánime, que es usted indiferente cuando debería ser agradecida, y tal vez ardiente y caprichosa cuando debería ser tan fría como su apellido. No suponga que deseo despertar en usted una gran pasión, mademoiselle; Dieu vous en garde! ¿Por qué se sobresalta? ¿Porque he dicho pasión? Pues vuelvo a decirlo. Existe esa palabra, y también lo que expresa... aunque no entre estas paredes, ¡gracias a Dios! No es usted una niña a la que no deba mencionarse lo que existe; pero sólo he pronunciado la palabra... lo que expresa, se lo aseguro, es algo muy ajeno a mi vida y a mis planes. Murió en el pasado... en el presente está enterrado... su sepultura es profunda, y ha visto pasar muchos inviernos: en el futuro habrá una resurrección, tal como creo para consuelo de mi alma;

pero todo será diferente... la forma y el sentimiento: los seres mortales ganarán la inmortalidad... y se elevarán, no hacia la tierra sino hacia el cielo. Lo único que le digo, señorita Lucy Snowe, es que debería ser amable con el profesor Paul Emanuel.

No podía contradecir semejante sentimiento, y no lo hice.

—Dígame cuándo es su fête —prosiguió—, y no escatimaré unos céntimos para hacerle un pequeño regalo.

—Hará lo mismo que yo: esto me ha costado más de unos céntimos, y no he escatimado su precio.

Y, sacando la cajita del pupitre, se la puse en la mano.

—La tenía preparada en mi regazo esta mañana —continué—; y, si monsieur hubiera sido algo más paciente, y mademoiselle St Pierre menos entrometida —tal vez debería decir también, si yo hubiera sido más fría y sensata—, se la habría entregado.

Monsieur Paul miró la cajita: comprendí que su color, claro y muy cálido, y la brillante guirnalda azul eran de su agrado. Le pedí que la abriera.

—¡Mis iniciales! —exclamó, señalando las letras en la tapa—. ¿Quién le dijo que me llamaba Carl David?

—Un pajarito, monsieur.

—¿Puede volar desde mí hasta usted? Entonces se le podría atar un mensaje bajo el ala siempre que fuera necesario.

Sacó la leontina, cuyo valor era insignificante, pero su seda brillaba y sus cuentas resplandecían. También le gustó, y la admiró ingenuamente, como un niño.

—¿Es para mí?

—Sí, para usted.

—¿Es lo que estaba haciendo ayer por la noche?

—En efecto.

—¿Lo ha terminado esta mañana?

—Así es.

—¿Lo empezó con el propósito de que fuera mío?

—Por supuesto.

—¿Para regalármelo el día de mi fête?

—Sí.

—¿Y siguió teniendo esa intención mientras lo hacía?

Asentí de nuevo.

—Entonces ¿no es necesario que le corte un trozo... diciendo que esa parte no me pertenece, pues fue trenzada para que la luciera otra persona?

—De ningún modo. No es necesario, y tampoco sería justo.

—¿Este objeto es todo mío?

—Enteramente suyo.

Monsieur Paul abrió en seguida su paletôt, y se colocó con gracia la leontina en el pecho, allí donde resultaba más visible: pues no sabía ocultar lo que admiraba y consideraba decorativo. En cuanto a la cajita, declaró que era una magnífica bonbonnière —le encantaban los dulces, dicho sea de paso— y, como siempre le gustaba compartir las cosas que le agradaban, repartía sus dragées con la misma generosidad con que prestaba sus libros. Entre los obsequios que el bondadoso duende dejaba en mi pupitre, he olvidado mencionar los bombones de chocolate. Sus gustos en esas cuestiones eran muy meridionales y, a nuestros ojos, infantiles. Su sencillo almuerzo consistía a menudo en un brioche que, la mitad de las veces, compartía con una de las pequeñas del tercer curso.

—À présent c'est un fait accompli —exclamó, poniéndose bien el paletôt; y el asunto quedó zanjado.

Después de inspeccionar los dos libros que había traído, y de recortar varias páginas con su navaja (generalmente los podaba antes de prestarlos, sobre todo si eran novelas, y algunas veces me molestaba la severidad de su censura, pues los cortes interrumpían el relato), se puso en pie, rozó educadamente con la mano el bonnet-grec, y se despidió con la mayor cortesía.

«Ahora somos amigos —pensé—, hasta la próxima vez que discutamos».

Podríamos haber discutido aquella misma tarde, pero ¡por asombroso que resulte!, desperdiciamos la oportunidad.

Contra todo pronóstico, monsieur Paul regresó a la hora del estudio. Había estado tanto tiempo con nosotras por la mañana que nadie esperaba que volviera a última hora. No acabábamos de sentarnos en el refectorio, sin embargo, y apareció. Reconozco que me alegré de verlo, hasta tal punto que lo recibí con una sonrisa; y, cuando se dirigió al mismo lugar que había propiciado antes un grave malentendido entre nosotros, tuve cuidado de no dejarle demasiado espacio; él lanzó una mirada celosa, de soslayo, para ver si yo le rehuía, pero no lo hice, aunque el banco no estaba muy lleno. Estaba perdiendo mi antiguo impulso de esquivar a monsieur Paul. Acostumbrada al

paletôt y al bonnet-grec, la cercanía de esas prendas había dejado de parecerme incómoda o temible. Ya no me sentía cohibida, asphyxiée (como decía él), a su lado; me movía cuando tenía ganas de moverme, tosía cuando era necesario, incluso bostezaba cuando estaba cansada: hacía, en pocas palabras, lo que deseaba, confiando ciegamente en su indulgencia. Mi temeridad tampoco encontró, al menos aquella noche, el castigo que tal vez merecía; monsieur Paul se mostró bondadoso e indulgente; no salió una mirada iracunda de sus ojos, ni una palabra colérica de sus labios. No se dirigió a mí hasta el final de la velada, pero yo sentía, de algún modo, que rebosaba cordialidad. Hay muchas clases de silencio, y sus significados son muy diferentes; ninguna palabra podía inspirarme tanta alegría como la presencia callada de monsieur Paul. Cuando trajeron la bandeja y empezó el ajeteo de la cena, se limitó a decirme, al retirarse, que me deseaba buenas noches y unos sueños muy felices; y pasé una buena noche y mis sueños fueron muy felices.

Capítulo XXX

Monsieur Paul

No obstante, aconsejo al lector que no se apresure a sacar conclusiones, o a suponer con impetuosa generosidad que, a partir de ese día, monsieur Paul se convirtió en una persona diferente, con la que fuera fácil convivir, y que hubiera dejado de sembrar el temor y la inquietud a su alrededor.

No; era por naturaleza un hombrecillo muy poco razonable. Cuando tenía demasiado trabajo, lo que ocurría con frecuencia, se volvía sumamente irritable; y, además, sus venas estaban oscurecidas con una tintura púrpura de belladona, la esencia de los celos. No me refiero sólo a los tiernos celos del corazón, sino a ese sentimiento más rígido e intolerante que se alberga en la cabeza.

Cuando observaba a monsieur Paul, con el ceño fruncido o sacando el labio inferior, mientras corregía algún ejercicio mío donde no encontraba tantas faltas como él deseaba (pues le gustaba que yo me equivocara: un puñado de errores le sabía tan dulce como un racimo de uvas), yo a veces pensaba que tenía algunos puntos en común con Napoleón Bonaparte.

En su cínico desprecio de la magnanimidad, se parecía al gran Emperador. Monsieur Paul habría discutido con veinte mujeres instruidas, habría mantenido sin rubor un sistema de mezquinas discusiones y reproches con todo un capital de coteries, haciendo caso omiso de la pérdida o la falta de

dignidad. Habría desterrado a cincuenta madames de Staël si le hubieran molestado, ofendido, superado, o se hubieran enfrentado a él.

Recuerdo bien un acalorado incidente que protagonizaron él y cierta madame Panache, una señora contratada temporalmente por madame Beck para dar lecciones de historia. Era una mujer inteligente, es decir, sabía mucho; y, además, tenía el arte de sacar el máximo provecho de sus conocimientos; su dominio de las palabras y su confianza en sí misma eran ilimitados. No podía decirse que su físico careciera de encantos; supongo que a mucha gente le habría parecido «hermosa» y, sin embargo, había algo en sus sólidos y abundantes atractivos, así como en su presencia alegre y efusiva, que el gusto caprichoso y refinado de monsieur Paul no podía soportar. Su voz, resonando en el carré, ejercía una extraña influencia sobre él; su paso largo y desenvuelto (casi una zancada) en el pasillo solía empujarle a recoger sus papeles y esfumarse.

Cierto día, monsieur Paul decidió entrar en su clase con muy malas intenciones; rápido como el viento, captó su método de enseñanza, que no podía ser más distinto del suyo. Con muy poca ceremonia, y menor cortesía, le señaló lo que consideraba sus errores. No sé si esperaba sumisión e interés; lo que encontró fue una agria oposición, acompañada de una fuerte reprimenda por su ciertamente lamentable intromisión.

En lugar de marcharse con dignidad, como podría haber hecho aún, arrojó el guante del desafío. Madame Panache, belicosa como una Pentesilea, lo recogió en seguida. Dejó la marca de sus dedos en el rostro del entrometido, y vertió sobre él un torrente de palabras. Monsieur Emanuel era elocuente; pero madame Panache era locuaz. De ahí surgió un feroz antagonismo. En lugar de reírse de su hermosa enemiga, de su exagerado amour propre, y de su fuerte presunción, monsieur Paul la detestó con inusitada intensidad; la honró con su furia desenfrenada; la persiguió rencorosa e implacablemente, negándose a descansar tranquilo en su lecho, a sacar el debido provecho de sus comidas, o incluso a disfrutar de su cigarro, hasta que ella fuera expulsada del establecimiento. El profesor se salió con la suya, pero no puedo decir que los laureles de la victoria ensombrecieran graciosamente sus sienes. Una vez me aventuré a insinuárselo. Con gran sorpresa mía, reconoció que podía tener razón, pero aseguró que, cuando trataba con hombres o mujeres tan vulgares y pagados de sí mismos como madame Panache, era incapaz de dominar sus pasiones; un odio desenfrenado lo empujaba a una guerra de exterminio.

Tres meses después, al enterarse de que su antigua enemiga pasaba dificultades, y se encontraba prácticamente en la penuria por falta de trabajo, olvidó su aversión y, tan diligente en el bien como en el mal, removiò el cielo y la tierra hasta encontrarle un empleo. Cuando madame Panache fue a hacer las paces con él, y a agradecerle su amabilidad, la vieja voz —algo más fuerte

—, la vieja actitud —algo más desenfadada—, ejercieron tal efecto sobre él que a los diez minutos se puso en pie y se fue del cuarto presa de la irritación.

Para establecer un audaz paralelismo, en su amor al poder, en su impaciencia por alzarse con la supremacía, monsieur Paul Emanuel se parecía a Bonaparte. Uno no debía someterse siempre a él. A veces era necesario oponer resistencia; convenía quedarse quieto, mirarle a los ojos y decirle que sus exigencias eran absurdas, que su absolutismo rayaba en la tiranía.

Los albores, las primeras señales de un talento peculiar, dentro de su círculo y bajo su dominio, curiosamente le excitaban, incluso le molestaban. Contemplaba con el ceño fruncido su lucha por cobrar vida; apartaba la mano, tal vez decía: «Adelante si tienes fuerzas», pero no ayudaba a su nacimiento.

Cuando el dolor y el peligro del primer obstáculo terminaban, cuando el aliento de la vida triunfaba, cuando veía que los pulmones se contraían y dilataban, cuando oía los latidos del corazón y descubría el soplo vital en la mirada, continuaba aún sin ofrecer amparo.

—Demuestra tu nobleza y lealtad antes de obtener mi protección —decretaba.

Y ¡era tan arduo superar aquella prueba! ¡Cuántas espinas y zarzas esparcía en el camino para unos pies no habituados a tan accidentado viaje! Él observaba sin lágrimas las dificultades que exigía atravesar... sin miedo. Seguía las huellas que, al acercarse al arroyo, eran a veces sanguinolentas; y las seguía inexorable, ejerciendo la más severa vigilancia sobre el peregrino atenazado por el dolor. Y cuando finalmente le permitía descansar, antes de que el sueño cerrara sus párpados, le abría los ojos con dedos implacables y, a través de sus pupilas y su iris, le miraba el fondo del cerebro y del corazón, a fin de averiguar si la Vanidad, el Orgullo o la Falsedad, en alguna de sus formas más sutiles, anidaban en los lugares más recónditos de su alma. Cuando por fin dejaba que el neófito durmiera, tan sólo era por unos instantes; le despertaba bruscamente para someterle a nuevas pruebas; le mandaba fastidiosos recados cuando se caía de cansancio; ponía a prueba su temple, salud y buen juicio; y únicamente cuando se superaban aquellas terribles pruebas, y había empleado el aguafuerte más corrosivo sin lograr deslustrar el valioso mineral, monsieur Paul admitía su autenticidad y, todavía con velado silencio, estampaba la profunda huella de su aprobación.

Y hablo de esto con conocimiento de causa.

Hasta el día en que concluye el capítulo anterior, monsieur Paul no había sido profesor mío, no me había impartido lecciones; pero, por aquella época, y de manera fortuita, me oyó reconocer una ignorancia en cierta rama de la educación (creo que era aritmética) que habría avergonzado incluso a un

alumno de una escuela de beneficencia —como observó él con toda justicia—, y decidió tutelarme; primero me examinó y, al ver lo deficiente que era en la materia, sobra decirlo, me dio varios libros y me mandó algunas tareas.

Al principio lo hizo con placer, sin disimular su júbilo, dignándose decir que me creía *bonne et pas trop faible* (es decir, bien dispuesta y con algunas cualidades), pero, debido a circunstancias adversas, según suponía, continuaba aún «en un estado de desarrollo intelectual de lo más imperfecto».

El inicio de cualquier esfuerzo ha ido siempre acompañado en mi caso de una imbecilidad preternatural. Jamás he podido, ni siquiera al adquirir los conocimientos más elementales, reivindicar o demostrar una rapidez normal. Un paso difícil y deprimente ha sido el prefacio de cada nueva página que he vuelto en la vida.

Mientras duró ese paso, *monsieur Paul* fue muy amable, muy bondadoso, muy paciente; percibió el agudo dolor infligido, y sintió el peso de la humillación impuesto por mi propia incapacidad; y casi no hay palabras que hagan justicia a su ternura y gentileza. Sus ojos se humedecían cuando las lágrimas de vergüenza y esfuerzo nublaban los míos; a pesar de estar cargado de trabajo, robaba la mitad de su breve tiempo libre para dármele a mí.

Pero ¡extraño dolor!, cuando aquella pesada y brumosa aurora empezó por fin a dar paso al día; cuando mis facultades comenzaron a luchar por sí mismas, y me sentí fuerte y realizada; cuando voluntariamente doblé, tripliqué, cuadruplicé las tareas que él me adjudicaba, convencida de que así le complacía, su gentileza se convirtió en severidad; en lugar de un rayo de luz, sus ojos despidieron chispas; y se irritó, se enfrentó a mí, me obligó a someterme. Cuanto más hacía, cuanto más duramente trabajaba, menos satisfecho se mostraba. Atormentó mis oídos con unos sarcasmos cuya dureza me llenó de asombro y perplejidad; y luego brotaron de sus labios las más amargas indirectas contra «el orgullo del intelecto». Me amenazó vagamente con no se qué fatalidad si alguna vez traspasaba los límites que convenían a mi sexo y concebía un apetito clandestino por los conocimientos poco femeninos. ¡Ay! Yo no tenía semejante apetito. Lo que me gustaba, no quería ahorrar esfuerzos para dominarlo; pero la noble sed de ciencia en abstracto —el anhelo divino que sigue al descubrimiento— era un sentimiento del que sólo conocía algunos breves destellos.

Sin embargo, cuando oía las burlas de *monsieur Paul*, ansiaba que ese apetito me dominara; su injusticia despertaba en mí ambiciosos deseos: constituía un poderoso estímulo, daba alas a la aspiración.

Al principio, antes de que comprendiera el motivo, sus inexplicables burlas me apenaban sobremanera, pero luego sólo calentaban la sangre en mis venas, y aceleraban los latidos de mi corazón. Fueran cuales fueran mis capacidades

—femeninas o todo lo contrario—, me las había dado Dios, y estaba decidida a no avergonzarme de ninguna facultad que me hubiera conferido Él.

El combate fue encarnizado durante algún tiempo. Yo parecía haber perdido el afecto de monsieur Paul; me trataba de un modo extraño. En sus momentos de mayor injusticia, insinuaba que yo le había engañado aparentando ser lo que él llamaba faible —es decir, incompetente—; decía que yo había fingido una falsa ineptitud. De nuevo, se daba bruscamente la vuelta y me acusaba de las imitaciones más retorcidas y de los plagios más increíbles, afirmando que yo había extraído la esencia de unos libros de los que nunca había oído hablar, y cuya lectura me habría hecho caer inexorablemente en un sueño tan profundo como el de Eutico.

En cierta ocasión, al oírle proferir esa acusación, me sublevé... me alcé contra él. Sacando sus libros de mi pupitre, llené mi delantal con ellos y los amontoné en el estrado, a sus pies.

—Lléveselos, monsieur Paul —exclamé—, y no vuelva a darme lecciones. Nunca le he pedido que me enseñara, y usted me hace sentir muy profundamente que el saber no es la felicidad.

Regresando a mi mesa, apoyé la cabeza en los brazos, y estuve dos días sin hablarle. Él me disgustaba y entristecía. Su afecto había sido muy dulce y muy querido, un placer nuevo e incomparable: ahora que parecía haberlo retirado, sus lecciones me daban igual.

Los libros, sin embargo, no se los llevó; fueron devueltos cuidadosamente a su sitio, y él volvió como de costumbre a darme clase. No sé cómo hizo las paces conmigo... tal vez con demasiada facilidad; debería haberme resistido más, pero cuando se mostraba amable y bondadoso, y me tendía la mano con cordialidad, mi memoria se negaba a recordar con la debida intensidad sus momentos más despóticos. Y, además, ¡la reconciliación siempre es tan dulce!

Cierta mañana, recibí una invitación de mi madrina para asistir a una importante conferencia que iba a pronunciarse en el mismo edificio público antes descrito. El doctor John trajo en persona el mensaje, y se lo comunicó verbalmente a Rosine, quien no vaciló en seguir los pasos de monsieur Emanuel, que en aquellos momentos se dirigía al primer curso, y, en su presencia, se colocó carrément delante de mi pupitre, con las manos en el bolsillo del delantal, y me dio el recado, con descaro y en voz alta; sus últimas palabras fueron:

—Qu'il est vraiment beau, mademoiselle, ce jeune docteur! Quels yeux - quel regard! Tenez! J'en ai le coeur tout ému!

Cuando se marchó, el profesor me preguntó por qué toleraba que cette fille effrontée, cette créature sans pudeur, me hablara en ese tono.

No podía darle una respuesta conciliadora. Era el tono que Rosine —una joven dama en cuya mollera no estaban muy desarrollados los órganos del respeto y la prudencia— tenía la costumbre de emplear. Además, todo lo que había dicho sobre el joven doctor era verdad. Graham era guapo: tenía unos hermosos ojos y una mirada electrizante. Un comentario sobre eso escapó de mis labios:

—Elle ne dit que la vérité —dije.

—Ah! Vous trouvez?

—Mais, sans doute.

La lección de aquel día era tan árida que todas nos alegramos cuando llegó a su fin. Al terminar, las alumnas se apresuraron a marcharse, medio temblorosas, medio exultantes. Yo también me disponía a salir. Una orden de quedarme me detuvo. Murmuré que necesitaba un poco de aire fresco... la estufa estaba al rojo vivo, el ambiente de la clase era asfixiante. Una voz inexorable me aconsejó que guardara silencio; y aquella salamandra (a la que ninguna habitación parecía demasiado calurosa), sentada entre mi pupitre y la estufa (un lugar en el que debería haberse achicharrado, pero no lo hizo), procedió a enfrentarme con... ¡una cita en griego!

A monsieur Paul le carcomía la terrible sospecha de que yo sabía griego y latín. De igual modo que, según dicen, los monos poseen la capacidad de hablar, pero lo ocultan porque temen que eso les perjudique, a mí se me atribuía un cúmulo de conocimientos que, vergonzosa y astutamente, escondía. El profesor insinuaba que yo había disfrutado de los privilegios de una educación «clásica», y me había deleitado con las flores del Himeto; un depósito dorado, almacenado en la colmena de la memoria, sustentaba ahora silenciosamente mis esfuerzos y alimentaba mi ingenio en privado.

Monsieur Paul empleó toda clase de artimañas para descubrir mi secreto: adularme, amenazarme, intentar sonsacarme. Algunas veces dejaba libros en latín y griego en mi camino, y luego me vigilaba, del mismo modo que los guardianes de Juana de Arco la tentaron con el traje de guerrero, y luego se quedaron al acecho. De nuevo aludía a no sé qué autores y fragmentos y, mientras recitaba sus dulces y sonoros versos (las notas clásicas salían melodiosamente de sus labios, pues tenía una hermosa voz, notable por su ritmo, modulación y expresión incomparable), clavaba en mí una mirada escrutadora, penetrante y a menudo maliciosa. Era ostensible que a veces esperaba grandes demostraciones por mi parte; sin embargo, nunca se producían; al no comprender nada, sus palabras no podían cautivar-me o disgustarme.

Sorprendido... casi enfadado, seguía aferrándose a su idea; mi

susceptibilidad fue declarada de mármol, mi rostro una máscara. Parecía incapaz de aceptar la cruda realidad, y tomarme por lo que era: los hombres, y las mujeres también, deben tener falsas ilusiones; si no las encuentran a mano, sus invenciones serán exageradas.

En algunos momentos habría deseado que sus sospechas estuvieran mejor fundadas. A veces, habría dado mi mano derecha por poseer los tesoros que él me atribuía. Merecía ser castigado por sus irritantes estratagemas. Habría podido regodearme haciendo realidad sus peores temores. Y habría podido disfrutar destrozando su imagen, haciendo frente y derrotando a sus lunettes, una muestra de mis conocimientos. ¡Oh! ¿Por qué nadie se preocupó de hacerme más inteligente mientras era lo bastante joven para aprender? Así habría podido aplastar para siempre —con una grande, súbita e inhumana revelación, con una victoria fría, cruel, arrolladora— el espíritu burlón de Paul Carl David Emanuel.

¡Ay! Semejante hazaña no estaba en mi poder. Aquel día, como era habitual, sus citas resultaron inútiles: no tardó en cambiar de asunto.

«Las mujeres intelectuales» fue su siguiente tema: en él se encontraba a sus anchas. Una «mujer intelectual», al parecer, era una especie de *lusus naturae*, un accidente desafortunado, algo para lo que no existía lugar ni cometido en la creación, y que nadie quería como esposa o empleada. La belleza le llevaba la delantera en esa primera ocupación. Estaba convencido de que la encantadora, apacible y pasiva mediocridad femenina era la única almohada en la que el pensamiento y el buen juicio masculinos podían encontrar descanso para sus sienes doloridas; en cuanto al trabajo, sólo una cabeza viril podía hacerlo con buenos resultados, ¿no?

Aquel «¿no?» pretendió arrancarme alguna réplica u objeción. Sin embargo, me limité a decir:

—Cela ne me regarde pas: je ne m'en soucie pas —y añadí—: ¿Puedo irme, monsieur? Ha sonado la campanilla del segundo *déjeuner* (es decir, almuerzo).

—Y eso ¿qué importa? ¿Acaso tiene hambre?

—Claro que sí —contesté—; no he comido nada desde el desayuno, a las siete, y, si no voy ahora, no tomaré nada hasta las cinco.

Bueno, monsieur Paul estaba en la misma situación, pero podía compartir con él su refrigerio.

Y partió el brioche, que constituía todo su almuerzo, y me dio la mitad. Verdaderamente, su ladrido era peor que su mordisco; pero el ataque más feroz todavía no se había producido. Mientras tomaba el bollo, no pude evitar

contarle mi deseo secreto de conocer realmente todo lo que él aseguraba que conocía.

—¿De veras se considera una ignorante? —preguntó, en un tono más suave.

Si hubiera respondido dócilmente que sí, supongo que me habría tendido la mano y habríamos hecho las paces allí mismo, pero yo repliqué:

—No exactamente. Soy ignorante, monsieur, en los conocimientos que usted me atribuye, pero algunas veces, no siempre, creo saber algunas cosas.

—¿Qué quiere decir? —inquirió, bruscamente.

Incapaz de contestarle con rapidez, cambié de tema para eludir su pregunta. Él acababa de terminar su medio brioche: convencida de que con aquella insignificante ración no podía haber saciado su apetito, pues yo no había aplacado el mío, y aspirando la fragancia de las manzanas asadas que llegaba del refectorio, me aventuré a preguntarle si no percibía aquel delicioso olor. Me confesó que sí. Le dije que si me permitía salir al jardín, y atravesar el patio corriendo, le traería un plato; y añadí que pensaba que serían excelentes, pues Goton sabía preparar muy bien la fruta, añadiéndole algunas especias, azúcar y uno o dos vasos de vin blanc... ¿Podía ir?

—Petite gourmande! —exclamó, sonriendo—. Recuerdo cuánto le gustó el *pâte à la crème* que le di en una ocasión, y sabe muy bien que, en estos momentos, ir a buscar unas manzanas para mí significa coger alguna para usted. Vaya, pues, pero vuelva en seguida.

Y, por fin, me dejó en libertad condicional. Mi plan era ir y volver rápidamente y de buena fe, dejar el plato en la puerta y desaparecer corriendo; ya arreglaría más tarde las consecuencias de mi acción.

Aquel profundo y sagaz instinto suyo pareció adivinar mis intenciones; el profesor salió a mi encuentro en el umbral, me metió precipitadamente en el aula y, unos instantes después, estaba sentada en la silla de antes. Quitándome la fruta de las manos, repartió entre los dos la ración destinada sólo para él, y me ordenó que comiera mi parte. Accedí a regañadientes y él, irritado, supongo, por mi renuencia, abrió fuego con una traicionera y peligrosa batería. Cuanto había dicho antes, podía considerarlo simple alboroto, no significaba nada: no ocurría lo mismo con el presente ataque.

Consistía en una propuesta nada razonable que ya me había formulado con anterioridad: a saber, que en el próximo examen público, a pesar de ser extranjera, me uniera a las alumnas del primer curso, e improvisara una redacción en francés sobre cualquier tema que dictara un espectador, sin la ayuda de lexicón o gramática.

Yo sabía cuál sería el resultado de ese experimento. Yo, a quien la naturaleza había negado la capacidad de improvisar; y que, en público, era insignificante; cuya actividad mental, ni siquiera a solas, se hallaba bajo el sol del mediodía; que necesitaba el fresco silencio de la mañana, o la paz solitaria del atardecer, para ganar del Impulso Creativo un testimonio de su presencia, una prueba de su fuerza. Yo, con quien ese Impulso era el más obstinado, el más caprichoso, el más exasperante de los amos (excepto cuando estaba ante mí)... una deidad que, en ocasiones, en circunstancias aparentemente propicias, no respondía a las preguntas, ni oía las súplicas, ni dejaba que le encontrara; sino que continuaba frío, insensible, granítico, un oscuro Baal con labios esculpidos, globos oculares en blanco, y torso como una lápida sepulcral. Y, de pronto, algún movimiento, algún sonido, algún gemido tembloroso del viento, o el paso impetuoso de alguna corriente invisible de electricidad, despertaba aquel demonio irracional, que saltaba de su pedestal, como un Dagon perturbado, exigiendo a sus devotos un sacrificio, a cualquier hora... y a sus víctimas un poco de sangre o de aliento, fueran cuales fueran las circunstancias o la escena..., despertando a su sacerdote con prometedores y engañosos vaticinios, tal vez llenando su templo con un extraño murmullo de oráculos, pero seguro de conceder la mitad de su relevancia a los fatídicos vientos, y escatimando al oyente desesperado incluso un resto miserable... cediéndolo sórdidamente, como si cada palabra fuera una gota de la sangre inmortal de sus oscuras venas. ¡Y yo debía someter a aquel tirano, y hacerle improvisar un tema subida en un estrado, entre una Mathilde y una Coralie, ante la mirada de madame Beck, para regocijo e inspiración de un burgués de Labassecour!

Sobre este asunto, monsieur Paul y yo entablamos más de una batalla... una dura batalla, en la que se oía el fragor de la exigencia y el rechazo, la exacción y la repulsa.

Aquel día en especial, me regañó severamente. La obstinación de todo mi sexo, al parecer, estaba concentrada en mí; tenía un orgueil de diable. ¿De veras temía fracasar? ¿Qué más daba si lo hacía? ¿Quién era para no poder fracasar como otros mejores que yo? Fracasar sería bueno para mí. Deseaba verme derrotada (sé que era cierto), y se detuvo unos instantes para recobrar el aliento.

¿Quería hablar ahora y mostrarme razonable?

—Jamás me mostraré razonable en este asunto. Ni siquiera la ley podría obligarme. Pagaría una multa, o renunciaría a mi libertad, antes que escribir lo que otro me ordenase en público, subida en un estrado.

¿Podían influir en mí otros motivos más sutiles? ¿Cedería en nombre de la amistad?

—Ni un ápice, absolutamente nada. No hay amistad bajo el sol con derecho a arrancar semejante promesa. Ninguna amistad verdadera me hostigaría de este modo.

El profesor supuso entonces (con aquella expresión burlona que tan bien dominaba: torciendo el gesto, abriendo los orificios nasales, contrayendo los párpados) que yo sólo respondería a una apelación, una a la que él no estaba dispuesto a recurrir.

—Si se lo pidieran ciertas personas, de cierta parte de la ciudad, je vous vois d'ici —dijo—, aceptando con entusiasmo el sacrificio, preparándose enardecida para el esfuerzo.

—Haciendo el ridículo, poniéndome en evidencia ante ciento cincuenta «papás» y «mamás» de Villette.

Y, al decir esto, perdí la paciencia y grité que me liberase, que me dejara salir al aire libre; mi estado era casi febril.

—¡Bah! —respondió la voz inexorable.

Aquello era un simple pretexto para escaparme: él no estaba nada acalorado, y tenía la estufa detrás; ¿cómo iba a estarlo yo si su persona me tapaba el fuego?

Yo no comprendía su constitución. No sabía nada de la historia natural de las salamandras. En cuanto a mí, era una isleña flemática, y sentarme en un horno no me sentaba bien; si pudiera al menos acercarme al pozo y beber un vaso de agua... las manzanas dulces habían despertado mi sed.

Si eso era todo, él se encargaría de traérmelo.

Monsieur Paul se fue a buscar el agua. Por supuesto, como la puerta no estaba cerrada con llave, aproveché mi oportunidad. Antes de que regresara, su inquieta presa había escapado.

Capítulo XXXI

La dríade

La primavera avanzaba, y el tiempo se volvió súbitamente caluroso. Con el cambio de temperatura, mis fuerzas, y supongo que las de muchos otros, se vieron disminuidas. Cualquier esfuerzo me dejaba agotada; noches en vela iban seguidas de lánguidos días.

Un domingo por la tarde, después de caminar media legua para acudir a la

iglesia protestante, regresé maltrecha y agotada; y, refugiándome en la clase de primero, mi solitario santuario, me alegré de poder sentarme y de convertir mi mesa en una almohada para los brazos y la cabeza.

Durante un rato, escuché el arrullo de las abejas zumbando en el berceau; y contemplé, a través de la puerta acristalada y del tierno y poco frondoso follaje primaveral, a madame Beck y un animado grupo de amigos —a los que había invitado a almorzar después de misa—, paseando por el sendero central, bajo las ramas de los frutales en flor, de un colorido tan blanco y tan puro como la nieve de las montañas al amanecer.

Recuerdo que lo que más me interesaba de aquel grupo era una figura... la figura de una hermosa jovencita que ya había visto en casa de madame Beck, y que, según me habían dicho vagamente, era la filleule o ahijada de monsieur Emanuel; entre su madre, su tía o alguna otra mujer de la familia y el profesor existía desde hacía mucho tiempo una gran amistad. Monsieur Paul no estaba ese día entre los invitados, pero yo le había visto antes en compañía de la joven, y, a juzgar por lo que había observado desde lejos, ella parecía tratarle con la naturalidad de una pupila con un tutor indulgente. La había visto correr a su encuentro, tomarle del brazo y colgarse de él. Una vez que lo hizo, me invadió una extraña sensación... una desagradable sensación premonitoria... una especie de presentimiento, supongo; pero me negué a analizarlo o a pensar demasiado en él. Mientras contemplaba a la muchacha, que se llamaba mademoiselle Sauveur, y seguía los reflejos de su deslumbrante traje de seda (siempre vestía con elegancia, pues, según decían, era muy rica) entre las flores y las brillantes hojas verde esmeralda, mis ojos quedaron deslumbrados... y se cerraron; la lasitud, el calor, el zumbido de las abejas y el gorjeo de los pájaros, todo parecía arrullarme, y al final me quedé dormida.

Pasaron dos horas sin que yo me diera cuenta. Antes de despertarme, el sol se había ocultado tras los altos edificios, y el jardín y el aula se habían vuelto grises, las abejas habían regresado a sus colmenas, y las flores empezaban a cerrarse; el grupo de invitados también había desaparecido; todos los senderos estaban desiertos.

Al abrir los ojos, me sentí muy cómoda: no tenía frío, como hubiera sido lógico después de casi dos horas de inmovilidad; mi mejilla y mis brazos no estaban entumecidos por la dureza de la mesa. No era extraño. En vez de la madera desnuda donde los había apoyado, encontré un grueso chal cuidadosamente doblado, y otro chal (habían cogido ambos del pasillo, donde colgábamos esa clase de prendas) me envolvía cálidamente.

¿Quién había hecho aquello? ¿Quién era amiga mía? ¿Cuál de las profesoras? ¿Cuál de las alumnas? Ninguna, excepto Zélie St Pierre, se mostraba hostil conmigo; pero ¿cuál de ellas tenía el arte, el juicio, el hábito

de dispensar tanta ternura? ¿Cuál de ellas tenía el paso tan silencioso y la mano tan delicada que ni siquiera advertí su presencia cuando se acercó a mí para arroparme mientras dormitaba?

En cuanto a Ginevra Fanshawe, aquella joven y brillante criatura no era nada delicada y, si hubiera intervenido, estoy segura de que me habría hecho caer de la silla.

«Ha debido de ser madame Beck —me dije, finalmente—; ha entrado en el aula, me ha visto dormida y ha pensado que podía enfriarme. Para ella soy una máquina muy útil, que desempeña bien la función para la que fue contratada; no quiere que me deteriore innecesariamente. Y ahora daré un paseo —pensé—; el aire es fresco, pero no demasiado frío».

De modo que abrí la puerta acristalada y salí al berceau.

Me dirigí a l'allée défendue: si hubiera estado oscuro o a punto de anochecer, no me habría aventurado a ir, pues aún no había olvidado la curiosa ilusión óptica (si es que se trataba de una ilusión) experimentada unos meses antes en aquel mismo lugar. Pero un rayo del sol poniente bañaba todavía la cúpula gris de St Jean Baptiste; y no todos los pájaros del jardín se habían retirado a sus nidos entre los frondosos arbustos y la espesa hiedra del muro. Paseé arriba y abajo, dando vueltas a los mismos pensamientos que me habían acosado la noche en que enterré mi botella de cristal: cómo podría progresar en la vida, dar un nuevo paso hacia una posición independiente; pues esa clase de elucubraciones, aunque habían dejado de atormentarme, jamás habían desaparecido por completo de mi cabeza; y siempre que ciertos ojos se apartaban de mí, y que cierto rostro se oscurecía empujado por la crueldad o la injusticia, volvían a desatarse en mí esas conjeturas; así pues, poco a poco, había madurado un pequeño plan.

«La manutención y el alojamiento son baratos —pensaba yo— en una ciudad tan austera como Villette, donde la gente es más sensata, al parecer, que en mi vieja y querida Inglaterra —infinitamente menos preocupada por guardar las apariencias, y con menos afán de figurar—, y donde nadie se avergüenza lo más mínimo de ser todo lo sencillo y ahorrativo que cree conveniente. El alquiler de una vivienda, en un lugar cuidadosamente elegido, no tiene por qué ser muy elevado. Cuando tenga ahorrados mil francos, alquilaré una casa con una habitación espaciosa, y dos o tres más pequeñas; amueblaré la primera con bancos y pupitres, un tableau y un estrado para mí; y sobre éste pondré una silla y una mesa, un borrador y algunas tizas blancas; empezaré con alumnas externas, y así me abriré camino. Los comienzos de madame Beck, a menudo se lo he oído decir, no fueron más fáciles; y ¡mira dónde ha llegado! Todo este edificio y el jardín son suyos, comprados con su dinero; tiene un patrimonio que asegura su vejez, y dirige un floreciente

establecimiento que proporcionará una buena educación a sus hijas.

»¡Ánimo, Lucy Snowe! Si ahora te sacrificas y ahorras, y luego no escatimas esfuerzos, tendrás un objetivo en la vida. No oses quejarte de que ese objetivo es demasiado egoísta, demasiado limitado y carente de interés; alégrate de trabajar para conseguir la independencia hasta haber demostrado, al conseguir ese trofeo, tu derecho a desear algo mejor. Pero después, ¿no hay nada más para mí en la vida —un verdadero hogar—, nada que pueda querer más que a mí misma y que, por su exquisito valor, extraiga de mi interior cosas mejores que las que quiero cultivar? ¿Nada a cuyos pies pueda dejar gustosamente todo el peso del egoísmo humano, y aceptar con júbilo la noble carga de trabajar y vivir para otros? Supongo, Lucy Snowe, que la órbita de tu vida no será tan completa; para ti, debe bastar la fase creciente. Muy bien. Veo a una masa enorme de seres humanos cuyas condiciones no son mejores. Veo que un gran número de hombres, y más mujeres, pasan toda su vida entre renunciaciones y privaciones. No encuentro ningún motivo para ser uno de los pocos privilegiados. Creo en cierta combinación de esperanza y luz que dulcifica los peores destinos. Creo que esta vida no lo es todo; ni el principio ni el fin. Creo mientras tiemblo; confío mientras lloro».

Así que no hablaré más de este asunto. Conviene hacer sin miedo las cuentas de nuestra vida de vez en cuando, y saldarlas honradamente. Y no es más que un pobre estafador quien se miente al sumar o restar las partidas, y pone en el apartado de la felicidad lo que es sufrimiento. Llamad a la angustia, angustia; y a la desesperación, desesperación; escribid las dos palabras con letra grande y trazo firme: pagaréis mejor vuestra deuda con el Destino. Falsead la verdad; escribid «privilegio» donde deberíais haber puesto «dolor»; y ya veréis si vuestro poderoso acreedor tolera el engaño, o acepta la moneda con que pretendéis embaucarle. Si ofrecéis agua al más fuerte —aunque sea el ángel más oscuro de las huestes divinas— cuando os ha pedido sangre, ¿acaso la beberá? No cambiaría un mar entero por una gota escarlata. Dejé otra cuenta saldada.

Deteniéndome ante Matusalén —el gigantesco patriarca del jardín— y apoyando mi frente contra su nudoso tronco, mi pie descansó en la piedra que sellaba el pequeño sepulcro en sus raíces; y recordé el sentimiento que había enterrado allí. Recordé al doctor John; mi tierno cariño por él, mi fe en su excelencia; mi deleite ante su gentileza. ¿Qué había sido de aquella curiosa y desigual amistad, mitad mármol, mitad vida; para una de sus partes sincera... para la otra, tal vez, burla?

¿Había muerto aquel sentimiento? No lo sé, pero estaba enterrado. A veces la tumba parecía agitarse, y me perseguían extraños sueños de tierra removida, y de cabellos, dorados y aún vivos, asomándose por las rendijas del féretro.

«¿Me habré precipitado?», solía preguntarme.

Y esas palabras me atormentaban especialmente después de alguna entrevista fortuita con el doctor John. Seguía siendo tan guapo y tan amable; pronunciaba mi nombre de un modo tan encantador; nunca me gustaba tanto «Lucy» como cuando él lo decía. Pero, con el tiempo, aprendí que aquella benevolencia, aquella cordialidad, aquella música no me pertenecían en modo alguno: eran una parte de sí mismo, la miel de su carácter, el bálsamo de su afable humor; lo ofrecía como el fruto maduro premia con néctar a la abeja que roba; lo esparcía a su alrededor como las plantas despiden su dulce perfume. ¿Acaso la nectarina ama la abeja o el pájaro que alimenta? ¿Está la eglantina enamorada del aire?

«Buenas noches, doctor John; es usted bueno, es usted atractivo; pero no es mío. ¡Buenas noches, y que Dios le bendiga!»

Terminé así mis cavilaciones.

—Buenas noches —susurraron mis labios.

Me oí decir esas palabras, y luego respondió un eco... a escasa distancia.

—Buenas noches, mademoiselle; o, más bien, buenas tardes, el sol acaba de ponerse; espero que haya dormido bien...

Me sobresalté, pero mi agitación duró sólo unos instantes; conocía tanto la voz como a su dueño.

—¿Dormido, monsieur? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—No me extraña que pregunte cuándo y dónde. Parece que convierte usted el día en noche, y elige una mesa como almohada; resulta bastante dura, ¿no?

—Alguien la ablandó para mí, monsieur, mientras dormía. Ese duende invisible que ronda mi pupitre y lo llena de regalos se acordó de mí; al despertar, tenía una almohada debajo de la cabeza y estaba tapada.

—¿No tuvo frío con los chales?

—No tuve ningún frío. ¿Quiere que le dé las gracias?

—No. Estaba muy pálida mientras dormía; ¿echa de menos su hogar?

—Para echarlo de menos, es preciso tenerlo; yo no lo tengo.

—Entonces necesita mucho más de los cuidados de un amigo. Creo que no conozco a nadie, señorita Lucy, que necesite un amigo tanto como usted; sus imperfecciones lo requieren, de forma imperiosa. Es preciso controlarla, guiarla, dominarla.

Aquella idea de «dominación» nunca abandonaba el pensamiento de

monsieur Paul; aunque me hubiera mostrado sumamente dócil con él, no habría logrado quitársela de la cabeza. Qué más da; ¿qué sentido tenía? Le escuchaba, pero no me molestaba en ser demasiado sumisa; si yo no le hubiera dejado algo que «dominar», ¿qué habría hecho?

—Necesita que la vigilen, y que cuiden de usted —prosiguió—; tiene suerte de que yo sea consciente de ello, y haga cuanto está en mis manos por desempeñar ambos cometidos. La vigilo a usted y a otras personas muy de cerca, constantemente... a menor distancia y con más frecuencia de lo que usted o ellas imaginan. ¿Ve aquella ventana iluminada?

Señaló una celosía en el edificio donde se alojaban los alumnos del colegio vecino.

—Es un cuarto que he alquilado —dijo—, en teoría para estudiar, en la práctica como puesto de observación. Allí paso muchas horas leyendo: es mi forma de ser, me gusta. Mi libro es este jardín; su contenido es la naturaleza humana... la naturaleza femenina. Las conozco de memoria a todas ustedes. ¡Ah! Las conozco bien, a usted... a St Pierre, la parisina... a esa maîtresse-femme, mi prima Beck.

—Lo que hace no es correcto, monsieur.

—Comment? ¿Que no es correcto? ¿En virtud de qué credo? ¿Acaso lo condena algún dogma de Calvino o de Lutero? ¿Qué significa eso para mí? No soy protestante. Mi padre, un hombre adinerado (pues, aunque he conocido la pobreza y durante un año pasé hambre en una buhardilla de Roma —un hambre terrible, a menudo hacía una comida al día, y a veces ni siquiera eso —, nació en el seno de una familia rica), mi padre, repito, era un buen católico; y quiso que mi tutor fuera un sacerdote jesuita. Todavía recuerdo sus enseñanzas; y ¡qué descubrimientos he hecho gracias a ellas, grand Dieu!

—Si ha sido mediante el espionaje, me parece deshonroso.

—¡Puritana! No lo dudo. Sin embargo, mi método jesuítico funciona. ¿Conoce a mademoiselle St Pierre?

—Parcialmente.

Se rió.

—Dice bien: parcialmente; yo, en cambio, la conozco totalmente. Ésa es la diferencia. Conmigo se mostraba muy amable; me ofrecía una patte de velours; me cubría de halagos, me adulaba. Y la verdad es que soy muy sensible al halago femenino... incluso en contra de mi razón. Aunque nunca fue hermosa, cuando la conocí, era joven... o sabía parecerlo. Como todas sus compatriotas, poseía el arte de vestir bien; y cierta desenvoltura que me ahorraba el sufrimiento de sentirme cohibido.

—Monsieur, eso debía de ser innecesario. Jamás le he visto cohibido.

—¡Qué poco me conoce, mademoiselle! Puedo ser tan tímido como una pequeña pensionnaire; hay mucho pudor e inseguridad en mi naturaleza.

—Nunca los he visto.

—Pues ahí están, mademoiselle. Tendría que haberse dado cuenta.

—Le he observado en público, monsieur: en estrados, en tribunas, ante títulos nobiliarios y testas coronadas; y estaba usted tan tranquilo como en la clase de tercero.

—Mademoiselle, ni los títulos ni las testas coronadas despiertan mi pudor; y en público me siento en mi elemento. Me gusta, y me encuentro a mis anchas; pero... pero... en pocas palabras, aquí está el sentimiento en acción, en este mismo instante; sin embargo, me niego a dejarme vencer por él. Si yo, mademoiselle, fuera un hombre casadero (algo que no soy; y puede ahorrarse cualquier sonrisa burlona ante la idea), y tuviera que preguntar a una dama si podía pensar en mí como su futuro marido, entonces quedaría demostrado que soy lo que digo: modesto.

Le creí a pie juntillas; y, al hacerlo, le honré con un aprecio tan sincero que se me partió el corazón.

—En cuanto a mademoiselle St Pierre —continuó, sobreponiéndose, pues su voz se había alterado un poco—, hubo un tiempo en que pretendió ser madame Emanuel; y es muy posible que lo hubiera conseguido de no haber sido por esa pequeña ventana iluminada. ¡Ah, mágica celosía! ¡En cuántos milagrosos descubrimientos me has ayudado! Sí —prosiguió—, he visto su rencor, su vanidad, su ligereza... no sólo aquí, sino en otros lugares: lo que he presenciado me protege de todas sus artimañas; estoy a salvo de la pobre Zélie.

»Y mis alumnas —siguió diciendo poco después—, esas blondes jeunes filles —tan dulces y sumisas—, he visto a las más reservadas correr y saltar como chicos, y a las más cautas arrancar uvas del muro y sacudir las ramas del peral. Cuando llegó la profesora de inglés, la vi, y me fijé en su temprana preferencia por este sendero, reparé en su amor a la soledad, y la observé muy bien mucho antes de que ella y yo nos habláramos; ¿se acuerda de una vez que me acerqué silenciosamente a usted y le ofrecí un ramillete de violetas? Todavía no nos conocíamos.

—Lo recuerdo. Sequé las violetas y las guardé; todavía las tengo.

—Me gustó que las cogiera en seguida, apaciblemente, sin mojigatería: ese sentimiento que siempre temo suscitar y que, cuando aparece en los ojos o en los gestos, aborrezco. Pero no cambiemos de tema. Yo no era el único que la

observaba; a menudo, especialmente cuando caía el manto de la oscuridad, otro ángel guardián la rondaba con mucho sigilo: noche tras noche, mi prima Beck seguía sus pasos y sus movimientos sin que usted se percatara.

—Pero, monsieur, ¿cómo podía ver desde esa ventana lo que ocurría por la noche en el jardín?

—A la luz de la luna. Quizá me habrían bastado unos anteojos —de hecho, tengo unos—, pero el jardín está abierto para mí. En el cobertizo del fondo hay un portillo que da al colegio vecino; tengo una llave de él, de modo que puedo entrar y salir siempre que lo deseo. Esta tarde, al venir, la encontré dormida en la clase; ahora he vuelto a utilizar la misma entrada.

No pude evitar decir:

—Si usted fuera un hombre malvado e intrigante, ¡todo eso sería terrible!

Aquella visión del asunto parecía incapaz de atraer su atención: encendió su cigarro y, mientras lo fumaba, apoyado en un árbol y mirándome con la expresión serena y divertida que solía adoptar cuando estaba de un humor apacible, pensé que debía continuar mi reprimenda: él a menudo me sermoneaba durante una hora; así que ¿por qué no iba a decirle lo que pensaba? De modo que le di mi opinión sobre sus métodos jesuíticos.

—El precio que paga por sus descubrimientos es demasiado elevado, monsieur; el ir y venir con tanto sigilo empaña su dignidad.

—¿Mi dignidad? —exclamó, riendo—. Y ¿cuándo ha visto que mi dignidad me preocupara? Es usted, señorita Lucy, la que es digne. Con cuánta frecuencia, en su ilustre presencia isleña, he disfrutado pisoteando lo que usted llama mi dignidad; destrozándola, dejando que el viento esparciera sus restos, en esos ataques de locura que usted contempla con altivez, y que sé que considera muy semejantes a los desvaríos de un actor londinense de tercera fila.

—Monsieur, sólo le digo que cada mirada que lanza desde esa ventana es un insulto a lo mejor de su naturaleza. Estudiar de ese modo el corazón humano es celebrar un banquete, secreto y sacrílego, con las manzanas de Eva. ¡Ojalá fuera usted protestante!

Indiferente a mi deseo, siguió fumando. Después de un silencio sonriente, aunque pensativo, dijo de pronto:

—He visto otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

Quitándose el cigarro de la boca, lo arrojó entre los arbustos, donde, por unos instantes, se quedó brillando en la oscuridad.

—Fíjese en esa colilla —señaló—: Es como un ojo que estuviera vigilándonos...

Dio una vuelta por el sendero; regresó en seguida y continuó diciendo:

—He visto cosas increíbles, señorita Lucy, y he pasado algunas noches en blanco tratando de encontrarles explicación; pero aún no lo he conseguido.

Su tono era muy peculiar; me estremecí; monsieur Paul vio que temblaba.

—¿Tiene miedo? ¿De mis palabras o de ese ojo ígneo y celoso que apenas parpadea ya?

—Tengo frío; ha anochecido y la temperatura ha cambiado; es hora de entrar.

—Son un poco más de las ocho, pronto entrará. Sólo le pido que conteste a esta pregunta.

Hizo una pausa antes de formularla. El jardín estaba cada vez más oscuro; la penumbra había llegado acompañada de nubes, y empezó a oírse el tamborileo de la lluvia entre los árboles. Esperé que él reparara en ello, pero, por el momento, parecía demasiado absorto para percibir el cambio.

—Mademoiselle, ustedes, los protestantes, ¿creen en lo sobrenatural?

—Sobre ese punto, existen diferentes teorías y creencias entre los protestantes, como ocurre en otras sectas religiosas —respondí—. ¿Por qué me hace esa pregunta, monsieur?

—¿Por qué se estremece y baja la voz? ¿Es usted supersticiosa?

—Soy nerviosa por naturaleza. No me gusta hablar de esas cosas. Especialmente porque...

—¿Cree en ellas?

—No, pero he experimentado ciertas impresiones...

—¿Desde que llegó a este lugar?

—Sí, hace escasos meses.

—¿Aquí? ¿En esta casa?

—Sí.

—Bon! Me alegro de oírlo. Lo sabía, de algún modo, antes de que usted me lo dijera. Era consciente de que algo nos unía. Usted es paciente, y yo colérico; usted pálida y silenciosa, y yo moreno y exaltado; usted una estricta protestante, y yo una especie de jesuita laico: pero somos iguales... existe cierta afinidad entre los dos. ¿No lo ve usted, mademoiselle, cuando se mira en

el espejo? ¿No se da cuenta de que su frente tiene la misma forma que la mía... y sus ojos están cincelados como los míos? ¿No oye en su voz un tono muy semejante al mío? ¿No sabe que su físico se parece al mío? Yo percibo todo eso, y creo que usted y yo nacimos bajo la misma estrella. ¡Sí, bajo la misma estrella! ¡Tiemble! Pues cuando esto sucede entre los mortales, los hilos que tejen su destino son difíciles de separar; se forman nudos, se enganchan... roturas inesperadas dañan el tejido. Pero esas «impresiones», como las llama usted con su cautela inglesa, yo también las he tenido.

—Hábleme de ellas, monsieur.

—No hay nada que desee más, y pensaba hacerlo. ¿Conoce usted la leyenda de esta casa y su jardín?

—La conozco. Sí. Dicen que hace varios siglos una monja fue enterrada viva al pie de este mismo árbol, bajo la tierra que usted y yo estamos pisando.

—Y que antiguamente el fantasma de una monja solía pasearse por aquí.

—Y ¿si siguiera haciéndolo, monsieur?

—Algo se pasea por aquí: una silueta frecuente esta casa por las noches, y no se parece en nada a las que se ven durante el día. Estoy seguro de haber visto algo en más de una ocasión; y sus oscuros velos conventuales han sido una extraña visión, mucho más reveladora para mí que para cualquier otro ser humano. ¡Era una monja!

—Yo también la he visto, monsieur.

—Eso imaginaba. Ya sea de carne y hueso, o de algo que permanece cuando la sangre se seca y la carne se corrompe, es muy probable que sus propósitos estén tan relacionados con usted como conmigo. Pues bien, pienso descubrirlo: hasta ahora me ha desconcertado, pero me propongo desentrañar el misterio. Me propongo...

En vez de contarme sus intenciones, levantó súbitamente la cabeza; yo hice el mismo movimiento en el mismo instante; los dos miramos en la misma dirección: el árbol gigantesco que ensombrecía el gran berceau, y que apoyaba algunas de sus ramas en el tejado de la clase de primero. De ese rincón había salido un ruido extraño e inexplicable, como si los brazos del árbol se hubieran balanceado por voluntad propia, y el follaje se hubiera golpeado bruscamente contra el enorme tronco. Sí; apenas había brisa, y aquel pesado árbol se agitaba mientras los ligeros arbustos continuaban inmóviles. Por espacio de unos minutos, siguieron los encontronazos entre la madera y las hojas. A pesar de la oscuridad, tuve la sensación de que algo más sólido que la sombra de la noche o la sombra del árbol teñía de negro el tronco. Finalmente, la lucha cesó. Y ¿de qué sirvió aquel padecimiento? ¿Qué dríade nació después de

tanta agonía? Los dos miramos fijamente. De pronto, sonó una campanilla en el interior de la casa: la campanilla que llamaba a la oración. Un instante después divisamos en el sendero una aparición, completamente negra y blanca. Con una especie de furiosa precipitación, rozándonos casi el rostro, pasó velozmente ¡la MONJA! Jamás la había visto con tanta claridad. Su estatura era elevada y su expresión, fiera. Cuando desapareció, el viento silbó con fuerza; empezó a llover a cántaros; la noche entera pareció advertir su presencia.

Capítulo XXXII

La primera carta

Ha llegado la hora de preguntar dónde estaba Paulina Mary. ¿Cómo iban mis relaciones con el suntuoso Hôtel Crécy? Se habían interrumpido por algún tiempo debido a la ausencia de monsieur de Bassompierre y su hija, que habían estado viajando varias semanas por Francia y su capital. Me enteré por casualidad de su regreso poco después de que tuviera lugar.

Una tarde muy templada en que estaba paseando por un tranquilo bulevar, mientras disfrutaba del benigno sol de abril y de unos pensamientos bastante agradables, vi delante de mí a un grupo de jinetes que se detenían como si acabaran de encontrarse y se saludaban en medio de un camino ancho, uniforme y bordeado de tilos. Por un lado, un caballero de mediana edad y una joven dama; por otro, un hombre joven y atractivo. Los modales de la muchacha eran encantadores, su atuendo impecable, y su aspecto delicado y señorial. Al fijarme en ellos, me parecieron familiares y, acercándome un poco más, los reconocí: el conde Home de Bassompierre, su hija y el doctor Graham Bretton.

¡Cuánta animación había en el rostro de Graham! ¡Qué auténtica, desbordante y, al mismo tiempo, tímida parecía la alegría que expresaba! Aquella situación, aquella combinación de circunstancias era de las que mejor podía atraer y encadenar, someter y excitar al doctor John. La perla que admiraba tenía un gran valor y su pureza era extraordinaria, pero él no era un hombre que, al admirar la gema, olvidara su engaste. Si hubiera visto a Paulina con la misma juventud, belleza y encanto, pero a pie, sola, sin vigilancia, y vestida con sencillez —una trabajadora, una demi-grisette—, la habría considerado una hermosa criatura, y habría disfrutado contemplando su semblante y sus movimientos; pero se necesitaba algo más para conquistarlo y que se rindiera como ahora, para someterlo sin menoscabo de su honor masculino, sino todo lo contrario. Al doctor John le importaba mucho la

opinión de los demás; no bastaba que él se sintiera satisfecho; la sociedad debía dar su beneplácito: el mundo debía admirar lo que él hacía; de lo contrario, consideraba sus actos equivocados y triviales. A su vencedora le exigía cuanto ahora era visible: la impronta de un gran refinamiento, la consagración de una cuidadosa y autoritaria protección, y los aditamentos que la Moda decreta, la Riqueza compra y el Gusto armoniza. Ésas eran las condiciones que su espíritu estipulaba antes de rendirse: en el caso que nos ocupa se cumplían con creces; y ahora, orgulloso, apasionado, y, sin embargo, temeroso, rendía homenaje a Paulina como su soberana. En cuanto a ella, una sonrisa sincera, más que de consciente poder, reposaba dulcemente en su mirada.

Se despidieron. Él pasó galopando a mi lado, sin sentir apenas el suelo que rozaba, ni ver nada a su alrededor. Estaba muy guapo; derrochaba valor y determinación.

—¡Papá, ahí está Lucy! —exclamó una voz musical y amistosa—. ¡Lucy, querida Lucy, acérquese!

Me apresuré a ir junto a ella. Paulina retiró el velo de su rostro y se inclinó desde la silla para besarme.

—Me disponía a visitarla mañana —aseguró—; pero ahora será usted quien venga a verme.

Dijo la hora, y yo prometí complacerla.

Al día siguiente, la luz del crepúsculo me encontró con ella, las dos solas en su cuarto. No la había visto desde aquella ocasión en que sus cualidades fueron comparadas con las de Ginevra Fanshawe, y cosecharon una rotunda victoria; tenía muchas cosas que contarme de su viaje. Conversaba con gran animación en nuestros tête-à-tête, y describía las cosas con enorme viveza; sin embargo, su dicción era tan clara y su voz tan dulce que nunca parecía hablar muy rápido ni decir demasiado. Creo que mi interés habría tardado en decaer, pero, poco después, tuve la impresión de que era ella quien necesitaba cambiar de tema; se apresuró a terminar en pocas palabras su relato. Pero el motivo de tanta concisión y laconismo tardó en manifestarse; siguió un silencio... un silencio inquieto, en el que no faltó cierto ensimismamiento. Luego se volvió hacia mí con voz tímida, medio suplicante:

—Lucy...

—Aquí estoy.

—¿Sigue mi prima Ginevra en el internado de madame Beck?

—Su prima sigue allí; debe de tener muchas ganas de verla.

—No... no demasiadas.

—¿Quiere invitarla a pasar otra velada?

—No... Supongo que todavía habla de casarse, ¿verdad?

—No con alguien que usted aprecie.

—Pero, por supuesto, sigue pensando en el doctor Bretton, ¿no es así? No puede haber cambiado de idea, hace dos meses estaba tan decidida...

—Y ¡qué más da! Ya vio cómo eran sus relaciones.

—Aquella noche hubo algún pequeño malentendido entre ellos, es indudable. ¿Le parece Ginevra desgraciada?

—En absoluto. Pero cambiemos de tema. ¿Ha tenido noticias de Graham durante su ausencia?

—Papá recibió una o dos cartas de él, supongo que de negocios. Se ha ocupado de cierto asunto que exigía atención mientras estábamos fuera. El doctor Bretton parece respetar a papá, y disfrutar prestándole ayuda.

—Sí: ayer se encontraron con él en el bulevar; como pudo usted juzgar por su apariencia, no es necesario que los amigos se preocupen por su salud.

—Papá parece haber pensado lo mismo. No pude evitar sonreír. Ya sabe que no es especialmente observador, pues suele estar pensando en cosas muy diferentes de las que ocurren delante de sus ojos; pero, cuando el doctor Bretton se alejó cabalgando, le oí decir: «Da gusto ver el ánimo y la energía de ese muchacho». Llamó muchacho al doctor John; creo que es así como le considera, de igual modo que piensa que yo soy una niña. Y no es que el comentario estuviera dirigido a mí, se limitó a pensar en voz alta. Lucy...

Su tono volvió a ser suplicante y, al tiempo que hablaba, dejó la silla y vino a sentarse en un escabel a mis pies.

Me gustaba Paulina. No es algo que haya dicho con frecuencia a lo largo de este libro al referirme a mis conocidos; el lector tendrá que soportarlo por una vez. El trato íntimo, el examen minucioso, sólo revelaban en Paulina delicadeza, inteligencia y sinceridad; por ese motivo la estimaba tanto. Una admiración más superficial habría podido ser más efusiva; la mía, sin embargo, era silenciosa.

—¿Qué quiere preguntarle a Lucy? —dije—. Sea valiente y hable con franqueza.

Pero no había audacia en sus ojos; cuando éstos se encontraron con los míos, bajó la vista. Tampoco había frialdad en sus mejillas... ni un rubor pasajero, sino una creciente agitación interior que encendía su color y elevaba su temperatura.

—Lucy, me gustaría saber qué piensa del doctor Bretton. Dígame, se lo ruego, ¿qué opina sinceramente de su carácter, de su manera de ser?

—Todos consideran su carácter intachable, y merecidamente.

—Y ¿su manera de ser? Hábleme de ella —insistió—; usted le conoce bien.

—Sí, bastante bien.

—Conoce su faceta hogareña. Le ha visto con la señora Bretton; dígame qué le parece como hijo.

—Es muy afectuoso; el consuelo y la esperanza de su madre, su orgullo y su alegría.

Paulina tenía mi mano entre las suyas y, cada vez que yo decía una palabra favorable, me daba un golpecito cariñoso.

—¿Qué otras virtudes tiene, querida Lucy?

—El doctor Bretton es un hombre bondadoso... siempre compasivo con los de su especie. Se mostraría benévolo con el peor de los salvajes o el más abyecto de los criminales.

—Oí decir lo mismo a unos caballeros, amigos de papá, que hablaban de él. Aseguraban que muchos pacientes pobres de los hospitales, que tiemblan ante algunos médicos despiadados y egoístas, lo reciben con alegría.

—Tienen razón; lo he visto con mis propios ojos. Una vez me llevó a un hospital, y descubrí cuánto le querían: los amigos de su padre tienen razón.

La más dulce gratitud iluminaba sus ojos cuando levantó unos instantes la mirada. Aún tenía cosas que decir, pero parecía dudar si aquél era el mejor momento y el mejor lugar. Empezaba a reinar la oscuridad; el fuego de su salita brillaba con un resplandor rojizo; pero supuse que deseaba una mayor penumbra, una hora más tardía.

—¡Qué tranquilas y solitarias estamos aquí! —comenté para animarla.

—¿De veras? Sí; es una tarde muy apacible, y no tendré que bajar a tomar el té; papá cena fuera.

Sin soltarme la mano, jugó distraídamente con mis dedos, colocándoles sus anillos y enroscando sus hermosos rizos alrededor de ellos; luego dio unos golpecitos con mi palma en su ardiente mejilla, y, finalmente, después de aclarar la voz —tan transparente como la de una alondra—, dijo:

—Debe de parecerle extraño que hable tanto del doctor Bretton, que le haga tantas preguntas, que muestre tanto interés, pero...

—En absoluto; me parece muy natural; a usted le gusta.

—Si fuera así —se apresuró a decir ella—, ¿tendría eso que inducirme a hablar? Supongo que me considera débil, como a mi prima Ginevra.

—Si me recordara lo más mínimo a madame Ginevra, no estaría aquí sentada esperando sus confidencias. Me levantaría, pasearía tranquilamente por la estancia, y me adelantaría a cuanto tuviera que decirme con un buen sermón. Continúe, Paulina...

—Ésa es mi intención —contestó—, ¿qué otra cosa cree que pretendo hacer? —y allí estaba la pequeña Polly de Bretton, caprichosa, susceptible—. Si —dijo con énfasis—, si quisiera tanto al doctor John que no me importase morir por él, ni siquiera eso me autorizaría a dejar de ser muda... muda como una tumba... muda como usted, Lucy Snowe; usted lo sabe, y sabe que me despreciaría si perdiera el dominio de mí misma, y me quejara lloriqueando de un endeble sentimiento que vibra únicamente en mí.

—Es cierto que me inspiran muy poco respeto esas mujeres o jovencitas que muestran una gran locuacidad tanto para vanagloriarse de sus triunfos como para lamentarse de sus sufrimientos. Pero usted, Paulina, hable sin miedo, pues deseo de todo corazón escucharla. Dígame cuanto le procure satisfacción o le sirva de alivio; es lo único que pido.

—¿Siente afecto por mí, Lucy?

—Claro que sí, Paulina.

—Yo le tengo mucho cariño. Siempre me ha embargado una extraña alegría al estar con usted, incluso cuando era un niña pequeña, desobediente y difícil; entonces me agradaba dedicarle travesuras y caprichos. Ahora me gusta su compañía, hablar con usted y confiarle mis secretos. De modo que escúcheme, Lucy.

Y se sentó cómodamente, apoyándose en mi brazo con delicadeza, no con el peso agobiante y egoísta de la señorita Fanshawe.

—Hace unos minutos me preguntó si habíamos tenido noticias de Graham durante nuestra ausencia, y le dije que papá había recibido dos cartas de negocios; era cierto, pero no le conté todo.

—¿Omitió algo?

—Le respondí con evasivas. Pero ahora voy a contarle la verdad; está anocheciendo; es un buen momento para hablar. Papá me deja abrir a menudo la bolsa de las cartas para que le dé su contenido. Una mañana, hace unas tres semanas, no sabe cuánto me sorprendió encontrar, entre una docena de cartas para monsieur de Bassompierre, una nota dirigida a la señorita de Bassompierre. La vi en seguida, entre todas las demás; la letra no me era

desconocida; y me atrajo al instante. Me disponía a decir: «Papá, aquí hay otra carta del doctor Bretton», pero la palabra «señorita» me hizo enmudecer. La verdad es que era la primera vez que recibía una carta de un caballero. ¿Tendría que habérsela enseñado a papá, y dejar que la abriera y la leyese antes? Habría sido incapaz de hacerlo, Lucy. Sé muy bien las ideas que papá tiene sobre mí: olvida mi edad; piensa que soy una simple colegiala; no se da cuenta de que los demás ven que ya he dejado de ser una niña; así que, con una extraña mezcla de sentimientos, unos de reproche y otros tan turbulentos y tan intensos que soy incapaz de describirlos, le di a papá sus doce cartas —el rebaño que le pertenecía— y oculté la mía —un cordero recién nacido—. El sobre descansó en mi regazo durante el desayuno, clavando en mí una mirada inexplicablemente cargada de sentido, como si yo fuera un ente con dos existencias: una niña ante papá, y una mujer ante mí misma. Después de desayunar, llevé mi carta al piso de arriba y, tras cerrar la puerta con llave, empecé a examinar el exterior de mi tesoro: pasaron unos minutos antes de que terminase con la dirección y llegara al sello; no se toma una fortaleza así al asalto, debemos sentarnos por algún tiempo ante ella, como dicen los asediadores. La letra de Graham se parece a él, Lucy, y también su sello: claro, firme y redondeado; no hay manchas de cera, sino una gota perfecta, sólida, uniforme. La escritura es nítida: nada de trazos afilados clavándose en el nervio óptico, sino una caligrafía limpia, regular, agradable, que llena de sosiego a quien la lee. Es como su rostro... como el cincelado de sus facciones. ¿Conoce su firma?

—La he visto: continúe.

—El sello era demasiado bonito para romperlo, así que lo recorté con mis tijeras. Cuando por fin iba a leer la carta, me volví atrás voluntariamente; era demasiado pronto para beber aquel sorbo: su brillo en la copa era demasiado hermoso; seguiría contemplándolo un rato. Entonces recordé súbitamente que esa mañana no había rezado. Al oír que papá bajaba a desayunar más temprano de lo habitual, temí hacerle esperar, y me apresuré a reunirme con él en cuanto estuve vestida; pensé que no había nada malo en dejar las oraciones para después. Algunas personas dirían que tenía que haber servido a Dios antes que al hombre; pero no creo que el Cielo esté celoso de nada de lo que yo haga por papá. Creo que soy supersticiosa. Una voz parecía decirme que un sentimiento muy distinto del amor filial estaba en juego; y me instaba a rezar antes de atreverme a leer lo que tanto deseaba, y a sacrificarme un poco más, y a no olvidar primero un gran deber. He sentido esa clase de impulsos desde que tengo memoria. Dejé la carta y musité mis plegarias, añadiendo al final la súplica de que, pasara lo que pasara, nada pudiese tentarme o empujarme a hacer daño a papá, ni yo pudiera nunca, al preocuparme de otros, abandonarle a él. El mero pensamiento de esa posibilidad me entristeció de tal modo que me eché a llorar. Sin embargo, Lucy, sentí que llegaría el momento de contarle

la verdad, y de convencerlo para que atendiera a razones.

»Leí la carta. Lucy, dicen que en la vida no hay más que decepciones. Yo no me sentí decepcionada. Antes de leerla y mientras la leía, mi corazón hacía algo más que palpar: temblaba a gran velocidad; cada temblor parecía el jadeo de un animal sediento que bebiera de un manantial; y el manantial resultó fecundo y maravillosamente claro; brotaba impetuoso por su propio impulso; vi el sol a través de su chorro, y ni una mota, Lucy, ni un poco de musgo, ni un insecto, ni un átomo en aquella corriente dorada tres veces cristalina.

»Dicen que la vida —prosiguió— está llena de dolor para algunos. He leído biografías donde el viajero parecía ir de sufrimiento en sufrimiento; donde la Esperanza volaba presurosa ante él, sin posarse nunca demasiado cerca, ni detenerse el tiempo suficiente para que tuviera la oportunidad de aferrarse a ella. He leído sobre aquéllos que sembraron con lágrimas, y cuya cosecha, lejos de recogerse con alegría, se echó a perder por una plaga inoportuna, o quedó arrasada por un violento torbellino; y, ¡ay!, algunos de ellos llegaron al invierno con los graneros vacíos, y murieron de hambre en los días más fríos y más oscuros del año.

—¿Tuvieron ellos la culpa, Paulina, de morir así?

—No siempre. Algunos eran gente buena, y muy trabajadora. Yo no soy ninguna de las dos cosas, y, sin embargo, Dios ha querido que crezca al sol, con la debida humedad y a salvo de todo, protegida, alimentada, educada por mi querido padre; y ahora... ahora... aparece otro hombre. Graham me ama.

Habiendo alcanzado el clímax, las dos estuvimos unos instantes calladas.

—¿Lo sabe su padre? —pregunté quedamente.

—Graham se refirió a papá con profundo respeto, pero me dio a entender que aún no se atrevía a hablar con él del asunto; primero tiene que demostrarle su valía. Agregó que, antes de aventurarse a dar un paso más, necesitaba saber algo sobre mis sentimientos.

—Y ¿cuál fue su respuesta?

—Mi respuesta fue breve, pero no lo rechacé. Sin embargo, ¡tenía tanto miedo de que mis palabras sonaran demasiado afectuosas! Graham es muy exigente. Escribí tres borradores, corrigiendo y perfeccionando sus frases; sólo cuando redacté uno semejante a un trozo de hielo endulzado con el tenue sabor de alguna fruta, me atreví a cerrar y enviar la misiva.

—¡Excelente, Paulina! Su instinto es magnífico; usted comprende al doctor Bretton.

—Pero ¿qué debo hacer con papá? Estoy muy preocupada.

—No haga nada. Espere. Pero interrumpa la correspondencia hasta que su padre lo sepa todo y les dé su bendición.

—¿La dará algún día?

—El tiempo lo dirá. Espere.

—El doctor Bretton me envió otra carta, profundamente agradecido por mi breve y serena nota; pero yo me adelanté al consejo que acaba de darme diciendo que, mientras mis sentimientos fueran los mismos, no podía volver a escribirle sin el conocimiento de mi padre.

—Hizo lo que debía; el doctor Bretton lo entenderá: se sentirá más orgulloso de usted, la amaré más... en caso de que esto sea posible. Paulina, esa delicada escarcha que rodea una llama tan pura y perfecta es un privilegio inestimable de la naturaleza.

—Ya ve que conozco el temperamento de Graham —exclamó—. Ninguna delicadeza es demasiado exquisita a la hora de tratarle.

—Es obvio que usted le comprende, Paulina; además, fuera cual fuera el temperamento del doctor Bretton, aunque hubiera esperado una acogida más cálida, usted se habría comportado tierna, leal y honestamente con su padre.

—Lucy, confío en actuar siempre así. ¡Oh, qué doloroso será despertar a papá de su sueño y decirle que ya no soy una niña!

—No tenga prisa por hacerlo, Paulina. Deje esa revelación al Tiempo y a su amable Destino. También me he dado cuenta de lo mucho que éste la mimó: no hay duda de que elegirá unas circunstancias propicias, y el momento más oportuno. Sí; al igual que usted, he meditado sobre su vida; y he hecho unas comparaciones muy similares a las que acaba de confiarme. Desconocemos el futuro, pero el pasado le ha sido propicio.

»Cuando era niña, temí por usted; jamás ha existido una naturaleza más sensible que la de la pequeña Polly: si la hubieran tratado con dureza o negligencia, ni su cuerpo ni su alma se habrían convertido en lo que ahora son. El sufrimiento, el miedo, la lucha habrían alterado las líneas de sus facciones y habrían roto su regularidad; habrían hostigado sus nervios con la fiebre de una irritación habitual: habría perdido salud y alegría, gracia y dulzura. La Providencia la ha protegido y cultivado, no sólo por su propio bien, en mi opinión, sino también por el de Graham. La estrella del doctor Bretton era, asimismo, afortunada: para desarrollar enteramente lo mejor de su naturaleza, era preciso que encontrara una compañera como usted; y aquí está, dispuesta. Deben unirse. Lo supe el primer día que los vi juntos en La Terrasse. Cuando pienso en usted y en Graham, tengo la sensación de ver promesas, planes, armonía. No creo que la alegre juventud de ninguno de los dos sea precursora

de una madurez tormentosa. Creo que se ha considerado bueno que ustedes dos vivan en paz y felices... no como ángeles, pero como muy pocos mortales lo son. Algunas vidas son bendecidas así: es la voluntad de Dios, la huella inequívoca y la prueba imperecedera del Edén. Otras vidas siguen desde el principio un curso diferente. Otros viajeros encuentran un tiempo desapacible, tempestuoso e inestable... y los vientos más adversos entorpecen su avance y les sorprenden cuando, en invierno, la noche cae prematuramente. Nada de eso puede ocurrir sin el permiso de Dios; y yo sé que, entre Sus obras infinitas, en algún lugar está guardado el secreto de la justicia final: sé que Sus tesoros contienen esta prueba como promesa de su misericordia.

Capítulo XXXIII

Monsieur Paul cumple su promesa

El uno de mayo, todas nosotras —es decir, las veinte alumnas internas y las cuatro profesoras— teníamos que levantarnos a las cinco de la mañana, estar vestidas y preparadas a las seis, y ponernos bajo las órdenes de monsieur le professeur Emanuel, que nos guiaría fuera de Villette, ya que era el día en que pensaba cumplir su promesa de llevarnos a desayunar en el campo. Lo cierto es que yo, como tal vez recuerde el lector, no había tenido el honor de ser invitada al planearse la excursión... más bien todo lo contrario; pero cuando me referí a ese hecho para saber a qué atenerme, me dieron un tirón de orejas que no quise que se repitiera por plantear más dificultades.

—Je vous conseille de vous faire prier —dijo monsieur Emanuel, amenazando imperiosamente mi otro oído.

Un cumplido napoleónico, sin embargo, era suficiente, así que decidí formar parte del grupo.

Amaneció una mañana tan apacible como el verano; los pájaros cantaban en el jardín, y una ligera neblina de rocío prometía una jornada calurosa. Todas comentamos que haría buen tiempo, y disfrutamos doblando y guardando las prendas de abrigo, y poniéndonos una ropa más veraniega. Un vestido estampado y un ligero sombrero de paja, confeccionados y adornados como sólo saben hacerlo las modistas francesas, aunando lo más sencillo con lo más favorecedor, constituía nuestro uniforme. Nadie lucía sedas ajadas; nadie llevaba una prenda elegante deteriorada.

A las seis sonó animadamente la campanilla, y corrimos en tropel escaleras abajo, a través del carré, a lo largo del pasillo, hasta llegar al vestíbulo. Allí nos esperaba nuestro profesor, que no iba ataviado con su feroz paletôt y su

severo bonnet-grec, sino con una camisa de aspecto juvenil, un cinturón y un alegre sombrero de paja. Nos dio a todas el más amable de los buenos días, y la mayoría se lo agradecemos con una sonrisa. Después de colocarnos en fila, iniciamos la marcha.

Las calles estaban aún desiertas, y el aire de los bulevares era tan fresco y apacible como en el campo. Supongo que nos sentíamos muy dichosas mientras los recorríamos. Cuando quería, nuestro jefe poseía el secreto de dar cierto impulso a la felicidad; de igual modo que, cuando estaba de pésimo humor, hacía que nos estremeciéramos de miedo.

No nos guiaba ni nos seguía, sino que caminaba de un lado a otro de la fila, hablando con todas, conversando largo y tendido con sus favoritas, sin desentenderse siquiera de las que no le gustaban. Yo tenía mis razones para no querer llamar la atención, y, al estar emparejada con Ginevra Fanshawe y verme obligada a soportar la encantadora presión del brazo nada liviano de aquel ángel (su salud seguía siendo excelente, y puedo asegurar al lector que no era ninguna tontería sostener el peso de su belleza; varias veces, en el curso de aquella calurosa jornada, deseé con toda el alma poseer un poco menos de aquella adorable mercancía), al tenerla a mi lado, como iba diciendo, intenté que me resultara útil colocándola siempre entre monsieur Paul y yo, cambiándome de lado según le oyerá acercarse por la izquierda o por la derecha. El motivo secreto de esa maniobra podía deberse a la circunstancia de que mi traje estampado era nuevo y de color rosa: un hecho que, llevando aquella escolta, me hacía sentir como si, vestida de rojo, necesitara cruzar un prado donde estuviera pastando un toro.

Durante un rato, el sistema de cambiar de sitio, unido a ciertas modificaciones en la colocación de una bufanda de seda negra, respondió a mis propósitos; pero monsieur Paul no tardó en descubrir que, llegara por donde llegara, la señorita Fanshawe seguía estando a su lado. Las relaciones entre Ginevra y él nunca habían sido lo bastante armoniosas para que sus nervios no se crisparan al oír el acento inglés de la joven: no podían ser más opuestos; se exasperaban mutuamente; él la consideraba vacía y afectada; ella lo juzgaba grosero, entrometido, repelente.

Finalmente, después de cambiarse unas seis veces de sitio, obteniendo siempre el mismo resultado adverso, adelantó la cabeza, clavó sus ojos en mí y preguntó con impaciencia:

—Qu'est ce que c'est? Vous me jouez des tours?

Apenas habían salido estas palabras de sus labios, sin embargo, cuando, con su habitual perspicacia, comprendió el porqué de mi proceder: fue inútil que sacudiera los largos flecos y extendiera el ancho borde de mi bufanda.

—Ah! C'est la robe rose! —exclamó, causando la misma impresión en mí que el repentino y furioso mugido de algún señor de las praderas.

—Sólo es algodón —me apresuré a decir—; y es más barato, y se lava mejor que cualquier otro color.

—Et mademoiselle Lucie est coquette comme dix Parisiennes —respondió—. A-t-on jamais vu une Anglaise pareille, regardez plutôt son chapeau, et ses gants, et ses brodequins!

Todas esas prendas eran exactamente iguales que las de mis compañeras; de ningún modo más elegantes: en todo caso más sencillas que la mayoría; pero monsieur estaba emocionado con ellas y yo empecé a indignarme ante el sermón que se avecinaba. Todo pasó, sin embargo, tan suavemente como a menudo pasa un amago de tormenta en un día de verano. Sólo me llegó el destello de un relámpago a través de la sonrisa jocosa que brilló en sus ojos; y entonces dijo:

—Courage! À vraie dire je ne suis pas fâché, peut-être même suis je content qu'on s'est fait si belle pour ma petite fête.

—Mais ma robe n'est pas belle, monsieur - elle n'est que propre.

—J'aime la propreté —exclamó él.

En pocas palabras, no pensaba enojarse; el sol del buen humor debía triunfar aquella prometedor mañana; devoraba las nubes que pasaban antes de que mancillaran su esfera.

Y ya estábamos en el campo, entre lo que ellos llamaban les bois et les petits sentiers. Aquellos bosques y caminos un mes más tarde sólo ofrecerían una soledad polvorienta e incierta: ahora, sin embargo, con su verdor de mayo y su sosiego matinal, resultaban preciosos.

Llegamos a una fuente con un círculo perfecto de tilos a su alrededor, al gusto de Labassecour: hicimos un alto; recibimos la orden de sentarnos sobre el terreno verde y ondulante que rodeaba sus aguas, y monsieur se colocó entre nosotras, dejando que nos agrupáramos en torno a él. Las que sentían más afecto que temor por monsieur Paul se pusieron muy cerca —eran sobre todo las pequeñas—; las que sentían más temor que afecto guardaron cierta distancia; aquéllas a las que un cariño más profundo había dejado, incluso en el temor que quedaba en ellas, un sabor agradable, se quedaron más alejadas.

El profesor empezó a contarnos una historia. Era un gran narrador: empleaba el lenguaje que los niños aman y los sabios emulan; una dicción simple en su fuerza y fuerte en su simplicidad. Aquel pequeño relato estaba lleno de hermosas pinceladas; dulces destellos de sentimiento y matices descriptivos que, mientras los escuchaba, se introdujeron en mi alma para no

abandonarla nunca. Describió un crepúsculo —aún pervive en mi memoria—: Jamás ha salido una escena semejante del lápiz de un artista.

Ya he dicho que yo no tenía la facultad de improvisar; quizá por eso me maravillaba quien la poseía en grado sumo. Monsieur Emanuel no era un hombre destinado a escribir libros; pero le he oído prodigar, con despreocupada e inconsciente generosidad, riquezas mentales de las que casi nunca se vanaglorian los libros; su inteligencia era mi biblioteca y, siempre que se abría para mí, me sentía dichosa. Intelectualmente imperfecta, no podía leer mucho; había muy pocos volúmenes impresos y encuadernados que no me cansasen, cuya lectura no me fatigara y cegara, pero sus gruesos tomos de pensamiento eran colirio para los ojos del espíritu; al leer su contenido, la visión interior se aclaraba y fortalecía. Solía pensar cuán placentero sería para alguien que le amara más de lo que él se amaba, reunir y guardar todos esos puñados de oro molido, tan despreocupadamente arrojados a los impetuosos vientos del cielo.

Cuando terminó su relato, se acercó al pequeño montículo donde estábamos Ginevra y yo, algo apartadas del resto del grupo. Con su forma habitual de pedir la opinión (no tenía la cautela de esperar a que se la dieran voluntariamente), preguntó:

—¿Le ha interesado?

Siguiendo mi costumbre de no ser demasiado efusiva, me limité a contestar:

—Sí.

—¿Era una buena historia?

—Muy buena.

—Sin embargo, sería incapaz de escribirla —dijo.

—¿Por qué, monsieur?

—Odio los trabajos mecánicos; odio estar sentado sin moverme. Pero se lo dictaría con mucho gusto a un amanuense de mi agrado. ¿Lo escribiría mademoiselle Lucy para mí si se lo pidiera?

—Monsieur iría demasiado rápido; me metería prisa, y se enfadaría cuando mi pluma no siguiera el ritmo de sus labios.

—Lo probaremos un día; veremos el monstruo en que me convierto bajo esas circunstancias. Pero ahora no es momento de dictados; pretendo que me ayude de otro modo. ¿Ve aquella granja?

—¿Rodeada de árboles? Sí.

—Allí desayunaremos; y, mientras la buena fermière prepara el café au lait en el caldero, usted y otras cinco jovencitas, que yo elegiré, extenderán la mantequilla en medio centenar de panecillos.

Después de poner en fila a su tropa una vez más, nos llevó directamente a la granja, donde, al ver nuestra superioridad, se rindieron sin condiciones.

Una vez provistos de cuchillos limpios y platos, además de mantequilla fresca, media docena de nosotras, escogidas por el profesor, empezamos a trabajar bajo su dirección, a fin de preparar para el desayuno una enorme cesta de panecillos, que el panadero había llevado a la granja antes de nuestra llegada. El café y el chocolate estaban calientes; y habían añadido al convite nata y huevos frescos. Monsieur Emanuel, siempre generoso, habría encargado también abundante jambon y confitures, pero algunas de nosotras, que tal vez abusábamos de nuestra influencia, insistimos en que sería un insensato despilfarro de víveres. Se quejó amargamente y nos llamó des ménagères avaras; pero le dejamos hablar, y organizamos a nuestra manera las economías del refrigerio.

¡Con qué expresión tan agradable nos miraba desde el fuego de la cocina! Era un hombre que disfrutaba viendo felices a los demás; le gustaba tener a su alrededor movimiento, animación, abundancia y dicha. Le preguntamos dónde quería sentarse. Nos dijo que sabíamos muy bien que él era nuestro esclavo y nosotras sus tiranas, y que no se atrevía a elegir una silla sin nuestro permiso; así que colocamos la butaca del granjero en la cabecera de la larga mesa, y le obligamos a ocuparla.

Cómo no íbamos a quererle, a pesar de sus pasiones y huracanes, cuando a veces podía ser tan dócil y benévolo como ahora. En realidad, en el peor de los casos, lo único irritable eran sus nervios; su temperamento no era radicalmente malo. Si se le tranquilizaba, comprendía y consolaba, era manso como un cordero; no haría daño a una mosca. Sólo con los muy necios, perversos o intolerantes se volvía un poco peligroso.

Sin olvidar jamás su religión, pidió a la más pequeña del grupo que rezara una breve oración antes de empezar el desayuno, santiguándose tan devotamente como una mujer. Era la primera vez que le veía rezar, o hacer ese gesto piadoso; lo hizo con tanta sencillez, con una fe tan infantil, que no pude sino sonreír, complacida, al observarlo; sus ojos se cruzaron con mi sonrisa; se limitó a tenderme su amable mano, diciendo:

—Donnez-moi la main! Veo que adoramos al mismo Dios, con el mismo espíritu, aunque nuestros ritos sean diferentes.

Casi todos los colegas de monsieur Emanuel eran librepensadores, descreídos y ateos; y la vida de muchos de ellos no resistiría un examen

minucioso: él se asemejaba más a los caballeros de antaño, religiosos a su manera y de reputación intachable. La inocencia de la niñez, la belleza de la juventud estaban a salvo con él. Sus pasiones eran intensas, sus sentimientos profundos, pero su honor immaculado y su piedad candorosa le conferían un poderoso encanto que amansaba a las fieras.

Fue un desayuno muy alegre, y la alegría que reinó no se limitó a ser mero alboroto: monsieur Paul la suscitó, dirigió e incrementó; su carácter sociable y animado se divirtió sin sombras ni trabas; rodeado únicamente de mujeres y niñas, nada podía contrariarle o desbaratar sus planes; hacía su voluntad, y ésta resultaba de lo más agradable.

Después del refrigerio, las alumnas pudieron correr y jugar libremente por los prados; un pequeño grupo se quedó para ayudar a la mujer del granjero a recoger la loza. Monsieur Paul me llamó —cuando estaba con ellas— para que me sentara cerca de él debajo de un árbol, desde donde podía vigilar a la tropa que retozaba en los pastizales, y le leyera mientras fumaba su cigarro. Se sentó en un banco muy rústico y yo en las raíces del árbol. Mientras leía (un clásico de bolsillo, un Corneille que a mí no me gustaba, pero a él sí, pues descubría cosas hermosas donde yo era incapaz de percibir las), monsieur Paul escuchaba con una dulce serenidad, realmente admirable en una persona tan impetuosa; la dicha más profunda llenaba sus ojos azules y suavizaba las arrugas de su ancha frente. Yo también me sentía feliz: feliz con aquel día luminoso, todavía más feliz con su presencia, la más feliz del mundo con su gentileza.

Poco después me preguntó si no preferiría correr con mis compañeras que estar allí sentada. Le dije que no; que me sentía contenta de estar con él. Si yo fuera su hermana, quiso saber, ¿me gustaría estar siempre con un hermano como él? Le contesté que eso creía; y mis palabras fueron sinceras. Si él tuviera que abandonar Villette y marcharse muy lejos, ¿lo sentiría yo?, inquirió a continuación; y yo dejé caer el Corneille, y no le respondí.

—Petite soeur —exclamó—; ¿cuánto tiempo me recordaría usted si nos separáramos?

—Eso no puedo decírselo, monsieur; desconozco cuánto tiempo ha de transcurrir antes de que yo olvide las cosas terrenas.

—Si tuviera que ir al otro lado del océano dos... tres... cinco años, ¿me daría la bienvenida a mi regreso?

—Pero, monsieur, ¿cómo podría vivir mientras tanto?

—Pourtant j'ai été pour vous bien dur, bien exigeant.

Oculté mi rostro tras el libro, pues estaba cubierto de lágrimas. Le pregunté por qué hablaba así; y él dijo que no volvería a hacerlo, y consiguió animarme.

Aun así, la delicadeza con que me trató el resto del día me llegó al alma. Era demasiado tierno. Era profundamente triste. Ojalá se hubiera mostrado brusco, caprichoso y airado como de costumbre.

Cuando llegó el ardiente mediodía —pues el tiempo, tal como esperábamos, resultó tan radiante como en junio—, nuestro pastor recogió las ovejas de los pastizales y procedió a conducirnos lentamente de vuelta al hogar. Pero teníamos que andar una milla, pues la granja donde habíamos desayunado se encontraba a esa distancia de Villette; las niñas, especialmente, estaban agotadas de tanto jugar; los ánimos de la mayoría decayeron ante la perspectiva de aquella caminata al mediodía por unas chaussées pedregosas, cegadoras y polvorientas. Aquella situación se había previsto y solucionado. Nada más cruzar los lindes de la granja encontramos dos espaciosos vehículos que venían a buscarnos: la clase de transporte que se alquila para llevar grupos escolares; dirigidas por una mano experta, todas nos acomodamos, y una hora después monsieur Paul entregaba, en perfecto estado, su cargamento en la rue Fossette. Había sido un día muy agradable: sin el halo de melancolía que había nublado el sol unos instantes, habría sido perfecto.

Y esa sombra volvió a aparecer aquella misma tarde.

Al caer el día, vi cómo monsieur Emanuel salía al jardín en compañía de madame Beck. Pasearon casi una hora por el sendero central, hablando seriamente: él, con aspecto grave pero inquieto; ella, con aire sorprendido, crítico, disuasorio.

Me pregunté qué estarían discutiendo; y, cuando madame Beck volvió a entrar en la casa al oscurecer, dejando a su primo Paul en el jardín, pensé:

«Esta mañana me ha llamado petite soeur. Si realmente fuera mi hermano, ¡cuánto me gustaría acercarme a él en estos momentos y preguntarle qué le preocupa! Mira cómo se apoya en ese árbol, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Necesita consuelo, lo sé: madame no ofrece consuelo; sólo pone objeciones. Y ahora...»

Pasando de la quiescencia a la acción, monsieur Paul bajó muy erguido por el jardín, dando grandes zancadas. Las puertas del carré estaban todavía abiertas: supuse que iría a regar los tiestos de los naranjos, como hacía de vez en cuando; al llegar al patio, sin embargo, cambió bruscamente de dirección y se acercó al berceau y a la puerta acristalada de la clase de primero. Yo estaba en esa clase, había estado observándole desde allí; pero me faltó valor para esperar su llegada. Se había vuelto de un modo tan repentino, andaba tan deprisa, tenía un aspecto tan extraño... La cobarde que había en mi interior palideció, retrocedió y, sin escuchar la voz de la razón, y oyendo el crujido de la hierba y el sonido de la grava bajo sus pies, huyó empujada por las alas del pánico.

Y no me detuve hasta refugiarme en el oratorio, ahora vacío. Escuchando desde allí, con el corazón palpitante y un miedo inexplicable, indefinido, le oí recorrer todas las aulas, dando impacientes portazos a su paso; le oí irrumpir en el refectorio durante la lecture pieuse; le oí pronunciar estas palabras:

—Où est mademoiselle Lucie?

Y en el instante en que, armándome de valor, me disponía a bajar para hacer lo que, después de todo, más deseaba hacer en el mundo, es decir, ir a su encuentro, la voz chillona de Zélie St Pierre respondió insidiosamente:

—Elle est au lit.

Y monsieur Paul salió al pasillo sin disimular su irritación. Madame Beck fue a su encuentro, le capturó, reprendió y escoltó hasta la entrada, y finalmente se despidió de él.

Al cerrarse la puerta de la calle, recordé con asombro mi malvado proceder y lo sentí en el alma. Sabía desde el principio que él me buscaba, que quería estar conmigo, ¿acaso no lo deseaba yo también? Entonces ¿qué me había alejado? ¿Qué me había llevado lejos de su alcance? Tenía algo que decirme, iba a contármelo: mis oídos se aguzaban, y yo había hecho imposible su confidencia. Anhelante de escuchar y consolar cuando creía que eran dos cosas fuera de mi alcance, al presentarse de pronto la oportunidad, la eludía como hubiera eludido mi propia muerte.

Pues bien, mi enloquecida falta de coherencia recibió su merecido. En lugar del bienestar, de la satisfacción que habría experimentado si hubiera dominado el pánico y me hubiera mantenido firme dos minutos, sólo me quedaban el profundo vacío, la duda inquietante y la negra incertidumbre.

Coloqué mis ganancias bajo la almohada, y pasé la noche contándolas.

Capítulo XXXIV

Malévola

Madame Beck me llamó el jueves por la tarde y me preguntó si tenía alguna ocupación que me impidiera ir a la ciudad para hacerle unos recados.

Como estaba libre, me puse a su disposición; y en seguida me entregó una lista con las lanas, sedas, hilos de bordar, etcétera, que necesitaba para las labores de las alumnas. Después de equiparme como procedía para un día nublado y bochornoso que amenazaba tormenta, estaba descorriendo el cerrojo de la puerta para salir cuando madame me pidió que volviera a la salle à

manger.

—Pardon, meess Lucie —exclamó, con lo que parecía la urgencia de una idea repentina—, acabo de recordar que tengo otro encargo para usted, si es tan amable de no considerarlo excesivo.

Como es natural, insistí en todo lo contrario; y madame corrió a la sala pequeña y me trajo una hermosa cesta repleta de delicados frutos de invernadero, sonrosados, perfectos y tentadores, sobre un lecho de hojas verdinegras, tan brillantes como la cera, y de estrellas doradas de no sé qué exótica planta.

—Tome —dijo—, apenas pesa y no deslucirá su cuidada indumentaria; nadie pensará que es usted una criada. Hágame el favor de dejar esta cestita en la casa de madame Walravens, con mi felicitación por su fête. Vive en la parte antigua de la ciudad, en la rue des Mages número . Me temo que el camino le parecerá un poco largo, pero tiene usted toda la tarde por delante, y no hay ninguna prisa; si no ha vuelto para la cena, ordenaré que le guarden un plato, o Goton, que siente debilidad por usted, le preparará encantada algo sencillo. No nos olvidaremos de usted, ma bonne meess. Y, por favor —exclamó, llamándome de nuevo—, insista en ver a madame Walravens, y en entregarle la cesta personalmente para que no haya ningún error; es una persona muy puntillosa. Adieu! Au revoir!

Y finalmente me marché. Tardé algún tiempo en hacer los recados de las tiendas, pues elegir y emparejar sedas y lanas es siempre una tarea tediosa, pero acabé llegando al final de la lista. Escogí los patrones de las pantuflas, los cordones de las campanillas, los cabas, y también los pasadores y las borlas para los monederos; en pocas palabras, me quité de encima aquel tripotage; la fruta y la felicitación eran lo único que me faltaba.

Me agradaba la perspectiva de dar un largo paseo hasta el corazón de la vieja y sombría Basse-Ville; y mi placer no fue menor al ver cómo el cielo del atardecer, una oscura masa azul metálica de bordes llameantes, se volvía poco a poco del rojo más encendido.

Me asusta la violencia del viento, pues la tormenta requiere una energía que siempre me cuesta desplegar; pero el lóbrego ocaso, la copiosa nevada o el oscuro aguacero únicamente piden resignación, el abandono silencioso de vestimentas y personas antes de empaparse. A cambio, purifican ante nuestros ojos una capital; abren un silencioso camino a través de las grandes avenidas; petrifican una ciudad llena de vida, como si se tratara de un hechizo oriental; convierten Villette en una Tadmor. Dejemos, pues, que caiga la lluvia y las aguas nos inunden, pero antes he de deshacerme de esta cesta de frutas.

Un reloj desconocido de una torre desconocida (la voz de St Jean Baptiste

se hallaba ahora demasiado lejos para resultar audible) estaba dando las seis menos cuarto cuando llegué a la calle y a la casa cuya dirección me había dado madame Beck. No era ninguna calle, más bien formaba parte de una plaza; era un rincón muy tranquilo: la hierba crecía entre las grandes losas grises, las casas eran espaciosas y parecían muy antiguas; tras ellas se elevaban algunos árboles, que indicaban la presencia de jardines en la parte trasera. La antigüedad revoloteaba por aquella zona, de la que los negocios estaban desterrados. Hombres adinerados habían habitado en otro tiempo aquel barrio, y sus calles habían conocido el esplendor. Aquella iglesia, cuyos lúgubres y ruinosos campanarios dominaban la plaza, fue antaño el venerable y opulento santuario de los Reyes Magos. Pero hacía mucho tiempo que la riqueza y la grandiosidad habían extendido sus alas doradas y habían huido de allí, dejando sus antiguos nidos, tal vez para albergar a la Penuria, tal vez para continuar fríos y solitarios, desmoronándose sin ocupantes mientras se sucedían los inviernos.

Mientras cruzaba aquella place desierta, cuyo empedrado oscurecían lentamente unas gotas casi tan grandes como las monedas de cinco francos, no vi en toda su extensión ninguna señal de vida, si exceptuamos la figura de un anciano y endeble sacerdote que avanzaba encorvado con la ayuda un bastón: la viva imagen de la vejez y la decrepitud.

Había salido de la casa donde yo me dirigía; y, cuando me detuve ante la puerta que acababa de cerrarse y toqué la campanilla, él se volvió para mirarme. Y tardó bastante en apartar la vista; es posible que, con mi cesta de frutos veraniegos y sin la dignidad que confieren los años, yo le pareciera fuera de lugar en aquel escenario. Sé que, si me hubiera abierto la puerta una bonne joven y de mejillas sonrosadas, habría pensado que no pegaba con la casa; pero, cuando me encontré frente a una mujer muy vieja con un antiguo traje de campesina, una cofia tan horrible como costosa, grandes solapas de encaje de la región, enaguas, chaqueta de paño y zuecos más semejantes a pequeños barcos que a zapatos, no sentí la menor extrañeza.

La expresión de su rostro no era tan tranquilizadora como el corte de su atuendo; rara vez he visto a alguien más arisco; apenas respondió cuando le pregunté por madame Walravens; creo que me habría arrancado de la mano la cesta de fruta si el viejo sacerdote, cojeando, no la hubiera detenido y hubiera escuchado personalmente mi mensaje.

A causa de su sordera, le costó un poco entender que yo debía ver a madame Walravens y entregarle la fruta. Finalmente, sin embargo, comprendió que me habían dado esa orden y tenía que cumplirla al pie de la letra. Dirigiéndose a la anciana bonne, no en francés sino en la lengua aborigen de Labassecour, el sacerdote logró convencerla de que me dejara cruzar el inhóspito umbral, y, acompañándome al piso de arriba, me hizo pasar a una

especie de salón, donde me dejó.

La estancia era grande y tenía un hermoso techo, muy antiguo, y unos ventanales con vidrieras de colores semejantes a los de una iglesia; pero estaba vacía y, con la tormenta que se avecinaba, parecía envuelta en una extraña penumbra. Desde ella se accedía a un pequeño gabinete; pero éste tenía cerradas las persianas de su única ventana; en medio de la oscuridad, se vislumbraban algunos detalles de su mobiliario. Me entretuve un rato intentando distinguirlos; me sentí especialmente atraída por el contorno de un cuadro que colgaba en la pared.

Pero éste no tardó en desvanecerse: para mi perplejidad, pareció moverse, descender y esfumarse; su ausencia puso al descubierto una abertura en forma de arco que conducía a un pasadizo abovedado con una misteriosa escalera de caracol; tanto el pasadizo como la escalera eran de fría piedra, sin alfombrar ni pintar. Por aquella escalera de torreón bajaba... tap, tap, tap... el sonido de un bastón; pronto cayó una sombra en los escalones y, después, percibí una presencia.

Pero ¿era real aquella aparición que se aproximaba? ¿Aquel obstáculo que ennegrecía parcialmente el arco?

Se acercó más, y pude verla. Empecé a comprender dónde estaba. ¡Bien podía llamarse aquel viejo rincón la plaza de los Reyes Magos! ¡Bien podían las tres torres que la dominaban estar apadrinadas por los tres misteriosos sabios de un arte caduco y oscuro! Allí prevalecían los encantamientos del pasado. Un hechizo me había abierto el país de los elfos: el cuarto parecido a una celda, el cuadro desaparecido, el arco y el pasadizo, la escalera de piedra... todo formaba parte de un cuento de hadas. E incluso vi con más nitidez que aquellos pintorescos detalles a la figura principal: ¡Cunegunda, la bruja! ¡Malévola, el hada malvada! Y ¿cómo era?

Debía de medir unos tres pies de altura, pero no tenía ninguna forma determinada; sus manos huesudas, una sobre otra, apretaban el puño dorado de un bastón de marfil muy semejante a una varita mágica. Su rostro era ancho, y no parecía estar sobre los hombros sino delante del pecho; daba la impresión de no tener cuello; yo habría asegurado que sus facciones rondaban los cien años, y sus ojos incluso les aventajaban en edad: resultaban perversos y hostiles, con aquellas gruesas cejas encima y aquellos párpados grises y lívidos a su alrededor. ¡Cuán severamente me contemplaron con una especie de sombrío desagrado!

Aquel ser llevaba un traje de brocado teñido de un azul muy brillante, como la flor de la genciana, y cubierto con una tela de satén con hojas muy grandes; encima del vestido, un magnífico chal, suntuosamente ribeteado y tan grande para ella que sus flecos multicolores rozaban el suelo. Pero lo que más

llamaba la atención eran sus joyas; llevaba unos pendientes claros y muy largos que brillaban con un fulgor que no podía ser falso o prestado; sus manos esqueléticas lucían unos anillos con gruesos aros de oro y piedras de color purpúreo, verde y rojo sangre. Jorobada, casi enana, senil, iba engalanada como una reina bárbara.

—Que me voulez-vous? —exclamó con una voz ronca, más propia de un hombre mayor que de una anciana; y lo cierto es que en su barbilla crecía una barba plateada.

Entregué mi cesta y mi mensaje.

—¿Nada más? —inquirió.

—Nada más —repuse.

—Sinceramente, no merecía la pena —señaló—. Regrese con madame Beck y dígame que puedo comprar fruta cuando quiero, et quant à ses félicitations, je m'en moque!

Y aquella dama tan cortés me dio la espalda.

En el instante en que se volvía, retumbó un trueno y un relámpago iluminó el salón y el boudoir. El cuento de hadas parecía continuar debidamente acompañado por los elementos. El viajero, atraído con engaños al castillo encantado, oía arreciar la tempestad que algún hechizo había desatado.

Después de lo sucedido, ¿qué debía pensar de madame Beck? Conocía a gente muy extraña; ofrecía mensajes y regalos en un altar muy especial, y la grosera criatura que adoraba parecía serle adversa. Y aquella huraña Sidonia se marchó temblando y tambaleándose como la encarnación de la perlesía, golpeando el parquet de mosaicos con su bastón de marfil y refunfuñando malévolamente mientras desaparecía.

La lluvia seguía cayendo, el firmamento parecía desmoronarse; los negros nubarrones, rojizos un poco antes, habían palidecido como si el miedo los atenazara. A pesar de haberme jactado de no temer un chaparrón, no era agradable salir en medio de aquel diluvio. Los relámpagos centelleaban con violencia, y los truenos retumbaban muy cerca; la tormenta estaba justo encima de Villette; parecía haberse desatado en su cenit; se abatía con fuerza sobre la ciudad; los rayos, con sus líneas angulosas e inclinadas, atravesaban de lado a lado los torrentes verticales; rojos zigzags se entrelazaban con una cortina de agua tan clara como el metal blanco: y todo eso surgía de un cielo oscuro como boca de lobo, desbordante, pletórico.

Saliendo del inhóspito salón de madame Walravens, me dirigí a la fría escalera; había un asiento en el rellano y me senté a esperar. Alguien se acercó por la galería de arriba; se trataba del anciano sacerdote.

—No se siente ahí, mademoiselle —dijo—. Nuestro benefactor se disgustaría si supiera que en esta casa tratamos así a los desconocidos.

Y me pidió tan encarecidamente que volviera al salón que habría sido una descortesía por mi parte negarme. El gabinete contiguo estaba mejor amueblado y era más habitable; y allí me condujo. Levantó un poco las persianas, dejando ver lo que se asemejaba más a un oratorio que a un boudoir, una pequeña cámara muy solemne, que parecía más dedicada a las reliquias y los recuerdos que al uso cotidiano y la comodidad.

El buen sacerdote se sentó como si quisiera hacerme compañía; pero, en vez de conversar, cogió un libro, fijó la mirada en una página y empezó a susurrar algo que sonaba a oración o letanía. Una luz amarillenta iluminó desde el cielo su calvicie; su figura continuó en la sombra, profunda y purpúrea; inmóvil como una estatua, pareció olvidarse de mí con sus plegarias; sólo levantaba los ojos cuando un rayo más violento o un estruendo más cercano señalaban la proximidad del peligro; ni siquiera entonces alzaba la vista con miedo, sino con reverencia. Yo también me sentía sobrecogida; pero, como no era presa del terror, mis pensamientos y observaciones eran libres.

A decir verdad, empezaba a pensar que el viejo sacerdote se parecía a aquel père Silas ante el que yo me había arrodillado en la iglesia del Beguinaje. Lo recordaba vagamente, pues sólo había visto a mi confesor de perfil y en la penumbra, pero creía advertir cierta semejanza: también me dio la impresión de reconocer su voz. Mientras le contemplaba, resultó evidente que él percibía mi escrutinio; me volví para observar la estancia; también había algo misterioso en ella.

Junto a una cruz curiosamente tallada en viejo marfil —que el tiempo había vuelto amarillo—, y que descansaba sobre un prie-dieu granate, debidamente acompañada de un rico misal y de un rosario de ébano, colgaba el cuadro cuyo oscuro contorno había llamado antes mi atención, el cuadro que se movió y desapareció con la pared, dejando entrar a los fantasmas. Mal iluminado, me había parecido una Madona; ahora que entraba la luz, resultó ser el retrato de una mujer vestida de monja. El rostro, sin ser hermoso, era agradable; pálido, joven y ensombrecido por el dolor o la mala salud. Repito que no era hermoso, ni siquiera interesante; su encanto residía en la fragilidad de su cuerpo, en la inactividad de sus pasiones, en la aquiescencia de sus hábitos; y, sin embargo, estuve contemplándolo mucho tiempo, y no podía dejar de mirarlo.

El viejo sacerdote, que al principio me había parecido tan sordo y tan decrepito, debía de conservar sus facultades en bastante buen estado; aunque daba la impresión de estar absorto en su libro, y jamás levantó la cabeza ni volvió los ojos, que yo supiera, comprendió con claridad qué llamaba mi

atención y, con voz lenta y clara, vertió estos cuatro comentarios:

—Fue muy querida. Dedicó su vida a Dios. Murió muy joven. Todavía es recordada, todavía es llorada.

—¿Por esa dama, madame Walravens? —pregunté, creyendo haber descubierto en el terrible malhumor de aquella anciana una pena inconsolable por la muerte de un ser querido.

El sacerdote lo negó con la cabeza, esbozando media sonrisa.

—No, no —exclamó—; el cariño de una grand-dame por los hijos de sus hijos puede ser considerable, y el dolor por su pérdida muy profundo; pero sólo su prometido, al que el Destino, la Fe y la Muerte negaron tres veces la dicha de la unión, llora lo que ha perdido, como todavía se llora a Justine Marie.

Pensé que el sacerdote quería despertar mi curiosidad, de modo que le pregunté quién había perdido y lloraba todavía a Justine Marie. Su respuesta fue un pequeño relato romántico, que me contó, no sin emoción, mientras la tormenta remitía. He de decir que me habría impresionado mucho más si hubiera sido menos francés, sentimentalmente rousseauniano y preciosista; y hubiera estado menos preocupado por producir un fuerte efecto en mi ánimo. Pero era ostensible que el digno sacerdote había nacido y se había educado en Francia (cada vez me convencía más de su parecido con mi confesor), y era un verdadero hijo de Roma; cuando alzaba la vista, me miraba de soslayo con mucha más sagacidad de la que cabría esperar en un hombre de setenta años. No obstante, creo que era un anciano bondadoso.

El héroe de la historia era un antiguo discípulo suyo, al que ahora llamaba su benefactor, y que, al parecer, había amado a aquella pálida Marie Justine, una rica heredera, en una época en que sus perspectivas en la vida justificaban que aspirara a su mano. El padre de su discípulo, antaño un floreciente banquero, se había arruinado y murió dejando sólo deudas y miseria; y entonces prohibieron al joven que pensara en Marie. Especialmente madame Walravens, aquella vieja bruja con aire de grand-dame que yo acababa de conocer, se opuso al enlace con toda la violencia de un carácter que la deformidad volvía en ocasiones demoníaco. La dulce Marie no tenía ni malicia para mentir, ni fuerza para seguir incondicionalmente a su amado; dejó a su primer pretendiente, pero, negándose a aceptar a un segundo con el bolsillo más lleno, se retiró a un convento, donde murió en su noviciado.

Una prolongada angustia, al parecer, tomó posesión del fiel corazón que la adoraba, y la veracidad de aquel amor y de aquella pena se demostró de un modo que incluso me conmovió al escucharlo.

Unos años después de la muerte de Justine Marie, la bancarrota alcanzó

también a su familia; el padre, que además de ser joyero jugaba a la Bourse, se vio envuelto en una serie de transacciones financieras que supusieron el escándalo y la ruina. Murió de pena por la pérdida, y de vergüenza por la infamia. Su vieja madre jorobada y su desconsolada viuda se quedaron sin un penique; y habrían muerto de hambre, de no haber sido por el leal y antaño desdeñado pretendiente de su difunta hija, que, al enterarse de la situación que atravesaban las dos damas, acudió en su auxilio con singular nobleza. Se vengó de su orgullo altanero con la más misericordiosa caridad: dándoles alojamiento, cuidándolas y ofreciéndoles su amistad, con mayor ternura y eficiencia de la que habría mostrado un hijo. La madre —en conjunto, una mujer buena— murió bendiciéndolo; la extraña abuela, impía, desnaturalizada y misántropa, seguía viviendo, y aquel hombre abnegado costaba sus necesidades. Ella, que había sido la pesadilla de su vida truncando sus esperanzas y procurándole, en vez de amor y felicidad doméstica, un largo luto y una triste soledad, era tratada con el respeto que un buen hijo profesa a su bondadosa madre.

—La llevó a su casa, y —prosiguió el sacerdote con lágrimas sinceras en los ojos— aquí nos da cobijo a mí, su antiguo tutor, y a Agnes, una vieja criada de la familia de su padre. Sé que dedica tres cuartas partes de sus ingresos a mantenernos y a hacer otras obras de caridad, y que, con el resto, se compra algo de pan y se paga el más modesto de los alojamientos. Todo esto ha impedido que se vuelva a casar: se ha entregado a Dios y a su novia angelical como si fuera un ministro del Señor, al igual que yo.

El sacerdote se enjugó las lágrimas antes de decir estas últimas palabras y, al pronunciarlas, alzó la vista unos instantes para fijarse en mí. Reparé en su mirada, a pesar de lo furtiva que fue; el brillo momentáneo de sus ojos reflejó algo que me impresionó.

Estos católicos son seres extraños. De pronto uno de ellos —al que no conoces más que al último inca del Perú o al primer emperador de China— parece saberlo todo de ti; y tiene sus motivos para decirte esto y lo otro cuando tú crees que sus palabras surgen espontáneamente, obedeciendo a un impulso: su plan establece que irás tal día, a tal lugar, bajo tales y tales circunstancias, cuando, en tu torpe ingenuidad, todo te parece fruto de la casualidad o del compromiso. El mensaje y el obsequio que madame Beck había recordado súbitamente, mi inocente embajada a la place de los Reyes Magos, el anciano sacerdote bajando, de manera fortuita, los escalones y cruzando la plaza, su intervención en mi defensa para que la bonne no me impidiera el paso, su reaparición en las escaleras, mi llegada a aquel gabinete, el retrato, la historia narrada voluntariamente con tanta amabilidad... todos aquellos pequeños incidentes, tomados de uno en uno, parecían no guardar relación entre sí, un puñado de cuentas sueltas; pero, ensartados por la mirada astuta y penetrante

de unos ojos jesuíticos, formaban un rosario tan largo como el del prieu-dieu. ¿Dónde estaba el punto de enlace, el pequeño cierre de aquel collar monacal? Veía o sentía la unión, pero era incapaz de encontrar el lugar, o descubrir el enganche.

Es posible que mi ensimismamiento resultara un tanto sospechoso; el sacerdote me interrumpió con delicadeza.

—Mademoiselle —dijo—, confío en que no tenga que ir muy lejos por esas calles inundadas.

—Más de media legua.

—¿Vive usted...?

—En la rue Fossette.

—¿No... no será en el pensionnat de madame Beck? —inquirió con animación.

—En efecto.

—Donc —exclamó, juntando las manos—, donc, vous devez connaître mon élève, mon Paul?

—¿Monsieur Paul Emanuel, el profesor de literatura?

—Él y ningún otro.

Se hizo el silencio. El cierre del eslabón se volvía súbitamente palpable; sentí que se abría al presionarlo.

—La persona de la que ha estado hablando, ¿era monsieur Paul? —pregunté en seguida—. ¿Es él su discípulo y el benefactor de madame Walravens?

—Sí, y de Agnes, la vieja criada; y además —señaló con cierto énfasis— era y es el enamorado fiel, constante y eterno de esa santa del Cielo... Justine Marie.

—Y ¿quién es usted, padre? —continué; y, aunque recalqué mis palabras, resultaron casi superfluas; yo sabía de antemano la respuesta que iba a darme.

—Yo, hija mía, soy père Silas; ese indigno hijo de la Santa Iglesia, al que en una ocasión usted honró con una noble y conmovedora confianza, mostrándome el fondo de un corazón y el santuario interior de un alma que, para ser sincero, codicié dirigir por el bien de la única fe verdadera. No la he perdido de vista ni un día, ni he dejado una hora de interesarme profundamente por usted. Sometida a la disciplina de Roma, moldeada por sus elevadas enseñanzas, inoculada con sus beneficiosas doctrinas, inspirada por el fervor que sólo ella proporciona... me doy cuenta de cuál podría ser su

categoría espiritual, su valor práctico; y envidio su presa a la Herejía.

Me pareció una situación muy singular. Me imaginé, asimismo, en esas circunstancias: sometida a la disciplina, moldeada, educada, inoculada, etcétera.

«Eso nunca», pensé, pero contuve mi disgusto y seguí sentada sin perder la calma.

—Supongo que monsieur Paul no vive aquí, ¿verdad? —exclamé, continuando con un tema que consideré más a propósito que los sueños descabellados de una renegada.

—No; sólo viene de vez en cuando para adorar a su querida santa, confesarse conmigo y presentar sus respetos a la que llama su madre. Su alojamiento sólo tiene dos habitaciones; no tiene criado, pero no permitiría que madame Walravens vendiera esas espléndidas joyas con las que usted la ha visto engalanada, y de las que ella se enorgullece puerilmente por ser los adornos de su juventud y las últimas reliquias de la fortuna de su hijo, el joyero.

«Cuántas veces me ha parecido —pensé— que ese hombre, ese monsieur Emanuel, carecía de magnanimidad en las cosas nimias; y, sin embargo, ¡qué grande es en las cosas importantes!».

Reconozco que no consideré entre las pruebas de su grandeza ni el acto de la confesión ni la adoración de los santos.

—¿Hace cuánto tiempo que murió esa dama? —pregunté, mirando a Justine Marie.

—Veinte años. Era algo mayor que monsieur Emanuel; entonces él era muy joven, pues ahora no tiene más de cuarenta años.

—¿Aún la llora?

—Su corazón siempre la llorará: la esencia del carácter de Emanuel es... la fidelidad.

Lo dijo con gran énfasis.

Y de pronto salió el sol, pálido y acuoso; la lluvia seguía cayendo, pero la tormenta había amainado; el ardiente firmamento, después de partirse, había arrojado sus relámpagos. Si me retrasaba más, apenas me quedaría luz para volver a casa, así que me levanté, y agradecí al sacerdote su hospitalidad y su relato. Me respondió benévolamente con un *pax vobiscum*, que recibí con agrado, pues me pareció reflejar una bondad sincera; pero me gustó menos la misteriosa frase que lo acompañó:

—Hija mía, ¡usted será lo que será!

Un oráculo que me hizo encoger de hombros en cuanto salí a la calle. Es cierto que muy pocos sabemos lo que va a ser de nosotros, pero, dada mi experiencia, esperaba vivir y morir como una sobria protestante: había una falsedad en el interior y una ostentación alrededor de la «Santa Iglesia» que me tentaban, si bien moderadamente. Seguí mi camino meditando sobre muchas cosas. Fuera lo que fuera el catolicismo, había católicos buenos: aquel hombre, Emanuel, parecía ser de los mejores; supersticioso, influenciado por las malas artes de un sacerdote, y, sin embargo, asombroso por su fe apasionada, su ferviente devoción, su espíritu de sacrificio, su caridad infinita. Lo único que faltaba era ver cómo Roma, a través de sus agentes, manejaba esas cualidades; si las mimaba por su propio bien y el del Señor, o practicaba la usura con ellas y se quedaba con los intereses.

Cuando llegué al internado, estaba anocheciendo. Goton había tenido la amabilidad de guardarme un poco de cena, algo que en verdad necesitaba. Me llamó para que la tomara en el pequeño gabinete, y madame Beck no tardó en traerme un vaso de vino.

—Y bien —exclamó, riéndose entre dientes—, ¿qué clase de recibimiento le dispensó madame Walravens? Elle est drôle, n'est-ce pas?

Le conté lo sucedido, transmitiéndole al pie de la letra su mensaje.

—Oh la singulière petite bossue! —se rió—. Et figurez-vous qu'elle me déteste, parce qu'elle me croit amoureuse de mon cousin Paul; ce petit devot qui n'ose pas bouger, à moins que son confesseur ne lui donne la permission! Au reste —prosiguió—, aunque él quisiera casarse con alguien, soit moi, soit une autre, no podría hacerlo; ya tiene una familia demasiado numerosa a su cargo: mère Walravens, père Silas, dame Agnes, y toda una tropa de indigentes anónimos. Nadie como él para imponerse cargas superiores a sus fuerzas, asumiendo voluntariamente responsabilidades innecesarias. Además, alberga una romántica idea sobre cierta pálida Marie Justine, personnage assez niaise à ce que je pense (ése fue el irrespetuoso comentario de madame), que ha sido un ángel del Cielo, o de cualquier otro lugar, durante los últimos veinte años, y con la que piensa reunirse, libre de ataduras terrenas, pure comme un lis, à ce qu'il dit. ¡Se reiría usted si conociera la mitad de las manías y excentricidades de monsieur Emanuel! Pero estoy impidiendo que coma, ma bonne meess, y debe necesitarlo; tome su cena, beba su vino, oubliez les anges, les bossues, et surtout, les professeurs - et bon soir!

Capítulo XXXV

Fraternidad

«Oubliez les professeurs». Eso había dicho madame Beck. Nuestra directora era una mujer sabia, pero no debería haber pronunciado esas palabras. Hacerlo fue un error. Aquella noche tendría que haberme dejado tranquila... no excitada; indiferente, no interesada; aislada en mi propia estima y la de los demás... desvinculada por completo de esa segunda persona que yo debía olvidar.

¿Olvidar? ¡Ah! Tramaron un buen plan para que olvidara a monsieur Paul, ¡los muy presuntuosos! Me mostraron cuán bondadoso era; convirtieron a mi querido hombrecillo en un héroe intachable. Y luego hablaron de su forma de amar. ¿Cómo podía haber sabido yo, antes de ese día, si era capaz de querer o no?

Lo había visto celoso, suspicaz; había percibido en él cierta ternura, cierta vacilación... una dulzura que llegaba como una bocanada de aire cálido, y una compasión que pasaba como el rocío de la mañana, y que secaba el ardor de su irritabilidad: eso era cuanto sabía. Y ellos, père Silas y Modeste Marie Beck (tenía la convicción de que los dos se habían puesto de acuerdo), abrieron el sagrario del corazón de monsieur Paul, y me mostraron un gran amor, hijo de la juventud de su naturaleza meridional, nacido tan profundo y tan perfecto que se había reído de la propia Muerte, despreciando su mezquino expolio de la materia, aferrándose al espíritu inmortal y velando una tumba durante veinte años, victorioso y leal.

Y no lo había hecho por simple capricho: no era una mera concesión a los sentimientos; había demostrado su fidelidad consagrando sus mejores energías a un generoso propósito, y lo había atestiguado con inmensos sacrificios personales: por los seres que ella amó en el pasado, había dejado a un lado la venganza y aceptado una cruz.

En cuanto a Justine Marie, tenía la sensación de conocerla tan bien como si la hubiera visto. Sabía que era suficientemente buena; había jóvenes como ella en el colegio de madame Beck: flemáticas, pálidas, poco despiertas, apáticas, pero de buen corazón, indiferentes al mal, insípidas para el bien.

Si llevaba alas de ángel, yo sabía qué fantasía de poeta se las había proporcionado. Si su frente resplandecía con el reflejo de una aureola, yo sabía en el fuego de qué iris había nacido ese círculo de llamas sagradas.

¿Debía, entonces, tener miedo a Justine Marie? ¿Acaso el retrato de una pálida monja difunta podía levantar una barrera eterna? ¿Y qué pasaba con las obras de caridad que absorbían los bienes terrenos de monsieur Paul? ¿Y qué pasaba con su corazón, consagrado a la virginidad?

Madame Beck, père Silas, no deberían ustedes haberme sugerido esas

preguntas. Eran a un tiempo el enigma más profundo, el obstáculo más firme y el estímulo más poderoso que jamás había experimentado. Durante siete días y siete noches me dormí, soñé y me desperté con ellas. En todo el mundo no había respuesta, si exceptuamos allí donde un hombrecillo moreno vivía, se sentaba, paseaba e impartía lecciones, tocado con el bonnet-grec de un bandido y envuelto en un triste paletôt, lleno de tinta y bastante polvoriento.

Después de mi visita a la rue des Mages, ardía en deseos de ver al profesor. Tenía la sensación de que, sabiendo lo que ahora sabía, leería en su rostro una página más lúcida, más interesante que nunca; anhelaba descubrir en ella la impronta de su primitiva devoción, las huellas del espíritu mitad caballeresco mitad santo que el relato del sacerdote le había atribuido. Se había convertido en mi héroe cristiano, y como tal quería verlo.

No tardé en gozar de una oportunidad: mis nuevas impresiones se pusieron a prueba al día siguiente. Sí: el destino me concedió un encuentro con mi «héroe cristiano», un encuentro no demasiado heroico, ni sentimental, ni bíblico, pero, a su manera, bastante animado.

Hacia las tres de la tarde, la paz de la clase del primer curso —instaurada sin esfuerzo, al parecer, por la serena autoridad de madame Beck, que, in propria persona, estaba impartiendo una de sus metódicas y provechosas lecciones—, esa paz, como iba diciendo, sufrió una brusca sacudida por la entrada impetuosa de un paletôt.

Nadie en ese momento estaba más tranquilo que yo. Liberada de mis responsabilidades gracias a la presencia de madame Beck, sosegada por su voz uniforme, y disfrutando y aprendiendo con la clara explicación del tema que nos ocupaba (pues era muy buena profesora), me inclinaba sobre mi pupitre dibujando, es decir, haciendo una copia de un minucioso grabado, esforzándome para que se pareciera al original, pues ésa era mi idea del arte; y, por extraño que parezca, me complacía enormemente esa tarea, e incluso sabía reproducir facsímiles chinos de una gran exquisitez, de planchas de acero o punta seca; no creo que fueran más valiosos que los trabajos de estambre, pero, por aquel entonces, yo tenía muy buena opinión de ellos.

¿Qué ocurría? Mi dibujo, mis lápices, mi querida copia, recogidos con violencia, desaparecieron de mi vista; yo misma me sentí zarandeada y arrancada de mi silla, al igual que una nuez moscada marchita y solitaria es extraída de una caja de especias por un cocinero exaltado. Aquella silla y mi pupitre, levantados por el enloquecido paletôt, cada uno debajo de una manga, de pronto estuvieron lejos; en un instante, yo misma seguí a los muebles; dos minutos después, estaban en el centro de la grande salle —la enorme sala contigua, que sólo empleábamos normalmente para clases de baile y canto coral—, colocados con un ímpetu que parecía desvanecer toda esperanza de

que me permitieran algún día moverme de allí.

Cuando logré recuperarme parcialmente del susto, me encontré ante dos hombres —supongo que debería decir caballeros—, uno moreno, el otro rubio; uno con aire estirado, medio marcial, con galones en el surtout; y el otro compartiendo, por su atuendo y sus modales, el aspecto descuidado de artistas y estudiantes: los dos lucían en todo su esplendor mostachos, patillas y moscas. Monsieur Emanuel estaba un poco apartado de ellos; su semblante y sus ojos reflejaban una intensa cólera; extendió la mano con su gesto de tribuno.

—Mademoiselle —dijo—, su misión consiste en demostrar a estos caballeros que no soy un mentiroso. Responderá lo mejor que pueda a las preguntas que ellos le formulen. Escribirá sobre el tema que ellos decidan. Para estos caballeros soy un impostor sin escrúpulos. Escribo redacciones; y, con deliberada falsedad, las firmo con los nombres de mis alumnos y alardeo de su trabajo. Usted rebatirá esa acusación.

Grand Ciel! La prueba-espectáculo, tanto tiempo eludida, caía sobre mí como un trueno. Aquellos dos personajes elegantes, altaneros, con galones y mostachos no eran otros que los atildados profesores de universidad, monsieur Boissec y Rochemorte, un par de petimetres sin sentimientos, además de pedantes, escépticos y burlones. Al parecer, monsieur Paul había cometido la imprudencia de enseñar algo que yo había escrito... algo que jamás había elogiado o siquiera mencionado en mi presencia, y que yo creía olvidado. La redacción no era nada excepcional; sólo parecía serlo en comparación con las que escribían la mayoría de las muchachas extranjeras; en un centro de enseñanza inglés habría pasado casi inadvertida. Messieurs Boissec y Rochemorte habían creído oportuno investigar su autenticidad, e insinuaban que era una estafa; yo tenía que atestiguar la verdad, y someterme a la tortura de su examen.

Siguió una escena memorable.

Empezaron con los clásicos. Me quedé en blanco. Continuaron con la historia de Francia. Apenas distinguía a Meroveo de Faramundo. Me preguntaron sobre distintas materias, y yo sólo movía la cabeza y repetía:

—Je n'en sais rien.

Después de un silencio muy expresivo, prosiguieron con temas de cultura general, sacando uno o dos asuntos que yo conocía muy bien, y sobre los que había reflexionado con frecuencia. Monsieur Emanuel, hasta entonces sombrío como el solsticio de invierno, pareció iluminarse; pensó que al menos podría demostrar que no era idiota.

Comprendió su error. Aunque no tardaba en responder, pues mis

pensamientos manaban como una fuente, las ideas estaban allí, pero no las palabras. Yo no podía o no quería hablar, no sé cuál de las dos cosas: en parte porque tenía los nervios crispados, en parte porque estaba enfadada.

Oí cómo uno de los examinadores —el de los galones— le decía en voz baja a su colega:

—Est-elle donc idiote?

«Sí —pensé yo—, claro que es idiota, y siempre lo será, con hombres como ustedes».

Pero yo sufría, sufría cruelmente; veía el desánimo reflejado en la frente de monsieur Paul, y leía en sus ojos un apasionado aunque triste reproche. No quería creer en mi falta total de ingenio; pensaba que yo podía ser muy vivaz si quería.

Finalmente, para aliviarle a él, a los profesores y a mí misma, balbucí:

—Caballeros, será mejor que me dejen marchar; no sacarán nada bueno de mí; como dicen ustedes, soy idiota.

Ojalá hubiera podido hablar con calma y dignidad, o mi sentido común hubiera bastado para contener mi lengua; pero esa lengua desleal tartamudeó, titubeó. Al observar cómo los jueces lanzaban a monsieur Emanuel una mirada penetrante de triunfo, y oír el temblor incontenible de mi propia voz, prorrumpí en un llanto ahogado. Mi emoción era mucho más de ira que de dolor; si hubiera sido un hombre, y además fuerte, habría desafiado a aquella pareja allí mismo. Pero era emoción, y habría preferido que me azotaran antes que traicionarla.

¡Los muy inútiles! ¿Acaso no pudieron ver en seguida la torpe mano de un principiante en la redacción que consideraban falsa? El tema era clásico. Cuando monsieur Paul dictó el asunto sobre el que debíamos escribir, era la primera vez que lo oía; se trataba de algo nuevo para mí, y me faltaba material para desarrollarlo. Pero conseguí libros, estudié los hechos, construí con esfuerzo un esqueleto con los huesos secos de la realidad, y después lo vestí e intenté infundirle vida; y este último proceso fue muy placentero. Mis días no fueron fáciles ni tranquilos hasta que encontré esos hechos, los entresaqué y los señalé oportunamente; tampoco pude dejar de investigar y de esforzarme hasta que me satisfizo una correcta anatomía; mi fuerte repugnancia a la idea de imperfección o falsedad me ayudó en ocasiones a eludir errores garrafales; pero los conocimientos no estaban en mi cabeza, preparados y maduros; no se habían sembrado en Primavera, ni habían crecido en Verano, ni se habían cosechado en Otoño, ni se habían guardado durante el Invierno. Todo lo que deseara, debía salir y recogerlo fresco; llenar mi regazo de hierbas silvestres y, después de cortarlas, echarlas en la olla muy verdes. Messieurs Boissec y

Rochemorte no se dieron cuenta de eso. Confundieron mi trabajo con la obra de un maduro erudito.

Pero no me dejaron marchar: tuve que sentarme y escribir delante de ellos. Cuando mojé mi pluma en el tintero con mano temblorosa, y contemplé una hoja en blanco con los ojos, medio ciegos, anegados en llanto, uno de mis jueces, con actitud afectada, empezó a disculparse por el dolor que me causaba.

—Nous agissons dans l'intérêt de la vérité. Nous ne voulons pas vous blesser —exclamó.

El desprecio me infundió coraje. Me limité a responder:

—Dícteme, monsieur.

Rochemorte eligió este tema: la Justicia Humana.

¡La Justicia Humana! ¿Qué podía decir sobre ella? Pálida y fría abstracción, incapaz de sugerirme una idea inspiradora; y allí estaba monsieur Emanuel, tan triste como Saúl y tan severo como Joab, viendo cómo triunfaban sus acusadores.

Miré a estos últimos. Estaba armándome de valor para decir que no pensaba darles la satisfacción de escribir o pronunciar una palabra más, que ni su tema me gustaba ni su presencia me inspiraba, y que, a pesar de eso, cualquiera que arrojara una sombra de duda sobre el honor de monsieur Emanuel ultrajaba esa verdad que ellos aseguraban defender: me disponía a afirmar todo eso, como iba diciendo, cuando una luz resplandeció súbitamente en mi memoria.

Aquellos dos rostros que se asomaban entre una maraña de cabellos largos, mostachos y patillas... aquellos dos semblantes fríos pero insolentes, desconfiados pero presuntuosos, eran los mismos, exactamente los mismos que, a la luz de una farola y saliendo de detrás de unas columnas, me habían dado un susto de muerte la noche de mi llegada a Villette. Aquéllos, tuve la certeza moral, eran los mismos héroes que habían dejado a una extranjera sin amigos aturdida y extenuada, después de perseguirla sin descanso por todo un barrio de la ciudad.

«¡Respetables mentores! —pensé—. ¡Virtuosos guías de la juventud! Si la “Justicia Humana” fuera como debe ser, no creo que ninguno de los dos ocupara su cargo actual, ni disfrutara de la misma reputación».

En cuanto se me ocurrió la idea, me puse manos a la obra. La «Justicia Humana» apareció ante mí con un nuevo aspecto: una extraña belle-dame vestida de rojo y con los brazos en jarras. La vi en su casa, una guarida de confusión: los criados le pedían unas órdenes que no daba, o una ayuda que no

ofrecía; los mendigos esperaban en su puerta, muriéndose de hambre sin que nadie lo advirtiera; un enjambre de niños alborotadores y enfermos se arrastraban a sus pies y le pedían a voz en grito que se fijase en ellos, y les compadeciera, curara y salvase. A la honrada mujer le daban igual todas esas cosas. Tenía un cómodo asiento junto al fuego, y se consolaba con una pequeña pipa negra y una botella del jarabe balsámico de la señora Sweeny; fumaba, bebía y disfrutaba de su paraíso, y siempre que un lamento de aquellas almas infortunadas traspasaba sus oídos, mi alegre dame cogía el atizador o la escobilla de la chimenea: si el infractor era débil, enfermizo y había sido injustamente tratado, le daba una lección para que escarmentara; si era fuerte, violento y bullicioso, se limitaba a amenazarlo, y luego metía su mano en una bolsa muy profunda y le arrojaba una abundante lluvia de caramelos.

Ésa fue la breve composición sobre la «Justicia Humana» que garabateé apresuradamente en una hoja, y que entregué a messieurs Boissec y Rochemorte. Monsieur Emanuel lo leyó por encima de mi hombro. Sin esperar sus comentarios, hice una reverencia a los tres y salí de la estancia.

Monsieur Paul y yo volvimos a vernos aquel día, después de las clases. Por supuesto, la conversación no fue nada fluida al principio; yo tenía que ajustarle las cuentas: aquel examen obligatorio no podía ser digerido como si tal cosa. Tras un tenso diálogo me llamó «une petite moqueuse et sans coeur», y monsieur se marchó temporalmente.

Yo no deseaba que se fuera, sólo quería que comprendiera que el arrebato al que había cedido aquella tarde no podía quedar impune, así que me alegré de verlo, poco después, trabajando en el jardín junto al berceau. Se acercó a la puerta acristalada; yo seguí su ejemplo. Hablamos de algunas flores que ahí crecían. Monsieur no tardó en dejar su pala; después reanudó la conversación, abordó otros temas, y por fin tocó un punto de interés.

Consciente de que su conducta de aquel día podía tacharse de especialmente extravagante, monsieur Paul me pidió disculpas; pareció lamentar, asimismo, tener siempre un genio tan vivo, aunque me dio a entender que había que ser indulgente con él.

—Pero no espero que usted lo sea, señorita Lucy —dijo—; no me conoce, ni conoce mi situación ni mi historia.

Su historia. Recogí la palabra en seguida; fui tras la idea.

—No, monsieur —contesté—. Por supuesto, como usted dice, no conozco su historia, ni su situación, ni sus sacrificios, ni ninguna de sus penas, padecimientos, afectos o lealtades. ¡Oh, no! No sé nada de usted; para mí es un completo desconocido.

—¿Cómo? —murmuró, arqueando las cejas con sorpresa.

—Ya sabe, monsieur, que sólo lo veo en clase: severo, dogmático, rápido, autoritario. En la ciudad, lo único que oigo decir de usted es que es un hombre activo y obstinado, creativo, con don de mando, pero difícil de persuadir y casi imposible de someter. Un hombre como usted, sin ataduras, no puede tener apego a nadie; sin cargas familiares, está libre de deberes. Todos nosotros, las personas con que usted se relaciona, somos máquinas, que usted empuja de aquí para allá, sin tener en cuenta sus sentimientos. Usted busca divertirse en público, a la luz de una araña nocturna: este internado y aquel instituto son sus talleres, el lugar donde fabrica esa mercancía llamada alumnos. No sé siquiera dónde vive; es natural dar por sentado que no tiene hogar, ni lo necesita.

—Ya he sido juzgado —exclamó—. Su opinión de mí es justo la que creía. Para usted, no soy ni un hombre ni un cristiano. Me ve desprovisto de afectos y de religión, sin lazos familiares ni amistosos, sin una fe o unos principios que me guíen. Muy bien, mademoiselle, ésa es nuestra recompensa en esta vida.

—Es usted un filósofo, monsieur; un filósofo cínico (y miré su paletôt, y le vi cepillar una de sus oscuras mangas con la mano), despreciando las flaquezas humanas... por encima de los lujos... alejado de las comodidades.

—Et vous, mademoiselle; vous êtes proprette et douillette, et affreusement insensible, par-dessus le marché.

—Pero, en pocas palabras, monsieur, ahora que lo pienso, usted debe de vivir en algún sitio, ¿no es así? Dígame dónde; y qué criados tiene.

Sacando de un modo horrible el labio inferior, en prueba de su profundo desdén, estalló:

—Je vis dans un trou! Habito en una madriguera, señorita... en una caverna, donde usted no metería sus delicadas narices. En una ocasión, avergonzado de contarle la verdad, le hablé de mi «estudio» en ese edificio: sepa que ese «estudio» es mi hogar; en él están mi salón y mi dormitorio. En cuanto a mis «criados» —exclamó imitando mi voz—, son diez: les voilà!

Y extendió lúgubrementemente sus diez dedos, delante de mis ojos.

—Yo me limpio las botas —prosiguió, impetuoso—. Cepillo mi paletôt.

—No, monsieur, eso sería caer demasiado bajo; usted nunca hace eso —fue mi paréntesis.

—Je fais mon lit et mon ménage; tomo las comidas en un restaurante, y mi cena no necesita muchos cuidados; paso unos días con mucho trabajo y nada de amor, y unas noches largas y solitarias; soy feroz, y barbudo, y monacal; y no hay ningún ser vivo que me quiera, excepto algunos viejos corazones tan

gastados como el mío, y unas pocas criaturas, arruinadas, doloridas, carentes de bienes materiales y espirituales, a las que una voluntad y un testamento que nadie puede discutir han legado el reino de los cielos.

—¡Ya lo sé, monsieur!

—¿Qué sabe usted, Lucy? Muchas cosas, estoy convencido; ¡pero nada sobre mí!

—Sé que posee una casa muy antigua y agradable en una plaza muy antigua y agradable de la Basse-Ville. ¿Por qué no vive allí?

—¿Cómo dice? —murmuró de nuevo.

—Es muy bonita, monsieur; con los escalones que conducen a la entrada, las losas grises delante, los árboles detrás... auténticos árboles, no pequeños arbustos... árboles altos, frondosos y centenarios. Y el boudoir-oratoire... Debería convertir ese gabinete en su estudio; ¡es tan tranquilo y señorial!

Me miró con detenimiento; sonrió un poco y pareció enrojecer.

—¿De dónde ha sacado todo eso? ¿Quién se lo ha contado? —preguntó.

—Nadie me lo ha contado. ¿Cree que lo habré soñado, monsieur?

—¿Acaso puedo adentrarme en sus visiones? Si no puedo adivinar los pensamientos de una mujer despierta, ¿cómo voy a conocer sus fantasías mientras duerme?

—Si lo he soñado, en mi sueño vi seres humanos, además de una casa. Vi a un sacerdote, anciano, canoso y encorvado; y a una criada muy vieja y pintoresca; y a una dama, deslumbrante aunque extraña; su cabeza apenas me llegaba al codo, su magnificencia podría rescatar a un duque. Llevaba un vestido tan brillante como el lapislázuli, y un chal de más de mil francos: lucía las joyas más hermosas y resplandecientes que uno pueda imaginar; pero su figura parecía haberse roto y estaba tan arqueada que daba la impresión de ser doble; era como si hubiera vivido más años que el resto de la humanidad, y hubiera alcanzado una edad donde todo supusiera dolor y esfuerzo. Se había vuelto huraña, casi malvada; pero alguien, al parecer, cuidaba de ella en su vejez, alguien perdonaba sus ofensas, esperando que de ese modo le fueran perdonadas las suyas. Aquellas tres personas vivían juntas: la señora, el capellán, la criada. Los tres eran ancianos, débiles, y se habían refugiado juntos bajo un ala generosa.

Monsieur Paul se cubrió la parte superior del rostro con la mano, pero no ocultó su boca, en la que leí una expresión que me gustó.

—Veo que se ha enterado de mis secretos —dijo—, pero ¿cómo ha sido?

Se lo conté todo: el encargo de madame Beck, la tormenta que me había

detenido, la brusquedad de la dama, la amabilidad del sacerdote.

—Y mientras esperaba que dejase de llover, père Silas me entretuvo con una historia —añadí.

—¿Una historia? ¿Qué historia? Père Silas no es un literato.

—Si quiere se la cuento.

—Sí, empiece por el principio. Escuchemos el francés de la señorita Lucy... el mejor o el peor, da lo mismo: escuchemos una buena poignée de barbarismos, y una abundante dosis de acento isleño.

—No espere escuchar un relato demasiado ambicioso, monsieur, ni disfrutar del espectáculo de un narrador atascado en medio de la historia. Pero le diré el título: «El discípulo del sacerdote».

—¡Bah! —exclamó monsieur Paul, mientras el rubor teñía de nuevo sus oscuras mejillas—. El viejo y bondadoso padre no pudo elegir un tema peor: es su punto flaco. Pero ¿qué dijo del «discípulo del sacerdote»?

—¡Oh! Muchas cosas.

—Estaría bien que explicara qué cosas. Pretendo saberlo.

—La juventud del discípulo, su madurez... su avaricia, ingratitud, crueldad, inconstancia. ¡Un alumno tan malo, monsieur! ¡Tan desagradecido, insensible, implacable y falto de caballerosidad!

—Et puis? —inquirió, sacando un cigarro.

—Et puis —proseguí—, atravesó una serie de calamidades que nadie compadeció, las sobrellevó con un coraje que nadie admiró, soportó unas injusticias que nadie comprendió; y al final se vengó muy poco cristianamente de sus enemigos devolviéndoles bien por mal.

—No me lo ha contado todo —dijo.

—Casi todo, según creo: le he señalado los encabezamientos de los capítulos de père Silas.

—Ha olvidado uno; el que se refiere a la incapacidad de sentir afecto del discípulo... a su corazón duro, frío y monacal.

—Es cierto; ahora lo recuerdo. Père Silas dijo que su vocación era casi la de un sacerdote; que consideraba su vida consagrada.

—¿Por qué lazos o deberes?

—Por los lazos del pasado y las obras de caridad del presente.

—Entonces, ¿está al tanto de la situación?

—Le he contado a monsieur todo lo que me dijeron.

Nos entregamos unos minutos a la meditación.

—Ahora, mademoiselle Lucy, míreme y, con la franqueza que sé que nunca ha quebrantado a sabiendas, contéstemme a una pregunta. Levante sus ojos; clávelos en los míos; no vacile; no tema confiar en mí... soy un hombre en quien se puede confiar.

Levanté los ojos.

—Ahora que me conoce de verdad... todos mis antecedentes, todas mis responsabilidades... después de llevar familiarizada mucho tiempo con mis defectos, ¿podemos usted y yo seguir siendo amigos?

—Si monsieur quiere que sea su amiga, me alegraré de contar con su amistad.

—Pero una amistad entrañable, quiero decir. Íntima y verdadera, igual en todo, aunque con distinta sangre. ¿Querrá miss Lucy ser la hermana de un hombre muy pobre, cautivo y abrumado por las responsabilidades?

No pude responderle con palabras, pero supongo que asentí; cogió mi mano, que halló consuelo cobijándose en la suya. Su amistad no era un ofrecimiento incierto y vacilante, una esperanza fría y lejana, un sentimiento tan frágil que no pudiera soportar el peso de unos dedos: en seguida sentí (o creí sentir) su apoyo, fuerte como una roca.

—Cuando hablo de amistad, me refiero a una amistad verdadera —insistió.

Y yo apenas podía creer que unas palabras tan graves hubieran bendecido mis oídos; apenas podía creer que su mirada inquieta y amable fuera real. Si de veras deseaba mi confianza y estima, y de veras me entregaba las suyas, tenía la sensación de que la vida no podía ofrecerme nada mejor. En ese caso, yo era fuerte y rica: en un instante, me convertí en una mujer feliz. Para asegurarme del hecho, fijarlo y sellarlo, pregunté:

—¿Habla usted en serio, monsieur? ¿Piensa realmente que me necesita y que puede sentir el mismo interés por mí que por una hermana?

—Por supuesto, por supuesto —respondió—; un hombre solitario como yo, sin ninguna hermana, no puede sino alegrarse de encontrar un cariño puro y fraternal en el corazón de una mujer.

—Y ¿me atreveré yo a confiar en el respeto de monsieur? ¿Osaré dirigirme a él cuando me sienta inclinada a hacerlo?

—Mi hermana pequeña debe hacer sus experimentos —dijo él—; no le prometo nada. Tiene que importunar y poner a prueba a su díscolo hermano hasta inculcarle lo que desee. Después de todo, resulta bastante dúctil en

algunas manos.

Mientras hablaba, el tono de su voz, el brillo de sus ojos ahora tan afectuosos, me infundieron una alegría desconocida. No envidié a ninguna joven su enamorado, ni a ninguna novia su novio, ni a ninguna esposa su marido; me sentía feliz con aquel amigo voluntario. Si podía fiarme de él, como parecía, ¿qué otra cosa podía codiciar que no fuera su amistad? Pero ¿y si todo se desvanecía como un sueño, al igual que había ocurrido antes?

—Qu'est-ce donc? ¿Qué ocurre? —preguntó, cuando ese pensamiento se me clavó en el corazón y ensombreció mi rostro.

Se lo conté; después de unos instantes de silencio, y con una sonrisa pensativa, me confesó que un temor muy similar —que yo me cansara de él, un hombre de temperamento tan difícil e inestable— le había atormentado muchos días, incluso meses.

Sus palabras me dieron serenidad. Me atreví a decirle unas frases tranquilizadoras. No sólo las aceptó; me pidió que las repitiera. Me sentí muy dichosa, extrañamente dichosa, de procurarle paz, alegría y seguridad. La víspera, habría sido incapaz de creer que la tierra tuviese, o que la vida ofreciera, momentos como los que estaba viviendo. Innumerables veces me había tocado en suerte contemplar cómo la tristeza se cernía oscuramente sobre mí; pero ver cómo una felicidad inesperada tomaba forma, se hacía un hueco, y se volvía más real a medida que transcurrían los segundos era ciertamente una nueva experiencia.

—Lucy —dijo monsieur Paul, hablando en voz baja y sosteniendo todavía mi mano—, ¿se fijó usted en el cuadro que había en el boudoir de la vieja casa?

—Sí; una tabla.

—¿El retrato de una monja?

—Sí.

—¿Conoce su historia?

—Sí.

—¿Recuerda lo que vimos aquella noche en el berceau?

—Nunca lo olvidaré.

—No ha asociado usted las dos ideas; sería una locura, ¿verdad?

—Pensé en la aparición en cuanto vi el retrato —respondí, lo cual era una verdad como un templo.

—Supongo que no se le pasó por la cabeza... ni se le pasará —prosiguió—

que una santa del Cielo pueda inquietarse por sus rivales en la tierra... Los protestantes rara vez son supersticiosos; ¿jamás le atormentan esas morbosas fantasías?

—No sé qué pensar de este asunto; pero estoy convencida de que algún día encontraremos una solución perfectamente natural a este aparente misterio.

—Sin duda, sin duda. Además, ninguna mujer viva, y mucho menos un espíritu puro y feliz, se molestaría por una amistad como la nuestra, n'est-il pas vrai?

Antes de que pudiera contestar, irrumpió Fifine Beck, sonrosada y brusca, diciendo que me buscaban. Su madre se marchaba a la ciudad para visitar a una familia inglesa que quería conocer detalles sobre el colegio: necesitaba mis servicios de intérprete. La interrupción no fue inoportuna: el día tiene males más que suficientes; el bien de aquella hora bastaba. Sin embargo, me habría gustado preguntar a monsieur Paul si las «morbosas fantasías» contra las que me prevenía anidaban en su propio cerebro.

Capítulo XXXVI

La manzana de la discordia

Además de la madre de Fifine Beck, otra autoridad tenía algo que decirnos a monsieur Paul y a mí antes de que ese tratado de amistad pudiera ser ratificado. Estábamos bajo la surveillance de un ojo que nunca dormía: Roma vigilaba celosamente a su hijo a través de aquella misteriosa celosía ante la que yo una vez me había arrodillado, y a la que monsieur Emanuel se acercaba un mes tras otro: el panel corredizo del confesionario.

¿Por qué me alegraba tanto de ser amiga de monsieur Paul?, se preguntará el lector. ¿Acaso él no llevaba mucho tiempo siendo amigo mío? ¿No había dado pruebas más que suficientes de cierta parcialidad en sus sentimientos?

Sí, lo había hecho; pero me gustaba oírle decir con tanta seriedad que era mi amigo inseparable, verdadero; me gustaban sus pequeñas dudas, su tierna deferencia, esa confianza que anhelaba descansar, y agradecía que le enseñaran cómo. Me había llamado «hermana». Estaba bien. Sí; podía llamarme lo que quisiera siempre que confiase en mí. Estaba dispuesta a ser su hermana con la condición de que no me sugiriera guardar esa relación de parentesco con alguna futura esposa; aunque, al estar tácitamente consagrado al celibato, no era probable que ese dilema se planteara.

Pasé toda la noche que siguió a nuestra conversación reflexionando.

Deseaba con toda el alma que amaneciera, y escuchar por fin el sonido de la campanilla; después de levantarme y vestirme, las oraciones y el desayuno se me hicieron eternos, así como las horas que me separaban de la clase de literatura. Quería comprender mejor aquella alianza fraternal: observar si se comportaba como un hermano al verme de nuevo; comprobar cuánto había de hermana en mis propios sentimientos; descubrir si yo podía reunir el valor de una hermana, y él la franqueza de un hermano.

Monsieur Paul entró. La vida está organizada de tal modo que los acontecimientos no pueden, no logran, colmar las expectativas. No se dirigió a mí en todo el día. Dio su clase con más tranquilidad de la habitual, con más cortesía y también mayor gravedad. Se mostró muy paternal con sus alumnas, pero nada fraternal conmigo. Cuando iba a abandonar la clase, yo esperé una sonrisa, por no decir una palabra; no me dedicó ni lo uno ni lo otro: se limitó a saludarme con la cabeza, apresurada, tímidamente.

Este distanciamiento, argumenté, es accidental, involuntario; un poco de paciencia y desaparecerá. No desapareció; continuó durante días; aumentó. Oculté mi sorpresa, y reprimí cualquier otro sentimiento que empezara a aflorar.

Cuánta razón tuve al preguntarle cuando me ofreció su amistad fraternal: «¿Me atreveré a confiar en usted?». Y cuánta razón tuvo él —sin duda, conociéndose— al eludir cualquier promesa. Es cierto que me pidió que hiciera mis propios experimentos, que le importunara y pusiera a prueba. ¡Vano requerimiento! ¡Privilegio teórico e imposible! Algunas mujeres podrían ejercerlo, pero no había nada en mi energía o en mis instintos que me situara entre ese valeroso grupo. Si me dejaban sola, era pasiva; si me rechazaban, me retiraba; si me olvidaban... ni mis labios se moverían, ni mis ojos expresarían nada. Era como si hubiera cometido algún error en mis cálculos, y esperaba a que el tiempo disipara mis dudas.

Pero llegó el día en que, como de costumbre, monsieur Paul tenía que darme clase. Una tarde de cada siete, me dedicaba generosamente su tiempo: examinaba los trabajos que había realizado esa semana y me ayudaba a preparar los de la siguiente. En esas ocasiones, mi aula estaba en cualquier parte, allí donde se encontraran alumnas y profesoras, o muy cerca, con frecuencia en la espaciosa clase de segundo, donde era fácil encontrar un rincón tranquilo cuando las numerosas externas se marchaban a sus casas y las pocas internas se apiñaban alrededor del estrado de la surveillante.

La tarde de siempre, al oír que el reloj daba la hora acostumbrada, recogí libros y papeles, pluma y tinta, y me dirigí al aula de segundo.

No había nadie en la classe, envuelta en una fría y oscura penumbra; pero a través de su puerta, que era doble y estaba abierta, se veía el carré lleno de luz

y de alumnas; y el rojo resplandor del crepúsculo iluminaba el vestíbulo y las figuras de las jóvenes. Su fulgor era tan intenso y escarlata que las paredes y los vestidos multicolores parecían fundidos en una misma llamarada. Las muchachas estaban sentadas, trabajando o estudiando; en medio de ellas se encontraba monsieur Emanuel, hablando muy risueño con una profesora. Su oscuro paletôt, su pelo negro, se veían teñidos por los reflejos carmesíes; su rostro español, cuando lo volvió momentáneamente, respondió al beso del sol con una animada sonrisa. Me senté en un pupitre.

Los naranjos y las brillantes flores disfrutaban, asimismo, de la exultante generosidad del sol; habían pasado el día con él, y ahora estaban sedientas. A monsieur Emanuel le gustaba la jardinería; disfrutaba cuidando de las plantas. Yo tenía la impresión de que trabajar entre los arbustos con una regadera y una pala calmaba sus nervios; era un pasatiempo al que recurría con frecuencia; y en aquellos momentos contemplaba los naranjos, los geranios, los maravillosos cactus, y los reavivaba con el agua que tanto necesitaban. Sus labios, mientras tanto, sostenían su querido cigarro, para él algo indispensable y el principal lujo de la existencia; sus espirales azules ascendían con gracia entre las flores, a la luz del atardecer. No habló más con las alumnas, ni con las maestras, pero se dirigió cariñosamente a una pequeña spaniel que en teoría era de la casa, pero que le consideraba a él su amo, pues le quería mucho más que a cualquier habitante del pensionnat. Era una perrita adorable, suave y delicada, que trotaba a su lado y le miraba con arrobos; y siempre que él lanzaba su bonnet-grec o su pañuelo, lo que hacía de vez en cuando jugando, se agachaba junto a ellos con el aire de un león en miniatura que guardase la bandera de un reino.

Había muchas plantas y, como el jardinero aficionado sacaba el agua del pozo del jardín con sus propias manos, siempre activas, su trabajo se prolongó bastante tiempo. El enorme reloj de la escuela hacía tictac. Dio otra hora. El carré y el grupo de alumnas perdieron la magia del crepúsculo. El día llegaba a su fin. Comprendí que mi lección sería muy corta; pero los naranjos, los cactus, las camelias habían sido atendidos. ¿Había llegado mi turno?

Lamentablemente, en el jardín había más plantas que cuidar: sus rosales favoritos, algunas flores exquisitas; el alegre ladrido y los gruñidos de la pequeña Sylvie siguieron el paletôt que se alejaba por los senderos. Dejé algunos de mis libros; no los necesitaría todos; me quedé sentada, pensativa, y esperé, maldiciendo sin querer la llegada sigilosa del ocaso.

Sylvie apareció de nuevo ante mi vista, retozando muy feliz, anunciando el regreso del paletôt; la regadera fue depositada al lado de la fuente; había cumplido su misión; ¡cuánto me alegré! Monsieur se lavó las manos en una pequeña pila de piedra. Era demasiado tarde para una lección; la campanilla de las oraciones no tardaría en sonar; pero todavía debíamos encontrarnos; él me

hablaría; tendría la oportunidad de leer en sus ojos el enigma de su timidez. Cuando terminó sus abluciones, se arregló lentamente los puños y contempló una luna joven en forma de asta; flotaba pálida en el cielo opalino y brillaba débilmente sobre las vidrieras de St Jean Baptiste. Sylvie observaba aquel ánimo contemplativo; le irritaba tanta quietud; gruñó y saltó para perturbarla. Monsieur Paul bajó la mirada.

—Petite exigeante! —exclamó—. Según parece, no puedo olvidarme de ti ni un instante.

Se agachó, la cogió en brazos, y cruzó el patio con aire despreocupado, a menos de una yarda de la hilera de ventanas; yo estaba tras una de ellas. Caminaba lentamente, acariciando y estrechando a la pequeña spaniel contra su pecho, hablándole con ternura. Al llegar a los escalones de la puerta, se volvió; miró de nuevo la luna, la catedral cenicienta, y por encima de los chapiteles más lejanos y de los tejados de los edificios desvaneciéndose en un mar azul de neblina nocturna; disfrutó del dulce aliento del crepúsculo, y percibió la frescura y la belleza envolvente de las flores; súbitamente, miró a uno y otro lado; recorrió con sus ojos penetrantes la façade blanca de las clases y la larga hilera de croisees. Creo que hizo una pequeña reverencia; si la hizo, no tuve tiempo de devolverle el saludo. En un instante, se había ido. El umbral iluminado por la luna se quedó pálido y sin sombras ante la puerta cerrada.

Recogiendo todo lo que tenía en la mesa, lo llevé, sin utilizar, a su lugar en la clase de tercero. Sonó la campanilla de las oraciones; obedecí a su llamada.

Al día siguiente, monsieur Paul no apareció en la rue Fossette, pues era el día que dedicaba a su instituto. Llegué al final de mis clases; superé las horas intermedias; vi acercarse la tarde, y me preparé para sus tediosas horas. No sabía si era peor quedarme con las demás internas o sentarme a solas; naturalmente, opté por esto último; si existía alguna esperanza de consuelo, no había en todo el internado una cabeza o un corazón que pudiera alentarla; sólo podía anidar en el interior de mi mesa, acurrucada entre las hojas de algún libro, dorando la punta de un lápiz o una pluma, o tiñendo el líquido negro de aquel tintero. Con el corazón afligido, abrí la tapa del pupitre; con mano cansada, rebusqué en su contenido.

Uno a uno, saqué y volví a guardar sin esperanzas los libros conocidos, los volúmenes de tapas familiares; no tenían el menor encanto; no ofrecían consuelo. Pero... aquel folleto lila, ¿era nuevo? No lo había visto antes, y había ordenado mi pupitre aquel mismo día... aquella misma tarde; tenían que haberlo dejado allí hacía menos de una hora, mientras cenábamos.

Lo abrí. ¿Qué era? ¿Qué me enseñaría?

No era un relato ni un poema, tampoco un ensayo ni una obra histórica; no

versificaba, no narraba, no debatía. Era una obra de teología; predicaba y convencía.

Le presté oídos de buen grado, pues, a pesar de su brevedad, parecía muy interesante, y en seguida captó mi atención. Predicaba el catolicismo; animaba a la conversión. La voz de aquel astuto librito era dulce como la miel; sus palabras, todo bálsamo y unción. En sus páginas no retumbaban los truenos de Roma, ni soplaban las ráfagas de su descontento. El protestante debía hacerse papista, más que por el temor al infierno de los herejes, por el consuelo, la indulgencia y la ternura que la Santa Iglesia ofrecía: nada más lejos de su pensamiento que amenazar o coaccionar; su único deseo era guiar y convencer. ¿Perseguir ella? ¡Oh, no! ¡De ningún modo!

Aquel humilde volumen no se dirigía a los hombres curtidos y mundanos; no era un plato demasiado fuerte para los fuertes: era leche para infantes; el dulce efluvio del amor de una madre por sus hijos más frágiles y pequeños; destinado únicamente a aquellos cuya cabeza se alcanza a través del corazón. No apelaba al intelecto; buscaba convencer a los afectuosos con su afecto, a los compasivos con su compasión: St Vincent de Paul, rodeado de sus huérfanos, jamás había hablado con más dulzura.

Recuerdo que uno de los principales argumentos para la apostasía era que un católico que había perdido a sus amigos más queridos tenía el consuelo indescriptible de poder sacarlos del purgatorio con sus oraciones. El escritor no mencionaba la mayor serenidad de aquellos cuyas creencias prescindían de ese lugar de tormento; pero medité sobre el asunto y, en conjunto, me pareció mucho más reconfortante esta segunda doctrina.

El librito me entretuvo, y no me desagradó plenamente. Era una obra sentimental, poco profunda, llena de alusiones, y, sin embargo, tenía algo que me animó y me hizo sonreír; me divirtió ver las cabriolas de aquel burdo lobato disfrazado de cordero, mientras imitaba su inocente balido. Algunos de sus fragmentos me recordaron a ciertos textos del metodismo wesleyano que había leído cuando era niña; ambos estaban aderezados con unos condimentos que despertaban el fanatismo. El hombre que lo había escrito no era malo y, aunque traicionaba invariablemente la hipocresía aprendida —las pezuñas hendidas de su sistema—, lo cierto es que yo lo pensaría bien antes de acusarle de falta de sinceridad. Su juicio, sin embargo, necesitaba de un buen pilar donde apoyarse; estaba desmoronándose.

Sonreí entonces ante aquella dosis de ternura maternal que llegaba de la anciana y rosada dama de las Siete Colinas; sonreí, asimismo, ante mi propia aversión, por no decir incapacidad para recibir aquellos regalos tan enternecedores. Mirando la portada, vi el nombre de père Silas. En la primera página en blanco, una letra pequeña, aunque clara y conocida, había escrito:

«De P.C.D.E. a Lucy». Al ver esto, me reí; pero no con el estado de ánimo de antes. Me sentí revivir.

Súbitamente, la profunda confusión que reinaba en mí se desvaneció; el enigma de la esfinge se había esclarecido; la unión de aquellos dos nombres, père Silas y monsieur Emanuel, era la clave. El penitente había estado con su director espiritual; éste no permitía que le ocultara nada; no soportaba que un recoveco de su corazón dejara de estar consagrado a Dios y a sí mismo; le había sonsacado nuestra última conversación; monsieur Paul le había confesado nuestro pacto de amistad y le había hablado de su hermana adoptiva. ¿Cómo podía la Iglesia tolerar semejante pacto, semejante adopción? ¡Comunión fraternal con una hereje! Me parecía oír a père Silas anulando el pecaminoso pacto; advirtiéndole de sus peligros a su penitente; pidiéndole, imponiéndole cautela, más aún, ordenándole —con la autoridad de su cargo y en nombre de todo lo que monsieur Emanuel consideraba más querido y sagrado— que respetara aquel nuevo trato cuya frialdad me había llegado al alma.

Tal vez fuera una hipótesis muy poco agradable; pero, en comparación, le di la bienvenida. La idea de un agitador espiritual en segundo plano no era nada al lado del temor a un cambio repentino en el propio monsieur Paul.

Después de tanto tiempo, no sé hasta qué punto esas conjeturas salieron de mi interior o tuvieron su origen y confirmación en otra parte. Ayuda no faltaba.

Aquel día no brillaba el sol del atardecer; el este y el oeste estaban cubiertos de nubes; ninguna neblina nocturna de verano, azul, aunque teñida de escarlata, suavizaba la distancia; la niebla húmeda y gris de los pantanos envolvía Villette. Aquella noche la regadera descansaría en su nicho al lado del pozo; había estado lloviznando toda la tarde, y el agua seguía cayendo veloz y silenciosa. No era tiempo para pasear por los senderos encharcados, bajo unos árboles que goteaban sin cesar; y me sorprendió oír en el jardín el ladrido de Sylvie: su ladrido de bienvenida. Seguramente no estaba acompañada; pero sólo ladraba de aquel modo, rápido y alegre, cuando llegaba cierta persona.

A través de la puerta acristalada y del berceau, yo vislumbraba el fondo de l'allée défendue: Sylvie corrió hacia allí, brillando en la oscuridad como un arándano florido. Fue de un lado a otro, gruñendo, saltando, molestando a los pequeños pájaros entre los arbustos. Estuve esperando cinco minutos; el presagio no se cumplió. Volví a mis libros: el ladrido agudo de Sylvie cesó de repente. Levanté la vista de nuevo. La pequeña spaniel se hallaba a escasas yardas de mí, moviendo el rabo blanco y ligero tan deprisa como podían sus músculos, y observando atentamente los movimientos de una pala, manejada

con destreza por una mano incansable. Allí estaba monsieur Emanuel, inclinado sobre la tierra, cavando en el húmedo mantillo entre la lluvia y los arbustos empapados, y trabajando como si tuviera que ganar su mísero jornal con el sudor de su frente.

Adiviné en él un humor irritable. Cavaría así en medio de la gélida nieve, en el día más frío del invierno, si le empujara a ello un sentimiento de dolor, debido a la excitación nerviosa, a unos pensamientos tristes o al remordimiento. Cavaría horas y horas con el ceño fruncido y los dientes apretados, sin levantar una sola vez la cabeza, ni despegar los labios.

Sylvie le miró hasta cansarse. Y empezó a retozar de aquí para allá, saltando, corriendo, olfateando todos los rincones; finalmente, me descubrió en la clase. Al instante, se lanzó ladrando contra los cristales, como si quisiera animarme a compartir su alegría o el trabajo de su amo; me había visto en más de una ocasión pasear por ese camino con monsieur Paul; sin duda consideró que debía ir con él, aunque todo estuviera mojado.

Armó tanto bullicio que monsieur Paul terminó alzando la vista y, como es natural, comprendió por qué y a quién ladraba. Silbó para que la pequeña spaniel volviera a su lado, pero ésta se limitó a ladrar más fuerte. Parecía empeñada en que abriera la puerta acristalada. Supongo que, cansado de su insistencia, monsieur Paul tiró la pala, se acercó y dejó la puerta entreabierta. Sylvie irrumpió en la clase, impetuosa, saltó a mi regazo y, con las patas en mi cuello, y su pequeño hocico y su lengua de lo más atareados con mi cara, ojos y boca, agitó su rabo peludo sobre la mesa y esparció libros y papeles por todas partes.

Monsieur Paul se aproximó para acallar el clamor y enmendar el desastre. Después de recoger los libros, atrapó a Sylvie y la colocó bajo su paletôt, donde ella se quedó quieta como un ratón, asomando un poco la cabeza. Era diminuta y tenía la carita más linda e inocente, las orejas más largas y sedosas, los ojos negros más bonitos del mundo. Nunca la veía, pero me acordé de Paulina de Bassompierre: perdona la asociación, lector, pero estas cosas pasan.

Monsieur Paul la acarició y le dio palmadas; no era extraño que Sylvie recibiera tantas muestras de cariño: su belleza y su vivacidad despertaban el afecto.

Mientras acariciaba a la perrita, monsieur Paul recorrió con la mirada los libros y papeles que acaba de colocar sobre la mesa; sus ojos se posaron en el pequeño tratado religioso. Movié los labios; pareció contener el impulso de hablar. ¿Cómo? ¿Acaso había prometido no volver a dirigirme la palabra? De ser así, lo mejor de su naturaleza juzgó «que sería más decoroso quebrantar esa promesa que obedecerla», pues haciendo un segundo esfuerzo, dijo:

—Imagino que no ha leído todavía ese librito, ¿verdad? ¿No le parece lo bastante sugerente?

Le contesté que lo había leído.

Esperó, como si deseara que yo le diese una opinión sin preguntármela. Pero yo no estaba de humor para hacer o decir nada que no me hubiesen pedido. Si había que hacer algunas concesiones, si se solicitaban algunos avances, no era asunto mío sino del sumiso discípulo de père Silas. Monsieur Paul me miró con dulzura; había bondad en aquel fulgor azul... había solicitud... y una sombra de patetismo; sus ojos reflejaban sentimientos múltiples y contrapuestos... el reproche transformándose en remordimiento. Es muy probable que en aquel instante se hubiese alegrado de ver alguna emoción en mí. No pude mostrarla. Sin embargo, no habría tardado en traicionar mi turbación si no hubiera decidido sacar algunas plumas de mi pupitre y empezar a arreglarlas discretamente.

Sabía que esa acción le irritaría. No le gustaba que me ocupara de las plumas; mi pequeña navaja estaba siempre mal afilada, y a mi mano le faltaba destreza; cortaba y partía. En aquella ocasión me corté hasta un dedo... medio a propósito. Quería que monsieur Paul volviera a ser el de siempre, que se sintiera a gusto, conseguir que me reprendiera.

—Maladroite! —exclamó al fin—. Se hará picadillo las manos.

Dejó a Sylvie en el suelo, ordenándole que se quedara quieta junto a su bonnet-grec, y, quitándome las plumas y la pequeña navaja, procedió a rebajar, afinar y sacar punta con la precisión y celeridad de una máquina.

¿Me había gustado el librito?, quiso saber.

Conteniendo un bostezo, respondí que no lo sabía.

¿Me había conmovido?

Le dije que creía que me había dado sueño.

Guardó unos instantes de silencio.

Allons donc! No servía de nada que adoptara ese tono con él. Por muy mala que fuera —y sentiría mucho tener que enumerar todos mis defectos de corrido—, Dios y la naturaleza me habían dado trop de sensibilité et de sympathie para quedarme impasible ante un llamamiento tan conmovedor.

Le repuse, acalorándome, que no me había emocionado nada... ni una pizca.

Y, en prueba de ello, saqué del bolsillo un pañuelo completamente seco, que seguía limpio y doblado.

En seguida me convertí en el blanco de una retahíla de críticas más mordaces que educadas. Escuché con entusiasmo. Después de dos días de silencio muy poco natural, fue maravilloso oír a monsieur Paul regañándome como antes. Escuché y, mientras tanto, me consolé y consolé a Sylvie con el contenido de una bonbonnière que monsieur Emanuel, con sus regalos, tenía siempre bien surtida de bombones y caramelos. Le gustaba que se apreciara debidamente hasta el más insignificante de sus detalles. Nos miró a la pequeña spaniel y a mí mientras compartíamos el botín; guardó la navaja. Rozando mi mano con el manejo de plumas recién cortadas, exclamó:

—Dites-donc, petite soeur, hábleme con franqueza, ¿qué ha pensado de mí estos dos últimos días?

Pero no hice caso de su pregunta; por culpa de ella, se me llenaron los ojos de lágrimas. Acaricié efusivamente a Sylvie. Monsieur Paul, apoyándose en el pupitre, se inclinó sobre nosotras.

—Dije que me consideraba su hermano —señaló—; apenas sé lo que soy... hermano... amigo... soy incapaz de decirlo. Sé que pienso en usted... deseo que tenga suerte... pero debo contenerme; he de tener cuidado con usted. Mis mejores amigos me señalan el peligro, y me susurran que tenga cautela.

—Hace bien en escuchar a sus amigos. Por favor, no baje la guardia.

—Se trata de su religión: su credo extraño, independiente e invulnerable, cuya influencia parece cubrirla con no sé qué coraza impía. Es usted buena: père Silas lo reconoce, y la quiere; pero su terrible, orgulloso, ferviente protestantismo... ahí está el peligro. A veces se refleja en su mirada; y hace aparecer en usted cierto tono de voz y ciertos gestos que me aterrorizan. No es usted comunicativa, y, sin embargo, hace un momento, cuando tenía el pequeño tratado en la mano... ¡Dios mío! Pensé que Lucifer sonreía.

—Es cierto que no respeto ese escrito, ¿y qué?

—¿Que no lo respeta? ¡Pero si es la esencia más pura de la fe, del amor, de la caridad! Creí que le conmovería: pensé que su dulzura no la dejaría indiferente. Lo dejé en su mesa con una plegaria. Debo de ser un gran pecador: el Cielo no escucha las súplicas más ardientes de mi corazón. Usted desprecia mi pequeño regalo. Oh, cela me fait mal!

—Monsieur, no lo desprecio... al menos, no como regalo suyo. Monsieur, siéntese; escúcheme. No soy una pagana, no soy una mujer despiadada... también soy cristiana; no soy peligrosa como le dicen sus amigos; no perturbaré su fe; usted cree en Dios, en Cristo y en la Biblia, y yo también.

—Pero ¿cree usted realmente en la Biblia? ¿Acepta la Revelación? ¿Dónde

están los límites del descabellado e imprudente atrevimiento de su país y de su secta? Père Silas vertió oscuras insinuaciones.

A fuerza de persuasión, logré que me explicara un poco esas insinuaciones; eran taimadas calumnias jesuíticas. Aquella noche monsieur Paul y yo hablamos seriamente y de forma muy amistosa. Él expresaba y defendía sus ideas. Yo era incapaz de argumentar, venturosa incompetencia; se necesitaba una oposición lógica y triunfal para llevar a cabo todo lo que su director espiritual deseaba; pero yo sabía hablar a mi manera —la manera que monsieur Paul conocía— y él siguió mis divagaciones y rellenó mis paréntesis, y perdonó el extraño tartamudeo, que ya no le resultaba extraño. Me encontraba a gusto con él, y podía defender mi credo y mi fe como yo quería; en cierto modo, podía atemperar sus prejuicios. Cuando se marchó, no estaba satisfecho, apenas se había apaciguado; pero había comprendido que los protestantes no eran necesariamente los paganos irreverentes que su director espiritual había insinuado; había aprendido algo sobre su forma de honrar la Luz, la Vida, la Palabra Divina; y había podido percibir en parte que, aunque su veneración por las cosas venerables no era exactamente igual que la cultivada por su Iglesia, también era poderosa, y quizá más profunda, y palpitaba en ella un temor reverencial todavía más solemne.

Me di cuenta de que père Silas (quien, debo insistir, no era mala persona a pesar de ser el abogado de una causa equivocada) había estigmatizado oscuramente a los protestantes en general, y a mí en consecuencia, con extraños nombres, y nos había atribuido los más insólitos «ismos»; monsieur Emanuel me contó todo esto sin tapujos, con su habitual franqueza, mirándome mientras hablaba con un temor grave y afable, casi temblando ante la idea de que aquellas acusaciones fueran ciertas. Père Silas, al parecer, me había vigilado estrechamente y había descubierto que yo visitaba indistintamente las tres iglesias protestantes de Villette —la francesa, la alemana y la inglesa—, id est, la presbiteriana, la luterana y la episcopaliana. Aquella liberalidad, según el sacerdote, era una muestra de mi profunda indiferencia: quien tolera todo, razonaba, no puede ser fiel a nada. El hecho es que yo había reflexionado a menudo, secretamente, sobre lo minúsculas e insignificantes que eran las diferencias entre esas tres sectas, y sobre la unidad e identidad de sus doctrinas fundamentales: no veía nada que les impidiera unirse algún día en una gran Santa Alianza, y yo respetaba a las tres, aunque encontraba en ellas defectos de forma, obstáculos y trivialidades. Le conté a monsieur Emanuel exactamente lo que pensaba, y le expliqué que mi última invocación, mi verdadero guía y el único maestro que reconocía era la propia Biblia, antes que cualquier secta, con independencia de su nombre o de su país de procedencia.

Se fue más tranquilo, aunque lleno de inquietud, musitando el deseo, tan

fuerte como una oración, de que, si estaba equivocada, el Cielo me mostrara el buen camino. En el umbral, le oí dirigirse con fervor a Marie, Reine du Ciel, y decirle entre susurros cuánto anhelaba que su esperanza pudiera convertirse en la mía.

¡Qué extraño! Yo no tenía ese deseo febril de apartarle de la fe de sus padres. Pensaba que el catolicismo estaba equivocado, me parecía una gigantesca estatua de oro y de barro; pero aquel católico defendía los principios más puros de su credo con una inocencia que Dios debía amar.

La conversación anterior tuvo lugar entre las ocho y las nueve de la noche, en un aula de la apacible rue Fossette que daba a un jardín solitario. Es muy posible que, al día siguiente a la misma hora o un poco más tarde, sus ecos, recogidos con santa obediencia, fueran vertidos literalmente en un oído atento, junto al panel de un confesionario, en la vetusta iglesia de los Reyes Magos. A continuación, père Silas visitó a madame Beck y, movido no sé por qué mezcla de razones, la convenció para que le dejara asumir por algún tiempo la dirección espiritual de la hereje inglesa.

Entonces empezó a prestarme libros... a los que yo sólo echaba un vistazo; en mi opinión, eran demasiado insignificantes para ser leídos, señalados, memorizados, o digeridos. Además, yo tenía un libro en el piso de arriba, bajo la almohada, cuyos capítulos satisfacían todas mis necesidades de saber espiritual, ofreciéndome unos preceptos y unos ejemplos que, en el fondo de mi corazón, estaba convencida de que no podían mejorarse.

Luego père Silas me mostró la cara amable de Roma, sus buenas obras, y me pidió que juzgara el árbol por sus frutos.

Le respondí que sentía y creía que esas obras no eran los frutos de Roma; sólo su exuberante floración, la hermosa promesa que mostraba al mundo. Esa floración, cuando daba frutos, no tenía sabor a caridad; el manzano maduro era ignorancia, humillación, fanatismo. Forjaba los remaches de su servidumbre con las desgracias y los sentimientos de los hombres. Alimentaba, vestía y protegía a los pobres para que contrajeran una obligación con «la Iglesia»; criaba y educaba a los huérfanos para que crecieran dentro del redil de «la Iglesia»; cuidaba a los enfermos para que murieran según los preceptos y ordenanzas de «la Iglesia»; y exaltaba a los hombres, y sacrificaba terriblemente a las mujeres, y dejaba a un lado un mundo que Dios hizo bueno por el bien de sus criaturas —llevando una cruz monstruosa por lo mortificante de su peso—, para servir a Roma, demostrar su santidad, confirmar su poder y extender el reinado de su tiránica «Iglesia».

Poco se hacía por el bien del hombre; menos por la gloria de Dios. Se abrían mil caminos con el sufrimiento, el sudor y la sangre, el despilfarro de la vida; las montañas se resquebrajaban y las rocas se agrietaban; y todo ¿para

qué? Para que los sacerdotes pudieran seguir hacia delante y alcanzar una elevada posición, y desde las alturas extender el cetro de su «Iglesia» de Moloc.

Pero no sería así. Dios no estaba con Roma; y, si Su Hijo tuviera que sobrellevar aún las desgracias humanas, ¡lloraría su crueldad y su ambición del mismo modo que antaño lloró los delitos y las tribulaciones de una Jerusalén condenada!

¡Oh, amantes del poder! ¡Oh, aspirantes mitrados a los reinos de este mundo! Algún día vuestros corazones —deteniéndose exhaustos después de cada latido entrecortado— se alegrarán de que exista una Misericordia mayor que la compasión humana; un Amor más fuerte que la poderosa muerte a la que incluso vosotros tendréis que enfrentaros antes de que os derrote; una Caridad más vigorosa que cualquier pecado, incluso vuestro; una Piedad que redime mundos... más aún, absuelve Sacerdotes.

Mi tercera tentación llegó con el esplendor de Roma, la gloria de su reino. Me llevaron a la iglesia en los días más solemnes y festivos; me mostraron el ritual y el ceremonial pontificio. Yo lo observé.

A muchas personas —hombres y mujeres—, sin duda muy superiores a mí en innumerables aspectos, les ha impresionado ese espectáculo, y han explicado que, aunque su Razón protestaba, su Imaginación se hallaba subyugada. No puedo decir lo mismo. Ni las procesiones, ni las misas mayores, ni el enjambre de cirios, ni el balanceo de los incensarios, ni los lujosos ropajes eclesiásticos, ni las joyas celestiales despertaron mi interés. Cuanto vi me pareció ostentoso, no majestuoso; groseramente material, no poéticamente espiritual.

No se lo conté a père Silas; era anciano, parecía vulnerable, y, a pesar de los experimentos frustrados y de las constantes decepciones, seguía mostrándose amable conmigo, y me dolía herir sus sentimientos. Pero cierta tarde en que, desde la terraza de una gran mansión, me hicieron presenciar un gran desfile en el que se mezclaban la iglesia y el ejército —sacerdotes con reliquias, soldados con armas, un arzobispo viejo y obeso con un hábito de batista y encaje, extrañamente parecido a un grajo con el plumaje de un ave del paraíso, y un grupo de muchachas maravillosamente ataviadas y engalanadas—, abrí mi corazón a monsieur Paul.

—No me ha gustado —le dije—; soy incapaz de respetar esa clase de ceremonias; no deseo presenciarlas más.

Y, después de tranquilizar mi conciencia con esta declaración, logré proseguir y, con mayor fluidez de la habitual, le conté que me proponía conservar mi religión reformada; y que, cuanto más veía del papismo, más me

aferraba al protestantismo. Sin duda había errores en todas las Iglesias, pero ahora comprendía cuán pura y austera era la mía, en comparación con aquélla cuyo rostro pintado y llamativo habían destapado para conquistar mi admiración. Le expliqué cómo nosotros guardábamos menos formulismos entre nosotros y Dios; conservando únicamente, quizá, la esencia de su humanidad en la misa, necesaria para la debida observancia. Le dije que yo no podía mirar las flores y el oropel, los cirios y los bordados, en momentos y circunstancias que debían estar dedicados a levantar la vista secreta hacia Aquél cuyo hogar es el Infinito y su ser, la Eternidad. Que, cuando pensaba en el pecado y el dolor, en la corrupción terrena, en la depravación mortal, en las abrumadoras penas temporales... no podía atender a los sacerdotes que cantaban o a los oficiantes que murmuraban; que, cuando los males de la existencia y los temores de la disolución me atormentaban, cuando la poderosa esperanza y la duda infinita del futuro aparecían ante mi vista, entonces, incluso el discurso científico, o la oración en una lengua culta y muerta, hostigaban a un corazón que sólo deseaba llorar.

—¡Oh, Dios, ten misericordia de una pecadora como yo!

Cuando hube declarado así mi fe, y hube abierto una separación tan grande entre nosotros... entonces, finalmente, nació un tono armonioso, un eco sensible, una dulce armonía entre dos espíritus en conflicto.

—Digan lo que digan los sacerdotes y los amantes de la polémica —dijo en voz baja monsieur Emanuel—, Dios es bueno y ama a todas las personas sinceras. Crea, pues, lo que pueda; créalo como pueda; una oración, por lo menos, tenemos en común; yo también grito: «Oh, Dieu, sois apaisé envers moi qui suis pécheur!».

Se apoyó en el respaldo de mi silla. Después de unos instantes de silencio, prosiguió:

—¿Qué pueden significar nuestras diferencias para ese Dios que creó los firmamentos, y del que surgió la vida que hay en este mundo o en esas estrellas que brillan a lo lejos? De igual modo que Dios no repara en el Tiempo ni en el Espacio, tampoco existen para él la Medida o la Comparación. Nos humillamos en nuestra pequeñez, y hacemos bien; pero es posible que la constancia de un corazón, la verdad y la fe de un espíritu según la luz que Él ha fijado, le importen tanto como el movimiento de los satélites alrededor de sus planetas, de los planetas alrededor de sus soles, y de los soles alrededor de ese centro invisible, incomprensible, inalcanzable, que sólo se adivina con un extraño esfuerzo de la imaginación.

»¡Que Dios nos guíe a todos! ¡Que Dios la bendiga, Lucy!

Capítulo XXXVII

Brilla el sol

Paulina obró muy bien al negarse a mantener correspondencia con Graham hasta que su padre aprobara la relación, pero, viviendo a menos de una legua del Hôtel Crécy, el doctor Bretton se las arreglaba para visitar con frecuencia a sus amigos. Estoy convencida de que los dos enamorados tenían al principio la intención de guardar las distancias; y, aunque cumplieron su propósito no exteriorizando su cariño, lo cierto es que sus corazones se sentían cada día más próximos.

Todo lo mejor de Graham buscaba a Paulina; cuanto había en él de noble parecía despertar y crecer en su presencia. Supongo que el intelecto apenas tuvo que ver con su pasada admiración por Ginevra Fanshawe, pero ahora no sólo el intelecto sino también sus gustos más elevados entraban en juego. Éstos, como el resto de sus facultades, eran activos, necesitaban alimento, y eran sensibles a la recompensa cuando ésta llegaba.

No puedo decir que Paulina, intencionadamente, le empujara a hablar de libros, o se propusiera formalmente en algún momento la tarea de ganarlo para la meditación, o planease el perfeccionamiento de su espíritu, o imaginara que él pudiese mejorar en algún sentido. Lo consideraba perfecto; fue el propio Graham quien, al principio, por mera casualidad, mencionó un libro que había estado leyendo y, como en la respuesta de la joven percibió una gran afinidad en sus gustos, y esto le resultó muy placentero, siguió hablando más y mejor, quizá, de lo que nunca había hablado sobre esos temas. Ella le escuchaba complacida, y le contestaba con animación. En cada nueva respuesta, Graham oía una música más y más melodiosa para sus oídos; y un tono evocador, persuasivo y mágico que abría un tesoro apenas conocido en su interior, y le descubría un poder insospechado en su espíritu y, lo que era aún mejor, una bondad latente en su corazón. Los dos amaban el modo en que el otro se expresaba; la voz, la dicción, la expresión les satisfacían; ambos saboreaban con entusiasmo el ingenio que el otro desplegaba; adivinaban el sentido de sus palabras con extraña rapidez, y sus pensamientos a menudo coincidían como dos perlas cuidadosamente elegidas. Graham rebosaba alegría por naturaleza; Paulina no poseía ese caudal de vitalidad —si nadie la alentaba, tendía a mostrarse seria y pensativa—, pero ahora estaba radiante; en presencia de su afable enamorado, brillaba con una luz suave y risueña. No es fácil describir su hermosura cuando se sentía feliz, pero me maravillaba contemplarla. En cuanto a aquella capa de hielo, aquella reserva que manifestaba, ¿dónde estaba ahora? ¡Ah! Graham no la hubiera soportado mucho tiempo; traía consigo un influjo generoso que no tardaba en deshacer la timidez y las restricciones voluntarias.

Hablaron de los días de Bretton; quizá sin ilación al principio, sonrientes y con cierta turbación, pero luego con total franqueza y una confianza cada vez mayor. Graham había encontrado una oportunidad mucho mejor que la que había deseado que yo le brindara; ya no necesitaba la ayuda que la desagradable Lucy le había negado; todos sus recuerdos de la «pequeña Polly» brotaban dulcemente de sus hermosos labios; ¡cuánto mejor que si los hubiera sugerido yo!

En más de una ocasión, cuando estábamos a solas, Paulina me contaba lo extraño y maravilloso que era descubrir la riqueza y exactitud de la memoria de Graham en aquel asunto. Y cómo, al contemplar a la joven, los recuerdos se agolpaban en su cerebro. El doctor Bretton se acordaba de una vez en que la niña le había abrazado y, acariciando sus cabellos leoninos, había exclamado: «¡Graham, te quiero mucho!». Le explicaba cómo ella colocaba un escabel a su lado y, con ayuda del muchacho, trepaba hasta sus rodillas. Decía que no había olvidado la sensación de sus manitas acariciándole las mejillas o hundiéndose en su espesa melena. Recordaba el tacto de su pequeño dedo índice apoyado, con una mezcla de miedo y de curiosidad, en la hendidura de su barbilla... y el ceceo, el aire con que hablaba de su «lindo hoyuelo», y la forma en que buscaba sus ojos y le preguntaba por qué eran tan penetrantes, al tiempo que decía que su rostro era hermoso y extraño; mucho más hermoso, mucho más extraño que el de la señora Bretton o Lucy Snowe.

—Me sorprende que, siendo tan pequeña, fuera tan atrevida —comentaba Paulina—. Graham me parece hoy algo tan sagrado... Sus rizos son inaccesibles, y, Lucy, me invade una especie de temor cuando observo su barbilla firme y marmórea, y sus perfectas facciones griegas. Califican de bellas a las mujeres, Lucy; él no es una mujer, así que supongo que no es hermoso, pero entonces ¿qué es? Me gustaría saber si los demás lo ven del mismo modo que yo. ¿Le parece apuesto, Lucy?

—Le contaré cuál es mi proceder, Paulina —repuse en una ocasión a sus numerosas preguntas—. Nunca veo a Graham. Le miré dos o tres veces hace aproximadamente un año, antes de que me reconociera, y luego cerré los ojos; y, aunque se cruzara conmigo doce veces al día, de no ser por la memoria, apenas sabría describir su figura.

—¿Qué significan sus palabras, Lucy? —musitó ella.

—Significan que concedo un gran valor a la vista, y me da miedo quedarme ciega.

Era mejor darle una respuesta firme y callar para siempre las tiernas y apasionadas confidencias que brotaban de sus labios, dulces como la miel, y en ocasiones llegaban a mis oídos, como plomo fundido. No volvió a comentar conmigo la belleza de su enamorado.

Pero siguió hablándome de él; algunas veces tímidamente, con frases breves y apacibles; otras, con una cadencia tierna y una música exquisita que, sin embargo, me irritaban y llenaban de tristeza; sé que entonces le lanzaba miradas y palabras muy severas; pero, a pesar de su lucidez, tanta felicidad la había deslumbrado, y ella sólo consideraba a Lucy... caprichosa.

—¡Muchacha espartana! ¡Orgullosa Lucy! —decía, sonriéndome—. Graham asegura que es usted la mujercita más caprichosa y peculiar que conoce; pero es usted excelente; los dos lo pensamos.

—No tienen ni idea —exclamaba yo—. Les ruego que hablen y piensen lo menos posible en mí. Tengo una vida aparte de la de ustedes dos.

—Pero la nuestra, Lucy, es una vida hermosa, o lo será; y usted debe compartirla con nosotros.

—No compartiré la vida de ningún hombre o mujer en este mundo, tal como entiende usted ese concepto. Creo que tengo un amigo, pero no estoy segura; y hasta que lo esté, viviré sola.

—Pero la soledad es tristeza.

—Sí, es tristeza. La vida, sin embargo, tiene desgracias peores. El desengaño es peor que la melancolía.

—Me pregunto, Lucy, si alguien llegará a comprenderla por completo.

Existe en los enamorados cierta pasión irracional por el egotismo; quieren tener un testigo de su felicidad, sin importarles el precio que ese testigo deba pagar por ello. Paulina había prohibido las cartas, pero el doctor Bretton escribía; ella estaba decidida a no contestarle, pero lo hacía, aunque fuese únicamente para reprenderlo. Me mostró esas misivas; con algo de la obstinación de niña mimada, y de la altivez de rica heredera, me obligó a leerlas. Al ver las palabras de Graham, apenas me extrañé de su exacción, y comprendí su orgullo: eran cartas magníficas, varoniles y cariñosas, modestas y galantes. Las de Paulina debieron de parecerle a él maravillosas. No las había escrito para mostrar su talento; y menos aún, en mi opinión, para expresar su amor. Al contrario, parecía haberse impuesto la tarea de ocultar ese sentimiento, y refrenar el ardor de su enamorado. Pero ¿cómo iban semejantes misivas a servir para semejante propósito? Quería a Graham como a su propia vida; el joven la atraía como un poderoso imán. Todo lo que él decía, escribía, pensaba o miraba ejercía sobre ella una influencia indescriptible. Esa confesión inconfesada resplandecía en sus cartas; parecía encenderlas desde el encabezamiento hasta la despedida.

—Me gustaría que papá lo supiera; ¡ojalá lo supiera! —repetía entre dientes, inquieta—. Lo deseo y, sin embargo, lo temo. Me cuesta impedir que

Graham se lo diga. No hay nada que desee más que arreglar este asunto... y hablar con franqueza; pero me aterroriza la crisis. Sé con certeza que papá se enfadará al principio; tengo miedo de que casi me odie; le parecerá algo indigno; será una sorpresa, un golpe; apenas puedo prever el efecto que causará en él.

Lo cierto es que su padre empezaba a despertar de un largo ensueño: una luz inoportuna empezaba a disipar su larga ceguera.

A ella no le dijo nada; pero, cuando la joven no le miraba o tal vez pensaba en él, reparé en cómo la observaba y meditaba.

Un atardecer en que Paulina estaba en su vestidor, supongo que escribiendo a Graham, y me había dejado leyendo en la biblioteca, vi entrar a monsieur de Bassompierre; se sentó: cuando me disponía a retirarme, me pidió que me quedara... amablemente, aunque de un modo que reflejaba el deseo de ser obedecido. Se había sentado cerca de la ventana, a cierta distancia de mí; abrió un escritorio; sacó de él lo que parecía un memorándum; estudió varios minutos algunas de sus anotaciones.

—Señorita Snowe —exclamó, dejando el cuaderno a un lado—, ¿sabe qué edad tiene mi hija?

—Unos dieciocho años, ¿no es así, señor?

—Eso parece. Esta vieja libreta me dice que nació el cinco de mayo de mil ochocientos..., hace dieciocho años. Es extraño; había perdido la cuenta de su edad. La veía como una niña de doce... catorce años... una fecha indefinida; pero me parecía una chiquilla.

—Tiene casi dieciocho años —repetí—. Es adulta; no crecerá más.

—¡Mi pequeña joya! —dijo monsieur de Bassompierre, en un tono tan conmovedor como algunas palabras de su hija.

Se quedó muy pensativo.

—No debe entristecerse, señor —exclamé; pues adivinaba sus sentimientos, aunque no los expresara.

—Ella es mi única perla —respondió—; y ahora otros descubrirán su pureza y su valor, y la codiciarán.

No contesté. Graham Bretton había cenado con nosotros ese día; y había brillado tanto por su conversación como por su encanto: no sé qué clase de entusiasmo aumentaba su atractivo y dulcificaba su trato. Bajo el estímulo de una ardiente esperanza, había algo en su actitud que llamaba poderosamente la atención. Creo que había planeado comunicar aquella tarde el origen de sus anhelos y el objetivo de sus ambiciones. Monsieur de Bassompierre se había

visto obligado, en cierto modo, a percibir la situación y a captar la naturaleza de sus atenciones. Por muy lento que fuera a la hora de observar, sus razonamientos estaban llenos de lógica; y, cuando hubo cogido el hilo, éste le guió a lo largo de un interminable laberinto.

—¿Dónde está Paulina? —quiso saber.

—En el piso de arriba.

—¿Qué hace?

—Está escribiendo.

—¿De veras? Entonces ¿recibe cartas?

—Ninguna que no pueda enseñarme. Y... señor... ella... ellos... llevan mucho tiempo queriendo decírselo.

—¡Bah! Ni se acuerdan de mí... ¡el anciano padre! Soy un estorbo.

—Ah, monsieur de Bassompierre... no diga eso... ¡de ningún modo! Pero es Paulina quien debe hablar con usted; y el doctor Bretton quien debe defenderse a sí mismo.

—Un poco tarde. Parece que el asunto ha llegado lejos.

—Señor, no harán nada sin su aprobación... Únicamente se quieren.

—¡Únicamente! —repitió.

Obligada por el destino a jugar el papel de confidente y mediadora, no tuve más remedio que continuar:

—El doctor Bretton ha estado a punto de pedírselo cientos de veces, señor; pero, a pesar de su valor, usted le inspira mucho miedo.

—Y hace bien... hace bien en temerme. Se ha acercado a lo más precioso que tengo. Si hubiera dejado en paz a mi hija, habría seguido siendo una niña todavía unos años. Y ¿están ya prometidos?

—¿Cómo iban a estarlo sin su permiso?

—Me parece muy bien, señorita Snowe, que piense y hable con la propiedad que la caracteriza; pero este asunto es muy doloroso para mí; Polly era lo único que poseía; no tengo otras hijas, ni un hijo; Bretton podría haber buscado en otra parte; estoy seguro de que hay una veintena de mujeres ricas y hermosas a las que él les gustaría; es atractivo, sabe comportarse y está bien relacionado. ¿Acaso mi Polly es la única que le satisface?

—Si nunca hubiera conocido a Polly, le habrían gustado otras mujeres; su sobrina Ginevra, por ejemplo.

—¡Ah! Le habría dado a Ginevra con todo el corazón; ¡pero Polly! No puedo permitir que sea suya. No... no puedo. Él no está a su altura —afirmó con bastante brusquedad—. ¿En qué puede compararse con ella? ¡Hablan de dinero! No soy un hombre avaricioso ni interesado, pero el mundo piensa en esas cosas... y Polly tendrá una fortuna.

—Sí, nadie lo ignora —repliqué—: Todo Villette sabe que es una rica heredera.

—¿Eso es lo que dicen de mi hija?

—En efecto, señor.

Mi anfitrión se quedó pensativo. Me aventuré a decir:

—¿Cree usted, señor, que hay alguien a la altura de Paulina? ¿Preferiría otros al doctor Bretton? ¿Piensa que una posición social más elevada o una mayor riqueza cambiarían sus sentimientos hacia un futuro yerno?

—Pone usted el dedo en la llaga —exclamó.

—Mire a los aristócratas de Villette, ¿acaso le gustaría alguno, señor?

—No... ningún duc, baron o vicomte que yo conozca.

—Sé que muchos de esos caballeros piensan en ella, señor —proseguí, armándome de valor al ver que despertaba su atención y no su repulsa—. Así que vendrán otros pretendientes si rechaza al doctor Bretton. Supongo que, dondequiera que vaya, no le faltarán aspirantes. Además de ser una rica heredera, tengo la impresión de que Paulina cautiva a casi todo el mundo que la conoce.

—¿De veras? ¿Cómo? Mi pequeña no es considerada ninguna belleza.

—La señorita de Bassompierre es muy hermosa, señor.

—¡Qué tontería! Discúlpeme, señorita Snowe, pero no es usted nada objetiva. Me gusta Polly: me gusta su forma de ser y su físico, pero soy su padre; y ni siquiera a mí se me ha ocurrido pensar que fuera guapa. Es graciosa, parece un elfo, resulta interesante; pero creo que se equivoca al juzgarla hermosa.

—Es muy atractiva, señor; y seguiría siéndolo sin las ventajas de su fortuna y de su posición.

—¡Mi fortuna y mi posición! ¿Acaso son un cebo para Graham? Si lo creyera así...

—El doctor Bretton conoce perfectamente esos detalles, como bien sabe usted, monsieur de Bassompierre, y los valora como haría un caballero —al igual que habría hecho usted en sus circunstancias—, pero no son ningún cebo

para él. Ama profundamente a su hija; percibe sus maravillosas cualidades, y éstas ejercen una influencia muy beneficiosa sobre él.

—¿Cómo? ¿Mi pequeño tesoro posee «maravillosas cualidades»?

—¡Ah, señor! ¿No observó a Paulina aquella noche en que tantos hombres importantes y eruditos cenaron en su casa?

—Es cierto que aquel día me sorprendió y me impresionó su forma de comportarse; su feminidad me hizo sonreír.

—¿Y no vio cómo la rodeaban aquellos refinados franceses en el salón?

—Sí; pero pensé que era para distraerse un poco... del mismo modo que uno se divierte con un precioso niño.

—Ella se condujo con distinción; y oí decir a los caballeros franceses que su hija estaba «pétrie d'esprit et de graces». El doctor Bretton pensó lo mismo.

—Es una muchacha buena y adorable, desde luego; y estoy convencido de que tiene carácter. Me viene a la memoria una ocasión en que caí enfermo, y Polly me cuidó; creyeron que moriría; recuerdo cómo, a medida que empeoraba mi salud, aumentaban su fortaleza y su ternura. Y, cuando empecé a recuperarme, ¡parecía un rayo de sol en mi habitación! Sí; jugaba a mi alrededor tan alegre y silenciosa como la luz. Y ¡ahora quieren casarse con ella! No deseo separarme de mi pequeña —exclamó, compungido.

—Hace mucho tiempo que conoce al doctor Bretton —señalé—, será más fácil entregársela a él que a otra persona.

Reflexionó tristemente.

—Tiene razón. Hace muchos años que conozco a Louisa Bretton —murmuró—. Ella y yo somos viejos amigos: ¡era una joven tan dulce y encantadora! Habla usted de belleza, señorita Snowe. Ella era realmente hermosa: alta, erguida, radiante; no la niña o el elfo que me parece mi Polly: a los dieciocho años, Louisa tenía el porte y la estatura de una princesa. Ahora es una mujer bondadosa y muy agradable. Su hijo se le parece; siempre lo he pensado, y por eso le he tratado con afecto y le he deseado lo mejor. Y ¡él me paga robándome a Paulina! Mi pequeño tesoro adoraba a su padre. Todo ha terminado... no soy más que un estorbo.

Se abrió la puerta... y entró su «pequeño tesoro». Iba vestida, por decirlo de algún modo, con la belleza del atardecer; esa animación que a veces llega con el crepúsculo encendía sus mejillas y su mirada; un tinte carmesí iluminaba su tez; los bucles, largos y abundantes, le caían en su cuello de lirio; su vestido blanco era el ideal para el calor de junio. Creyéndome sola, llevaba en la mano la carta que acababa de escribir, doblada, pero aún sin sellar. Yo tenía que leerla. Cuando vio a su padre, vaciló un poco y se detuvo unos

instantes: el color de sus mejillas se extendió por todo su semblante.

—Polly —dijo monsieur de Bassompierre en voz baja, con una grave sonrisa—, ¿te ruborizas al ver a papá? Eso es algo nuevo.

—No me ruborizo... nunca me ruborizo —replicó, poniéndose roja como la grana—. Pero creía que estabas en el comedor, y venía en busca de Lucy.

—Supongo que creías que estaba con Graham Bretton, ¿no? Pero le han llamado; no tardará en volver, Polly. Él puede echar tu carta al correo; le ahorrará a Matthieu una course, como él dice.

—No envió cartas por correo —respondió la joven, algo enojada.

—Entonces ¿qué haces con ellas? Será mejor que vengas y me lo expliques.

Tanto su pensamiento como sus ademanes parecieron dudar unos instantes, y preguntarse «¿debo ir?», pero Paulina se acercó a su padre.

—¿Cuánto tiempo llevas escribiendo cartas, Polly? Parece que fue ayer cuando hacías tus primeros garabatos sujetando la pluma con las dos manos.

—Papá, no son cartas que envíe por correo; son sólo notas que entrego de vez en cuando personalmente a su destinatario.

—¿A su destinatario? Supongo que te refieres a la señorita Snowe, ¿no?

—No, papá... no es Lucy.

—Entonces ¿quién es? ¿Tal vez la señora Bretton?

—No, papá, no es la señora Bretton.

—¿A quién te refieres, pequeña? Cuéntale la verdad a papá.

—¡Oh, papá! —exclamó con fervor—. Lo haré... te contaré la verdad... toda la verdad. Me alegro de contártela... me alegro mucho, aunque esté temblando.

Y lo cierto es que temblaba: una excitación y un valor crecientes, y unos sentimientos desbordantes sacudían todo su ser.

—Detesto ocultarte mis acciones, papá. Te temo y te quiero por encima de todas las cosas, si exceptuamos a Dios. Lee la carta; mira la dirección.

La dejó en sus rodillas. Él la cogió y la leyó, con manos temblorosas y ojos brillantes.

Volvió a doblarla y contempló a su hija con un extraño asombro, lleno de ternura y profundamente triste.

—¿Puede escribir así... la pequeña criatura que tan sólo ayer se sentaba en

mis rodillas?

—Papá, ¿está mal? ¿Te entristece?

—No hay nada malo en ella, mi pequeña e inocente Polly; sin embargo, me entristece.

—Pero ¡escucha, papá! No debes entristecerte por mi culpa. Yo lo dejaría todo... casi —rectificó—, preferiría morir a hacerte desgraciado; ¡sería demasiado horrible!

Paulina se estremeció.

—¿Te desagrada la carta? ¿Quieres que no la entregue? ¿Quieres que la rompa? Lo haré por ti si me lo ordenas.

—No te ordeno nada.

—Pues ordéname algo, papá; expresa tus deseos; pero no hagas daño, no aflijas a Graham. Yo no podría, no podría soportarlo. Te quiero, papá; pero también quiero a Graham, porque... porque... me es imposible evitarlo.

—Ese maravilloso Graham es un granuja, Polly; en estos momentos, ésa es mi opinión de él: te sorprenderá oír que, por mi parte, no le aprecio en absoluto. ¡Ah! Hace años vi algo en la mirada de ese muchacho que nunca llegué a comprender, algo que su madre no tenía: una profundidad que aconsejaba a los demás no adentrarse demasiado en sus aguas; y ahora, súbitamente, me encuentro sumergido en ellas.

—No, papá... no te arrastra la corriente; estás a salvo en la orilla; puedes hacer lo que desees; tu poder es despótico; si decides ser cruel, puedes encerrarme en un convento y destrozar el corazón de Graham mañana mismo. Ora autócrata, ora zar, ¿serás capaz de hacerlo?

—Que se marche a Siberia, con sus patillas pelirrojas y todo; te digo que no me gusta, Polly, y me sorprende que a ti sí.

—Papá —dijo ella—, eres muy malo... Jamás te he visto tan desagradable, tan injusto, tan vengativo casi. Tu rostro tiene una expresión que parece de otra persona.

—¡Que se vaya! —insistió el señor Home, que, en efecto, daba la impresión de estar profundamente molesto e irritado, incluso un poco amargado—. Aunque supongo que, si se fuera, Polly cogería el hatillo y correría tras él; le han robado el corazón... y la han alejado de su viejo padre.

—Papá, no es bueno, está muy mal que hables de ese modo. No me he alejado de ti, ningún ser humano, ninguna influencia mortal puede alejarme de ti.

—¡Cásate, Polly! ¡Contrae matrimonio con esas patillas pelirrojas! Deja de ser una hija; ¡conviértete en una esposa!

—¡Patillas pelirrojas! Me gustaría saber qué quieres decir con eso, papá. Deberías tener cuidado con los prejuicios. Me has explicado a veces que todos los escoceses, tus compatriotas, son víctimas de sus prejuicios. Creo que acabas de demostrarlo, al no hacer ninguna distinción entre el pelirrojo y el color caoba.

—Olvida a este viejo escocés lleno de prejuicios; vete.

La joven le observó unos instantes. Quería mostrar firmeza, superioridad ante sus sarcasmos; conociendo el carácter de su padre y adivinando sus pequeñas flaquezas, había esperado que se produjera una escena parecida; no la cogió por sorpresa, y deseaba sobrellevarla con dignidad, pues su reacción era muy importante. Pero su dignidad no le resultó demasiado útil. Las lágrimas asomaron súbitamente a sus ojos; se abrazó al cuello de su padre.

—No te abandonaré, papá; nunca te abandonaré. No seré la causa de tu dolor; ¡jamás seré la causa de tu dolor! —sollozó.

—¡Mi amor! ¡Tesoro mío! —susurró el afectuoso, aunque rudo, caballero.

No dijo nada más; había pronunciado aquellas palabras con una voz tan ronca...

La estancia empezaba a estar envuelta en la penumbra. Oí fuera un movimiento, unos pasos. Convencida de que sería un criado con las velas, abrí cuidadosamente la puerta para evitar cualquier intromisión. En la antesala no había ningún criado; un caballero muy alto dejaba su sombrero en la mesa y se quitaba lentamente los guantes... esperando, sin prisa, según me pareció. No me llamó con un gesto o una palabra; pero su mirada decía: «Acérquese, Lucy». Y yo le obedecí.

Esbozó una sonrisa mientras me contemplaba desde las alturas: ningún carácter, salvo el suyo, habría expresado con una sonrisa la agitación que bullía en su interior.

—Monsieur de Bassompierre está ahí, ¿verdad? —inquirió, señalando la biblioteca.

—Sí.

—¿Reparó en mí durante la comida? ¿Entendió mis palabras?

—Sí, Graham.

—Entonces va a dictarse mi sentencia... y Paulina, ¿se encuentra con él?

—El señor Home (a veces seguíamos llamándole así) está hablando con su

hija.

—¡Vaya! ¡Qué momentos tan duros, Lucy!

Se hallaba de lo más inquieto; su mano juvenil temblaba; una tensión vital (iba a escribir mortal, pero ese calificativo no se ajustaba a una persona tan llena de vida) contenía o aceleraba su respiración: a pesar de las dificultades, su sonrisa no se apagó.

—¿Está monsieur de Bassompierre muy enojado, Lucy?

—Ella es muy leal, Graham.

—¿Qué harán conmigo?

—Su destino será afortunado, Graham.

—¿De veras? ¡Amable profetisa! Con sus palabras de aliento, tendría que ser muy débil para temblar. Creo que todas las mujeres son leales, Lucy. Tendría que apreciarlas, y lo hago. Mi madre es buena, es divina; en cuando a su fidelidad, Lucy, sé que es inquebrantable, ¿no es cierto?

—Sí, Graham.

—Entonces deme su mano, mi pequeña hermana de bautismo; una mano que nunca ha dejado de ser amiga. Ha llegado la hora de la verdad. ¡Que Dios apoye al más justo! ¡Diga «Amén», Lucy!

Se dio la vuelta y esperó a que dijera «¡Amén!», lo que hice para complacerle: al oírme, volvió a exhibir todo su viejo encanto. Le deseé éxito, y estaba convencida de que lo tendría. Había nacido para triunfar, de igual modo que otros nacen para ser derrotados.

—¡Sígame! —exclamó.

Y yo le seguí hasta encontrarnos en presencia de monsieur de Bassompierre.

—Señor —preguntó—, ¿cuál es mi sentencia?

El padre le miró; la hija ocultó su rostro.

—Pues bien, Bretton —respondió el señor Home—, ha pagado mi hospitalidad del modo más habitual. Le he recibido en mi casa; usted se ha llevado mi bien máspreciado. Siempre me alegraba de verle; usted se alegraba de ver lo único valioso que poseo. Se dirigía a mí con cortesía; y, entretanto, no diré que me robaba, pero sí que me despojaba, y lo que yo pierdo, al parecer, usted lo gana.

—Señor, no puedo arrepentirme.

—¿Arrepentirse? ¡No, usted no! Usted triunfa, sin duda: John Graham,

desciende en parte de un jefe de las Tierras Altas, y la huella de su sangre celta perdura tanto en su físico como en sus pensamientos y en sus palabras. Tiene su astucia y su encanto. El cabello pelirrojo (está bien, Polly, rubio), la lengua engañosa, el cerebro sagaz, son una herencia de sus antepasados.

—Señor, creo que he obrado con honestidad —replicó Graham; y un rubor muy inglés cubrió su rostro y atestiguó fervientemente su sinceridad—. Y, sin embargo —añadió—, no negaré que, en cierto sentido, tiene razón al acusarme. En su presencia, he tenido siempre una idea que no me atrevía a comunicarle. Lo cierto es que le consideraba el dueño de la cosa más valiosa que el mundo posee para mí. Yo la deseaba; intentaba conseguirla. Ahora se la pido, señor.

—Pide usted mucho, John.

—Muchísimo, señor. Debe brindármela su generosidad, como un regalo; y su justicia, como una recompensa. Jamás podré ganarla.

—¡Escuchen la lengua de las Tierras Altas! —exclamó el señor Home—. ¡Levanta la mirada, Polly! Contesta a este valeroso admirador; ¡dile que se vaya!

Ella alzó la vista. Echó una tímida ojeada a su fogoso y apuesto pretendiente. Miró con ternura a su ceñudo padre.

—Papá, os quiero a los dos —contestó—; puedo cuidarlos a los dos. No es necesario que le diga a Graham que se vaya, puede vivir aquí; no será ninguna molestia —afirmó con esa ingenuidad que a veces hacía sonreír tanto a su padre como a Graham.

Ambos sonrieron.

—Será una molestia tremenda para mí —insistió el señor Home—. No le quiero, Polly; es demasiado alto; me estorba. Dile que se marche.

—Te acostumbrarás a él, papá. A mí me parecía altísimo al principio... era como una torre cuando levantaba la cabeza para mirarlo; pero, en conjunto, no me gustaría que fuera de otro modo.

—Me opongo totalmente a él, Polly; puedo arreglármelas sin un yerno. Jamás habría pedido al mejor hombre de la tierra que estableciera esa clase de parentesco conmigo. Despide a este caballero.

—Pero ¡hace tanto tiempo que le conoces y tenéis tanto en común!

—¡Tanto en común! Sí, ha fingido que mis opiniones y mis gustos coincidían con los suyos. Tenía un buen motivo para seguirme la corriente. Será mejor que tú y yo le digamos adiós, Polly.

—Sólo hasta mañana. Dale la mano a Graham, papá.

—No; prefiero no hacerlo: no soy su amigo. No lograréis engatusarme entre los dos.

—Por supuesto, por supuesto que sois amigos. Graham, extiende tu mano derecha. Papá, acerca la tuya. Y ahora, estrecháoslas. Papá, no seas tan rígido, cierra los dedos; sé un poco más dócil... ¡así! Pero eso no es un apretón cordial... Papá, tus dedos parecen tenazas. Estás aplastando la mano de Graham; ¡le haces daño!

Y debió de ser cierto, pues llevaba una enorme sortija con brillantes alrededor, cuyas aristas cortaron la piel de Graham y le hicieron sangre: pero el dolor sólo empujó al doctor John a reír, de igual modo que la inquietud había hecho asomar su sonrisa.

—Venga conmigo a mi estudio —dijo, finalmente, el señor Home al doctor Bretton.

Los dos se marcharon. Su entrevista no fue muy larga, pero supongo que fue decisiva. El pretendiente tuvo que someterse a un interrogatorio y a un severo examen sobre muchas cuestiones. Aunque a veces diera la impresión de que las palabras y las miradas del doctor Bretton reflejaban cierta picardía, lo cierto es que era un hombre de sólidos principios. Sus respuestas, según supe después, denotaron tanto sabiduría como integridad. Había manejado bien sus asuntos financieros. Había luchado contra toda clase de enredos y dificultades; estaba recuperando la fortuna familiar; demostró que estaba en condiciones de casarse.

El padre y el enamorado regresaron a la biblioteca. Monsieur de Bassompierre cerró la puerta; señaló a su hija.

—Tómela —exclamó—. Tómela, John Bretton; y ¡que Dios le dispense el mismo trato que usted le dispense a ella!

Poco tiempo después, tal vez quince días, vi a tres personas —monsieur de Bassompierre, su hija y el doctor Graham Bretton—, sentadas a la sombra de un árbol de largas ramas, en los jardines del palacio del Bois l'Etang. Habían ido a disfrutar de un anochecer de verano: al otro lado de las majestuosas rejas les esperaba el carruaje para llevarlos a casa; el césped se extendía a su alrededor, oscuro y silencioso; el palacio se alzaba en la lejanía, blanco como un risco del Pentélico; la estrella del atardecer brillaba por encima de él; un bosque de arbustos floridos perfumaba el aire; todo era quietud y dulzura; no se veía ni un alma, a excepción de aquel grupo.

Paulina se encontraba entre los dos caballeros; mientras conversaban, sus pequeñas manos parecían ocupadas en algo; al principio pensé que estaría atando un ramillete de flores. No; con unas tijeras diminutas que brillaban en su regazo, había cortado un rizo de las dos cabezas varoniles y se afanaba en

trenzar el mechón gris y el bucle dorado. Cuando hubo terminado, como no tenía a mano hilo de seda para atarlo, lo sujetó con sus propios cabellos; hizo una especie de nudo, y lo metió en un guardapelo que se colocó sobre el corazón.

—Y, ahora —dijo—, tengo en mi poder un amuleto que os obligará a ser siempre amigos. No podréis pelearos mientras yo lo lleve encima.

Y lo cierto es que el amuleto estaba allí, un hechizo que impedía que se enemistaran. La joven se convirtió en un vínculo entre los dos, influyendo en ambos y haciendo que reinase la armonía. Extraía su felicidad de ellos y, cuanto tomaba prestado, lo devolvía con creces.

«¿Existe de veras semejante dicha en la tierra?», pensé, mientras contemplaba al padre, a la hija y al futuro marido, los tres juntos... bienaventurados y felices.

Claro que existe. Sin caer en el romanticismo ni dejar que nuestra fantasía vuele demasiado, podemos decir que existe. Algunas vidas —durante ciertos días o años— anticipan la felicidad del Cielo; y tengo la convicción de que, si las personas buenas (pues nunca les ocurre a las malas) experimentan esa felicidad tan perfecta, su dulce efecto jamás se pierde por completo. Sean cuales sean las tribulaciones que les esperen, las enfermedades o las sombras de la muerte, la gloria anterior continúa brillando, reconfortando su terrible angustia e impregnando las nubes más sombrías.

Iré más lejos. Estoy convencido de que existen algunos seres humanos que nacen, crecen y son guiados desde una tierna cuna hasta una apacible y lejana tumba, sin que ningún sufrimiento excesivo aflija su destino y ninguna oscuridad tempestuosa ensombrezca su viaje. Y casi nunca son personas mimadas y egoístas, pues la Naturaleza las escoge armoniosas y benévolas; hombres y mujeres dulcificados por la caridad, bondadosos representantes de los atributos divinos.

No guardaré por más tiempo la feliz verdad. Graham Bretton y Paulina de Bassompierre contrajeron matrimonio, y el doctor Bretton resultó ser uno de esos elegidos. No degeneró con el tiempo; sus defectos disminuyeron y sus virtudes maduraron; su refinamiento intelectual aumentó, y obtuvo ganancias morales: los posos se filtraron y el vino resplandeció claro y sereno. También brilló el destino de su dulce esposa. Conservó el amor de su marido, le ayudó a progresar: fue la piedra angular de su dicha.

Aquella pareja se vio ciertamente bendecida, pues los años les trajeron grandes bondades y prosperidad; y las repartieron generosamente, aunque con prudencia. No hay duda de que llevaron su cruz, y conocieron las decepciones y las dificultades; pero las soportaron con entereza. En más de una ocasión

tuvieron, asimismo, que mirar a Aquél cuyo rostro los mortales apenas pueden contemplar y seguir viviendo: deben pagar su tributo al Rey de los Horrores. En la plenitud de sus facultades, murió monsieur de Bassompierre; y, a edad muy avanzada, dejó este mundo Louisa Bretton. Incluso en una ocasión se elevó en su morada el grito de Raquel llorando por sus hijos; pero nacieron otros hermosos y sanos que ocuparon el lugar del perdido: el doctor Bretton se vio perpetuado en un hijo que heredó su físico y su carácter; y también tuvo unos magníficas hijas, muy parecidas a él. Los educó con mano suave, pero firme; crecieron de acuerdo con su herencia y formación.

En pocas palabras, sólo digo la verdad cuando escribo que las vidas de Graham y Paulina se vieron bendecidas como las del hijo predilecto de Jacob, con «bendiciones del Cielo y bendiciones del abismo que se extiende abajo». Y fue así porque Dios lo consideró bueno.

Capítulo XXXVIII

Nubes

Pero no ocurre lo mismo con todo el mundo. ¿Y qué? Hágase Su voluntad, como seguramente se hará, lo tomemos o no con resignación. El impulso de creación lo promueve; la fuerza de los poderes, visibles e invisibles, se encarga de su cumplimiento. Tienen que ofrecerse pruebas de una vida futura. Si es necesario, deben escribirse con sangre y con fuego. Con sangre y con fuego seguimos sus huellas a través de la naturaleza. Con sangre y con fuego atraviesan nuestra propia experiencia. Doliente, no desmayes bajo el terror de esa incendiaria prueba. Fatigado viajero, prepárate para la lucha, mira al frente, continúa hacia delante. Peregrinos y hermanos en el desconsuelo, caminad juntos en amistosa compañía. Oscuro es el camino que se extiende ante la mayoría de nosotros por el desierto de la vida: que nuestro paso sea firme y regular, que nuestra cruz nos sirva de estandarte. Por báculo tenemos Su promesa, «cuya palabra es acrisolada, cuyo camino es perfecto»; por esperanza Su providencia, «que nos da el escudo de la salvación, cuya bondad ennoblece»; por hogar Su seno, que «mora en las alturas del Cielo»; por recompensa una gloria, desbordante y eterna. Corramos, pues, para obtener lo que nos depare el destino; suframos las penalidades como buenos soldados; terminemos nuestro recorrido, y conservemos la fe, confiando en el éxito final más que los conquistadores: «¿Acaso no eres tú desde antiguo mi Dios, mi Santo? ¡NO MORIREMOS!».

Un jueves por la mañana estábamos reunidas en el aula, esperando la clase de literatura. Llegó la hora; aguardábamos al profesor.

Las alumnas de primero estaban muy silenciosas; las redacciones que habían escrito desde la última clase se hallaban sobre los pupitres, pasadas a limpio y cuidadosamente atadas con una cinta, esperando que las recogiera la mano del profesor en su rápida ronda por las mesas. Era el mes de julio, hacía una hermosa mañana, la puerta acristalada se hallaba entreabierta y dejaba entrar una fresca brisa, y las plantas que crecían en el dintel se mecían, se inclinaban, miraban al interior, y parecían susurrar noticias nuevas.

Monsieur Emanuel no siempre era puntual; apenas nos extrañó que se retrasara un poco, pero, cuando por fin se abrió la puerta, nos sorprendió ver que, en lugar del profesor, con su paso veloz y su vehemencia, entraba silenciosamente la prudente madame Beck.

Se acercó a la mesa de monsieur Paul; se puso delante de ella; se quitó el ligero chal que cubría sus hombros; y, en voz baja, aunque firme, y con la mirada fija, empezó a decir:

—Esta mañana no habrá clase de literatura.

Después de unos instantes de silencio, pronunció la segunda parte de su mensaje.

—Es posible que las lecciones se suspendan por espacio de una semana. Necesito ese tiempo, como mínimo, para encontrar un buen sustituto de monsieur Emanuel. Mientras tanto, aprovecharemos del mejor modo las horas que quedan libres.

»El profesor, señoritas —prosiguió—, tiene intención de despedirse debidamente de ustedes, si es posible; pero en este momento no dispone de tiempo para hacerlo. Se prepara para un largo viaje. Obedeciendo a la llamada del deber, partirá, súbita y urgentemente, muy lejos. Ha decidido dejar Europa por un tiempo indefinido. Quizá él les cuente más cosas. Y esta mañana, señoritas, en lugar de su clase habitual con monsieur Emanuel, leerán inglés con mademoiselle Lucy.

Inclinó cortésmente la cabeza, se envolvió en el chal y abandonó la clase.

Reinó el silencio; poco después, un murmullo recorrió el aula: creo que algunas alumnas lloraban.

Pasó algún tiempo. El ruido, los cuchicheos, los sollozos ocasionales aumentaron. Me di cuenta de que la disciplina se había relajado y cundía en cierto modo el desorden, como si las alumnas tuvieran la impresión de que se había bajado la guardia y nadie las vigilaba. La costumbre y el sentido del deber me permitieron sobreponerme en seguida, levantarme como siempre, hablar en mi tono habitual, ordenar que se callaran y finalmente imponer silencio. Nuestra lectura fue larga y minuciosa. Nos ocupó toda la mañana.

Recuerdo mi impaciencia con las alumnas que lloraban. Su emoción no tenía demasiado valor; sólo era una reacción histérica. Así se lo dije. Las ridiculicé un poco. Me mostré severa. Lo cierto es que me molestaban sus lágrimas, o aquellos sollozos; no podía soportarlos. Una joven bastante torpe y pusilánime siguió llorando cuando las demás se callaron; una necesidad acuciante me empujó y ayudó a dirigirme a ella de tal modo que no se atrevió a continuar, y no tuvo más remedio que dominar sus convulsiones.

Aquella muchacha habría estado en su derecho de odiarme si, cuando terminó el colegio y sus compañeras se marchaban, no le hubiera ordenado quedarse; cuando las demás se fueron, hice lo que nunca había hecho con ninguna de mis alumnas: la estreché contra mi pecho y besé su mejilla. Después de ceder a este impulso, la saqué rápidamente del aula, pues mi abrazo le hizo llorar aún más amargamente que antes.

Me cuidé muy mucho de tener ocupados todos los minutos de aquel día, y habría pasado la noche sin dormir si hubiera podido dejar una vela encendida; la noche, sin embargo, fue espantosa, y demoledores sus efectos, pues me dejó sin fuerzas para enfrentarme a los insoportables cotilleos del día siguiente. Por supuesto, todo el mundo comentó la noticia. La sorpresa inicial había ido acompañada de cierta reserva: no tardó en desaparecer; se abrieron todas las bocas; se movieron todas las lenguas; profesoras, alumnas, los mismísimos criados, pronunciaron el nombre de «Emanuel». Él, que había estado siempre vinculado al colegio, ¿se marchaba de pronto? A todos les pareció extraño.

Dijeron tantas cosas, con tanta frecuencia, que, de las innumerables palabras y rumores, se deslizó al fin alguna información. Hacia el tercer día oí decir que monsieur Paul zarparía en una semana; más tarde... que su destino eran las Indias Occidentales. Miré el rostro de madame Beck, clavé mis ojos en los suyos, para ver si confirmaban o desmentían esa noticia; la observé atentamente, pero nada en nuestra directora reveló algo que yo no supiera.

Aquella separación era una terrible pérdida para ella, afirmaba. No sabía cómo llenar el vacío dejado por el profesor. Estaba tan acostumbrada a su primo, se había convertido en su mano derecha; ¿cómo iba a arreglárselas sin él? Ella se había opuesto a que diera ese paso, pero monsieur Paul la había convencido de que era su deber.

Decía todas esas cosas en público, en clase, en la mesa del comedor, hablando con Zélie St Pierre lo bastante fuerte para que pudiéramos oírla.

«¿Por qué era su deber?», me habría gustado preguntarle. Y tuve ganas de aferrarme a ella cuando, en el aula, pasó tranquilamente a mi lado; de extender mi mano y coger la suya, diciendo: «Deténgase. Cuéntenoslo todo. ¿Por qué debe marchar al destierro?». Pero madame siempre se dirigía a las demás profesoras, y jamás me miraba, jamás parecía pensar que aquel asunto pudiera

interesarme.

Seguían pasando los días. No sabíamos si monsieur Emanuel vendría a despedirse de nosotros; nadie parecía preocupado por eso; nadie preguntaba si lo haría o no; nadie manifestaba su miedo de que se marchara sin decir adiós; todos hablaban sin cesar, pero, en sus conversaciones, nunca tocaban ese punto vital. En cuanto a madame Beck, ella podía verlo, por supuesto, y decirle cuanto deseaba. ¿Qué podía importarle a ella que viniera o no a la rue Fossette?

Transcurrió la semana. Nos comunicaron que se marchaba tal día, y que su destino era Basseterre, en Guadalupe. El asunto que le conducía al extranjero estaba relacionado con los intereses de un amigo, no con los suyos: era lo que había imaginado.

Basseterre, en Guadalupe. Me costaba conciliar el sueño aquellos días, pero, siempre que me quedaba dormida, me despertaba indefectiblemente sobresaltada, mientras las palabras «Basseterre» y «Guadalupe» resonaban encima de mi almohada, o se movían de un lado a otro, en medio de la oscuridad, escritas en zigzagueantes letras color violeta y escarlata.

Nada podía aliviar lo que yo sentía, y ¿cómo podía evitar sentirme así? Monsieur Emanuel había sido muy bondadoso conmigo en los últimos tiempos; cada vez se portaba mejor y era más amable. Hacía un mes que habíamos dirimido nuestras diferencias teológicas, y no habíamos vuelto a discutir. Tampoco nuestra paz era la fría consecuencia del divorcio; no nos habíamos alejado; monsieur Paul había venido con más frecuencia a la rue Fossette, había hablado conmigo mucho más que antes; había pasado horas conmigo, con ánimo sereno, expresión alegre y modales apacibles y hogareños. Habían surgido entre nosotros agradables temas de conversación; me había preguntado qué planes tenía en la vida, y yo le había hablado de ellos; el proyecto de abrir un colegio le gustó; me pidió que se lo contara varias veces, aunque fuera hacer castillos en el aire. Las desavenencias habían terminado; reinaba entre los dos un entendimiento mutuo; los sentimientos de unión y esperanza habían anidado en nuestros corazones; el cariño, la profunda estima y la confianza creciente habían estrechado sus lazos.

¡Qué lecciones tan apacibles disfruté aquellos días! ¡No más sarcasmos sobre mi «intelecto», no más amenazas de angustiosas exhibiciones públicas! Con qué dulzura la recelosa burla y la más recelosa y apasionada alabanza se vieron sustituidas por una ayuda muda e indulgente, un consejo cariñoso, y una delicada paciencia que perdonaba pero no prodigaba elogios. Había veces en que se sentaba un rato conmigo y no despegaba los labios; y, cuando el crepúsculo o el deber nos separaban, se despedía con palabras como éstas:

—Il est doux, le repos! Il est précieux, le calme bonheur!

Un atardecer, unos diez días antes, monsieur Paul apareció mientras paseaba por l'allée défendue. Me cogió la mano. Miré su rostro; pensé que deseaba captar mi atención.

—Bonne petite amie! —exclamó con ternura—. Douce consolatrice!

Al sentir su tacto y escuchar sus palabras, una emoción nueva, una idea extraña se abrieron paso en mi interior. ¿Estaría convirtiéndose en algo más que un amigo o un hermano? ¿Acaso había en su expresión una solicitud que rebasaba los límites de la fraternidad o la amistad?

Su elocuente mirada tenía algo más que decir, su mano me acercó a él, sus labios se movieron. No. No era el momento. En aquel sendero, a la luz del crepúsculo, dos figuras inquietantes nos interrumpieron: una mujer y un sacerdote, madame Beck y père Silas.

Jamás olvidaré el aspecto de este último. En un primer momento, expresó una sensibilidad propia de Jean-Jacques, suscitada por las muestras de afecto que acababa de sorprender; luego, inmediatamente, ésta se vio oscurecida por el resentimiento de unos celos eclesiásticos. Se dirigió a mí con afectación. Miró a su discípulo con severidad. En cuanto a madame Beck, ella, por supuesto, no vio nada... nada; aunque su primo retenía en su presencia la mano de una hereje extranjera, sin permitir que la retirara, asiéndola con fuerza.

Después de aquel episodio, el anuncio repentino de su marcha me pareció, al principio, increíble. Sólo la constante repetición, y el convencimiento de las ciento cincuenta personas que me rodeaban, me obligaron a aceptarlo. En cuanto a aquella semana de incertidumbre, con sus días vacíos pero ardientes, sin que él me diera la menor explicación... los recuerdo, pero soy incapaz de describir cómo transcurrieron.

Llegó el último día. Él nos visitaría. Él vendría a decirnos adiós, o desaparecería en silencio, y jamás volveríamos a verlo.

Esa alternativa no pareció inquietar a ningún ser viviente de aquel colegio. Todos se levantaron a la hora acostumbrada; todos desayunaron como siempre; todos, al parecer, sin referirse ni pensar en su antiguo profesor, se dirigieron con flema a sus quehaceres cotidianos.

Tan olvidadizo era el pensionnat, tan acomodaticio, tan disciplinado en sus actos, tan poco inquieto... que apenas sabía cómo respirar en aquella atmósfera densa y asfixiante. ¿Nadie me prestaría una voz? ¿Nadie expresaría un deseo, una palabra, una oración a la que yo pudiera responder «amén»?

Había visto a alumnas y profesoras pedir de manera unánime cualquier insignificancia: un festín, un día libre, la anulación de una clase; pero no

podían, no querían unirse ahora para asediar a madame Beck y reclamar una última entrevista con un profesor muy querido, al menos por algunas (querido como ellas sabían querer); pero ¿qué es el amor de la multitud?

Sabía dónde vivía: sabía dónde podía oírle o hablar con él; apenas estaba a un tiro de piedra; si hubiera estado en la estancia contigua, ¿de qué me habría valido saberlo si él no me llamaba? Seguir, buscar, recordar, llamar... Para esas cosas yo no tenía el menor talento.

Monsieur Emanuel habría podido pasar al alcance de mi mano: si lo hubiera hecho en silencio y sin llamar la atención, le habría dejado marchar silenciosa e inmóvil.

La mañana llegó a su fin. Dio paso a la tarde, y pensé que todo había terminado. Mi corazón palpitaba. La sangre no parecía correr por mis venas. Me sentía muy mal, apenas podía seguir en mi puesto y hacer mi trabajo. Sin embargo, el pequeño mundo que me rodeaba seguía girando como si nada; todos parecían alegres, sin preocupaciones, temores o pensamientos. Las mismas alumnas que, siete días antes, habían llorado histéricamente al oír la sorprendente noticia, parecían haber olvidado el incidente, su importancia, y la emoción que les había embargado.

Poco antes de las cinco, hora en que finalizaban las clases, madame Beck me pidió que fuera a sus habitaciones para leer y traducir una carta inglesa que le habían enviado, y escribir una respuesta. Antes de entregarme a esa tarea, observé que cerraba suavemente las dos puertas de la sala; cerró incluso la ventana, aunque era un día caluroso y ella, por lo general, consideraba indispensable que el aire circulara. ¿Por qué tanta precaución? Una tremenda sospecha, una desconfianza casi irracional suscitaron la pregunta. ¿Quería impedir que entrara un sonido? ¿Qué sonido?

Escuché como jamás había escuchado; escuché como un lobo en un anochecer de invierno, olfateando la nieve, oliendo su presa, y escuchando en la lejanía los pasos del viajero. Aún así, podía escuchar y escribir al mismo tiempo. Hacia la mitad de la carta, oí unas pisadas en el vestíbulo y mi pluma se detuvo en seco. No había sonado la campanilla; Rosine, sin duda obedeciendo órdenes, se había adelantado a ella. Madame Beck me vio detenerme. Tosió, armó un poco de ruido, habló más fuerte. Los pasos siguieron en dirección a las clases.

—Continúe —dijo madame.

Pero mis manos estaban esposadas; mis oídos, encadenados; mis pensamientos, muy lejos y cautivos.

Las aulas constituían otro edificio; el vestíbulo las separaba de la vivienda: a pesar de la distancia y de la división, oí el súbito revuelo de un curso entero

poniéndose en pie.

—Están guardando libros y cuadernos —señaló madame.

Lo cierto es que era la hora de hacerlo, pero ¿por qué reinaba de pronto aquel silencio? ¿Por qué había cesado el tumulto?

—Espere, madame... iré a ver qué pasa.

Dejé la pluma y salí de la estancia. ¿Sola? No, madame no lo permitió: al no poder detenerme, se levantó y me siguió de cerca, como si fuera mi sombra. Me volví en el último escalón:

—¿Me acompaña? —pregunté.

—Sí —dijo, con un mirada extraña: velada, pero decidida.

Reanudamos la marcha, no juntas, pero ella me seguía a dos pasos.

Él había venido. Le vi al entrar en la clase de primero. Allí, una vez más, se encontraba la figura más familiar. Sin duda habían tratado de impedir que regresara, pero él había venido.

Las alumnas formaban un semicírculo; él iba de una en una, diciéndoles adiós, estrechando sus manos, besando sus dos mejillas. Esta última ceremonia, una costumbre extranjera, sólo se permitía en una despedida como aquélla, tan solemne y prolongada en el tiempo.

Me pareció muy cruel que madame Beck me persiguiera de ese modo, sin quitarme los ojos de encima; mi cuello y mis hombros se estremecían febriles bajo su aliento; me sentía terriblemente hostigada.

Él se acercaba; había recorrido casi todo el semicírculo; llegó a la última alumna; se dio media vuelta. Pero madame estaba delante de mí; se había colocado allí de pronto; parecía haber aumentado de tamaño y extendido sus ropajes; me eclipsó; quedé oculta. Ella conocía mis flaquezas y mis deficiencias; podía calcular mi grado de parálisis moral, la incapacidad de hacer valer mis razones... en los momentos de crisis. Se aproximó rápidamente a su primo, le habló con locuacidad, acaparó su atención, y se lo llevó a toda prisa hacia la puerta... la puerta acristalada que daba al jardín. Creo que él miró a uno y otro lado; si nuestros ojos se hubieran encontrado, supongo que el valor habría corrido en ayuda de mis sentimientos, y se habría producido una ofensiva y, tal vez, un rescate; pero en la clase todo era confusión, el semicírculo se había deshecho en pequeños grupos, mi figura se perdía entre otras treinta más llamativas. Madame se salió con la suya; sí, consiguió llevárselo sin que él me viera; pensó que estaba ausente. Dieron las cinco, sonó con estruendo la campanilla que señalaba el fin de las clases, el aula se vació.

Aún perduran en mi memoria los momentos de oscuridad y desesperación que pasé cuando me quedé a solas: un dolor indescriptible por una pérdida irreparable. ¿Qué debía hacer? ¿Qué debía hacer cuando arrancaban de un corazón escarnecido y destrozado la esperanza de mi vida?

Lo que debería haber hecho es algo que no sé, pues una niña, la más pequeña del colegio, irrumpió con su simplicidad y su inconsciencia en el violento, aunque silencioso, núcleo de aquel conflicto interior.

—Mademoiselle —ceceó una voz aguda—, tengo que darle esto. Monsieur Paul me dijo que la buscara por toda la casa, desde el grenier hasta el sótano, y que, cuando la encontrara, le diera esto.

La chiquilla me entregó una nota; la pequeña paloma dejó caer una rama de olivo sobre mis rodillas. No llevaba nombre ni dirección, únicamente estas palabras:

No tenía intención de despedirme de usted cuando dije adiós a las demás, pero esperaba verla en clase. Me sentí muy decepcionado. Nuestra entrevista se aplaza. Esté preparada. Antes de zarpar, he de encontrar el momento de verla y hablar con usted largo y tendido. Esté alerta; mis segundos están contados y, en estos instantes, monopolizados; además, tengo un asunto confidencial entre manos que no quiero compartir ni revelar a nadie... ni siquiera a usted.

PAUL.

¿Que estuviera alerta? Entonces tenía que ser aquella tarde; ¿acaso no se marchaba por la mañana? Sí, de eso estaba segura. Había visto anunciada la fecha en que zarpaba su barco. ¡Oh! Estaría preparada, pero ¿llegaría realmente a celebrarse aquel encuentro tan ansiado? ¿Quedaba tan poco tiempo! ¡Parecían vigilarle tan estrecha, activa y hostilmente! El camino de acceso se abría angosto como un desfiladero, profundo como un abismo: Apolión lo recorría de un lado a otro, arrojando llamas por la boca. ¿Podría triunfar mi generoso amigo? ¿Podría mi guía llegar hasta mí?

¿Quién podía decirlo? Y, sin embargo, empecé a sentir que mi ánimo renacía, que no me embargaba el desconsuelo; tenía la sensación de que su corazón latía dentro del mío.

Esperé a mi paladín. Apolión llegó arrastrando su Infierno tras él. Pienso que si la Eternidad nos depara severos tormentos, ninguno será tan feroz ni tan enloquecedor. Creo que cierto día, uno de esos días en los que nunca amaneció ni se puso el sol, un ángel entró en el Hades: resplandeció, sonrió, formuló una profecía de perdón condicionado, alentó una esperanza incierta de felicidad — que reinaría no en aquel instante sino en un día y una hora inesperada—, y reveló con su propia gloria y esplendor la grandeza y el alcance de su

promesa; dijo esas palabras y, elevándose, se convirtió en una estrella y desapareció en su propio Cielo. Su legado fue la incertidumbre... una dádiva peor que la desesperación.

Esperé toda la tarde, confiando en la rama de olivo que me había traído la pequeña paloma, y, a pesar de mi confianza, estaba terriblemente asustada. El miedo me atenazaba. Frío y extraño, sabía que iba unido a un presentimiento casi nunca engañoso. Las primeras horas me parecieron lentas y largas; pero mi espíritu se aferró a cada segundo de las últimas. Pasaron tan veloces como una nube empujada por el viento... como una masa de cirros cruzando el cielo antes de la tormenta.

Pasaron. El largo y cálido atardecer estival se consumió como el enorme leño que arde en las chimeneas navideñas; murió la luz carmesí de su crepúsculo; y me dejó inclinada entre las frías sombras azules, sobre los reflejos pálidos y cenicientos de la noche.

Terminaron las oraciones; era hora de acostarse; mis compañeras de internado se habían retirado. Yo continuaba aún en la lóbrega clase de primero, quebrantando, o al menos ignorando las normas que nunca había quebrantado ni ignorado.

No sé cuánto tiempo estuve paseando de un lado a otro de la clase; supongo que varias horas; de forma maquinal, aparté bancos y pupitres, y abrí un camino que llegaba hasta el fondo del aula. Anduve por allí, y allí, cuando tuve la certeza de que todos estaban en la cama, y demasiado lejos para oírme... allí, por fin, rompí a llorar. Confiando en la Noche y en la Soledad, no ahogué por más tiempo mis lágrimas, ni impedí que brotaran mis sollozos; desgarraban mi corazón; se abrieron paso con furia. En aquella casa, ¿qué dolor podía ser sagrado?

Poco después de las once, una hora muy avanzada en la rue Fossette, la puerta se abrió, silenciosa pero no furtivamente; el resplandor de una lámpara invadió la luz de la luna; madame Beck entró con la misma serenidad que si se tratara de una ocasión normal y de una hora de lo más sensata. En lugar de hablarme en seguida, se dirigió a su mesa, cogió las llaves y simuló buscar algo; se entretuvo mucho tiempo, demasiado, en aquella falsa búsqueda. Parecía muy tranquila, demasiado tranquila; yo no estaba de humor para aguantar aquella comedia; rebasado el límite de mis fuerzas, hacía dos horas que había dejado a un lado las consideraciones y los miedos habituales. Guiada por un gesto y gobernada por una palabra en circunstancias normales, en aquellos momentos no podía soportar ningún yugo, ni tolerar el menor impedimento.

—Tendría que haberse acostado ya —dijo madame—; ha infringido demasiado tiempo las normas del internado.

Madame Beck no obtuvo la menor respuesta: seguí andando; cuando ella se interpuso en mi camino, la aparté.

—Déjeme que la tranquilice, meess; la acompañaré a su cuarto —exclamó, intentando hablar con dulzura.

—¡No! —contesté—. Ni usted ni nadie me tranquilizará ni me acompañará.

—Ordenaré que calienten su cama. Goton aún está levantada. Le ayudará a sentirse mejor: le preparará un sedante.

—Madame —estallé—, es usted una hedonista. Bajo toda su serenidad, su paz y su decoro, es usted una auténtica hedonista. Ordene que calienten, que hagan más mullida su cama; tome cuantos sedantes y carnes, bebidas dulces y condimentadas desee. Si tiene usted alguna pena o desengaño, como tal vez ocurra... sí, sé que los tiene... busque los paliativos que más le plazcan. Pero déjeme en paz. ¡Déjeme en paz!

—Enviaré a otra persona para que la cuide, meess; enviaré a Goton.

—Se lo prohíbo. Déjeme sola. ¡Quíteme las manos de encima! Y no se entrometa en mi vida, ni en mis problemas. ¡Oh, madame! En sus manos hay frío y veneno. Usted contamina y paraliza.

—¿Qué he hecho yo, meess? No debe casarse con Paul. Él no puede contraer matrimonio.

—¡El perro del hortelano! —exclamé; pues sabía que ella quería casarse con él en secreto, y siempre lo había deseado.

Decía que monsieur Paul era insoportable; le recriminaba que fuera tan dévot; no le amaba, pero quería casarse con él para vincularle a sus intereses. Yo había adivinado algunos de los secretos de madame, no sé cómo; por una intuición o una inspiración, llegadas no sé de dónde. A lo largo de nuestra convivencia, yo había aprendido lentamente que, con ella, sólo podías ser su inferior o su rival. Era mi rival, en cuerpo y alma, aunque secretamente, bajo los modales más afables y sin que nadie lo supiera excepto ella y yo.

Miré a madame por espacio de unos minutos, sintiendo que la tenía en mi poder, pues en ciertos momentos —como el que vivíamos—, en ciertos estados de percepción exacerbada —como el que nos dominaba—, su disfraz de siempre, su máscara y su dominó eran para mí una simple red con agujeros; y veía bajo ella a un ser cruel, innoble e indulgente consigo mismo. Se alejó silenciosamente de mí; dócil y serena, aunque muy preocupada, y dijo que «si no lograba convencerme de que me fuera a dormir, tendría que dejarme muy a su pesar». Se apresuró a hacerlo, y es posible que estuviera más contenta ella de marcharse que yo de verla desaparecer.

Aquella fue la única rencontre entre madame Beck y yo en que la verdad salió por fuerza a la luz; aquella breve escena nocturna jamás se repitió. No cambió un ápice su comportamiento conmigo. No me consta que se vengara de mis palabras. No creo que me odiara más por mi crueldad y mi franqueza. Pienso que se escudaba en la secreta filosofía de la fortaleza de su espíritu, decidida a olvidar lo que le molestaba recordar. Sé que hasta el final de nuestras vidas ni se repitió, ni se hizo la menor alusión a aquel violento episodio.

Pasó la noche: todas las noches —incluso la noche sin estrellas que precede a la disolución— deben consumirse. Hacia las seis de la mañana, la hora en que todos se levantaban, salí al patio y me lavé la cara con el agua fría y fresca del pozo. Al entrar por el carré, un espejo colocado sobre un mueble de roble reflejó mi imagen. Decía que había cambiado; tenía las mejillas y los labios pálidos y mortecinos, los ojos vidriosos, y los párpados lívidos e hinchados.

Al reunirme con mis compañeras, fui consciente de que todas me miraban, y sentí que podían leer mi corazón; pensaba que yo misma me había traicionado. Estaba convencida de que hasta la alumna más pequeña del colegio había adivinado por qué y por quién me hallaba tan desesperada.

Isabelle, una niña que yo había cuidado mientras estuvo enferma, se acercó. ¿También ella se burlaría de mí?

—Que vous êtes pâle! Vous êtes donc bien malade, mademoiselle! — exclamó, llevándose un dedo a los labios y mirándome fija y tristemente, con una simpleza que en aquel momento me pareció más hermosa que la inteligencia más penetrante.

Isabelle no fue la única que mostró su ignorancia; antes de que anoheciera, tuve motivos de sobra para agradecer la ceguera de todos los habitantes de la casa. La multitud tiene otras cosas que hacer que leer corazones e interpretar frases oscuras. Quien lo desee puede guardar su secreto, ser el único soberano de su intimidad. En el curso de aquel día, tuve una prueba tras otra de que no sólo nadie adivinaba la causa de mi pena, sino de que mi vida interior de los últimos seis meses continuaba siendo sólo mía. Nadie sabía... nadie se había dado cuenta de que yo concedía un valor especial a una vida entre todas las demás. Los chismorreos habían pasado de largo; la curiosidad me había ignorado: esas dos sutiles influencias, siempre revoloteando a mi alrededor, jamás me habían prodigado atención. Un organismo determinado puede vivir en un hospital de infecciosos y no contagiarse del tifus. Monsieur Emanuel había venido y se había marchado; había sido mi maestro y había buscado mi compañía; me había llamado en cualquier momento, fuera oportuno o no, y yo le había obedecido: «Monsieur

Paul...», decían una y otra vez; y nadie hacía comentarios, y mucho menos lo condenaba. Nadie hacía insinuaciones, nadie se burlaba. Madame Beck descifró el enigma; nadie más lo desveló. Lo que yo sufría recibió el nombre de enfermedad: un dolor de cabeza; acepté el bautismo.

Pero ¿qué dolencia física podía compararse con aquel sufrimiento? Con la certeza de que él se había ido sin despedirse; con la cruel convicción de que el destino y las furias que me perseguían —los celos de una mujer y el fanatismo de un sacerdote— no me dejarían verle nunca más. ¿A quién puede asombrar que la segunda tarde me encontrara como la primera: indómita, atormentada, recorriendo una estancia desierta en un indecible frenesí de silenciosa desolación?

Madame Beck no me pidió personalmente que me acostara aquella noche, ni siquiera se acercó a mí; envió a Ginevra Fanshawe: no podía haber enviado una intermediaria más eficaz.

—¿Le duele mucho la cabeza esta noche? —fueron sus primeras palabras (pues Ginevra, como las demás, pensaba que estaba tan pálida y mi desazón era tan grande porque me dolía la cabeza de un modo insoportable).

Y esas primeras palabras despertaron en mí el deseo de huir a alguna parte, fuera del alcance de los demás. Y lo que vino a continuación —las quejas sobre sus dolores de cabeza— terminó de convencerme.

Subí al piso de arriba. En seguida estuve en la cama —el lecho del dolor —, rodeada de veloces escorpiones que me perseguían. No llevaba cinco minutos acostada cuando llegó otra emisaria: Goton me traía algo de beber. Yo estaba sedienta, bebí con avidez; era un líquido dulce, pero me supo a droga.

—Madame dice que la ayudará a dormir bien —dijo Goton, cuando le devolví la copa vacía.

¡Ay! El sedante estaba administrado. En realidad, me habían dado un fuerte opiáceo. Había que tenerme tranquila por una noche.

Todo el mundo se acostó, encendieron la lámpara nocturna y el gran dormitorio se hundió en el silencio. Pronto imperó el sueño: sobre aquellas almohadas, obtuvo una fácil supremacía; reinó satisfecho sobre los corazones y las cabezas que no sufrían... pero pasó de largo por los espíritus atormentados.

La droga empezó a actuar. No sé si la dosis de madame era excesiva o insuficiente; pero no causó el efecto esperado. En lugar de sumirme en un letargo, me sentí muy excitada. Me asaltaron pensamientos nuevos, ensoñaciones de colores muy singulares. Una llamada alertó a mis facultades, sonaron los clarines, las trompetas retumbaron a una hora intempestiva. La

Imaginación se puso en pie y dio un paso al frente, audaz e impetuosa. Miró con desprecio a la Materia, su compañera.

—¡Arriba! —exclamó—. ¡Indolente! Esta noche haré mi voluntad; no me someteré a la tuya.

»¡Contempla el cielo nocturno! —fue su grito.

Y, cuando levanté con esfuerzo la persiana más próxima, con un gesto majestuoso, me mostró una luna soberana en medio de un firmamento profundo y esplendoroso.

Hizo que el trémulo brillo de la oscuridad, los estrechos límites y el calor sofocante del dormitorio resultaran insoportables para mis asombrados sentidos. Me convenció de que abandonase aquella madriguera y la siguiera entre el rocío, el frescor y la gloria.

Me proporcionó una extraña visión de Villette a medianoche. Me mostró sobre todo el parque, el parque de verano, con sus largos paseos silenciosos, solitarios y seguros; entre ellos había un enorme estanque de piedra —que yo conocía bien, pues había pasado muchos ratos en su orilla—, hundido entre frondosos árboles, rebosante de agua fresca, clara, y con un lecho verdoso de hojas y de juncos. Pero ¿cómo llegar allí? Las puertas del parque estaban cerradas, un centinela las vigilaba; era imposible entrar.

¿Era imposible? Merecía la pena reflexionar sobre aquello; y, mientras daba vueltas al asunto, me vestí maquinalmente. Incapaz de dormir o de seguir acostada, presa de intensa agitación, ¿qué otra cosa podía hacer?

Las verjas estaban cerradas, los soldados se hallaban junto a ellas; ¿acaso no existía otro modo de entrar en el parque?

Unos días antes, mientras paseaba, había visto —sin prestarle demasiada atención— un hueco en la valla, una estaca rota; y aquel recuerdo volvía ahora a mi memoria, con total nitidez: la estrecha e irregular abertura, visible entre las ramas de los tilos, plantados ordenadamente como una columnata. Un hombre no lograría pasar por ella, ni una mujer corpulenta; no creo que madame Beck fuera capaz, pero quizá yo lo consiguiese: pensé que me gustaría intentarlo y, una vez dentro, a aquella hora, todo el parque sería mío: ¡el parque de la medianoche, a la luz de la luna!

¡Cuán profundamente dormía el gran dormitorio! ¡Qué sueños tan insondables! ¡Qué respiraciones tan tranquilas! ¡Cuán silenciosa se hallaba la gigantesca casa! ¿Qué hora sería? Me entraron ganas de saberlo. Había un reloj en la clase, escaleras abajo; ¿qué me impedía aventurarme a consultarlo? Con aquella luna, su enorme rostro blanco y sus números negros como el azabache se verían con claridad.

En cuanto a los obstáculos que encontraría, no tendría que salvar siquiera el chirrido de un gozne o el chasquido de un pestillo. En aquellas calurosas noches de julio, la temperatura era sofocante, y la puerta del gran dormitorio se dejaba abierta de par en par. Las tablas del suelo, ¿sostendrán mis pasos sin delatarme? Sí. Sé dónde están un poco sueltas, y evitaré pisarlas. La escalera de roble cruje cuando desciendo por ella, pero no de un modo exagerado: he llegado al carré.

Las puertas del aula grande están cerradas; tienen echado el cerrojo. El acceso al pasillo, por el contrario, se encuentra abierto. Las clases me parecen enormes y lúgubres cárceles, enterradas lejos del bullicio, y sólo traen a mi memoria recuerdos terribles y espectrales, que yacen desconsolados entre sus lechos de paja y sus grilletes. El corredor ofrece un panorama risueño, y conduce al vestíbulo principal que sale directamente a la calle.

¡Chist! El reloj da la hora. A pesar del silencio fantasmal que reina en el convento, son sólo las once. Mientras oigo enmudecer el último toque, percibo en la lejanía el sonido de campanas y de una banda de música: un sonido en el que se mezclan la dulzura, la victoria y el duelo. ¡Cómo me gustaría acercarme a esa música y escucharla a solas desde la orilla del estanque! Dejadme ir... dejadme ir. ¿Qué me lo impide? ¿Qué se opone a mi libertad?

Allí, en el pasillo, cuelga mi delantal de jardín, mi sombrero, mi chal. No hay cerradura en la inmensa y pesada porte-cochère; no es necesario buscar ninguna llave: se cierra con una especie de pasador que no puede abrirse desde fuera, pero que, desde el interior, se descorre sin hacer ruido. ¿Lo conseguiré? Cede a la presión de mi mano, cede con facilidad. Me maravilla que el portal parezca abrirse espontáneamente; me maravilla cruzar el umbral y pisar la calle empedrada; me maravilla la extraña simplicidad con que mi prisión ha sido forzada. Es como si una mano invisible me hubiera abierto camino, como si alguna fuerza disolvente me hubiera precedido; en cuanto a mí, apenas he hecho el menor esfuerzo.

¡Apacible rue Fossette! Encuentro en su pavimento esa noche estival, errante y seductora, que imaginaba; veo la luna encima de mí; siento el relente en el aire. Pero no puedo quedarme; estoy demasiado cerca de mi vieja guarida; tan próxima al calabozo que oigo los gemidos de los prisioneros. Esta paz solemne no es lo que busco, no es algo que pueda soportar; para mí, el rostro de ese cielo se asemeja a la muerte de un mundo. El parque también estará tranquilo... sé que reina en todas partes una serenidad mortal... Buscaré el parque.

Cogí una calle muy conocida, y subí hacia la majestuosa y palaciega Haute-Ville; de allí venía la música que había oído, sus notas flotaban en el aire; en aquel momento se habían callado, pero podían volver a despertar.

Seguí andando; ni la banda ni las campanas me dieron la bienvenida; otro sonido las sustituyó, una especie de marea viva, una corriente muy fuerte que se intensificó a medida que yo avanzaba. Las luces me deslumbraron, el movimiento aumentó, las campanas repicaron: ¿dónde estaba? Al entrar en la Grande Place, me vi sumergida, como por arte de magia, en una muchedumbre jubilosa y llena de vida.

Villette es una llamarada, un enorme resplandor; el resto del mundo parece muy lejano; la luz de la luna y el cielo se desvanecen: la ciudad, con sus antorchas, contempla su propio esplendor: alegres vestidos, magníficos carruajes, hermosos caballos e intrépidos jinetes abarrotan sus brillantes calles. Veo muchísimas máscaras. Es una escena extraña, más extraña que los sueños. Pero ¿dónde está el parque? Tengo que hallarme cerca. En medio de aquel fulgor, el parque estará oscuro y tranquilo: supongo que allí, por lo menos, no habrá antorchas, farolas ni multitudes.

Estaba pensando en aquello cuando se cruzó conmigo un carruaje descubierto lleno de caras conocidas. Pasó lentamente entre el gentío; los fogosos caballos relincharon impacientes al ver su ardor refrenado. Divisé muy bien a los ocupantes del vehículo; a mí no pudieron verme o, al menos, reconocerme, pues iba envuelta en un gran chal y ocultaba el rostro bajo un sombrero de paja (en aquella densa multitud ninguna vestimenta parecía extraña). Vi al conde de Bassompierre; vi a mi madrina, ataviada con refinamiento, hermosa y muy feliz; vi, asimismo, a Paulina Mary, con el triple halo de su belleza, dicha y juventud. Al contemplar su rostro lleno de júbilo, y la expresión alborozada de sus ojos, apenas me fijé en la elegancia festiva de su atuendo; sólo sé que los ropajes que flotaban a su alrededor eran blancos, ligeros y nupciales. Sentado frente a ella vi a Graham Bretton; comprendí que, al mirarlo, Paulina resplandecía: la luz que se reflejaba en sus ojos llameaba antes en los ojos de él.

Me procuró un extraño placer seguir a esos amigos sin que ellos advirtieran mi presencia, y los seguí, como era mi intención, hasta el parque. Observé cómo se apeaban (los carruajes tenían prohibido el paso) entre nuevos e inesperados esplendores. Sobre la puerta de hierro, entre las dos columnas de piedra, se extendía un arco brillante de innumerables estrellas; y, siguiéndoles furtivamente bajo aquel arco, ¿dónde se encontraban ellos y dónde me encontraba yo?

En un país encantado, en el más hermoso de los jardines, en una llanura salpicada de meteoros irisados, en un bosque de destellos color púrpura, rubí y dorado, semejantes a piedras preciosas entre el follaje; en una región, no de árboles y sombras, sino de la más sorprendente riqueza arquitectónica: de altares y de templos, de pirámides, obeliscos y esfinges; por increíble que parezca, las maravillas y los símbolos de Egipto inundaban el parque de

Villette.

Carece de importancia que a los cinco minutos desvelara el secreto: descifrada la clave del misterio, desvanecida su ilusión, carece de importancia que reconociera en seguida los materiales de aquellos solemnes fragmentos: la madera, la pintura, el cartón; esos descubrimientos inevitables no destruyeron el encanto ni mermaron la fascinación de aquella noche. Carece de importancia que encontrara una explicación a la gran fête, una fête desconocida para la conventual rue Fossette, aunque había empezado al amanecer y seguía llena de pujanza cerca de la medianoche.

En el pasado, dice la historia, había sobrevenido una terrible crisis en el destino de Labassecour, lo que había supuesto no sé qué peligro para los derechos y libertades de sus nobles ciudadanos. Había habido rumores de guerra, si no auténticas guerras; luchas en las calles, tumultos, desórdenes, barricadas, amotinamientos de los ciudadanos, intervención de las tropas, muchas pedradas e incluso algunos tiros. La tradición sostenía que habían caído algunos patriotas: en la vieja Basse-Ville se visitaba un recinto, magníficamente empotrado en un muro, donde se conservaban, según decían, los huesos sagrados de los mártires. Fuera como fuera, cierto día del año se seguía celebrando una fiesta en honor de esos patriotas y mártires de memoria un tanto apócrifa: por la mañana, solemne Te Deum en la iglesia de St Jean Baptiste; por la noche, espectáculos y toda clase de decorados y luces como los que en aquellos momentos presenciaba.

Mientras contemplaba la imagen de un ibis blanco sujeto en una columna, mientras analizaba la perspectiva de una larga avenida iluminada por antorchas con una esfinge tendida al fondo, perdí de vista al grupo de personas que había seguido desde el centro de la gran plaza, o mejor dicho, éstas se desvanecieron como una aparición. Toda aquella escena tenía la impronta de un sueño: las siluetas se balanceaban, los movimientos flotaban, las voces parecían ecos... medio vacilantes, medio burlones. Después de que Paulina y sus amigos desaparecieran, ni siquiera podía estar segura de haberlos visto; no eché de menos que me guiaran en medio del caos, y mucho menos que me protegieran en la oscuridad.

Aquella noche de fiesta, incluso un niño habría estado a salvo. Habían acudido muchos campesinos de los alrededores de Villette, y los ciudadanos más respetables iban de un lado a otro, vestidos con sus mejores galas. Mi sombrero de paja se movía entre gorras y chaquetas, faldas y largos mantos de algodón, sin atraer, quizá, ni una mirada; sólo tomé la precaución de bajarme sus anchas alas, al igual que una gitana, con una cinta suplementaria; y entonces me sentí tan segura como si llevara una máscara.

De ese modo, paseé por las avenidas y me mezclé con la muchedumbre allí

donde era más numerosa. Era incapaz de quedarme quieta o de observar con serenidad. La escena me inundó de gozo; bebí el alegre aire nocturno, la oleada de sonidos, la inconstante luz, tan pronto resplandeciente como mortecina. En cuanto a la Felicidad o a la Esperanza, ellas y yo nos habíamos estrechado la mano, y justo en aquel momento... despreciaba a la Desesperación.

Perseguía el vago objetivo de encontrar el estanque de piedra con su clara profundidad y su lecho verdoso: pensaba en su frescura y en su verdor con la sed acuciante de una fiebre de la que no era consciente. Entre el brillo de las luces, las prisas, la multitud y el ruido, lo que más deseaba aún, secretamente, era llegar a aquel espejo redondo de cristal, y sorprender a la luna reflejando allí su frente nacarada.

Conocía el camino, pero algo me impedía seguirlo directamente: ora una imagen, ora un sonido, me apartaban de él, atrayéndome por tal senda o tal paseo. Había divisado ya los gigantescos árboles que rodeaban el trémulo y ondulante cristal cuando, en un claro a la derecha, se elevaron las voces de un coro: un sonido como el que podría oírse, pensé, si el Cielo abriera sus puertas... un sonido, tal vez, como el que oyeron en la llanura de Belén la noche de la buena nueva.

El cántico, la dulce música, se alzaba a lo lejos, pero, empujado velozmente por las alas del viento, se abrió paso entre las sombras con tal vorágine de armonías que, de no haber tenido un tronco donde apoyarme, supongo que me habría desplomado. Las voces eran muy numerosas; los instrumentos, variados e incontables: reconocí entre ellos el clarín, la trompa y la trompeta. Producía el mismo efecto que si el mar rompiera a cantar con todas sus olas.

La ondulante marea continuó su camino, luego se replegó y yo seguí su retirada. Me condujo a un edificio bizantino, una especie de templete casi en el centro del parque. Lo rodeaban cientos de personas, reunidas allí para escuchar el maravilloso concierto al aire libre. Lo que había oído era, según creo, un coro de cazadores; la noche, el lugar, la escena y mi estado de ánimo intensificaron los sonidos e hicieron más profunda su impresión en mí.

Allí se congregaban las damas, sumamente hermosas con aquella luz; algunos de sus vestidos eran de gasa, y otros tenían el brillo del satén; las flores y las puntillas temblaban, y los velos se agitaban alrededor de sus recargados sombreros, mientras aquel coro —numeroso como un ejército— rompía el aire con sus formidables sonidos. La mayoría de las damas ocupaban las pequeñas y ligeras sillas del parque; detrás y al lado de ellas se erguían los caballeros que las escoltaban. Las filas más alejadas las formaban ciudadanos, plebeyos y policías.

Me situé entre ellos. Prefería ser la vecina silenciosa, desconocida —y, consecuentemente, a la que nadie se dirigía—, de la falda corta y los zuecos; y sólo la lejana observadora del traje de seda, el manto de terciopelo y el chapeau con un penacho de plumas.

Además, entre tanta vida y tanto alborozo, lo que más me apetecía era estar sola, completamente sola. Sin el deseo ni la energía para abrirme paso a través de una masa tan compacta, me quedé en el lugar más alejado, donde lo cierto es que podía oír, pero no veía casi nada.

—Mademoiselle no está bien colocada —exclamó una voz a mi lado.

¿Quién osaba importunarme, estando yo de un humor tan poco comunicativo?

Me volví, más para ahuyentar que para responder. Vi a un hombre, un burgués, que al principio me pareció un extraño, pero que no tardé en reconocer: era el comerciante que suministraba los libros y los artículos de escritorio a la rue Fossette; un hombre famoso en nuestro pensionnat por su temperamento colérico y su brusquedad, incluso con nosotros, sus principales clientes; pero que, en mi fuero interno, nunca me había disgustado, pues conmigo solía mostrarse cortés, incluso amable; y en una ocasión me había hecho un favor, ayudándome a realizar un pequeño y complicado cambio de moneda extranjera. Era un hombre inteligente; bajo su aspereza, tenía buen corazón; varias veces se me había ocurrido pensar que una parte de su naturaleza guardaba cierta afinidad con monsieur Emanuel (al que conocía bien, y al que yo había visto a menudo sobre el mostrador de Miret, hojeando las publicaciones del mes); y en esa afinidad encontré la explicación de ese sentimiento conciliatorio con que yo instintivamente le miraba.

Por extraño que parezca, aquel hombre me reconoció bajo mi sombrero de paja y mi chal; y, aunque rechacé su oferta, insistió en abrirme paso entre el gentío y encontrarme un sitio mejor. Llevó todavía más lejos su desinteresada cortesía y, alejándose un poco, me consiguió una silla. Con frecuencia he descubierto que los hombres más irascibles no son, ni mucho menos, los peores; ni los de posición más humilde cobijan los sentimientos menos delicados. Aquel hombre, con su amabilidad, no pareció sorprendido de encontrarme allí sola; únicamente una razón para ofrecerme, en la medida de sus posibilidades, una ayuda discreta pero eficaz. Después de facilitarme un lugar y un asiento, se retiró sin hacer una pregunta, ni verter un comentario, ni añadir una palabra superflua. No es de extrañar que al profesor Emanuel le gustara fumarse su cigarro y leer su feuilleton en la librería de Miret; los dos tenían que haber congeniado.

No llevaba ni cinco minutos sentada cuando reparé en que la suerte y mi respetable amigo burgués habían vuelto a acercarme a un grupo muy familiar.

Justo delante de mí se sentaban los Bretton y los de Bassompierre. Al alcance de mi mano —si hubiera decidido extenderla—, se hallaba una figura que se asemejaba a la reina de las hadas, y cuyo vestido parecía inspirado en los lirios y sus hojas: lo que no era de un blanco immaculado era tan verde como el bosque. Mi madrina, asimismo, se encontraba tan cerca que, de haberme inclinado hacia delante, mi aliento habría agitado las cintas de su sombrero. No estaban a suficiente distancia; después de que prácticamente un desconocido me reconociera, me preocupaba la proximidad de aquellos amigos tan íntimos.

Di un respingo cuando la señora Bretton, volviéndose hacia el señor Home, dijo empujada por un bondadoso impulso de la memoria:

—Me gustaría saber qué diría mi pequeña y juiciosa Lucy de todo esto. Ojalá la hubiéramos traído con nosotros, habría disfrutado mucho.

—Es cierto que habría disfrutado, a su manera grave y sensata; es una pena que no la hayamos invitado —replicó el amable caballero; y añadió—: Me gusta ver su alegría serena; el hecho de que, llevando una vida tan apacible, se sienta contenta.

Los dos eran muy queridos para mí; y lo han seguido siendo hasta este día en que recuerdo su benevolencia. Qué poco sabían del dolor lacerante que había hecho caer a Lucy en un estado casi febril y la había empujado a salir imprudentemente del internado, sin nadie que la guiara, drogada y al borde de la locura. Tuve ganas de inclinarme sobre sus hombros y agradecer su bondad con mi mirada. Monsieur de Bassompierre no me conocía bien, pero yo a él sí, y respetaba y admiraba su carácter sincero, afectuoso y, sin que él fuera consciente, entusiasta. Es muy posible que yo hubiera hablado, pero Graham se volvió, y lo hizo con uno de sus movimientos firmes y majestuosos, tan diferentes a los de un hombre pequeño y de genio vivo; detrás de él había una multitud, centenares de filas; tenía miles de personas en quien posar la mirada, ¿por qué, entonces, se fijó en mí, oprimiéndome con toda la fuerza de sus penetrantes ojos azules? ¿Por qué, si pensaba mirarme, no le bastó hacerlo una vez? ¿Por qué se volvió en la silla, apoyó su codo en el respaldo y me examinó detenidamente? No podía ver mi rostro, lo tenía hundido en el pecho; era imposible que me reconociera; me agaché, me volví, no quería que advirtiera mi presencia. Él se levantó y, del modo que sea, se las arregló para acercarse... sólo tardaría unos instantes en desvelar mi secreto; mi identidad estaría en sus manos, siempre poderosas aunque nunca tiránicas. Sólo había una manera de evitarlo y detener a Graham. Le di a entender, con un gesto de súplica, que quería estar sola; después de aquello, si hubiera insistido, tal vez habría asistido al espectáculo de una Lucy indignada: cuanto había en él de bueno, elevado o amable (y Lucy lo conocía bien) no habría bastado para que ella se mostrara sumisa, o tan inofensiva como una sombra. Graham me miró,

pero desistió de su propósito. Movi6 su hermosa cabeza, pero no despeg6 los labios. Se sent6 de nuevo, y no volvi6 a perturbarme con su mirada, si exceptuamos una sola vez en que me tropec6 con sus ojos, m6s sol6citos que curiosos; y su expresi6n apacigu6 mi esp6ritu como «el viento del sur apacigua la tierra». Cuando Graham pensaba en m6, no era con helada indiferencia, despu6s de todo. Creo que en la magn6fica morada de su coraz6n reservaba un peque6o rinc6n, bajo un tragaluz, donde Lucy encontrar6a distracci6n si decid6a llamar a su puerta. No era tan bonito como las estancias donde alojaba a sus amigos, ni como el vest6bulo donde albergaba su filantrop6a o la biblioteca donde atesoraba su ciencia, y se parec6a a6n menos al pabell6n donde celebraba la fiesta de su boda con gran esplendor; pero, poco a poco, con su s6lida y constante generosidad, me demostr6 que guardaba para m6 un peque6o gabinete, tras una puerta en la que se le6a «Cuarto de Lucy». Yo tambi6n reservaba un lugar para 6l, un lugar al que nunca tom6 las medidas, ni con una regla ni con un comp6s: creo que era como la tienda de Peri-Banu. Toda mi vida lo llev6 doblado en el hueco de la mano: si lo hubiera liberado de esa opresi6n, supongo que su capacidad innata de extenderse lo habr6a convertido en un tabern6culo capaz de alojar a un nutrido ej6rcito.

Aunque Graham extremara su discreci6n aquella noche, no pod6a seguir tan cerca de mis amigos; ten6a que abandonar aquel rinc6n y aquel asiento tan peligrosos; esper6 una oportunidad, me levant6 y me escabull6. Es posible que pensara, o incluso creyera, que Lucy estaba envuelta en aquel chal y oculta bajo aquel sombrero; jam6s podr6a tener la certeza, pues no me vio la cara.

¿Acaso mi esp6ritu inquieto no se hab6a serenado para entonces? ¿No hab6a tenido ya suficientes emociones? ¿No hab6a empezado a flaquear, estremecerse y anhelar la seguridad que proporciona un techo? En absoluto. Segu6a odiando mi cama de la rue Fossette con m6s intensidad de la que puede expresarse con palabras; me aferraba a cualquier cosa que pudiera distraerme. Tambi6n sent6a, de alg6n modo, que el drama de la noche acababa de empezar, que apenas se hab6a le6do el pr6logo: en aquel teatro boscoso y cubierto de c6sped reinaba una sombra de misterio; los actores y los sucesos inesperados aguardaban entre bambalinas. Estaba convencida: lo present6a.

Deambulando por el parque, obedeciendo a los empujones de la multitud, llegu6 a un paraje donde los 6rboles, plantados en peque6os grupos o elev6ndose solitarios, deshac6an un poco la marea humana, y le daban un aire m6s tranquilo. Aquel rinc6n se hallaba lejos de la m6sica, e incluso de las luces, pero los sonidos que llegaban eran tranquilizadores y, con aquella luna llena, apenas se necesitaban farolas. All6 se hab6an instalado principalmente grupos familiares, matrimonios de la burgues6a; algunos de ellos, a pesar de lo tarde que era, estaban rodeados de sus hijos, con los que no habr6a sido prudente adentrarse en la muchedumbre.

Tres árboles gigantescos crecían juntos, entremezclando sus ramas, y formaban un ancho dosel que ensombrecía un montículo de césped coronado por un banco; un banco donde cabían varias personas, pero que, al parecer, sólo utilizaba una, pues los demás miembros del afortunado grupo que ocupaba aquel emplazamiento se hallaban, diligentes, a su alrededor; entre aquel círculo tan reverente había una dama con una niña de la mano.

Cuando divisé a la pequeña, estaba dando vueltas sobre sus talones, saltando de la mano de su guardiana, brincando caprichosamente de un lado a otro mientras hacía los giros más increíbles. Aquellos extraños movimientos atrajeron mi atención, y me resultaron terriblemente familiares. Al observarlos con más detenimiento, me ocurrió lo mismo con la vestimenta de la niña; el delantal de seda lila, la pequeña boa de plumón, el sombrero blanco... en pocas palabras, el atuendo de fiesta de ese querubín tan conocido, de ese renacuajo de Désirée Beck; y Désirée Beck era, en efecto... ella o un diablillo muy parecido.

Aquel descubrimiento tendría que haber caído sobre mí como un trueno, pero semejante hipérbole habría sido prematura; la temperatura subiría varios grados más antes de alcanzar su clímax.

¿En qué manos podía balancearse la afable Désirée con tanto egoísmo, qué guante podía arrancar con tanta temeridad, de qué brazo podía tirar con tanta impunidad, los bordes de qué vestido podía pisotear con tanta insolencia? Tenían que ser la mano, el guante, el brazo y el vestido de su madre. Y en aquel lugar, con su chal indio y un sombrero de crepé verde pálido, en aquel lugar —fresca y lozana, corpulenta y risueña—, se encontraba madame Beck.

¡Qué extraño! Habría imaginado a madame en su cama y a Désirée en su cuna en aquel preciso instante, durmiendo las dos el sueño de los justos, entre los sagrados muros y el profundo aislamiento de la rue Fossette. Tampoco creo que ellas imaginaran a meess Lucie haciendo otra cosa; y ¡allí estábamos las tres, divirtiéndonos a medianoche, en un parque que ardía en fiestas!

El hecho es que madame Beck sólo actuaba según su muy justificable costumbre. Recuerdo que había oído decir entre las profesoras —aunque entonces hice caso omiso de sus chismorreos— que, a menudo, cuando creíamos que madame estaba durmiendo en su habitación, en realidad había salido, elegantemente ataviada, a disfrutar de alguna ópera, obra de teatro o baile. A nuestra directora no le gustaba la vida monástica, y se cuidaba muy mucho, aunque sin faltar a la discreción, de aderezar su existencia con un poco de sabor mundano.

Media docena de caballeros, amigos suyos, la rodeaban. Entre ellos, no tardé en reconocer a dos o tres. Estaba su hermano, monsieur Victor Kint; había otra persona con mostacho y pelo largo, un hombre tranquilo y taciturno,

cuyos rasgos llevaban un sello y guardaban una semejanza que no pudieron dejarme indiferente. A pesar de la reserva y la flema, a pesar del contraste entre sus semblantes y caracteres, había algo en él que me recordaba a un rostro —expresivo, apasionado, sensible—; un rostro mudable —unas veces apesadumbrado, otras radiante—; un rostro que me habían arrebatado y que mis ojos no podían ver, pero con el que había pasado mis mejores horas entre sombras y luces; un rostro en el que había visto con frecuencia aparecer signos de genialidad, y en el que, incomprensiblemente, nunca brillaron la llama inequívoca, la esencia, el espíritu y el secreto. Sí, aquel Josef Emanuel, aquel hombre de paz, me recordaba a su impetuoso hermano.

Además de monsieur Victor y monsieur Josef, conocía a alguien más. Esa tercera persona se hallaba en la sombra, algo apartada de los demás, y tenía la espalda encorvada, pero su atuendo y su cabeza, calva y muy blanca, le convertían en la figura más llamativa del grupo. Era un eclesiástico: era père Silas. No imagines, lector, que había alguna incoherencia en el hecho de que asistiera a la fiesta. No era ninguna Feria de las Vanidades, sino la conmemoración de un sacrificio por la patria. La Iglesia lo respaldaba, incluso con ostentación. Aquella noche había un ejército de sacerdotes en el parque.

Père Silas se inclinó sobre el asiento con un único ocupante, el rústico banco y lo que se sentaba en él: una masa informe y, sin embargo, magnífica. Lo cierto es que se vislumbraban las líneas de su rostro, pero sus facciones eran tan cadavéricas, y estaban tan extrañamente dispuestas, que uno tenía la sensación de estar ante una cabeza separada del tronco y arrojada al azar entre un montón de ricas mercancías. La luz de las lejanas farolas se reflejaba en sus brillantes colgantes y en sus gruesas sortijas; ni la castidad de la luna, ni la distancia de las antorchas podían atenuar los maravillosos colores de sus ropajes. ¡Salve, madame Walravens! Creo que se parecía usted más que nunca a una bruja. Y la buena mujer demostró en seguida que no era un cadáver ni un fantasma, sino una anciana severa e implacable; pues, al hacerse aún más molestas las ruidosas peticiones de Désirée Beck, que quería ir al quiosco y comer golosinas, la jorobada asestó a la pequeña un sonoro golpe con su bastón de puño dorado.

Allí estaban, pues, madame Walravens, madame Beck y père Silas, los tres conspiradores, la junta secreta. Me sentó bien verlos reunidos. No puedo decir que me sintiera débil ante ellos, o avergonzada, o abatida. Eran, en número, más que yo, me habían derrotado, tenía sus pies sobre mi cuello; pero aún no estaba muerta.

Capítulo XXXIX

Viejos y nuevos conocidos

Tan fascinada como si hubiera visto un basilisco de tres cabezas, fui incapaz de dejar a aquella camarilla; el suelo parecía aferrarse a mis pies. El dosel que formaban las ramas entrelazadas me sumía en las sombras, la noche susurraba promesas de amparo, y una servicial farola, antes de extinguirse, arrojó un rayo de luz y me mostró un asiento seguro en la oscuridad. Déjame, lector, que te cuente ahora en pocas palabras los rumores que en las dos semanas anteriores había recogido silenciosamente sobre el origen y el objeto del viaje de monsieur Emanuel. La historia es breve y nada nueva: su alfa es el Dinero y su omega, el Interés.

Si madame Walravens era tan horrible como un ídolo hindú, parecía tener, también, la misma importancia que éste para sus devotos. El hecho es que había sido rica, muy rica; y, aunque en aquel momento no dispusiera de dinero, era muy probable que volviera a nadar en la abundancia. En Basseterre, Guadalupe, poseía una enorme plantación que había recibido como dote al contraer matrimonio, sesenta años antes, y que le habían embargado tras la bancarrota de su marido; ahora se suponía libre de reclamaciones y, si un administrador íntegro y competente se ocupaba debidamente de ella, en poco tiempo podría ser muy productiva.

A père Silas le preocupaban aquellas posibles mejoras por el bien de la religión y de la iglesia, de las que Magloire Walravens era hija devota. Madame Beck, parienta lejana de la jorobada, consciente de que no tenía herederos, no dejaba de dar vueltas a aquella contingencia con su calculada previsión maternal, y, a pesar de la desconsideración con que la trataba madame Walravens, jamás cesaba de hacerle la corte para ver si sacaba partido. Madame Beck y el sacerdote estaban, así, sincera e igualmente interesados, por razones de dinero, en que se cuidara la propiedad de las Indias Occidentales.

Pero la distancia era grande y el clima, peligroso. El administrador recto y competente que necesitaban debía ser una persona devota. Hacía veinte años que madame Walravens tenía un hombre así a su servicio, destrozando primero su vida, y viviendo después a costa de él como un viejo hongo; père Silas se había encargado de su educación, y lo había atado a él con los lazos de la gratitud, de la costumbre y de la fe; madame Beck lo conocía bien, y podía, en cierto modo, ejercer su influencia. «Si mi discípulo continúa en Europa — decía père Silas—, corre el riesgo de caer en la apostasía, pues se siente muy unido a una hereje». Madame Beck hizo también algunos comentarios en privado, pero prefirió guardar en secreto el motivo que la empujaba a ambicionar su expatriación. Lo que ella no podía obtener, no deseaba que nadie lo ganara; antes lo destruiría. En cuanto a madame Walravens, quería su

dinero y sus tierras; y sabía que, si accedía, Paul sería el mejor y más leal de los administradores. De modo que aquellos tres espíritus egoístas hicieron causa común y acorralaron al generoso. Argumentaron, rogaron, suplicaron; se abandonaron a su merced, le confiaron sus intereses. Sólo le pidieron dos o tres años de dedicación; después, podría dedicarse a lo que quisiera: es posible que uno de los tres anhelara que, en aquel ínterin, él falleciera.

Nadie que pusiera su fortuna a los pies de monsieur Emanuel, o la depositara en sus manos, vería jamás rechazada su petición o defraudada su confianza. Cuál podía ser su dolor o su renuencia a abandonar Europa, qué planes tenía para su futuro... nadie lo preguntaba, ni lo sabía, ni lo manifestaba. Todo aquello era un misterio para mí. Podía adivinar las conversaciones con su confesor; podía hacer conjeturas sobre el papel que desempeñaban el deber y la religión en los argumentos empleados para persuadirle. Monsieur Paul se había marchado, sin decir nada. Era lo único que sabía.

Con la cabeza inclinada y la frente apoyada en las manos, seguí escondida entre las ramas y la espesura. Si lo deseaba, podía oír a mis vecinos; estaba lo bastante cerca; pero, durante un rato, apenas existió motivo para prestar atención a sus palabras. Charlaban sobre los vestidos, la música, la iluminación, la belleza de la noche. Yo escuchaba para ver si decían: «Hace buen tiempo para su viaje; el Antigua (su barco) navegará con viento favorable». Pero no se escaparon esos comentarios: ni el Antigua, ni su rumbo, ni su pasajero fueron mencionados.

Es posible que madame Walravens estuviera tan poco interesada como yo en aquella conversación tan superficial; parecía inquieta, y volvía la cabeza a un lado y otro, mirando entre los árboles y la multitud, como si esperara la llegada de alguien y estuviera impaciente por su retraso.

—Où sont-ils? Pourquoi ne viennent-ils? —le oí refunfuñar varias veces.

Y, finalmente, decidida a obtener una respuesta a sus preguntas —que hasta entonces habían dejado indiferentes a los demás—, pronunció en voz alta una frase... una frase muy breve, muy sencilla, pero que produjo en mí el efecto de un mazazo.

—Messieurs et mesdames —dijo—, ¿où donc est Justine Marie?

¡Justine Marie! ¿Por qué ese nombre? Justine Marie, la monja difunta, ¿dónde estaba? En su tumba, madame Walravens, ¿qué pretende hacer con ella? Usted irá a su encuentro, pero ella no vendrá.

Ésas habrían sido mis palabras, si hubiera estado en mi poder contestarle, pero nadie parecía estar de acuerdo conmigo; nadie parecía sorprendido, perplejo o asustado. La respuesta más convencional salió al encuentro de

aquella pregunta, dirigida a la pitonisa de Endor para perturbar la paz de los muertos.

—Justine Marie —exclamó alguien— vendrá en seguida; está en el quiosco; no tardará en llegar.

Aquel diálogo propició un cambio en la conversación, que continuó siendo superficial: una charla fácil, desordenada, familiar. Indirectas, alusiones, comentarios recorrieron el círculo, pero eran muy confusos, y hacían referencia a personas no nombradas o a circunstancias poco definidas, de modo que, por muy atentamente que escuchara —y en ese momento lo hacía con enorme interés—, lo único que saqué en claro fue que habían pergeñado un plan relacionado con aquella fantasmagórica Justine Marie, viva o muerta. No sé por qué, aquel conciliábulo familiar parecía en cierto modo aferrarse a ella. Hablaban de un matrimonio, de una fortuna, pero no supe de quién; tal vez se referían a Victor Kint, o a Josef Emanuel, los dos eran solteros. Una vez creí que el objeto de las insinuaciones y las bromas era un joven extranjero de pelo rubio, al que llamaban Heinrich Mühler. En medio de la diversión, se oía de vez en cuando la voz ronca y obstinada de madame Walravens; sólo parecía olvidar su impaciencia ejerciendo una implacable vigilancia sobre Désirée, que no podía moverse sin que la anciana la amenazara con su bastón.

—Là voilà! —exclamó de pronto uno de los caballeros—. Voilà Justine Marie qui arrive!

Fue un momento sumamente extraño para mí. Me vino a la memoria la monja del retrato; recordaba la triste historia de amor; acudió a mi pensamiento la visión del desván, la aparición en el sendero, la inquietante sombra del berceau: tuve el presentimiento de que iba a descubrir algo, la poderosa convicción de una inminente revelación. ¡Ay! Cuando nuestra imaginación se desboca, ¿cómo podemos detenerla? La Fantasía, una nube pasajera y un desafiante rayo de luna, ¿acaso no revestirán de espiritualidad y convertirán en un fantasma a cualquier árbol invernal desnudo y sin ramas... a cualquier humilde animal mordisqueando el seto al borde del camino?

La esperanza de desentrañar el misterio me oprimió el corazón con poderosa energía: hasta entonces sólo había visto el espectro en medio de la oscuridad, a través de un cristal; ahora podría contemplarlo a dos pasos. Me incliné hacia delante: miré.

—¡Ya llega! —gritó Josef Emanuel.

El círculo se abrió para admitir y dar la bienvenida a un nuevo miembro. En aquel instante, casualmente, pasó alguien con una antorcha; su resplandor ayudó a la pálida luna a hacer justicia a la crisis, iluminando a la perfección el dénouement que se avecinaba. Estoy segura de que los más cercanos a mí

sintieron algo de la angustia que me atenazaba. El más tranquilo del grupo debió de ¡contener la respiración por algún tiempo! En cuanto a mí, dejó de latirme el corazón.

Se acabó. El momento y la monja han llegado. La crisis y la revelación han tenido lugar.

El flambeau sigue brillando a menos de una yarda, en manos de un guardián del parque; su larga e impaciente lengua de fuego está a punto de lamer la figura de la Deseada... allí está... delante de mis ojos. ¿Cómo es? ¿Qué ropa lleva? ¿Cuál es su aspecto? ¿De quién se trata?

Hay muchas máscaras en el parque esta noche y, a medida que avanzan las horas, empieza a extenderse una extraña sensación de júbilo y misterio; supongo, lector, que me creerás si digo que se asemeja a la monja del ático, que viste de negro y se cubre la cabeza con un velo blanco, que parece la resurrección de la carne, y es un fantasma vuelto a la vida.

¡Todo mentiras! ¡Todo imaginaciones! No seguiremos ese derrotero. Seamos honrados y cortemos, como hasta ahora, el burdo tejido de la verdad.

El adjetivo burdo, sin embargo, no está bien elegido. Lo que veo no es precisamente burdo. Se trata de una joven de Villette, una joven recién salida del pensionnat. Es muy bonita, con la belleza propia del país; parece bien alimentada, y es rubia y metida en carnes. Sus mejillas son redondas y sus ojos, bondadosos; tiene una abundante cabellera. Viste con elegancia. No está sola; le acompañan tres personas, dos de ellas ya ancianas; se dirige a ellas como mon oncle y ma tante. Se ríe, conversa: alegre, rolliza, radiante, la joven es, en todos los sentidos, la típica *bourgeoise belle*.

Hemos contemplado a la beldad de Villette; hemos echado una ojeada a los ancianos y respetables tíos. ¿Nos queda alguna mirada para el tercer miembro del grupo? ¿Podemos dedicarle un momento de atención? Deberíamos tener esa deferencia con él, lector; está en su derecho a exigirnosla; no es la primera vez que lo vemos. Junté las manos con fuerza y respiré hondo; contuve un grito, reprimí una exclamación, dominé el asombro, hablé y me moví como si fuera una piedra; pero sabía lo que miraba; a través del velo que habían dejado en mis ojos las lágrimas de muchas noches, lo reconocí. Dijeron que embarcaría en el Antigua. Madame Beck lo confirmó. Mintió o nos contó algo que había sido cierto, pero que nunca contradijo cuando dejó de ser verdad. El Antigua había zarpado, y allí estaba Paul Emanuel.

¿Me alegraba? Sentí como si me hubieran quitado un peso insoportable de encima. Pero ¿acaso aquello garantizaba mi felicidad? No lo sé. Primero tendría que preguntar cuáles eran las circunstancias de la tregua. ¿Hasta qué punto me concernía aquel retraso? ¿No había otras personas a quienes

afectaría mucho más?

Después de todo, ¿quién podía ser aquella muchacha, aquella Justine Marie? No era una desconocida, lector; la conocía de vista; venía a la rue Fossette; solía estar entre los amigos que visitaban los domingos a madame Beck. Estaba emparentada con los Beck y los Walravens; llevaba el nombre de la santa monja que hubiera sido su tía de no haber muerto; se apellidaba Sauveur; era una rica heredera, huérfana, y monsieur Emanuel era su tutor; según algunos, su padrino. El consejo de familia deseaba que aquella heredera se casara con uno de sus miembros. ¿Con quién? Ésa era la pregunta vital: ¿con quién?

En aquellos momentos me alegré de que la droga administrada en el dulce brebaje me hubiera empujado a huir del lecho y del dormitorio. A lo largo de mi vida, siempre me ha gustado buscar la verdad; me agrada acercarme a la diosa en su templo, quitarle el velo y desafiar su espantosa mirada. ¡Oh, titánica diosa! El perfil oculto de tu rostro nos asquea a menudo por su incertidumbre, pero define uno de tus rasgos, muéstranos una de tus facciones, ilumínanos con tu pavorosa sinceridad; quizá gritemos de terror, pero con ese grito beberemos el aliento de tu divinidad; nuestro corazón se estremecerá, y sus corrientes se agitarán como ríos sacudidos por un terremoto, pero habremos redoblado nuestras fuerzas. Ver y conocer lo peor es quitarle al Miedo su principal ventaja.

El grupo de los Walravens, más numeroso, estaba muy animado. Los caballeros fueron a buscar bebidas al quiosco, y todos se sentaron en el césped, bajo los árboles; brindaron por la salud y la felicidad de unos y otros; rieron, bromearon. Monsieur Paul Emanuel soportó algunas chanzas —medio divertidas, medio maliciosas, en mi opinión—, sobre todo de madame Beck. No tardé en enterarme de que había retrasado temporalmente su viaje, sin el permiso, incluso en contra de la opinión de sus amigos; dejó que zarpara el Antigua y sacó un pasaje en el Paul et Virginie, que levaría anclas dos semanas más tarde. Era la causa de su decisión lo que querían determinar con aquellas bromas, y él se limitaba a responder con vaguedad que «debía arreglar un pequeño asunto con el que estaba muy ilusionado». ¿Qué asunto era ése? Nadie lo sabía. Sí, había una persona que parecía conocer en parte, al menos, su secreto; él y Justine Marie cruzaron una mirada muy significativa.

—La petite va m'aider - n'est-ce pas? —dijo.

¡Bien sabe Dios que la respuesta llegó con prontitud!

—Mais oui, je vous aiderai de tout mon coeur. Vous ferez de moi tout ce que vous voudrez, mon parrain.

Y el querido parrain le cogió la mano y se la llevó a sus agradecidos labios.

Ante aquella muestra de cariño, vi al joven teutón de tez rubicunda, Heinrich Mühler, muy agitado, como si aquel gesto no fuera de su agrado. Incluso refunfuñó un poco, lo que hizo sonreír a monsieur Emanuel en su cara; con el aire despiadado y victorioso del conquistador, el profesor se acercó aún más a su pupila.

Estaba muy contento aquella noche. No parecía inquietarle en absoluto el inminente cambio de escenario y de actividad. Era el centro del grupo; tal vez un poco despótico, decidido a mandar tanto en el trabajo como en la diversión, pero demostrando en todo momento su derecho indiscutible a ser el jefe. Suyas eran las frases más ingeniosas, las anécdotas mejores, las carcajadas más sinceras. Incansable, como de costumbre, se multiplicaba para atender a todos; pero, por desgracia, comprendí quién era su favorita. Vi a los pies de quién se tumbaba en el césped, a quién abrigaba cuidadosamente contra el aire nocturno, a quién cuidaba, contemplaba y mimaba como a la niña de sus ojos.

Las bromas y las indirectas aumentaron, y yo me enteré de que, mientras monsieur Paul estuviera ausente, trabajando para otros, esos otros, llenos de agradecimiento, guardarían el tesoro que dejaba en Europa. Que él les trajera una fortuna de las Indias Occidentales; a cambio le darían una joven novia y una rica herencia. En cuanto a la piadosa consagración, a la promesa de fidelidad, eso había caído en el olvido: el Presente, radiante y encantador, prevalecía sobre el Pasado; y por fin la monja yacía en su sepultura.

Así debía ser. La revelación se había producido. El presentimiento no se había equivocado; hay una clase de presentimiento que nunca se equivoca; era yo la que, por un momento, había errado en mis cálculos; al no calibrar el alcance del oráculo, había pensado que susurraba visiones cuando, en realidad, predecía verdades.

Podría haber observado todo con más detenimiento; podría haber reflexionado antes de sacar conclusiones. Tal vez algunos habrían considerado las premisas dudosas, las pruebas insuficientes; algunos escépticos, antes de aceptarlo, habrían contemplado con incredulidad el proyecto de matrimonio entre un hombre pobre y generoso de cuarenta años y su rica pupila de dieciocho. Pero estaban muy lejos de mí esos recursos y paliativos; esa evasión temporal de la realidad; esa cobarde huida del veloz, poderoso y aterrador Hecho; esa temerosa vacilación a someterse al único soberano; esa ambigua y vacilante resistencia al Poder, cuya misión es avanzar victorioso y derrotar al enemigo; esa ominosa traición a la VERDAD.

No. Me apresuré a aceptar todo aquel plan. Extendí la mano y me aferré a él. Lo cogí con una especie de furor apresurado, y me envolví en él, de igual modo que el soldado caído en la batalla se envuelve en su bandera. Invoqué a la Convicción para que clavara en mí la certeza —que estreché con odio entre

mis brazos—, y la fijara con los golpes más fuertes que sus poderosos brazos pudieran asestar; y, cuando el hierro se adentró en lo más profundo de mi alma, me puse en pie, creyéndome renovada.

En mi enajenación, exclamé:

—¡Oh, Verdad, eres buena con tus fieles servidores! Mientras la Mentira me oprimía, ¡cuánto sufrí! Incluso cuando la Falsedad seguía siendo dulce, halagadora para la fantasía y cálida para los sentimientos, yo me consumía con su tormento perpetuo. El convencimiento de que había ganado un afecto iba unido al temor de perderlo. La Verdad me despojó de la Falsedad, del Halago, de la Esperanza, y heme aquí... ¡libre!

Lo único que podía hacer era llevar mi libertad al gran dormitorio, acostarla en mi cama y pensar qué haría con ella. La representación aún no había acabado; habría podido esperar y seguir contemplando la escena de amor bajo los árboles, aquel rústico cortejo. Si no hubiera existido amor en esa obra, mi Imaginación, tan desbordante y creativa en aquellos momentos, habría modelado uno con los rasgos más sobresalientes, y habría conferido a su pasión la vida más profunda y el colorido más hermoso. Pero me negué a mirar. Mi decisión era firme, pero no atormentaría a mi naturaleza. Y entonces... sentí que algo me desgarraba cruelmente la piel, que algo se clavaba en mi costado: un buitre de pico y garras muy fuertes al que tenía que enfrentarme sola. Creo que nunca había tenido celos hasta entonces. Aquello no era como soportar las muestras de cariño entre el doctor John y Paulina, en las que —mientras cerraba los ojos y los oídos, mientras me refugiaba en mis pensamientos— mi sentido de la armonía seguía reconociendo cierto encanto. Aquello era un ultraje. El amor nacido de la belleza no era mío; no teníamos nada en común: no podía tener la osadía de mezclarme con él; pero en ese otro amor que se atrevía tímidamente a cobrar vida después de una larga relación no exenta de dolor, marcado por la constancia, consolidado por la aleación pura y duradera del cariño, puesto a prueba por la inteligencia, y finalmente cincelado, por su propio proceso, hasta volverse perfecto; en ese Amor que se reía de la Pasión, de su rápido frenesí, de su ardorosa y veloz extinción; en ese Amor yo había invertido demasiado; y no podía contemplar impasible nada que tendiera a cultivarlo o destruirlo.

Me alejé del grupo de árboles y de la alegre compañía congregada a su sombra. Hacía mucho tiempo que la medianoche había quedado atrás; el concierto había terminado, la muchedumbre era cada vez menor. Seguí la marea de gente. Dejé el radiante parque y la bien iluminada Haute-Ville (todavía llena de luces, pues, al parecer, aquélla iba a ser una nuit blanche en Vilette), y me dirigí a la parte más baja y oscura de la ciudad.

No debería decir oscura, pues la belleza de la luna —olvidada en el parque

— volvía a ser perceptible. Flotaba en lo alto del cielo, y brillaba serena y sin mácula. La música y la alegría de la fête, las hogueras y el resplandor de las luces la habían eclipsado unas horas, pero ahora su gloria y su silencio triunfaban de nuevo. Las luces rivales agonizaban: ella seguía su curso como una blanca diosa. Tambores, trompetas y clarines habían sonado con estruendo, y se habían desvanecido en el olvido: con el lápiz de sus rayos, ella escribía en el cielo y en la tierra unas palabras que el tiempo no borraría. Ella y las estrellas me parecieron los símbolos y los testigos de la verdad soberana. El cielo nocturno iluminaba su reino: su victoria avanzaba con la misma lentitud con que ella seguía su órbita, ese movimiento hacia delante que durará toda la eternidad.

Esas calles iluminadas por farolas son muy tranquilas: me gustan su sencillez y su quietud. Algunos habitantes de la ciudad pasan a mi lado, rumbo a sus hogares; pero van a pie, apenas hacen ruido y pronto desaparecen. Me encanta el aspecto de Villette a esas horas, no deseo volver a encontrarme bajo un techo, pero he de acabar con éxito mi extraña aventura, y llegar sigilosamente a mi cama en el gran dormitorio antes del regreso de madame Beck.

Sólo me separa una calle de la rue Fossette; al entrar en ella, el ruido de un carruaje rompe por primera vez el profundo silencio del barrio. Se acerca a mí... muy deprisa. ¡Qué violento es su traqueteo sobre el empedrado! La calle es estrecha y yo me quedo prudentemente en la acera. El vehículo me adelanta con estruendo, pero ¿qué veo, o imagino ver, cuando pasa velozmente a mi lado? Estoy segura de que algo blanco ha revoloteado en la ventanilla, de que una mano ha agitado un pañuelo. ¿Iba dirigido a mí ese gesto? ¿Sabían que era yo? ¿Quién ha podido reconocerme? No es el carruaje de monsieur de Bassompierre, ni el de la señora Bretton; y, además, ni el Hôtel Crécý ni el château de La Terrasse están en esa dirección. Pero no tengo tiempo para hacer conjeturas: debo correr a casa.

Cogí la rue Fossette y, al llegar al pensionnat, reinaba la calma; no había llegado el coche de punto con madame y Désirée. Yo había dejado la enorme puerta entreabierta, ¿la encontraría así? Es posible que el viento o algún otro accidente la hubieran empujado hasta cerrar el pasador. En ese caso, me resultaría imposible entrar; mi aventura terminaría en catástrofe. Empujé suavemente el portón: ¿cedería?

Sí. Tan silencioso, tan dócil, como si un genio bueno hubiera esperado en el vestíbulo el «¡Ábrete, Sésamo!». Entré conteniendo la respiración, corrí descalza escaleras arriba, busqué el gran dormitorio y llegué a mi cama.

¡Sí! Llegué a ella, y volví a respirar con libertad. Un instante después, estuve a punto de gritar... estuve a punto, pero ¡gracias a Dios!, no lo hice.

En todo el dormitorio, en toda la casa, reinaba a esas horas un silencio sepulcral. Sus habitantes dormían y, en medio de tanta quietud, nadie parecía soñar. Tendidas cuan largas eran en las diecinueve camas, yacían, inmóviles, diecinueve figuras. Mi lecho, el número veinte, tendría que haber estado desocupado: lo había dejado vacío, y vacío debía encontrarlo. ¿Qué veía, entonces, entre las cortinas medio descorridas?

¿Qué extraña, oscura y larga figura se ha apropiado de él y descansa boca arriba? ¿Es un ladrón que ha encontrado el portón abierto y está al acecho? Parece muy negro, no creo que su apariencia... sea humana. ¿Puede ser un perro callejero que, tras entrar sigilosamente en el pensionnat, se ha acurrucado en mi cama? ¿Pegará un salto si me acerco? Debo hacerlo. ¡Valor! ¡Un paso más!

Todo empezó a darme vueltas, pues, a la luz mortecina de la lámpara nocturna, vi acostado en mi cama..., ¡el viejo fantasma de la MONJA!

Un grito en esos momentos habría sido mi ruina. Fuera cual fuera el espectáculo, no podía permitirme la consternación, ni el chillido, ni el desmayo. Además, era dueña de la situación. Templados por los últimos incidentes, mis nervios despreciaban la histeria. Animada por las luces y la música, así como por la ingente multitud, y fustigada por un nuevo latigazo, desafiaba a los espectros. En unos instantes, sin proferir ninguna exclamación, me abalancé sobre el lecho embrujado; nada saltó en él, ni se agitó; el único movimiento fue el mío, al igual que la vida, la realidad, la sustancia, la fuerza; mi instinto lo comprendió. ¡Levanté a la aparición diabólica! ¡Sostuve en alto al espíritu maligno! ¡Zarandeeé al misterio! Y cayó al suelo, a mi alrededor, deshecho en pedazos... y yo lo pisoteé.

Y volví a ver el árbol desnudo, el Rocinante sin caballeriza; la capa de nubes, el brillo de la luna. La monja de elevada estatura resultó ser una larga almohada cubierta con un hábito negro y envuelta ingeniosamente en un velo blanco. Lo cierto es que aquellas ropas, por extraño que parezca, eran auténticas prendas de monja, y una mano las había colocado para que produjeran ese efecto. ¿De dónde salía aquella vestimenta? ¿Quién había urdido aquel engaño? No encontraba respuesta a esas preguntas. En el velo habían prendido un papel, donde se leían estas burlonas palabras escritas a lápiz:

La monja del ático lega su guardarropa a Lucy Snowe. No volverá a aparecer por la rue Fossette.

¿Qué o quién se me había aparecido? La había visto tres veces. No conocía a ninguna mujer tan alta como aquel fantasma. No tenía una estatura femenina. Tampoco podía atribuir a un hombre, ni por un instante, aquella intriga.

Todavía llena de perplejidad, pero liberada súbitamente del temor a lo espectral y ultraterreno; negándome a hostigar mi cerebro con un misterio tan trivial e insoluble, hice un fardo con el hábito, el velo y las vendas, lo metí debajo de mi almohada, me acosté, y esperé a oír el traqueteo del carruaje de madame Beck; luego me di la vuelta y, agotada después de muchas noches en vela, vencida quizá, asimismo, por el narcótico que al fin me hacía efecto, dormí profundamente.

Capítulo XL

La pareja feliz

El día que siguió a aquella memorable noche de verano, fue bastante singular. No quiero decir que aparecieran signos en el cielo, ni que sucedieran cosas prodigiosas en la tierra; tampoco me refiero a fenómenos meteorológicos, a tormentas, inundaciones o torbellinos. Por el contrario: el sol amaneció alegre, con un rostro de julio. La mañana adornó su belleza con rubíes, y colocó tantas rosas en su regazo que éstas cayeron como la lluvia, llenando su camino de un resplandor rojizo: las Horas se despertaron frescas como ninfas y, vaciando en las madrugadoras colinas sus copas de rocío, avanzaron con brío: sin sombras, azules y gloriosas, guiaron a los corceles del sol en una carrera ardiente y sin nubes.

En pocas palabras, amaneció el día más hermoso del que un magnífico verano pueda vanagloriarse: pero creo que fui la única habitante de la rue Fossette que se interesó o se acordó de reparar en ese hecho tan agradable. Otros pensamientos ocupaban las demás cabezas; unos pensamientos que yo también compartía, pero que, al no ser completamente nuevos para mí, ni demasiado inesperados, ni encerrar un secreto tan inescrutable como para la mayoría de profesoras y alumnas, me permitieron observar otras cosas y recibir otras impresiones.

No obstante, mientras paseaba por el jardín, disfrutando del sol y admirando las flores y las plantas, reflexioné sobre el asunto que todo el pensionnat discutía.

¿Qué asunto?

Simplemente éste: cuando llegó la hora de la oración matinal, había un sitio vacío en la primera fila de las internas. Cuando se sirvió el desayuno, sobró una taza de café. Cuando la criada hizo las camas, encontró en una de ellas una almohada tendida a lo largo, vestida con un gorro de noche y un camisón; y, cuando la profesora de música de Ginevra Fanshawe llegó,

temprano como siempre, a impartir su lección, aquella virtuosa y prometedora joven, su alumna, pareció haberse esfumado.

Se buscó a la señorita Fanshawe por todas partes; se registró hasta el último rincón de la casa; en vano; ni un rastro, ni un indicio, ni siquiera una breve nota recompensaron la búsqueda; la ninfa había desaparecido en medio de la noche, como una estrella fugaz tragada por la oscuridad.

La consternación de las profesoras encargadas de la vigilancia fue terrible, y peor aún la de la directora, responsable del descuido. Jamás había visto a madame Beck tan pálida y afligida. Le habían asestado un golpe donde más le dolía, en su punto débil; aquello perjudicaba sus intereses. ¿Cómo había acaecido algo tan funesto? ¿Por dónde había levantado el vuelo la fugitiva? No se encontró ninguna ventana abierta, ningún cristal roto; todas las puertas parecían cerradas con llave. Madame Beck jamás logró esclarecer ese enigma; nadie lo hizo, si exceptuamos una persona, Lucy Snowe, que no podía olvidar cómo, para facilitar cierta empresa, cierta puerta se había abierto y luego se había vuelto a cerrar, pero sin echar el cerrojo. Y también acudió a su memoria el estruendo del carruaje que había encontrado en la calle, y el extraño saludo, la mano agitando un pañuelo.

De esas premisas, y un par de detalles inaccesibles para los demás, sólo podía sacar una conclusión: Ginevra había huido con su amante. Moralmente convencida de eso, y viendo el profundo desasosiego de madame Beck, acabé comunicándole mi convicción. Cuando aludí al galanteo de monsieur de Hamal, descubrí que madame Beck, como era de esperar, estaba perfectamente au fait de ese asunto. Hacía tiempo que lo había discutido con la señora Cholmondeley, y había dejado toda la responsabilidad en los hombros de esa dama. Ahora recurrió a ella y a monsieur de Bassompierre.

Descubrimos que el Hôtel Crécý conocía ya lo ocurrido. Ginevra había escrito a su prima Paulina, explicándole vagamente sus intenciones de contraer matrimonio; habían recibido, asimismo, un mensaje de la familia de Alfred de Hamal; monsieur de Bassompierre seguía la pista a los fugitivos; los encontró demasiado tarde.

En el curso de la semana, recibí una carta. Será mejor que la copie; aclara bastantes cosas:

Mi vieja y querida Tim (diminutivo de Timon):

Como ve, me he marchado... rápida como una flecha. Alfred y yo teníamos la intención de casarnos así casi desde el principio; nunca quisimos que nuestra boda fuera tan aburrida como la que celebran los demás; Alfred es demasiado original para eso, y yo también, Dieu merci! ¿Sabe que Alfred, que se refería a usted como «el dragón», la ha visto tantas veces en los últimos

meses que empieza a encariñarse con usted? Espera que no le eche de menos ahora que se ha ido; desea pedirle disculpas por cualquier pequeña molestia que haya podido causarle. Teme haberla importunado bastante en una ocasión en que se tropezó con usted en el grenier, justo cuando leía una carta que parecía muy interesante; pero no pudo resistir la tentación de darle un susto, ¡estaba usted tan absorta! En revanche, dice que en una ocasión fue usted quien le asustó a él, cuando entró a buscar un vestido, un chal u otro chiffon en el instante en que había encendido un fósforo y se disponía a fumar tranquilamente su cigarro mientras me esperaba.

¿Empieza a comprender ya que monsieur le comte de Hamal era la monja del ático que venía a visitar a ésta su humilde servidora? Le contaré cómo se las ingeniaba para hacerlo. Como sabe, podía entrar libremente en el Athénée, donde estudian dos o tres de sus sobrinos, los hijos de su hermana mayor, madame de Melcy. El patio del Athénée está al otro lado del muro que bordea su camino, l'allée défendue. Alfred sabe trepar con la misma destreza con que baila o practica la esgrima; le divertía escalar hasta nuestro pensionnat: primero subía al muro, y después, con la ayuda de ese gigantesco árbol que da sombra al grand berceau, y que apoya algunas de sus ramas en el tejado de la parte baja del edificio, se las arreglaba para entrar en la clase de primero y en la grande salle. Una noche se cayó del árbol, dicho sea de paso, rompió unas ramas y estuvo a punto de romperse el pescuezo; mientras huía, se llevó un susto terrible, pues faltó muy poco para que le cogieran dos personas, madame Beck y monsieur Emanuel —según cree—, que paseaban por el sendero. Desde la grande salle no es difícil el ascenso hasta la parte más alta del tejado, que termina en el desván. La claraboya, como sabe, está siempre medio abierta para ventilar el grenier; por allí entraba. Hace casi un año le conté por casualidad la leyenda de la monja, y se le ocurrió la romántica idea de disfrazarse de espectro; estará de acuerdo conmigo en que llevó a cabo su plan con mucha inteligencia.

De no haber sido por el hábito negro y el velo blanco, tanto usted como ese tigre jesuita, monsieur Paul, le habrían descubierto varias veces. Dice Alfred que los dos están especialmente dotados para ver fantasmas, y que son muy valientes. A mí me maravilla más su reserva que su coraje. ¿Cómo pudo soportar, una y otra vez, las apariciones de aquel espectro de elevada estatura sin gritar, sin contárselo a nadie, y sin despertar a todo el pensionnat y al vecindario?

¡Ah! Y ¿qué le pareció la monja como compañera de cama? Yo la vestí. ¿Acaso no lo hice bien? ¿Chilló usted al verla? Yo habría perdido el juicio; pero ¡tiene usted unos nervios de acero! Estoy segura de que no siente nada. No tiene la misma sensibilidad que una persona de mi constitución. Parece usted insensible al dolor, al miedo y al sufrimiento. ¡Es usted un auténtico

Diógenes!

Pues bien, querida abuela, ¿no está usted terriblemente enfadada por mi huida a la luz de la luna para contraer matrimonio? Le aseguro que fue de lo más divertido, y lo hice en parte para fastidiar a la descarada de Paulina y al oso del doctor John; para enseñarles que, a pesar de sus aires de superioridad, yo podía casarme igual que ellos. Monsieur de Bassompierre al principio, por extraño que parezca, estaba furioso con Alfred; amenazó con denunciarlo por *détournement de mineur*, y no sé qué más; lo decía tan en serio que me vi obligada a hacer un poco de melodrama: arrodillarme, sollozar, llorar, empapar tres pañuelos. Como es natural, mon oncle cedió en seguida; ¿qué sentido tenía organizar un escándalo? Soy una mujer casada, y sanseacabó. Él sigue diciendo que nuestra boda no es legal, porque soy menor de edad. ¡Como si eso tuviera alguna importancia! Estoy tan casada como si tuviera cien años. Sin embargo, volveremos a contraer matrimonio, y tendré un ajuar, y la señora Cholmondeley se encargará de supervisar todo. Confiamos en que monsieur de Bassompierre me conceda una dote aceptable; sería muy conveniente para nosotros, pues mi querido Alfred no posee nada excepto su nobleza, innata y hereditaria, y su paga. Sólo deseo que mi tío haga las cosas sin imponer sus condiciones, con la generosidad de un caballero; es tan desagradable que sería capaz de supeditar la dote a una promesa escrita de Alfred de no volver a tocar los naipes y los dados desde el día en que nos entregue el dinero. Acusan a mi ángel de ser aficionado al juego: no sé nada de eso, sólo sé que es una criatura adorable.

Nunca alabaré lo suficiente la genialidad con que Alfred de Hamal organizó nuestra huida. Cuánta inteligencia demostró al elegir la noche de la *fête*, cuando madame Beck (pues él conoce sus costumbres), como señaló, estaría indefectiblemente ausente en el concierto del parque. Supongo que usted debió de acompañarla. Vi cómo se levantaba y salía del dormitorio hacia las once. Por qué regresó sola y a pie, es algo sobre lo que no puedo hacer conjeturas. Estoy segura de que era usted la mujer que encontramos en la angosta y vieja rue St Jean. ¿Me vio agitar el pañuelo por la ventanilla del carruaje?

¡Adiós! Alégrese de mi buena suerte: deme la enhorabuena por mi suprema felicidad, y créame suya, querida cínica y misántropa, rebosante de salud y de alegría,

GINEVRA LAURA DE HAMAL

nacida FANSHAWE.

P.S. Recuerde que ahora soy una condesa. Papá, mamá y mis hermanas estarán encantados de oírlo. «¡Mi hija, la condesa!» «¡Mi hermana, la condesa!» ¡Bravo! Suena mucho mejor que la señora de John Bretton,

¿verdad?

Al concluir la carta de la señorita Fanshawe, el lector querrá saber si acabó expiando amargamente sus locuras de juventud. Desde luego, el futuro le reservaba una gran cantidad de sufrimientos.

Bastarán unas palabras para expresar cuanto supe de ella con posterioridad.

La vi casi al final de su luna de miel. Vino a visitar a madame Beck y me mandó llamar al salón. Se arrojó riendo en mis brazos. Estaba radiante y muy hermosa: sus rizos eran más largos y sus mejillas más sonrosadas que nunca; el sombrero blanco y el velo de Flandes, las flores de azahar y el vestido de novia le favorecían sobremanera.

—¡Ya tengo mi dote! —se apresuró a exclamar (a Ginevra le gustaba ir al grano; siempre pensé que, por mucho que despreciara a la bourgeoisie, tenía aptitudes para el comercio)—. Y mi tío de Bassompierre se ha reconciliado con nosotros. Me da igual que llame «fantoche» a Alfred, no es más que su ruda educación escocesa; y creo que Paulina me envidia, y que el doctor John está loco de celos... a punto de volarse la tapa de los sesos... ¡Y yo soy tan feliz! Casi no me queda nada por desear, si exceptuamos un carruaje, y un palacete, y... ¡Oh!, debo presentarle a mon mari. Alfred, ¡ven aquí!

Y Alfred abandonó el salón interior, donde estaba hablando con madame Beck, recibiendo una mezcla de felicitaciones y de reprimendas de esa dama. Ginevra me presentó con todos mis nombres: el dragón, Diógenes y Timon. El joven coronel fue muy cortés. Me pidió graciosamente disculpas por las visitas del fantasma, y acabó diciendo que «la mejor excusa de todas sus iniquidades ¡estaba allí!», al tiempo que señalaba a su mujer.

Y entonces la novia volvió a enviarlo con madame Beck, y se quedó a solas conmigo, y siguió asfixiándome literalmente con su animación desbordante, sus chiquilladas, su alocamiento. Me mostró su anillo exultante; se llamó madame la comtesse de Hamal, y me preguntó veinte veces qué tal sonaba. Yo apenas hablé. Me limité a darle un mendrugo de mi naturaleza. Da igual: era todo lo que esperaba de mí; me conocía demasiado bien para buscar algún cumplido. Disfrutaba con mis mordaces burlas, y cuanto más prosaica e impasible era mi expresión, más alegremente se reía.

Poco después de su boda, convencieron a monsieur de Hamal de que abandonara el ejército, el mejor modo de asegurar que se alejaría de ciertos hábitos y compañías escasamente recomendables; le consiguieron un puesto de attaché, y partió con su joven esposa al extranjero. Yo pensaba que ella me olvidaría, pero no lo hizo. Durante muchos años, mantuvo conmigo una especie de correspondencia irregular y caprichosa. Los dos primeros años, sólo me hablaba de Alfred y de ella; después, el conde pasó a un segundo plano;

Ginevra y un recién llegado prevalecieron: un tal Alfred Fanshawe de Bassompierre de Hamal empezó a reinar en el trono de su padre. Se dijeron grandes cosas de ese personaje, toda clase de disparatadas exageraciones sobre su milagrosa precocidad, mezcladas con los reproches más vehementes por la flemática incredulidad con que yo las recibía. Yo no sabía «lo que era ser madre»: para alguien tan frío como yo, «el corazón de una madre era algo tan desconocido como el Griego o el Hebreo», etcétera, etcétera. A su debido tiempo, aquel joven caballero se licenció en dentición, sarampión, tos ferina: fue una época muy dura para mí. Las cartas de la madre se convirtieron en auténticos gritos de aflicción: ninguna mujer había sufrido tantas calamidades, ningún ser humano había necesitado tanto cariño y comprensión. Al principio me asustaba, y le respondía con dramatismo; pero no tardé en descubrir que había mucho ruido y pocas nueces en aquel asunto, y volví a caer en la cruel insensibilidad que me caracterizaba. En cuanto al joven paciente, capeó todos los temporales como un héroe. Cinco veces estuvo in articulo mortis, y cinco veces, milagrosamente, se recuperó.

En el transcurso de los años, empezaron a circular alarmantes rumores sobre el primer Alfred; monsieur de Bassompierre tuvo que acudir en su ayuda, se saldaron deudas, algunas de ellas de esa clase sórdida y funesta que llaman «deudas de honor»; las dificultades y las quejas más innobles se volvieron frecuentes. Cada vez que veía una nube sobre ella, de la naturaleza que fuera, Ginevra, como en los viejos tiempos, pedía desesperadamente comprensión y ayuda. No sabía enfrentarse sola a las adversidades de la vida. En cierta forma, de un modo u otro, estaba segura de salirse con la suya; y de ese modo seguía adelante, librando por poderes la batalla de la vida y sufriendo menos, en general, que cualquier otro ser humano que yo haya conocido.

Capítulo XLI

Faubourg Clotilde

¿Tengo que dar cuenta, antes de terminar, de la Libertad y de la Renovación que conquisté en la noche de la fête? ¿Tengo que explicar cómo yo y las dos fieles compañeras que llevé a casa desde el parque iluminado aguantamos la experiencia de una relación íntima?

Las puse a prueba al día siguiente. Se habían jactado a voz en grito de su fuerza cuando me reclamaron ante el amor y sus lazos, pero, al exigirles hechos, no palabras, alguna muestra de consuelo, algún sentimiento de alivio, la Libertad se excusó, diciendo que, en aquel momento, era demasiado pobre y

endeble para ayudarme; la Renovación jamás despegó los labios; había muerto súbitamente aquella noche.

Para soportar aquellas horas opresivas teñidas por el recuerdo distorsionado de los celos, sólo me quedaba confiar secretamente en que mis conjeturas hubieran ido demasiado rápido, demasiado lejos. Después de una lucha tan breve como inútil, el viejo tormento de la incertidumbre volvió a convertirme en su prisionera, y me puso nuevamente sus grilletes.

¿Veré a monsieur antes de su marcha? ¿Se acordará de mí? ¿Tendrá intención de venir? ¿Aparecerá hoy? ¿Lo hará quizá dentro de una hora? ¿O he de seguir sufriendo el dolor lacerante de la espera, la angustia cruel de la ruptura final, el dolor mudo y terrible que, al arrancar de raíz dudas y esperanzas, sacuden todo mi ser; mientras la mano que desata la violencia no puede acariciarse para inspirar lástima, pues la ausencia interpone su barrera?

Era el día de la Asunción; no había clase. Internas y profesoras, después de asistir a misa por la mañana, fueron a dar un largo paseo por el campo, a fin de tomar su *goûter* o merienda en alguna granja. No fui con ellas, pues sólo faltaban dos días para que el Paul et Virginie se hiciera a la vela, y yo me aferraba a mi última oportunidad, al igual que un náufrago se aferra a la última balsa o al último cabo.

Debían realizarse unos trabajos de carpintería en la clase de primero, algunos bancos o pupitres que reparar; los días de fiesta se aprovechaban a menudo para esos menesteres, que no podían hacerse con las aulas llenas de gente. Yo estaba sentada allí, solitaria —pensando en salir al jardín y dejar el campo libre, pero demasiado apática para hacerlo—, cuando oí acercarse a los trabajadores.

Los artesanos y los criados extranjeros hacen todo por parejas: supongo que se necesitarían dos carpinteros de Labassecour para poner un clavo. Al atarme el sombrero, que hasta entonces había colgado de mi ociosa mano con ayuda de sus cintas, me sorprendió oír únicamente los pasos de un *ouvrier*. Me di cuenta, asimismo —de igual modo que un prisionero en su calabozo mata el tiempo escuchando cualquier nimiedad—, de que aquel hombre llevaba zapatos y no *sabots*. Imaginé que sería el maestro carpintero, que venía a inspeccionar los muebles antes de enviar a sus trabajadores. Me envolví en mi *chal*. Las pisadas se acercaron; la puerta se abrió; yo estaba de espaldas; sentí un escalofrío... una sensación muy peculiar, demasiado fugaz para ser analizada. Me di la vuelta, esperando encontrar al maestro artesano: al mirar el hueco de la puerta, lo vi ocupado por una figura, y mis ojos dibujaron en mi cerebro la imagen de monsieur Paul.

Muchas de las oraciones con que abrumamos al Cielo jamás son escuchadas. Una vez en la vida, casualmente, el regalo dorado cae en nuestro

regazo: una bendición luminosa y perfecta de las riquezas del Destino.

Monsieur Emanuel llevaba la ropa con la que probablemente pensaba viajar: un surtout con ribetes de terciopelo; tuve la impresión de que estaba preparado para partir al instante, y, sin embargo, tenía entendido que aún faltaba dos días para que su barco zarpase. Tenía buen aspecto, parecía feliz. Su rostro reflejaba amabilidad, benevolencia: entró impetuoso; un segundo después se encontraba a mi lado, todo cordialidad. Es posible que la alegría que le inspiraba su noviazgo iluminara de ese modo su cara. Fuera cual fuera la causa, no podía recibir con nubes sus rayos de sol. Si aquéllos eran mis últimos momentos con él, no los desperdiciaría mostrando una frialdad forzada y poco natural. Yo le quería, le quería demasiado para no expulsar de mi camino incluso a los celos, si éstos hubieran impedido un cariñoso adiós. Una palabra afectuosa de sus labios y una mirada amable de sus ojos sería como un bálsamo para mí el resto de mi vida; me prodigaría consuelo cuando estuviera sola, al borde de la desesperación; la aceptaría... probaría el elixir, y mi orgullo no derramaría la copa.

La entrevista sería breve, por supuesto: él me diría lo mismo que había dicho a cada una de las alumnas congregadas en el aula; me cogería la mano y la retendría por unos instantes; rozaría mi mejilla con sus labios por primera, última, quizá única vez... y luego... nada más. Después, el adiós final, y entonces la separación, el enorme abismo que no podría cruzar para reunirme con él... y, al otro lado del cual, él ni siquiera me recordaría.

Monsieur Paul me cogió la mano con una de las suyas, y con la otra me quitó el sombrero; me miró a la cara, y su maravillosa sonrisa se desvaneció, sus labios expresaron algo muy parecido al lenguaje mudo de una madre que, inesperadamente, encuentra a su hijo muy cambiado, presa de una enfermedad o extenuado por la miseria. Algo le detuvo.

—¡Paul! ¡Paul! —gritó atropelladamente una voz femenina—. Venga al salón, Paul; todavía tengo que decirle muchas cosas... conversación para todo el día... Y Victor también; y Josef está aquí. Venga, Paul, venga con sus amigos.

Madame Beck, atraída por la vigilancia o por un instinto inescrutable, entró tan violentamente en el aula que estuvo a punto de chocar con monsieur Paul y conmigo.

—¡Vamos, Paul! —repitió, clavando en mí una mirada tan dura y penetrante como una púa de acero.

Madame Beck empujó a su primo. Creo que él retrocedió; pensé que se marcharía. Herida en el alma, obligada a sentir lo que había intentado a toda costa refrenar, grité:

—¡Se me romperá el corazón!

Y pensé que se rompería, literalmente; pero un nuevo manantial brotó ante la violencia de la corriente:

—¡Confíe en mí! —susurró monsieur Paul.

Y sus palabras me quitaron un peso insoportable de encima, me ayudaron a vislumbrar una salida. Entre profundos sollozos, terribles escalofríos, fuertes temblores y, a pesar de todo, con cierto alivio, rompí a llorar:

—Yo me quedaré con ella; es una crisis; le daré a beber un cordial y se le pasará —dijo la imperturbable madame Beck.

Dejarme en manos de su cordial, equivalía a dejarme en manos de una envenenadora y su copa. Monsieur Paul le respondió profunda, breve, duramente:

—Laissez-moi!

Aquel lúgubre sonido llegó a mis oídos como una extraña música, poderosa y vivificante.

—Laissez-moi! —repitió, al tiempo que se abrían sus orificios nasales y le temblaban los músculos de la cara.

—Pero esto no puede ser —exclamó madame Beck con severidad.

—Sortez d'ici! —replicó su primo, todavía más duramente que ella.

—Llamaré a père Silas; le llamaré ahora mismo —amenazó madame con obstinación.

—Femme! —gritó el profesor, pero no con su voz profunda sino en un tono agudo y excitado—. Femme! Sortez à l'instant!

Estaba fuera de sí, y yo le amé en su ira con una pasión que jamás había sentido antes.

—Lo que hace está mal —dijo madame—; es típico de un hombre con su temperamento imaginativo e inestable; un paso impulsivo, insensato, disparatado; un proceder humillante, despreciable para las personas de carácter más firme y decidido.

—No sabe lo que hay de firme y decidido en mí —repuso monsieur Paul —, pero pronto lo verá; los hechos se lo demostrarán. Modeste —prosiguió con menos fiereza—, sea amable, sea compasiva, sea una mujer; mire este pobre rostro, y muestre un poco de ternura. Sabe que soy su amigo, y el amigo de sus amigos; a pesar de sus insultos, sabe bien que soy un hombre en quien se puede confiar. No tengo inconveniente en sacrificarme yo, pero se me parte el corazón al ver lo que tengo ante mí; debo recibir y ofrecer consuelo.

¡Déjeme!

Aquella vez, el «¡déjeme!» sonó tan amargo e imperioso que me asombró que incluso la propia madame Beck tardara en obedecer; pero se mantuvo firme; le contempló impasible; no desvió su mirada al encontrarse con los ojos duros y amenazadores del profesor. Iba a despegar los labios para contestar; vi cómo el rostro de monsieur Paul se encendía y despedía llamas: soy incapaz de decir cómo hizo el movimiento; no pareció violento, guardó las formas; levantó la mano; apenas rozó a madame Beck, según creí ver; ella echó a correr, salió de la estancia como una exhalación; en un segundo, se había ido y la puerta estaba cerrada.

Aquel arrebató de cólera pasó en seguida. Monsieur Paul sonrió, diciendo que me enjugara las lágrimas; esperó en silencio hasta que me hube serenado, diciendo de vez en cuando alguna palabra de consuelo. Poco después estaba a su lado, recuperada... sin que me invadiera la desesperación, ni el abatimiento; ya no me sentía sin amigos, sin esperanzas, ni cansada de la vida y deseando la muerte.

—¿Le entristecía mucho perder a su amigo? —inquirió él.

—Me duele profundamente sentirme olvidada, monsieur —dije—. En todos estos insoportables días no he oído ni una palabra de usted, y me mortificaba la posibilidad, casi la certeza, de que se marchara sin decirme adiós.

—¿He de decirle lo mismo que a Modeste Beck, que no me conoce? ¿He de mostrarle y enseñarle cómo soy? ¿Quiere pruebas de que puedo ser un amigo fiel? Sin esas pruebas inequívocas, ¿no descansará esa mano en la mía, ni confiará en mi hombro como un lugar seguro? Bien. Las pruebas están listas. He venido a darle explicaciones.

—Dígame lo que sea, enséñeme lo que sea, muéstreme lo que sea, monsieur: ahora puedo escucharle.

—Entonces, en primer lugar, debe salir conmigo y acompañarme a un lugar bastante alejado de la ciudad. He venido a propósito a buscarla.

Sin preguntarle su intención, ni sondear su plan, ni esgrimir la menor objeción, me ató el sombrero de nuevo: estaba preparada.

Cogió el camino de los bulevares: me obligó a sentarme varias veces en los bancos colocados a la sombra los tilos; no me preguntó si estaba cansada, pero me miraba y sacaba sus propias conclusiones.

—En todos esos días insoportables —exclamó, repitiendo mis palabras e imitando con gracia y dulzura mi voz y mi acento extranjero, una broma que no era nueva en sus labios y que jamás me hería, ni siquiera cuando iba

acompañada, como sucedía a menudo, de la afirmación de que por muy bien que escribiera su lengua, la hablaba y siempre la hablaría de un modo incorrecto y vacilante—. «En todos esos días insoportables», no me he olvidado ni un solo instante de usted. Las mujeres fieles se equivocan al pensar que son las únicas criaturas de Dios que atesoran esa virtud. Para ser sincero, hasta hace muy poco, tampoco yo podía decirlo; pero... míreme ahora.

Levanté mis ojos llenos de felicidad: estaban radiantes; de no haber sido así, no habrían sido los intérpretes de mi corazón.

—Bien —dijo él, después de examinarme unos instantes—, es innegable que lleva esa firma: la Constancia la estampó; su pluma es de acero. ¿Fue muy doloroso?

—Terriblemente doloroso —repuse sin mentir—. Dígale que retire su mano, monsieur; no puedo soportar más su presión.

—Elle est toute pâle —musitó—; cette figure là me fait mal.

—¡Ay! No es agradable mirarme, ¿verdad?

No pude evitar decir estas palabras; parecieron escapar de mis labios: no recuerdo un solo momento de mi vida en que no me atormentara el miedo a mi falta de belleza exterior; ese temor me acosó con especial intensidad en aquel instante.

Su expresión reflejó una gran dulzura; sus ojos color violeta brillaron bajo sus largas pestañas españolas.

—Será mejor que continuemos —dijo, empezando a andar.

—¿Le resulto muy desagradable? —me atreví a preguntar: era un asunto de vital importancia para mí.

Él se detuvo, y me dio una respuesta breve y enérgica, una respuesta que invitaba al silencio, subyugaba y, sin embargo, me complació sobremanera. Desde ese momento, supe lo que yo significaba para él; y dejó de importarme lo que pensara el resto del mundo. ¿Era una muestra de debilidad preocuparme tanto por lo que pudieran opinar sobre mi apariencia? Me temo que podía serlo... me temo que lo era; pero en este caso debo reconocer que lo fue en gran medida. Confieso que tengo mucho miedo de no gustar... y un fuerte deseo de gustar moderadamente a monsieur Paul.

Apenas me acuerdo de la ruta que seguimos. Dimos un largo paseo, pero se me hizo muy corto; el camino era agradable, el día muy hermoso. Monsieur Emanuel me habló de su viaje: se proponía estar tres años fuera. Al regresar de Guadalupe, se vería libre de responsabilidades y podría hacer lo que quisiera; y ¿a qué pensaba dedicarme yo durante su ausencia?, inquirió. Me recordó que

en una ocasión le había hablado de mi intención de ser independiente y abrir un pequeño colegio: ¿había abandonado aquella idea?

Por supuesto que no: estaba ahorrando cuanto podía para poner en práctica mi plan.

No le agradaba dejarme en la rue Fossette; temía que le echara demasiado de menos, que me sintiera abandonada, que me pusiera triste...

Todo eso era cierto; pero le prometí hacer cuanto estuviera en mis manos para soportarlo.

—Aún existe otra objeción a su actual residencia —señaló en voz baja—. Desearía escribirle de vez en cuando: me gustaría estar seguro de que le llegan las cartas; y en la rue Fossette, en pocas palabras, nuestra disciplina católica en ciertos asuntos, aunque justificable y conveniente, en determinadas circunstancias puede ser mal aplicada... e incurrir tal vez en el abuso.

—Pero si me escribe —dije—, tengo que recibir sus cartas; y las recibiré: diez directores, veinte directoras no podrán impedírmelo. Soy protestante: no toleraré esa clase de disciplina: no pienso hacerlo, monsieur.

—Doucement - doucement —replicó—; trazaremos un plan; tenemos muchos recursos: soyez tranquille.

Y, diciendo estas palabras, el profesor se detuvo.

Volvíamos del largo paseo. Habíamos llegado al centro de un cuidado faubourg, donde las casas eran pequeñas, pero encantadoras. Monsieur Paul se había parado ante el umbral de una de esas primorosas viviendas.

—Ya estamos —exclamó.

No llamó a la puerta: sacó una llave del bolsillo, la abrió y se precipitó en el interior. Me hizo pasar y cerró la puerta detrás de nosotros. No apareció ningún criado. El vestíbulo era pequeño, como la casa, pero acababan de pintarlo con mucho gusto; al fondo había una ventana francesa en la que se veía una parra: sus zarcillos y sus hojas verdes besaban los cristales. El silencio reinaba en aquella morada.

Abriendo una puerta interior, monsieur Paul me enseñó un salón diminuto, pero muy acogedor. Sus delicadas paredes parecían teñidas por el rubor; el suelo estaba encerado; una preciosa alfombra cuadrada cubría el centro; una mesita redonda brillaba tanto como el espejo de encima de la chimenea; había un pequeño sofá, y un pequeño chiffonnier, cuya puerta entreabierta, de seda carmesí, dejaba ver algunas porcelanas en los anaqueles; había un reloj francés, y una lámpara, y unas figuritas de biscuit; en el hueco del único ventanal había una peana verde con tres hermosas macetas de flores; en una esquina se veía un guéridon con una encimera de mármol y, sobre ésta, un

costurero y una copa con violetas. La celosía de aquella estancia estaba abierta; se respiraba el aire fresco del exterior y la fragancia de las violetas.

—¡Qué lugar tan bonito! —exclamé.

Monsieur Paul sonrió al verme tan complacida.

—¿Debemos sentarnos y esperar? —pregunté en voz baja, algo intimidada por aquel silencio tan profundo.

—Antes echaremos un vistazo a dos o tres rincones de esta cáscara de nuez —replicó.

—¿Se toma la libertad de recorrer la casa? —dije.

—Desde luego —contestó tranquilamente.

Abrió la marcha. Me enseñó una pequeña cocina con un pequeño horno, unos pocos utensilios de latón muy brillantes, dos sillas y una mesa. Una pequeña alacena contenía una vajilla de loza minúscula, pero muy útil.

—En el salón, hay un juego de café de porcelana —dijo monsieur Paul, mientras yo examinaba los seis platos verdes y blancos, así como las cuatro fuentes, las tazas y las jarras que hacían juego.

Después de subir por una estrecha, aunque reluciente, escalera, me dejó asomarme a dos bonitos dormitorios; finalmente, volvió a conducirme al piso de abajo, donde nos detuvimos con cierta solemnidad ante una puerta más grande que las anteriores.

Sacando una segunda llave, monsieur Emanuel la introdujo en la cerradura. Abrió, y me hizo pasar por delante.

—Voici! —exclamó.

Me encontré en una estancia muy amplia, escrupulosamente limpia, aunque con pocos muebles, comparada con las que habíamos visto hasta entonces. Las tablas del suelo, fregadas a conciencia, carecían de alfombra; tenía dos hileras de bancos y pupitres verdes, con un pasillo en el centro que terminaba en un estrado, donde se veía una mesa y una silla de profesor; detrás de éstas, había un tableau. En la pared colgaban dos mapas; en las ventanas florecían algunas plantas bastante resistentes; en suma, aquélla era una clase en miniatura: completa, ordenada, agradable.

—Entonces, ¿es un colegio! —exclamé—. Y ¿quién lo dirige? No sabía que hubiera un centro de enseñanza en este faubourg.

—¿Tendría la bondad de repartir algunos prospectos para ayudar a una amiga mía? —preguntó monsieur Paul, sacando un montón de papeles del bolsillo del surtout y poniéndolos en mi mano. Miré, y... leí impreso en

hermosas letras:

Externat de demoiselles

Numéro , Faubourg Clotilde

Directrice, mademoiselle Lucy Snowe

Y ¿qué le dije yo a monsieur Emanuel?

Ciertas circunstancias de nuestra vida siempre serán difíciles de recordar. Ciertos momentos, ciertas dificultades, ciertos sentimientos, alegrías, penas y sorpresas, al ser revividos, parecen golpearnos y desconcertarnos, borrosos como una rueda que gira a gran velocidad.

Soy tan incapaz de acordarme de las palabras y los pensamientos de los diez minutos que siguieron a aquella revelación como de volver sobre las vivencias de mis primeros años de vida: y, sin embargo, lo primero que acude a mi memoria con claridad es la conciencia de que estaba hablando muy rápido, y repetía una y otra vez:

—¿Todo esto es obra suya, monsieur Paul? ¿Estamos en su casa? ¿La ha amueblado usted? ¿Encargó que hicieran esos prospectos? ¿Se refiere a mí? ¿Acaso soy la directora? ¿Existe otra Lucy Snowe? Hábleme: dígame algo.

Pero él seguía callado. Su silencio jubiloso, su mirada risueña, su actitud, es algo que todavía puedo ver con claridad.

—¿Por qué lo ha hecho? Tengo que saberlo todo... todo —exclamé.

El montón de papeles cayó al suelo. Monsieur Paul había extendido su mano, y yo me había apresurado a cogerla, olvidando todo lo demás.

—¡Ah! Decía que no me había acordado de usted en todos esos días insoportables —exclamó—. ¡Pobre y viejo Emanuel! ¿Es ésa la gratitud que merece después de pasar tres semanas espantosas yendo del pintor al tapicero, y del ebanista a la limpiadora? Lucy y la casita de Lucy, ¡los únicos pensamientos que le rondaban por la cabeza!

Apenas sabía qué hacer. Primero acaricié el suave terciopelo de su puño, y luego acaricié la mano que éste rodeaba. Era su previsión, su bondad, su silenciosa, fuerte y efectiva bondad, lo que me abrumaba con su tangible realidad. Era la certeza de que su interés por mí no había decaído lo que me iluminaba como una luz del cielo; era (me atreveré a decirlo) su mirada tierna y cariñosa lo que me conmovía de un modo indescriptible. En medio de todo aquello, me obligué a pensar en las cuestiones prácticas.

—¡Cuántas molestias! —exclamé—. Y ¡lo que habrá costado! ¿Tenía dinero, monsieur Paul?

—¡Muchísimo dinero! —se apresuró a responder—. Después de tantos años dedicado a la enseñanza, dispongo de una bonita suma: con una parte, decidí darme el mayor gusto de toda mi vida. Quería esto. Últimamente, he pensado día y noche en este instante. No quería acercarme a usted para no anticiparme. La discreción no es mi virtud ni mi vicio. Si yo hubiera estado a su alcance, y usted hubiese empezado a preguntar con sus ojos y sus labios: ¿de dónde viene, monsieur Paul? ¿Qué ha estado haciendo? ¿Cuál es su misterio? Mi primer y último secreto solitario se habría desvelado en su regazo. Ahora —prosiguió—, usted vivirá aquí y tendrá un colegio; estará muy ocupada mientras yo esté ausente; algunas veces pensará en mí; se cuidará mucho e intentará ser feliz; y, cuando vuelva...

Al llegar aquí, se detuvo.

Le prometí hacer lo que él quisiera. Le prometí trabajar duramente y con entusiasmo.

—Seré su fiel administradora —dije—; confío en que, cuando regrese, el balance será satisfactorio. ¡Monsieur, monsieur, es usted demasiado bueno!

Con aquel lenguaje tan inadecuado, mis sentimientos luchaban por expresarse: no lo conseguían; las palabras, rebeldes y quebradizas, frías como el hielo, se disolvían o deformaban en el esfuerzo. Monsieur Paul me observaba en silencio: levantó dulcemente la mano para acariciarme el cabello; rozó mis labios al pasar; y éstos, impulsivamente, pagaron su tributo. Él era mi soberano; espléndida había sido su generosidad conmigo; rendirle homenaje era tanto una alegría como un deber para mí.

La tarde llegó a su fin, y el silencioso anochecer envolvió el tranquilo faubourg en las sombras. Monsieur Paul me pidió que le brindara hospitalidad; muy ocupado y de pie desde la mañana, necesitaba tomar algo; dijo que debía ofrecerle chocolate en mi bonito juego de porcelana dorada y blanca. Salió de la casa y encargó cuanto precisábamos en un restaurante; colocó el pequeño guéridon y las dos sillas en la terraza que había tras la ventana francesa, debajo de las protectoras parras. ¡Con qué felicidad acepté el papel de anfitriona, preparé la bandeja y serví a mi huésped y benefactor!

La terraza estaba en la parte trasera de la casa, los jardines del faubourg nos rodeaban y los campos se extendían a lo lejos. El aire era fresco, suave y tranquilo. Por encima de los álamos, laureles, cipreses y rosas se veía una luna tan hermosa y apacible que el corazón temblaba bajo su sonrisa; una estrella, bajo su dominio, brillaba al lado, despidiendo el rayo del amor más puro. En un jardín muy grande, cerca de nosotros, un surtidor brotaba de una fuente, y una pálida estatua se inclinaba sobre las bulliciosas aguas.

Monsieur Paul me hablaba. Su voz era tan melodiosa que se fundía

armoniosamente con el susurro plateado, el chorro de agua y el musical suspiro con que la suave brisa, la fuente y el follaje entonaban su arrulladora oración de vísperas.

Hora feliz... ¡detente un instante! ¡Baja las plumas, cierra las alas! ¡Inclina sobre mí esa frente celestial! ¡Ángel blanco! Deja que tu luz perdure y se refleje en las nubes; lega su alegría a esos tiempos que necesitan un rayo evocador del pasado.

Nuestra merienda fue muy sencilla: el chocolate, los panecillos y el plato de fruta estival recién cogida, cerezas y fresas, sobre un hermoso lecho de hojas verdes; pero los dos lo apreciamos mucho más que un banquete, y yo sentí un gozo indescriptible al atenderle. Le pregunté si sus amigos, père Silas y madame Beck estaban al corriente de lo que había hecho, si habían visto la casa.

—Mon amie —dijo él—, nadie sabe nada excepto usted y yo: ésta felicidad está consagrada a nosotros dos, nadie la compartirá ni profanará. A decir verdad, este asunto me ha procurado un placer tan exquisito que no quería estropearlo contándoselo a otros. Además —añadió, sonriendo—, necesitaba demostrar a la señorita Lucy que podía guardar un secreto. ¡Cuántas veces se ha burlado de mí por mi falta de decorosa reserva y por carecer de la debida prudencia! ¡Cuántas veces me ha insinuado con descaro que todos mis asuntos son como los secretos de Polichinela!

Aquello era cierto: no me había mordido la lengua en esa cuestión, ni en ninguna otra que me pareciera criticable. ¡Qué maravillosa era tu alma y qué grande tu corazón, mi querido hombrecillo lleno de imperfecciones! Merecías franqueza, y siempre la obtuviste de mí.

Continué con mis preguntas, y quise saber quién era el propietario, quién era mi casero, a cuánto ascendía el alquiler. Se apresuró a darme esos detalles por escrito; había previsto todo y lo tenía preparado.

Monsieur Paul no era el dueño de la casa, como yo había adivinado; no tenía espíritu de propietario; me constaba que, lamentablemente, no era un hombre capaz de ahorrar; sabía ganar, pero no guardar; necesitaba un tesorero. La vivienda pertenecía a un ciudadano de la Basse-Ville, un hombre acaudalado, según monsieur Paul; y me sobresalté cuando añadió:

—Un amigo suyo, señorita Lucy; una persona que tiene muy buena opinión de usted.

Y, para mi sorpresa, me enteré con agrado de que el propietario no era otro que monsieur Miret, el irascible y generoso librero que con tanta amabilidad me había encontrado asiento la noche memorable que pasé en el parque. Al parecer, monsieur Miret, entre las gentes de su condición social, era un

hombre rico y respetado, y poseía varias casas en aquel faubourg; el alquiler era moderado, apenas la mitad de lo que habría costado una casa semejante más cerca del centro de Villette.

—Además —señaló monsieur Paul—, si no le favorece la suerte, cosa que dudo, me alegra pensar que la dejo en buenas manos; monsieur Miret no abusará: para el primer año, tiene usted suficiente con sus ahorros; para después, la señorita Lucy debe confiar en Dios y en sí misma. Pero ¿qué hará para conseguir alumnas?

—Tengo que repartir los prospectos.

—¡Muy bien! Para no perder el tiempo, ayer le di uno al señor Miret. ¿Le molestaría empezar con tres pequeñas burguesas, las demoiselles Miret? Están a su disposición.

—Monsieur, no olvida nada; es usted maravilloso. ¿Molestarme? ¡Cómo si estuviera en condiciones de exigir! Supongo que, al empezar, no tendré alumnas de la aristocracia en mi pequeño colegio; me da igual si no vienen nunca. Estaré orgullosa de acoger a las tres hijas de monsieur Miret.

—Además de ellas —continuó diciendo él—, hay otra alumna que vendrá a diario para recibir clases de inglés; y, como es una joven adinerada, pagará bien. Me refiero a mi ahijada y pupila, Justine Marie Sauveur.

¿Qué había en ese nombre? ¿Qué pasaba con esas tres palabras? Hasta entonces le había escuchado con alegría desbordante, le había respondido con jubilosa rapidez; ese nombre me paralizó; esas tres palabras me dejaron muda.

—¿Qué ocurre? —inquirió monsieur Paul.

—Nada.

—¿Nada? Su expresión cambia, su tez palidece y sus ojos se apagan... y ¿no ocurre nada? Debe de sentirse indispuesta; algo le aflige; dígame qué.

No tenía nada que decirle.

Acercó su silla. No se enfadó, aunque seguí fría y silenciosa. Intentó arrancarme alguna palabra: me suplicó con perseverancia, esperó con paciencia.

—Justine Marie es una buena muchacha —afirmó—, dócil y afable; no es muy inteligente, pero le gustará.

—Creo que no. Creo que no debe venir —fue mi respuesta.

—¿Pretende usted dejarme intrigado? ¿Acaso la conoce? Vamos, estoy seguro de que le pasa algo... Vuelve a estar tan pálida como aquella estatua. Confíe en Paul Carlos: cuénteles el motivo de su abatimiento.

Su silla rozaba la mía; acercó silenciosamente su mano y me obligó a mirarle.

—¿Conoce a Justine Marie? —repitió.

Ese nombre, pronunciado nuevamente por sus labios, me llenó inexplicablemente de congoja. No me hundió... no, inflamó la sangre que corría por mis venas, y me trajo el recuerdo de unas horas de dolor lacerante y de muchos días y noches de desconsuelo. Ahora que monsieur Paul estaba junto a mí, después de haber entrelazado fuertemente su vida con la mía, después de haber conseguido que nuestros espíritus se acercaran y nuestro cariño se estrechara, la mera insinuación de una interferencia, de una separación, desataba en mí una desbordante agitación, una impetuosa agonía, una desdeñosa determinación, una ira, una oposición cuyo fuego ningún ojo humano ni ninguna mejilla podría ocultar, y cuyo grito ninguna lengua acostumbrada a decir la verdad podría acallar.

—Quiero contarle algo —dije—; quiero contárselo todo.

—Hable, Lucy; acérquese a mí; hable. ¿Acaso hay alguien que la aprecie más que yo? ¿No es Emanuel su mejor amigo? ¡Vamos, hable!

Y así lo hice. Todo brotó de mis labios. No me faltaron las palabras; mi relato surgió veloz; narré mi historia con fluidez; parecía manar sola. Retrocedí a la noche del parque; mencioné el brebaje medicado: por qué me lo dieron, su efecto estimulante, cómo me impidió descansar, me sacó de mi lecho, y me empujó a la calle con el acicate de una fantasía vívida y solemne: una noche estival de soledad bajo los árboles, cerca de un estanque frío y profundo. Le conté la escena real: la muchedumbre, las máscaras, la música, las luces, el esplendor, las lejanas salvas, las campanas tañendo en lo alto. Le expliqué con todo detalle lo que había encontrado, reconocido, visto y oído; cómo le había mirado y vigilado; cómo escuché, cuánto oí, qué conjeturé; en suma, toda la historia que su confianza exigía salió de mis labios veraz, literal, ardiente y amarga.

Y, mientras yo la relataba, en lugar de detenerme, él me animaba a proseguir; me alentaba con un gesto, una sonrisa, media palabra. Antes de que llegara a la mitad, me cogió las manos y consultó mis ojos con una mirada sumamente penetrante: había algo en su rostro que ni me tranquilizaba ni me empujaba a callar; y él olvidó su propia doctrina, renunció a su método de represión cuando yo más le desafiaba a practicarlo. Creo que yo merecía una fuerte reprimenda; pero ¿cuándo recibimos nuestro merecido? Era digna de severidad, él me ofreció indulgencia. Me parecía imperiosa e irrazonable a mí misma, pues prohibía a Justine Marie mi puerta y mi techo; él sonreía, traicionando su placer. Apasionada, celosa y altiva, no descubrí hasta entonces esos rasgos de mi naturaleza; él me acercó a su corazón. Estaba llena de

defectos; y él los aceptó. Para el momento de mayor agitación reservaba el profundo hechizo de la paz. Estas palabras acariciaron mis oídos:

—Lucy, acepte mi amor. Comparta mi vida algún día. Sea para mí la más querida, la primera en la tierra.

Regresamos a la rue Fossette a la luz de la luna: una luna como la que cayó sobre el Edén, brillando a través de las sombras del Gran Jardín e iluminando por azar un glorioso sendero, para un paso divino, una Presencia sin nombre. Una vez en la vida, algunos hombres y mujeres vuelven a esos primeros e inocentes días de nuestro Señor y Su Madre: saborean el rocío de la espléndida mañana y se bañan en su amanecer.

Durante el trayecto, monsieur Paul me contó que siempre había querido a Justine Marie Sauveur como a una hija; y que, con su consentimiento, ésta llevaba meses prometida a Heinrich Mühlner, un joven y adinerado comerciante alemán, con el que se casaría transcurrido un año. Es cierto que a algunos parientes y amigos de monsieur Emanuel les habría gustado que contrajera matrimonio con ella, a fin de asegurar que su fortuna no saliera de la familia; pero a él le repugnaba el plan, y la idea le parecía completamente inadmisibile.

Llegamos a la puerta del pensionnat de madame Beck. El reloj de la iglesia de St Jean Baptiste dio las nueve. A aquella hora, en aquella casa, dieciocho meses antes, aquel mismo hombre que estaba a mi lado se había acercado a mí, había examinado mi rostro y mis ojos, y había sido el árbitro de mi destino. Hoy había vuelto a acercarse, a contemplarme y a decidir. ¡Qué mirada tan distinta! ¡Qué destino tan diferente!

Creía que yo había nacido bajo su estrella: parecía haber derramado sus rayos sobre mí como un estandarte. Antaño, sin conocerle ni quererle, le juzgué severo y extraño; y su baja estatura, su físico enjuto y nervudo, sus facciones angulosas, su tez oscura y sus modales me desagradaron. Ahora, dominada por su influencia, viviendo gracias a su cariño, conociendo el valor de su intelecto y la bondad de su corazón... le prefería al resto de la humanidad.

Nos separamos: me hizo una promesa, y luego se despidió. Nos separamos: al día siguiente, su barco levó anclas.

Capítulo XLII

Finis

El hombre no puede hacer profecías. El amor no es un oráculo. El miedo a

veces maquina vanos proyectos. ¡Aquellos años de ausencia! ¡Cuánto me había atormentado imaginarlos! El dolor que traerían parecía tan seguro como la muerte. Conocía la naturaleza de su curso: jamás había dudado de la angustia que acompañaría su espera. Juggernaut llevaba en su carro una lúgubre carga. Al ver cómo se acercaba, hundiendo las gigantescas ruedas en la tierra, yo, la postrada adoradora, sentía de antemano su peso aniquilador.

Por extraño que parezca —extraño, pero cierto, y con muchos paralelismos en la vida—, aquella opresión vislumbrada resultó ser toda... sí... casi toda la tortura. El gran Juggernaut, en su enorme carro, continuó su marcha altivo, enérgico y huraño. Pasó silenciosamente, como una sombra barriendo el cielo del mediodía. No vi ni sentí más que una fría oscuridad. Levanté la vista. El carro y el demonio que lo conducía desaparecieron; la adoradora seguía viva.

Monsieur Emanuel estuvo ausente tres años. Fueron los tres años más felices de mi vida, lector. ¿Te parece absurda la paradoja? Escucha.

Puse en marcha mi colegio; trabajé... trabajé duramente. Me consideraba la administradora de sus bienes, y estaba decidida, Dios mediante, a obtener beneficios. Acudieron alumnas, al principio de la burguesía, poco después de clase más elevada. Hacia la mitad del segundo año, un suceso inesperado puso en mis manos una cantidad adicional de cien libras: cierto día recibí esa suma de Inglaterra. Procedía del primo y heredero de mi difunta y querida señorita Marchmont. Acababa de recuperarse de una grave enfermedad; el dinero buscaba la paz de su conciencia, que le reprochaba haber ignorado no sé qué documentos aparecidos tras la muerte de la anciana, en los que ésta mencionaba o le encomendaba a Lucy Snowe. La señora Barret le había dado mi dirección. Hasta qué punto había pecado su conciencia, es algo que jamás quise saber. No hice preguntas, pero cogí el dinero y le saqué provecho.

Con aquellas cien libras, me aventuré a alquilar la casa contigua. No abandonaría la elegida por monsieur Paul, en la que me había dejado y esperaba encontrarme de nuevo. Mi externat se convirtió en un pensionnat; éste también prosperó.

El secreto de mi éxito no radicaba en mí, ni en ninguna cualidad o poder que yo tuviera, sino en un nuevo estado de circunstancias, en una vida maravillosamente cambiada, en un corazón liberado. La fuente de mi entusiasmo estaba muy lejos, al otro lado del océano, en una isla de las Indias Occidentales. Al partir, me había dejado un legado; con un pensamiento semejante para el presente, una esperanza semejante para el futuro, un motivo semejante para perseverar en un camino laborioso, emprendedor, paciente y audaz, no podía desfallecer. Pocas cosas me hacían temblar ahora; pocas cosas eran lo bastante importantes para enojarme, intimidarme o deprimirme: casi todo me agradaba; cualquier insignificancia estaba llena de encanto.

Que nadie piense que esa alegre llama se mantenía sola o vivía enteramente de una esperanza o de una promesa formulada al partir. Un proveedor generoso se encargaba de que no faltara el combustible. Me evitaba el frío y la escasez; no dejaba que temiera a la penuria; impedía que la incertidumbre me invadiera. Todos los barcos traían una carta suya; y él escribía del mismo modo que daba o amaba, a manos llenas, con todo el corazón. Escribía porque le gustaba escribir; no abreviaba porque no le gustaba abreviar. Se sentaba y cogía papel y pluma porque amaba a Lucy y tenía muchas cosas que contarle; porque era noble y atento, porque era sensible y leal. No había farsa ni engaño, no había nada que no fuera sincero en él. La excusa jamás vertió su resbaladizo aceite en sus labios; jamás expresó, con ayuda de su pluma, mentiras cobardes ni mezquinas nulidades. Sus cartas eran como los alimentos y el agua: me procuraban sustento y me refrescaban.

¿Acaso yo me sentía agradecida? ¡Bien lo sabe Dios! No creo que ningún ser viviente tan recordado, tan protegido, tratado con tanta nobleza, constancia y dignidad, pueda mostrar otra cosa que no sea agradecimiento hasta la muerte.

Fiel a su propia religión (no estaba hecho del mismo material que un vulgar apóstata), me dejó en libertad para profesar mi fe. No se burló ni intentó convencerme. Se limitó a decir:

—Sigue siendo protestante. Mi pequeña inglesa puritana, amo el protestantismo en ti. Reconozco su encanto severo. Hay algo en su ritual que yo no puedo aceptar, pero es el único credo para Lucy.

Ni toda Roma podría hacerle caer en el fanatismo, ni la Propaganda lograría convertirle en un verdadero jesuita. Había nacido honrado, no hipócrita; ingenuo, no malicioso; un hombre libre, no un esclavo. Su ternura le había vuelto dúctil en manos de un sacerdote, su capacidad de amar, su fervor, su sincero y piadoso entusiasmo cegaban algunas veces sus ojos y le empujaban a renunciar a la justicia para emplear ardidés y servir a fines egoístas; pero esos defectos son tan difíciles de encontrar, y tan penosos para su dueño, que apenas sabemos si algún día llegarán a considerarse virtudes.

Ya han pasado los tres años: se ha fijado una fecha para el regreso de monsieur Emanuel. Es otoño; volveremos a vernos antes de que lleguen las brumas de noviembre. Mi colegio prospera, mi casa está lista para recibirlo: le he preparado una pequeña biblioteca, y he llenado los estantes con los libros que dejó a mi cuidado; he cultivado por amor a él (mi afición a la jardinería no era innata) sus plantas preferidas, y algunas de ellas siguen en flor. Creía amarle cuando se marchó; ahora le amo de otro modo, es más mío.

El sol pasa el equinoccio; los días se acortan, las hojas se secan; pero... él

está en camino.

Empieza a helar por las noches; noviembre ha enviado sus brumas con antelación; el viento lanza su aullido otoñal; pero... él está en camino.

El cielo está negro y muy cargado; una masa de cirros llega del oeste; las nubes adoptan extrañas formas: arcos y enormes radiaciones; amanecen mañanas resplandecientes: gloriosas, reales y purpúreas, como un monarca en su trono. Los cielos están en llamas, tan furiosos que emulan el fragor de la batalla; tan sanguinarios que convierten cualquier victoria en una infamia. Conozco algunos signos del cielo; me he fijado en ellos desde mi niñez. ¡Dios mío, cuida ese barco! ¡Oh, protégelo!

El viento rola al oeste. ¡Paz, paz, Banshee, que entonas tu lamento fúnebre bajo las ventanas! Soplará con fuerza... levantará grandes olas... gemirá inquieto durante mucho tiempo: por más vueltas que doy por la casa, no puedo calmar su furia. Con el paso de las horas, parece arreciar: a medianoche, todos los que están en vela oyen y temen una violenta tempestad del sudoeste.

Aquella tempestad rugió enloquecida por espacio de siete días. No cesó hasta que el Atlántico estuvo lleno de barcos hundidos; no amainó hasta que las profundidades devoraron todo su sustento. Mientras el ángel destructor de la tempestad no hubo terminado su trabajo a la perfección, no cerró aquellas alas cuyo vuelo engendraba truenos... y cuyas plumas, al temblar, desataban tormentas.

Paz, ¡no turbes la calma! ¡Oh! Cientos de hombres y mujeres sollozantes, elevando sus plegarias desesperadas en la orilla, esperaron escuchar esa voz; pero no se alzó... hasta que, al llegar el silencio, algunos no pudieron gozar de él: hasta que, al reaparecer el sol, ¡su luz fue noche para algunos!

Al llegar aquí me detengo: me detengo bruscamente. He dicho demasiado. No te inquietes, amable corazón; deja que la alegre fantasía albergue esperanzas. Deja que imagine el júbilo que sucede al terror atroz, el éxtasis del rescate tras el peligro, el maravilloso destierro del miedo, la felicidad del regreso. Deja que imagine la unión y un futuro dichoso.

Madame Beck prosperó todos los días de su vida; lo mismo ocurrió con père Silas; madame Walravens cumplió noventa años antes de morir. Y, adiós, ahora me despido.